

COLECCIÓN PEDRO DE ANGELIS

Pedro Andrés García
Navegación del Tercero

F. de Viedma, Villarino y Otros
Viajes y Expediciones a los Campos
de Buenos Aires
y a las Costas de Patagonia

Pedro Andrés García
Viaje a Salinas Grandes,
y a Sierra de la Ventana

IV

EDITORIAL PLUS ULTRA



La "Navegación del Tercero y otros ríos que confluyen al Paraná", trabajo escrito en un estilo culto y elegante, además de los cálculos y datos que establece y ejemplos que aduce sobre la utilidad de la navegación de tal río. El diario del Padre José Cardiel sobre el viaje que hizo desde Buenos Aires al Volcán (en este caso abertura entre sierras) y de éste —siguiendo la costa patagónica— hasta el arroyo de la Ascesión. El diario de Jorge Barne, piloto del bergantín "San Martín" en el viaje que hizo desde Buenos Aires al puerto de San Julián, y en seguida una relación del indio paraguayo Tapiray, que regresó por tierra a Buenos Aires desde el aludido puerto.

Se relatan después las observaciones de diversos capitanes, hechas en viajes al Estrecho de Magallanes, así como noticias sobre expediciones de los franceses en la fragata "Aguila". Describe Pedro P. Pavón rumbos, distancias, pastos, bañados y otras particularidades de campos y sierras, y sigue un extracto de lo ocurrido en la expedición del descubrimiento de la Bahía sin Fondo, en la costa patagónica, y la expedición que reconoció el campo enemigo o territorio de los indios hasta llegar a Salinas, se aprecia a continuación el relato de Diego de las Casas sobre los caciques tehuelches y pampas, y la expedición de Quiroga contra los indios bárbaros tehuelches; el informe de Villarino relativo a los puertos de la costa patagónica, y el del Virrey Vértiz que propugna el abandono de los establecimientos en esa costa. Y siguen los textos de Pedro Andrés García, figura relevante en su época "por los conocimientos que tenía sobre las más diversas ciencias", continúa el "Diario de un viaje a Salinas Grandes en los campos del sud de Buenos Aires" donde Cornelio de Saavedra y Mariano Moreno le confieren la misión de visitar todos los fuertes de la frontera por "la necesidad de arreglar las fortificaciones" y termina el libro con el "Diario de la expedición de 1822 a los campos del sud de Buenos Aires, desde Morón hasta Sierra de la Ventana".

Calderón de la Barca

TOMO

NATURALIA DE

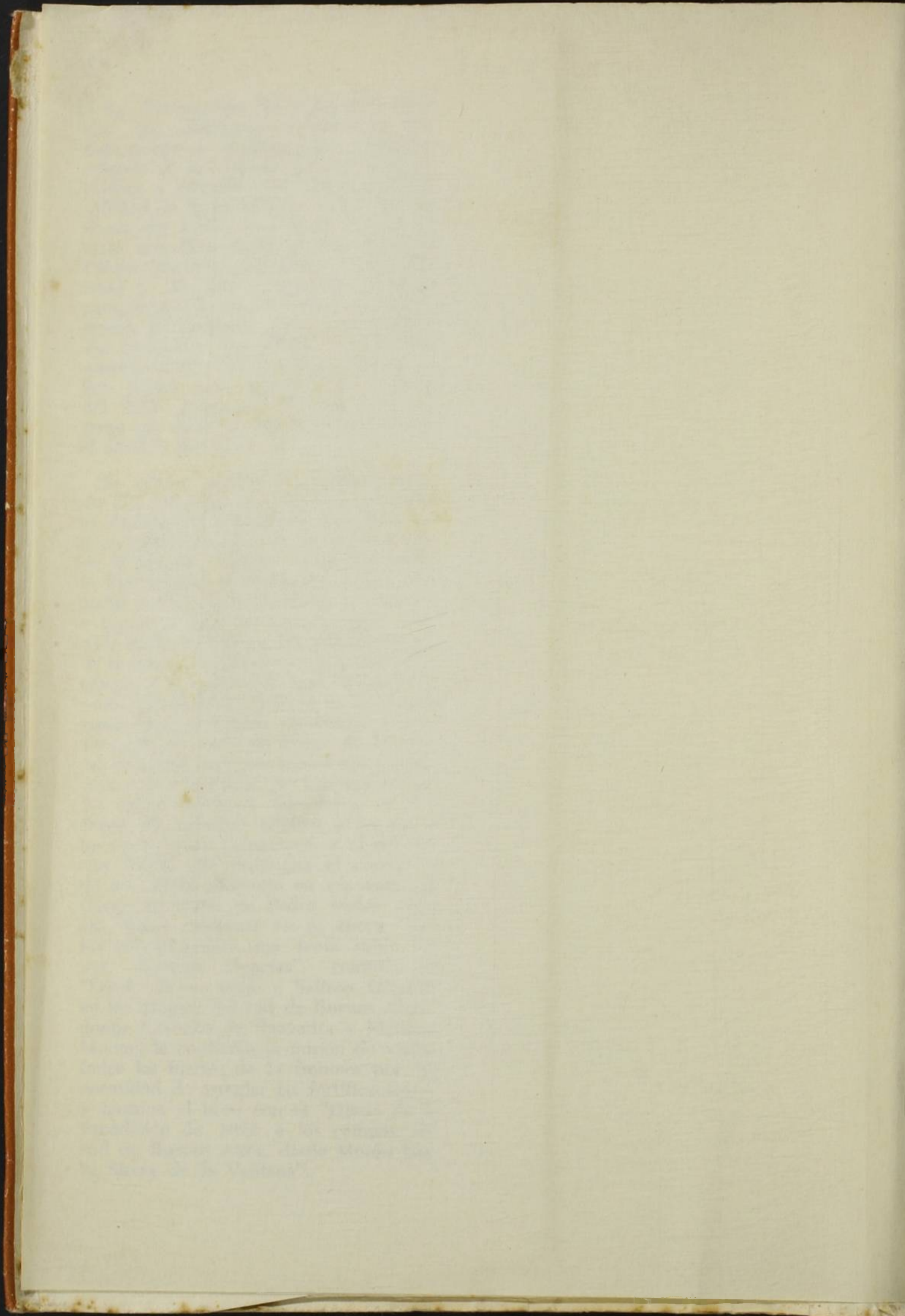
El Pío

VIAJES Y ESTADÍSTICA
DE BUENOS AIRES Y ALREDEDOR

P. de VIEIRA

VIAJES Y ESTADÍSTICA
Y A BUCAR

El Pío



PEDRO DE ANGELIS

Colección de Obras y Documentos

TOMO IV

NAVEGACIÓN DEL TERCERO

PEDRO ANDRÉS GARCÍA

VIAJES Y EXPEDICIONES A LOS CAMPOS
DE BUENOS AIRES Y A LAS COSTAS DE PATAGONIA

F. DE VIEDMA, VILLARINO y otros

VIAJE A SALINAS GRANDES
Y A SIERRA DE LA VENTANA

PEDRO ANDRÉS GARCÍA

PERRO DE ANILLO

Colectores de Ocas y Documentos

TOMO IV

NAVEGACION DEL TERCERO

Pedro Andrés García

LAZOS Y EXTERIORES A LOS CAMPOS
DE PUERTOS AERES Y LAS COSTAS DE PATAGONIA

P. de Y. Torres, Villalino y otros

VIAJE A SALINAS GRANDES
Y A SIERRA DE LA VENTANA

Pedro Andrés García



PLUS ULTRA

COLECCIÓN
DE
OBRAS Y DOCUMENTOS
RELATIVOS A LA HISTORIA
ANTIGUA Y MODERNA
DE LAS PROVINCIAS
DEL RÍO DE LA PLATA

POR
PEDRO DE ANGELIS

TOMO CUARTO

CON PRÓLOGOS Y NOTAS DE
ANDRÉS M. CARRETERO

COLECCIÓN
DE
OBRAS Y DOCUMENTOS
RELATIVOS A LA HISTORIA
ANTICUA Y MODERNA
DE LAS PROVINCIAS
DEL RÍO DE LA PLATA
POR
PEDRO DE ANGELIS
TOMO CUARTO



PLUS ULTRA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Printed in Argentina - Impreso en la Argentina

© by Editorial PLUS ULTRA

Corrientes 569, piso 1º - Buenos Aires, 1969

M E M O R I A

SOBRE LA

NAVEGACION DEL TERCERO

Y

OTROS RÍOS QUE CONFLUYEN AL

P A R A N A

POR

D. PEDRO ANDRÉS GARCÍA

BUENOS AIRES

IMPRENTA DEL ESTADO

1836

MEMORIA

SOBRE LA

NAVIGACION DEL TERCERO

OTROS RIOS QUE CONTIENEN AL

PARANA

POR

D. PEDRO ANDRES GARCIA

BUENOS AIRES

IMPRESA DEL ESTADO

1888

DISCURSO PRELIMINAR

AL

PROYECTO DE NAVEGACIÓN DEL TERCERO

Las lluvias extraordinarias que inundaron los campos en 1804, engrosaron de tal modo los ríos, no sólo de esta provincia sino de las inmediatas, que el Saladillo se hizo intransitable, por haber llenado su cauce los derrames de los ríos Cuarto y Quinto, del arroyo de las Chilcas, etc. Se pensó entonces en hacer navegable el Tercero: proyecto antiguo pero olvidado, y que sólo la circunstancia de haber quedado paralizado todo el comercio interior, pudo hacer revivir. El marqués de Sobremonte, recién promovido al virreinato de Buenos Aires, ofició al que le había reemplazado en el gobierno de Córdoba, para que hiciese reconocer el curso de este río, y manifestase los obstáculos que se oponían a la realización de esta empresa.

En aquella época ocupaba el mando de aquella provincia D. José González, que había servido más de cuarenta años en el cuerpo de ingenieros: contestó que consideraba fácil el reconocimiento, y se comprometió a practicarlo personalmente, con tal que se le autorizase para invertir la cantidad de *mil pesos* en la construcción de una piragua y en los demás gastos que ocasionaría la expedición.

El virrey pasó esta nota a la Junta de Gobierno del Consulado, cuyos miembros opinaron que debía confiarse esta tarea a D. Pedro Antonio Cerviño, director de la academia de náutica. Del expediente que tenemos a la vista no constan los motivos que impidieron al señor Cerviño de llevar a efecto su comisión; ni los da a entender el virrey en el oficio que dirigió al gobernador de Córdoba; limitándose a instarle a que estimulase el celo de algún vecino que, mediante *alguna franquicia o privilegio sobre la misma empresa*, se encargara de este reconocimiento. Se fijaron carteles, y se obtuvo por resultado una sola propuesta que presentó D. Antonio Benito Fragueiro, pidiendo que se le diesen de pronto 500 pesos, bajo fianza, para costear la embarcación y emprender el viaje, y otros 500 después de haberlo verificado.

Al punto a que había llegado este negocio, parecía próximo e inevitable su desenlace. Pero el consulado, que debía franquear los auxilios, dijo, que ya no se hallaba en aptitud de suministrarlos, y por ahorrar mil pesos, no tuvo embarazo de ofrecer al que los renunciara, el privilegio de la navegación del río por el tiempo que se quisiera.

El virrey desechó, como debía, este dictamen, y Fragueiro, que había aguardado la resolución del gobierno por más de seis meses, declaró que, continuando este silencio seis meses más, se tuviese por nulo su ofrecimiento.

Los trastornos que acarreó la invasión de los ingleses, y la separación del mando del marqués de Sobremonte, hicieron perder de vista por entonces la navegación del Tercero; del que volvió a tratarse en el consulado, en 1810, con motivo de la llegada del Deán Funes, que se mostraba muy empeñado en promoverla. Se le pasó oficio para que ilustrase al gobierno sobre la materia, lo que hizo en un

informe que publicó por la prensa. Sentimos tener que decir que este trabajo no corresponde al mérito del autor, y que el gobierno tuvo que buscar otro que lo desempeñase.

La falta de un reconocimiento científico no permitió al coronel D. Pedro Andrés García (de quien tendremos oportunidad de hablar) de extenderse en la descripción del río: sin embargo lo representó en sus grandes detalles, demostrando la posibilidad y las ventajas de su navegación. Los cálculos que establece, los datos en que se funda y los ejemplos que aduce para persuadir la utilidad que redundaría a las provincias de la abertura de este gran vehículo de comunicación, forman la parte más interesante de su memoria; que tiene además el mérito de estar escrita en un estilo culto y elegante. Cuando llegue el tiempo de ocuparse de esta clase de obras, no se dejará de consultar este informe, que acredita saber y patriotismo en el que lo ha redactado.

El mayor obstáculo a la navegación del Tercero es su escaso caudal de aguas en sus primeros arranques; e ignoramos hasta qué punto sea posible aumentarlo por la reunión de otros ríos o arroyos; no porque falten, sino por la disposición del terreno que nunca ha sido nivelado. Estos proyectos de navegación interior serán efímeros mientras no se averigüe el declive natural de los campos por donde fluyen las aguas, y la posibilidad o imposibilidad de derivarlas de otros puntos contiguos, sin emprender grandes excavaciones.

Obsta también la falta de población, causa principal de la decadencia del comercio y aislamiento de los pueblos: su bienestar es el que fomenta estas empresas, que sólo hace necesarias una grande actividad en las relaciones mercantiles. Multiplicar los medios de comunicación, sin que esta actividad se manifieste, es desconocer el orden natural

de las cosas, y obrar por espíritu de una inconsiderada y servil imitación.

Buenos Aires, noviembre de 1836

PEDRO DE ANGELIS

NAVEGACIÓN DEL TERCERO

Exmo. señor:

Como la comisión que V. E. se ha dignado confiarme, tiene por principal objeto el aumento y prosperidad de la población de que carecemos, y que felizmente admiten las Provincias Unidas del vasto continente del Río de la Plata, pareciéndome un servicio útil a la patria proponer las ideas y medios más a propósito para llenar las intenciones de V. E., he creído oportuno indicarlos; sin que me anime otro interés que el promover por todos los modos posibles unas obras que harán a los venideros el fondo de felicidad a que debe aspirar un Estado renaciente.

V. E. sabe bien que toda población recibe su incremento por modos físicos o políticos: ella se aumenta físicamente, cuando acrece el número de individuos; y políticamente, cuando de un hombre o muchos que no trabajan ni dan utilidad al Estado, se hacen ciudadanos virtuosos, empleándose en la labor y la industria. Este es el aumento que más importa: porque un millón de vagabundos, holgazanes o mendigos de profesión, lejos de aprovechar a la república, le sirven de muy pesada carga, sin los cuales estaría mucho mejor y más rica: pero una sabia economía política saca partido de estas gentes, dándoles precisa aplicación, y haciendo que sus trabajos engrandezcan el Estado.

Sabida cosa es, señor Exmo., que el atraso que padecen nuestra agricultura, industria, fábricas y comercio, procede en gran parte de la falta de comunicación cómoda de unas a otras provincias, y de todas con el mar: ésta se consigue por medios de ríos navegables, de canales y buenos caminos. La empresa, es verdad, presenta a primera vista, por la distancia de nuestras provincias entre sí, una dificultad superior a las fuerzas que deben emprenderla; de modo que mirada en toda su extensión, persuade que sólo el transcurso de los años, o acaso siglos, podrán vencerla: más yo creo que ésta es una razón aprendida en globo, sin sujeción a cálculo ni medida, y que no debe arredrarnos del empeño, sin examinarla antes.

En efecto, las proporciones y localidades de casi todas las Provincias Unidas, presentan una idea muy ventajosa sobre las que más se recomiendan en la historia, y la de esta capital sobre las del Estado; así en la parte marítima que disfruta, como por la que ocupa en el globo, y zona templada, sin que conozcamos otra que pueda entrar en cotejo. Ella promedia todas las distancias del mundo conocido: sus frutos puede transportarlos a la China, al resto de las Américas y a la Europa toda, e importar sus benéficos retornos; y como con respecto al polo ártico y antártico, tiene hecho medio camino, ninguna nación puede competirle. Ninguna tampoco puede presentar frutos más preciosos que los que a este suelo dio con privilegio la naturaleza. Este punto debe ser el depósito de todos los que en su seno tienen las Provincias del Alto y Bajo Perú, a muy poca costa, por los canales de navegación que le dispensó pródiga la misma naturaleza, con caudalosos ríos que las bañan, vertiendo sus aguas al gran Paraná.

Las provincias de Cuyo y Córdoba harán sus exporta-

ciones de frutos, navegando el río Tercero; Jujuí, Salta y Tucumán, hasta la Nueva Orán, enviarán los suyos por el río Bermejo a Corrientes. Tarija y demás provincias de la Sierra podrán hacerlo por el Pilcomayo al Paraguay; y el resto del Alto Perú alguna vez allanará el paso del río de este nombre. Por si finalmente se recomiendan las navegaciones del Uruguay y frutos de la provincia de Misiones, para su exportación.

Estas grandes obras esperan sólo un pequeño impulso del gobierno, para que poniendo en movimiento los resortes que deben perfeccionarlas, hagan felices a sus habitantes. He dicho un pequeño impulso, porque no hay montes que horadar, como en el canal de Languedoc; no hay montañas que trepar como en el que se trabaja del Sena al Mosa, y de Venecia al Condado de Niza; y finalmente, no hay diques que formar para contener la violencia de las aguas, como en Holanda: sólo son precisos brazos, marineros y actividad en la empresa.

Por cualquier rumbo que dirija el hombre su industria y aplicación, generalmente hablando, encuentra la naturaleza propicia a sus afanes; pues si la tierra franquea agradecida frutos apreciables a la mano solícita en su cultivo, no se muestra el mar menos liberal en las dádivas que franquea a quien las busca cuidadoso: éstas aun superan a cuantas pudieran esperarse de los más preciosos minerales, por el especial fomento que dan a toda provincia marítima y navegable: bajo cuyo respecto es, que los pueblos de las costas y sus individuos merecen siempre la particular atención de los gobiernos, porque sus tareas se hacen mucho más recomendables que las de los labradores por la mayor actividad en sus brazos. Estos hombres son en las fuerzas marítimas de la nación, lo que

los reclutas en los ejércitos para con las tropas regladas de tierra. Los barcos deben mirarse como la cuna de los marineros, donde se crían, se connaturalizan con el elemento, se aficionan a su profesión, y se adiestran a mayores servicios; y ésta es la ventaja que hacen nuestras provincias interiores a las de la Siberia y de la Polonia: que si aquéllas, como éstas, ahora se ahogan en sus frutos, perdiendo su feracidad y el trabajo que en ellas emplean sus naturales por no sufragarles ni aun el preciso alimento en falta de exportaciones, llegará tiempo en que desplegando éstas sus ventajas por medio de los ríos navegables, lleguen también al colmo de su felicidad.

Los intereses individuales de las provincias, y su propia conveniencia, las empuñan a emprender estas obras, cuando deslindadas las dificultades, conozcan que es asequible el intento, y que sin mayores dispendios pueden reportar las ventajas de cómodos transportes. Las vastas poblaciones que se formarían en las márgenes de los ríos navegables, con los alicientes de artículos no conocidos, se fomentarían, y acaso sería tanta la concurrencia, que fuese preciso ponerle coto.

Más debiendo hablar de cada uno de estos ríos y sus navegaciones, del establecimiento de nuevas provincias, como igualmente de las que reportan su mayor ingreso en estas obras, expresaré por partes los medios que más se acerquen respectivamente a llenar estos objetos.

RÍO TERCERO

Este río se ha reconocido y navegado en pequeños bu-

ques, desde el Paraná hasta el paso que llaman de Ferreira distante 30 leguas de la ciudad de Córdoba.

Las ventajas de esta navegación, para transportar los voluminosos frutos de Cuyo y Córdoba, son incalculables. Mendoza y San Juan nos remitirán sus cosechas por la mitad menos de sus fletes actuales, y la provincia de Córdoba, por tres cuartas partes menos: pues recibíendose por los buques en el Saladillo de Rui Díaz, los primeros, y en el paso de Ferreira los segundos, se trasladarán a esta capital en ocho días con mayor seguridad; cuando en sus carretas y arrias sufrirán la demora de meses para llegar al destino, según las estaciones; lo que no carece de ejemplar.

Para conseguir este intento, resta sólo allanar el cauce del río en algunos parajes, y limpiar el resto de puntas salientes, raigones y árboles que en algunas partes se cruzan; a fin de que los buques planos que han de hacer esta navegación, puedan desplegar libremente sus velas y ejecutar el más pronto arribo a este puerto o al de las Conchas. He aquí todos los inconvenientes que presenta esta grande e interesante obra, mirada de cerca: inconvenientes que están pronta y fácilmente allanados, prestándoles el supremo poder del gobierno, su protección.

Entonces Mendoza y San Juan aumentarán sus cosechas de vinos, aguardientes, aceite y otros artículos que ahora no pueden sufragar fletes. Córdoba, Santiago y el Valle sus tejidos de varias clases lanas en rama, algodones, cal, cueros al pelo y curtidos de todas especies, grana en pasta, trigos y otros muchos ramos que hoy no pueden cultivar por la misma razón. La obra es de corta duración, porque la naturaleza tiene hecho el mayor costo, y el arte perfeccionará lo que falta, sin grandes dispendios.

El roce de los árboles, raigones, y cortar algunas puntas salientes en la tortuosidad del curso del río, es tan material, que no necesita de ingenio. Los bajos de piedra tosca son del mismo modo vencible con la máquina o pontón. Ella es tan sencilla, que la manejan cinco hombres, y levanta de un golpe más de cien quintales de peso, por la fuerza que demandan sus ruedas: cuyo modelo material, con todas las dimensiones, se presentará, para que pueda construirse en Santa Fe o Corrientes el que haya de servir, por deber ser de menos costo en estos puntos.

Su figura plana la hace calar sólo tres pies de agua, teniendo por auxiliar un pequeño bote, también plano, para extraer los materiales del cauce. He aquí todo el aparato necesario para lograr tan cuantiosas ventajas.

Si para ello se dispone que se establezca un presidio, cuyos brazos presten el auxilio necesario, es fácil construir un pequeño fuerte con sus habitaciones cómodas, y respectivas a la precisa seguridad, de estacada, o palo a pique.

La planta de este mismo fuerte puede fijarse en la confluencia del Saladillo de Rui Díaz con el Río Tercero, como punto a donde recalar las tropas y arrias de San Juan y Mendoza, y donde podrán formarse almacenes, en que provisionalmente descarguen y carguen, buques y carruajes, los frutos que se transporten; y otro en el pueblo de Fraile Muerto, a quienes, por la calidad de puertos precisos, se verían progresar rápidamente.

La obra debe emprenderse en la estación de los períodos vaciantes del río, porque en sus crecientes, allanados los primeros obstáculos, les sobran aguas para navegar balandras sin el auxilio del arte.

Puesta en uso esta navegación, el interés mismo de los hacendados e industriales formaría exclusas, acequías,

compuertas y cauces del matriz, para extraer las aguas de riegos, y otras máquinas que quisiesen establecer. Los pueblos de la Cruz Alta, Desmochados y Carcarañá harían su felicidad, y más que todos, el que habría de formarse en la confluencia con el Paraná.

El presupuesto del pontón, que debe tener diez y ocho varas de quillas con sus cucharas de madera aforradas en fierro, tres púas para internar en el fondo, cadenas del mismo metal, con lo demás necesario, es de 18.000 pesos.

En esta obra, que es muy propia de marineros, podrían acaso aplicarse aquellos, cuyos destinos hoy son en arbitrio de la Superioridad; auxiliados de presidiarios que en breve se instruirían en su manejo.

La construcción de los fuertes y estacadas, ya provisionales, o ya de fábrica, según conviniese, no puede ser de mucho gasto respecto a que para los primeros las maderas y paja están a la mano, y si hubiesen de ser firmes, el ladrillo se hace en el destino, y la cal no puede serle a Córdoba de tal gravamen, que no la suministre.

Esta nueva navegación, al paso que daba un giro veloz al comercio de esta capital con las provincias interiores, activaría igualmente el de las del Paraguay y Misiones, que directamente conducirían sus frutos por aquel canal, y tendrían un recíproco retorno; ahorrando el vicioso círculo que, por falta de este auxilio, hacen hasta esta capital. Ella además proporcionaría al Estado un número respetable de marineros que hoy no tiene, y convertiría en útiles ciudadanos a una considerable multitud de hombres sin destino, llenando los dos modos físicos y políticos que indiqué al principio, como base de la felicidad pública.

Los intereses de estas provincias, supuesta la franqueza de la navegación de este río, deben ordinariamente em-

plearse en las especies de su consumo, y hacer sus retornos por el mismo orden: de modo que un tal no interrumpido giro interior, sería el patrimonio más seguro del Estado. Pero en lo que más va a reportar es en la vasta población que debe formarse en una y otra costa del río, por la bondad de sus terrenos para labranzas y crías de ganados de toda especie. Pueden además hacerse heridos para molinos, formar regadíos, y presentar a la capital granos y harinas cuantas sean exportables a países extranjeros; cuyos terrenos están hoy desiertos.

La bondad de aquellas campañas es conocida a cualquiera que haya viajado por su costa, así en razón de las aguas permanentes, como de pastos firmes. Las labranzas y haciendas se multiplicarían a un número excesivo, y a porfía por las ventajas que la navegación les presentaba en la exportación de sus frutos y otros productos económicos de su industria, que consume el concurso de un camino frecuentado de muchas gentes, y que emplean con gusto en cuando se les presenta grato a la vida humana, cuyas agencias de economía hacen florecer los pueblos subalternos de un modo perceptible.

El comercio, que a tan caros fletes hace esta capital con la de Chile, se vería muy concurrido, y todo al fin refluiría en mayor actividad de los giros, frutos y manufacturas nacionales, que son los verdaderos intereses que aumentan el Estado.

Esta linsonjera esperanza es la que ha movido mi anhelo a proponer a V. E. tan interesante obra, con los medios que pueden hacerla asequible.

Éstos acaso se proporcionarían de dos modos: primero, por la provincia, a cuyo interés inmediato se beneficia; y segundo, por asientos o compañía, bajo los pactos conven-

cionales que se estipulasen por término señalado, presentándole un aliciente capaz de remunerar los dispendios que en ella hiciese. Más en atención a que tal vez no sea fácil este último, por las circunstancias que dificulten hallarse compañía con fondos suficientes que emplear de pronto para esperar el reintegro después de terminada la obra, parece que sólo podrá vencerla la misma provincia, y pueblos en quienes inmediatamente se refunden las ventajas; y ellos están más bien indicados para realizarla a menos costa, con tal que estén siempre protegidos de la fuerza y autoridad del supremo Poder.

Cuando un pueblo, instruido de la fortuna que se le prepara, llega a distinguir sus verdaderos intereses, el deseo de adquirirlos y adelantarlos le estimula incesantemente y su marcha toma cada día más rapidez. La América del Norte está haciendo esta feliz experiencia, y ve frecuentemente publicar sabios reglamentos, concediendo premios y privilegios para fomentar la industria y agricultura con que hace florecer su comercio como ninguna nación. No fueron otros los principios de los vastos progresos que hizo la Holanda. ¿Y por qué no podremos imitar a aquellos estados, y emprender unas obras más fáciles y menos costosas?

Córdoba, a cuyo territorio se va a dar un valor que hoy no tiene, y que aspira, como las demás ciudades y pueblos, a la fácil exportación de sus frutos, a adelantar las cosechas y la industria en los ramos que le son peculiares, admitirá con gusto este desempeño, en cambio de las considerables creces que va a experimentar en sus giros y población. Conocerán todas ellas en este rasgo político y paternal del supremo Poder, el desvelo que le merecen, y el anhelo con que propende al íntimo enlace de co-

rrespondencia fraternal e intereses, y a la unión y felicidad común, de que ha de resultar la fuerza física del Estado, con que poder combatir y escarmentar a los enemigos de su independencia y libertad. Cuando los pueblos y habitantes, de que hablo, no estuviesen penetrados y convencidos de esta verdad, como creo lo están, bastaría esta sola superior resolución para arredrarlos de cualquier duda, y ponerlos en el más alto grado de gratitud hacia V. E.

Entre los establecimientos públicos, los que mejor caracterizan el grado de civilización de un Estado, el talento y gobierno que lo rigen, son sin duda los francos giros y caminos: porque éstos, como las arterias en el cuerpo humano, forman en el político los canales por donde giran los espíritus que lo animan y vivifican. En los hombres no se desenvuelven las ideas, ni adquieren valor las obras de sus manos, sino en razón de la comunicación que tienen entre sí sus diversas sociedades. Los pueblos se rozan y electrizan recíprocamente, y de este choque sale naturalmente el deseo de aventajarse y todo va a tener vida bajo de su poderosa influencia. Ellos cultivan la tierra madre de su subsistencia; exploran las minas, manantial de riquezas; expiden el comercio, hijo de su industria y padre de su esplendor; influyen en la balanza del poder humano, y adquieren de este modo toda la felicidad a que aspiran.

Este bello conjunto de cosas que distinguen al hombre social del salvaje, es debido a los caminos que se franqueó el primero; y su carencia procede del encierro en que vive el segundo. Por este medio echaron los cimientos las ciudades y villas y se formaron las repúblicas y los imperios. Creciendo en sus comunicaciones, florecieron

las artes y el poder, y desde entonces fue preciso se dilatasen los caminos y canales de navegación, que debían servir al traficante y a la común utilidad; manifestando también el gusto, autoridad y magnificencia de la nación que los tiene. Así es, que todos los estados que han figurado sobre la tierra con gloria, miraron como una de sus instituciones más útiles, la abertura y construcción de grandes vías y canales, y confiaron el cuidado de ellas a sus primeros personajes.

Los magistrados de las provincias de Cuyo y Córdoba deben ser los que se encarguen de esta obra, bajo los auspicios y protección del supremo Poder, y de un director proporcionado, que sabrán elegir a su placer: su costo, distribuido en todos los pueblos que han de disfrutar de las ventajas, es muy exiguo para resistirlo, aun cuando fuese con la calidad de reintegro de las importaciones y exportaciones a que se dirige. Su ornato podría muy bien semejarse al que en el día se halla de Agra a Delhy en el Indostán, que es una alameda hermosa y continuada de 180 leguas: poco menos son las que tiene de longitud, desde sus nacientes hasta el Paraná, el Río Tercero.

Si la indicación de esta obra fuese motivo para que se realizase bajo de otros conocimientos más ilustrados que el mío, estaría bien premiado mi deseo en las ventajas que entonces disfrutaría la Patria.

PROVINCIA DE SANTA FE

En la jurisdicción de la ciudad de Santa Fe se hallan situados, entre los ríos Salado y Paraná, las reducciones

o pueblos de Cayastá, San Xavier, San Pedro, San Gerónimo y Espín: los tres primeros sobre la costa de este, y los dos restantes al oeste.

Estas retiradas poblaciones que por la bondad de sus naturales y fertilísimas campiñas que poseen son acreedores a mejor suerte, llaman la atención del supremo Poder para formar un nuevo departamento, que en nada ceda a los demás del Estado, tanto por sus excelentes producciones, como por su localidad y ríos que lo circuyen: debiendo tener por capital a la misma ciudad de Santa Fe, y por términos los ríos Bermejo y Salado con las fronteras de Santiago y el Paraná.

En todos tiempos debió haberles dispensado el gobierno una muy particular atención y sus más eficaces auxilios, para aumentar estas poblaciones y reparar con ellas las invasiones continuadas de los indios.

Hoy, sin duda, estrechan más estas medidas políticas, si han de facilitarse las comunicaciones y navegación del Bermejo con la provincia de Salta y otros ríos confluyentes al Paraná: y aun es más ejecutiva esta disposición, si ha de figurar Santa Fe, como es justo, en clase de ciudad. Ella ha sido amenazada muchas veces de su total ruina por aquellos enemigos; ha experimentado además otras ocurrencias poco favorables, que han aniquilado su población: por estas causas, y con motivo de la emigración sufrida, su existencia en el día es precaria, dependiendo de unas pocas estancias que poseen en la banda oriental del Paraná algunos de sus vecinos, y otras en la occidental, hasta el Arroyo del Medio, que son sus términos. No le conocemos otros ingresos, y los que puede prestarle un tráfico pasivo en su territorio: pero si fuese auxiliada del

Poder supremo, bien pronto podría alternar con las más aventajadas.

La labranza y cría de ganados de todas las especies serían por ahora sus primeras riquezas: la industria, en los muchos ramos que poseen los límites demarcados, la haría progresar; tales son, las siembras de linos, cáñamos, arroz y toda clase de menestra; la de algodón, tabaco, caña dulce, miel de abejas, cera, grana y curtiembres de toda especie; astilleros de construcción, cortes de varias maderas en sus dilatados bosques y montes intactos, con la proporción de hallarse a las riberas de caudalosos y navegables ríos: disfrutando para todo de la benignidad de climas análogos a las plantas explicadas, y con una singular preferencia en razón de su inmediación al mar y a esta capital, para la exportación y consumo de sus producciones: de modo que mientras las provincias más interiores sólo hacen una expedición, éstas pueden recorrer un círculo doble.

La regeneración de aquella ciudad y de los pueblos de sus reducciones, antes que llegue su total ruina; y la formación de otros con la de nuevas poblaciones agricultoras, industriales y comerciantes, parece que estaba reservada a V. E.; y el continuar tan útil obra con otras por el mismo orden en que colocó la naturaleza su situación, sirviendo la primera de antemural a la segunda, y así sucesivamente, desde el Bajo hasta el Alto Perú, en todas las que pueden crearse, a fin de no aventurar la pérdida de alguna de ellas, por falta de esta precaución, como ya ha sucedido en las que llegaron a establecerse en los mismos numerosos puntos que hoy se pretenden cultivar.

Aunque es verdad que el sistema de un nuevo Estado y gobierno es objeto muy vasto, puede no obstante tomar-

se por partes, expidiendo ciertas providencias que desde el mismo principio de su planificación lleguen a tener su efecto. La policía, el cultivo de la tierra, el aumento de sus productos en todas las especies, la extensión del comercio y de la población, deben ser entre otras, sus mayores atenciones, haciendo útiles los hombres.

En lo general pueden servirnos de modelo otras naciones industriosas, cultas y civiles: pero hay no obstante varios puntos, en que nuestros intereses son de una naturaleza distinta de los de aquéllos, y piden providencias correspondientes a su diversa calidad.

Cada nación tiene sus ventajas, y nuestro Estado tiene las suyas peculiares: entre ellas, la extensión de mayor territorio, bien que ésta sólo será ventaja, si se ponen los medios de aprovecharla: tiene lo rico de sus minerales, y la preciosidad de sus terrenos, que a favor de la labor e industria que en ellos se emplee, harán el más floreciente Estado del mundo.

Al gobierno de aquellas naciones se debe la grande industria de sus conciudadanos, y aunque nosotros hallemos inadaptable alguna parte de su método a nuestras circunstancias, podemos sin embargo tomar el espíritu principal de su sistema, que consiste en preferir la conservación y útil empleo de los hombres, al de nuevas adquisiciones por odiosas conquistas: en presentar a los ciudadanos todos los medios de enriquecerse, como el único seguro modo de formar el más opulento erario del Estado: en tener por la mina más rica del mundo la que produce la tierra con su buen cultivo: el substituir al peso intolerable de gravosos derechos la libertad del comercio nacional, sin la que no puede progresar ni vivir; ya considerándole como fundamento principal de todos los intereses del Estado, ya como vivificador de la agricultura,

de las artes, de las fábricas, de las manufacturas y de la industria.

Los abusos que estableció el engaño y corrupción, y lo que debió su ser a la ignorancia, a la desidia, a la desgracia y aun a la venalidad, autorizada con la posesión inmemorial, harán su resistencia al nuevo sistema: pero toda esta gran máquina, fabricada por el dolo, por la usurpación y tiranía, fácilmente se destruirá por un gobierno que en los casos arduos sabe oponer un ánimo firme y constante a las dificultades que ocurren en la ejecución de sus designios, haciendo juzgar la dulzura, la prudencia y el rigor alternativamente, según convenga. Las máximas del gobierno, como niveladas en la balanza de la razón y justicia, siempre son bien admitidas; y se dan la mano unas a otras tan íntimamente, que cada paso que da facilita el siguiente.

Es verdad que la policía debe en su práctica reglarse al estado presente de las cosas; pero la divisa del legislador, todos sus arranques y medidas, deben mirar a los futuros tiempos. Para juntar una nación dispersa, y sacarla de sus selvas, es pronto remedio recogerlas en chozas, que la pongan a cubierto de las intemperies: pero no quita que desde luego se tomen las medidas y piensen en el modo de aplicarla a la agricultura y a las artes que la han de alimentar en su cuna, ni que se forme el plan de habitaciones cómodas y hermosas, y aun de ciudades, para cuando aquellas chozas o albergues puedan convertirse en casas y palacios. La razón en este punto, como en el de la policía, es, que no se hace tránsito repentinamente de las rudezas a los primores de una nación culta, sino que de paso en paso se camina imperceptiblemente a la perfección, y como no es fácil sacar a los hombres de un

golpe desde sus envejecidos hábitos hasta la cumbre de una gran novedad, deben los cimientos ser tales en toda obra que se puedan levantar edificios de la primera magnitud. Así lo hicieron los legisladores que establecieron el gobierno de las más famosas repúblicas de la antigüedad.

Yo se bien que tenemos unos políticos de segunda clase, que sin saber pensar ni dar salida a nada de cuanto se proponga útil al bien general del Estado, saben poner dificultades a todo. Acaso dirán, que hay cosas que pueden ser buenas en la teórica, pero que pretender ponerlas en obra sería querer hacer efectivas una o muchas ideas platónicas, y que en nuestras Provincias Unidas del Río de la Plata no se puede hacer lo que en otras naciones. Pero los que así discurren no conocen el agravio que infieren al Estado y a su supremo Gobierno: porque quien animoso por sí solo supo abrirse el camino de la independencia y libertad con generosa constancia, mejor sabrá hacerse obedecer, y extender en todas sus Provincias Unidas las reglas de una sabia policía. Es una objeción que sólo puede provenir de ignorancia y pusilanimidad; y es en fin, un absurdo de primera clase, decir que en las circunstancias del día no puede ponerse en ejecución. Mal conoce al hombre, ni lo que es gobierno, quien se persuade que la nación más ruda no puede pulirse, ni la más holgazana reducirse al trabajo y a la industria, siempre que se pongan y apliquen los medios proporcionados. Examínese si los que se proponen son a propósito, y si no lo son, búsquense otros; pues es indudable que los hay, y que el Estado los tiene para cuanto exige este pensamiento económico. Todas las naciones han tenido sus eclipses y decadencias: deben atribuirse éstas comúnmente al poco aprecio de las obras políticas, y a la falta

de cálculo y reflexión en las causas originarias que debilitan la industria y la ocupación útil de sus ciudadanos. Compañías exclusivas, monopolios, posturas, tasas, opresión en la circulación interior, son incompatibles con la prosperidad común. Estas ideas, que fueron en gran parte bien entendidas de las naciones cultas, deben arraigarse en un Estado renaciente, que aspira a aumentar su riqueza y a sacudir la dependencia mercantil de las más industriosas e ilustradas.

La nación que depende de otra en comercio es substancialmente su tributaria. Las consecuencias fácilmente se deducen, y siempre resultan de la rudeza y abatimiento de los oficios, del menosprecio del cultivo de los campos, y de la falta de organización para promover y dar con regularidad salida a las producciones naturales y artificiales.

La historia política de una nación es la que con preferencia se debe estudiar y escribir: la prosperidad no se logra sólo con las victorias, si a éstas no acompaña la riqueza nacional y la universal atención a todos los ramos que la producen; y para que éstos pudiesen conseguirse, así los políticos antiguos como los modernos, miraron como base de la felicidad, los caminos, navegaciones y riegos artificiales: éstos para proporcionar la abundancia de frutos, y aquellos para las fáciles exportaciones. Es verdad que en todos los tiempos fueron combatidos, y nosotros tocamos desgraciadamente iguales sofismas políticos; pero es de esperar no logren aceptación del cuerdo y sabio Gobierno supremo.

La juiciosa crítica y reparos bien fundados, merecen alabanzas y estimación, cuando los que los hacen hablan de lo que han meditado, y proceden con deseo de ser útiles a su patria, y de aclarar las ideas.

La aritmética política y un espíritu geométrico que no se alucine con especies vagas, o no se profiera por aversión a lo que no es producción propia, son muy necesarios en un país que quiere prosperar. Es preciso conocer la perfección que pueden recibir las artes, y adoptar sistema ordenado de principios: para tratar de lo que interesa a la causa general del Estado, se deben descubrir y remover los errores, aunque sean envejecidos.

El torpe sistema político del antiguo gobierno, en tener a los naturales privados de la sociedad y usos de nuestras comodidades, fue muy errado; y mucho más el quererlos conquistar con las bayonetas; de que debía de resultar el odio, la incivilidad, la venganza y despoblación: y en fin, un mundo desierto sin comunicación, escaso de población, en razón de su magnitud, sin ciencias, artes ni industria que pudiesen desenrollar los manantiales de riquezas con que le dotó la naturaleza.

Las Provincias Unidas de este grande Estado, y que forman hoy causa común, se hallan a grandes distancias unas de otras para establecer sus relaciones mercantiles y de defensa; para comunicarse en sus producciones. Para atraer dulcemente a sociedad civil a los naturales que no la conocen, son necesarias las comunicaciones, por medio de caminos y canales de navegación, ramificados por todas las provincias del Estado: las utilidades son incalculables, pero acaso no se conoce toda su extensión.

No hay propiedad territorial ni manufactura, cuyo valor no se duplique por la proximidad de un canal. Cuando son muy numerosos en un país, como entonces la circulación de los frutos y de los hombres es muy grande, la abundancia de una provincia se comunica a las demás, y el territorio se hace, por decirlo así, más homogéneo: y este

medio, unido a los correos y a la imprenta, permite a los modernos conservar y gobernar felizmente a los estados de la mayor extensión, lo que no era conocido de los antiguos.

Por esta razón, no obstante la vasta extensión de la China y su inmensa población y variedad de climas, se transportan sus diferentes producciones a todas las provincias, con tal facilidad, que basta que se vendan a un extremo del imperio para que se halle proveído de ellas inmediatamente el otro: lo que influye sin duda en la admirable uniformidad de sus usos y costumbres. El canal de Cantón, o Pekín tiene 300 leguas de largo, y está constantemente cubierto de viajeros y mercancías.

El de Languedoc, aunque no de tanta importancia como el que atraviesa la China de norte a sur, es sin embargo uno de los más bellos que existen, no sólo por su utilidad y grandes proporciones que ha reportado la Francia, sino porque presenta modelos de construcciones de esclusas, depósitos, acueductos, canales subterráneos, y otras ventajas que no conocieron los antiguos.

No será extraño que un Estado que carece de los conocimientos científicos necesarios en tales materias, dude de estas obras sublimes del ingenio, cuando es reciente el canal construido cerca de Liverpool por el duque de Bridgewater; y en sus principios fue mirado por los ingleses como una locura, que arruinaba infaliblemente a este señor. Pero luego que vieron por la experiencia, que en lugar de arruinarse se había enriquecido, se apresuraron a imitarle. Al principio pareció sueño de algún visionario, pero la experiencia, que hace superflua toda discusión, dio a conocer sus ventajas.

Los canales, o ríos navegables que nos presentan nuestras Provincias Unidas, dicen superioridad a todos los co-

nocidos. Nada tienen que enmendar los ríos Paraná y Paraguay en más de 700 leguas de navegación hecha en bergantines y fragatas: la naturaleza lo ha perfeccionado hasta el puerto de Borbón, y aun hasta la nueva Coimbra.

Los ríos Tercero, Bermejo, Pilcomayo y Uruguay nos franquean el paso a todas las provincias, ciudades y pueblos del Estado, para la conducción de cualesquiera mercancías que entran y salen de ellos, de sus materias primas, de sus manufacturas y productos, de sus ricas minas y montes; cuyos transportes forman una segunda clase de renta al Estado.

No será exceso de cálculo, que en el día estén ociosos y mal empleados en los transportes de que hacemos uso, 50.000 hombres. Éstos entonces hallarían un trabajo mucho más productivo; y como puede valorarse en 48 pesos al año lo que produce un individuo útilmente empleado, en razón de la extracción e ingreso, supuesto el aumento de fábrica e industria, resultaría en la riqueza nacional el de 2.400.000 pesos anualmente, que dejan de ingresar por falta de destinos útiles. Yo sé que no me excedería en calcular en este ramo un doble producto, esto es, en lugar de cuatro pesos al mes, poner ocho, para que me rindiesen 4.800.000 pesos de ventaja al Estado. Pero como mi objeto es hacer las demostraciones más sencillas, creo bastará para conocerlo el ínfimo cálculo, y que si estamos convencidos de la necesidad de emprender estas obras, nada resta más, que disponer los medios que pueden conducirnos a su fin.

El nuevo territorio de Santa Fe, detallado sobre 600 leguas cuadradas, que por aproximación demuestra la figura casi triangular de los ríos Bermejo, Salado y Paraná, es susceptible de los mayores ingresos de población y ri-

quezas, por los frutos que posee y el benigno clima que disfruta. Él está desierto de brazos útiles, pobre y sin arbitrios para salir de la indigencia, pero no carece de habitantes en número suficiente a ponerlo en estado de convalecer, y hacerlo labrador, ganadero, industrial y comerciante, si el gobierno, por los medios políticos y de autoridad que le son peculiares, expide providencias oportunas a este intento: haciendo que una o más manos diestras aviven y den impulso a sus naturales, presentándoles el aliciente que más lisonjee su esperanza. Así manifestará pronto sus creces, y el Estado verá recompensado en su erario cuanto graciosamente distribuya en terrenos y útiles a los pobladores que los han de cultivar como propietarios.

Siempre ha sido máxima de los legisladores y gobiernos sabios observar los temperamentos y localidades de los países, genios e inclinaciones de sus habitantes, para establecer las constituciones y reglamentos que les son más análogos, y conducirlos, según ellas, a sus riquezas individuales, para que resulten las del Estado.

La localidad y temperamento de esta provincia, son los más proporcionados a la agricultura y cría de ganados de todas las especies, así por lo templado de su clima, como por la bondad de sus terrenos, para toda clase de siembra, abundantes aguadas, y pastos permanentes con que establecer populosas estancias: y siendo el ejercicio pastoril y el de labradores la común y decidida inclinación de sus naturales, y de casi todos los de las provincias del bajo Perú, a los que se entregan con gusto para su aumento y conservación, en todas las faenas y trabajos que demandan, podemos prometernos que en ninguna parte se pueden sacar mayores utilidades que en ésta, dando en pro-

piedad los terrenos a los pobladores, auxiliándolos con algunos útiles de labranza, y ganados que necesiten para entablar sus crías de toda especie.

Los inconvenientes son, sin duda, la carencia de fondos para tales establecimientos, la dirección que deba dárseles de civilidad y orden, y la seguridad de incursiones de los indios infieles. Este conjunto de dificultades, miradas en globo, retraerán del empeño de entrar en ellas a los genios apáticos, mezquinos, tristes y cobardes, a los cuales no cosultaría en su tiempo Alejandro, para pasar al Indostán, ni tampoco los héroes de todas las revoluciones, para obtener la independencia y libertad a que han aspirado: y en fin, desconocen aquellos genios misántropos cuán abundante es en recursos un gobierno sabio, y de talentos despejados para desembarazarse de semejantes objeciones.

Los cinco pueblos de reducción en la jurisdicción de Santa Fe a que se contrae este punto, no deben estar sujetos al antiguo método de comunidad; pues por resolución superior están declarados libres y en pleno goce de sus derechos, quedando por del Estado sus terrenos: por consiguiente, parece necesario se les den en propiedad a sus individuos los que necesiten para labranzas y cría de ganados, e igualmente solares en que establecer sus casas y habitaciones, en los pueblos formados, y que de nuevo se formen, donde sea más conveniente.

Delineados los pueblos, y obtenidos en propiedad los terrenos por las familias que allí se establezcan, son necesarios fondos para útiles y hacienda que deban distribuírseles para sus alimentos, labranzas y procreos. En cuanto a útiles, es muy poco su costo, para que dejen de suministrárseles por el Estado, con cargo de reintegro; y

en orden a ganados vacunos, caballar, lanar y de cerda, pueden con la misma calidad suministrarlos los hacendados de la jurisdicción de Corrientes, a muy poco costo, por hallarse en la banda oriental del Paraná y costa opuesta, haciendo la translación por el pueblo de Cayastá, que es el mejor paso que se conoce: y esta disposición, atendidas las circunstancias, será un arbitrio que podrá extenderse a otras miras de precaución para la capital, según se irá demostrando.

La obstrucción que padecen los campos de Corrientes en su vasto giro de cueros, y demás artículos de que hacía su comercio con esta capital, ha aniquilado a aquellos hacendados, y se les haría un bien en tomarles toda especie de ganado a precios moderados, quedando las poblaciones responsables al pago de sus valores, garantizando el supremo Poder Ejecutivo el plazo, o plazos que se estipulasen. Por este medio pueden ponerse en la jurisdicción de Santa Fe 300.000 cabezas de ganado, y aunque 50.000 se distribuyesen en el fomento de las nuevas poblaciones, podría el gobierno precaver cualesquiera urgente necesidad, que la vicisitud de la suerte, pudiese ocasionar en la Banda Oriental por los enemigos de la Patria, o de la tranquilidad pública, en la divergencia de opiniones sobre el modo de sostener causa, aunque no en la substancia.

Aquel punto parece el único que ha podido en este ramo salvar de las devastaciones que han sufrido todas las haciendas de aquella parte; y cuando ninguno de estos recelos llegase a realizarse, el mismo fondo de haciendas beneficiadas de esta banda produciría superabundantemente a su desempeño, bajo la dirección de hombres de

inteligencia y probidad a quienes se encomendase este encargo.

Hallándose las poblaciones con los artículos de primera necesidad para afirmar sus labranzas y crías de ganados sobre sus propiedades, una policía rural ordenaría sus progresos, puesto que ya quedaban remediadas las primeras atenciones de una o muchas poblaciones. Los naturales son comúnmente idólatras de sus haciendas, y enterados de que ellos debían conservárseles, y a toda costa defenderse de los que intentasen despojarlos de sus propiedades, anhelarían por su multiplico, y bendecirían la mano benefactora, que, redimiéndoles de la miseria, les ponía en estado de prosperar; se apresurarían a fomentar las crías de caballos, mulas, ganado lanar, de cerda y vacunos, para ponerse en estado de cubrir su desnudez, y además usos útiles a que les debían sufragar.

Del mismo beneficio que los naturales de los pueblos de reducción, disfrutarían las familias indigentes que allí se trasladasen; y formadas las poblaciones con sus iglesias y escuelas públicas, bajo la dirección de párrocos virtuosos e industriosos, resultaría la educación necesaria en unos y otros; el recíproco trato y roce posesionaria a los indios del idioma, y alejaría las desconfianzas que por esta falta aumentan siempre sus celos de ser engañados, y los hace estar de centinela de nuestras operaciones, aun cuando les sean benéficas.

Parece que por ahora ningunos párrocos estarían más bien indicados que los religiosos misioneros del colegio de San Miguel, que los tienen a su cargo, y cuya conducta conoce muy bien el supremo Gobierno: debiendo obrar en la dirección pública de enseñanza y economía bajo las reglas que se les prescribiesen más análogas al carác-

ter, genio e inclinaciones de los educandos, que se modificarían y pondrían más metódicas a proporción de la mayor ilustración que adquiriesen con el frecuente trato e interés que sacasen de sus labores: procurando no aislarlos en sus hogares, para que mejor pudiesen conocer y aspirar a las comodidades y conveniencias de nuestras sociedades y familiarizarse con ellas.

La defensa de los indios que los hostilizan la formarán los mismos vecinos, y las tropas de aquella frontera que deben llenar su institución y situarse a su frente; aumentandoles la fuerza para reparar con el respeto las incursiones, haciendo se comuniquen o se acerquen lo posible a los fuertes de la frontera de Santiago y Salta, avanzando unas y otras tropas al centro común en partidas descubridoras, mientras se establecen guardias de comunicación en el curso del río Bermejo, y se franquea su navegación: en cuyo caso las poblaciones que a sus márgenes se formen fortificadas, alejarán a los indios, que no quieran sociedad, hasta los bosques del norte, y quedarán enteramente libres las provincias de Santa Fe, Córdoba y Tucumán. Entonces las poblaciones de esta nueva provincia recibirán multiplicados brazos en todo género de industria, cuando adviertan su seguridad en la fácil exportación de sus producciones a los destinos de su consumo, y cierto expendio a menos costos. Los obrajes de maderas, que hoy se hallan establecidos a más de quinientas leguas, ahorrarían dos tercios de camino y consiguientes gastos: los astilleros tendrán el mismo ahorro, y todos los ramos peculiares a estos terrenos se hallarían activamente cultivados.

El fierro es metal de cualidad superior a cuantos se conocen, lo tiene V. E. a la vista en la fábrica de fusiles:

cuya mina es propia de este terreno, se halla al nor-este del río Salado, y se ha reconocido por más de 20 leguas su veta, en partes sobre la superficie de la tierra, y en partes somera, hasta introducirse en un bosque, cuya espesura no ha permitido seguir su término.

Esta riqueza, puesta en obra para todos los usos que de él hacemos, y cuya importancia no es fácil calcular, es acaso el ramo más precioso e interesante, y de una cualidad tal, que según los más inteligentes químicos de Europa que lo han recogido, no tiene semejante por la mucha platina con que está ligado. Y entonces lejos de pagar a las naciones extranjeras crecidas sumas por este artículo, quedarían refundidos en los naturales sus importes, y aun se vendería el que nos sobrase a las mismas, a buen precio por su superior calidad.

Se halla igualmente una laguna de sal excelente, de que los naturales hacen uso, y pueden comunicarse a sus vecinas provincias. El salistre, de que tanto se carece para la fábrica de pólvora y beneficio de salazón de carnes, es otro ramo conocido y especulado años ha, de cuya abundancia nos privan los caros fletes del día en su transporte.

Las reducciones de Miraflores, Valbuena, Fuerte de San Lorenzo de los Pitos, Macapillo, Santa Rosa y Petacas, a la banda oriental del Salado; y en el río del Valle, el fuerte de San Fernando, forman la línea de frontera más avanzada al este de Salta, Tucumán y Santiago del Estero, sobre la demarcación de la nueva provincia de Santa Fe, quedando el fuerte Pizarro en la banda oriental, y junta que forman los ríos de Tarija y Jujuí, con que se reparan en parte las invasiones que acostumbran hacer los indios del Chaco por aquel punto.

Otra circunstancia que hace asequibles estas poblacio-

nes, es que los indios abipones, mocovíes y guaycurús, de que se componen estas reducciones, tienen sus deudos y relaciones con los que habitan los terrenos de una y otra parte de los ríos Salado y Bermejo, y presentando los reducidos a aquellos infieles los alicientes que más les halagan, o lo que es lo mismo, haciéndoles entender, que podrán disfrutar de igual fortuna, viniendo a sociedad, será empresa más cierta por medio de sus deudos, que les dibujarán el interés a que aspiran, de un modo que a nosotros no nos es fácil.

Las necesidades de que están estrechados los hacen salir de los bosques, y cometer sus incursiones sin perdonarse los unos a los otros. Que ellos tienen docilidad y también respeto a las armas, lo han manifestado en el franco paso dado a Ilmo. obispo del Paraguay, Cantillana, al coronel D. Francisco Gavino de Arias, a D. Adrián Cornejo, y otros que han reconocido, embarcados y por tierra, el curso del Bermejo hasta Corrientes; atravesando otros el Chaco hasta la Asunción del Paraguay, y finalmente, otros desde Santiago, cruzando la jurisdicción de entre estos ríos hasta Santa Fe. Sólo resta, pues, que acalorando el supremo Gobierno, y protegiendo con su autoridad a los pueblos fronterizos, los ponga en movimiento hacia sus propios intereses, por los medios indicados, o por otros que con mejor ilustración se propongan.

TUCUMAN Y OTRA PROVINCIA A SU FRENTE

La provincia de Tucumán, que fue una de las más pobladas del Perú, se componía de las ciudades de Córdoba,

Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, San Salvador de Jujuy, San Fernando de Catamarca, la Rioja, San Clemente de la Nueva Sevilla, Talavera de Madrid, Esteco la antigua, la Concepción, Guadalcázar, Londres y la Nueva Esteco: sus fronteras avanzaban al Chaco más que hoy, y a excepción de las seis primeras, todas las demás fueron destruidas por los indios con muchos pueblos y reducciones. Tenía por límites al norte la provincia de Santiago de Cotagaita, Tarija y Cinti; al sur la provincia de Cuyo; al oriente la de Buenos Aires, y el terreno del gran Chaco-Gualamba de indios infieles, confinantes con la provincia del Paraguay y Cinti; y por el poniente las provincias de Lipes y Atacama, los valles de Calchaquí, San Carlos y Santa María, habitados también de infieles. Éstos, y las muchas naciones del Chaco y pampas, combatían al mismo tiempo hasta llegar a cortar la comunicación al Perú, y ceñir en sus éjidos a aquellas seis ciudades, que se convocaron para acordar su conservación y defensa, arbitrando medios para hacerlo, en atención a no haber fondo de guerra en las cajas, que sufragasen los gastos indispensables.

En esta junta se impusieron las ciudades y pueblos el ramo que hasta hoy se conserva con el nombre de sisa, en que se cobran seis reales por cada mula que sale de la provincia para el Perú; tres por cabeza de ganado vacuno; 12 pesos por carga de aguardiente que se consume, o pasa por dicha provincia; 30 reales por tercio de yerba camini; 12 reales por la de palos, e igualmente sobre el jabón que se interna; sobre cuyo fondo se formó un reglamento que debía servir al pago y gobierno económico de las guardias, pasando el gobernador de la provincia a residir en el fuerte de San Felipe de Lerma, como punto

más avanzado, para disponer lo conveniente a contener las irrupciones; y por cuya razón era Salta la ordinaria morada del jefe: hasta que se trasladaron al valle de esta ciudad los indios calchaquíes, los de los valles de San Carlos y Santa Rosa, alejando sobre el río Bermejo; y al oriente del de Tarija, los indios tobas y guaicurús, con lo que quedó desembarazado el paso a las provincias altas del Perú, y contenidos los enemigos por los fuertes de San Lorenzo, de Tacopunco, de San Luis de los Pitos, de San Fernando, Santa Bárbara y el de Pizarro; y por el sur con el de las Tunas y Sauce, en el Río Cuarto, y el que llaman del Tío, en el río de Córdoba, para cubrir el camino de Santa Fe.

El reglamento para la distribución de estos fondos fue aprobado, y se aumentaron con los del ramo de cruzada, a fin de que las fronteras estuviesen bien dotadas, y se adelantasen sobre los ríos del Chaco, hasta comunicarse con las provincias de Buenos Aires y Paraguay. Las cantidades que han rendido anualmente estos impuestos, han sido ingentes; su inversión no sabemos que haya correspondido, y si sólo se tiene noticia de que los fuertes y reducciones hechas, si alguna parte existe, están en un estado deplorable.

Pero echemos un velo sobre todo lo pasado, y convenzámonos de la necesidad que tenemos de perfeccionar estas obras, de libertar a los pueblos de invasiones, y dejar a sus vecinos en seguridad de sus brazos, para que los dediquen a las útiles labranzas de que han de sacar su alimento: pues no parece, que sobre los gravámenes que reconocen para dotar soldados que sirvan por oficio, se les compele a cubrir las fronteras a ración y sin sueldo: de que resulta mal hecho el servicio, un violento atraso en

las familias de los vecinos pensionados, ruina en lo material de las obras, y un eminente riesgo de volver a ser víctimas de los infieles que observan el abandono.

Es, pues, necesario alejar estos inconvenientes, y dar ampliación con giro a unas provincias que hoy no tienen, ni podrán tener jamás, de una manera ventajosa a sí mismas y al Estado. Todas las preciosidades que contienen, y deben facilitar por un comercio activo, quedan sepultadas en las entrañas de la tierra, y sus naturales envueltos en la miseria.

Una tierra o heredad situada a las cercanías de una ciudad, da una renta mayor que otra sita en lo interior del país, lejos de las comunicaciones principales, e igualmente fértil: y aunque el mismo trabajo sea suficiente para cultivar la una que la otra, debe ser más caro llevar al mercado las producciones de la última, y es forzoso que el producto sirva para pagar esta cantidad mayor de su exportación, que grava sobre el mismo artículo; y de consiguiente que el sobrante que hace la ganancia, y contribuye a favor de los propietarios o arrenderos, se disminuya.

Para que puedan alternar estos labradores industriosos, y aun desterrarse los excesos, son necesarios los caminos cómodos, los canales y navegación del río: pues estos auxilios, al paso que disminuyen los gastos de transporte, acercan, por decirlo así, los campos distantes, y les hacen gozar de las ventajas que por su situación tienen las tierras inmediatas a las ciudades. Estas obras públicas son las mejoras más útiles que pueden hacerse, porque aumentan la agricultura de las partes remotas, y hacen mayor el círculo de las posesiones nacionales: son ventajosas para las ciudades, porque destruyen la codicia de los monopolistas de las campiñas que las rodean: lo

son igualmente para éstos, porque al paso que surten los mercados de géneros más abundantes, les ofrecen otros nuevos destinos para darles salida; además que el monopolio es el mayor enemigo de una buena administración, la cual no puede ni establecerse ni extenderse generalmente sin la acción de una concurrencia libre y universal, que obligue a todos los miembros del Estado a fundarse sólo en ella: y para conseguir uno y otro en nuestro caso, es preciso que sea franca, como es asequible la navegación del río Bermejo, su población y caminos, que al mismo tiempo que estrechen las relaciones con sus naturales, se hagan frecuentes usos recíprocos de los frutos y efectos de las provincias altas con las del Paraguay y Buenos Aires: y esto será más segura y prontamente efectuado, si se crea otra nueva provincia sobre las costas orientales del Bermejo y campos del Chaco, siendo su capital Corrientes.

Es tan común como cierta la observación de que, cuando en un país abundan los frutos, no hay de ellos despacho, y que el labrador carece entonces de facultades para pagar las rentas, y aún sus deudas particulares: de donde se convence que el remedio a tales males son los canales y caminos para facilitar los transportes. Las provincias y pueblos, a quienes favorece la saca del sobrante de sus cosechas, son los que florecen más en la labranza. Este enlace de auxilio no se consigue con providencias parciales o imperfectas; es necesario unir las si de veras se aspira a la prosperidad de los pueblos. Todas estas obras han sufrido obstáculos e impedimentos en los principios, antes de hacerse comunes. Cuando las sociedades económicas estén generalmente establecidas, se conocerán con claridad las utilidades y los medios de llevar

a la perfección los ramos de industria que presentarán las navegaciones: mas si un general impulso no anima estas grandes obras, mal pueden prosperar nuestras provincias con la brevedad que importa, para ocupar a los que sin culpa suya viven vagos y miserables por falta de ocupación. La ociosidad debe ser reprimida en cualquier país que desea volverse industrial: todos debemos combatirla, buscando arbitrios útiles y prontos de ocupar a los ociosos; y por una razón enteramente inversa ha de ser libre a todo género de personas establecer cualesquiera ramos de industria, comercio y fábricas. Las que llaman formalidades parecen bien a primera vista, pero miradas por dentro son trabas perjudiciales e impeditivas de la prosperidad pública: con ellas se obstruye aquella circulación libre de los ciudadanos; las franquicias, las reglas y la libertad de trabajar han de ser comunes a todos, porque ningún ciudadano puede perjudicar a otro en poner fábricas ni ramos de industria: lo contrario sería estancarla y detener el impulso general de la nación, haciéndole depender de formalidades costosas y superficiales: el perjuicio del público sólo puede consistir en la ociosidad; y la aplicación no sólo no es dañosa, sino que debe estimularse con premios. El modo de disipar una gran parte de las preocupaciones, es emprender las cosas, porque la serie misma de los tiempos va aclarando y facilitando las ideas que en otros habían parecido inasequibles o muy embarazosas.

Si se reflexiona al espíritu de oposición que se hace a toda novedad, se hallará que a las veces no es falta de celo, tanto como el temor de errar las operaciones, y sólo la ilustración general puede allanar tales obstáculos. Esta ilustración no la han de promover los ociosos y mendi-

gos, porque tienen interés en vivir en libertad culpable los primeros, y en abusar de la tolerancia los segundos.

Las sociedades, las obras públicas y los hospicios, que una sabia política establezca, darán regladamente destino y ocupaciones lucrosas a multitud de personas de todos estados, edades y sexos, que hoy malgastan el tiempo y hacen su giro anual sobre el trabajo de unos, e inconsiderada caridad de otros. De modo que en una provincia como ésta no será extraño que existan, en todos los pueblos, campañas y poblaciones de su comprensión, mil familias de una y otra clase que corresponden a 5.000 personas: y computado su gasto diario en 4 reales en comer y vestir por cada una, compuesta de cinco, resulta un gravamen anual al público de 180.000 pesos, y al Estado de 300.000; porque estas familias puestas en ocupación ahorrarían al público lo que les suministra, y ganarían lo que gastan, y aún mucho más. No puede ser la demostración más ceñida, ni en personas ni en cantidades; y por este orden podrá inferirse cuantos millones de pesos incrementaría anualmente el Estado en todas las provincias de su comprensión, cuando viese establecidas estas medidas políticas, que son sin duda las que han adoptado todas las naciones ilustradas que hoy dictan leyes al resto del universo.

No esperemos jamás a tener sobrantes cuantiosos fondos para emprender estas obras, porque si no los buscamos por principios económicos y de moralidad en los pueblos formados y que de nuevo se formen, no lo conseguiremos. Llegará a desaparecer de entre nosotros la libertad e independencia, y haremos una marcha rapidísima a las escases, exponiéndonos por éstas a ser presa del enemigo.

Los fondos establecidos en la provincia antigua del Tucumán, en la que aún se conservan los ramos que los producen, y a cuyas ciudades se va a dar en sus fronteras una seguridad que no tienen, y unas exportaciones a sus frutos y manufacturas que no podían hacer sino a muy caros fletes, bien administrados, proporcionan los medios suficientes para sufragar a la obra de la otra nueva provincia: y cuando no alcanzasen, los mismos pueblos los arbitrarían, con tal que unos y otros a su tiempo se extinguiesen, para dar toda la posible libertad a la agricultura, industria y comercio; cuyos fondos entonces acrecen los del labrador, artesano y comerciante, y con ellos aumentan sus labores y especulaciones, y el erario, su riqueza.

Los ramos de azúcar, cacao, café, el exclusivo de cascarilla, los plomos, estaños y cobres de todas calidades que producen el alto y bajo Perú, por ahora harían su giro, embarcados en Jujuy y Orán en el río Bermejo, por menos de la mitad de los fletes que hoy pagan; hasta que felizmente franqueasen sus cauces el Pilcomayo y río Paraguay para las provincias de la Paz, Cochabamba, Santa Cruz de la Sierra, Moxos y Chiquitos.

El interés que a cada uno de estos pueblos, y a todos juntos presentan estas obras en el pronto giro y exportación de sus frutos peculiares, para extraer los sobrantes a potencias extranjeras, los pondría en un movimiento laborioso de la mayor consideración. El Estado progresaría en población, en fuerzas físicas y caudales para hacerse respetar de las naciones más atrevidas, por la facilidad que se proporcionaba de transportarlas a los puntos de defensa que le fuesen necesarios. Los mismos intereses y precisas relaciones mercantiles unirían más las provincias, cortadas las distancias que hoy las separan,

acercándolas por medio de ríos navegables, y no tendrían lugar las emulaciones y rivalidades que por esta falta suelen engendrarse.

Cuando algún otro anheloso ciudadano, con celo patriótico, observa con detención político-económica que el artículo de azúcares, arroz y caña, se producen en Jujuy, Orán, Misiones de Tarija, Corrientes y Paraguay con abundancia, de la mejor calidad que se conoce, y que por falta de fácil exportación deja de cultivarse, e igualmente el cacao y café de Moxos, Apolobamba y Yungas, por la misma causa, vuelve sus amargas quejas contra unos gobiernos indolentes que no han prestado su intervención y autoridad a remover estos obstáculos que embarazaban tan interesantes objetos; siendo por otra parte la risa y diversión insultante de la nación extranjera que labraba su fortuna sobre nuestras ruinas. Cargamentos considerables de estos artículos hacen el fondo de un cuantioso comercio de esta misma nación, mientras que nosotros somos sus tributarios anuales de millones de pesos, que deberían circular en el Estado, haciendo prosperar aquéllos y otros ramos de industria que hoy los tienen sepultados en el abandono los caros fletes que ocasionan los dilatados, escabrosos y pesados caminos que retraen al comercio de estas empresas por no poder superar las dificultades.

Cuando se vean establecidos los cauces principales, el interés de los hacendados, el de los pueblos y comercio, harán se unan a ramificarlos por caminos y canales subalternos, para dar expendio a sus frutos, pastas y manufacturas; y no sólo el Tercero y Bermejo e inmensos campos del Chaco serán frecuentados, sino también el Pilcomayo y río Paraguay, distante poco más de 30 leguas del pueblo de Jesús de Chiquitos.

Las nuevas provincias proyectadas de Santa Fe y Corrientes, y las demás que se lleguen a formar, lejos de disminuir la opulencia de sus capitales, les presentarán unas riquezas que ahora no tienen, ni podrán esperar jamás de unos pueblos aislados en sí mismos por campos desiertos. La reunión de las provincias en un sistema de libertad se hace más firme por medio de los intereses individuales: éstos forman los vínculos indisolubles que los ligan voluntariamente a arrostrar el peligro, si para defenderlos es necesario atacar al que intente invadirlos.

Las naciones aplicadas al trabajo, permanentes en su país, que sólo gastan sus producciones y géneros de la propia industria, son las que verdaderamente poseen los principios sólidos de la prosperidad común. La industria y costumbres arregladas a la constitución del Estado son unas trincheras que no puede forzar el conquistador más vigoroso ni el ejército más bien disciplinado. Un pueblo numeroso y unido nada debe temer de las irrupciones extrañas.

El imperio del Japón, compuesto de países aislados, mantiene artes de gran perfección; y tal es la aplicación de sus naturales, que no necesitan de auxilios extraños, porque imitan en ella a los asiáticos del continente, sus convecinos. ¡Estas son las naciones que nosotros creemos estar constituidas en la barbarie, y que miramos como voluptuosas y descuidadas! Estas las que venden sus telas y porcelanas, y el té a las naciones europeas, haciéndolas en substancia sus tributarias.

Nuestros pueblos cultivadores de los frutos análogos a su clima, y al mismo tiempo industriosos, serán suficientes a sí mismos. El gobierno no necesita expender caudales para animarlos. El labrador y el ganadero pueden

también ser fabricantes, y de esta excelente unión en muchos ramos sencillos viven las familias acomodadas, y contentas en su esfera: no habrá mendigos, ni multitud de personas aspirantes siempre a huir del trabajo para vivir de cargos viciosos a costa de los demás. Tranquilos en sus comarcas, no pensarán jamás en emprender conquistas distantes, odiosas siempre y eversivas de la tranquilidad pública. No ambicionarán el poder de otras naciones orgullosas, ni codiciarán sus manufacturas y producciones: venderán sus sobrantes a esas mismas, que creen haber nacido para dar la ley al universo, y recibirán en cambio, no frutos, sino la plata que entre ellas puede circular.

Necesitados los romanos de conducir ejércitos a los extremos del orbe entonces conocido, abrieron caminos por todas las provincias de su imperio, espacioso y bien provistos: muchos monumentos de ellos han sobrevivido a sus ruinas. Una de sus leyes encomendaba a los censores la administración de estas obras, y de ellas tomaron nombres las vías de Apia, Flaminia y Emiliana.

Los canales y puentes de la China han sobrepujado a aquellos: las hospederías, villas y ciudades, que por todas partes ocurren al encuentro del viajante, manifiestan la cultura, población y excelente policía de aquel opulento imperio: el inmenso comercio, de que están siempre cubiertos sus caminos y canales, los recompensa con exceso, hace la gloria de sus emperadores, y la felicidad de sus industriosos habitantes.

El Nuevo Mundo ofreció a los ojos de sus conquistadores el testimonio más auténtico de su civilización con calzadas en Méjico y grandes caminos en el Perú. De la plaza del Cuzco se dirigían hacia los cuatro puntos cardinales otros tantos caminos que tenían su término en los confines

del imperio. Los ríos que se encontraban al paso se atravesaban en balsas o puentes de crisnejas en forma de galería que, ni por lo largo, ni por las eminencias en que estaban colgados, podían ser superados por los que hoy presenta la China. Los cerros que atravesaron los romanos y los que abatieron los chinos, merecen el nombre de colinas en cotejo de la enorme y escarpada cordillera de los Andes y caminos hechos sobre las cimas más altas que la región de las nubes, cubiertas de nieves tan antiguas como su existencia. Las aguas que regaban los llanos eran elevadas a las eminencias por cauces dirigidos con ingenio y arte.

Tres siglos de destrucción no interrumpida, por terremotos, inundaciones, guerras y la arrasadora codicia, que sin cesar arranca desde sus cimientos los edificios más respetables, no han podido aniquilar las ruinas de estos monumentos, ni vencer la resistencia de su tenaz estructura. Estos vestigios se notan en los valles, donde sucesivamente se presentan al que viaja con ojo observador.

Estos prodigios del esfuerzo y victorias de la perseverancia manifiestan que en todos los tiempos y lugares, en que el ser pensativo ha comenzado a desplegar sus fuerzas intelectuales, ha mirado la formación de caminos y canales navegables como los medios más conducentes a vivir en comunidad y esplendor.

La luz del entendimiento no es seguramente como la del día, en que alterna la claridad con las tinieblas, renovando de continuo a nuestros ojos el augusto espectáculo del universo. Cuando aquélla se eclipsa sobre un horizonte se oculta para siempre, no dejando otras señales de haberlo iluminado que ruinas y escombros, que también a la vez se aniquilan bajo la planta asoladora del hombre anochecido en las tinieblas de su razón.

No ha podido darse por la América, después de su conquista, mayor desgracia que el olvido y abandono de tan interesantes obras, porque no hay un país en el globo que más lo necesite por la disposición de sus terrenos y lugares en que se hallan las fuentes de los preciosos metales y demás riquezas de la naturaleza que forman la cadena que enlaza las naciones, para que, reunidas, formen un pueblo humano y comerciante. Pero si hasta estos tiempos hemos marchado por sendas, ya en el cerro, ya en el llano, sin más dirección que la del rastro de anteriores viajeros, hoy que estas provincias han recobrado sus derechos, deben apresurarse a emplear los más brillantes talentos de sus hijos en las interesantes obras que han de formar su conservación y la alternativa con las demás naciones constituidas, dando económica dirección a sus intereses para no ser precarios de potencias extrañas.

El objeto, sin duda, será prontamente desempeñado si se encomienda a genios fecundos, que mejorando las ideas con entusiasmo y amor patriótico, corrijan los errores de que abundan las que he indicado; para que, debiendo el ser estos monumentos a la protección de V. E., las generaciones venideras hagan recuerdos honrosos del supremo poder que los erigió, como aún se hace sobre los que existen de César, Augusto y Traiano. Y si yo fuese tan feliz que pudiese entender que algún día mis hijos lograsen de este inestimable bien, bajaría con gusto al sepulcro llevando a la región de los muertos el placer de quedarles por este medio asegurada su independencia y libertad.

Buenos Aires, 26 de julio de 1813.

Excmo. señor.

PEDRO ANDRÉS GARCÍA

El fin principal de esta ley es la reorganización del Poder Judicial, para que funcione con mayor eficiencia y economía. Se propone la creación de un Consejo de la Magistratura, que tendrá a su cargo la selección, promoción y disciplinamiento de los jueces. Asimismo, se reestructura la organización de los tribunales, eliminando las duplicidades y mejorando la coordinación entre ellos. Se establece que los jueces serán elegidos por un período determinado, lo que garantizará su independencia y estabilidad. Finalmente, se prevén medidas para mejorar el acceso a la justicia, reduciendo los costos y los tiempos de tramitación de los procesos judiciales.

El presente proyecto de ley ha sido elaborado por la Comisión de la Reforma Judicial, creada por el Poder Ejecutivo. Se ha sometido a un proceso de consulta pública, durante el cual se han escuchado las opiniones de los sectores interesados. Se espera que esta ley contribuya a fortalecer el sistema judicial y a garantizar el derecho de todos a una pronta y eficiente administración de justicia.

Buenos Aires, 28 de Julio de 1913.

El Presidente de la Nación, Juan Manuel de Rosas.

COLECCIÓN

DE

VIAJES Y EXPEDICIONES

A LOS

CAMPOS DE BUENOS AIRES

Y

A LAS COSTAS DE LA PATAGONIA

IMPRENTA DEL ESTADO

BUENOS AIRES

1837

COLECCIÓN

DE

VIAJES Y EXPEDICIONES

A LOS

CAMPOS DE BUENOS AIRES

y

A LAS COSTAS DE LA PATAGONIA

IMPRESA DEL ESTADO

BUENOS AIRES

1837

DISCURSO PRELIMINAR

A LAS

EXPEDICIONES A LOS CAMPOS DEL SUD

Son tan escasas las noticias que tenemos de la región austral del Río de la Plata que no debe mirarse con desprecio la serie de documentos oficiales que presentamos al público. No debe esperar el lector hallar en ellos datos y observaciones científicas. Los más de estos diarios han sido llevados por oficiales que no tenían más conocimientos que los de su profesión: pero, sin pretensión y orgullo, relataban sencillamente lo que veían, y describían con una fidelidad apreciable los parajes que exploraban. Estas relaciones suelen a veces presentar detalles nuevos e importantes como los cantos populares, que brillan por rasgos insólitos de una vulgar poesía.

Tienen también el mérito de conservarnos la fisonomía original de una naturaleza inculta, y del hombre de la creación, cuyas costumbres en vano se esforzaron por indagar los filósofos en el silencio de sus gabinetes.

A pesar de los grandes progresos que ha hecho la geografía, ¿cuál es el hombre, versado en estos estudios, que deje de explorar las relaciones de los primeros viajeros para comparar y rectificar a veces las especies de los que

marcharon después en sus huellas, con más instrucción y auxilios? ¿Cuánta luz arroja aún sobre el Asia su primer historiador Herodoto y su más antiguo viajero Marco Polo? ¿Y qué otra cosa son los *geógrafos menores* que recogió e ilustró con tanto afán Hudson, sino nuestros Cardiel, Hernández, Pavón y Amigorena?

Si hay una ciencia que procede lenta y paulatinamente es, ciertamente, la geografía. ¿Cuántas observaciones para determinar la verdadera situación del cabo de San Antonio y calcular con acierto la latitud del de Santa María? Y sin embargo los más ilustres navegantes han pasado delante de estos promontorios y cada uno de ellos reincidió (para enmendarlos después) en los errores de sus predecesores. Así se perfeccionan los conocimientos, que hubiera sido imposible llevar de otro modo al grado de madurez que han adquirido en nuestros días. Y cuando a las causas que suelen retardar estos adelantamientos se agregan otras que los paralizan, se percibe entonces toda la importancia de estos ensayos, que son como los arranques que se dejan en los edificios para continuarlos.

Algunos de estos documentos disfrutaban de una celebridad que están lejos de justificar: tales son los informes de Sá, Farías y Villarino sobre los puertos y establecimientos de la costa patagónica. Más interesante nos parece el diario de Amigorena y el de Hilario Tapary, que, sin recursos y *escoltado por dos perros*, emprendió el viaje más largo y desastroso que haya sido ejecutado hasta ahora en nuestras pampas.

En su estilo sencillo expresa al vivo las sensaciones que experimentó al aspecto del desierto, y cuando tuvo que separarse de su compañero y de uno de sus perros, que en su desamparo habían llegado a ser parte necesaria de su existencia. Estos incidentes no pertenecen a la geo-

grafía: pero ¿cuál es el alma insensible que nos condene por haberlos reproducido en nuestra colección?

Todos estos documentos nos han sido franqueados por el señor canónigo doctor don Saturnino Seguro, a cuya generosidad debemos también la *Descripción de las misiones de Tarija* que encabeza el presente volumen.

Buenos Aires, setiembre de 1837

PEDRO DE ANGELIS

En la actualidad, la clasificación de las plantas se realiza sobre la base de sus características morfológicas y fisiológicas. Se dividen en diferentes grupos, como son las plantas superiores y las inferiores, las angiospermas y las gimnospermas, etc. La clasificación de las plantas es una ciencia que ha avanzado mucho en los últimos años, gracias a los descubrimientos de la genética y la biología molecular. Esto ha permitido a los científicos entender mejor las relaciones entre las diferentes especies de plantas y su evolución. La clasificación de las plantas es una tarea compleja que requiere de un conocimiento profundo de la biología y la botánica. Sin embargo, es una tarea que es esencial para entender la diversidad de la vida en la Tierra y para protegerla.

VIAJES Y EXPEDICIONES

I

Extracto o resumen del diario del padre José Cardiel en el viaje que hizo desde Buenos Aires al Volcán,^a y de éste, siguiendo la costa patagónica, hasta el arroyo de la Ascensión

Dice que de Buenos Aires al Volcán habrá como 100 leguas.^b Que desde el Volcán, caminando por cerca de la costa del mar, hay como 100 leguas hasta el río Colorado; que en éste y en el de Sauce,^c que está como 30 leguas más allá, y en su intermedio, habita la nación tehuelche, que tiene muy poca comunicación con los cristianos, y que por aquella parte puebla esta nación las orillas del mar. Que más allá de él habitan otras muchas naciones hasta el

^a Los datos biográficos del P. Cardiel están consignados en *Diario de un viaje a la costa magallánica*, por Lozano, t. III de esta edición.

^b Pertenece al sistema orográfico de las Sierras de Tandil; su altura media es de algo más de 300 metros.

^c También conocido como Río de los Sauces, actualmente Río Negro.

estrecho, no por la costa del mar, que es tierra estéril, sino por tierra adentro, según las noticias dadas por los serranos, aucaes y tehuelches.

Que los pampas de Buenos Aires hicieron su población a 43 leguas de esta ciudad y tres leguas del río de la Plata, en que se juntaron 300 almas.

Que fue dicho padre al Volcán¹ en el año de 1747 y que empezó a formar un pueblo con el nombre de Nuestra Señora del Pilar del Volcán. Que en esta ocasión se comunicó con unos pocos puelches del río del Sauce, que estaban cazando yeguas bagualas: que le pareció nación más bien dispuesta para el evangelio que los serranos y aucaes; y que unos y otros indios le habían dado muchas noticias del gran número de gente que había entre los ríos Colorado y Sauce, y de los bosques y otras utilidades que allí había, necesarias para fundar pueblos y de que carecían los dos pueblos de pampas y el Volcán.

Que partió de Buenos Aires a mediados de marzo de 1748, con un estudiante para ayudar a misa y cuatro mozos que conducían las cargas y que llegaron al pueblo de los pampas, que se intitula la Concepción.

Que salieron de este pueblo a 17 de abril: que no hallaron agua en 25 leguas por la mucha seca; y que cuando ésta no es mucha, se halla en cada jornada, de lagunas, que no hay arroyos hasta una jornada antes de las sierras del Volcán.

Que el 20 de abril llegó al comenzado pueblo del Pilar, donde estaba el padre Tomas Falkner² y el padre Matías

¹ Volcán no es de fuego, sino una abertura de sierras que los indios en su idioma llaman Vuulcan.

² Mr. Falkner, inglés, hizo su relación circunstanciada en Londres en 1774.

Strobel: ^{ch} que del pueblo de los pampas a dicho Pilar hay cosa de 60 leguas; las 40 de solas campañas, sin árboles ni matorrales, y están pobladas de infinitad de yeguas silvestres, cimarronas o baguales, como acá dicen: hay en ellas abundancia de venados, cerdos, avestruces, quirquinchos y perdices.

Que del pueblo del Pilar llevó por guía e intérprete a dos infelices serranos por una considerable paga adelantada, y salió de dicho pueblo en 6 de mayo. Que se ponían en marcha a las diez y sin parar a mediodía, se hacía alto antes de ponerse el sol, en paraje de leña, agua y pasto, que no siempre le encontraban, caminando seis o siete leguas cada día.

Que hasta el día 9 se detuvieron por varios azares en el corto espacio de ocho leguas que hay del pueblo al propio volcán o abertura, del cual salió el día 10 rumbo casi a poniente, habiendo caminado en él ocho o nueve leguas.

El día 11 salieron a mediodía, y a dos leguas de distancia encontraron un arroyo de tres palmos de hondura y después, a poca distancia entre sí, otros tres que estaban secos, luego otro de más de tres palmos de agua. Que salieron de las cuevas enderezando algo hacia el mar, por ver que los arroyos, a causa de la seca, no estaban tan crecidos como lo pensaban. Caminó cosa de tres leguas.

El día 12, a distancia de cuatro leguas y media del último arroyo, pasaron otro de poca agua; tres leguas más adelante otro de dos pies de agua; una legua más allá, otro

^{ch} Los datos biográficos de Falkner están indicados en las notas de introducción a la *Descripción de la Patagonia*, t. III de esta edición.

de una vara de ancho con grandes barrancas de ocho y diez varas en alto, y hallaron vado con dificultad; cuatro leguas más adelante otro más hondo y de más altas barrancas, donde hallaron vado, y caminaron cosa de nueve leguas.

El día 13, a dos leguas, pasaron un cerro algo alto; dos leguas más adelante un arroyo de poca agua. Desde cerca de este arroyo escaseaba mucho el pasto y leña, que hasta aquí era abundante: tres o cuatro leguas más adelante hicieron noche junto a un charco. Caminaron como siete leguas.

El día 14, caminando al sudeste por acercarse al mar, a dos leguas entraron sin pensar en una tierra sin pasto ni yerba, como campaña recién quemada, algo arenisca, y todo el día fue de la misma calidad. Siguiendo el rumbo del sur, por dar pronto con el mar, hallaron unas piedras menudas, entre las cuales algunas coloradas y otras blancas, muy duras y redondas; y algunas tenían alrededor una raya como canal y como para atar un cordel: los indios las llaman *piedras del diablo*. En tan mala tierra hicieron noche, habiendo caminado como siete leguas.

El 15, después de haber caminado por aquella tierra pelada cosa de legua y media al sur, llegaron a tierra de pasto y luego a un pequeño arroyo, de donde se veían altos cerros de arena, que era la orilla del mar: había cerca de ellos arenales, mucho pasto y mucha leña de los matorrales que llaman *margarita*. Pararon tres días para descansar las cabalgaduras.

El 19 partieron del lugar antecedente y a las dos leguas de distancia encontraron un mediano arroyo; y cosa de cinco leguas más adelante hicieron noche.

El 20, a tres leguas pasaron un buen arroyo, y por él

había una abertura sin arenales hasta el mar como de 600 pasos, y los montones de arena no eran tan altos. Aquí se perdió el padre, saliendo a buscar agua, leña y pasto.

El día 21 lo abandonaron el guía y el intérprete y se resolvió hacer la vuelta por la playa del mar hasta el pueblo de los pampas.

Advertencia del padre

Quédese pues, sabido para todos, que este camino desde la sierra del Volcán hasta cuatro leguas más allá del arroyo de la Ascensión, de donde se volvió, es como de 70 leguas. Es camino no sólo para cabalgaduras sino también para carretas, sin pantano alguno, con pasos por los ríos, aun por los dos grandes de las barrancas, con leña para pasar: porque, aunque en algunas partes hay muy poca, se puede cargar en las que la hay; con abundancia de agua, de manera que casi siempre se puede hacer mediodía en un arroyo y noche en otro camino de tierra adentro y a la orilla de los arenales.

Para llegar al río Colorado, que dicen ser grande y con mucha abundancia de sauces altos y gruesos, no faltaban, según lo que pude averiguar, sino cosa de 30 leguas. Este trecho debe ser de las mismas calidades que el de 70 leguas andado.

Del Colorado al río Sauce, habitación de las tolderías de los tehuelches, debe haber otras 30, y hablan mucho los indios de su fertilidad: con que seguramente se puede ir con carretas hasta el río del Sauce, y si se quiere adelantar aun hasta la otra banda, con el arte con que pasan los españoles con carretas los grandes ríos que hay desde Santa Fe al Paraguay, pasando la carga en pelotas, tiradas

de un caballo nadando con su jinete, y tirando los bueyes las carretas unidos y nadando: y lo hacen con facilidad, según he visto.

Mejor camino es, y más fértil en todo este trecho, desde el Volcán al río del Sauce (siendo lo poco que resta que andar de las calidades de las 70 leguas, como se presume), que el que hay desde Buenos Aires al Volcán: pues en éste falta muy frecuentemente el agua por no haber arroyos más que uno de agua buena y dos de salobre, y son pocas y no permanentes las lagunas y muchas salobres; y también falta leña y no poco pasto.

Todos los arroyos de dichas 70 leguas son de agua buena, y los demás, hasta el río del Sauce, dicen los indios que son así: todas las lagunas que se retiran una legua de los arenales, por donde los hay, son asimismo de agua buena. Donde no hay arenales son así, aun las que están a la orilla de la costa. Las arrimadas a los arenales son de agua salobre, excepto tal cual entre los arenales, que es de agua muy buena: y también hay algunas de buena agua de las así arrimadas por donde se angostan los arenales. Todos los arrojos entran explayándose en el mar con mucho menos fondo que por más arriba, dando naso a las cabalgaduras, excepto el río y puerto de San José, en creciente de marea. El mar está muy furioso, con soberbias olas de cinco y más varas en alto en todas las orillas de la costa, aun en tiempo de calma, sin dar lugar a desembarco sin gran peligro.

La costa no va al sudoeste, como la ponen comúnmente los mapas, sino al oeste-sudoeste. Desde el río del Sauce debe delinear al sudoeste y después casi al sud; de otro modo no podremos componer la longitud que notó el pa-

dre Quiroga cuando navegamos aquellas costas el año de 1745.

41° 30' latitud	} río Negro o bahía Sin Fondo
45° longitud ...	

155 leguas abajo del río de la Plata
20 leguas después del río Colorado

Nota 1ª El padre Cardiel, en su regreso por la costa, tomó tres alturas y ninguna cuando marchaba al río Colorado, porque no las expresa en su diario: y así la distancia de 70 leguas del Volcán al arroyo de la Ascensión, y cuatro leguas más al sud, son arbitrarias por estimación, en que puede haber mucha diferencia. Las que observó son las siguientes:

Río San José	38° 20'
Entre ríos de San Pablo y San Clemente	36° 30'
Río de San Clemente	35° 45' ³

Nota 2ª El padre Cardiel cuenta 70 leguas desde las sierras del Volcán hasta cuatro leguas más al sud del arroyo de la Ascensión, y según las leguas expuestas en su diario no pasan de cuarenta y ocho y media: por lo que el dicho arroyo queda más al norte. Él las cuenta en el orden siguiente:

³ Estas latitudes no son exactas, y se hallan con un grado de menos en cada observación.

Del pueblo del Pilar al Volcán	8	leguas
El día 11 de mayo	6	„
„ „ 12	9	„
„ „ 13	7	„
„ „ 14	7	„
„ „ 15	1½	„
„ „ 19	7	„
„ „ 20	3	„
		48½ leguas

II

Viaje que hizo el San Martín desde Buenos Aires al puerto de San Julián, el año de 1752: y del de un indio paraguayo, que desde dicho puerto vino por tierra hasta Buenos Aires

DIARIO, que yo, Jorge Barne, piloto práctico de la costa de Guinea, del navío rebajado nombrado *San Jorge*, que con licencia de S. M. y la Casa de Contratación a Indias de Cádiz, llegó con carga de ropas y negros esclavos a este puerto de Buenos Aires, desde el cual fue despachado por don Domingo de Basabilbaso,^d vecino de esta dicha

^d Don Domingo Basavilbaso, nació en Bilbao en 1709 y falleció en Buenos Aires en 1775. Llegó a la capital del Río de la Plata como funcionario de la corona española y se dedicó al comercio, actividad que practicaba en España. Propuso establecer una línea de correos entre Buenos Aires y Potosí y

ciudad en el bergantín nombrado *San Martín* (alias la tartana San Antonio), que también con licencia de S. M. vino a este dicho puerto; el cual hace viaje por cuenta de dicho don Domingo al puerto de San Julián a cargar sal y pescado, con licencia del señor don José de Andonaegui,^e mariscal de campo de los reales ejércitos de S. M., y gobernador y capitán general de las provincias del Río de la Plata, por cuya orden y encargo he de ir llevando puntual diario de ida, reconociendo la costa lo mejor que pueda, y el tiempo me ayudare, hasta dicho puerto de San Julián, estada en él y vuelta de dicho viaje hasta los Pozos, enfrente del convento de Nuestra Señora de la Merced de esta dicha ciudad de Buenos Aires, los que están a poco más de tiro de fusil de la lengua del agua: que, empezando desde la boca o salida de este río de la Plata, es como se sigue:

cuando los correos de tierra fueron incorporados a la corona, Basavilbaso se desempeñó como primer administrador. Ver Ramón J. Cárcano, *Historia de los medios de comunicación y de transportes*, y Enrique Udaondo, *Diccionario colonial*.

^e Andonaegui, José de, gobernador de las Provincias del Río de la Plata entre 1745 y 1756. Fomentó los viajes de exploración a la Patagonia, entre los que merecen mencionarse el realizado por Quiroga, Cardiel y Strobel. Creó el cuerpo de los Blandengues de la frontera para detener las invasiones de los indios. Debíó intervenir en las guerras guaraníticas ocasionadas por los tratados de límites de 1750. Estableció líneas regulares de correos entre Buenos Aires y Potosí y Buenos Aires y Santiago de Chile. La crítica histórica ha señalado su administración como muy honesta y emprendedora. Ver Walter B. L. Bose, *Los orígenes del correo terrestre en el Río de la Plata*, Boletín de la Universidad Nacional de La Plata, t. XVIII.

1752

DICIEMBRE 16, SÁBADO

Estas 24 horas hemos tenido buen tiempo, con vientos del norte a noreste. Al ponerse el sol, la sierra alta que había al este de Maldonado estaba nor-noreste: distancia media legua de donde cuento la distancia meridional, rumbo corregido de ello, sud 40 grados al este: distancia 58 millas: distancia meridional, 37 minutos al este: longitud echo 43 millas al este: altura por observación, 35 grados y 44 minutos al sud.

DOMINGO 17

Estas 24 horas hemos tenido buen tiempo, con vientos del este al noreste. Sondeamos dos veces, pero no hallamos fondo con 16 brazas: rumbo corregido, sud 30 grados al este: distancia 88 millas: distancia meridional 87 millas al este: longitud echo 90 millas al este: altura por observación, 37 grados y 18 minutos al sud.

LUNES 18

Estas 24 horas tuvimos tiempo apacible, con viento del norte a este, un cuarto al noreste, y una mar muy alta: rumbo corregido, sud 12 grados al este: distancia 105 millas: distancia meridional, un grado y 41 minutos al este: longitud echo 2 grados y 3 minutos al este: altura por observación 38 grados y 52 minutos al sud.

MARTES 19

Estas 24 horas tuvimos muchísimo viento del norte al oeste, un cuarto al sudeste, con el tiempo por la mayor parte nublado y la mar muy alta: rumbo corregido, sud 10 grados al oeste: distancia 120 millas: distancia meridional, 80 millas al este: longitud echo un grado 42 minutos al este: altura por observación, 40 grados y 50 minutos al sud.

MIÉRCOLES 20

La mayor parte de estas 24 horas hemos tenido mucho viento del sud, un cuarto al sudeste, sudoeste con turbonadas, mucho frío y mar alta: rumbo corregido este: distancia 49 millas: distancia meridional 2 grados y 9 minutos al este: longitud echo 2 grados 47 millas al este: altura por observación, 40 grados y 52 minutos al sud.

JUEVES 21

La mayor parte de estas 24 horas hemos tenido vientos frescos entre el oeste-este y sudeste, con aguaceros algunas veces: rumbo corregido, sud 20 grados al oeste-este: distancia 119 millas: distancia meridional 88 millas al este: longitud echo 110 millas al este: altura por observación, 42 grados y 38 minutos al sud.

VIERNES 22

Al principio de estas 24 horas tuvimos vientos frescos,

después no había tanto, pero el tiempo siempre nublado: rumbo corregido, sud 3 grados al oeste-este: distancia 95 millas: distancia meridional 1 grado y 23 minutos al este: longitud echo 103 al este: altura por observación, 44 grados y 12 minutos al sud.

SÁBADO 23

La mayor parte de estas 24 horas estuvimos en calma, con tiempo nublado: rumbo corregido, sud 81 grados oeste: distancia 53 millas: distancia meridional 31 millas al este: longitud echo 30 millas al este: altura por observación, 44 grados y 17 minutos al sud.

DOMINGO 24

Estas 24 horas hemos tenido buen tiempo, con viento del sud, un cuarto al sudoeste a oeste un cuarto al noreste. Sondeamos dos veces, pero no hallamos fondo con 80 brazas de sondaleza: rumbo corregido, sud 67 grados al oeste: distancia 99 millas: distancia meridional, 60 millas al oeste: longitud echo un grado 37 minutos al oeste: altura por observación, 44 grados 56 minutos al sud.

LUNES 25

Todas estas 24 horas ha sido nublado, con vientos del noreste, un cuarto al oeste a sud cuarto de sudeste (vimos muchas yerbas, y en tres días pasados hemos visto lo mis-

mo): rumbo corregido, sud 46 grados al oeste: distancia 91 millas: distancia meridional 125 millas al oeste: longitud echo 3 grados 9 millas oeste: altura por observación, 45 grados y 53 minutos al sud.

MARTES 26

Estas 24 horas tuvimos tiempo claro, con vientos del oeste al sudeste, vimos yerbas como ayer: rumbo corrido, norte 54 grados al oeste: longitud echo 4 grados 8 millas oeste: altura por cuarta, 45 grados 23 minutos sud.

MIÉRCOLES 27

Estas 24 horas tuvimos vientos frescos con turbonadas grandes; a veces el tiempo nublado, y solamente dos horas antes de mediodía aclaró: rumbo corregido norte 29 grados al oeste: distancia 115 millas: distancia meridional 3 grados: 41 millas al oeste: longitud echo 5 grados, 25 millas al oeste: altura por observación, 43 grados 50 minutos sud.

JUEVES 28

Estas 24 horas tuvimos vientos frescos del sud al oeste-sudeste, con algunas turbonadas; el tiempo nublado: rumbo corregido norte 28 grados al oeste: distancia 82 millas: distancia meridional 4 grados 19 millas al oeste: longitud echo 6 grados 17 millas oeste: altura por observación 42 grados 33 minutos sud.

VIERNES 29

La mayor parte de estas 24 horas el tiempo ha sido nublado con vientos del norte-noreste al sudoeste, y mezclado con calma: rumbo corregido sud 66 grados oeste: distancia 50 millas: distancia meridional 7 grados 26 millas oeste: longitud echo 10 grados, 36 millas oeste: altura por observación 44 grados, 3 minutos sud.

SÁBADO 30

Estas 24 horas tuvimos buen tiempo, con vientos del noroeste al sudoeste: rumbo corregido sud 38 grados al oeste: distancia 125 millas: distancia meridional 6 grados 40 minutos al oeste: longitud echo 9 grados, 32 millas al oeste: altura por observación 43 grados, 55 minutos al sud.

DOMINGO 31

Todas estas 24 horas hemos tenido el tiempo apacible con poco viento del oeste-noroeste al sudoeste, mezclado con calma: rumbo corregido sud 66 grados al oeste: distancia 50 millas: distancia meridional 7 grados, 26 minutos oeste: longitud echo 10 grados, 36 millas oeste: altura por observación 44 grados, 3 minutos al sud.

1753

ENERO, LUNES 1º

Estas 24 horas hemos tenido vientos fuertes del nortenoeste al este-sudoeste, mezclado con turbonadas y el tiempo nublado: rumbo corregido sud 38 grados al oeste: distancia 87 millas: distancia meridional 7 grados, 32 millas oeste: longitud echo 10 grados, 44 millas oeste: altura por cuenta 45 grados, 8 minutos al sud.

MARTES 2

Estas 24 horas los vientos han sido frescos con turbonadas, y el tiempo nublado: rumbo corregido sur 38 grados al oeste: distancia 57 millas: distancia meridional 8 grados, 7 minutos al oeste: longitud echo 11 grados, 31 minutos al oeste: altura por cuenta 45 grados, 53 minutos sur.

MIÉRCOLES 3

La mayor parte de estas 24 horas hemos tenido vientos frescos del oeste al sur, con el tiempo nublado. Sondeamos en 58 brazas, arena fina, mezclada con lama verde: rumbo corregido norte 54 grados al oeste: distancia 67 millas: distancia meridional 9 grados al oeste: longitud echo 12 grados, 51 minutos oeste: altura por observación 45 grados y 10 minutos al sur.

JUEVES 4

La mayor parte de estas 24 horas hemos tenido el tiempo nublado, con los vientos alguna cosa frescos, mezclados con turbonadas fuertes; muchos relámpagos y aguaceros: rumbo corregido sur 81 grados al oeste: distancia 75 millas: distancia meridional 10 grados, 13 minutos al oeste: longitud echo 14 grados, 33 minutos al oeste: altura por observación 45 grados, 24 millas al sur.

VIERNES 5

Estas 24 horas tuvimos el tiempo por la mayor parte nublado, con vientos de sur-suroeste, y mar alta: a media-noche sondeamos y hallamos fondo en 45 brazas, lama azul; y al ponerse el sol vimos tierra sobre el rumbo de oeste, cuarto al suroeste: distancia 4 leguas, y al levantarse el sol vimos tierra otra vez sobre el rumbo de oeste-suroeste: distancia 7 leguas. A las ocho del día vimos tierra al noroeste y al suroeste, cuarto de sur: distancia de la mar cerca de 4 leguas. A mediodía la tierra más al norte estaba norte cuarto de noreste. Una isla que hace la entrada del sur de la Bahía de los Camarones, estaba este-suroeste: distancia de la tierra firme, milla y media: rumbo corregido sur 78 grados al oeste: distancia 29 millas: distancia meridional 10 grados y 41 millas al oeste: longitud echo 14 grados, 59 millas oeste: altura por observación 45 grados 5 minutos al sur.

SÁBADO 6

La mayor parte de estas 24 horas hemos tenido pocos vientos, con buen tiempo, y mar muy recia. A las dos y media de la tarde dimos fondo en 15 brazas de agua en la Bahía de los Camarones. La isla más al este, este cuarto de sureste; otra isla sur: la tierra firme más al sur, cuarto de suroeste; dicha más al norte, norte-noreste, distancia milla y media. A las siete de la tarde nos levamos y salimos bordeando afuera de la bahía, con un vientecito al noreste. A las diez de la noche arribamos; a las cuatro de la mañana vimos la tierra sobre el rumbo de noroeste, cuarto de norte: distancia 6 a 7 leguas, de donde cuento la distancia meridional: rumbo corregido sur 26 grados al oeste: distancia 48 millas: distancia meridional 7 millas al oeste: longitud echo 8 millas oeste: altura por observación 46 grados y 2 millas sur.

DOMINGO 7

Estas 24 horas tuvimos pocos vientos, mezclados con calma y buen tiempo; y a las dos de la tarde sondeamos en 48 brazas: lama blanca, azul; y a mediodía vimos Cabo Blanco: estaba sur-suroeste: distancia 7 leguas. Parecía como una isla no muy lejos de la tierra firme: rumbo corregido sur 12 grados al oeste: distancia 39 millas: distancia meridional 15 millas al oeste: longitud echo 17 millas al oeste: altura por observación 46 grados, 37 minutos sur.

LUNES 8

Estas 24 horas tuvimos buen tiempo, con vientos del norte cuarto del noroeste a noreste cuarto del norte, mezclado así a lo último con turbonadas y tiempo nublado; y a las cuatro de la tarde vimos tres peñas muy grandes que están sur-sureste, distancia 5 leguas; y a las seis vimos también el cuerpo de Cabo Blanco que estaba oeste-suroeste: distancia 4 leguas, y al mismo tiempo sondeamos en 17 brazas en fondo de piedritas, conchuelas y arena: a las seis y media vimos alguna cosa que parecía aguas quebradas: orzamos y anduvimos arrimados a ellas, sondeando, y hallamos de 15 brazas a 5, y 4 y media, piedritas, y tres veces vimos peñas: distancia de la tierra firme 5 leguas: rumbo corregido, sur 18 grados oeste: longitud echo 48 millas oeste: altura por observación, 48 grados 39 millas al sur.

MARTES 9

Por la mayor parte de estas 24 horas hemos tenido pocos vientos, con algunos aguaceros y relámpagos, y a la postre turbonadas al noroeste; y a las 5 de la tarde pasamos entre una isla y la tierra firme, y la distancia entre las dos es 5 leguas. Hay muchas peñas por toda la costa: fuimos sondeando, y tuvimos de 15 brazas a 10, 6, $5\frac{1}{2}$, 7, 10, 15, y después no hallamos fondo, y por la orilla toda es tierra recia y arena: pero cosa de 2 millas por dentro, es tierra muy alta por toda la costa. Altura por observación, 49 grados al sur, y a mediodía nos hallamos 10 leguas por el norte del puerto de San Julián.

MIÉRCOLES 10

Estas 24 horas tuvimos el tiempo muy nublado, los vientos entre el norte y noreste. A las cinco de la tarde vimos la sierra mayor, que estaba oeste-sureste, distancia de la tierra más cerca de una legua. A las seis dimos fondo porque el agua era muy baja, y estuvimos en $6\frac{1}{2}$ brazas, el fondo duro: distancia de la tierra más cerca de 2 millas, y a la media hora de haber dado fondo se nos partió el cable, y luego inmediatamente largamos el foque y el velado, y después de tener 5 brazas de agua, gobernamos a entrar en el puerto: pero en poco tiempo nos hallamos en 8 pies de agua, y entonces tocó la embarcación y conocimos se había lastimado, y experimentamos fuertes reventazones. Empezaba a crecer con fuerza la marea con lo que en poco tiempo nos zafó de una barra que hay a la entrada de dicho puerto, que si no hubiéramos perecido. Y esta desgracia nos sucedió por habernos gobernado por el mapa que llevamos hecho en la expedición de D. Joaquín de Olivares; pues en él no se señala la dicha barra tan grande que hay a la entrada del puerto, que en baja mar queda en 8 pies de agua, aunque en pleamar hay tanta agua que el mayor navío puede entrar sin riesgo por encima de dicha barra, y las mareas son regladas: a las once y media, el flujo máximo en confusión y oposición: a las siete entramos en el Río de San Julián, y dimos fondo en $4\frac{1}{2}$ brazas. Lama negra, y por la mañana nos levamos y fuimos más arriba a la canal del sureste y dimos fondo en 3 brazas. Lama blanda, y amarramos la embarcación entre dos anclas, una por el noreste y la otra por el sureste: distancia de la tierra del este un tiro de escopeta.

La primera cosa que hicimos, fue de ir en busca de las salinas y estuvimos día y medio antes que hallásemos la menor de las dos, y la grande la hallamos después. Agua buena: no pudimos hallar más que un pocito en el camino de la salina grande. Si llueve hay paraje a donde el agua se junta, pero si no se toma pronto, se seca.

Leña, como algarrobo y otras calidades, toda madera recia, bastante gruesa, pero baja, hay en todas partes y bastante: la mayor y mejor está por la banda del este.

Pastos hay muy buenos, y fuertes para el ganado, con bastante abundancia.

Y por dos semanas en dicho puerto de San Julián, no tuvimos otros vientos sino del norte y noreste muy fuertes, y el resto del tiempo que estuvimos en el expresado puerto, eran del oeste-noreste al oeste y oeste-sureste: solamente tal vez algún viento *norte* o sur, pero nunca vimos a este del sur, solamente en airecitos, que no duraban mucho tiempo.

Animales no hay sino guanacos, zorros, gaviotas, batutúes,^f muchos patos de varias layas, y otros pajaritos chicos muchísimos, como también bastantes avestruces.

El 24 de enero fuimos al arroyo a donde acabamos de carenar la embarcación, y cargamos de sal: también cortamos dos pies del palo del trinquete porque estaba demasiado largo.

Un día que estuvimos en busca de la ancla perdida, fuimos más adentro por tierra, y vimos 2 ó 3.000 casitas o sepulturas con una pared que corre entre ellas, las que están del desembarcadero sobre el rumbo del norte, distancia cosa de 12 millas o 4 leguas.

^f Debe decir batitú, ave acuática del mismo orden que las becasinas. Se les llama también batuibatuí.

Los peces de dicho puerto de San Julián son pescada, pejerrey y sardinas: de todo lo expresado con abundancia.

En la serranía inmediata a dicho puerto, como cosa de 2 a 3 leguas, hallamos bastante bosta de caballos; por lo que se infiere anden en algunas temporadas del año algunos indios por aquellos parajes.

También entre dichos cerros hay un charco o laguna bastante grande, de agua llovediza buena, a donde vienen a beber los guanacos, avestruces y demás pájaros que antecedentemente expreso, y discurrimos que se mantenga en dicha laguna agua todo el año, y que en dicha sierra haya agua de manantiales, que por no tener tiempo no pudimos reconocer, y alrededor de dicha laguna había vestigios de muchos fogones a donde hacían fuego, y al lado de ellos bastantes huesos de guanacos y de avestruces, como también cáscaras de huevo de avestruz; y se conoce por esto que no hacía mucho tiempo que había andado gente en dicho paraje.^g

También del puerto expresado de San Julián, como cosa de una legua al sur, hallamos un sombrero negro que todavía no estaba muy podrido, y al lado norte del expresado puerto, distancia fuera de la barra como cosa de 2 leguas, hallamos lastre y maderas de roble de alguna embarcación que se perdería en el paraje.

MARZO, MARTES 13

Este día, hallándonos pronto para hacer nuestro regreso

^g Es la misma fuente natural de agua con que cuenta la población en la actualidad. El nombre lo dio Magallanes el 31 de marzo de 1520, cuando llegó. Allí ajustició a los cabe-cillas de una rebelión que estalló en las naves.

a Buenos Aires, nos juntamos todos, y proponiendo el que era conveniente se quedase alguna gente para cuidar de los animales y demás avíos para el tráfico de la sal, tres de los que se hallaban presentes se ofrecieron a quedarse de su propio motu y voluntad: que el uno es nombrado Santiago Blanco, natural de Galicia, en el reino de España; otro nombrado Hilario, natural de la provincia del Paraguay, y el otro, José Gombo, natural de las Indias Orientales: que reflexionando a sus patrias, se puede decir que se quedan en esta tierra uno de cada parte de las cuatro del mundo: porque además de los tres arriba nominados, se nos queda un negro de nación Angola, que habrá veinte días que se nos huyó, tierra adentro, y no ha vuelto a aparecer. Y para resguardo nuestro y de nuestro armador, se dispuso que los tres que quedaban, hiciesen una contrata, cuya copia es la siguiente:

"En el río de San Julián, lunes marzo 12 de 1753. Nosotros que tenemos los nombres aquí apuntados, prometemos cumplir con los artículos seguidos, y sino hemos de perder la soldada, desde que se vaya el bergantín nombrado el *San Martín*, hasta que vuelva del Río de la Plata, con la voluntad de Dios.

"El primero: para tener una carga entera de sal, sacada en tierra en el embarcadero, pronto para cuando llegue aquí otra vez, y que sea la mejor que podamos procurar, y a tener cuidado cuando llueva que la sal no se gaste.

"El segundo: a tomar cuidado con los bueyes, carretas, chanchos, pipas, barriles, maíz, pan, carne, tocino, lona, ollas, escopetas, pólvora y balas, etc.

"El tercero: para hallar agua fresca, si es posible, con hacer pozos o cualquier otro modo, y cuando llueva a llenar todas las pipas y barriles, y para tenerlos afuera del

sol para que no se caigan en piezas, y también que no se descubran por los indios.

"El cuarto: para no ir muy lejos de la casa, sin tener cada hombre su escopeta o trabuco bien limpio y cargado pronto.

"El quinto: para tomar cuenta como están los vientos, y también cuando llueve, y en tiempo de la luna lo que sucede.

"El sexto y último, para vivir hermanablemente y a convenirse en todas cosas por el provecho de los dueños del barco."

Santiago Blanco, natural de Galicia en el reino de España. *Hilario*, natural de la provincia del Paraguay. *José Gombo*, natural de las Indias Orientales. Testigos, *Tomás Cary* y *Juan de Acosta*.

MIÉRCOLES 14

Estas 24 horas tuvimos pocos vientos del noroeste cuarto de oeste al noreste, y todas las dichas horas nos llovió, y a las ocho del día salimos del Arroyo, y dimos fondo en 6 brazas de agua en el canal del oeste, en donde en el fondo hay bastante lama.

JUEVES 15

Pocos vientos tuvimos estas 24 horas del noreste al noreste, con repetidos aguaceros (al principio con vientos del norte).

VIERNES 16

Estas 24 horas hemos tenido el tiempo nublado, tam-

bién con aguaceros, al principio con vientos del norte y después del noreste, cuarto de norte al noreste, cuarto de este.

SÁBADO 17

Al principio de estas 24 horas era calma, después vino el viento al suroeste con tiempo nublado; y a las seis de la mañana nos levamos y fuimos por el canal del oeste con la marea crecida, y a las siete el puerto de San Julián estaba nor-noreste; y a las ocho pasamos la barra con una mar muy alta, fuimos sondeando y tuvimos de 10 brazas a $9\frac{1}{2}$, 9, $8\frac{1}{2}$, 8, $7\frac{1}{2}$, 7, $6\frac{1}{2}$, 5 menos un cuarto 6, 7, $8\frac{1}{2}$, 9, etc. A las once el puerto de San Julián estaba suroeste poco más al oeste: distancia 6 leguas, el monte mayor suroeste cuarto de oeste poco más al oeste, la tierra más al norte estaba nor-noreste, variación de la aguja, 19 grados al este.

DOMINGO 18

Estas 24 horas hemos tenido el tiempo nublado, con aguaceros y los vientos variables, del sur-sureste al este y norte. La distancia meridional contada de ayer a las once: rumbo corregido, norte 85 grados al este: distancia 75 millas: distancia meridional 75 millas este: longitud echo 1 grado 57 millas al este: altura por cuarta, 49 grados y 24 minutos al sur.

LUNES 19

Estas 24 horas tuvimos vientos frescos del noreste al nor-noreste, con turbonadas y una mar muy alta: rumbo

corregido, sur 77 grados al este: distancia 46 millas: distancia meridional 2 grados al este: longitud echo 3 grados 6 minutos este: altura por cuarta, 49 grados 34 millas al sur.

MARTES 20

Estas 24 horas tuvimos vientos de noroeste, cuarto de oeste al sur-sureste y el tiempo nublado, con aguaceros y la mar muy alta: rumbo corregido, norte 18 grados al este: distancia 117 millas; distancia meridional 2 grados 37 millas al este: longitud echo 3 grados 59 millas al este: altura por observación, 47 grados y 39 minutos al sur.

MIÉRCOLES 21

Estas 24 horas tuvimos vientos alguna cosa frescos, mezclados con turbonadas y mar alta: rumbo corregido, norte 15 grados al este: distancia 135 millas: distancia meridional 3 grados 12 minutos al este: longitud echo 4 grados 50 minutos al este: altura por observación 45 grados 29 minutos al sur.

JUEVES 22

Estas 24 horas tuvimos pocos vientos al principio, y al postre vientos frescos de noroeste a suroeste cuarto del sur, y turbonadas de cuando en cuando: el tiempo nublado con algunas gotas de agua: rumbo corregido, norte 16 grados al este: distancia 104 millas: distancia meridional 3 grados 39 millas al este: longitud echo 5 grados 29

millas al este: altura por cuenta, 43 grados y 37 minutos sur.

VIERNES 23

La mayor parte de estas 24 horas hemos tenido vientos frescos de oeste, cuarto de noroeste al oeste-noroeste, mezclado con algunas turbonadillas; la mar alta y a mediodía el banco francés estaba por la cuenta nuestra noreste cuarto de norte, 5 grados al este: distancia 142 leguas: rumbo corregido, norte 8 grados al este: distancia 141 millas: distancia meridional 3 grados 59 millas al este: longitud echo 5 grados 57 millas al este: altura por observación, 41 grados y 8 millas al sur.

SÁBADO 24

Estas 24 horas tuvimos vientos del norte, cuarto de noroeste al oeste, cuarto de suroeste; el tiempo nublado, y a mediodía sondeamos y hallamos 49 brazas, arena parda y negra: rumbo corregido, norte 40 grados al este: distancia 50 millas: distancia meridional 4 grados 56 millas al este: longitud echo 6 grados 46 millas al este: altura por observación 40 grados 28 millas al sur.

DOMINGO 25

La mayor parte de estas 24 horas hemos tenido tiempo nublado, con relámpagos todo redondo; los vientos pocos del oeste suroeste al sur, cuarto de sureste: rumbo corre-

gido, norte 30 grados al este: distancia 30 millas: distancia meridional 4 grados 46 millas al este: longitud echo 6 grados 59 millas al este: altura por observación, 39 grados y 58 millas al sur.

LUNES 26

La mayor parte de estas 24 horas hemos tenido los vientos al sur-suroeste y sureste, cuarto del sur, el tiempo nublado, y a las siete de la mañana vimos tierra sobre el rumbo oeste, 5 grados al noroeste: distancia 7 leguas, y a las nueve estaba oeste-suroeste, distancia 9 leguas: rumbo corregido norte 27 grados al este: distancia 154 millas: distancia meridional 5 grados 56 millas al este: longitud echo 8 grados 39 millas al este: altura por observación, 37 grados 47 minutos al sur.

MARTES 27

La mayor parte de estas 24 horas tuvimos vientos frescos del oeste a nor-noroeste y oeste otra vez con frecuentes turbonadas, y a las dos de la tarde sondeamos en 22 brazas, arena parda con conchas quebradas, y a las tres de la mañana otra vez 37 brazas, arena fina parda con granizos negros y conchuelas: rumbo corregido, norte 66 grados al este: distancia 70 millas: distancia meridional 6 grados 59 millas al este: longitud echo 9 grados, 49 minutos al este: altura por cuenta, 37 grados 18 millas al sur.

MIÉRCOLES 28

Estas 24 horas tuvimos pocos vientos con calma y buen tiempo, sondeamos de 35 brazas a 25, arena parda y negra con conchuelas: rumbo corregido, norte 20 grados al este: distancia 55 millas: distancia meridional 7 grados 18 millas al este: longitud echo 10 grados y 12 millas al este: altura por observación, 36 grados 26 millas al sur.

JUEVES 29

Estas 24 horas tuvimos pocos vientos, mezclados con calma y tiempo nublado; solamente a las ocho de la tarde nos vino una turbonada muy fuerte, y duró cosa de una hora, con truenos y relámpagos, todo en redondo, y también nos llovió hasta la una o dos de la mañana, cuando sondeamos en 18 brazas hasta 12: rumbo corregido, norte 50 grados al oeste: distancia 25 millas: distancia meridional 6 grados 59 millas al este: longitud echo 9 grados 49 millas al este: altura por observación 36 grados y 9 millas al sur.

VIERNES 30

La mayor parte de estas 24 horas hemos tenido buen tiempo, los vientos del sur-suroeste al este-sureste, y a las siete de la mañana vimos la tierra del oeste, cuarto de suroeste al sur-sureste: distancia 4 leguas: es tierra baja con árboles en partes: anduvimos costeano cosa de 4 millas de la tierra: rumbo corregido, norte 73 grados oeste: distancia 84 millas: distancia meridional 5 grados 39 mi-

llas este: longitud echo 8 grados y 10 millas este: altura por observación, 35 grados y 35 minutos al sur.

SÁBADO 31

Estas 24 horas hemos tenido buen tiempo, con vientos del sur-sureste al sureste, a las seis de la tarde vimos la tierra que estaba del norte, cuarto del noroeste, 5 grados al este o este-sureste, distancia de la mar cerca; cosa de una legua: la tierra más al oeste era punta de piedras. A las siete de la mañana vimos los navíos de la Ensenada de Barragán, y a las tres de la tarde dimos fondo en los pozos en frente de esta ciudad de Buenos Aires, a poco más de tiro de fusil de la orilla del agua, en tres brazas y media.

El bergantín nombrado *San Martín* (alias la tartana San Antonio), volvió de segundo viaje al puerto de San Julián, al descubrimiento de aquella costa, y conducir sal para el abasto de esta ciudad de Buenos Aires, de cuenta de su armador D. Domingo de Basabilbaso, vecino de ella. Saliendo de este puerto el día 7 de octubre de 1753, llegó a su destino el día 17 de noviembre de dicho año, a los 42 días de su salida; y habiendo hecho su carga de sal, a los 27 días de haber salido de aquel puerto, el día 9 de enero de 1754, entre diez y once de la noche naufragó a distancia de dos millas, en frente de la fortaleza de esta ciudad, en el viril del banco que está a la entrada del paraje que llaman *los Pozos*, salvándose toda la gente, y ninguna parte de su carga, equipajes de la tripulación, ni el casco, por haberle brevemente cubierto las arenas; y no habiéndose libertado ningún diario de los pilotos, declaran estos y las demás gente de su tripulación, lo siguiente:

Primeramente; que cuando llegaron a dicho puerto de

San Julián, no encontraron ninguno de los cuatro hombres que dejaron el viaje antecedente, ni tampoco sal alguna arrimada al puerto, como contrataron cuando se quedaron; y que de las armas, bastimentos, canoa, carreta y demás cosas que les dejaron, encontraron sólo la carreta cerca del puerto y la canoa varada y atravesada en tierra, con dos escopetas dentro, y en la isla se hallaron cuatro sacos de maíz y uno de afrecho y un marranito: y se discurre que dichos tres hombres se hubiesen ido tierra adentro, llevando consigo las demás armas, municiones y bastimentos, sin poderse hallar ningún vestigio.

A los siete días de haber llegado a aquel puerto, andando ocho hombres en solicitud de agua, encontraron a distancia de tres leguas varias lagunas de agua dulce, que corría en abundancia, y en este tiempo se hallaron con 150 indios a caballo, y pensando les pudiesen hacer daño, procuraron retirarse a su embarcación. Estos los atajaron sin hacerles daño alguno, antes sí muchas demostraciones de amigos, y los llevaron en sus caballos hasta el puerto.

A los pocos días después, en las expresadas lagunas hallaron más de 1.400 indios e indias, con sus hijos, y les recibieron con la misma paz y cariño que antecederamente, y dicen son de grande estatura, tanto hombres como mujeres, y que entre ellos habría como 600 hombres de pelear, y tienen tres caciques, uno de ellos españolado: que tenían sus tolderías de cueros de guanacos, de cuyas pieles hacen mantas para taparse, y cojinillos para andar a caballo en recado o albardones de cuero de caballo; y las dichas mantas y cojinillos teñidos de varios colores muy alegres, y otros de pinturas más ordinarios. Tienen bastantes caballos, fuertes y buenos, y gastan frenos de palo, y tal cual indio con espuelas grandes de hierro a la moda

de las que gastan en el reino de Chile. La situación de las tolderías estaba a dos o tres leguas del puerto, entre unos cerros grandes, en una hoyada o valle, donde tenían agua llovediza en unos zanjones hechos de la misma lluvia o con su industria, y el agua era muy abundante y buena. No tenían otras armas que bolas, y de los arcos de hierro de los barriles y pipas, que quedaron el viaje antecedente, habían hecho cuchillos y sables. La ocupación de los indios es todo lo más del tiempo cazar todo género de animales que hallaban, como son, guanacos, avestruces, quirquinchos y otros, que es lo que abunda en aquel paraje; y aunque hay muchos patos de varias clases, gaviotas y otros pájaros, no los podían tomar, porque sus armas no les ayudaban y se admiraban mucho de ver que con la escopeta, con que solían tirar algunos de la tripulación, mataban tres o cuatro pájaros de un tiro. Lo que hacen es en bajar tomar muchos huevos de dichos patos y pájaros, de que hay mucha abundancia, y se los comían crudos o llevaban a sus tolderías.

Las indias tienen su ocupación en levantarse por la mañana temprano, ir a traer los caballos a sus tolderías y ensillarlos, para que los indios vayan a cazar, dándoles primero su almuerzo de carne asada o cocida de aquellos animales, y entre el día se ocupan en descarnar las pieles y cocerlas con nervios de los mismos animales, con aleznas de espinas, pintarlas y adornarlas para el uso de ellas, de los toldos, y para sobre los caballos en que andaban los indios: y tienen la precaución de que la caza que toman hoy les sirve para comer mañana, y así viven hasta que se les apura la caza o llega el tiempo de mudarse a otra parte.

Tanto indios como indias, comían bien, y aun con mejor gusto que su bastimento, las miniestras y carne salada

que diariamente se les daba guisada en la embarcación, a la cual venían algunas veces a comer lo que se les daba, y ver la embarcación que les admiraba mucho, y más cuando dispararon un cañón. Pero diariamente venían porción de indios al puerto, a donde se les lleva de dichas miniestras y carne salada, y ellos igualmente ofrecían a la gente si querían comer de aquellas sus viandas, trayéndoles carnes de los animales que mataban. Sólo uno de los caciques con su gente se reconoció bebía vino y aguardiente cuando le daban, pero los demás no, pues con un solo vasito pequeño que se les dio, se brindaban mucho unos a otros, mojando el dedo en el aguardiente como quien toma agua bendita, lo tiraban para arriba y después se metían el dedo en la boca y se daban golpes en los pechos, que era la demostración que hacían.

Son aficionados con extremo a abalorios y cuentas, y todo género de chucherías y cosa de ropas y lienzo, aunque sean pedacitos, y también cascabeles y vasinicas; lo que se reconoció por los que de todos los dichos géneros les dio el capitán, para cuyo fin los remitió dicho armador: y en alguna manera les sirvieron de bastante, porque como tienen tanta afición a cosas de hierro, de las pipas de la aguada que tenían en tierra deshicieron una para aprovecharse de sus arcos de hierro, y habiéndoles regalado abalorios, cascabeles y de todas las demás cosas que llevaron, suspendieron, pues sino, aunque estaban por muy amigos, su mucha afición les hubiera impedido a no deshacerlas todas, como hubiera sucedido, sino les hubieran regalado con dichas chucherías. No obstante tuvieron por bien devolverlas a bordo de la embarcación, y quedaron tan agradecidos de estos regalos, que después se ofrecieron a ayudarles a acarrear la sal al puerto, y ellos también

regalaban al capitán bastantes mantas y cojinillos pintados y ofrecían que darían más si les daban de aquellos juguetes, y encargaron que a otro viaje (según sus señas se comprendía que habían de volver por la primavera, que es la estación que se reconoce tienen elegida para vivir en aquellos parajes les trajesen muchos abalorios, cuentas, cascabeles, medallas y otros miriñaques, espuelas y frenos de hierro, ofreciéndoles que les darían muchas de aquellas pieles, piedras bezares, lana de guanaco, aunque algunos dicen que era de vicuña: pero como todo naufragó no se ha podido averiguar la realidad y distinción de dicha lana. Uno de los caciques traía su poncho bueno, y también tal cual traía poncho; pero éstos los cuidaban mucho. También se reconoció que los caballos de los indios tenían miedo de llegarse a los bueyes, pues a mucha fuerza les hacían acercarse a ellos.

Tres o cuatro días antes de la salida de la embarcación se vinieron a despedir los indios del capitán y su gente, y volvieron a encargarse que les llevasen de aquellas cosas, pues daban a entender su mucho agradecimiento con demostraciones de amistad, y que querían entablar correspondencias y tratos, señalando por los dedos que a las tantas lunas, según se discurre, volverían: y con esto se fueron tirando la costa adelante al sur.

Confirma dicha gente que hay muchos pastos y buenos, como también abundancia de leña, aunque de árboles bajos, pero fuertes. Y hacia el oeste-noroeste descubrieron otras quince salinas más, y entre ellas una muy especial, en seco, que es menester partirla con hachas y azadas: la que está distante del puerto de tres a cuatro leguas, y alrededor de ella se observó la particularidad que, cavando media vara apartado, se halla agua dulce, buena y con abundancia.

A dichos indios no se les pudo comprender cosa alguna de su lengua, ni tampoco qué nación era: y sucedió que a las primeras veces que se vieron con la gente, oyeron una india que dijo, *adiós paisano*, y habiéndola solicitado no la pudieron hacer decir otra palabra más que la dicha, la que repetía a tenor de la gente nuestra que le preguntaba, ni fue posible comprenderla quien se la enseñó o a dónde la aprendió, ni que hablase otra palabra en castellano, aunque le dijeron muchas, por ver si las entendía y tampoco lo consiguieron. Y deseando el referido D. Domingo de Basabilbaso, armador, y por esta razón descubridor de aquella costa y su contenido, tomó apunte de varias palabras que les tomaron la tripulación para que al hacer otro viaje mandase a su costa un intérprete y lenguaraz, por los deseos que tiene en hacer este servicio a S. M., descubriéndole aquellos parajes incultos, pero al parecer ocupados de innumerables indios, como se evidencia por el acaso siguiente; y es, que el día 17 de enero de 1754, llegaron a esta ciudad de Buenos Aires 18 o 20 indios del partido del cacique Bravo, para dar noticia al señor gobernador y capitán general, como habían tenido una función muy sangrienta con los indios que en el mes de julio del año pasado de 1753, vinieron a insultar, robar y matar en el partido que llaman de la Matanza, y que en la acción mataron muchos indios, entre ellos tres caciques, los cuales hice venir a mi casa, y por los lenguaraces que traían les hice preguntar si sabían el significado de las palabras que había aprendido mi gente, tomadas de aquellos indios, y entre ellos hubo uno, el más alto, que tendría muy cerca de 2½ varas, bien formado y no muy renegrado, y con efecto comprendió algunas de ellas, y el no comprenderlas todas sería por lo mal que las aprenderían dicha mi gente,

demostrando el indio alegría en sólo oírlas; y preguntándole que como siendo del partido del cacique Bravo (quien le tenía dado el grado de capitán) comprendía aquellas palabras de indios que habitaban tan distantes de los de su partido, me respondió que porque eran de su nación nombrada *tehuelches*, de la cual se separó pequeño y vino a parar al partido de dicho cacique. Y habiéndole preguntado que si se acordaba de aquellos parajes donde nació, y me dijo que sí, y que había muchos indios más que en ninguno de los varios partidos que por la sierra y pampas conocía, y que todos eran de grande estatura y buena gente; y también que su cacique tenía tratado casamiento de una hija suya con uno de los caciques más próximos a su partido, y que éstos, aunque en muy larga distancia, se comunican con los que andaban por la costa. Con cuyo motivo le regalé y encargué encarecidamente que si los cuatro hombres, que se discurre se internaron del puerto de San Julián, llegasen a su partido, los recogiese y convoyasen a esta ciudad, que le gratificaría bien su trabajo, lo que admitió gustoso: añadiendo que con motivo del nuevo casamiento se vería con los de su nación y se lo encargaría también, y que pasase la noticia más adelante, y sobre todo, que me prometía traérmelos o avisar de su paradero; con cuyo medio es fácil se consiga que dichos cuatro hombres vuelvan a esta ciudad, como hay ejemplar de dos marineros de un navío inglés, que perdiéndose en aquella costa, e internándose, vinieron a parar a esta ciudad.^h

^h Esta descripción de los indios y de su lenguaje, es correctísima, pues no tiene las confusiones tan típicas de otros relatores, como hemos señalado reiteradamente. Para una mayor

Que es cuanto se ha podido adquirir, con acuerdo y uniformidad de las declaraciones del capitán, sus pilotos y tripulación. Y ahora, como ha sucedido el naufragio y pérdida de la embarcación y su carga, que valía lo menos 10.000 pesos, se está tratando de otro armamento para seguir la expedición a expensas del expresado D. Domingo de Basabilbaso, por estar constante en hacer este servicio a su rey y monarca, el señor D. Fernando VI, que Dios guarde y prospere por muchos años.

Relación que ha hecho el indio paraguay, nombrado Hilario Tapary, que se quedó en el Puerto de San Julián, desde donde se vino por tierra a esta ciudad de Buenos Aires

El día último de marzo o primero de abril de 1753, que fue a los 15 o 16 días de haber salido el bergantín, nombrado *San Martín*, del puerto de San Julián en su primer viaje, en los cuales hubo frecuentes lluvias, se acercaron a la isla como 200 indios, y con la bajamar pasaron al rancho que tenían hecho los tres hombres que se quedaron e inmediatamente empezaron a tomarse todos los bastimentos que tenían, de bizcocho, yerba y tabaco, y deshicieron los barriles de carne salada, tocino y agua para aprovecharse sólo de los arcos de fierro, arrojando la carne y tocino, y después se fueron. Al día siguiente volvieron a acabar de llevar lo poco que había quedado, juntamente con la ropa

información ver Milcíades A. Vignati, *Investigaciones y ensayos*, N° 3, ya citado anteriormente en otras páginas.

que tenían fuera de su cuerpo; y aunque el dicho Hilario confiesa que no conoció en los indios acción ni inclinación de querer hacer daño a su persona, antes bien al contrario, pues los indios le manoseaban a él y a su compañero, sin atreverse ni querer quitarle ropa alguna de la que tenían puesta, con poca reflexión determinó salir de aquel paraje con otro (su compañero) indio chino, llamado José, por miedo que no le matasen, por no tener ya cosa alguna que tomar de su rancho. A que se agregó, que el gallego, nombrado Santiago, a la primera vista de los indios se fue ocultamente y sin decir nada, de miedo de ellos, tirándose a escapar por la parte opuesta de ahí a donde habían avistado los indios, sin saber lo que se hizo. Viéndose en estas confusiones, por último se resolvió a salir de aquel paraje con su compañero José, y lo ejecutó por la noche, tomando el rumbo para venirse a Buenos Aires por la costa del mar: y por ella vinieron caminando a pie sin ninguna providencia, más que unos avíos de encender fuego, y dos perros pequeños, los cuales solían cazar algunos zorrillos y otros bichos con que trabajosamente se alimentaban. Pero lo más penoso era la falta de agua dulce, por lo que a la orilla del mar hacían *cazimbas*, con lo que se humedecían las hocas, pues lo salado de ella les permitía beber muy poco, porque se les seguía mayor daño: como le sucedió al nombrado José, que por haber bebido algo más se enfermó, de modo que a las tres semanas de haber caminado en esta forma, quedó tan aniquilado que no pudo proseguir, por más que le animaba Hilario, siendo la mayor pena su excesiva sed, pues tenía la boca sin la más leve humedad.

El Hilario se detuvo allí dos días, por ver si por aquel contorno encontraba alguna agua dulce para refrescarle,

pero no lo pudo conseguir; y viendo el mal estado de su compañero y sin poderle remediar, porque no le sucediese otro tanto, determinó dejar a su compañero con bastante sentimiento, llorando tan fatal suceso, y tomó su derrota, con sus dos perros: y a los tres días encontró una laguna pequeña rodeada de porción de guanacos que habían consumido toda el agua, dejando sólo la humedad entre el lodo, y llegó tan fatigado que se consolaba con poner la boca sobre aquella humedad, que no obstante le sirvió de algún corto alivio. Habiéndose acercado un poco más a la orilla del mar, consiguió matar un lobo marino con un palo que llevaba, y luego se bebió la sangre de él, que le supo muy bien, y haciendo su fuego se lo comieron entre él y sus perros, y el pellejo se lo sacó en disposición que le pudiese servir para echar agua. Y siguiendo su camino, a los dos días llegó a donde había un manantial pequeño, en el cual se refrigeró él, y sus dos perros, y discurriendo poder socorrer a su compañero le pareció inútil, pues le contemplaba ya muerto: por lo que llenó el cuero de lobo de agua, siguiendo su rumbo, que regularmente era como media legua distante del mar, manteniéndose con varios animalitos y bichos que él y sus perros tomaban, y bebiendo cosa corta del agua que llevaba en el cuero para conservarla. Así fue caminando, hasta que encontró un brazo de mar que se internaba un poco, en donde había porción de lobos marinos, con lo que él y sus perros saciaron su hambre y sed, y de ahí fue siguiendo, con la pensión de faltarle el agua, porque toda la que hallaba era salada, aunque estaba en lagunas algo distantes del mar: y siguiendo varios días sin comer porque nada se encontraba, uno de los dos perros corrió una bandada de avestruces, y se alejó tanto que se perdió, cuya falta le sirvió de congoja, pues le contemplaba como

compañero, y que por él remediaba algunas veces sus necesidades. Y por último halló unas matas que tenían una especie de fruta redondita y negra, con lo que se mantenía trabajosamente: y aunque bajaba a la costa a su pesca de lobos marinos, ya no los había. Pero caminando algún tiempo, encontró un riachuelo de agua dulce que se internaba tierra adentro, bastante angosto, pero con mucha corriente y hondo, y a la boca que hacía el mar tenía poca agua: no obstante no lo pudo vadear, y encontrando en sus orillas muchos maderos de sauces secos, que se conocía eran traídos de adentro con la corriente, pudo lograr echar uno de ellos al agua, embarcándose en él con su perro, y lo pasó, costándole algún trabajo por la corriente.

A la orilla de este río había algunos sauces pequeños, y habiéndose refrescado, siguió su derrota; y a una semana de haber caminado, avistó unas serranías muy altas, ásperas e intransitables, desde tierra adentro hasta la orilla del mar, de modo que para salir de su aspereza se bajó a la playa, y cuando bajaba el agua, caminaba: cuya estación le duró dos semanas: y aun después caminaba por el campo, avistaba algunas sierras pequeñas y montes, encontrando también algunos montecitos de un árbol, nombrado chañar, cuyas frutas, aunque muy escasas, solían templar su hambre, ayudado con su poca pesca y otros bichitos del campo que podía lograr: pues ninguno reservaba, por inmundo que fuese, porque para él todo le era comida delicada y gustosa, siendo lo peor y más trabajoso que le faltaba algunas veces; pues asegura que en la estación de su viaje se le pasaban ya los cuatro, ya los seis días sin comer ni un bocado, en lo que se afirma muy de cierto y aun le parece que hubo temporada de dos semanas. Pero como es un indio tan poco experto no se le ha podido averiguar el tiempo fijo que tardaba en las esta-

ciones de un tránsito a otro, sin saber hacer cuenta ni por días, ni por semanas, ni por meses, ni por lunas. Y así al cabo de estas estaciones, que no sabe el tiempo que tardó, pues unas veces dice que serán dos meses, otras tres, y otras uno, llegó a un río de agua dulce muy caudaloso, que lo halló yendo desviado de la costa como cinco leguas, e ignora la situación hacia la boca del mar, pero asegura que será muy grande por ser el río muy ancho y caudaloso. Apenas se acercó, cuando vio venir a sí dos indios a caballo con sus lanzas, con cuya vista pensó ir a ver la de Dios: pero llegándose los indios a él, le cogieron de los brazos, preguntándole ¿qué hacía por aquellos parajes? según demostraban por las señas. Pero ni uno ni otro se entendían, y al fin permitió su fortuna que se acordasen que era de la especie humana, pues sea por esto, o porque le vieron hecho un esqueleto de flaco y consumido, siendo por su naturaleza bien fornido, se condolieron de él, y mostrándolo lo condujeron un poco más adelante, en donde había como unos 20 toldos de indios con sus familias de mujeres e hijos, y le recogieron en uno de los toldos, y le daban de comer avestruz, venado y caballo que son sus manjares, y le daban de sus cueros para que se tapase y durmiese, por ser la estación muy fría por las heladas que caían. De este modo lo pasaba razonablemente, hasta que logró restablecerse, poniéndose capaz de andar a caballo e ir con ellos a cazar y correr yeguas cimarronas, que ya había algunas: y después de algún tiempo dispusieron pasar el río los indios con las familias, y lo ejecutaron a nado en unas pelotas de cuero, en donde se ponían ellos con sus mujeres y sus hijos, y dentro ponían los toldos, que son de cueros de caballos, y con guascas o cuerdas de cuero amarradas de los caballos, que tienen muy especiales para pasar el río, se echaron las pelotas y pasaron todos con

felicidad a la otra banda, y allí volvieron a acamparse, siendo su ejercicio el cazar avestruces, venados y otros bichos y animales para comer, pasándose muchísimo tiempo en jugar, perdiendo cueros de caballo que se ganaban los unos a los otros, y no se reconoció que hubiese ningún cacique entre ellos, pues todos igualmente mandaban y tenían sus pendencias, y a veces había varias muertes. También solían ausentarse 6 u 8, y después de algún tiempo venían con caballos que, según se reconocía, los hurtaban de otros indios, y algunas veces no venían todos los que fueron, por lo que se comprendía que eran muertos por los enemigos. Éstos solían venir a su campo, y también se llevaban caballos, que regularmente sucedía de noche: y este modo de vivir observó todo el tiempo que estuvo entre los indios, que no puede decir cuántos, pero diré que experimentó mucho frío y mucho calor en varios tiempos y parajes, durante el tiempo que estuvo con los indios. Pues, después que estuvieron algunos días a las orillas de aquel río, se mudaron a otro paraje, siempre buscando las aguadas para sí y sus animales, y caza con que mantenerse en lagunas o arroyuelos; que nunca volvieron a encontrar más río, y fueron muchas las mudadas que hicieron los indios de sus toldos: pero como se reconocía que se acercaban a las campañas de Buenos Aires, y como ninguno de los indios se metía con él para hacerle daño, se mantuvo entre ellos, y sólo les preguntaba la distancia que habría hasta la costa del mar: y unas veces le parecía que estaría como 6 u 8 o 10 leguas, y otras se dejaba ver desde lo alto de algún cerro. Por fin llegaron a las cercanías de estas campañas, y él lo reconocía por la abundancia que había de yeguas cimarronas de que se mantenían: y un día se destacaron 12 indios, y preguntó, aunque por señas, porque nunca se entendieron, ¿qué destino lle-

vaban?, y pudo comprender que venían a las campañas de Buenos Aires, y les dio a entender que él los quería seguir, y no se lo impidieron. Y tomando su caballo mancarrón viejo, que desde el principio le dieron, se enderezó a seguirlos, y rezagándose, vino la noche, y dejó el rumbo, tomándole hacia la costa del mar, que caminando toda aquella noche y el mediodía siguiente, se puso en ella, y a las orillas de un pequeño riachuelo, con algunos sauces a su sombra sesteó: y a hora de vísperas vio venir a él un indio a caballo que le dio bastante susto, pero el tal indio era de la gente del cacique, que nombran D. Nicolás Bravo, quien de paz comunica y comercia con esta ciudad.

Llegó pues el indio a donde estaba nuestro Hilario, haciendo juicio que el caballo era uno que se le había perdido y lo andaba buscando: y habiéndose podido entender un poco, porque el indio hablaba en castellano, con mucho gusto lo acarició, y le dijo que se viniese con él que pronto lo pondría en Buenos Aires. Y tomando su camino, poco después de haber anochecido, se hallaron en una toltería que era la del indio y gente del cacique Bravo, que estaba situado en el paraje que llaman el Zanjón, en donde fue bien recibido, y aquella noche mataron el caballo de Hilario y fue la cena que tuvieron, y no dejó de extrañarlo, pues mal correspondía el recibimiento que le habían hecho, y el matarle su caballo. Pero al día siguiente por la mañana le dieron otro caballo muy bueno, y pidió que le diesen de comer carne de vaca, y se la trajeron, y lo mismo hicieron en los 15 o 20 días que estuvo con ellos.

Estos indios le preguntaban por sus compañeros que se habían quedado en San Julián, pues tenían encargo de D. Domingo Basabilbaso para recogerlos y conducirlos a Buenos Aires, y les había ofrecido que los regalaría, y que algunos de ellos habían estado en su casa, con motivo de

ser tesorero de guerra, y en ella se les suministraba la yerba y tabaco, y el señor gobernador los regalaba por ser amigos, hermanos y de paz (que estas eran sus palabras); y con esta ocasión les había agasajado y hecho sentar en sillas, encargándole mucho los cuatro hombres; los tres de su voluntad, y un negro huido, que su navío dejó en el Puerto de San Julián: y así le dijeron, que siempre que quisiese irse a Buenos Aires, que se lo dijese para darle lo necesario. Después de dicho tiempo dijo Hilario que se quería venir, y le dieron un buen caballo y lo trajeron convoyado de cuatro indios hasta un fuerte que está en las fronteras de las estancias de esta ciudad, a donde le entregaron, con encargo de que le condujesen, como así se ejecutó. Llegando a esta ciudad el día 6 de enero de este presente año de 1755, en donde se halla con ánimo de volverse a embarcar para el tráfico de la sal y descubrimiento de la costa, y a pedimento de D. Domingo de Basabilbaso, hizo esta declaración en Buenos Aires, a 12 de enero de 1755, y no firmó por no saber escribir.

III

*Observaciones extraídas de los viajes que al Estrecho de Magallanes han ejecutado en diferentes años los almirantes y capitanes Olivares de Noort, Simón de Cordes, Jorge Spilberg, Francisco Drake, Juan Childey, Tomás Candish Juan Narborough; y noticias adquiridas en las expediciones ejecutadas desde esta isla por los franceses con la fragata Águila*¹

Ha sido siempre mirado el reconocimiento del Estrecho de Magallanes por las potencias marítimas, como una de las empresas de mayor riesgo, así por la diversidad de vientos que suelen reinar, como por las irregulares mareas y corrientes que se experimentan: prescindiendo del cuidado que es preciso tener en el reconocimiento de las tierras por estar pobladas de indios de diferente genio y naturaleza. Pero ya en el día se puede caminar con más acierto, mediante las noticias que han producido los viajes ejecutados en distintos tiempos por las diferentes naciones europeas; y así sólo queda a la constancia vencer y superar los indispensables inconvenientes y fatigas que motiva la navegación, pertrechando de todo lo necesario la embarcación o embarcaciones que se destinen a este fin.

El Cabo de las Vírgenes en la costa de Patagones,² y el

¹ La mayoría de estos nombres corresponden a navegantes en funciones de corsarios y Drake como Candish, se destacaron en esa función llegando a recibir títulos de nobleza por sus acciones.

² Costa de Patagones, es indicada queriendo significar *de la Patagonia*.

del Espíritu Santo en la Isla del Fuego, son las demarcaciones de la entrada del Estrecho por la parte del E. El primero está situado a la altura de 52 grados y 40 minutos: es alto, blanco y algo redondo. Se puede fondear al abrigo de los vientos oeste-noroeste, y las mareas suben de siete a diez brazas.

A distancia de 14 leguas del referido Cabo de las Vírgenes, se reconoce la primera boca o estrecho, al oeste-suroeste y oeste-noroeste, que en su mayor ancho, tendrá media legua. Hay en él un bajo^k de arena de un cuarto de legua, cuya sonda consta de 98, 76 y 5 brazas.

Al lado meridional de esta boca hay indios de una altura regular, que tienen pintado el rostro y el mirar muy airoso. Su vestimenta se compone de una manta muy grosera: el país abunda en caza.

La costa de la Tierra del Fuego en este paraje consta de diferentes montecitos cubiertos de arena.

Desde la expresada boca, y a unas diez u once leguas, se encuentra otro, a cuyo lado meridional sale una punta de tierra cuya costa tira al sur y se nombra el *Cabo Nasau*. En la costa septentrional se puede fondear en 15 brazas.

Al oeste-noroeste, dos leguas, hay dos islas: la que está más al norte es la más chica: en ella se encontraron salvajes que hicieron alguna resistencia, pero viéndose acosados, se refugiaron en una cueva, que está en lo escarpado de la costa.

Llevaron los holandeses a su bordo un muchacho y dos niñas, y habiendo aprendido el primero la lengua, se supo que esta nación se llama *Enoo*:¹ que dicha pequeña isla se nombra *Talcke*,¹ y la mayor *Castenne*; ¹ que abunda de

^k Debe decir banco.

¹ Corresponden a palabras onas, como la descripción física que hace de los habitantes de la oca en la región meridional.

pájaros niños,¹¹ que los indios comen y visten de sus pieles. Que sus habitaciones se reducen a cuevas practicadas en la tierra: que en el continente hay avestruces, conocidos entre ellos con el nombre de *Talcke*, y que además se encuentran animales cuadrúpedos, nombrados *Casoni*, que se cree sean venados o vicuñas.^m

En este paraje, además de la nación *Enoo*, hay otras que se llaman *Kemenetes*, *Kennekas* y *Karaykes*, siendo iguales todos en la estatura y fisonomía a los enoo que son regulares: el pecho ancho y levantado, la frente pintada como el resto del rostro, los cabellos largos y pendientes de la frente, a excepción de las mujeres, que son cortos. Los pájaros niños se llaman *compoggres*.

Tierra adentro hay otra nación nombrada *Tirimenen*, que habita el país de *Coin*. Son estos indios de estatura extraordinaria, que por lo regular están en guerra con los antecedentes, a quienes provocan con llamarles “comedores de avestruces.”

Hallándose a tres leguas de dichas islas, y navegando para el continente, se puede fondear en once brazas de arena. Abunda en este paraje el mar de ballenas, y en la tierra firme hay un río que atraviesa el país, cuyas orillas están pobladas de árboles y papagayos. La costa se extiende al norte con una gran punta, al norte de la cual, y a distancia de dos leguas, se halla una grande bahía o golfo en que se puede entrar, que es *Puerto Famina*,ⁿ situado a los 53 grados y 18 minutos. Tiene el Estrecho cuatro leguas de ancho: la costa está rodeada de altos montes con

¹¹ Así se designaba a los pingüinos.

^m Correspondería decir venados o guanacos.

ⁿ Puerto Hambre, designación con que se conoció la fundación hecha por Sarmiento de Gamboa,

árboles, cuya corteza pica tanto como la pimienta. Con toda seguridad se puede dar fondo en dicho puerto en 15 brazas, bien entendido que en la costa del norte del Estrecho es preciso atracarse muy a tierra para encontrar fondo.

Del referido puerto se pasa al *Cabo Fruart*, que se reduce a una punta muy escarpada, y la más al norte de todo el Estrecho: y adelantándose cuatro leguas más se reconoce una grande bahía, en la cual se puede hacer aguada. Produce la costa un herbaje muy parecido a los berros, que puede servir de preservativo contra el escorbuto.

Siguiendo la costa, y a poca distancia, hay otra bahía, a la cual Olivier de Noort dio su nombre.

Tres leguas de esta hay otra, en la cual se puede dar fondo en la inmediación de un cabo, que los ingleses llaman *Galant*, que según éstos y los holandeses, es la mejor rada de todo el Estrecho: prueba de ello que se han mantenido anclados la mayor parte del invierno cinco navíos, sin haber experimentado la menor incomodidad.

Se reconoce en este sitio una isla, y otras dos chicas en su travesía. Abunda la ribera de lapas, y de una especie de conchas redondas, que por su delicadez prefieren a las primeras: además de este socorro se encuentran en los matorrales una frutilla encarnada.

Es preciso tener gran cuidado con las corrientes, que son muy vivas, y las mareas suelen subir y bajar hasta doce horas.

En la costa meridional del Estrecho hay un cabo y una bahía grande: se puede anclar en esta a lo más al oeste, cerca de una pequeña isla de figura redonda, detrás de la cual hay una rada en que se está a cubierto del oeste: es muy profunda y se nombra *Bahía Mauricio*. Extiéndese

al sureste con varios brazos; en sus inmediaciones hay algunas de agua dulce, que por lo regular están heladas en todo tiempo. Los indios de esta parte son muy bravos, y sus armas se reducen a unas robustas mazas, y flechas, que disparan con grande ligereza y acierto: abunda de árboles, y en la partida del este los hay a propósito para construir. Los montes son muy elevados y están casi siempre cubiertos de nieve.

Media legua más allá hay otra bahía nombrada *Henri*, que por hallarse desabrigada al oeste, no es propia para fondear.

Navegando al este cerca de dos leguas, se encuentra un cabo que está en la zona septentrional: llamado *Voluto*: se extiende de tal manera la horizontal mirando al oeste-noroeste, que con facilidad creará cualquiera estar en plena mar; pero aún faltan 20 leguas de camino penoso: tiene el Estrecho dos leguas de ancho.

Entre el cabo *Voluto* y el *Deseado*, hay dos bahías, nombradas *Ministe* y *Gucux*, es muy conocido este último cabo, porque tiene tanta elevación, como cualesquiera de los demás montes del país. A sus inmediaciones hay dos islas, y su costa septentrional tira mucho al norte: de manera que mirado por este lado, no se le distingue por tal cabo.

Más al norte de esta costa se encuentran cinco islas que todos conocen por *Las Anegadas*, y se hallan al desembocadero del Estrecho por la parte del mar al sur.

Malvinas, 12 de febrero de 1769

MIGUEL VERNAZANI

Diario que el capitán D. Juan Antonio Hernández ha hecho, de la expedición contra los indios teguelches, en el gobierno del señor D. Juan José de Vértiz gobernador y capitán general de estas provincias del Río de la Plata, en 1º de octubre de 1770 ^ñ

Se componía la armada de 166 hombres, incluyendo sargentos y cabos.

Comandante, D. Manuel de Pinazo.^o

Sargento mayor, D. Pascual Martínez.

Capitanes

D. José Bague.

D. Juan Antonio Hernández.

Tenientes

D. Francisco Macedo.

D. Felipe Galves.

Alféreces

D. Gerónimo González.

D. Domingo Lorenzo.

Ayudante

D. Bernardino Galves.

Capellán

El presentado, fray Juan Simón Rodríguez, del orden militar.

^ñ Esta expedición es casi ignorada por los relatos sobre las entradas a los indios.

^o Don Manuel de Pinazo es uno de los personajes más sobresalientes durante el período colonial en materia de incursiones a territorio indio y se le confió, por la experiencia adquirida, diversas misiones difíciles. Realizó expediciones a las

Todos los expresados, a excepción del capellán, son vecinos de la jurisdicción de la Villa de Nuestra Señora de Luján.

Cuatro carretillas, que conducían dos cañoncitos de menudear, y las municiones de boca y guerra.

Los caciques que concurrieron a dicha expedición, son:

Lepin Naguel, que en nuestro idioma significa *la pluma con el tigre*.

Lincon Naguel, *el grillo con el tigre*.

Lican Naguel, *piedra de tigre*.

Caulla Mantu, *brilla el sol*.

Calfingere, *zorro azul*.

Epullanca, *dos piedras verdes*.

Alcaluan, *guanaco macho*.

Tanamanque, *buitre arrojado*.

Cadupani, *león negro*.

Guente Naguel, *el tigre encima*.

Lepiguala, *pluma de cuervo*.

Pallaguala, *echado de espaldas*.

Guayquibilu, *lanza de víbora*.

El número de indios que estos caciques llevaban, se componía de 291: los 123 de lanza, y el resto de bolas potriadoras y sueltas, que llaman los indios *sacay*.

En 1º de dicho mes de octubre, caminó esta armada de la laguna que llaman Palantelen,^p hasta el Médano

Salinas Grandes en busca de sal y contra los indios y presentó un proyecto de extender las fronteras hasta las costas del Río Negro.

^p Esta Laguna de Palantelén era el lugar casi siempre elegido para la concentración de elementos y hombres en las expediciones a las Salinas Grandes y figura mencionada y descripta algunas veces, en los diarios de aquéllas. Esta laguna está

Partido, distancia 14 leguas, a que fue preciso hacer alto a esperar la resulta de un chasque que el comandante había hecho al señor gobernador. En todo el tiempo que dicha armada estuvo parada en el médano dicho, no acaeció otra novedad que la de haber muerto la gente algunos leones y tigres, de que abunda mucho este campo.

Día 2. Nos mantuvimos en dicho médano, de donde se despachó al alférez D. Gerónimo González con 18 hombres en busca de ganado para la subsistencia de dicha armada: cuya partida llegó a las cuatro de la tarde, conduciendo 80 cabezas y algunos toros. A las cinco de la tarde llegó el chasque que se esperaba, con las cartas de nuestro capitán general, en las que ordenaba se incorporase la compañía de la frontera del Salto a dicho cuerpo.

Día 3. A las ocho de la mañana llegó el sargento mayor D. Pascual Martínez con 66 hombres, y en su compañía venía la de dicha frontera del Salto, mandada por su alférez. Esta misma tarde nos llovió desde temprano hasta ponerse el sol.

Día 4. Marchamos de dicho médano a las siete de la mañana, y llegamos a la Cruz de Guerra^a a las once del día, siguiendo el camino de Salinas; y a distancia de dos leguas más adelante dejamos dicho camino y tomamos el rumbo de sureste, al que caminamos como once leguas, parando en una laguna bastante grande, dejando otras dos a nuestra retaguardia, aunque crecidas, pero sus aguas salobres. Estas dos últimas son bien conocidas, por unos médanos de arena que están inmediatos, y el uno de

ubicada en el actual Partido de Alberti, Provincia de Buenos Aires.

^a Este nombre se dio al actual centro de población de 25 de Mayo, Provincia de Buenos Aires.

ellos de lejos parece la tolda de una carreta: llámase la laguna en donde paró dicha armada, de María de la Cruz; y hasta ella se anduvieron 17 leguas, poco más o menos.

Día 5. Se marchó de mañana al rumbo de sur-sureste, pasando unos grandes esteros, donde se maltrató la caballada que conducía el tren: este mismo día pasamos por unos médanos de arena muy altos, que en su concavidad conservan una laguna de agua dulce, y a su orilla vimos un toldo, y en él un indio muerto, pariente de nuestro aliado el cacique Lepin, el que hacía poco tiempo había fallecido de viruelas, por cuyo motivo se le puso a dichos médanos, el nombre de *Indio Muerto*.^r Y habiendo pasado adelante como 5 leguas, llegamos a otros médanos, a donde paramos por ser ya casi puesto el sol: a cuya hora se divisaron dos humos, el uno al este, que dijo Lepin ser en sus toldos, y el otro al sur, que le parecía era hacia la Laguna Amarilla. Este día se caminaría como 18 leguas, y por haber muerto unos toros se le dio el nombre de *Médano de los Toros Muertos*.

Día 6. Caminamos de mañana, y a una distancia de 5 leguas se divisó la Sierra de Cairú. Este día empezó a llover desde muy temprano hasta las tres de la tarde: se atravesaron unos grandes esteros, dejando dicha sierra sobre nuestra izquierda, siguiendo el camino al sureste, y a la tarde paramos a la orilla de un arroyo crecido y pan-

^r La viruela fue siempre uno de los azotes que diezmaron la población india en todos los tiempos, después de la llegada de los españoles. Al producirse la muerte por esta enfermedad, los indios abandonaban los cadáveres y todas las pertenencias, por temor al contagio. Raramente volvían a armar toldería en los lugares donde se habían manifestado decesos por esta causa.

tanoso, y se le puso el nombre de *San Bruno*. Se caminaron este día 14 leguas, poco más o menos, llegando todos mojados.

Día 7. Se marchó de mañana, atravesando grandes esteros, hasta que llegamos a una gran laguna, que los indios llaman en su idioma *Tenemeche*, y nosotros le pusimos el nombre de Santiago Apóstol. Tiene dicha laguna de circunferencia cosa de cinco leguas, y de norte a sur como dos, antes más que menos: es muy honda, pues inmediatamente que cae el caballo nada; su fondo es arena, tiene por partes barrancas; es agua muy dulce, suave y clara, no tiene pajonal ni broza alguna: mantiene mucho pescado, como bagres amarillos, blancos y otros peces que parecen truchas. Le entran por la parte del sur dos arroyos, y desagua por otro que corre al este: al norte de dicha laguna tiene dos médanos pequeños, en los que se crían mariscos, en el cual paraje acampamos: y a las 6 de la tarde llegaron dos indios del cacique Lepin, enviados del capitán Lican (que manda la gente de dicho Lepin, y es el heredero del cacicazgo por fallecimiento del cacique Lepin). Éstos dieron noticia al comandante, que estaban acampados hacia la Sierra del Cairú, a distancia de cinco leguas de nuestro campamento para unirse a nosotros; con cuya noticia volvió a despachar el comandante estos dos indios, mandando llamar a Lican, el que con efecto llegó a las ocho de la noche, y dando razón del número de los indios que tenía, se retiró.

Día 8. Marchamos de mañana, y llegamos a donde estaban acampados los indios a cosa de las tres, y éstos nos esperaron formados en línea, armados con sus coletos y lanzas, saludándonos con escaramuzas y griterías (que es su costumbre), viéndonos precisados a usar aquellas mismas

acciones en correspondencia: y uniéndonos, marchamos, dejando la Sierra del Cairú al este, acampando a media tarde, por habernos sobrevenido una gran tormenta, y habernos llovido todo el resto de ella. Esta misma tarde llegaron a nuestro campamento dos indios enviados del cacique Lincon, manifestando estar pronto el dicho y los demás caciques con sus indios, para seguir nuestra derrota.

Día 9. Con el motivo de haber amanecido lloviendo, y todos mojados, pues fue preciso pasar el agua a caballo, se paró todo este día, a fin de que secasen las ropas.

Día 10. Marchamos de mañana, y habiendo caminado a distancia de 6 leguas, poco más o menos, estando inmediatos a una laguna, llegó Francisco Almirón y Luis Ponce, intérpretes que llevábamos de nuestra parte, y dijeron al comandante de parte de dicho Lincon y demás caciques, hiciésemos alto, que querían recibirnos en aquel paraje. Con este motivo ordenó dicho comandante hacer alto: formó la gente, tomando por espaldas la laguna. Mandó poner la artillería en tierra y montarla, y que la puntería, para en caso necesario, la hiciesen a la cabeza de la silla o lomillos del jinete, teniendo las mechas prendidas y encendidas en el guarda-fuego, distribuyendo el orden de lo que debían ejecutar los de la formación. Y estando prevenidos, a cosa de las once o doce del día, se vio venir la indiada, formada en batalla con sus armas, coletos y algunas cotas de malla:^s y estando a distancia de cuatro cuabras de nosotros, largaron sus caballos, y a todo correr, tomando nuestro costado izquierdo, pasaron del otro lado de la laguna por nuestra retaguardia, dando vuelta por

^s La referencia que se hace sobre la cota de mallas ha dado lugar a largas discusiones sobre ellas, siendo la opinión actual de que los indios no usaban estas vestimentas.

nuestro frente, lo que ejecutaron por dos ocasiones, formándose por nuestro costado izquierdo. A poco rato se vinieron todos los caciques, y uniéndose el comandante con la oficialidad, salimos a recibirlos: y después de grande razonamiento que dichos caciques hicieron y le fue explicado a dicho comandante por los intérpretes, se dieron las manos uno a uno hasta el último oficial, y retirándose el comandante y dichos oficiales con los caciques, los regaló, mandando a un mismo tiempo echar pie a tierra a nuestra gente, para que acampase y comiese: y antes de ponerse el sol se retiraron a sus toldos.

Día 11. Se marchó de mañana, y habiendo caminado como cosa de 4 leguas, llegamos a la toldería del cacique Lincon, dejando a la banda del norte la del cacique Alca-luan y otro: (este cacique mantiene una majada de ovejas y cabras). Éste, luego que llegamos, nos mandó dar providencias de ganado, y acampando nuestra gente, paramos hasta el siguiente día. Esta misma tarde pasó revista a su gente dicho cacique, en que hicieron varias escaramuzas y ejercicios de a pie y a caballo.

Día 12. Marchamos a cosa de las ocho del día, y el motivo de salir a estas horas fue, porque determinó el comandante dejar en los toldos de dicho Lincon, tres carretillas, llevando sólo una con los dos cañoncitos y municiones, para con este motivo abreviar las marchas. Y llegando a un río, que llaman el Salado, acampamos entre las cinco o seis de la tarde, a cuyo río se le puso el nombre de *Nuestra Señora del Pilar*, por haber llegado este día. Es muy pantanoso, y el agua muy salada, pues habiendo un manantial que los indios tenían abierto de propósito, con dificultad se podía usar de ella: este día se marcharían como 12 a 13 leguas.

Día 13. Marchamos de madrugada, y llegamos al Río de los Sauces, que está de esta banda del norte de la Sierra de Casuatí, de donde se divisa dicha sierra. Este río es de mucha agua, buena y dulce; tiene muchos pasos de piedra, sauces y pescado: (éste, dicen los indios, entra en la laguna de Santiago Apóstol, que ellos llaman *Tene-meche*.) Aquí hicimos nuestra parada, y se caminó como 14 leguas, habiéndose ido una parte del ganado que llevábamos, por descuido de los que lo arriaban, sin avisarlo al comandante, hasta los tres o cuatro días.

Día 14. De madrugada se despachó una partida a explorar el campo, y a las tres del día rompimos la marcha, costearlo dicho río: y habiendo caminado cosa de 8 leguas, pasamos por la toltería que fue del cacique Lincon, a donde los indios de nación teguelches lo habían avanzado.^t Estaban los toldos armados y muchos indios muertos; pues estos bárbaros a donde los llegan a avanzar, y matar alguno o algunos, ya no viven más allí, ni llevan los toldos, porque todo lo abandonan. Y pasando dicha toltería como cuatro leguas, llegamos a acampar a la orilla del propio río, habiendo caminado cosa de 12 leguas.

Día 15. Nos mantuvimos en propio paraje, por habernos llovido toda la noche y parte de la mañana: esta tarde se revistió toda la armada, y hallamos que se componía de 231, como queda dicho. Toda la armada se divirtió en pescar, y los indios llaman al pescado *challhua*.

Día 16. Habiendo caminado de mañana como tres leguas, llegamos a pasar un arroyo que viene del lado del

^t Esta indicación es muy importante, pues indica el desplazamiento demográfico de los teuhelches y coincide con las declaraciones de Cardiel y Falkner sobre el número escaso de los pampas.

sur, de una abra de la sierra, y éste entra en el de los Sauces, el que lleva bastante agua y es pantanoso. Lo pasamos con bastante trabajo; y habiendo caminado como cosa de tres leguas, llegamos a parar sobre la barranca del de los Sauces, a la banda del este, y los indios se pasaron de la otra parte, que hace como una península, donde le sirvió de asilo al cacique Lincon cuando le insultaron los indios ranqueles. Esta misma tarde llegó la partida que se había despachado, y no hallaron vestigio alguno, aunque llegaron a la falda de la sierra. Este día se caminarían como 12 leguas.

Día 17. Dejamos el río de los Sauces, y comenzamos a caminar por dentro de la sierra, de la cual se despeñan muchos arroyos. Las que se pasan son sierras muy altas, y en ellas no se encuentra árbol alguno, por ser todas ellas de piedra muy pelada y limpia: y habiendo caminado como ocho leguas, dimos con un gran río, el que pasamos casi a nado, y está tan poblado de sauces muy grandes y gruesos, que por eso le dan el nombre de los Sauces. Corren sus aguas al sur, y el otro, antes de entrar en la sierra, al norte. Habiendo pues caminado como tres leguas de donde lo vadeamos, llegamos a acampar en su propia orilla, la que está poblada de muchos nabos, que son muy grandes y no de mal gusto: vense asimismo en dicho río diferentes árboles de chañar, piquillín y espinillos. Esta tarde se despacharon tres indios a que fuesen a viajar río abajo. A este paraje se le daba el nombre de Ventana, siendo cierto que todas las piedras tienen a su remate muchas quebradas, por donde entran y salen a uno y otro lado de las pampas. Se caminó este día como 13 leguas.

Día 18. Se marchó de mañana por la dicha sierra y río, y a las cinco de la tarde lo volvimos a pasar a la banda

del sureste, en el que se nos volcó la carretilla, y se mojaron algunas municiones. Este día nos llovió a media tarde: paramos a cosa de las seis.

Día 19. Marchamos de mañana: dejando el río de los Sauces, atravesamos la sierra para el Sureste; y caminando a dicho rumbo por entre unas breñas y cerrillos con mucho trabajo, llegamos a salir a la pampa que yace del otro lado de dicha sierra, llegando a las cinco de la tarde a un arroyo en donde paramos; habiendo caminado este día como 12 leguas, quedando a nuestra retaguardia otro arroyo a distancia de cinco leguas, y muchos médanos que se hallan poblados de chañares y algunos árboles de piquillín. Esta tarde misma llegó la partida que se había despachado de madrugada, con la noticia de haber hallado un rastro que tiraba hacia la costa del mar: se despacharon en el acto seis indios, cada uno con tres caballos, a viajar la campaña: al nominado arroyo se le dio el nombre de San Pedro de Alcántara.

Día 20. Se dispuso la marcha de madrugada, y fue grande el trabajo que nos dio la carretilla para pasarla por dicho arroyo, por ser pantanoso y barrancoso; de suerte que fue preciso con los sables y lanzas cavar alguna cosa para hacer bajada, pasando las municiones a pie, y poniendo en la carretilla 20 hombres a caballo, que con lazos a la cincha la fuesen deteniendo por lo perpendicular de dicha bajada. Últimamente se siguió la marcha al suroeste, por médanos bastante incómodos, que en los más de ellos se encuentran algunos árboles pequeños de chañar, que con sus espinas maltratan mucho a las cabalgaduras. Asimismo se encuentra en dichos médanos bastante tomillo, parrilla y otras yerbas medicinales: y siguiendo pasamos un gran estero con mucha agua, que tenía de largo más de media legua, y saliendo a un albardón, paramos

hasta el otro día, habiéndose caminado como 11 leguas, poco más o menos.

Día 21. Se caminó de mañana, y comenzamos a pasar el Saladillo, de mucho pantano y agua, que tiene de largo más de seis leguas, siendo imponderable el trabajo para pasar la carretilla; pues aun de los que pasaban en su caballo cayeron varios, y entre ellos el comandante, metiéndosele el caballo de ancas hasta el cimientto de la cola, viéndose precisado a echar pie a tierra y sacarlo de la rienda. Pasamos en este trecho 22 arroyos, de suerte que a las cuatro de la tarde, con corta diferencia, salimos a unos médanos en donde paramos, que se hallan a la salida de dicho bañado, en donde fue preciso cavar pozos con los sables y lanzas para poder beber agua, que, aunque abundaba, era toda salada. Esta misma tarde se dispuso el despachar 10 indios con nuestro baqueano José Funes, (aunque éste sólo lo era de nuestros campos) porque de aquellos que transitábamos no había más baqueano que la india cacica, mujer de Lincon, que era la que nos guiaba. (A esta india en la sorpresa que a su marido le hicieron los indios teguelches, la llevaron cautiva hasta el Río Colorado, de donde tuvo la felicidad de escaparse por medio de dos indios amigos de su marido). A cuya partida le dio orden el comandante no volviese sin traer noticia fija del paradero de los indios enemigos, respecto a que la dicha cautiva decía haber dejado de esta banda del Río Colorado 42 toldos.

Día 22. Nos mantuvimos en el propio paraje, aguardando las resultas, y sólo determinó el comandante mandar dos partidas a los costados de derecha e izquierda, por si se hallaba algún rumor o rastro de los enemigos.

Día 23. Nos mantuvimos en nuestro campamento, sin

noticia alguna de las partidas que se habían despachado. Este día tuvimos ventarrón, con algunos aguaceros y granizo, que duró lo más del día.

Día 24. Manteniéndonos en el mismo paraje, llegaron las dos partidas últimas sin novedad alguna. Esta misma tarde a las seis llegó la partida de los 10 indios con nuestro Funes, trayendo la noticia de haber hallado los vestigios de dos tolдерías, una mayor que otra, que hacía pocos días se habían mudado; hallando asimismo dos perros bayos que se consideraba ser de los enemigos. Por cuyo motivo se determinó a pasar el río un indio de dicha partida, siguiendo el rastro, que halló del otro lado, y sólo pudo descubrir cuatro caballos, los que dijo había corrido con ánimo de tomarlos y traerlos a nuestro campo; pero que no pudo conseguirlo a causa de hallarse solo, en pelo en su caballo y desnudo, afligiéndole el frío. Con cuya noticia se determinó el cacique Lincon a ir a bombearlos y dar aviso de lo ocurrido: con efecto marchó antes de ponerse el sol.

Día 25. Nos mantuvimos en dicho campamento, esperando el aviso de dicho cacique. En estos pocos días se nos aquiló la caballada por defecto de los pastos y el agua salada, y a un mismo tiempo se nos iba acabando el bastimento, pues no había más de siete toros: no obstante que el comandante por divertir * los pensamientos de la tropa, los hacía formar a las tardes, mandándoles hacer algunas evoluciones.

Día 26. A las tres de la mañana llegó un indio, despachado de Lincon, con la noticia que habían bombeado a los indios, que fuésemos cuanto antes; y efectuándolo, mar-

* Distraer.

chamos inmediatamente, aunque con grandísimo trabajo por los muchos médanos y arena suelta que había. Llegamos a una laguna a las cinco de la tarde, poco más o menos, habiendo caminado como 16 leguas, en cuya distancia no se encuentra aguada, y en ella se dio providencia de dejar la caballada. Y con efecto, dejándola al cargo de un oficial reformado, D. Roque Galeano, con 20 soldados, luego que oscureció marchamos, llevando cada uno un caballo de diestro; y caminando la noche toda, aunque con bastante trabajo por los muchos árboles que se encuentran en el camino, y ser la noche oscura, llegamos antes del amanecer dos leguas distantes del paso del río, a donde encontramos con el cacique Lincon.

Día 27. Habiendo comunicado el dicho Lincon con el comandante, le dio la noticia que, habiendo enviado cuatro indios a la otra banda del río, éstos le avisaron que habían visto hacienda, por cuyo motivo había mandado el chasque al comandante, diciéndole había bombeado los indios que estaban a distancia de 8 o 10 leguas, del otro lado del río. Y caminando después que el sol salió, todos juntos, río abajo, como cosa de dos leguas, y reconociendo los parajes donde habían estado las tolderías, se hallaron 45 fogones, por donde se ha discurrido ser otros tantos toldos: y preguntándoles por el paso de dicho río, respondieron ser aquel en donde estábamos, y se infiere, porque las sendas que parecen camino de carretas paraban allí mismo a la orilla de dicho río. Tiene de ancho este río más de 300 varas en dicho paso y todo a nado. En este mismo día se determinó mandar una partida de 10 indios con un cabo de los nuestros y dos soldados, los que pasaron a nado en sus caballos, llevando la ropa en una pelota de cuero, y los indios en unos palos a modo de balsa, la que iba amarrada a la cola de un caballo. En este intermedio

dispusimos el armar unas balsas y un bote de cuero, ínterin aguardábamos las resultas de dicha partida.

Día 28. Entre nueve y diez del día llegaron los que habían pasado a vigiar la campaña y dieron noticia los indios que habían visto hacienda de yeguas, y nuestro cabo dijo de no haber nada: que lo que se había visto eran pajonales, y no es de admirar se padeciesen estas equivocaciones, pues estas diligencias del bombeo se hacen de noche. Viendo la perplejidad en que quedábamos, determinó dicho comandante enviar otra partida y con ella al teniente D. Francisco Macedo, con un soldado, llamado Lorenzo Barrio-nuevo, para que trajesen razón cierta de los enemigos: en cuyo intermedio fueron pasando todos los indios amigos a la otra banda del río, aunque con grandísimo trabajo, a causa de haberse levantado un gran viento que causaba bastantes olas en dicho río.

Día 29. Llegó la partida, y con ella el teniente Macedo, quien dio la noticia había llegado a los toldos de los indios enemigos, quienes habían hecho una precipitada fuga, luego que nos sintieron esa noche, por cuyo motivo se vio precisada nuestra indiada a pasar el río de esta banda donde nosotros estábamos. A poco rato de haber llegado este oficial, divisamos un grande fuego que los indios enemigos hicieron, que naturalmente fue hecho para que en caso que los siguiésemos no pudiésemos dar con sus huellas: pero atendiendo a que estábamos enteramente sin bastimento alguno, nos vimos precisados a retroceder, y sólo dimos lugar a que los indios amigos acabasen de pasar a esta banda, y a estas mismas horas, que serían como las cinco de la tarde, se dio orden para marchar. No quiero dejar en blanco lo formidable de este río, pues, ante de llegar al paso se ve por diferentes partes que tiene de ancho más de cuatro

cuadras, y en otras más. Tiene diferentes islas o bancos de arena, es muy rápido y caudaloso; sus aguas son dulces y suaves, y en el río son bermejas: se ven lobos marinos y en su orilla hay algunos árboles de sauce de los que se forman las balsas que quedan referidas, y por su mucha corriente va robando las barrancas y haciéndose cada vez más ancho. Continuamos marchando hasta las once de la noche.

Día 30. Marchamos al salir el sol, y llegamos a nuestras caballadas, en donde paramos cosa de dos horas, ínterin la gente tomaba un poco de agua caliente: y volviendo a marchar, seguimos hasta las dos de la mañana que hallamos agua: aquí se paró hasta el día.

Día 31. Caminamos a las siete de la mañana, y a cosa de una hora entramos en el Saladillo, pero por mejor parte, porque era el rumbo del norte y el que había llevado nuestra baqueana cuando se vino del río Colorado, y nos iba guiando con su marido el cacique Lincon. Aquí se volvieron a pasar los 22 arroyos y los grandes bañados, y habiendo salido de ellos, llegamos a la seis de la tarde al arroyo de San Pedro de Alcántara, adonde se hizo noche, este día se cazaron algunas liebres y venados, que nos sirvieron de sustento.

Día 1º de noviembre. Caminamos de madrugada por la costa de dicho arroyo cosa de cinco leguas, y habiendo pasado, caminamos por unos grandes cerrillos muy guadalosos, y llegamos al río de los Sauces a las cinco de la tarde, más abajo de la sierra. Aquí se hizo noche este mismo día, ayudando los mismos indios a cazar a nuestra gente, aunque no dejaron de hallarse bastantes huevos de avestruz, con lo que se saciaba el apetito.

Día 2. Caminamos de madrugada río arriba como dos leguas, buscando paso, y habiéndolo pasado con bastante

trabajo por estar casi a nado y tener que pasar las municiones a pie, luego que nos pusimos de la otra banda, dio orden el comandante para que el teniente D. Francisco Macedo se aprontase con 30 hombres del cacique Lepin y Alcaluan y marchasen con la carretilla a incorporarse con los demás que estaban en la toltería del cacique Lincon, y unidos con las familias de estos caciques marchasen al arroyo del Cairú, con la orden de esperarnos allí hasta nuestro regreso. Y habiéndonos despedido, caminamos río abajo el rumbo del sur, y a las seis leguas, poco más o menos que caminamos, vimos la toltería que el cacique Lincon había avanzado a los Teguelches, el año pasado, y caminando tres leguas más adelante, hicimos alto. Esta tarde se despachó una partida a explorar el campo, y se tomó bastante caza.

Día 3. De mañana marchamos, dejando el río de los Sauces, y tomando el rumbo del este. Caminamos como 14 leguas, y paramos en la costa de un arroyo: a esto de las seis de la tarde llegó la partida que se había despachado el día antecedente, con la noticia de no haber rumor alguno.

Día 4. Nos mantuvimos en el mismo arroyo para dar descanso a las caballadas. Este mismo día se despachó otra partida de mañana, para que fuese a correr el campo hacia la costa del mar, y volviendo esa misma noche no trajo novedad alguna, habiéndose divertido la gente de la armada en cazar: y aunque no faltó que comer, pero no hallaba leña, y la que suplía era bosta de caballo, aunque escasa.

Día 5. Caminando de mañana el rumbo del este como cuatro leguas, llegamos a otro arroyo de bastante agua, y habiéndolo pasado, hallamos en su orilla un rastro de ganado de tres o cuatro vacas y de una mula, como que arria-

ban dichas vacas: por cuyo motivo fue preciso hacer alto y despachar al hijo del cacique Lincon, con una partida al reconocimiento de dicho rastro, enviando al mismo tiempo otra partida de nuestra gente. Y habiendo vuelto esta última, a la una del día, con la noticia de no haber hallado novedad alguna, determinaron los caciques el marchar aquellas horas: pero nuestro comandante se opuso, por no haber venido la partida primera que se había despachado, sobre que tuvieron sus contiendas; pero al cabo, cediendo a las instancias de los caciques, marchamos. Y habiendo caminado como 6 leguas, alcanzó un indio de los de aquella primera partida, con la noticia de haber visto bajar algunos indios con cargas hacia el arroyo, con cuya novedad mandó el comandante que inmediatamente se mudasen caballos; y retrocediendo con una marcha bastante larga, volvimos al mismo arroyo, a cosa de las nueve o diez de la noche. Debiendo prevenir, que al tiempo de romper la marcha, llegó el hijo de Lincon, asegurando haber visto dichos indios, por cuyo motivo, luego que mudó caballo este indio, se envió adelante con cinco indios, y nuestro baqueano Funes, dándoles la orden los bombeasen, enviando uno o dos a encontrarnos por estar la noche muy oscura y no perder el rumbo. A este mismo tiempo nos empezó a llover, y serenándose la noche, nos mantuvimos sobre el mismo arroyo, y luego que mudamos caballos seguimos el arroyo arriba como cosa de 4 leguas: y habiendo amanecido, se despacharon tres partidas por todos aquellos contornos. Volvieron a nosotros como a las siete de la mañana, diciendo no habían podido divisar cosa alguna, por lo que nos volvimos para el propio campo a unirnos con nuestras caballadas.

Día 6. Habiendo descansado como dos horas, poco más o menos, seguimos nuestra derrota, y en todo el día no ha-

llamos agua, por cuyo motivo se nos rindieron algunos caballos, viéndonos precisados a dejarlos y a parar a puestas del sol: habiéndose adelantado los indios en solicitud de agua, no comiendo nada este día por defecto de leña y agua.

Día 7. Caminamos de mañana, y llegamos donde estaban nuestros indios, que se hallaban acampados en una laguna muy grande, cuyas aguas son salobres: pero habiendo cavado algunos pozos, paramos como cuatro horas para que la gente comiese, y bebiesen las caballadas. Y habiéndolo así ejecutado, nos pusimos en marcha, y a las cinco de la tarde llegamos a un arroyo bien grande y barrancoso, pero el agua es salobre. Aquí paramos y nos pusimos a pescar con unos anzuelos que se hicieron de unas agujas, con los que se pescaron muchas truchas. Todo el campo que este día se caminó abunda mucho de leones, de cuyas carnes se proveyó la gente para comer, y de las pieles se calzaron muchos, haciéndose botas por estar descalzos, y entre ellos el capitán D. Juan Antonio Hernández, quien habiendo muerto uno se hizo unas botas, con las que concluyó todo el resto de la expedición. La indiada nuestra pasó delante hasta perdernos de vista; y a las seis de la tarde llegó un indio mandado del cacique Lincon, el que dio la noticia a nuestro comandante que su cacique había hallado un rastro en que reconocía que los indios enemigos estaban cerca, porque había visto muchos fogones, y las carnes de los animales que habían cazado para comer estaban aún frescas: a cuya noticia dio orden el comandante nos pusiésemos en marcha, lo que habiéndose ejecutado nos comenzó a llover, y caminando hasta las doce de la noche, paramos por ser muy oscura: no teniendo baquea--no para ir adonde los indios nuestros estaban pues el que vino con la embajada dijo, no podría dar con los compañe--

ros, por cuyo motivo nos mantuvimos parados hasta que viniese el día.

Día 8. Caminamos de mañana, y a distancia de cinco leguas y entre unos cerrillos, a cuya falda corre un arroyo, hallamos a todos nuestros indios acampados. Aquí paramos el resto del día para que descansase la caballada, dándole noticias dichos indios al comandante iba el rastro como para el río de Quequén arriba. Estos campos son muy doblados y sin leña.

Día 9. Se marchó de mañana, siguiendo el rumbo del este, (que fue el rumbo que se seguía desde que dejamos el río de los Sauces) y a distancia de seis leguas, hallamos un estero y laguna muy grande, y en dicho estero ocho cerdos, que matándolos se proveyó la gente de carne con éstos, y algunos avestruces y venados que se asaron: hubo este día que comer a satisfacción. Divisamos el cerro de la Tinta al norte, con las demás sierras, y reconocimos estar muy internado al sur de ellas, y llegando a un arroyo a las cinco o seis de la tarde paramos en él, divisándose a un mismo tiempo gran porción de yeguada, y saliendo los indios a correrla, se proveyeron de carne para mucho tiempo. Esta misma tarde se dio orden al cacique Caullamantú, para que saliese con 15 indios a explorar la campaña y nos esperase en el río Quequén. Se conjetura marchamos este día de 15 a 16 leguas.

Día 10. De mañana, antes de madrugada, se despachó al capitán Lican con 10 indios, para que fuese explorando el campo por la banda del este, por cuanto Caullamantú llevó el orden de internarse al sur hasta dar con el Quequén. Y habiendo marchado todos unidos con el silencio posible, llegamos a un arroyo, después de haber caminado más de 14 leguas, cuyas aguas son salobres y muy barran-

coso (éste entra muy al sur en el Quequén): y queriendo nuestro comandante seguir a las sierras, le previnieron los indios no era posible, por hallarse todo aquel campo sin agua, por cuyo motivo caminamos arroyo abajo, y a distancia de cinco leguas encontramos al capitán Lican, quien nos dio noticias haber hallado una yunta de caballos, que hacía el juicio fuesen de algunos potreadores que los habrían perdido. Aquí se hizo la noche.

Día 11. Madrugamos de mañana, y a las cinco o seis leguas encontramos con el cacique Caullamantú: éste venía costeando el río Quequén, y dijo no haber encontrado novedad alguna. Costeamos dicho río, y a cosa de las doce del día lo pasamos con grandísimo trabajo por ser muy barrancoso, y cuando más internado al sur es mucho más: sus aguas son dulces y buenas; es necesario buscar paraje para pasarlo en donde haya alguna restinga de piedra, porque no siendo así, es pantanoso y es preciso pasarlo a nado. De aquí seguimos la marcha hasta un arroyo, que siguiendo el mismo rumbo del este está a distancia de seis leguas, y con motivo de parar en él, se le puso el nombre de Arroyo de San Martín. Esta misma tarde despachó el comandante dos partidas de indios, incluyendo en cada una tres hombres de los nuestros, la primera que diese vuelta a las Sierras del Tandil y Volcán, y la otra al sur. Caminamos este día 14 leguas, poco más o menos, y aunque este campo abunda de mucha bosta para hacer fuego por haber mucha yeguada, pero se encontraba muy poco que guisar en él.

Día 12. Habiendo caminado de mañana distancia de cinco leguas, llegamos a pasar un gran arroyo de mucha barranca y profundo: y siguiendo el mismo rumbo del este, llegamos a las doce del día a un arroyo pequeño, donde paramos para que comiese la gente de lo que se había caza-

do, y descansase la caballada un poco. A las dos de la tarde seguimos la derrota, hasta enfrentar con la Sierra del Volcán, teniéndola a nuestro norte muy distante, donde paramos en otro arroyo, a aguardar las partidas que se habían despachado. Este día se caminaron como 14 leguas: los campos son muy abundantes de agua, por tener muchos arroyos que vienen de las sierras, pero muy pobre de leña, pues no se encuentra más que bosta.

Día 13. Se marchó de mañana: se pasaron este día cinco arroyos, no muy distantes unos de otros, y paramos a media tarde en los Cerrillos del Volcán, a la orilla de un arroyo hacia la costa del mar, a aguardar las partidas: y a cosa de las cinco de la tarde, despachó el comandante a Nagualpan, hijo del cacique Lincon, con seis indios, a saber de las partidas. Este día se caminaron como 10 leguas.

Día 14. Antes de romper la marcha, llegó un indio de la partida que tiró al sur, con la noticia de haber encontrado unos caballos maneados, y a un mismo tiempo, previniéndonos nos fuésemos arrimando para la costa. Y puesto en ejecución, marchamos por entre unos cerrillos que ocultaban la marcha, pasando cuatro arroyos algo distantes unos de otros: al quinto pasamos a cosa de la una o dos de la tarde, y a poco rato, llegó Pedro Funes con la noticia de haber visto animales de color y dos jinetes que los arreaaban, y que sin duda estaban allí los enemigos. Y preguntándole el comandante, ¿qué trecho habría desde donde estábamos acompañados, a donde conjeturaba estaban los enemigos? —le respondió que de seis a ocho leguas. Con esta noticia, mandó dicho comandante tomar caballos para marchar, lo que se ejecutó inmediatamente, pasando muchas quebradas, hasta que al tiempo de ponerse el sol, estando mudando caballos, llegó la partida que había tirado hacia el

Tandil y Volcán, sin novedad alguna: y haciendo éstos la misma diligencia, luego que concluyeron mandó dicho comandante repartir entre los indios las divisas que para este fin llevaba, y así a cada indio de los de bolas se le dio una banda blanca de platilla para que pusiesen como turbante, y a los de lanza se les dio para que pusiesen en ellas como bandera, y de esta suerte fuesen conocidos de nosotros en la refriega. Concluida esta diligencia se marchó con grande orden y silencio, hasta que llegamos a donde estaba el resto de la partida que dio el aviso, y un indio de los del cacique Lincon avisó al comandante haberlos bombeado, y a un mismo tiempo le avisaron del potrero en donde tenían dichos enemigos la yeguada: con cuya noticia dio orden de dejar las caballadas en una quebrada que hacían dos sierras, y al cuidado de ellas 16 hombres, mandando a aquellas mismas horas una partida de 40 indios con 10 soldados de armas de fuego, con la orden que esperasen el día en el paraje que les pareciese más oculto e inmediato a la puerta de dicho potrero, para que luego que amaneciese sorprendiesen a aquellos indios que se consideraban estar en la puerta de dicho potrero, como custodia, para que no saliesen de él dichas yeguas. Luego que marchó dicha partida, marchó también nuestra armada con el resto de los demás indios a distancia de dos leguas, en donde se hizo alto esperando el día para avanzar de madrugada por la banda del sur.

Día 15. A las tres de la mañana marchó nuestra armada, y a distancia de legua y media dimos con un grande estero o bañado muy pantanoso, que no se podía romper con los caballos: y llegando a un arroyo que pasamos a nado, corrimos más de una legua, y reconociendo que los indios iban perdidos por una gran niebla que nos sobrevino esta mañana, volvimos a pasar dicho arroyo, caminando al

sur-este, y habiendo salido el sol, atendiendo el comandante que aquella partida que despachó la noche antes ya habría llegado a la acción, y que oyendo los tiros era natural pensasen los enemigos tenían a todo Buenos Aires sobre sí, y que con este motivo tirasen a huir, dispuso en aquel pronto desparramar en pelotones indios y cristianos. Y con efecto de esta suerte se logró el lance, pues conforme iban huyendo, iban cayendo en las manos de los nuestros; pues fue tal el susto, que yendo un indio enemigo de huida, se encontró con Francisco Almirón, soldado de la compañía de D. Juan Antonio Hernández, y preguntándole en su idioma, que ¿a dónde iba? le respondió dicho indio, "voy de huida, porque nos han avanzado": a cuya respuesta le enristró la lanza, arrojándole muerto del caballo abajo. Últimamente, se penetraron todas aquellas breñas, y no hallándose más indios, se dio orden a que se uniese nuestra gente, porque los indios amigos acudieron al pillaje de los animales, que en mi juicio pasaban de 4.000, entre yeguas y potros. Luego se dispuso el que contasen los cuerpos, y se hallaron 102: no se duda el que fuesen más los muertos, pero como fue tanto el desparramo y los lugares tan escabrosos, no se pudo saber con exactitud esta diligencia. En esta refriega perdimos un hombre. A poco rato le trajeron al comandante dos indios que se tomaron vivos, y haciéndolos examinar por medio de los lenguaraces, declararon lo siguiente:

"Que el Flamenco se hallaba 5 o 6 leguas distante de aquel paraje, con cinco toldos; que éste había bajado a Buenos Aires trayendo una cautiva, y lo que volvió a sus toldos envió recado a los indios teguelches (a dentro), que engordasen la caballada, que dejaba engañados a los cristianos, y que actualmente se hallaban seis españoles en los toldos de dicho Flamenco, y entre ellos Diego Ortubia, ha-

ciendo trato con yerba, tabaco y aguardiente. Que la tarde antes a este avance llegaron dos indios de chasque, enviados del cacique Guayquitipay, avisando a los ya muertos, que nuestra armada había marchado al río Muyelec, en seguimiento de ellos, y que no hallándolos, tirábamos hacia la costa del mar: que éramos pocos, que se uniesen y nos acabasen, y que de los dos chasques el uno había muerto en la sorpresa. Que para que no entendiesen este enigma las cautivas que del cacique Lincon tenían dichos teguelches, echaron la voz estos chasques que iban huyendo de dicho Guayquitipay, que los quería matar.” Hasta aquí lo que declararon, y fueron pasados a cuchillo.^u

Asimismo se tomaron 11 indias cautivas con sus familias a dichos teguelches; y el motivo de no haberse tomado más, fue, porque como dichos indios no estaban de asiento, sino en el servicio de potrero, habían dejado sus familias al otro lado del río Colorado, y se tomaron también 5 de las 11 que habían cautivado al cacique Lincon, a quien se le entregaron. No se pasó este día a sorprender al dicho Flamienco, por haberse huido 7 indios, y es natural fuesen a refugiarse a él, y con el aviso huyesen unos y otros; y por estar distante como 5 o 6 leguas. Concluido lo dicho, nos retiramos a donde estaban nuestras caballadas, y después de haber comido la gente, y mudado caballos, caminamos atravesando toda la cerrillada, hasta salir de la banda del este de ella: y siendo las cinco de la tarde paramos en una laguna muy grande.

Día 16. Habiendo caminado de mañana, corriendo la

^u Esta actitud por parte de los españoles respondía al criterio sustentado sobre los peligros que representaban en todo momento los indios y de allí la popularización del dicho de que el mejor indio es el indio muerto.

sierra por la banda del este, y siguiendo el rumbo del nor-este, a mediodía llegamos a parar en un arroyo. Pasada la Sierra del Volcán, y habiendo comido de lo que se había cazado, seguimos la marcha hasta las 6 de la tarde, y se acampó hasta el día siguiente. Este campo tiene muchos arroyos, y en ellos hay pescado. Desde el Volcán corre un grande estero o bañado, caminando retirado de dicha sierra como cuatro leguas al norte: habiéndose hecho de jornada como 15 leguas.

Día 17. Se rompió la marcha siguiendo el mismo rumbo: pasamos cuatro arroyos y paramos en el último, por ser el sol muy fuerte, y habernos llovido de mañana. De aquí se despacharon dos indios de Lepin, de chasques, con cartas del comandante al teniente D. Francisco Macedo, que se hallaba en la Sierra del Cairú, para que siguiendo el arroyo de dicha sierra, se incorporase con nosotros. A cosa de las tres de la tarde caminamos; y a las seis, con corta diferencia, hicimos alto, acampando en la costa de un arroyo, en que se pescaron muchos bagres. Se caminarían este día 12 leguas, poco más o menos.

Día 18. Marchamos de mañana, y llegamos a hacer mediodía en frente de la Sierra del Tandil; y habiéndose comido, caminamos y llegamos a parar en una laguna a la oración; no hallando leña para cenar la gente, de lo que se había cazado. Se caminaría este día como 14 leguas, antes más que menos.

Día 19. Caminamos de mañana, y llegamos después de mediodía al arroyo de la Tinta, cuyo arroyo es mediano: tendrá de ancho como 25 varas, nadan los caballos en partes; tiene bancos o saltos de piedra, sus aguas son muy cristalinas y dulces, mantiene mucho pescado, especialmente truchas en abundancia. Aquí acampamos (habiendo mar-

chado cosa de 10 leguas) por determinar el comandante echar una partida a correr el campo, por ver si se daba con la tolдерía del cacique Guayquitipay; y entre las cuatro o cinco de la tarde llegaron los dos indios que se habían despachado de chasque a D. Francisco Macedo, dándonos aviso de haberlos corrido dos indios armados, y que se habían escapado a uña de caballo, perdiendo lo que llevaban por delante. Luego que el dicho comandante tuvo esta noticia, mandó llamar los caciques y les dijo, que por ningún pretexto caminaría a parte alguna ínterin no se juntaba con su gente y carretillas que tenía en el Cairú: y habiendo convenido dichos caciques, quedaron de acuerdo para ejecutarlo así el día siguiente.

Día 20. A las cinco de la mañana, poco más o menos, se rompió la marcha enderezando a la sierra que llaman de Cuello, y sin parar en todo el día se marchó hasta llegar a ella, atravesándola toda por una abra o quebrada que corre del este a oeste: e internados adentro hallamos cuatro indios de Lepin que el cacique Currel enviaba al capitán Lican, con la noticia que el cacique Guayquitipay, en el tiempo que estuvimos internados hacia el río Colorado, quiso sorprender las familias de Lincon y demás caciques, convidando para este fin a dicho Currel, quien no sólo se excusó sino que se separó del dicho Guayquitipay: y ¿qué hacíamos que no íbamos a acabarlo? Que yendo a sus tol-dos nos guiaría a los del dicho Guayquitipay: hasta aquí dichos chasques. Luego que paramos vino el cacique Lincon, y hablando con el comandante le dijo, que un día de camino había a la Sierra del Cairú a donde estaba la gente y las carretillas, que no convenía el que pasemos a dicha sierra, porque yendo sabría su gente y los demás la sorpresa que habíamos hecho a los teguelches, y el avance que pretendíamos hacer a Guayquitipay, que no dudaba

tendría este aviso: y así, que le daría un baqueano, y que enviase la gente que quisiese, con orden que viniese el teniente Macedo con la que tenía en el Cairú y carretillas. Y en efecto, habiéndose así ejecutado, esta misma tarde despachó el comandante al alférez D. Gerónimo González con 25 hombres para el referido efecto.

Día 21. Nos mantuvimos en el propio paraje aguardando la gente y carretillas, habiendo tenido este día una gran porción de agua, truenos y viento, desde las once del día hasta la oración. La gente fue a caza y no halló sino algunos avestruces y huevos, aunque escasos, por cuyo motivo no lo pasaron muy bien.

Día 22. A las nueve del día llegó un indio, dando razón que venía la gente y carretillas, y que él se había adelantado para dar esta noticia al cacique Lincon, que no había habido novedad en la toldería, y que el cacique Alcaluan conducía dos indios presos por parecerle ser espías del cacique Guayquitipay, y que nos traía el mismo Alcaluan ganado para la manutención. A la una de la tarde llegó la gente, carretillas, ganados e indios, pues vinieron 53 de refuerzo: asimismo vino el cacique Cadupani con sus tres hijos, y habiéndoseles dado a la tropa las reses suficientes, yerba y tabaco, quedó contenta, y los dos indios presos se pusieron debajo de guardia, con ánimo de que nos sirviesen de baqueanos. Esta misma tarde concurrieron los caciques a manifestar al comandante todas las traiciones que dicho Cadupani y su hijo mayor habían usado, después que este último se nos ocultó en el río de los Sauces para volver a sus toldos, y el primero se volvió del río Quequén sin avisar al dicho comandante: y que en vista de ellas era de parecer se les quitase la vida a todos cuatro; a que respondió el comandante que de madrugada se haría esta diligencia.

Día 23. Estando la gente formada para marchar, dio orden el comandante al sargento mayor, D. Pascual Martínez, que siguiese la marcha, y luego que se traslomase a distancia de media legua, hiciese alto: y quedándose el dicho comandante con 12 hombres, el cacique Lepin y Lincon, habiéndoles dado la orden a estos de lo que habían de ejecutar, viendo ya que era hora, sacando un pañuelo blanco del bolsillo, que era la seña, acometieron a dichos indios y los mataron. Y llegando el comandante con los dichos 12 hombres, donde lo esperaba la armada, mandó juntar a todos los demás caciques, manifestándoles el hecho, y por qué; y que esto mismo dijese a sus indios, que mientras fuesen leales no se les castigaría: y todos respondieron que estaba bien hecho, que aquellos enemigos tenían menos. Y siguiendo nuestra marcha al norte, paramos a la orilla de una laguna, como a las cinco y media de la tarde, habiéndose caminado este día como 12 leguas.

Día 24. Habiendo caminado de mañana con la pensión del campo malo, por ser todo esteral y bañado con bastante agua, a las doce del día paramos para que comiese la gente, y a las dos de la tarde comenzamos a seguir nuestra marcha, habiéndose levantado a estas horas una gran tormenta de truenos, relámpagos y agua, que nos duró toda la tarde, y nos obligó a parar como a las cinco, buscando un albardón, porque todo el campo estaba anegado, por cuya causa nos mantuvimos a caballo. Se caminaron como 11 leguas habiéndose perdido la sierra de vista a mediodía.

Día 25. Nos amaneció lloviendo, pues nos duró el temporal 24 horas, en las que nos mantuvimos siempre a caballo, y nos hallamos todos metidos entre el agua: y habiéndose serenado como a las tres de la tarde, fue preciso hacer con el barro como unos altos para hacer fuego, para de este modo poder la gente chamuscar un poco de carne

que con algunas charcadas, aunque escasas, favorecidos del sebo de las reses, se pudo conseguir que tomásemos algún sustento.

Día 26. Se marchó de mañana, y saliendo a un albardón aquí paramos, dando orden el comandante se despachase una partida: y con efecto se despacharon cinco indios y siete españoles llevando uno de los indios presos que sirviese de baqueano, y habiéndola perdido de vista continuó la marcha, comenzándonos a llover hasta la tarde. De la vanguardia divisaron un jinete que iba costear un arroyo, al que corrieron más de dos leguas, y habiéndolo tomado lo condujeron al comandante, y preguntándole de qué toldería era, respondió que de la de Currel, que venía de potrear de las islas, que hacía tres meses que faltaba de dichos toldos, y tres días que los buscaba sin poder dar con ellos; que sus compañeros se habían quedado atrás, y que allí cerca tenía sus caballos: y mandándolos buscar, se hallaron, y nuestros indios dijeron lo conocían que no era indio de sospecha, y siendo ya tarde y estar todos mojados, buscamos un albardón para pasar la noche. En este intermedio llegó un indio de los de la partida, con la noticia que el indio preso había reconocido donde nos hallábamos: que estábamos cerca; que por la mañana, en almorzando la gente y secándose, caminásemos a donde ellos estaban. Este día se andarían como 9 leguas.

Día 27. Muy de madrugada se levantó el comandante, y puesto a caballo encargó generalmente a todos, que esa mañana asasen carne y llevasen fiambre, en la inteligencia que no se había de hacer fuego hasta no sorprender al cacique Guayquitipay y los suyos. Con esta advertencia marchamos entre ocho o nueve del día, con grandísimo trabajo, por la mucha agua y esteros que no se puede ponderar: y a las dos de la tarde llegamos donde nos espe-

raba la partida, la que nos dio noticia de haber visto algunos animales vacunos, por cuya causa nos paramos hasta las cuatro de la tarde que seguimos. Habiendo salido a una loma, hicimos alto, despachando tres indios que fuesen con gran cuidado a bombear, y trajesen noticia cierta, en cuyo intermedio se dio orden de mudar caballo y estar prontos para lo que se ofreciese. Este día se caminaría como 8 leguas.

Día 28. Llegaron los tres indios de madrugada, diciendo habían bombeado esa noche los toldos, pero que les parecía no eran los de Guayquitipay sino los de Currel: que eran sus parciales, que no se les debía hacer daño alguno. Con cuyo motivo se determinó mantenernos en el propio lugar por no ser sentido, no permitiendo se hiciese fuego en lugar alguno, y que a la noche caminaríamos y cercaríamos los toldos a fin de que no se escapase alguno, y de ellos se sacarían baqueanos para que nos condujesen a los toldos de Guayquitipay, para cuya empresa se despacharon dos partidas, y que estas estuviesen con bastante cuidado y nos aguardasen hasta que llegásemos. A las cuatro de la tarde llegó la partida de tres indios, que conducía un indio preso de nación teguelche, y siendo examinado por medio de intérpretes dijo: que Guayquitipay lo había enviado a recoger el ganado que con el temporal se les había desparramado: que los toldos del dicho Guayquitipay estaban inmediatos: que eran 25, y 15 del cacique Alequete, pero que éstos estaban un poco distantes, y que el cacique Currel se había separado. Con esta noticia mandó el comandante nos pusiésemos en marcha siendo la seis de la tarde, y a la oración llegamos a un arroyo en el que se mudó caballos y pasándolo a nado, se dejó a sus orillas las caballadas y carretillas al cuidado de 20 hombres, marchando nosotros el resto de la noche hasta ponernos inmediatos a

dicha toldería, llevando al indio teguelche con gran custodia. Luego que éste dijo que estábamos muy cerca, despachó el comandante dos indios del cacique Lincon, a satisfacerse si estaban o no los toldos, y viniendo con la noticia que era cierto, y que los indios estaban durmiendo, mandó dicho comandante sacasen retirado al indio teguelche y le quitasen la vida. En este rato de día con el resto de la noche, se caminarían de 6 a 7 leguas.

Día 29. Luego que nos dispusimos a marchar para hacer el cerco y sorprender la toldería dicha, al mandarlo poner en ejecución el comandante, se llegaron a él los caciques amigos y le suplicaron no diese orden de hacer fuego a nuestra gente, después de cercados los toldos, hasta que ellos avisasen, porque querían sacar muchos parientes y amigos que estaban en dichos toldos. Y habiendo marchado ya que aclaraba, picando los caballos, teniendo la gente en orden y avistando los toldos, fuimos de improviso y los cercamos en forma de media luna, llevando al costado izquierdo, hacia la parte del norte, los indios amigos, y al costado derecho nuestra gente de lanza, y en el centro las armas de fuego divididas en cinco mangas de a 10 cada una: mandada la primera por D. José Bague, la segunda por D. Juan Antonio Hernández, la tercera por D. Gerónimo González, la cuarta por D. Domingo Lorenzo y la quinta por D. Felipe Guelves: pero fue tal el susto que dichos cercados recibieron, que totalmente no sabían lo que se hacían, pues sólo el cacique se mostró en esta ocasión guapo como un Bernardo. Finalmente murió éste, con todos los demás que los indios amigos dijeron no ser sus parciales. Este día se hubieran muerto sobre 150 indios si no les hubieran servido de asilo los caciques amigos; pero quedó enteramente destrozada esta toldería y nuestros parciales llenos de despojos y de aquellas familias de

los muertos, en que no quiso tener parte nuestro comandante, ni ninguno de los nuestros a fin de no disgustar a dichos indios amigos. Luego que se concluyó, se dio orden a la gente se retirasen a descansar y comer, pues había 24 horas que no comían, mandando al mismo tiempo dicho comandante se trajesen las caballadas y carretillas que estaban distantes como cuatro leguas. Entre 11 y 12 del día llegó un indio ladino, llamado José, de la parcialidad del cacique Lindon, herido, quejándose al comandante, que yéndose a pasear a unos toldos inmediatos lo hirió un indio amigo del cacique muerto, con cuyo motivo mandó dicho comandante un recado al cacique Lincon, pidiéndole 30 indios armados, los que inmediatamente estuvieron prontos, y haciendo montar 40 hombres de los nuestros, marchamos a aquellas horas en seguimiento de dichos indios, y yéndolos corriendo a distancia de una legua se nos cayó muerto repentinamente del caballo el alférez D. Gerónimo González, y habiéndole avisado al comandante, volvió atrás, y preguntando que había sucedido, le respondieron —no es nada: y volviendo a alcanzar su gente, luego que se incorporó con nosotros, mandó se detuviese la que iba adelante pero sin dejar de correr. Y a poco trecho se alcanzaron tres indios y una china, y matándolos se les quitó la caballada, así a estos como a los demás que iban huyendo, de la que se aprovechó nuestra gente: con lo que nos retiramos a nuestro campamento, y unidos marchamos hasta aquel arroyo en donde la noche antes habíamos dejado las caballadas y carretillas, y en donde acampamos hasta el otro día.

“Día 30. Caminamos, y todos los indios con nosotros, pasando unos grandes esteros muy pantanosos; y a las cinco de la tarde, habiendo salido a un albardón y caminando todo el día, paramos para hacer aquí noche, y habiendo

concurrido todos los caciques amigos, se despidieron del comandante y demás oficialidad, diciéndonos pretendían retirarse al otro día de mañana para sus toldos. Lo que oído por el dicho comandante, les hizo un razonamiento para que condujesen los rehenes ofrecidos en las paces, por el mes de mayo cuando bajasen a nuestra frontera: lo que ofrecieron harían con gran gusto.

Día 1º de diciembre. Caminamos al rumbo del norte muy de mañana, y todos los caciques en vuelta de sus toldos, y llegando nuestra armada a las tres de la tarde al río Dulce, fue preciso pasar la gente a nado por estar muy crecido: en cuyo transporte se hubieron de ahogar 3 hombres, a no habérseles acudido inmediatamente a favorecerlos: los que se pudieron libertar, aunque con bastante trabajo. Se dispusieron de algunos cueros pelotas para pasar los cañoncitos, pertrechos y demás equipajes, habiendo acaecido el haberse ido a fondo en medio de dicho río una pelota con siete armas y ropa de la gente de la compañía del Salto, la que no se pudo sacar por ser ya de noche y estar la gente rendida de nadar y se dejó para el día venidero.

Día 2. De mañana se hizo buscar la pelota, y se consiguió el hallarla y sacar todo lo que en ella había, a excepción de dos pistolas que no se pudieron hallar. Desde este paraje determinó el comandante despachar al capitán D. Juan Antonio Hernández, de embajador con los pliegos al señor gobernador, de lo acaecido en la expedición; quien se determinó a caminar con 6 hombres de su compañía. Y puesto en camino a las ocho del día, tomó el rumbo del norte, habiendo pasado dos arroyos a las tres de la tarde; y siguiendo la derrota hasta las doce de la noche, que se vio precisado a parar por haberle sobrevenido una gran tormenta de lluvia, truenos y relámpagos, y tan obscura,

que fue preciso el hacer un círculo para poder sujetar la caballada que llevaban por delante. Y habiéndose serenado a las tres de la mañana, se puso en marcha, llegando al aclarar el día al río Salado, el que halló crecido y pasó el vado a caballo.

Día 3. Siguiendo a trote y galope, fue preciso ir dejando algunos caballos por el campo, por estar cansados, y no dilatarse en llegar; y a las seis de la tarde llegó a avistar las chacras de la frontera de Luján, de donde caminó toda la noche.

Día 4. Llegó a la ciudad de Buenos Aires a la una y media del día, y habiendo entrado al Fuerte y siendo avisado nuestro capitán general, mandó su señoría subiese arriba: a quien entregándole los pliegos, y leídos, se sirvió permitirle fuese a descansar hasta el otro día de mañana, pues ya hacía tres días y dos noches no había dormido ni descansado dicho capitán.

Día 5. A las doce del día fue servido el señor gobernador despacharle con cartas en respuesta del pliego al comandante D. Manuel de Pinazo, por no haber sido posible antes, pues se hallaba ocupado en la Junta con el ilustrísimo señor, y saliendo de la ciudad caminó toda la noche, y entregó dicho pliego al otro día 6 al dicho comandante, y se le permitió el retirarse a su casa por estar nuestra armada a las inmediaciones de la Choza.

*Calidades y condiciones más características de los
indios pampas y aucaces*

Primeramente, son de estatura, por lo regular, dichos in-

dios mediana, de cuerpo robusto, la cara ancha y abultada, la boca mediana, la nariz, los ojos pardos, y sanguinolentos, la frente angosta, los cabellos lacios y gruesos, la cabeza por atrás chata.

Su vestimenta se compone de muchos cueritos de zorrillos, pedazos de león y otros de venado, los que van ingiriendo, y hacen uno de dos y media varas de largo, que le llaman *guavaloca*, y nosotros *quiapí*, con lo que se cubren desde el pescuezo hasta los tobillos, fajándose por la cintura con una soga de cuero de potro, y cuando tienen frío o llueve, lo alzan y quedan tapados.

Las indias gastan *quiapí*, lo mismo que los indios, con la diferencia de que no lo atan por la cintura, sino por el pescuezo, que lo apuntan con unos punzones de fierro pequeño, teniendo las cabezas de ellos como espejos de plata o de hoja de lata, y desde la cintura un taparrabo corto, a medio muslo por delante. Gastan y quieren mucho los abalorios, cuentas de cualesquiera calidad y cascabeles, con los que hacen gargantillas en pescuezo, muñecas y piernas, tanto las mujeres como los indios. Su comida se reduce a comer yegua, caballo, avestruces, venado y cuanto animal encuentran, pero lo que más apetecen es la yegua, y si se ven afligidos, la comen cruda. Principalmente procuran para almorzar cazar un venado, y apenas lo bolean (pues es su modo de cazar), le agarran de las piernas y le dan contra el suelo un golpe, y dándole un puñetazo en cada costillar, lo degüellan, no permitiendo que le salga sangre alguna, sino que se le vaya introduciendo todo por el garguero, y medio vivo lo abren por entre las piernas, cosa que quepa la mano y echándole fuera todas las tripas, sacan la asadura entera y se la comen como si estuviera bien guisada, sorbiéndose el cuajo, como si fuera un pocillo de chocolate. El sebo, panza y lebrillo de la vaca lo

comen crudo y gustan mucho de ello, de suerte que cuando hacen invasión en nuestras fronteras, no son sentidos, porque como no necesitan de fuego para comer, se introducen con facilidad.

Son sumamente viciosos en toda clase de vicio: son grandes fumadores: el aguardiente lo beben como agua, hasta que se privan enteramente: beben mucho mate, y luego se comen la yerba, y con la bebida se acuerdan de todos los agravios que han recibdo ellos y sus antepasados, las peleas que han tenido y las invasiones que han hecho: todo lo cantan y otros lloran que es una confusión oírlos. Luego que se levantan de mañana se van al río o laguna que tienen más inmediata, y se echan unos a los otros gran porción de agua en la cabeza, con lo que se retiran a dormir.

Sus armas, de que usan, son lanzas y bolas, en lo que son muy diestros, y tienen sus coletos y sombreros de cuero de toro, que con dificultad le entra la lanza, y ésta ha de ser de punta de espada: algunos usan cota de malla, pues se contaron hasta nueve. Entre ellos su modo de insultar^v es al aclarar el día, guardando un gran silencio en su caminata, pues si se les ofrece parar por algún acontecimiento, con un suave silbido paran todos, que no se llega a percibir aun entre ellos rumor alguno, y llegando a vista del paraje que van a invadir, pican sus caballos, y a todo correr, metiendo grande estrépido y algazara, no usando formación alguna sino que cada cual va por donde quiere. En cuanto al despojo, el que más encuentra ése más lleva, y al retirarse, llevando la presa, aunque maten a sus mejores amigos o parientes, no vuelven a defenderlos, sino que cada uno procura caminar sin aguardarse unos a los

^v Debe ser interpretado en el sentido de atacar, como surge del relato posterior.

otros, llevando a las indias con ellos para que éstas se hagan dueñas de las poblaciones que invaden, y roben lo que pudieren, mientras ellos pelean.

En cada toldería tienen su adivino, a quien llevan consigo cuando van a invadir alguna parte, y mientras no están cerca, por las tardes o a la noche, se ponen a adivinar. El modo es clavar todas sus lanzas muy parejamente, y al pie de ellas es que su dueño sentado, poniéndose en medio, al frente el adivino, y detrás de él todas las indias, y teniendo en la mano dicho adivino un cuchillo, comenzándolo a mover como el que pica carne, entona su canto al que todos responden, y de allí a media hora, poco más o menos, comienza el adivino a suspirar y quejarse fuertemente, torciéndose todo y haciendo mis visajes, siguiendo los demás dicho canto, hasta que allí a un rato que pega un alarido muy grande, se levantan todos. Preguntándole el cacique (quién está en la derecha del mencionado adivino, con un machete en la mano) sin mirarlo a la cara, todo lo que él pretende saber, él le va respondiendo lo que le da gana, y esto lo creen tan fuertemente, que no hay razones con que convencerlos, aunque les sale todo nulo: pues están persuadidos que con aquel canto que hacen vieron el *gualichu*, que así llaman al diablo, y que éste se introduce en el cuerpo del adivino, y les habla por él, revelándole todo lo que quiere saber. Después de concluido le dan a beber un huevo de avestruz crudo, y agua, haciéndole fumar tabaco, que es el regalo que le hacen al *gualichu*, dándole al adivino vómitos fingidos: y entonces comienzan a gritar todos, y echando fuego al aire, que tienen prevenido, se despiden de dicho *gualichu*, que dicen sale del cuerpo del adivino, y se retiran a sus toldos.

Sus médicos son como los adivinos, pues estando alguno enfermo, sea del mal que fuesen, llaman a la médica, y

puesta al pie del enfermo, y todos los amigos y parientes en rueda, toma la dicha médica unos cascabeles en la mano y comienza a sonarlos, cantando al mismo tiempo, a lo que todos responden: y de ahí a poco rato comienza a quejarse y torcerse toda con muchos visajes, y comenzando a chupar la parte que al enfermo le duele; está así mucho rato, prosiguiendo los demás cantando. La médica escupe y vuelve a chupar, siendo ésta la medicina que le aplican; y vimos en una ocasión que una gran médica de ésta dejó a la mujer del cacique Lincon, tuerta, de tanto chuparle un ojo, por haberle ocurrido en él un humor: esto lo sobrellevan muy gustosos, en la inteligencia que pende del *gualichu*.

Las casas o poblaciones son de estacas de tres varas, y cueros de caballos por los lados y techo, que ellos les llaman *suca* y nosotros toldos. En cada uno vive una familia, y en medio de dichos toldos tiene el cacique su habitación, la que no es fija, pues en un paraje viven un mes, en otros quince días o veinte, con cuyo motivo es difícil dar con ellos.

No tienen subordinación a sus caciques, pues cuando quieren, dejan a uno y van a vivir con otro; y si el cacique emprende o tiene que hacer alguna empresa, a todos se lo comunica y cada uno da su parecer.

Cada uno tiene las mujeres que pueda comprar, y viéndose aburrido de ellas las vende a otros; y si llegan a tomar algunas cautivas, luego que llegan a sus toldos se casan con ellas: y si dichas cautivas, por más que sean indias, no van contentas, luego las lancean y las arrojan del caballo, y aunque estén medias vivas, las dejan.

El trabajo de ellos se reduce a tomar yeguas y potros silvestres, cazar zorrillos, leones, tigres y venados, de cuyas pieles hacen las indias *quiapís* y *guasipicúas*, y de las plu-

mas de avestruz hacen plumeros, siendo ellas las que todo lo trabajan, pues le dan de comer, cargan las cargas, mudan los toldos y los arman: y aunque las vean los indios, quienes están echados de barriga, no se mueven a ayudarlas en nada; antes sí, si es poco sufrido, se levanta, y con las bolas que nunca las dejan de la cintura, le dan de bo-lazos, y a esto no llora ni se queja la india.

Diario de P. Pedro Pablo Pavón, que contiene la explicación exacta de los rumbos, distancias, pastos, bañados y demás particularidades que hemos hallado en el reconocimiento del campo y sierras; comisionado por orden del Ilmo. Cabildo del Puerto de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, en 12 de octubre de 1772

Día 18 de octubre de 1772.

A las cuatro de la tarde emprendimos la salida: a las seis paramos en la chacra de D. Juan Diego Flores, hicimos el camino de dos leguas. El día 20 llegamos a la Villa de Luján, habiendo caminado 12 leguas: observamos este puesto, y se halla en la latitud sur de 34 grados 28 minutos.

Día 23. Llegamos a la Guardia del Salto, habiendo caminado 26 $\frac{1}{2}$ leguas: observamos aquí la latitud sur de 34 grados 35 minutos. El día 24 registramos su arroyo lo más que pudimos, y lo hallamos con su curso al oriente, con alguna violencia, y mayor en algunos parajes: motivo de la desigualdad de fondo, siendo éste en partes de una y media varas hasta un pie: en unas su agua es salobre, y en otras gruesa, y turbia usual para todo ganado. Su ori-

gen, dicen, es dimanado de varias cañadas; su fondo en lo más pantanoso, y en sus orillas cantidad de toscas: en ella porción de manantiales, con buena agua para los habitantes. Cuando hay avenidas, según nos informaron, crece este arroyo más de cuatro varas, y sale de su cajón o barrancas.

Día 26. A las ocho salimos del Salto, en conserva del capitán D. Juan Antonio Hernández, quien nos dijo seguíamos el destino a Melincué. Llegamos a parar en la laguna de las Saladas, habiendo caminado 6 leguas por el rumbo del oeste. Reconocimos su agua, que es salobre, clara y accidental: en su orilla se hallan manantiales, haciendo más verídico un arroyo chico que de esta sale con su curso al norte: es algo pantanoso y de poco fondo.

Día 27. A las cuatro de la mañana continuamos la marcha hasta las once para observar. Se ejecutó en la latitud sur de 34 grados 16 minutos. A las tres seguimos lo mismo, hasta las cinco y media que paramos en dos lagunitas accidentales: anduvimos 14 leguas por el rumbo del oeste cuarto nor-oeste: en este terreno vimos el pasto regular.

Día 28. A las doce y media de la noche seguimos la marcha, hasta las seis de la tarde que hicimos alto en la cañada de unos arbolitos que llaman chañares. Hicimos el camino de 20 leguas por el rumbo del nor-oeste, y se compone de igual pasto y varias lagunitas accidentales. Es bueno este terreno para siembras, por componerse de lomitas suaves.

Día 29. Llegamos al puesto de Melincué, habiendo caminado cuatro leguas por el rumbo del norte. De este punto en distancia de una y media legua al nor-oeste se halla una laguna grande que toma el nombre de este puesto: la reconocimos dándole vuelta, su agua la hallamos inservible para los animales por ser muy salitrosa, poco fon-

do y pantanosa. No pudimos observar ni hacer otra diligencia por no permitirlo varias turbonadas de viento y agua.

Día 30. Levantamos el plano de Melincué en el cual se hallará la descripción de este terreno; no pudimos observar.

Día 31. Observamos en la latitud sur de 33 grados 36 minutos. A las cuatro y cuarto emprendimos la marcha para el Cerrito Colorado. A las seis paramos en unas lagunas chicas accidentales; anduvimos tres leguas por el rumbo del sur cuarto sur-este. El terreno y pastos son como los anteriores.

Día 1º de noviembre. A las tres de la mañana seguimos la marcha hasta las once para observar, y hallamos la latitud de 34 grados 9 minutos. A las cuatro continuamos la marcha hasta las seis y tres cuartos, que paramos en dos lagunas accidentales: hicimos la marcha de 12 leguas por el rumbo del sur-sur-este. Este terreno logra de igual ventaja que los ya dichos: entre las lomas hay cañadas, donde se hallan variedad de lagunas, que se forman cuando llueve.

Día 2. Amaneció lloviendo y con neblina, por lo que no se pudo marchar: a las once aclaró; a las doce observamos en 34 grados 15 minutos sur. A las dos seguimos la marcha, costearo la cerrillada, que son unos médanos y corren norte-sur. A las siete hicimos alto en una lagunita, anduvimos siete leguas por el rumbo del sur-sur-este: hallamos varias lagunitas como las demás y buen pasto.

Día 3. A las cuatro de la mañana empezamos a caminar, a las siete llegamos al Cerrito Colorado, anduvimos 8 leguas por el rumbo del sur-este; pasamos el resto del día en registrar este puesto y observar: hallamos acampado al sargento mayor, D. Francisco Sierra.

Día 4. Hicimos el reconocimiento de Carpincho,^w y lo hallamos de más valimento para todo que el Cerrito: por cuyo motivo levantamos su plano en el que se hallará la descripción de los lugares por extenso: la latitud del último es de 34 grados 52 minutos. A las dos de la tarde hallándonos prontos, seguimos la marcha en conserva de dicho mayor y en demanda del Bragado Grande,^x costeano la cerrillada por la parte del este. A las seis paramos junto a una lagunita, habiendo andado 6 leguas por el rumbo del sur-este; se halla este terreno con la ventaja que el del día primero.

Día 5. Al amanecer continuamos la marcha hasta las once: a las dos caminamos lo mismo, costeano la cerrillada hasta las seis que llegamos al Bragado Grande, donde se halla acampado el sargento mayor, D. Pascual Martínez. Anduvimos 10 leguas por el rumbo del este: hallamos el terreno como el del día anterior.

Día 6. Lo pasamos reconociendo este terreno y levantamos su plano, en el cual se hallará su descripción: observamos en 35 grados sur.

Día 7. Al amanecer seguimos la marcha a los manantiales de Casco, y dicho mayor con nosotros: a las ocho

^w La mayoría de los lugares determinados en el texto corresponden a lagunas y el recorrido cumplido por esta expedición es casi el mismo que la inspección realizada por Azará, por lo que recomendamos al lector una comparación entre ambos relatos, para señalar las coincidencias y las divergencias.

^x Esta laguna es conocida en la actualidad con el nombre popularizado de Laguna de Alisal, ubicada en el Partido de Bragado, Provincia de Buenos Aires y el nombre primitivo de la Laguna del Bragado Grande dio el nombre al partido y a la población.

llegamos, habiendo caminado cuatro leguas por el rumbo del este. Pasamos al instante a reconocer otro puesto que se halla más al norte, y no lo hallamos tan capaz como éste, por lo que levantamos su plano donde se hallará su explicación. Observamos en la latitud sur de 35 grados: anduvimos 4 leguas como se dijo, cuyo trecho se compone de buenos pastos, llamados cebadilla, alfilerillo y trébol. En este puesto hallamos acampado al capitán D. José Baqué, quien siguió con nosotros.

Día 8. Al amanecer seguimos la marcha a los manantiales de Galeliar,^y donde llegamos a las ocho: a cuya hora hicimos el reconocimiento de este terreno, el que no nos pareció a propósito para fortificación ni población: lo primero por hallarse en un bajo, lo segundo por carecer de pastos, lo tercero por una pequeña laguna que tiene, donde se recoge un poco de agua de los manantiales. Con todo de haber llovido hace dos días, la hallamos casi seca, pues no hay agua para los caballos. Además la tierra no promete fertilidad, su color es parduzca y mezclada con arena, el agua de los manantiales es algo gruesa pero azul, y será con más abundancia siempre que los caven. Se halla en la latitud sur de 35 grados 3 minutos, distando este del anterior 5 leguas este-oeste. A las dos y tres cuartos emprendimos la marcha para las Lagunas del Trigo: a las siete se hizo alto, habiendo caminado siete leguas por el rumbo del este cuarto sureste. Este terreno se compone

^y Corresponde Manantiales de Galelian, por ser el asentadero de este cacique que fue llevado prisionero a España y murió en el viaje. Su prisión y alejamiento de su zona habitual dio lugar a una violenta reacción de los indios, traducida en incursiones depredatorias que causaron mucho daño material en los establecimientos fronterizos.

de algunas lomas llenas de vizcachas, que es preciso gran cuidado para su tránsito; los pastos son muy pocos y de mala calidad, pues no hay otros que espartillo y algunas matas de pajonal: no hallamos agua.

Día 9. A las cinco de la mañana seguimos a nuestro destino, donde llegamos a las once, habiendo caminado 7 leguas por el rumbo del este-sureste. En este terreno se hallan mejores pastos y fértiles; se compone de lomas suaves, buenas para siembra: hallamos varias lagunitas accidentales; se halla acampado en este puesto el comandante de la expedición, y sargento mayor D. Manuel de Pinazo. La tarde la empleamos con su compañía, en registrar el terreno, lagunas y el Salado.

Día 10. Levantamos el plano de lo que contiene este terreno, en el cual se hallará su explicación: observamos, y se halla en latitud sur de 35 grados 12 minutos.

Día 11. Pasamos a reconocer el sitio de la Laguna de los Huesos, que se halla del este 7 leguas al oeste cuarta sur-oeste. Por si se quiere sea este puesto más favorable por lograr de otras ventajas, o promediar las distancias, se hizo por otro el reconocimiento de parte del Salado.

Día 12. No se pudo emprender la marcha, a causa de estar todo el día lloviendo.

Día 13. A las nueve seguimos la marcha en busca del Río de las Flores, seguimos al sureste 5 grados este, y caminamos 7 leguas. Paramos en una laguna de poca y mala agua; pero habiendo hecho excavar la tierra, manó a las tres cuartas agua muy especial y fresca.

Día 14. A las tres de la mañana caminamos, y a las once llegamos al Río de las Flores, donde se hallaba acampado el sargento mayor D. Bernardo Lalinde: anduvimos 10 leguas por el rumbo del este cuarto sureste: observamos en

la latitud sur de 35 grados 20 minutos. Este camino se compone de grandes llanadas, con algunas lomas suaves, los pastos pocos hasta el río, y no otros que espartillo y pajonal: se hallan muchas lagunas de gran tamaño, pero enteramente secas.

Día 15. Todo este día se mantuvo lloviendo, por lo que no se pudo hacer el reconocimiento de este puesto y su río.

Día 16. Amaneció claro, y pasamos al reconocimiento dicho; levantamos su plano con los ríos según se hallará en él y su explicación.

Día 17. A las siete de la mañana empezamos la marcha a fin de ir al sitio de los Camarones: a las doce y media se hizo alto (habiendo pasado el Salado a las diez), caminamos 8 leguas por el rumbo del este-sureste, en cuyo terreno hallamos en parte bañado, en otras pajonal, y en lo demás buen pasto.

Día 18. A las seis seguimos la marcha, a las diez paramos en una laguna chica accidental: anduvimos 6 leguas por el rumbo del sureste, observamos en 35 grados 38 minutos sur. A las tres de la tarde continuamos la marcha, hasta las cinco, que paramos en el Arroyo del Comandante, el que es chico. Anduvimos 4 leguas por el rumbo del este. El terreno de este día se compone de grandes llanadas, muy abundante de pastos fértiles, y muchas lagunitas accidentales.

Día 19. A las seis seguimos la marcha, hasta la una que llegamos a la laguna de los Camarones y su arroyo, habiendo hecho en esta marcha variedad de rumbos, y el directo es el sureste cuarto este, con 10 leguas de distancia: cuyo terreno se compone de buen pasto y campo, sólo algunos bañados, en los que hay porción de leña de duraznillo, la que sirve para el fuego. En este puesto se hallan

acampados el sargento mayor D. Clemente López, y el capitán D. Juan de Mier. No hicimos reconocimiento este día porque llegamos muy cansados.

Día 20. Este día lo empleamos en hacer el reconocimiento de este terreno, y levantar su plano, donde se hallará su descripción. Observamos en la latitud sur de 35 grados 42 minutos.

Día 21. Nos mantuvimos en este puesto.

Día 22. A las ocho de la mañana seguimos la marcha en demanda de las Sierras del Volcán. A la una y cuarto se hizo alto en una laguna algo grande, pero accidental, y poco fondo: su agua es algo salobre, y es menester hacer pozo para los habitantes. Anduvimos 7 leguas por el rumbo del sur; se compone este terreno de llanadas y algunos retacitos de bañado, buenos pastos, cebadillares altos y muy fértiles; hallamos algunas lagunitas accidentales. De este puesto vimos una toltería de indios, compuesta de unos 30 o 40, algunos separados. A las cuatro de la tarde llegó a este sitio el cacique Caullaman con 20 indios e indias, con el fin de hablarnos.

Día 23. A las siete de la mañana volvieron los mismos indios, los que dieron noticia al comandante que el paso para el Volcán estaba intransitable por la mucha agua y bañado que había: y para cerciorarse de esto determinó dicho comandante despachar una partida y baqueanos a fin de que reconocieran el terreno, internándose bastante. Observamos en la latitud sur de 36 grados 2 minutos.

Día 24. A las tres de la tarde llegó la partida dicha, diciendo se podía transitar.

Día 25. A las seis emprendimos la marcha a dichas sierras: a las diez y media se hizo alto en una lagunita acci-

dental. A las dos y media continuamos lo mismo hasta las seis y media, que paramos en otra laguna como la dicha. Se anduvo 9 leguas por el rumbo del sur cuarta sureste: una legua al sur de este puesto hallamos una tolдерía de indios sobre la loma llamada el *Montón de Huesos*, y al pie de una laguna algo grande. Recelosos no les dañáramos, procuraron mudar de puesto, y en una hora llevaron los toldos y se internaron en la pampa, siguiendo al oeste. Al noreste de nosotros, como dos y media leguas, se ve otra tolдерía chica, de la que vino el cacique Tomás Yaty a hablarnos, quien nos dio unas cuantas reses de las que tenían.

Día 26. A las seis y media seguimos la marcha: a las diez y media paramos en otra laguna como las antecedentes. Anduvimos 6 leguas por el rumbo del sur: observamos en la latitud sur de 36 grados 48 minutos. Seguimos lo mismo hasta las seis y media, que paramos en igual puesto. La marcha fue de 5 leguas por el rumbo del sur: a distancia de tres leguas al noroeste está una tolдерía de indios, y al norte, como una legua, otra de seis toldos.

Día 27. A las seis empezamos a marchar hasta las once. A las cuatro y cuarto hicimos lo mismo hasta las seis y media, que hicimos alto en una lagunita, de la cual corre un arroyo chico para el este. Es el primero que hallamos de las sierras: la marcha fue de 8 leguas por el sur. En la caminata de la tarde se vieron las Sierras del Volcán. La primera se llama la *Tahona*: demora al sur cuarta sureste. Dista de 18 a 20 leguas; corren según la vista este-noreste y oeste-suroeste.

Día 28. A las seis seguimos a la primera sierra, por el rumbo a que demora. A las diez paramos en un arroyo que sale de las sierras: su curso para el este tiene poco fondo

y corriente. Caminamos 8 leguas; observamos en 37 grados 38 minutos. A las tres continuamos la marcha: a las seis paramos en una laguna accidental. Caminamos 6 leguas, y pasamos la noche en un continuo aguacero.

Día 29. Amaneció lo mismo, y manteniéndose todo el día así no caminamos.

Día 30. Amaneció claro, por lo que seguimos la marcha. A las nueve llegamos al pie de la dicha sierra, habiendo caminado cuatro leguas: observamos, y la hallamos en la latitud sur de 38 grados 35 minutos: Dos leguas antes de llegar a este sitio hallamos buen pasto y fértil, señal de hallarnos fuera del bañado, como se explica en la nota siguiente:

Nota. — Parte del terreno que hemos caminado, desde el *Montón de Huesos* hasta 6 leguas antes de llegar a la sierra, se han encontrado algunos retazos de bañado, pero no de consideración, y dicen los inteligentes que en tiempo de agua es intransitable este terreno, para la breve comunicación de las sierras con esta ciudad.

A las tres de la tarde fuimos a reconocer la cumbre y circunferencia de la primera sierra, y a medio camino nos dio un gran aguacero, motivo porque nos retiramos.

Día 1º de diciembre. Con motivo de adelantar la comisión, determinamos (como siempre así lo hicimos), dividirnos, dos a hacer el reconocimiento de las Sierras del Volcán, y uno al de la costa del mar, y reducción que fue de los jesuitas.^z Los primeros, habiéndolo conseguido, di-

^z Se refiere la Reducción fundada por el P. Cardiel y el P. Falkner en 1747 llamada Nuestra Señora del Pilar del Volcán. La ubicación geográfica de este lugar coincide en un todo con lo señalado por Cardiel.

cen ser de este terreno a propósito para estancia, por hallarse buenos pastos, lomas grandes y las aguas buenas y abundantes con corrientes. En caso de quererse poblar puede hacerse en cualquier sitio, separado de las sierras, por causa que en las inmediaciones hay unas grandes y ásperas lomadas, y sus valles sin campo, donde en el menor de ellos por lo profundo, puede ocultarse el número de crecida gente sin ser vistos ni sentidos en una media legua. La sierra principal del Volcán fue registrada por su cumbre y circunferencia: tiene de elevación 200 varas; es bastante áspera por estar llena de piedras, por cuya causa es intransitable a caballo, sólo por la entrada que demuestra el plano. Su cumbre es buena para potrero, por ser llana y sin salidas: en el reconocimiento que hicimos, en las demás que toman su mismo nombre, hallamos las entradas y salidas con sus distancias: en todo lo registrado no hemos hallado senda ni camino de indios.

Día 2. A las cuatro de la tarde llegó el piloto de la costa del mar, y habiendo examinado los tres uno y otro terreno, convenimos para en caso de quererse poblar, ser el mejor sitio donde tenían la reducción los jesuitas, el que se halla al este-sureste de la Sierra del Volcán, a 7 leguas de distancia: logra las ventajas de buen campo para siembras, y estancias, con buenas y abundantes aguas. Igualmente un monte de durazno, y por sus inmediaciones algunos retazos de monte de saúco y chisca: pero todo ese terreno es tan indefenso como el anterior. Desde esta reducción a la costa del mar hay tres leguas, y en su orilla han visto abundancia de lobos marinos.

Día 3. A las seis de la mañana continuamos la marcha por parte del norte de las sierras, y en distancia de una legua, para ir viendo su figura y demás circunstancias. A

las doce paramos en un arroyo de poca y mala agua, el que sale de las sierras: anduvimos 10 leguas por el rumbo del noroeste cuarto oeste, cuya distancia es, subiendo y bajando unas grandes y suaves lomas, pero su repecho cansa la caballada. A las tres nos dio una gran turbonada de agua y piedra gruesa como nueces, la cual espantó e hizo disparar las caballadas: a las siete cesó.

Día 4. A las seis y media seguimos costeando, y haciendo las mismas diligencias que ayer, hasta las once y media que paramos en un arroyo chico, habiendo caminado nueve leguas por el rumbo del noroeste: hallamos buenos pastos y algunos arroyos buenos; observamos en la latitud de 37 grados 57 minutos. A las tres continuamos la marcha, y a las cuatro paramos en otro arroyo de igual circunstancia. Anduvimos una legua por el mismo rumbo, y en esta distancia se hallan dos arroyos con poca agua, su curso para el noreste. Los pastos han sido buenos, y demuestran ser permanentes en tiempo de secas, por haber visto la tierra en partes abiertas, y con todos los pastos altos, verdes y fértiles.

Día 5. A las seis seguimos la marcha, hasta las doce que hicimos alto en un arroyo de poca agua y corriente: anduvimos nueve leguas por el rumbo del noroeste: observamos en 37 grados 4 minutos. Este terreno se compone la mayor parte de bañado, y el resto de unas grandes lomas y valles, los pastos han sido pocos, han ido dos pilotos caminando por las abras y valles, los pastos son pocos. Por entre estas sierras han examinado bien todo, y dicen han entrado y salido por donde quisieron; y dieron vuelta a muchas sierras.

Día 6. A las seis y media continuamos la marcha, y los dos pilotos la suya como el día anterior, hasta las dos de la

tarde que paramos en el Arroyo de la Tinta, habiendo caminado 10 leguas por el rumbo del oeste-noroeste: hallamos muy pocos pastos, sólo en la inmediación de este arroyo, que son fértiles y abundantes. A las cinco de la tarde llegó a este puesto el sargento mayor D. Bernardo Lalinde, quien pasa a la Sierra de la Tinta con su gente: llegan los pilotos de su reconocimiento, y han visto y hecho lo mismo que ayer.

Día 7. Este día fue uno de los pilotos a reconocer el Arroyo de la Tinta, por la parte del norte, y otro por la del sur, y descubrir la sierra de este nombre, habiendo caminado 8 leguas cada uno en su comisión. Regresaron a las seis de la tarde; y dicen tiene este arroyo su origen al este de la sierra de su nombre, y su arroyo al norte y noreste. Éste va haciendo grandes codillos: lo más ancho de lo visto es de 14 varas y disminuye hasta 6; es barrancoso, su fondo desigual, en partes tiene 7 palmos que es lo más, y de 2 que es lo menos; su piso es tosca, y en partes algunas piedras anchas; tiene como medio palmo de agua, y éste es el paso para carretas. Se hallan variedad de peces como ser truchas, palometas y bagres: su corriente es de media milla por hora.

Día 8. A las seis marchamos, hasta las once que hicimos alto en el Arroyo de la Sierra de Cuello, habiendo venido costeando y registrando las sierras como siempre. Este arroyo es desigual, por partes se pasa a nado, por otras al encuentro del caballo que es la menos agua: todo él es pantanoso, esto es, de lo que está figurado su curso al este; en sus orillas bañados con pajonal. A las tres y media siguió la marcha, y nosotros con una partida de 25 hombres y un baqueano, a pasar al campo del sur de esta sierra, y reconocer la menor entrada y salida que aquí se

halla. A la noche, después de haber reconocido las infinitas entradas y salidas de estas sierras, nos retiramos al campamento a causa de una gran turbonada que amenaza, la que desaguó lo bastante, y ventó. Las entradas y salidas que hemos visto y andado en estas sierras son innumerables, todas transitables con carruajes. Fuera de estos sitios tan anchos referidos, desde el Cerro de la Tinta hasta la de Cuello, son las sierras muy bajas: por la mayor parte de ellas se puede transitar a caballo, y dar vuelta a su cumbre, sólo tal cual que abunda de peñascos. Los pastos de estos sitios son escasos y de poco valimiento, sólo en algunos valles por donde pasan arroyos que abundan y fertilizan. La tropa anduvo 7 leguas por el rumbo del oeste-noroeste. El terreno es llano, y los pastos regulares en este camino.

Día 9. A las ocho determinamos la marcha a pasar al campo del sur de las sierras, para cuya comisión destinaron al capitán D. Juan Antonio Hernández, con 50 hombres y un baqueano, quedando en el campamento un piloto, para si quieren seguir la marcha, la que se efectuó hasta las diez y media, que hizo alto en un arroyo que sale de la Sierra de Cuello, habiendo caminado dos leguas por el oeste-suroeste. En distancia de una y media leguas de este sitio al sureste cuarta este, está una sierra chica, en la cual se halla un corral de piedra movediza, puesta a mano y sin mezcla alguna: su figura es cuadrada, con 60 varas de largo; las paredes de una vara de alto, y de grueso media, el cual se halla algo destrozado.

Día 10. Este día no se movió el campamento, aguardando la partida y pilotos, la que llegó a las siete de la tarde, después de haber transitado dos días las sierras y campo del sur de ellas, por distintos parajes, quienes dicen han

sido infinitas las entradas y salidas, y pocas las sierras que no se pueden transitar a caballo, y la mayor parte de ellas se puede con carruajes. Han visto buenos pastos y muchos arroyos de las sierras, con buena agua: la pampa igual a la del norte, por donde transitamos. Todo el camino se compone de lomas, unas suaves y otras algo ásperas con algunas piedras; en su cumbre hay grandes valles y profundos, donde se puede acampar o esconder el número de gente que fuere; y hay sitios donde no pueden ser vistos hasta no estar encima.

Día 11. A las cinco y media seguimos la marcha, costeanado las sierras como siempre. A las once se hizo alto en un arroyo de poca agua, el que baja de las sierras. Caminamos 8 leguas por el rumbo del oeste: observamos en la latitud sur de 37 grados 39 minutos. A la una volvimos a marchar hasta las cuatro y media, que paramos en una laguna accidental, llamada del *Cairú*: se anduvo 4 leguas por el rumbo del oeste-noroeste; hallamos buenos y fértiles pastos en este camino.

Día 12. A las siete seguimos la marcha en igual forma. A las nueve paramos en el Arroyo de Barranca, que sale de las Sierras del *Cairú*. Luego de registrado hasta donde se pueda, se pondrá su explicación: hicimos el camino del suroeste dos leguas de distancia.

Día 13. A las seis marchamos hasta las nueve y media, que paramos en la Laguna del *Cairú*, la cual es accidental; caminamos cinco leguas por el sur, a cuya hora estando en la inmediación del *Cairú*, hizo el comandante junta general de todos los oficiales, a fin de concluir el todo de esta expedición: a lo que le respondieron que no se podía por ningún motivo, respecto a estar ya la proximidad de la siega tan avanzada, y que con motivo de haber sido el

año tan estéril, se hallaban las gentes tan deterioradas, que les será indispensable tener que llegar a lo menos quince días antes para que cada uno con su arbitrio pudiese proveerse de lo necesario para recoger sus granos. Además de esto, que las caballadas venían ya muy deterioradas, y diariamente se venían quedando los caballos por los campos. A esto respondió dicho comandante, diciendo que a lo menos, cuando no se hiciese el todo de la comisión, iríamos hasta la Sierra de Casuatí, de lo que se le daría gran complacencia al señor gobernador y capitán general, como asimismo se evitarían otros nuevos gastos en concluir: porque no quedando que hacer otro reconocimiento que el de Salinas; este se hace a poco costo, respecto de corresponder a hacer viaje a éstas el año venidero. A ésto dijeron que por ningún término se podía proseguir adelante, porque además de lo expuesto, quedaban las caballadas en estado de no regresar con ninguna: por lo que dicho señor determinó retroceder, y que los pobres se alivien. Concluida la junta determinamos pasar con una partida a reconocer el Arroyo de Barrancas y Sierras del Cairú, en lo que empleamos todo el día. El dicho arroyo tiene su curso al este-noreste, haciendo grandes codillos: todo él es muy barrancoso, su corriente muy rápida, como de tres millas por hora. Su piso de tosca, y en éste se halla abundancia de bagres. Todas las sierras de Cairú son transitables, pues la mayor parte de ellas son unas lomadas con muy pocas piedras movedizas, y de golpe subimos hasta la cumbre de todas ellas.

Día 14. A las seis y tres cuartos marchamos hasta las once y media, que paramos en una laguna accidental. Hicimos el camino de 7 leguas al norte: el terreno es llano, con algunos bañados y muy escaso de pastos. Observamos en la latitud sur de 37 grados 7 minutos. A las tres y

media continuamos la marcha, hasta las cinco y media que paramos en otra laguna como la dicha. Se caminó dos leguas por el norte: el camino o terreno es igual.

Día 15. A las seis marchamos, hasta las once y media que paramos en un albardón de un bañado, habiendo caminado 7 leguas al norte. Observamos en la latitud sur de 36 grados 45 minutos: el terreno de este día se compone de bañados y esteros. Por éstos había dos o tres palmos de agua, y nos duró este camino tres horas: los pastos son pajonales, juncos y espartillos.

Día 16. A las seis marchamos, hasta las diez que hicimos alto en una lagunita inmediata al Arroyo Dulce, habiendo caminado tres leguas al norte-noroeste. A las tres continuamos la marcha, y a dicha hora siguió para su población D. Clemente López y D. Juan de Mier. A las seis paramos en un albardoncito de un bañado, habiendo caminado 5 leguas al norte cuarto noroeste: todo el terreno es como el del día anterior.

Día 17. A las seis marchamos, hasta las once que paramos en la Cruz de Guerra. Hicimos el camino de 8 leguas por el norte: todo este terreno se compone la mayor parte de bañado. Observamos en 35 grados 55 minutos sur. Este puesto de la Cruz de Guerra es una laguna chica accidental al pie de un médano, con algunas quebradas bajas: pasa por aquí el camino de Salinas.

Día 18. A las cinco y tres cuartos marchamos, hasta las doce y media que paramos en dos lagunitas como las otras, llamadas las *Dos Hermanas*. Hicimos el camino de 10 leguas por el rumbo del norte-noreste: todo este terreno se compone de lomas y valles suaves; el pasto es regular: pasa por aquí el camino dicho.

Día 19. A las cinco marchamos, hasta las ocho y media

que hicimos alto en la Laguna de Palantelén, habiendo caminado cinco leguas por el rumbo del norte-noreste 5 grados norte. La laguna es accidental, de poco fondo, el agua gruesa, salada y hediendo, por efecto de la porción de animales que aquí se hallan muertos. Es menester cavar para beber. Observamos en latitud sur de 35 grados 17 minutos: pasa por aquí el camino de Salinas.

Día 20. A las tres y media marchamos: a las cuatro pasamos el Salado, y lo hallamos seco. A las diez paramos en una lagunita accidental: hicimos el camino de 9 leguas por el rumbo del norte-noreste. Todo este terreno es llano y muy escaso de pastos, por causa de la gran seca que se ha experimentado y quemazones. A las tres y media de la tarde seguimos la marcha, hasta las cinco que paramos en las Saladas, habiendo caminado una y media leguas por dicho rumbo. Estas lagunitas a las que dan el nombre de Saladas, las hallamos sin agua. Reciben este nombre por estar en bañado, y cuando tienen agua es salobre.

Día 21. A las cuatro de la mañana marchamos, hasta las cuatro de la tarde que llegamos a la Guardia de la Frontera de Luján, habiendo caminado 10 leguas por el este-noreste. Toda nuestra marcha fue por el camino de Salinas, cuyo terreno es llano con algunas lomaditas, los pastos regulares. Cuando empezamos la marcha se fue el sargento mayor D. Pascual Martínez, habiéndonos acompañado el comandante D. Manuel de Pinazo y el capitán D. José Bague, quienes han quedado en sus respectivos puestos, dejándonos, para que nos acompañen a Buenos Aires, unos cuantos soldados y un cabo.

Día 22. A las cinco de la mañana seguimos a Buenos Aires, hasta que paramos en la Capilla de Merlo, habiendo caminado 14 leguas.

Día 23. A las cuatro de la mañana seguimos a la ciudad por el rumbo del este-noreste, donde llegamos a las once, habiendo caminado 7 leguas.

Nota. Los rumbos, de que se habla de este diario, son corregido de 15 hasta 18 grados de variación noreste. Las leguas son marítimas o de 20 en grado.

Buenos Aires, diciembre 23 de 1772

PEDRO PABLO PABÓN

VI

Relación individual que dan los dos pilotos comisionados al reconocimiento de la campaña, de los parajes que contemplan más al propósito para fortificar y poblar

Los mejores puestos para poblaciones están en la frontera de esta ciudad, de que luego se hará mención, y por ningún término en las sierras: sus motivos son, por carecer de la defensa contra los enemigos, tener a éstos en las mismas sierras, porque en éstas hallamos lo indefenso, en el supuesto de que aunque se tapen con artillería o gentes algunos valles, quedan otros innumerables sin este asilo, por donde el dicho enemigo puede entrar sin ser visto y hacer sus depredaciones. En caso de quererse poblar, sea como unas 15 o 20 leguas antes de llegar a las sierras, porque aquí logran ver venir los enemigos a campo descubierto. Carecen aquí de leña: (la que tampoco se halla en las sierras) el agua no se halla en lagunas, sólo en esteros y bañados, que para los animales es gran trabajo, y para éstos no hay pastos: mas haciendo pozos tendrán los

pobladores buena agua. Los que aquí poseen se hallan entre los enemigos de las sierras, y los que, a título de paz, se hallan con sus tolderías inmediatos a las guardias que en el día están puestas. En caso de hallarse en alguna función con ellos, y ser tiempo de aguas (que aunque son bárbaros no dejan de tener ardides para el logro de sus avances), es casi imposible puedan estos habitantes dar aviso de pronto a ninguna parte; y así es menester mantener fuerza de gentes en aquellos sitios para estos lances, lo que es de mucho costo. Con todo, aunque se quiera poblar en las sierras, por varios pareceres que haya, son los nuestros, ser de mucha ventaja para la corona poseer las dichas sierras, por hallarse mucho campo avanzado para las siembras y ganados: pero resulta dejarles abierta la entrada de la distancia de las Salinas hasta la costa del Paraná, que no es menos que de 220 leguas; y para conseguir que se haga un cordón de guardias y poblaciones, desde dicha costa a la patagónica, es necesario número crecido de gente. Las sierras de por sí tienen de largo 180 leguas, y de ancho en partes 8 hasta 20: es necesario, para que estos pobladores serranos logren algún sosiego, y cultiven tranquilamente sus tierras, que hagan guardias, con armas de fuego de 15 en 15 leguas a lo largo, y de 5 en 5 a lo ancho. Las que se quieran poner desde Salinas hasta la costa del Paraná, pueden distar 24 leguas: hecho esto, es necesario matar las bagualadas silvestres, de las que hay una porción en estos sitios, a fin de dejar a los indios sin este asilo, lo que se puede hacer con anticipación. Decimos también ser los terrenos inmediatos a las sierras, buenos para siembra y ganado, pero los cosecheros no lograrán la ventaja de expendere sus ganados con mediana ventaja, por tenerles muchos costos la conducción, a causa de vivir muy distantes, y ser el terreno muy penoso.

Nos parece que se pueble en el valle de Carpincho, por lograr éste las ventajas de ser casi permanentes las aguas y tener muchos ojos de agua el terreno: además de las ventajas para siembra y procrear ganados, ofrece otras para los habitantes. Lo mismo decimos de los manantiales de Casco, que dista del primero 20 leguas, y logra de iguales ventajas. Las lagunas del Trigo distan del anterior 17 leguas: se halla su terreno con 8 lagunas accidentales, y el Salado muy inmediato, a cuyas orillas se ven varios manantiales de especial agua: el campo logra igual fertilidad que los anteriores. Es igualmente parecer nuestro que se pueble en el Arroyo de las Flores, que dista del tercero 20 leguas, pues logra la ventaja de ser permanente el agua de este arroyo, y tener una laguna crecida de 6 leguas en circunferencia, buena para toda especie de ganado: pasa por ésta el Salado. La última y más ventajosa, que dista de la anterior 27 leguas, hallamos ser el sitio de los Camarones: logra de arroyo y lagunas crecidas; toda su agua buena, el terreno muy fértil, y tiene inmediatas las islas, donde se podrán proveer los habitantes de leña, como asimismo de palos para fabricar sus ranchos y corrales: se halla en dicho terreno abundancia de duraznillo, como también paja para techar las casas. Todos tienen buenos pastos y abundantes: creemos sean continuos, por razón de que cuando registramos estos terrenos: era tiempo de una seca tan grande como se experimentó el año próximo pasado de 72. Logran igualmente dichos terrenos en sus lagunas y arroyos abundancia de pesca y caza, como así lo experimentamos. Aunque los demás puestos no igualan a los Camarones por el beneficio de la leña, a poco que trabajen los pobladores conseguirán el tenerla abundante por la fertilidad del terreno.

Los otros tres puestos de que aquí no se habla, que son

Melincué, Bragado Grande y los Huesos, no tienen las aguas tan permanentes, ni los pastos con tanta abundancia, y se hallan los dos últimos muy inmediatos a los otros puestos.

Buenos Aires, 22 de enero de 1773

RAMÓN EGUIA — PEDRO RUIZ

VII

Extracto resumido de lo que ha ocurrido en la expedición del descubrimiento de la Bahía sin Fondo, en la costa patagónica^{a'}

Salió esta expedición de Montevideo, compuesta de cuatro embarcaciones armadas en guerra, con 114 hombres de tropa con sus respectivos oficiales,^{b'} el 15 de diciembre de 1778, comandada por el comisario superintendente D. Juan de la Piedra; y navegando después de salir del río de la Plata en el 7 de enero, entraron en una gran bahía por la latitud de 11 grados 30 minutos, y dentro de ella a la parte del sur de su entrada, un excelente puerto de 10 leguas de extensión y 6 o 8 en sus mayores anchuras. A

^{a'} Esta expedición se realizó de acuerdo a lo dispuesto por la Real Cédula del 24 de marzo de 1778. En las consideraciones se encuentran las tenidas en cuenta por las autoridades españolas a consecuencia de la publicación del libro de Falkner, *Descripción de la Patagonia*, donde se vio una seria alarma para la seguridad de las posesiones españolas.

^{b'} La expedición estaba compuesta en su totalidad por 460 personas, incluyendo sacerdotes y colonos.

este puerto se puso el nombre de *San José*, el cual tiene su entrada de casi una legua de ancho con 40 brazas de fondo, y para el interior de ella en diferentes lugares, y la bahía tiene en partes 80 brazas. Ni en ésta, ni en el puerto de San José se encontró bajío, ni escollo, ni isla alguna, pues todo es limpio y con un fondo prodigioso.

A la derecha de la entrada de esta bahía se halló otro puerto, que se denominó de *San Antonio*, el cual es más pequeño que el de San José, y sólo sirve para embarcaciones menores. El terreno del de San José, en que desembarcó la tropa, demostraba capacidad para sembrar, pero falto de agua dulce, pues toda las que se hallaban en pozos que se abrían, era salobre y salitrada, sin embargo que en algunos se halló más sufrible. Con todo, en 31 de enero hallaron a distancia de 4 o 5 leguas del establecimiento, tres manantiales de agua dulce muy buena y en bastante cantidad, y vieron que el terreno prometía más fertilidad que el antecedente, y con mejor pasto y leña. Hicimos algunas mudanzas de lugar, para establecernos con más ventajas junto al puerto. En éste no encontramos vestigio de gente ni indios, más sí mucha abundancia de sal muy especial con visos de rosada. Encontramos liebres, guanacos, lobos y perdices, cochinilla silvestre, yeso, ócre y canchalagua.

Al sur-sur-oeste de dicho puerto de San José, se descubrió otro de igual o mayor grandeza, formando la tierra entremedia de ambos una península, cuya garganta en su parte más angosta no llega a tener una legua de ancho: pero su entrada es de mayor grandeza que la de San José, y aún no se ha podido examinar con precisión.

De este primer establecimiento, se mandó reconocer la entrada del río Sauce o Negro, que se había visto antecedentemente y no se había podido entrar: para cuya

diligencia se mandó una embarcación que salió de San José el día 13 de febrero, y en el 18 se vieron señales de tierra por la corriente, palos quemados sobre el mar, color del agua y otros vestigios.

El día 22 a las cinco de la mañana se avistó la boca del río que se buscaba, la cual se reconoció llena de bajíos y dimos fondo en tres brazas, y echando el bote al agua entramos en dicha boca con la sonda en mano, y desembarcamos en tierra. Hallamos árboles grandes de sauces secos que habían traído las corrientes del río: en tierra hallamos plantas como las del puerto de San José, apio, llanten y otras: patos, chorlitos, perdices e infinitos lobos, de admirable tamaño. Y observando que la marea crecía con velocidad y que estábamos en media marea, sale a la barra a hacer las señas prevenidas para entrar el bergantín que llevó el bote por su proa, y dio fondo dentro del expresado río en tres brazas de agua, y soltando la gente en tierra hallamos perdices, liebres y muchos lobos de aceite, con que se divertió la gente en matar algunos, aumentando la alegría de haber entrado.

El día 23 dio la vela el bergantín llevando el bote por la proa, siguiendo río arriba para reconocer el país y sus habitantes, pues el fuego y los perros daban indicios de haber gente: y con efecto, se vio un pelotoncito de gente, y se mandaron venir a bordo los primeros indios que parecieron, que eran ocho, antes que llegase una multitud de ellos que a toda prisa caminaban. Entre éstos venían dos desertores del pueblo de San José, que se habían desertado con otros nueve, de los cuales sólo éstos dos vivieron, habiéndose muerto los otros y el negro de D. Juan de la Piedra, al rigor de la inclemencia de estos campos, excesivo calor, hambre y sed, y a más 18 que se mandaron buscar entre hombres, mujeres y criaturas. Se les

dio de comer, y se regalaron con lo poco que teníamos. Dióse fuego a un cañón y al principio se amedrentaron, pero luego se alegraron con mucha algazara, y al ponerse el sol se mandaron a tierra.

Hasta el día 25 continuaron los indios a venir a bordo, y en éste vinieron los indios con una cautiva que era india pampa y hablaba el español regularmente: la cual dijo que estos indios no tienen adoración, sólo un poco veneran al sol, comen guanacos, avestruces y carne de caballo: que sacan de bajo de la tierra unas batatillas muy chicas, que comen ya crudas ya cocidas, y raíces, que tostadas hacen de ella harina con que componen sus *poleadas*, y asimismo de una semilla muy chica que parece mostaza, también la muelen entre dos piedras y hacen poleadas. Dijo más, que río arriba hay muchos indios aucaces y teguelches, pero que están lejos: que los teguelches son pobres, y los aucaces ricos, pues tienen ganado vacuno, caballar y ovejuno con abundancia: que hacen mantas, pellones y ponchos, que amasan y siembran. Dijo que estuvieron mucho tiempo entre cristianos, y que nunca vieron ni entre estos indios hubo noticia de ver otra embarcación en este río, ni en sus costas, ni jamás habían visto cristiano alguno.

Hasta el día 11 de marzo continuaron las visitas de los indios: se ofreció un indio a pasar en el bergantín, que no se admitió sin beneplácito de su cacique por no disgustarlos, y conseguido, lo embarcaron, y él muy contento quería arrojar al agua el pellejo con que se cubría. No pudimos salir la barra hasta este día, sin embargo de haberse largado para este fin el día 28 del antecedente mes, lo que hicimos por 13 palmos de agua, y con felicidad llegamos el día 18, donde hallamos la noticia de haber D. Juan de la Piedra seguido viaje a Buenos Aires,

y que se hallaba comandando aquel establecimiento D. Francisco de Viedma.

Con las noticias referidas del río Sauce, resolvió D. Francisco Viedma pasar a aquel paraje, lo que puso en práctica en el día 11 de abril, que salieron del puerto de San José, y en el día 18 entraron la barra de dicho río, y se dio fondo a tres leguas de la boca, y luego se continuó a navegar río arriba hasta las seis horas de la tarde en que se fondeó por segunda vez, y en el siguiente día se subió más arriba, como a distancia de 9 leguas de la boca del río.

Los indios continuaron a venir a bordo, y los nuestros a tratar con ellos, dándoles de comer y algunos regalos: y sin embargo de mostrar en sus movimientos algunas desconfianzas, no hubo novedad por el cuidado con que nos manejábamos: y en el día 23 de abril se empezó el trabajo de levantar un fuerte, cortándose madera para él, abriendo su foso, las oficinas y ranchos precisos, habiéndose escogido terreno para el establecimiento en la margen del sur de dicho río; lo que se continuó hasta aquél.

Día 20 de mayo, llegaron los toldos que tenía el cacique Negro, que se conserva de paz con nosotros en Buenos Aires, entre los cuales venían dos negros que habían cautivado en el distrito ^{c'} de Buenos Aires, y una muchacha que tendría 12 años, que se rescató. El cual el cacique entregó al comandante una carta del Excmo virrey D. Juan José de Vértiz, que se la había confiado para conducir por tierra.

Hasta el día 13 no hubo cosa notable que expresar: este día creció tanto el río, impelido por la agua del mar agitada de vientos muy frescos, que inundó toda la nueva población empezada de la parte del sur, creciendo el agua

^{c'} Debe decir distrito.

tres cuartas sobre el terreno: de suerte que la gente se subió sobre los ranchos para escapar, la cual no tuvo de duración más de media hora, ni hizo perjuicio a los géneros y provisiones, por no haberse desembarcado. Por cuya causa juzgó el comandante, que era preciso mudarla para la parte del norte en que había terreno alto y a donde no podrían llegar las crecientes: lo que se ejecutó inmediatamente, y se queda trabajando en un fortín de 55 brazas en cuadro, con su foso para cubrir las provisiones, gente y pertrechos, de alguna invasión que intenten los indios, en que se montarán algunos pequeños cañones.

Éstas son las noticias que se tienen de estos nuevos descubridores hasta el presente.

VIII

Diario que principia el 21 de setiembre de 1778, en que se da noticia de la expedición y destacamento, que por orden del Excmo. Sr. Virrey, D. Juan José de Vértiz, marchó al campo del enemigo, reconociéndolo hasta llegar a las Salinas, que se hallan en las campañas yermas del Sur

Comandaba dicha expedición el maestro de campo D. Manuel de Pinazo, y la escoltaba el capitán D. Juan de Serdens, con un destacamento, que se componía de un teniente, un alférez, tres sargentos, tres cabos, un tambor y 65 dragones. Las carretas que se conducían para traer carga de sal eran 580 y 20 del equipaje, carretillas y carretones: los picadores de dichas, 600, los soldados de guarnición, 400 entre blandengues, milicianos y dragones, y los carpinteros, boyeros, interesados y agregados

pasaban de 300. Las caballadas se componían de 2.600 y la boyada pasaba de 12.000 bueyes.

Desde el referido día 21 de setiembre hasta el 4 de octubre, fueron concurriendo todos a la frontera de Luján, distante 20 leguas de esta capital, rumbo al norte. Dicho día 4 de octubre se pusieron en marcha para las referidas Salinas, con 250 carretas, y se fue a dormir al paraje del Durazno, 5 leguas distante de la frontera de Luján, al oeste, donde hay lagunas medianas; y esta noche llegaron más carretas.

Día 5. Al amanecer, según lo acostumbrado, se tocó la generala y se marchó al mismo rumbo, poco más o menos, hasta parar en el paraje de las Saladas, distante 6 leguas del antecedente, donde llegaron ya 415 carretas: y en dicha parada se encuentra muy poca agua dulce para la gente.

Día 6. A la misma hora se marchó hasta el paraje de Chivilcoy, distante dos leguas del antecedente, donde igualmente hay muy poca agua dulce, y aquí pasaban de 470 carretas las que se juntaron. Así en éste, como en los demás parajes sobredichos, se encuentra suficiente cardo para guisar.

Día 7. A la misma hora se emprendió la marcha, y fue a parar al paraje de Palantelen, distante 10 leguas, y en medio de ellas está el río Salado, que se pasa con el agua hasta la falda; y en la parada sólo hay leña de duraznillo, pero agua suficiente.

Día 8. Se hizo descanso en el sobredicho paraje de Palantelen, donde se juntó en un cuerpo toda la expedición arriba relacionada.

Día 9. Al amanecer siguió la marcha; y fue a parar al paraje del Médano Partido, distante 12 leguas, en medio

de cuyo distrito se encuentran a la izquierda tres lagunas, iguales y bien grandes, que se llaman las *Tres Hermanas*, y en la abra y bajo que forma el médano, hay agua sobreabundante y muy exquisita, y no falta leña con que guisar.

Día 10. A las siete siguió la marcha, y fue a parar al paraje de la Cruz de Guerra, a distancia de 6 leguas, donde se encuentra una laguna grande, pero sin leña.

Día 11. A la misma hora se emprendió la marcha, y fue a parar al Juncal, que es una laguna grande, distante del paraje 10 leguas, sin leña.

Día 12. A las cinco y media de la mañana siguió la marcha, y paró a distancia de 5 leguas, en unas lagunas, que por no tener nombre se le puso del *Pilar*, donde hay alguna leña de cardo.

Día 13. Se marchó a la misma hora, y se fue a parar al paraje de la Cabeza del Buey, a distancia de 8 leguas del antecedente. Es lugar de muchísima agua, y allí salió el cacique Tipa, de los de paz con esta capital, trayendo consigo varios indios e indias a vender cueros y otros efectos; y se reconoció en dicho lugar vestigio de haberse ausentado poco ha los indios enemigos de él: no hay leña, pero suple en su lugar la mucha osamenta que se encuentra.

Día 14. Por la tarde siguió la marcha, y paró en una cañada muy hermosa, a las 5 leguas de distancia, la cual por no tener nombre se le puso *de Vértiz*. Tenía muchísima agua, aunque parecía no ser permanente; no había leña. Allí llegó el hijo del cacique Zorro Negro, con varios de sus indios (que son de paz con esta capital), a hacer varios cambalaches: digo de paz con esta capital

porque con Córdoba no la tienen, ni éstos ni los antecedentes de Tipa.

Día 15. Se marchó al romper el día, y se paró a media legua, en unos médanos de mucha agua, llamado el *Juncal*, a 7 leguas de distancia; y los dichos indios de Zorro Negro siguieron sobre la marcha.

Día 16. Siguió la marcha a la misma hora, y paró a las 8 leguas en un campo sin nombre. Este día a las cinco y media de la tarde dieron parte de verse 10 indios; y habiéndose hecho alto en un bajo, fue la gran guardia a reconocerlos, y viniendo formados con sus lanzas, a distancia de un tiro de fusil hicieron alto, y se adelantaron sólo tres, hasta cerca de la avanzada, a la que preguntaron a qué venían y qué buscaban; y sin aguardar respuesta alguna se retiraron a galope, y viéndose con los demás, se huyeron y desaparecieron.

Día 17. Se marchó hasta parar en la Laguna del Monte, a distancia de 7 leguas: dicha laguna es muy grande, y tiene un monte en medio.

Día 18. Siguió la marcha hasta los Manantiales de Chaves, distante 5 leguas: es lugar sin leña.

Día 19. Se marchó hasta parar en la Laguna de los Paraguayos, a distancia de 6 leguas: este día se costó la laguna de San Lucas, a la izquierda del camino, que es también criadero de sal. Hubo mal camino y se ahogaron dos bueyes en el carril por la mucha agua, y en dicha laguna de San Lucas hay mucha leña, que llaman de *cachiyuyo*.

Día 20. A las seis siguió la marcha, hasta parar en el paraje de las Toscas, a distancia de 7 leguas. En este paraje se encontraron cenizas de 35 fogones de indios ene-

migos, donde habían tenido otros tantos toldos; y se hallaron una porción de odres partidos de los que habían tomado los dichos indios a las dos tropas de arrias que mataron en el camino de las Tunas, pocos días antes.

Día 21. Se caminó a la misma hora, y se arrealó en la Laguna de los Patos, a distancia de 6 leguas, en donde no se halla leña.

Día 22. A la misma hora siguió la marcha, al poniente recto, y pasado de mediodía se llegó a la Laguna de Salinas, a distancia de tres leguas del paraje antecedente; y no se ha declarado el rumbo de las anteriores caminatas por lo variable de él. Pero según la práctica de los baqueanos, se halla dicha laguna en semejante situación, y las distancias que se demuestran según el *pitipié*, tanto de esta capital como de la jurisdicción de Córdoba, Punta de San Luis, Santa Fe y camino del comercio. A distancia de 16 leguas de dicha laguna, rumbo al sur, se halla otra dicha, igual a la antecedente por lo respectivo a la sal.

La mencionada primera laguna de sal tiene de circunferencia 8 leguas, y a la margen de la parte del norte varios manantiales de agua dulce, que nacen de unos médanos pequeños y corren hasta entrar en ella. A la parte del sur tiene unas montañas inmensas de arboledas muy frondosas, capaces de trabajar tablas, casas y cuanto se quiera de ellas; y son el paradero y albergue de los indios enemigos que bajan de la sierra. Últimamente, a distancia de dos leguas de dicha laguna, a la parte del norte, se hallan juntos muchos manantiales de agua dulce, muy copiosos: que a cortas distancias de su nacimiento forman otras tantas lagunas, que se mantienen sin que tengan curso ni desagüe para otra parte.

Aquí se mantuvieron gordas las boyadas y caballadas de

la referida expedición, y se mantendrían del mismo modo, aunque fuesen tres tantos de ganados. Este paraje es el puerto primero donde descansan, se juntan y refuerzan los indios enemigos que salen de la sierra para pasar a invadir y asesinar en nuestras fronteras y caminos, y a la tornavuelta les sirve no sólo de descanso, sino también de invernar, lo que también ejecutan en varias estaciones del año, que se mantienen en aquel lugar, potreando y tomando animales baguales y cimarrones, que hay innumerables. No se puede encontrar paraje más aparente y a propósito para ejecutar lo proyectado en el párrafo 54, de la relación de 22 de febrero del presente año de 1779; pues ocupado éste por los nuestros del modo que allí se previene, como que así lo demanda la necesidad presente, se les coarta absolutamente la libertad de la entrada e invasiones de este enemigo: pues aunque les queda campo para poder entrar sin ser sentidos, como para llegar a asesinar en los caminos y fronteras, es necesario que se internen lo menos ciento y tantas leguas adentro, dejando atrás esta guía avanzada de los nuestros, es dificultosísimo que se atrevan a ello, por la contingencia de la salida, teniendo privado el lugar de su descanso e invernada.

Con semejante ocupación quedarían por nuestras las campañas yermas, y resultarían otros innumerables beneficios que omito deducir, sin que haya en todo lo dicho la más leve duda ni dificultad: bien entendido que, resultando éstos a todas las provincias circunvecinas, es muy de razón y justicia trabajen todas ellas, igualmente en la consecución y conservación de semejante fortaleza: que aunque se padezca algo al principio, nunca será equivalente al beneficio que se logrará, como ni tampoco los gastos que se puedan impender. Y es lo que puedo decir, exigido del sumo amor al real servicio, de mis superiores

y de la patria, y del deseo positivo de la libertad de enemigo tan temerario, salvando en todo el mejor dictamen y parecer.

IX

Informe sobre el puerto de San José, por D. Custodio Sá y Farías

Excmo. Señor:

En ejecución de la orden de V. E. expresada en el oficio de 21 del presente mes, por la cual se sirve V. E. mandarme que, en vista de las reales órdenes expedidas en junio del año próximo pasado, sobre los nuevos establecimientos en la Costa Patagónica, de los diarios y planos que han resultado de la expedición que V. E. mandó hacer en dicho paraje, le diga yo mi sentir muy reservadamente acerca de la calidad del puerto de San José, si puede ser el de San Matías o Bahía sin Fondo, y que utilidades o ventajas proporcionará para la navegación y comercio, pues aunque no sea el que se busca, habrá de mantenerse, si debe recelarse que con el tiempo suceda lo que la real orden anuncia: y asimismo que reconocimientos han de continuarse para la perfecta instrucción de la situación y puerto de San José antes de hacer un formal establecimiento; si por su circunstancias puede contarse con su segura permanencia, o convendría desde luego abandonarlo; y que apunte yo todo lo demás que considere conveniente a los fines propuestos.

Después de agradecer a V. E. la confianza que con-

ceptúa de mi débil capacidad para haber de formar juicio en una materia de tanta consideración e importancia, y tan recomendada por su majestad, pasaré con el celo con que deseo emplearme en su real servicio, a expresar a V. E. lo que siento en este particular.

En el papel remitido a V. E. de la corte, he leído una descripción bien circunstanciada del Río Negro y del Río Colorado, y los urgentes motivos que su majestad tiene para hacer en ellos los nuevos establecimientos; y que se halla informado que las riberas del mar son tierras areniscas: pero que en lo interior del país entre los dos ríos, es el suelo excelente y adaptado a todo género de cultivos.

En la expedición que pasó presentemente a esta costa, mandada por D. Juan de la Piedra, veo que se ha descubierto una gran bahía, y en ella, de la parte del sur, un puerto por la latitud de 42 grados 10 minutos, que por su dilatada grandeza y admirable fondo puede admitir en sí las mayores armadas. La descripción sobredicha, mandada por la corte, pone la Bahía sin Fondo en 41 grados 30 minutos, que es la misma latitud con poca diferencia de minutos en que se halla esta bahía (nuevamente descubierta) en su medio, y siendo la propia, debería desaguar en ella el río Negro, que no consta hallarse en dicha bahía: y sólo en su entrada, de la parte norte, trae el plano presentemente levantado, un río que denomina Colorado, en 41 grados 5 minutos, que dice el diario no se pudo examinar: y por la latitud de 39 grados 38 minutos al norte del antecedente, coloca otro que nombra del Sauce, de que también no trae el examen. Si éstos son los dos ríos que se buscan, vienen en dicho plano y diario con los nombres trocados, pues el que queda de la parte del norte debe ser el Colorado, y el que queda al sur, el Negro, es-

to es, el Sauce: pues el informe remitido por la corte así los considera, y todos los mapas antiguos y modernos, de esta suerte los colocan. Y últimamente se confirma por el diario de la expedición que V. E. mandó contra los indios teguelches, mandada por D. Manuel de Pinazo el año de 1770, que pasó (caminando por las pampas de Buenos Aires) hasta el río Colorado, que atravesó; y asegura que el río Sauce o Negro queda más al sur del antecedente.

Esto supuesto, parece que hasta ahora no se ha examinado y descubierto más que una bahía y puerto, y que falta por examinar los ríos mencionados en las reales órdenes, porque de ellos debemos inferir que dicha bahía es la denominada *sin fondo*, o si en la entrada del río Negro hay otra bahía a que mejor convenga este nombre: pues en el papel remitido de la corte, se dice:

“Que en la embocadura del río Negro hay un puerto mediano sobre la derecha, que llaman de *San Matías*.”

Y no sólo éste se debe examinar, pero también el de río Colorado, en donde su majestad manda que en su embocadura se ponga un fuerte de menor consideración para defender igualmente su entrada.

Toda la circunferencia de la bahía que se acaba de descubrir, se debe examinar escrupulosamente para ver si en ella desemboca algún río caudaloso y navegable: porque hallándose, será esta bahía buscada. También se debe visitar la sierra opuesta a su entrada, que queda al lado del oeste, pues parece natural que de ella desagüe algún río, o corra por sus faldas alguno que venga del interior de la campaña: finalmente se deben examinar de la misma suerte los dos ríos, Negro y Colorado, y su terreno intermedio.

El diario del padre Cardiel que V. E. conserva, del

viaje que hizo 70 leguas del Volcán para el sur por tierra, dice lo siguiente:

“Desde el Volcán, caminando por cerca de la costa del mar, hay como 100 leguas hasta el río Colorado, sin habitación de indios: en éste y en el de Sauce que está como 30 leguas más allá, y en su intermedio, habita la nación teguelche, que tiene poca comunicación con los cristianos; *puebla esta nación las orillas del mar por aquella parte*, y más allá de él habitan otras muchas naciones hasta el estrecho, no por la costa del mar, que es tierra estéril, sino por tierra adentro, según las noticias que nos dan los serranos, aucaes y los teguelches.”

Lo que comprueba las noticias de la corte, referida, es la relación circunstanciada de Mr. Falkner, que certifica ser el terreno entre los ríos muy adaptado para poblaciones, y aún en las orillas del mar, como se verifica del citado diario, que en otro discurso dice lo siguiente:

Que los serranos y aucaes dieron noticia al dicho padre del grande número de gente que habita entre los dos ríos, Colorado y Sauce, y de los bosques y otras utilidades que allí había, necesarias para fundar pueblos.”

A mi entender no se debe abandonar el puerto de San José, nuevamente descubierto, porque de él se puede salir a examinar los sobredichos ríos y terreno intermedio, con más comodidad que de otro lugar que no tenemos en aquella costa. Me hago cargo de la falta de agua que en él se experimenta: más la diligencia y trabajo la podrán facilitar. Se debe examinar si los manantiales de agua dulce, que dicen estar distante 4 o 5 leguas, están en paraje de no poderse conducir al puerto, esto es, si tiene declive el terreno: porque con cualquiera pequeña abertura se podrá conseguir; y no pudiendo vencerse, si el

terreno próximo a dichos manantiales¹ es capaz para cultivo, mudando la población a él, y dejando en el puerto un fuerte para respeto del establecimiento. También se podrá mandar de aquí un cierto número de bueyes mansos y carretas para conducir el agua que se ha de beber, en cuanto no se descubren otras providencias.

El mismo recelo que tiene su majestad (y pretende evitar) por los dos mencionados ríos Negro y Colorado, debe haber por este puerto: porque siendo tan fácil el desembarque a cualquiera nación, está facilitado igualmente el poder internarse a las campañas inmediatas y a los sobredichos ríos (que no pueden estar lejos) y seguir por ellos su navegación cuando lo intentasen.

Me ocurre también una reflexión, a mi parecer digna de atención, para no despreciar dicho puerto, y es, que en el caso de que los ríos Negro y Colorado no dejen entrar embarcaciones en sus puertos por falta de fondo y otras incomodidades inevitables, vendrá a suceder que todo el peligro que en ellos considera S. M., recaerá en el puerto nuevamente descubierto, lo que pide una deliberación muy seria y prudente.

Cuanto a las ventajas de la navegación, me parece que sería muy útil el dicho puerto, tanto para los que naveguen a Malvinas y a San Julián, o a algún otro establecimiento que se verifique en la costa, teniendo en el camino un puerto en que entrar en caso fortuito, como a los navíos que fueren y vinieren para el mar del sur: cuya utilidad no menos resultará a favor del comercio de quien puedan

¹ El diario de D. Francisco Viedma, comisario superintendente de la Bahía de San Julián dice: Que la tierra de aquel paraje manifiesta mucha más bondad que la en donde se hallan, y que abunda más de leña.

ser dichas embarcaciones. El que se podrá hacer con los establecimientos que nuevamente se levantasen, aún lo ignoramos, en cuanto no se descubra el terreno adyacente a ellos, sus frutos y producciones, y que se tomen medidas proporcionadas para hacerlos útiles.

Con respecto a la calidad del puerto de San José, tiene éste las grandes ventajas de su excelente fondo para toda clase de embarcaciones, sin obstáculo en su entrada, sin bancos ni escollos en que puedan peligrar los navíos; y sólo hallo que por su grande extensión y anchura será expuesto a los temporales. Pero como lo más peligrosos los considero del semicírculo de este hasta oeste por el sur, y que las embarcaciones pueden fondear muy cerca de tierra, me parece que no quedan tan expuestas de este lado de la población, por venir el viento de sobre la tierra, que, aunque sea baja, siempre de este lado hará que junto a ella se aminore la agitación del mar, y las buenas amarras serían el remedio y seguridad de los buques que allí entraren.

El puerto denominado de *San Antonio* en el nuevo plano, se debe examinar, observando con exactitud sus bancos, escollos, fondo y canales: porque poblándose entre los dos ríos mencionados, o en alguno de ellos, podrá venir a ser muy útil el cubrir y asegurar también este puerto; y más, siendo el camino como refiere el mismo padre en su diario, en el día 29 de mayo, que es el siguiente:

“Quede pues sabido para todos, que este camino desde las Salinas del Volcán hasta cuatro leguas más allá del arroyo de la Asunción de donde nos vimos, que por tierra adentro es cosa de 70 leguas, es camino no sólo de cabalgadura sino también de carretas, sin pantano alguno, con pasos por los ríos, aún por los dos grandes de las barrancas, con leña para pasar: porque, aunque en algunas

partes hay muy poca, se puede cargar donde la hay; con abundancia de agua: de manera que casi siempre se puede hacer mediodía en un arroyo y noche en otro.

“Para llegar al río Colorado, que dicen ser grande y con mucha abundancia de sauces altos y gruesos, no faltan, según lo que pude averiguar, sino cosa de 30 leguas: este trecho será de las mismas calidades que el de 70 andado. Del Colorado al río Sauce, habitación de las tolderías de los teguelches, debe haber otras 30, y hablan mucho los indios de su fertilidad: con que seguramente se puede ir con carretas hasta el río Sauce.”

Es cuanto me ocurre expresar a V. E. en cumplimiento de su orden, deseando haber acertado en alguna cosa que pueda resultar en utilidad del real servicio.

Buenos Aires, 25 de marzo de 1779

CUSTODIO SÁ Y FARÍAS

X

Segundo informe de D. Custodio Sá y Farías sobre el Puerto de San José

Excmo. Señor:

Muy señor mío: En ejecución de la superior orden de V. E., en que me manda exprese mi dictamen sobre los establecimientos de la costa patagónica, en vista de los documentos y oficios que se han producido desde que se dio principio al importante objeto de estos descubrimientos, siendo el de mayor consideración el de evitar que

otra cualquier nación se pueda establecer en aquella costa, en grave perjuicio del derecho incontestable que tiene el rey nuestro señor a aquellos terrenos de que igualmente podría resultar el grande inconveniente de que se internasen por aquel continente, procurando la comunicación con nuestras poblaciones inmediatas a la cordillera de Chile: y que siendo éste el fin principal, no es de menor consecuencia el útil establecimiento de la pesquería de la ballena, formándose una fábrica en lugar a propósito para conseguirse; sin perder de vista la extracción de la sal, ramo tan considerable para el abasto de esta provincia, como para la salazón de carnes que se mandan conducir a España: lo que todo consta con evidencia por el contesto de las reales órdenes expedidas a este superior gobierno.

Sin embargo de que considero estos delicados e importantes puntos superiores a mi débil capacidad, no puedo dejar de sujetar mi obediencia a los preceptos de V. E., exponiendo mi dictamen, sino con el acierto que deseara, con aquel celo y fidelidad con que mi deseo procura acreditarse en el real servicio.

En consecuencia de las averiguaciones y exámenes que se han producido hasta el presente en la costa patagónica, consta no haberse descubierto puerto más a propósito que el de San José, en que puedan entrar toda cantidad de embarcaciones, aunque sean de alto bordo, sin embarazos ni bajíos, ni falta de fondo que pongan en peligro su navegación: y sin embargo de haber en sobre dicha costa otros puertos, éstos solamente pueden dar entrada a las embarcaciones, con la circunstancia de deber esperar la subida de las mareas y vientos favorables para introducirse en ellos, siendo obligados a fondear sobre la costa con el peligro de un viento de travesía que las estrelle en ella,

lo que no sucede en el de San José, pues en la bahía que antecede a este puerto, que tiene 20 leguas de abra, y más de profundidad, con un fondo admirable, no hay que temer su entrada. De ésta se pasa al lado del sur por un estrecho de tres cuartos de legua de ancho, que da tránsito al puerto, que es otra bahía capaz de contener en su seno una armada, de la misma suerte limpio y de buen fondo.

Si alguna potencia extranjera intentase establecerse en esta costa, no despreciaría el puerto de San José, no sólo por lo que llevo expuesto, mas porque podría entrar en él con mayor número de navíos, para con ellos poder hacer oposición, cuando se intentase expulsarla de allí: por ser natural que no emprendiese una conquista en país ajeno, sin fuerzas suficientes para sostenerla.

En la información que presentó a V. E. el teniente de infantería D. José Salazar, sobre las calidades de la situación del puerto de San José, donde existió 17 meses, se expresa que el temperamento es saludable, sus aguas sanas, aunque algo gruesas; que son muchos los manantiales de ellas; que el trigo y cebada que sembró, produjo, que tiene abundante leña de arbustos de espinillo y poleo: que la península es abundante de pastos y muy defendida, porque su garganta o angostura no tiene más de media legua, y que está segura, y cierra 50 o 60 leguas de circunferencia; que en aquella costa hay ricos y abundantes pescados y mariscos, y que aquel campo abunda de liebres, guanacos y leones, de que se sustenta aquel destacamento.

De cuya exposición se debe inferir que las primeras informaciones se dieron sin preceder las exactas averiguaciones que pedía un asunto de tanta consecuencia, y que por sus circunstancias, sino debe despreciar aquel puerto

y su continente, es de necesidad explorarlo con más prolijidad, antes de decidirse por ningún proyecto de poblaciones.

Se ha supuesto según las primeras noticias, que el terreno de dicho puerto no es propio para sementeras; pero esto era preciso que la experiencia lo demostrase, haciendo suficientes pruebas en diferentes situaciones. Alegan que no hay aguas suficientes, sin embargo de haber algunos pozos en que la hay salobre; más que a distancia de 3 a 5 leguas se hallan manantiales de agua muy buena, de donde se puede conducir para gasto del establecimiento. También en éste se pueden fabricar balsas o aljibes en que se puedan recoger las llovedizas, supliendo el arte el defecto de la naturaleza. La falta de leñas es otro obstáculo que se propone para su permanencia, pero no se niega que hay bastantes de pequeños y delgados arbustos. La última dificultad consiste en ser el puerto desabrigoado en su fondeadero, por ser el terreno que lo cerca bajo; pero esto se puede vencer con buenas amarras, buscando el fondo más adaptado para las anclas, y me consta lo hay y más abrigado al lado del oeste, próximo a tierra. Hay muchos puertos que tienen este y mayores defectos; pero con todo no se abandonan, cuando de ellos resulta utilidad al soberano que los posee.

Es innegable que este puerto de San José es el más a propósito para el establecimiento de una armazón de ballenas, pues antes de entrar a él, existe la gran bahía, en donde se podrá hacer la pesca, sin salir al mar largo, aun dentro del mismo puerto; pues en él, en menos de dos meses, se pescaron y beneficiaron 14 ballenas, como lo afirma el teniente D. Juan Zalazar.

Los portugueses, en todas las armazones que tienen establecidas en la costa del Brasil, salen en lanchas pe-

queñas al mar alto a hacer la pesca, y a remolque con las mismas lanchas conducen a tierra las ballenas para beneficiarlas. Me hago cargo de no haber en esta situación leñas gruesas para el abasto de una semejante fábrica, pero esta falta se puede prevenir conduciéndola de donde la haya más próxima, en embarcaciones proporcionadas a este trajín. Mayor inconveniente tienen las embarcaciones extranjeras que vienen de tan lejos a estos mares, y benefician las ballenas y la esperma sobre sus cubiertas; para lo que necesariamente deben conducir leñas, y este embarazo no los priva de continuar en este trabajo todos los años, en la estación propia.

Es también dicho puerto de San José muy útil para la extracción de la sal, por la gran cantidad y buena calidad que en él existe, de cuyo artículo podrán cargar las embarcaciones, que a él naveguen con víveres o comercio; siendo tan importante este ramo para el abasto de estas provincias, y salazón de carnes que deben pasar a España.

Semejantes establecimientos en sus principios, excelentísimo señor, no se pueden conseguir sin expensas y sin inconvenientes; pues si todo se hallase a medida de nuestros deseos, ni el arte, ni las diligencias y trabajos tendrían mérito.

De la conservación de este puerto y de este establecimiento se sigue igualmente la utilidad de que nuestros navíos que pasan al mar del sur, y de éste al del norte, sabiendo que pueden en él recalar o arribar en urgente necesidad, tendrán la consolación de hallar un tal abrigo en unos mares tan tempestuosos y en los dominios de su augusto soberano. Bien considero que las embarcaciones que allí arriben no hallarán los socorros que necesiten; pero los podrá haber con el tiempo, formándose un depósito de los géneros más precisos, para poder con ellos

acudir a las necesidades de las embarcaciones arribadas. Y siendo las aguadas para las mismas el renglón más importante, ninguna dificultad considero en que se vayan a hacer en el puerto del río Negro, que se halla tan próximo de aquella bahía, enviando los toneles o pipas en embarcaciones que demanden poco fondo.

Parece que la Providencia ha permitido que las naciones extranjeras, principalmente la inglesa, no haya descubierto este puerto, porque si esto hubiera acontecido, sin embargo de sus incomodidades, que me parecen insignificantes, se hubiera aprovechado de él: pues ansiosamente lo ha solicitado conseguir en la costa patagónica.

El rey de Inglaterra, Carlos II, expresamente ordenó al caballero Juan Narborough, pasase a reconocer el Estrecho de Magallanes y la costa patagónica entre dicho estrecho y las poblaciones españolas, con orden de abrir, si le fuese posible, alguna correspondencia con los indios de Chile, estableciendo con ellos cualquiera especie de comercio. Las vistas de este soberano en ordenar este viaje, no eran solamente de hacer alianza con estos pueblos bárbaros para intimidar a los españoles y encerrarlos por este lado, más se extendían a otras ventajas independientes de estos motivos políticos. Consideraba que el comercio inmediato con estos indios, podría ser sumamente útil a la nación inglesa, extrayendo por los mismos indios el oro de las minas más ricas que los indios de Chile ocultan a los españoles, dándoles en cambio armas y municiones de guerra y otras comodidades que les hiciesen abrir sus minas; y que por la asistencia de los ingleses y su protección, vendrían a formar estos indios un pueblo considerable, etc. (*Voyage de Anson tom. I, pág. 231*). Estos mismos pensamientos y deseos pueden aún existir, y me parece muy importante el prevenirlo en seme-

jante caso, y mucho más después de llegar a su noticia esta descubierta, y teniendo noticia de ser este un puerto capaz de contener la mayor armada, y de una entrada tan fácil y segura.

Paso a reflexionar que, sin embargo de no poder entrar en el puerto del río Negro sino embarcaciones de pequeño porte, con todo no debemos abandonarlo, porque de las márgenes de su río e islas, se pueden extraer leñas para el abasto de la armazón que se pretende establecer en el de San José, por ser el lugar más vecino de éste; se pueden en dicho río hacer las aguadas para los buques que la necesiten, siendo para éste y otros fines indispensable conservar aquel presidio, para que cubra y defienda de los indios estos trabajos, y para procurar de atraer estos bárbaros al comercio de ganados y caballos, que pueden pasar de allí, como han pasado por tierra 100 caballos y 80 reses vacunas el año de 1783, tiempo en que dicho Salazar pasó desde San José al establecimiento del río Negro: y según la extensión de aquella península y sus abundantes pastos, se podrá aumentar el ganado, de suerte que pueda suministrar carnes a todas las poblaciones que se establecen en la costa patagónica; pues si los ingleses pretendían tener habilidad para extraer por medio de los indios el oro de Chile, y comerciar con ellos, ¿por qué no la tendremos nosotros para extraer de los indios pampas ganado y caballos?

El descubrimiento de este río Negro no se ha concluido: el piloto de la real armada, D. Basilio Villarino, lo hizo hasta la latitud de 39 grados, y me parece muy conveniente que se concluya; pues con bien fundadas razones debemos arguir, que desde su origen encamina su curso hacia las inmediaciones de la ciudad de Mendoza; y verificándose, como es de presumir, podrá dar la mano esta

ciudad y las poblaciones circunvecinas, con la del río Negro, trayendo víveres a ella, y llevando en retorno la sal: cuya averiguación también facilitaría un camino de tierra, para de Mendoza conducir ganados y caballos al río Negro. No dejo de advertir que el camino de tierra no se podrá transitar sin que sea por un cuerpo de tropas milicianas: pero como esto no se practicaría sino raras veces, no causaría grande incómodo, quedando el camino del río conocido para los viajes más repetidos. Este camino de tierra también sería importante en caso de ser preciso bajar un socorro de gente al río Negro o puerto de San José, desde Mendoza y demás ciudades vecinas; pues de no haberlo se vería en la precisión de hacer el gran rodeo de venir a buscar las campañas de Buenos Aires.

Esta averiguación y examen no se debe hacer en falúas ni pequeñas embarcaciones de quilla, mas sí en canoas, porque encontrando éstas obstáculos en el río, se sirgan con facilidad, pasándolas por encima de los arrecifes, y si encuentran saltos, se descargan y arrastran por tierra hasta vencer las dificultades en donde se vuelve a cargar; lo que no se puede practicar con embarcaciones de quilla. De esta suerte navegan los portugueses por todos los ríos del Brasil, sin que les impida ni saltos ni arrecifes. Yo mismo navegué en canoas 324 leguas, desde la ciudad de San Pablo, en el Brasil, hasta la población del río Igatimí, bajando por el río Tieté, que tiene 30 arrecifes y dos grandes saltos, la mayor parte de aquellos en que es preciso descargar las canoas, y saliendo al río Paraná, que navegué 80 leguas aguas abajo, subí el río Igatimí que tiene 16 o 17 arrecifes, trabajosos de subir, y los más de descargar las canoas y subirlas a la carga; y en dos meses llegué a aquella población, con ocho canoas cargadas de gente y víveres. Igual tiempo gasté en el regreso a San

Pablo, y cuando se quiera adoptar este método, que es el más propio, lo circunstanciaré con toda claridad.

De abandonarse la población del Río Negro, se sigue el abandonar los medios que nos pueden facilitar el descubrimiento de los terrenos incultos que median entre nuestras poblaciones de Mendoza vecinas a la cordillera de Chile y este establecimiento, por ser incontestable, que por este río y sus brazos se facilitará con más comodidad, de que por tierra: ni me hacen fuerza las dificultades halladas por el piloto Villarino en la navegación del río; pues así como él lo descubrió hasta el paraje donde llegó y dejó de continuar por falta de socorro, ¿por qué no se podrá continuar lo que falta hasta donde sea posible? Además, que en semejantes ríos hay cierta estación del año en que corren más caudalosos, que es el tiempo de las lluvias, y en este río con mayor razón, en el tiempo en que se derriten las nieves de la cordillera, de la cual necesariamente han de bajar muchos brazos y orígenes que le forman, y escogiéndose esta estación para la navegación, se hará la misma con más facilidad y menos inconvenientes; mas siempre en las embarcaciones que quedan indicadas.

A V. E. he oído reflexionar muchas veces cuanto sería importante al real servicio y en utilidad de los moradores de esta capital, que las guardias que guarnecen la frontera para embarazar las incursiones de los indios pampas, se avanzasen a más distancia de la en que se hallan, no sólo para desahogo de las estancias de ganados, como para prevenir a que los indios no llegasen con tanta facilidad a los sitios poblados a robar y matar los pobladores. Este proyecto sería muy conveniente poderle poner en práctica, pues vemos la opresión en que está la frontera ha tantos años, sin poderse dilatar sus moradores fuera del cordón que forman las guardias.

Por esta misma razón, sobre las que llevo expuestas, me parece importantísima la conservación del establecimiento del Río Negro, que da la mano al de San José, y queda más próximo de esta capital: así fuera posible formar a lo menos otro en la punta del este de la Sierra del Volcán, que podría ser en el sitio donde los jesuitas habían dado principio a una reducción de indios pampas, llamada *Nuestra Señora del Pilar*, que se abandonó. Sin duda se pondrán muchas objeciones a un tal establecimiento tan separado de la capital; pero es cierto que si no se procura el ir avanzando terreno, siempre nos conservaremos en el mismo estado oprimidos.

Esta población o presidio en un sitio del Volcán, me parece importante, porque con ella iremos poco a poco facilitando y asegurando un camino de tierra para los establecimientos de la costa patagónica que juzgo indispensablemente preciso, ya para la comunicación con ellos, ya para en caso de ser necesario por algún incidente enviar de aquí socorro de tropas, tener estos puestos de reserva para víveres, pertrechos y transportes por un camino carretero hasta el Río Negro, y más adelante. El estar el Volcán 80 leguas de esta capital, no debe servir de obstáculo a su fundación, pues todos los establecimientos de América tuvieron sus principios distantes de los socorros, y no por esto dejaron de conservarse. Mucho más distantes están los del Río Negro y San José, rodeados de indios bárbaros, y con todo no recelamos que los indios nos obliguen a desalojarlos.¹

¹ Lo mismo se verifica respecto del establecimiento del Río Negro, según la información de D. Francisco Viedma, en que muestra que aquel terreno tiene todas las circunstancias propias para deber existir la población en él.

Después que V. E. se dignó facilitarme el parecer del superintendente D. Antonio Viedma, sobre los establecimientos del puerto Deseado y bahía de San Julián, he mudado el concepto que formaba de estas situaciones, que se habían figurado antecedenentemente con un aspecto melancólico, faltos de todas aquellas circunstancias que pudiesen animar la empresa de poblarlos. Pero este ministro, celoso del servicio del rey, y muy inteligente observador, demuestra con evidencia las ventajas que él mismo experimentó, y que principalmente el puerto de San Julián merece todas las atenciones para repoblarse. Su informe es expresivo, convincente y claro, y contiene cuanto se puede desear sobre el asunto.

Presento el mapa geográfico que V. E. fue servido mandarme ordenase de los terrenos descubiertos, lo que hice por las noticias adquiridas, y planos que se han elevado de los nuevos puertos descubiertos: por él se conocerá la correspondencia que tienen unos con otros, y la que tiene esta capital con ellos. Sería yo feliz si V. E. aprobase el celo con que deseo desempeñar el concepto con que V. E. me honra, cuando me dispensa las ocasiones de emplearme en el real servicio, y de haberlo hecho con acierto.

Dios guarde a V. E. muchos años. Buenos Aires, 12 de agosto de 1786.

CUSTODIO SÁ Y FARÍAS

XI

Noticia individual de los caciques o capitanes peguenches y pampas que residen al sur, circunvecinos a las fronteras de la Punta del Sauce, Tercero y Saladillo, jurisdicción de la ciudad de Córdoba: como asimismo a la del Pergamino, Rayos y Pontezuela de la capital de Buenos Aires y Santa Fe: el número que gobierna cada uno, y de los lugares y aguadas que ocupan, y distancias, los cuales se hallan situados sobre los caminos hollados; el de las Víboras descubierto por el coronel D. José Benito de Acosta, y el maestro de campo D. Ventura Montoya en la expedición que se hizo el año de 76, y el nuevamente descubierto, llamado el de las Tunas, por los maestros de campo Diego de las Casas y D. Ventura Echeverría, en la presente expedición, y año de 79

Caciques

Nº de
indios

1. Puñaleph, anciano, vive sobre el camino de las Víboras. en el paraje de Colchague, y gobierna 10 indios con sus familias, en 10 toldos: siendo sus aguadas 7 pozos cavados: dista de la Punta del Sauce, 100 leguas poco más o menos 10
2. Lepián, anciano, tiene 20 en 10 toldos, y vive en Tenel, que quiere decir *recado hallado*. Tienen dos aguadas cavadas y cercadas, y dista un día de camino de Calchagué 20
3. Yanquelemus, asimismo anciano, tiene otros 20 en 10 toldos. Vive en dicho Tenel, y tienen dos pozos cavados y cercados 20

Caciques

Nº de
indios

4. Curruguilí, que al presente relaciona esta noticia con José Bruno, en mi presencia y capitanes. Tiene 10 indios en 6 toldos, siendo la aguada una laguna llovediza y pozo cavado, y viven en Antorué, que quiere decir *toro muerto*, y dista un día de camino de Tenel 10
5. Culucalquin, que quiere decir *águila*: tiene 16 indios en 10 toldos, y habitan en Maripil, que quiere decir *víbora*. Sus aguadas son 5 pozos pequeños y dista de Antorué medio día de camino 10
6. Ancapichui, de mediana edad, que quiere decir *perdices*, cuñado de Curruguilí, tiene 15 indios en 10 toldos: vive en Chadelan-guen, que quiere decir *agua salada*, y sus aguadas son 5 pozos cavados: dista un día de camino de Maripil 15
7. Tumulemuí, que quiere decir *monte*, hermano de Curruguilí, tiene 6 indios en 6 toldos. Vive en Metrenquel, que quiere decir *poste parado*. Sus aguadas son 4 pozos cavados, y dista un día de camino de Chadelan-guen 6

NOTA. Los lugares y parajes que van mencionados, quedan al poniente del camino, con rumbo al naciente, y confinan con los caciques y lugares nuevamente descubiertos sobre las Nuevas Tunas, por dichas maestros de campo D. Diego de las Casas y D. Ven-

<i>Caciques</i>	<i>Nº de indios</i>
tura Echeverría, hallándose dichas tolderías en el medio del referido camino y de las expresadas Nuevas Tunas descubiertas: siendo las tolderías avanzadas en la presente expedición hecha, por los citados maestros de campo Casas y Echeverría.	
8. El cacique Maripol tiene 10 indios en 5 toldos, siendo la aguada dentro de un médano grande que se llama <i>Teguás</i> , y dista tres días de camino de Metrenquel	10
9. En el citado paraje se encontraron 3 tolderías más, y unos y otros con los antecedentes componían 22 indios, a los que se les trajo la chusma de 42 piezas	22
10.	
11. Llancon, tiene 30 indios en 10 toldos, vive en Colulanquen, que quiere decir <i>laguna grande</i> , como en efecto lo es, con tres ojos de agua que la forman, y dista cinco leguas de Teguás, y en el mismo camino, rumbo al sur	30
12. Rainao, que vive en el mismo Colulanquen, y es el que más supone entre aquellos indios, tiene 30 indios en 15 toldos	30
13. Aygopillan, que reside en la dicha laguna, tiene 20 indios en 10 toldos	20
14. Catruen, que vive a la vista de las antecedentes tolderías, tiene 8 indios en 4 toldos, siendo la aguada 2 pozos cavados	8

Nº de
indios

Caciques

15. Painemanque, que quiere decir *Cóndor anciano*, tiene 14 indios, incluidos cuatro hijos, en 7 toldos: vive en el paraje de Quilquil, que quiere decir *pájaro chiquito*, cuyas aguadas son 4 pozos cavados y cercados. Dista dos leguas del antecedente, sito sobre el mismo camino, tras de un cerro pequeño 14
16. Guaiquiente, que quiere decir *Sol*, anciano, tiene 15 indios, con inclusión de cinco hermanos en 10 toldos: vive en Arpiel, lugar de monte por el que pasa el camino rumbo al sur; y sus aguadas son 6 pozos cavados. Dista dos leguas de Quilquil, y hay lagunas de agua llovediza 15
17. Canipayú, que quiere decir *pericote*, de mediana edad, tiene 15 indios y 5 hermanos en 7 toldos, viven en Chin. Sus aguadas son 2 pozos grandes cercados, distantes de Arpiel como dos leguas 15
18. Carimangue, que quiere decir *cóndor*, tiene 10 soldados en 7 toldos: vive en Mamucanán, siendo su aguada un pozo cercado y tres lagunas llovedizas, y reside a la vista de Chin 10
19. Antuanque, que quiere decir *avestruz*, tiene 20 soldados en 16 toldos: vive en Conquaí, que dista medio día de camino de los antecedentes. Sus aguadas son 2 pozos cavados y tres lagunas grandes llovedizas 20

*Caciques*Nº de
indios

20. Picuimanque, tiene 10 soldados en 6 toldos: vive en Chaquilque, en distancia de mediodía de camino de Conquaí: sus aguadas son 3 pozos cavados. Este lugar está sobre el camino de las Nuevas Tunas, descubierto a la izquierda y rumbo al sur 10
21. Mariñanco tiene 10 indios en 6 toldos: vive en Chadí, a la vista de Chaquilqué 10
22. Maliguenú, que quiere decir *pedras*, tiene 10 indios en 6 toldos, y vive a la vista de Chadí 10
23. Antemanque, tiene 11 indios en 6 toldos, y vive en dicho Chadí; siendo la aguada 3 pozos cavados 11
24. Nancopillan, ya viejo, tiene 20 soldados en 10 toldos, vive en Checau, que dista tres leguas de Chadí. Su aguada es un pozo cavado y cercado, bastante grande 20
25. Curripulquí, anciano, tiene 18 indios en 10 toldos: vive en dicho Checau, que dice *médano colorado*. Está a la vista del cacique Nancopillán, y tiene pozos cavados 18
26. Lanquenerrí, tiene 20 indios en 9 toldos, vive en Caichiguá, que dista un día de camino de Checau sobre el mismo carril. Sus aguadas son pozos cavados y pequeños 20
27. Chañal, tiene 30 indios en 20 toldos, y vive en Relanquén, distante mediodía de camino

<i>Caciques</i>	<i>Nº de indios</i>
de Caichiguá. Sus aguadas son pozos cavados y pequeños	30
28. Maripí, tiene 26 indios en 14 toldos, y dista un día de camino de Caichiguá, siendo sus aguadas 10 pozos cavados	26
29. Creyu, tiene 20 soldados en 10 toldos, y que vive en Rarrín, un día de camino de Colulanquen, siendo sus aguadas pozos cavados	20
30. Painequeo, tiene 17 indios en 8 toldos; vive en Meuco. Sus aguadas son 8 pozos cavados pequeños, y dista un día de camino, sin agua, de Meuco	17
31. Cheuquel, viejo, tiene 20 soldados en 10 toldos: vive en Checalgo, distante un día de camino de Meuco, y tiene pozos cavados	20
32. Caipí, tiene 10 soldados en 6 toldos: vive en Colcó, que quiere decir <i>médano</i> , y dista un día y medio de camino de Checalgo	10
33. Caripí, tiene 20 soldados en 10 toldos, y vive en Trobalanquen, dos días de camino de Colcó, siendo sus aguadas 7 pozos cavados	20
34. Calloani, tiene 17 indios en 10 toldos: vive en Checalgo un día de camino de Trobalanquen, siendo sus aguadas pozos cavados ..	17
<i>Del caril citado se aparta otro al naciente, en el que viven los caciques siguientes:</i>	
35. Puiñancó, tiene 30 indios en 20 toldos: vive en Currumán y se mantienen en pozos cavados	30

<i>Caciques</i>	<i>Nº de indios</i>
36. Antañanco, tiene 20 indios en 10 toldos, y vive en Trobal, junto a una laguna salada, que dista un día de camino de Currumán . .	20
37. Labangenri, tiene 20 indios en 10 toldos, y vive en Caichigoa, que quiere decir <i>Agua de cerro</i> , y que es laguna pemanente: dista día y medio de camino de Trobal	20
38. Canigurri, tiene 10 soldados en 8 toldos: vive en Renancó, un día de camino de Caichigoa	10
39. Catrinaoel, tiene 30 indios en 20 toldos, y vive en el mismo paraje de Renancó	30
40. Colomilla, tiene 24 soldados en 11 toldos, y vive en Guadameo, que quiere decir <i>calabaza</i> . Sus aguadas son pozos cavados, distante un día de camino de Renancó	24
41. Curuante, que quiere decir <i>sol</i> , que tiene 10 soldados en 5 toldos, y vive en Remeloo, distante un día de camino de Guadameo, siendo sus aguadas pozos cavados	10
42. Cauchuante, tiene 30 indios en 10 toldos: vive en Cunloó, mediodía de camino de Remeloo, y tiene pozos cavados	30
43. Tipayante, tiene 10 soldados en 6 toldos: vive en Intimeu, un día de camino de Cunloó, y tiene pozos cavados	10
44. Rapimanqui, tiene 8 soldados en 4 toldos: vive en Noalmapú, un día de camino de Intimeu. Su aguada son pozos cavados	8

*Caciques*Nº de
indios

45. Runcapayú, tiene 8 soldados en 4 toldos: vive cerca de Noalmapú 8

46. Viscalanxen, tiene 8 soldados en 4 toldos: vive en Chadilanquen, mediodía de camino del antecedente. Sus aguadas son pozos cavados 8

Suman todas las partidas 748

NOTA. Siguiendo el mismo camino y rumbo al sur, con tres días de camino, se encuentran las tolderías del cacique Panemanqué, que tiene 60 indios, y vive sobre el río Chadilé, que es hondo y barrancoso, y que lo pasan por puentes de sogas, que llaman *quanpie*, y son peguenches. A las riberas del mismo río, según la relación de los intérpretes, habitan los caciques Ancaloan, Gaiquillan, Guanchupan, Noboluení, Yanquetur, Buenomilla, Umiguanqui, Antemanqui, Llanquel, que vive en Poto: y sobre el mismo río, donde hay dos puentes en distancia de media legua una de la otra, Colomanin y Cologoan, todos caciques. Los dichos intérpretes no dicen el número de indios que gobierna cada uno, y sólo dan a entender que tienen mayor número que los anteriores nombrados; y dan noticia de que más adentro, hacia las faldas de la cordillera, hay otros ríos caudalosos, distantes dos días de camino de Chadileu, y que se llaman, *Vueileo* y *Neuquén*, cuyo tránsito dicen ser sin agua. Que los indios huilliches son enemigos de éstos y que nacen dichos ríos de las cordilleras: asimismo declaran de los cautivos cristianos que tienen los caciques e indios particulares, a saber: El caci-

que Lepian tiene una niña y un negrito, de los que llevaron del Saladillo, y tropa del canónigo: y un soldado del dicho, llamado Peñegant, tiene otra chica; y otro, llamado Lemudes, tiene otro negro. Villaguili, hermano de Currugulí, tiene una niña del Saladillo. Antiguanqui, cacique, tiene otra niña chica. Mariñanco, cacique, tiene una señora mayor. Antemaique, cacique, tiene un niño. Currupulqui, cacique viejo, tiene un niño que habla castellano. Guaichullanqui tiene un mozo grande. Cariqueu, sobrino de Quedequeu, cacique, está casado con una señora. Puillalef, hijo de Colomilla, cacique, tiene una niña chica. Ayllaphí, hijo de Cuequemilla, tiene un mulato grande, llamado José. Carigoan, soldado de Carimanque, tiene una señora grande muchos años ha. Humiante, soldado de Canipayú, tiene un mozo. Ruiquilante, hermano de Canipayú, tiene una hija de Bengolea del Río Cuarto, que porque le mataron un hermano se la dieron en pago. Yucanante, hermano de Canipayú, tiene un mozo grande desde mucho tiempo. Guanquemilla, yerno de Raiñaneo, tiene un mozo grande, llamado Juan, de la jurisdicción de Buenos Aires, el que dicen lo hallaron perdido.

Todas estas noticias, parte de ellas son dadas por José Largo y su mujer Teresa López, pampas cristianos que fueron de la reducción de jesuitas, y que al presente se hallan en el Chaco, y parte por José Bruno, renegado cristiano, por el cacique Curuilí, y el sobrino del cacique Lepian, que se hallan presentes. Los que asimismo dan razón de los renegados cristianos que habitan en el Chaco, Luis Ramón y Juan Antonio, pampas de la reducción del Río Cuarto que residen en Tenel, Lepian y Llanquelemus. Es lo que se ha podido adquirir de los referidos indios, y aunque he procurado inquirir con preguntas y repreguntas, no se ha podido conseguir más individual noticia. Dada

en esta frontera del Río Tercero y Saladillo, en 14 de agosto de 1779.

DIEGO DE LAS CASAS

Por el seguimiento del enemigo que hicimos en la invasión que se ejecutó en esta frontera del Saladillo, y la presente expedición de 12 de junio, se ha logrado la ventaja de haberles descubierto a dichos enemigos, los carriles, y desentrañádoles en parte sus habitaciones, para mejor lograr castigarles en lo sucesivo: mayormente con la baquía que se ha tomado, de que se carecía en tantos años, como que ni aun los capitanes fronterizos conocían el paraje de las Tunas que se está fortaleciendo. En el día pueden guiar las marchas aun los más escasos de luces, de los que concurrieron a dicha expedición.

CASAS

XII

Diario de la expedición, que de orden del Exmo. señor virrey acabo de hacer contra los indios bárbaros peguenches

El día 18 de febrero de este año (para el que tenía anteriormente dispuesta la marcha para campaña) salí de esta ciudad de Mendoza entre tres y cuatro de la tarde, con un corto número de gente que se juntó, sin embargo de tener citadas para aquel día todas las compañías: y puesto en marcha llegué al ponerse el sol a la barranca del río, donde me mantuve aquella noche.

Día 19. En este día pasé revista de la gente que tenía,

y siendo muy corto el número, me fue preciso dar parte de ellos al justicia mayor de ésta (que en mi ausencia había quedado con el mando de las armas) para que inmediatamente hiciese salir y seguirme todos los que se habían quedado; y asimismo me mandase la caballada destinada. Y por este motivo tuve que mantenerme en aquel paraje hasta la resulta de mi orden.

Día 20. Todo este día estuve esperando la gente y caballos que tenía pedidos; hasta que viendo no parecía ni lo uno ni lo otro, ejecuté lo que expresa el día siguiente.

Día 21. Viendo la total inobediencia de los vecinos y moradores en concurrir al cumplimiento de su obligación, mandé a la ciudad al capitán de infantería, D. Pedro de Encinas, con dos subalternos y 30 hombres, con orden de que hiciese salir todas las personas útiles, a excepción de las empleadas en justicia y rentas, bajo las penas que ya tenía publicadas por bando.

Día 22. Como con lo que practicaba ya el capitán Encinas me iba llegando alguna, aunque poca gente, emplée este día en alistarla e incorporarla con la otra, que ya estaba. Pero habiendo observado en toda que muchos se presentaban de día, y se desaparecían de noche, regresándose a sus casas, tuve que tomar otra resolución que cortase este inconveniente.

Día 23. A las doce de él, viendo que aún no aparecía el expresado capitán Encinas, mandé aprontarse a la gente para marchar de aquel paraje; a cuyo tiempo tuve aviso de que ya venía aquél, marchando con la que había recogido. Como de facto llegó de allí a poco con solo 53 hombres, entre patricios, portugueses y santiagueños: y haciéndome presente el capitán que aquella gente y sus caballos no habían comido en dos días, les mandé dar ra-

ción, con orden de seguirme luego; pues yo en el instante me puse en marcha con la que tenía, hacia el fuerte de San Carlos, y habiendo llegado al ponerse el sol a la Cañada del Carrizal (7 leguas de distancia), hice alto para que cenase la gente: lo que practicado, marché a las ocho de aquella noche hasta la Estacada, que dista de este último paraje 10 leguas, donde llegamos a las cuatro de la mañana; y a las nueve y media me alcanzó allí la partida, que se había quedado atrás.

Día 24. En este paraje me detuve hasta la una para las dos de la tarde, en que marché y llegué al citado Fuerte de San Carlos, distante 12 leguas, a las nueve y media de la noche.

Días 25, 26 y 27. Estos los empleé en formar y alistar toda la gente; que hasta entonces mucha parte de ella había andado desparramada por las estancias circunvecinas, en recoger ganados y caballos. Arreglé hasta diez compañías, cada una de 60 hombres con sus respectivos oficiales: lo que no me dio poco que hacer, por haberse presentado aquellas tan escasas de gente, que unas solo tenían 10 hombres, otras 7 y alguna 3. Hecho el arreglo y repartidas las listas a cada capitán, se dieron éstos y sus subalternos a reconocer a la respectiva gente que debían mandar; que componía el número de 681, inclusive 10 artilleros que manejaban cuatro cañones y tres pedreros de bronce.

Día 28. Ese día me fue preciso detenerme a esperar los víveres que había quedado mandarme el justicia mayor: de los que por fin llegaron siete cargas solas, de las veintiuna que debían ser: cuyas raciones distribuí a los soldados, por ahorrar el costo de las cabalgaduras de su conducción, respecto a ser aquellas de bizcocho, tabaco y charque.

Día 29. A las diez de este día, sin embargo de no haber llegado lo restante de los víveres, me puse en marcha, y llegué a las tres y media de aquella tarde a lo de Alvarado, distante 7 leguas.

Marzo 1º Al romper el día me puse en marcha, y a las once de él llegué a Llaucha, distante 8 leguas.

Día 2. Salí de este paraje, y como a las diez de la mañana llegué a la Ciénaga de los Papagayos, distante tres leguas, donde hice alto para esperar el aviso de la partida que anteriormente había mandado a la junta de los ríos Atuel y Diamante, a bombear el campo del enemigo, por ser el paraje preciso de su establecimiento.

Día 3. En este día mandé a las órdenes del reformado D. Melchor Sanabria, 12 hombres, al Paso de las Salinas, que llaman *Orillas del Diamante*, a esperar el correo, llevando orden de mandar los exploradores de la junta de los ríos, acerca de que notasen.

Día 4. A la una de éste, viendo que no había aviso de uno ni otro de dicho paraje, marché al Arroyo de las Cortaderas, distante 6 leguas, donde llegué a las cuatro y media de la tarde; del que despaché a dicho Sanabria dos hombres al Paso de las Salinas, participándole la nueva determinación que había tomado, y el paraje a donde me podía salir a encontrar.

Día 5. En el mismo paraje me mantuve todo ese día, esperando a ver si en él venía algún aviso de alguno de los dichos parajes.

Día 6. Como a las doce de éste llegó un hombre despachado por Sanabria, participando no haber novedad alguna hasta el presente, y pidiendo refresco para su gente, que se le mandó: y previno que al siguiente día 7 marcha-

ba con el cuerpo para el Arroyo de la Faja. Pero como a las nueve y media de la noche recibí aviso de Sanabria, participando habérselo juntado el capitán D. Mateo Urtubia, que fue a reconocer la junta de los ríos Atuel y Diamante, diciendo que en todos aquellos parajes no se notaba rumor ni rastro alguno; y sí sólo se reconocía la huella vieja, por donde había pasado el enemigo el año anterior.

Día 7. Al salir el sol seguí mi marcha para el Río Diamante, distante 5 leguas: llegué y acampé en él a las diez y media de aquél; y distribuyendo ración a la gente, seguí para el río Atuel, distante 16 leguas, que fue forzoso andar de traspasada, por no haber dónde refrescar la gente, ni pastorear los animales.

Día 8. A las tres llegué al río Atuel, donde me detuve todo él; y de allí despaché una partida de 55 hombres, los 5 para recorrer el campo, y los otros para sostenerlos en caso necesario.

Día 9. A las tres de éste recibí aviso del capitán D. Jacinto Lemus, en que me decía haber recibido un correo del capitán de los indios santiagueños, Mateo Delgado, quien le participaba que por el paraje que salieron los enemigos con el robo de Chile, se veían cinco rastros, y que éstos habían retrocedido: que aquéllos llegaban hasta el paraje de los Chacayes, distante de Atuel 6 leguas. Que en este concepto era de parecer me mudase al río de los Sauces, por estar bueno de pastos. Con este aviso me puse en marcha a las dos de la tarde, y como media legua antes de llegar a los Chacayes, recibí otro correo del expresado capitán Lemus, reiterándome pasase a dicho río de los Sauces, respecto a que los antedichos cinco rastros se encaminaban al sur, no quedando duda ser de indios. Con esta noticia aceleré la marcha, y como a las once de la

noche recibí otro correo del mismo, avisándome hallarse ya en el río de los Sauces; pero con bastante cuidado de ser asaltado por el enemigo, y así me diese prisa en llegar. Como de facto llegué a las dos y media de la mañana, donde acampé todo aquel día; mandando 14 hombres a explorar el campo, respecto a contemplarme ya una jornada del paraje donde podrían estar las tolдерías del enemigo; y poco antes de ponerse el sol, se divisó un humo hecho de aquél. Esta partida me dio aviso a las ocho de la noche de haberse internado los rastros antecedentes como hacia el Potrero, que llaman del Río de San Pedro; y que por la sierra de la endrecera del Corral de los Guanacos se observaba otro humo: y que con esta novedad hacían ánimo de internarse a su reconocimiento; y que en esta atención procurase yo avanzarme al Río de San Pedro para sostenerlo: lo que ejecuté como se verá por el día siguiente.

Día 10. Al salir el sol me puse en marcha, y habiendo llegado a dicho río a las once y media, que dista del de los Sauces 6 leguas, luego que aposté, recibí aviso de la dicha partida, previniéndome su oficial no notarse novedad alguna hasta el Corral de Guanacos, ni por el otro lado. Que él proseguía su marcha, y que no dejase yo de llegar en toda aquella tarde al expresado Corral de Guanacos: como de facto lo verifiqué a las seis de la tarde, distante este paraje del antecedente 7 leguas. La expresada partida llegó a mi campo a las doce de la noche, trayendo dos cautivas, madre e hija; dejando otra muerta, por haberse querido huir al pillarla, y parecerle a la gente de lejos ser hombre que pudiese dar aviso en las tolдерías.

Día 11. Este día, con la ocasión de haber examinado por el lenguaraz, Justo Antonio Guajardo, a dichas pri-

sioneras, y haber declarado que los caciques Guentenau y Troco habitaban 14 leguas de allí, seguí la marcha con las precauciones que pedían las circunstancias, y en ella volví a examinar a aquéllas, y preguntándoles por el cacique Ancan, dijeron que acababa de llegar de las pampas de Buenos Aires con bastante hacienda robada y una cautiva; y que acompañaba al expresado Ancan el cacique Troco. Y examinadas nuevamente se justificó lo contrario, porque habiendo hecho la empresa en sus tolдерías, y examinándolas con las demás cautivas, han declarado que dicho Ancan se hallaba por Buenos Aires, con la determinación de asaltar a aquellos pagos, y se ha verificado ser cierto todo lo dicho respecto que a vuelta de nuestra marcha hemos encontrado la tolдерía del referido Ancan vacía, que a la sazón hizo fugar sus familias, por habernos sentido el día antecedente.

En este mismo día llegué a los altos de la Sierra del Río Grande, internándome todo el día por las laderas y cumbres de aquélla, sin embargo de su aspereza; no obstante de que entre medio de las sierras se hallan varios valles abundantes de pastos y aguadas. Dista este paraje del antecedente 12 leguas, donde hice alto: pero habiéndose divisado, al ponerse el sol, hacia su horizonte, una eminencia, en que parecía haber tolдерías, mandé una partida de 25 hombres a su reconocimiento; y dejando la hacienda y caballada custodiada en aquel paraje, marché luego, siguiendo la ruta de los exploradores, con los que di a las dos leguas, y me dijeron no haber novedad alguna, y que lo que nos había parecido tolдерías no lo eran: con lo que acampé en dicho paraje.

Día 12. Al amanecer de éste, marché hasta la orilla del Río Grande, que dista dos leguas, donde me detuve hasta

las cuatro y media de la tarde, por no ser sentido del enemigo: en que seguí la marcha por su orilla hasta la oración, encontré su vado y lo pasé; no siendo posible por otra parte, por lo caudaloso de él; pues a la verdad le llaman con razón el *Río Grande* de aquellos parajes. Pasado el río me fui encaminando por la misma huella de los animales que hallábamos del enemigo, y siguiendo siempre la partida avanzada que mandé a cargo del lenguaraz Guajardo.

Días 13 y 14. A las cuatro de la mañana de éste, después de haber andado 10 leguas en la noche anterior, me dio aviso dicho Guajardo, que marchase prontamente, por estar ya inmediato una toldería, que era preciso avanzar antes del amanecer. Con esto, acelerando yo la marcha, llegué antes de salir el sol a las tolderías, que rodeamos y asaltamos con la mayor presteza: pero sin embargo, nos habían sentido los indios y empezaron a querer huir por la barranca del río, ocultándose entre sus peñascos; sin dejar muchos de ellos de hacer frente: por lo que fue preciso hacer fuego, que no fue mi primera intención, siempre que no fuese preciso. Lo primero, por ver si los podía tomar a todos vivos; y lo segundo por no alborotar la comarca y perder el lance con otras tolderías que pudiese haber inmediatas. Como de facto había una a distancia de tres cuartos de legua; de lo que, cerciorado de las patrullas, mandé 300 hombres a embestirlas, que, aunque puestas en fuga, se logró matarles 28, y tomarles prisioneros 19.

Entre los muertos de la primera toldería, lo fueron los tres caciques, Lliguenquen, hermano de Ancan, y el famoso Guentenau, el más anciano de esta nación peguenche, y el más terrible ladrón de nuestros campos y de las pam-

pas; y el tercero, el capitanejo Longopag. Yo sentí mucho la muerte pronta de estos tres perillanes, pues a haber vivido, hubiera tenido el gusto de mandárselos a V.E., para que por su edad y proezas hubiera sabido cosas que la casualidad de su muerte nos ha ocultado. Estas dos tolderías las hallamos en el paraje que llaman el *Campanario* (así dicho por un cerro eminente que tiene figura de tal), en medio de ambas cordilleras, jurisdicción del Río de la Plata, y a la derecha de Maule, al este de dicho paraje; que según las marchas se regulan 129 leguas desde Mendoza hasta el expresado Campanario.

Luego de la acción despaché 200 hombres para arrear nuestras caballadas y ganados, que como he dicho las dejé a 6 leguas de distancia, con la custodia correspondiente, y me mantuve en el campo de batalla todo aquel día, corriendo los cerros inmediatos por ver si se dejaban ver enemigos: como de facto se logró tomar algunos; y como a las cuatro de la tarde se descolgó de la serranía una china montada en una yegua, y se nos entregó, creyendo fuésemos de los suyos, según después dijo.

Puestas al anochecer las patrullas avanzadas, que pedían las circunstancias del tiempo y del terreno, en paraje rodeado de enemigos, según lo que habían dicho las prisioneras, a breve rato me dio aviso uno de los oficiales, que respecto de la claridad de la luna habían divisado 66 indios, que habían bajado del cerro a bombearnos, pero que inmediatamente se habían desaparecido: y de la otra banda del río, me avisó otro oficial de otra patrulla haber divisado algunos enemigos, y que a las dos de la mañana los había acometido, sin más suceso que el haber disparado a uno, dicho oficial, su carabina y haberle muerto el caballo, marchándose el jinete, pero herido, según pensaba, por el paraje donde hirió el caballo; no determinándose

el oficial a seguirlos hasta el día, por no caer en alguna emboscada. Y llegando después al paraje donde había derribado al caballo, lo hallaron muerto, y a su lado un sombrero de cuero, forrado de alquimia y una lanza, como también un caballo ensillado: por lo que es de creer que muerto el dueño, lo retiraron sus compañeros.

Con lo ocurrido del dicho tiro, se alborotó nuestra caballada, que no estaba lejos; de tal suerte que estuvo para llevarnos por delante o descomponernos la formación: y lo hubiera hecho si no hubiera sido por algunos fusilazos que se le tiró por delante, con lo que mudó su tropel de rumbo; al que acudiendo yo con 25 hombres los pude contener y sosegar, no habiendo más desgracia en toda la acción de nuestra parte, que un hombre herido, que después murió, de haberle alcanzado, por hallarse desviado, uno de los tiros.

De los enemigos murieron 106, entre ellos algunas mujeres y chicos, que en la confusión no se pudo evitar su estrago; y hubiera sido total, a no contener yo el justo desquite de los nuestros: digo justo, porque algunos llevaban consigo el reciente dolor de la muerte inhumana de aquellos mismos bárbaros; y lo más, la total disolución de sus haciendas y campos. Se han tomado 123 prisioneros entre mujeres, niñas y niños de 10 a 11 años para abajo; y de las primeras una nieta del cacique Guentenau, que ya era reconocida entre ellos por cacica, aunque soltera, por no haber en su nación quién pudiese comprarla en 100 pagas, en que según su rito estaba valuada su mano. Se les han tomado 99, entre caballos y yeguas, 17 vacas lecheras, 1114 ovejas, 200 cabras, que unas y otras se les dieron de raciones a nuestra gente. En sus toldos se encontraron cuatro cotas de malla de acero, 58 lomillos y 131 lanzas; 11 de las que en otras ocasiones les habían

tomado a los nuestros y las 20 suyas; dos llaves de fusil del rey, una plancha de otra, varias menudencias, como algunos frenos chapeados, espuelas de plata, tembladeras y otros chismes de este uso. A las prisioneras se les trata con la humanidad con que se me explicó la prevención de V. E., no permitiendo se les llegase a su ropa; conduciéndolas a ésta, donde quedan distribuidas en casas de mi satisfacción, para su cuidado y educación. No se ha traído indio grande alguno, porque los que no pudieron escaparse en la acción (que fueron pocos), quisieron más bien morir que entregarse.

Día 15. Bien querría yo haber proseguido con otras empresas, pero me vi precisado a no internarme más: lo primero, por contemplarme muy falto de caballada, que en una marcha tan larga y de caminos tan fragosos la miraba muy aniquilada: lo segundo, por estar cerciorado de las prisioneras, que por todas aquellas serranías eran muchas las tolдерías e indiadas que había: y lo tercero, el tener presente la proximidad de las cosechas de este país. Por esto pues, di la orden de marchar, y estando ensillando me dieron aviso de que por la orilla opuesta del río se divisaban seis indios, con lo que hice salir una partida en su alcance, mandada por el comandante del Fuerte de San Carlos, D. Francisco Esquivel y Aldao, quien por más que se empeñó no les pudo dar alcance, pues se habían ya retirado aquellos a los cerros. No obstante, el expresado Aldao me mandó pedir 50 hombres de fusil para seguirlos, lo que no tuve por conveniente por la imposibilidad de alcanzarlos, y el temor de acabar de fatigar nuestros caballos y acaso perder la acción. Respecto a lo dicho, y a que conceptué que, aunque no se dejaban ver más que aquellos pocos enemigos, podría estar oculto entre la as-

pereza del cerro algún trozo: como se empezó a conocer después que, retirándose de mi orden dicho Aldao, se empezaron a divisar detrás de aquellos seis indios otros, al parecer, como 40, sin poderse acabar de conocer por el estorbo de las peñas, si eran éstos solos o mucho mayor número, como verosíblemente podía suceder.

Incorporado conmigo dicho comandante Aldao, seguí la marcha al paraje de las Arenillas, distancia del Campanario seis leguas, y adonde llegué a la una del día, donde dí descanso a la gente. A poco rato me dieron aviso, de que por la retaguardia nos venían siguiendo 10 indios, y así mandé 60 hombres que luego volvieron diciendo, que con su vista se habían retirado los enemigos a las alturas. A las tres de la tarde me puse en marcha, y a poco rato hallándome en la cuesta de los Chacleis (donde paré esta noche) y que dista tres leguas de las Arenillas, divisé en la cumbre del otro lado del Río Chiquito un humo, que nos hizo este mismo enemigo que se acababa de retirar, y me presumí que lo harían para avisar nuestra inmediatez a otras tolderías de indios, para que vieses, como se verificó al día siguiente, la ruta de este camino o cuesta de los Chacleis. Se determinó internarnos por este camino: lo primero, por reconocer los valles que entre medio del Río Grande se ofrecen, con abundantes pastos y aguas que en ellos se encuentran, y ser aquí la precisa residencia del cacique Ancan y sus aliados; y por practicar la diligencia con eficacia, para poderles invadir en caso de encontrarle, y por descubrir dichos valles que entre estas serranías se hallan: como de facto se han verificado, según y en los mismos términos que se me tenía informado por el práctico o lenguaraz, Joaquín Antonio Guajardo.

Días 16 y 17. Puesto en marcha al aclarar el día, dimos

a las diez de él con las tolдерías que dijimos el día antecedente, y en ellas conocimos hacer poco rato se habían huido sus habitantes, pues encontramos en ellas varias menudencias, sacos de sal y ponchos a medio tejer: y habiéndose aprovechado de estos despojos la gente, les hice dar fuego a aquéllas y seguí la marcha hasta el Arroyo Bullinco, que dista cuatro leguas, y de allí hasta el paraje Minchemelinqué, que dista tres leguas: es de muchas aguas y pastos.

Día 18. Marchamos y llegamos al valle o Cabecera del Yeso, a la una y media de la tarde; y a las dos continuamos, y llegamos al ponerse el sol al paraje llamado el Río de Montañez, que dista 4 leguas y 8 del Arroyo Bullinco.

Día 19. En este día pasamos dos veces el Río Grande, y llegamos a la una y media de la tarde, a la junta de los ríos, que dista 4 leguas; y caminando después de comer, llegamos a puestas de sol a las Cuevas, que distan otras 4 leguas, donde hicimos noche, por ser paraje de muchos pastos, bellas aguas y buena leña.

Día 20. Salí después de mediodía, y llegué a las cinco de la tarde al paraje de las Cuevas, que dista tres leguas; y como a las nueve de la noche me dio parte el capitán Ortubia, que venía cubriendo de retaguardia, a las órdenes del capitán D. José García, que se divisaban 10 jinetes enemigos que seguían nuestra marcha, y que a su retaguardia se notaba mucho polvo, como que los seguía mayor número. Con este aviso mandé acercar a nuestro campo nuestras caballadas, y despaché dos partidas a reconocer el terreno, quedando yo con la tropa sobre las armas toda la noche: pero habiendo amanecido y disipada la novedad, di orden de marchar.

Día 21. Al amanecer de este día marché y llegué a las

once y media al Valle Hermoso, en donde hice alto por ser ameno, pues lo rodean dos arroyos, de los ríos el Cobre y Santa Helena; y asimismo hay una laguna de media legua de largo, capaz por su fondo de recibir un barco de los del río de la Plata: y a poca distancia del camino se hallan unas salinas, y para pasar a las Diaretas, donde hice noche, hay que pasar una ladera o cerro muy encumbrado.

Día 22. Al aclarar marché, y llegué a las diez y media del día al paraje del Alberjal. Marché a la una y media de la tarde, y llegué a las cinco al Valle de las Ánimas, donde hice noche.

Día 23. Al tiempo de marchar mandé 50 hombres de fusil y lanza, a las órdenes del teniente D. Francisco Barros y un práctico, a recoger 36 caballos, que por flacos habíamos dejado hacia el río de los Sauces; y a poca distancia por la costa del río encontraron un perro de los indios y varios rastros de caballos. Siguiendo al perro 4 de los nuestros, hallaron dos indios muertos a balazos, según las heridas de las cabezas, y con visos hacía poco los habían muerto: de que inferimos que habrían estado allí algunos indios a la recogida de la fruta, de que hacen chicha, y por alguna altercación los habrían muerto. Siguiendo yo la marcha llegué a las Cortaderas, que es el desemboque de la sierra, por donde se descuelga el río Salado, que dista 5 leguas, donde hice alto. Siguiendo la marcha a la una de la tarde, a las cinco y media de la tarde llegué al río Atuel, donde pasé la noche; y de donde determiné, como lo hice, mandar tres hombres a dar parte de todo lo hasta allí acaecido al corregidor de ésta.

Día 24. A las doce de este día me puse en marcha y llegué a las cinco y media de la tarde al cerro y aguada

que llaman de los Buitres, distante 7 leguas; de cuyo paraje despaché un oficial con dos hombres, para que el comandante del fuerte de San Carlos me aprontase a mi llegada, en el Valle de Uco y Potrerillo, 300 caballos, por estar falto de ellos el ejército.

Día 25. Al romper el día marché, y llegué a las cinco de la tarde al río Diamante, e hice alto en una isla que hace el río mismo, y el cerro que está al norte: cuya situación tomé, por ser la más adecuada respecto a ser ya tarde, para que el cuerpo subiese a la cumbre o plano de dicho cerro, que es preciso para tomar camino real. A las diez y media de la noche se armó una tempestad, que después de muchos relámpagos y truenos descargó una copiosa lluvia, de que provino un gran ruido que parecía caer piedra: hasta que, parando yo mejor el oído, conocí ser una grande avenida que de facto bajaba por entre dos quebradas de dicho cerro: y conociendo el peligro en que estábamos en aquel paraje, mandé que todos tomasen a toda prisa las armas y me siguiesen, como lo hicieron; pero no sin que, para pasar el poco trecho de la cañada por donde venía, nos diese la agua hasta cerca de la cintura: pero al fin, a la prontitud de aquella extraordinaria evolución se debió el que acaso no hubiesen varias desgracias (pues el plan de la isla iba como el río), y cuando menos el que no pudiesen o se imposibilitasen todas o las más de las armas, pertrechos y municiones. Tomada la altura del cerro, mandé hacer muchas fogatas para que se calentase la gente y enjugasen su ropa: y luego que aclaró, mandé bajar a que cada uno buscase sus avíos y demás, cuya diligencia duró hasta las nueve de la mañana.

Día 26. A esta hora me puse en marcha, llegando a las dos leguas al paraje del Carrizalito, donde me detuve a

hacer tiempo, para que nuestra caballada y ganados pasasen la expresada cuesta, tan penosa y dilatada: lo que verificado, a las dos de la tarde marché, y llegué al ponerse el sol al arroyo de la Faja, que dista otras tres leguas, donde hice noche.

Día 27. Al venir el día me puse en marcha, sin embargo de la lluvia que amenazaba, y llegué al ponerse el sol al paraje de los Papagayos, distante 9 leguas; en donde me alcanzó un cabo del fuerte de San Carlos, que lo había despachado su comandante, con 100 caballos para remonta del ejército, que en viaje tan penoso venían todos o los más de ellos casi imposibilitados de caminar.

Día 28. Este día amaneció lloviendo, y cesando algún tanto el agua, me puse en marcha, y llegué a las doce de él al Corral del Viejo, de la estancia de Llaucha, en que me encontró un sargento del mismo fuerte de San Carlos, despachado por su comandante, con otros 130 caballos y mulas: y para mudarlos, y que descansasen algún tanto los prisioneros que venían ateridos de frío, me detuve hasta la una y media; en que proseguí y llegué a las Piedras Blancas (distancia 8 leguas), a las cinco y media de la tarde.

Día 29. Marché, y como a las once y media del día, llegué al fuerte de San Carlos que dista 7 leguas, en que me detuve el rato preciso para separar y hacer se quedasen en él aquellos soldados de su guarnición que me habían seguido en la expedición, y a que otros, que habían al paso tomado armas allí, las entregasen a disposición del comandante, como se hizo: y marché a la estancia de Correa, que dista dos leguas, en que me detuve hasta el día siguiente.

Día 30. Luego que amaneció, hice que se separasen y

marchasen a cada estancia las respectivas caballadas que habían servido, como asimismo se dejó todo el ganado sobrante, a excepción de aquel poco que se necesitaba hasta la ciudad. Y marchando, llegué a las cuatro de la tarde al paraje de la Estacada, que dista 6 leguas: y dando algún descanso a la tropa, marché de traspasada, y llegué al salir el sol a la quinta de D. José Lagos, que dista de la Estacada 16 leguas, y del pueblo tres, donde me mantuve todo aquel día.

Día 31. Luego que amaneció me puse en marcha, y un poco antes de llegar a la ciudad, me salió a encontrar el señor corregidor, acompañado de los reformados y demás nobleza del pueblo, tomando cada uno su respectivo lugar. Continuamos la marcha, entrando en la ciudad entre el inmenso gentío de todas clases, que con sus incesantes vítores y aclamaciones de *viva el rey*, y continuo disparar de fuegos artificiales, daban bien a entender su júbilo y alegría por el castigo de su común enemigo: dando el último realce a esta general aclamación el general repique de las campanas de todas las iglesias y conventos, y el no interrumpido estruendo de la artillería y fusilería; viéndome precisado a dar vuelta a la ciudad en esta conformidad, para contentar a un pueblo que acaba de seguirme con tanto honor en la campaña. De este modo entré en la plaza mayor, en cuyo ayuntamiento me esperaba y recibió su Cabildo, dándonos mutuos parabienes de la parte que cada uno había tenido en el buen éxito de la expedición. Concluidas estas precisas ceremonias y entregadas en su almacén las armas, pertrechos y municiones, y desfiladas las compañías, me retiré a mi casa.

La noche del día 1º de Pascua, en cuya tarde recibió este corregidor la noticia que le despaché desde el río

Atuel, del buen éxito de la empresa, mandó poner luminarias en toda la ciudad, y hubo repique general de campanas: y al día siguiente se cantó misa de gracias en la iglesia mayor, a que concurrió este Ilmo. Cabildo y todo el pueblo; con que dicho señor acreditó, que si durante la expedición dio las más acertadas disposiciones, tanto para el abasto del ejército, como para mantener el pueblo en la mayor tranquilidad, fue también el primero en las demostraciones nada equívocas por el bien de su república y gloria de nuestras armas. En cuya empresa se ha esmerado a competencia en la campaña el honor de los oficiales de estas milicias, y el amor y constancia al real servicio de la tropa patricia y extranjera.

Mendoza, abril 19 de 1780

JOSÉ FRANCISCO DE AMIGORENA

XIII

*Informe de D. Basilio Villarino, piloto de la Real Armada,
sobre los puertos de la costa patagónica*

OFICIO DEL SUPERINTENDENTE

Como ninguno de cuantos sujetos hay en este establecimiento han trabajado como usted, en los reconocimientos de la costa del mar, puertos, ríos y terrenos, ni tienen tan general inteligencia en estas materias, me informará usted si por la dificultad que se experimenta en la navegación de este río, y la barra de su boca, que no permite paso para más embarcaciones que pequeñas, está imposi-

hilitada y defendida por naturaleza la comunicación que puede temerse de los enemigos de la corona: teniendo presente en este informe los puertos de San José y San Antonio, como todo aquello que usted advierta y pueda conducir sobre los frutos que ofrecen estos terrenos, aguas, indios, y demás que hay en cuanto a reconocido, y noticias que ha adquirido.

Dios guarde a usted muchos años. Fuerte del Carmen, Río Negro, 19 de abril de 1782.

FRANCISCO DE VIEDMA

Señor D. Basilio Villarino

Muy señor mío: En cumplimiento de la orden de usted, en que me manda en primer lugar, le informe si por la dificultad que se experimenta en la navegación de este río y la barra de su boca, que no permite paso para más embarcación que pequeña, está imposibilitada y defendida por naturaleza la comunicación que puede tenerse de los enemigos de la corona, teniendo presente los puertos de San José y San Antonio; debo decir a usted, que no sólo no está defendida e imposibilitada por naturaleza la expresada comunicación de los enemigos de la corona, sino que la naturaleza misma tiene franqueada y facilitada la entrada por la barra de este río, con cuantas embarcaciones, municiones y pertrechos quiera conducir a él cualquier enemigo: probaremos esta verdad a fin de no dejar lugar a la duda. Es evidente que la naturaleza formó el pueblo de San José, tan limpio él y su entrada, que cualquier escuadra sin práctico alguno, puede entrar y fondearse dentro con toda la seguridad; y en todo esto está la facilidad y franqueza con que la naturaleza tiene proporcionada la entrada de la barra de este río: porque ¿qué

dificultad puede haber en que venga una escuadra enemiga al puerto de San José, y con ella un número suficiente de embarcaciones del porte de las con que navegamos este río, y desde dicho puerto, vengan éstas con los transportes y pertrechos necesarios, y entren por la barra como nosotros diariamente lo estamos haciendo? Ciertamente que ninguna, y más cuando es una navegación con tiempo hecho tan corta, que se puede hacer de 12 o 14 horas, y no sólo con embarcaciones de porte de las que en el día navegamos, sino con chalupas como las que en el día entran sirviendo en este río para conducir paja: como se les ponga cubierta, se puede barquear desde el puerto de San José a este río, y al contrario. Y para inteligencia de esta corta navegación y seguridad del puerto de San José, tengan el plano por mí levantado de esta costa y dicho puerto a la vista, por si hubiere alguno que quisiera contradecir este informe.

En las embarcaciones que están entrando y saliendo en este río, y navegan desde él a Buenos Aires, no tengo yo la menor dificultad en navegar con ellas a Europa y a cualquiera parte del globo, pues son suficientes para ello. Del mismo modo, embarcaciones de igual porte pueden venir de cualquiera parte del globo al puerto de San José, conducidas por los enemigos: y viniendo éstas acompañadas de algunos navíos, que traigan lo necesario para lo que quieran intentar al puerto de San José, de allí con muchísima facilidad pueden venir a este río con las embarcaciones menores, dejando los navíos asegurados en dicho puerto; y aun en las mismas lanchas de los navíos, previniéndoles falcas, pueden venir al Río Negro.

Después de haber llegado al puerto de San José al principio de la expedición, y después de haberse abandonado la entrada de éste por el capitán graduado D. Pedro García,

y el primer piloto de la real armada D. Manuel Bruñel, se me mandó a mí a dicha comisión con el bergantín que hoy tengo a mi cargo. Salí del puerto de San José, y conseguí su entrada; y después de mi regreso a dicho puerto, dispuso usted venir a este río con el expresado bergantín de mi cargo, y la zumaca San Antonio la Olivera, y hemos entrado en él con la facilidad y felicidad sabida. Pues ¿por qué no podrán ejecutar esto mismo los enemigos de la corona? ¿No son hombres como nosotros, y nada menos peritos en la navegación? ¿Y últimamente no estamos entrando y saliendo diariamente en el río? ¿No le consta a usted que yo he entrado y salido de noche y de día con vientos contrarios, y aun ahora entré con vientos enteramente opuestos a la entrada, como lo pueden certificar los tres capitanes, D. José Ignacio de Merlos, D. Nicolás García y D. Pedro García, sin que el viento ni la naturaleza me lo hayan estorbado? Pues ¿por qué ésta ha de defender la entrada en este río a los enemigos de la corona, y a nosotros se nos ha de demostrar tan propicia, que ni la barra, ni los vientos contrarios, ni las noches, dejan de franqueárnosla? ¡Y es posible que caigamos en tal error!

Me parece que dejo suficientemente probado, que la naturaleza tiene auxiliado con el puerto de San José la entrada de este río a todos cuantos quieran venir a él, y que no está defendida por ella: antes bien soy de sentir, y se evidencia de las razones expuestas (omitiendo otras muchas por no abultar este informe) que el arte debe intervenir para defenderla por medio de la fortificación.

Asimismo dejo aparte el puerto de San Antonio, pues con el de San José tienen bastante auxilio los enemigos de la corona para venir a este río, y para ejecutar desde él todas las operaciones a que los conduzcan sus ideas. Para cuya inteligencia tocaré aquí algo sobre los males que

se nos podrían originar en caso de que los enemigos llegasen a fijarse en el puerto de San José, Río Negro o Colorado.

En el puerto de San José puede muy bien permanecer considerable tiempo cualquiera escuadra llevando víveres, respecto de que tiene agua dicho puerto, aunque retirada muy cerca de cuatro leguas de la playa; pues sólo en la media circunferencia de una salina tiene más de 30 manantiales de agua corriente: en cuyo supuesto, llevando carretas y animales para conducirla, ya puede permanecer: pero más fácil en embarcaciones menores se puede conducir de este río a dicho puerto. Fijados que fuesen en este río y puerto de San José los enemigos, ya estaban en proporción de invadir a Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Valdivia, Valparaíso y otros muchos pueblos; pues aunados con los indios que habitan estos vastos países, sería dificultísimo hacerlos retroceder.

La guardia que usted ha proyectado en el Choelechel, debe usted tener presente que, además de ser útil para contener los indios, lo más importante de ella, y por ende en mi juicio se hace absolutamente necesaria, es porque sirve para tener los indios retirados de las orillas del mar, que en ellas nos pueden ser tan perjudiciales en caso de ser invadida esta costa por los enemigos de la corona, con quienes se podrían unir por su propio interés: y convendría mucho tener siempre los indios retirados de los puertos, para en caso de que sucediese lo que llevo dicho, no tuviesen la facilidad de hallarse con ellos, ni aun que los indios tuviesen ni pudiesen adquirir tal noticia.

Dejo otras ventajas que nos proporcionaría la ocupación de aquel puerto: como son, el tener mucho avanzado para la comunicación de Mendoza (que de allí la considero cerca); lo que se adelantaría para la descubierta de este

río y camino de Valdivia, que podría descubrirse, pues no considero, desde el Choelechel a aquel presidio, más de 100 leguas de distancia en línea recta, poco más o menos. Ténganse para esta inteligencia a la vista las cartas geográficas, y las ventajosas tierras que tiene este río, según contestan todos los indios, en las que hay maderas muy altas y muy derechas, y montes de manzanas, que la naturaleza ha producido, cuyas señales parece que indican ser un terreno fértil. Pero si no vemos, si no andamos, si no descubrimos, siempre estaremos metidos en nuestra ignorancia, y tal vez algún tiempo nos enseñarán los extranjeros nuestras propias tierras, y lo que nosotros debíamos saber: pues no puedo ver que un inglés como Falkner nos está enseñando, y dándonos noticias individuales de los rincones de nuestra casa, que nosotros ignoramos.

Suspendo hacer la descripción del Choelechel, por cuanto con bastante difusión lo tengo manifestado a usted antecedentemente. Tampoco quiero hablar de las numerosas indiadas que precisamente los obliga a transitar por este paso, y los estragos que causan a Buenos Aires, porque de todo tiene usted muy largas noticias y conocimiento. Voy sólo a hacerme cargo de cuanto pudiere impedir a los enemigos de la corona la ocupación de este sitio: pues impidiéndoles por medio del fuerte o guardia que usted tiene proyectado, el tránsito a las costas del mar, no pueden auxiliarse de los enemigos de la corona, y en esto es a donde me parece que se debe poner el mayor empeño, porque el doméstico es el peor.

Dicen muchos (yo lo he oído diferentes veces), ¿de qué nos puede servir la costa patagónica? ¿Qué hemos de sacar de ella? ¡Y esto por sujetos que tal vez no saben otra cosa que disfrutar sueldos, sin que puedan formar la más mínima idea de lo que es la costa patagónica, ni aún entender

el plano más sencillo. Temerario arrojo, que hombres de tales circunstancias quieran penetrar los arcanos del Soberano! Pero para que me canso, si va cerca de tres siglos que se formó la colonia de Buenos Aires, y todavía no se sabe si hay o no cabo de San Antonio, estando como suele decirse detrás de la puerta, y está causando una mala navegación su incertidumbre; siendo cierto que en la longitud en que las costas lo figuran, no hay tal cabo; pues yo lo he pasado diversas veces por encima, sin que le haya visto, y de seguro en la longitud de Montevideo, o navegando desde dicho puerto al sur, no se halla tierra alguna; y últimamente, si no hubiera sido por el empeño tan fuerte que usted ha tenido en que se descubra por tierra el camino por tierra para Buenos Aires, ¿no se estaría en el concepto de que este tránsito era imposible, como en realidad se creía? Pues habiéndome yo ofrecido a hacer esta descubierta, y a conducir ganados para este establecimiento, en una Junta que se hizo, se me pusieron una multitud de dificultades, y entre ellas era la una que estaba el camino lleno de tantos tembladerales que era imposible el transitarle. Y sin embargo de haberme esforzado de tal suerte, que no quedaba que dudar que eran apócrifas todas aquellas dificultades y noticias, no hemos quedado como al principio hasta ahora, que ha conseguido la eficacia de usted patentizar el desengaño.

La llanura o valle, por donde baja este río en las 60 o 70 leguas que yo anduve, tiene bellísimos retazos de tierras dispersas, o separados unos de otros, y son aquellos parajes que logran el beneficio del riego, que frecuentemente les prestan las crecientes del río. Desde el Choelechel para abajo, esto es, siguiendo el río aguas abajo hasta su desagüe, se pueden establecer muchas familias, o hacer muchas chicas poblaciones dispersas o separadas unas de otras, en la

misma conformidad que están los buenos terrenos; pero esto tiene el grave inconveniente de la mala vecindad de los indios, por cuyo motivo enterado usted de estas circunstancias en resulta de los expresados reconocimientos, prometió usted el citado proyecto. A cuyos fundamentos debe agregarse la utilidad que resultaría al Estado, ocupando este paraje con respecto a los enemigos de la corona.

El puerto de San José no tiene inconveniente alguno para que deje de ser puerto de arribadas, y puedan refrescar las embarcaciones que allí arriben: allí pueden tenerse 2.000 y más cabezas de ganado vacuno, se pueden tener caballos y ganado lanar sin recelo que los indios lo roben. Habiendo ganado, se le puede conducir agua de las fuentes, y ya tenemos los principales renglones que le puede faltar a la embarcación o embarcaciones que allí arribasen. Por medio de cualquiera embarcación se pueden conducir a aquel puerto de este río los refrescos de que allí se carezca. Por tierra cuando no haya allí embarcación se puede traer allí la noticia a caballo, que es viaje de dos días y medio hasta el río, y hasta este establecimiento se pueden tardar cuando mucho cuatro días, y de aquí se puede socorrer con lo que necesite, y allí no haya.

El agua de las fuentes del puerto de San José no es tan fina como la de este río, que es muy superior a aquélla, aunque algo gruesa: es agua potable y muy sana; esto lo acredita la experiencia, pues al principio de la expedición, habiendo asaltado el escorbuto a nuestra gente, todos los que entraban en el hospital no salían sino para la sepultura. En vista de esto se mandaron a los últimos todos los enfermos a las fuentes, y sin otra medicina que beber de aquella agua, todos convalecieron y volvieron sanos: y esto comiendo carne salada, por falta de dieta, y pan

de pestilente harina. Luego parece que aquella agua es sumamente sana y el mejor antídoto del escorbuto.

Por todas estas circunstancias, por la facilidad y limpieza de este y su entrada, por ser su fondo de buena tenazón, y por la proporcionada altura o situación en que se halla, me parece muy propio para que sirva de puerto de arribadas a las embarcaciones que navegan a la mar del sur.

He dejado correr la pluma, motivo del fervoroso celo al servicio del rey y a la nación; pues no quisiera que ninguna extranjera en ningún tiempo tuviese la gloria de enseñarnos lo que nosotros debíamos saber, haciendo ver al mundo nuestra ignorancia y pereza, cuando esto sucediese.

Asimismo me he dejado arrebatar al acordarme de ver en Buenos Aires aquel raciocinio general sobre si puede o no importar al Estado la costa patagónica, haciendo la descripción de sus terrenos, aguas, temperamentos, frutas que produce y que puede producir, sin que la hayan visto ni pintada, ni entiendan su pintura: entre los cuales representan un papel aquellos que han estado aquí, o en San José, sin que hayan visto qué terrenos son éstos; pues su inaplicación, pereza, cobardía e ineptitud no les ha dado lugar a que se separen tal vez cuatrocientos pasos de la orilla del agua o habitación: y éstos tienen en toda asamblea voto decisivo, y como están unidos con su pereza y aborrecen el trabajo, son los más empeñados en formar corrillos contra estos establecimientos. Pero si el fervoroso amor al servicio del rey y a nuestra nación y deseo de trabajar, ha sido la causa de excederme, espero de la benignidad de usted, respecto a que sabe y tiene experimentado mi procedimiento, modo de pensar y amor al trabajo, separará todo lo superfluo de este informe, o

lo olvidará todo junto, sino tuviere nada útil, a fin de que mi ignorancia se quede en el seno del olvido.

Dios guarde a usted muchos años. A bordo del bergantín *Nuestra Señora del Carmen y Animas*, río Negro, y abril 24 de 1782.

B. L. M. de usted su más atento servidor.

BASILIO VILLARINO

Señor D. Francisco Viedma

XIV

Informe del virrey Vértiz, para que se abandonen los establecimientos de la costa patagónica

Excelentísimo señor:

Muy señor mío. Según lo resuelto por S. M. en la real orden que V. E. me comunicó con fecha de 15 de julio de 1781, acordé con el intendente lo que podían minorarse los gastos de los establecimientos patagónicos, atendidas las urgencias del real erario por la guerra y sucesos del Perú, reduciéndose a conservar lo poblado, y no intentando por ahora ocupar otros puntos que San Julián y río Negro. Esto no obstante, no salvaría yo el escrúpulo que me queda, si no hiciese presente a V. E. lo que me ocurre en cuanto a la utilidad o perjuicio de dichas poblaciones, a fin de que, instruido el real ánimo, pueda resolverse lo más conveniente.

Sin embargo de la continua observación que he estado haciendo, por las noticias e informes de varios sujetos

imparciales que habían examinado aquellos terrenos, y eran inteligentes en las entradas de los puertos, fondeaderos y demás circunstancias, he estado combinando estas mismas especies con la correspondencia de los superintendentes, y observando singularmente en el del río Negro, las grandes dificultades que se les presentan, pues las unas confesadas en sus oficios, y las otras en las resultas, me iban confirmando en el dictamen, de que S. M. expendía una gran parte de su erario, sin fruto ni utilidad conocida a su servicio, y sin seguridad de su dominio en esta parte.

Bien conocí desde los principios, que el poblar la costa patagónica, tenía por objeto acreditar mejor la posesión de ella, y evitar que otras naciones se colocasen en algún punto de la misma, por donde pudiesen introducirse a los reinos del Perú y Chile: pero esto parece difícil, por la calidad de sus terrenos, por falta de buenos puertos, por las excesivas mareas, por lo riguroso del clima y otras causas.

Para asegurarme más del concepto formado en el asunto, quise recoger los dictámenes de los pilotos y sujetos que navegan a la referida costa, con el ánimo de instruir a V. E. completamente, así del estado de las poblaciones, como de todo lo demás perteneciente a la utilidad de ellas. Y tratado de la bahía de San Julián, donde se halla el comisario superintendente D. Antonio de Viedma, incluyo los dictámenes números 1, 2, 3, 4 y 5, que dan conocimiento de aquel paraje, calidad de su terreno, aguas, temperamento, leñas, madera y puerto: extendiéndose los de los números 3 y 4 a dar noticia de los demás puntos de la costa que se han reconocido; a que agrego la representación número 6, del poblador Santiago Morán, a nombre de los demás de su clase, quedándose aplicados

los remedios que han sido posibles para sus alivios. Pero como sufren tantas incomodidades, y ven perecer a sus compañeros frecuentemente, aquéllos, y los que están aún en esta provincia, se han intimidado hasta lo sumo, refiriéndome yo a lo que dichos papeles expresan, porque conviene puntualmente con los demás informes que omito, por no hacer más difusa nuestra exposición.

En cuanto al río Negro, puerto de San José y San Antonio, expresan sus calidades los informes números 1 y 3 citados, como también los comprendidos bajo el 7, 8 y 9, a que agrego el de los colonos de dicho río Negro, número 10, para dar cabal idea de sus clamores por las circunstancias del país, que sin duda es el menos malo de la costa patagónica, y en donde a fuerza de muchos gastos se conseguirá la población, como ya lo tengo insinuado a V. E. Pero vengamos a la utilidad de este y los demás.

Es principio indudable que los puertos de arribadas deben ser seguros y de fácil entrada, donde los navegantes se acojan impelidos de las borrascas, de necesidad de víveres o de la incomodidad de la navegación, para procurarse seguridad, descanso, refresco o habilitación del buque; y no pudiéndose encontrar ninguno de estos alivios en los puertos de la costa patagónica, ya se ve por esta parte que no son de utilidad alguna: consideración que se extiende a que tampoco lo son para las demás naciones, fuera de que en puertos de marea tan variables y excesivas, nadie querrá arrojarse a la arribada, temiendo le fuese más perjudicial que la borrasca. Esta misma circunstancia, aunque por otro término, concurre en el río Negro, pues además de ser peligrosísima su entrada, no la permite la barra sino a embarcaciones menores, como bergantines, zumacas o lanchas que calan muy poca agua, y éste es el paraje en que se encuentran tierras que cultivan,

pero tan corta que es sólo la que baña el río en sus mareas: y aunque no obstante esto pudiera continuarse la población, sin embargo de las incomodidades y riesgo de los indios, que atrae el haber de hacer las siembras a la parte del sur, como lo explica D. Basilio Villarino en su informe número 8, no veo utilidad en su aumento, por no ser puerto capaz de embarcaciones mayores, por falta de comercio con esta provincia: pues por tierra median muchas naciones de indios infieles en la dilatada pampa, desde aquel río hasta Buenos Aires, y por mar, es preciso esperar la estación del verano, porque la navegación del río arriba ofrece grandes dificultades en sus corrientes y tornos. De modo que parece imposible que ninguna nación intente esta empresa, aun cuando dicho río se extienda e introduzca en la jurisdicción de Mendoza, lo que aun no se ha podido averiguar en los reconocimientos, y se está actualmente haciendo el último esfuerzo para aclararlo.

Para corroborar el concepto de este establecimiento, me ha parecido también incluir a V. E. un oficio del comisario superintendente, D. Francisco de Viedma, bajo el número 11, porque en él se reconoce que, después de establecido tanto tiempo en el río Negro, donde se ha consumido ingente caudal, intentaba la población principal en el Colorado, figurando en la bahía de Todos Santos, y la Anegada, donde desagua dicho río, todas las utilidades que pueden desearse: pero, aún dado el caso de que sean parajes seguros, se necesita otro fuerte, población, grandes gastos por consiguiente, y mucha tropa para contener la indiada que allí concurre, que inquietaría continuamente los pobladores, robaría el ganado, e impediría siempre la comunicación con Buenos Aires.

El río Colorado está reconocido hasta 25 leguas por su

orilla, y se ha visto que carece de leña, pues sólo hay unos pequeños sauces muy torcidos: la más inmediata se halla a 10 leguas de la margen del río. Su terreno puede llamarse infecundo, porque, según las señales y las noticias de los indios, las grandes mareas lo inundan; y aunque parece frondoso, lo causan estas inundaciones que dejan pantanos intransitables, a lo menos en las cuatro primeras leguas de su boca. Es río que se vadea por muchas partes, y no permite la entrada de otras embarcaciones que pequeños bergantines, varando infinitas veces: así se ve en el diario número 12, y en el plano que D. Basilio Villarino hizo cuando fue al descubrimiento de dicho río. La bahía de Todos Santos y la Anegada son enteramente inútiles, pues además de ser su terreno de muy mala calidad, no tiene agua sino en unas pequeñas lagunitas que se forman de las lluvias: por esto el citado Villarino se vio en la precisión, cuando salió del Colorado, de dejar seis pipas o cuarterolas llenas de agua cerca de la costa, por si se le ofrecía volver por semejante parajes. Contribuye también para su inutilidad el no haberse hasta ahora reconocido canal para llegar a dichas bahías, más que por una infinidad de bajos y la costa, la que se supone ser buena. Viniendo de mar afuera no está reconocida, y se supone con fundamento que los bajos se extienden más de tres leguas de la costa por la reventazón que se ve, lo que hará siempre a dichas bahías inútiles para los fines propuestos.

Ya V. E. está enterado de las calidades de los demás puertos que se han reconocido en toda la costa: más no obstante conviene hacer memoria de aquellos en que se ha detenido más tiempo la inspección de los comisionados y de otros sujetos. El puerto Deseado es muy angosto en el espacio de media legua, la velocidad de la corriente

en el flujo y reflujo es de siete a ocho millas por hora, y una gran parte del fondo está sembrada de bancos y piedras; sus campañas están cubiertas de arena, de modo que no se encuentra en ellas un arbusto: no hay en todo aquel terreno, manantial de agua dulce, ni los pozos, o cazimbas que se han abierto en la playa, pueden dar la cantidad suficiente para el gasto diario de las embarcaciones, y para llenar la vasijería de la bodega. La entrada y salida del puerto es sumamente peligrosa, y muy pocas veces puede conseguirse la primera sin fondear antes sobre la costa, en cuyos casos los vientos de travesía (que por desgracia son frecuentes en estas mares) ponen a las embarcaciones en riesgo de un naufragio.

En un puerto de esta naturaleza no puede subsistir mucho tiempo una colonia, a menos que ésta fuese socorrida desde el río de la Plata con todos aquellos víveres que se juzgan de primera necesidad: pero aun en este caso, no podría servir de escala a las embarcaciones españolas que navegan a la mar del sur, por las razones que quedan expuestas. Los ingleses, u otros cualesquiera enemigos de la España que naveguen a estas costas, sólo podrán hallar en el puerto Deseado un asilo contra los temporales que se experimentan por el invierno a lo largo de la sonda de la costa patagónica, pero de ningún modo formar desde allí expedición alguna contra los establecimientos que tenemos en la América Meridional; porque en el caso de que intentaren venir hacia el norte, y entrar en las provincias del río de la Plata, se verían precisados a atravesar unos vastísimos desiertos, en los cuales perecería infaliblemente la mayor parte de ellos: y si intentasen penetrar hasta la costa del sur, no podrían conseguirlo sin pasar por la cresta de los Andes, que se dirigen o proyectan de norte a sur a lo largo de esta América hasta

la orilla septentrional del estrecho de Magallanes: y siendo esta empresa tan difícil y peligrosa que casi raya en lo imposible, parece que nada debemos temer por esta parte de nuestros enemigos.

Finalmente, no podemos prometernos que en este puerto Deseado se establezca algún ramo de comercio, porque siendo aquel terreno árido y seco por naturaleza, no puede haber comercio, ni aquella especie de industria, con la cual se mantiene un gran número de artistas en los países civilizados.

Debe concluirse, pues, que cualquier establecimiento que se forme en puerto Deseado, es muy gravoso al erario del rey, y enteramente inútil para las miras políticas del gobierno.

La bahía de San Julián no ofrece ventajas para nuestra navegación y comercio: tiene la única circunstancia de ser abrigada y de buen tenedero, todo lo demás es muy malo; en primer lugar es puerto de barra, y para la entrada y salida se necesita esperar la marea, y que entonces haya un viento fresco favorable: la rapidez de su corriente puede regularse de cinco millas por hora: la barra queda con solo dos pies de agua en la vaciante, y en la creciente tiene hasta 36, de lo que resulta que entre el flujo y reflujo no puede haber un momento de reposo, cuya circunstancia es poco favorable para las entradas y salidas. Además de esto, hay el gran riesgo de acercarse a la costa, o dar fondo sobre ella para esperar a que crezca el agua, pues entretanto puede soplar el viento de travesía y naufragar cualquiera embarcación.

Las demás circunstancias de este puerto le hacen absolutamente despreciable, pues concuerdan los informes en que no hay arbustos para leña, ni árboles para hacer madera en todas aquellas inmediaciones. Concuer-

dan también en que el agua es salobre, y en que la única de que pudiera hacerse uso, está a dos leguas de la población; y concuerdan por último, en que las semillas de las legumbres de Europa no nacen o no crecen, y que el trigo y cebada fructifica muy poco: lo cual no debe extrañarse, porque el excesivo frío que se experimenta en esta parte de la costa, el desarreglo de las estaciones, lo salitroso y arenisco del terreno, su aridez y desolación (sobre que concuerdan todos los informes) anuncian que serán infructuosos los trabajos de los colonos; que éstos nunca podrían subsistir con los frutos del país, y que las embarcaciones españolas que naveguen a la mar del sur, nunca hallarán en San Julián cosa alguna de las que puedan necesitar para su viaje; que es lo mismo que decir que el puerto es inútil, y que sus pobladores perecerían si no fuesen socorridos de estas provincias.

Lo últimamente reconocido, más al sur de San Julián en el río de Santa Cruz, según lo demuestra el plano levantado por el pilotín José de la Peña, se puede hacer formal juicio de su inutilidad por todos términos.

Éste es en substancia el concepto que tengo formado de los establecimientos de la costa patagónica, en los cuales lleva S. M. gastados hasta el mes de mayo del año pasado de 1782, 1.024.051 pesos y 3 reales, según las relaciones que me ha pasado el intendente para instruir este informe: y por mucho que se minoren los gastos, según se está practicando, será siempre considerable suma la que se emplee, pues no puede esperarse que el establecimiento de San Julián dé para sostenerse, ni que el del río Negro pueda darlo en el todo en este año, ni aún en el venidero.

A vista de esto, parecía como preciso el abandonar el establecimiento de la bahía de San Julián, dejando en él

una columna o pilastra que contuviese las reales armas, y una inscripción que acreditase la pertenencia de aquel terreno, el cual fuese reconocido todos los años, al mismo tiempo que lo es Puerto Egmond en las islas Falkland, pudiendo entonces ejecutarse también al Deseado. Que subsistiese el establecimiento de río Negro por lo mucho que se ha gastado en él, y porque puede de allí conducirse sal: pero reducido al fuerte, y a la cortísima población que buenamente se pudiese mantener a su abrigo; porque más distante es imposible conseguir que resida pacíficamente: debiendo asegurar a V. E. que aun en el río Negro, las cortas siembras que se han hecho, y ganado que se ha adquirido, ha sido a fuerza de dinero empleado en aguardiente y brujerías con que a los indios se les ha ido agrando; y con todo ha habido robos de caballadas: siendo preciso que cesen cuanto antes estos gastos, que son de mucho gravamen al erario.

También deberá abandonarse el puerto en la bahía de San José, dejando la misma señal, pues los gravísimos costos que tiene la saca y conducción de la sal, sobre su desabrigo y aridez del terreno, hace inútiles los que se impenden en sostenerlos, y pudiera ser reconocido anualmente desde el río Negro. En tal caso puede éste tenerse al cuidado de un gobernador o comandante, con menor sueldo que el que hoy goza el comisario superintendente, y podrá encontrarse aquí sujeto a propósito y benemérito para el encargo. Todo lo expuesto me ha parecido de mi obligación representar a V. E., para que, instruido S. M., se digne resolver lo que estime más conveniente.

Dios guarde a V. E. muchos años. Montevideo, 22 de febrero de 1783.

Excelentísimo señor:

B. L. M. de V. E. su más atento seguro servidor:

JUAN JOSÉ DE VÉRTIZ

Excmo. señor D. José de Gálvez

DIARIO
DE UN
VIAJE A SALINAS GRANDES
EN LOS
CAMPOS DEL SUD DE BUENOS AIRES
POR EL CORONEL
D. PEDRO ANDRÉS GARCÍA

BUENOS AIRES
IMPRENTA DEL ESTADO

1836

VIAJE A SALINAS GRANDES

CAMPOS DEL SUR DE BUENOS AIRES

POR EL CORONEL

D. PEDRO ANDRÉS GARCÍA

BUENOS AIRES
IMPRESA DEL ESTADO
1880

IMPORTANCIA DE LOS TRABAJOS DE DON PEDRO ANDRÉS GARCÍA

En la Colección de don Pedro de Angelis se han publicado las obras más importantes de don Pedro Andrés García y en el proemio de una de ellas el director señala las más interesantes de las no publicadas.

Es sintomático que de Angelis diera a conocer las obras de García a poco de haber ocurrido el fallecimiento de éste y en momentos en que la memoria de los hombres, que de alguna manera habían tenido actuación política no concordante con Rosas, era dejada de lado.

Esto podría indicar que la memoria de los muertos era sagrada o que la personalidad recordada era demasiado grande e importante como para ser olvidada.

Posiblemente fuera esto último, pues en los artículos que se publicaron en los diarios de Buenos Aires, en ocasión de su fallecimiento, se expresa con largueza el aprecio que merecía.¹

Allí están muy elogiosamente expresados todos los servicios prestados al gobierno, sus trabajos desinteresados y los conocimientos que tenía sobre las más dispares noticias o ciencias.

¹ A.G.N., B.N. Dto. N° 5455.

Estas notas de despedida pueden servir para hacernos comprender la proyección de una vida entregada de lleno al trabajo paciente y constante, alejada de los puestos públicos expectables, pero siempre dispuesta a rendir los sacrificios que le fueran requeridos en nombre de las necesidades de la tierra que fue su patria de adopción.

Como hemos señalado en su esbozo biográfico, don Pedro Andrés García había peleado valientemente en las jornadas de 1806 y 1807, defendiendo la soberanía del rey de España en sus colonias del río de la Plata, y en la Semana de Mayo de 1810 militó en el partido que deseaba la creación de una Junta de Gobierno que depusiera al virrey Cisneros.

Esta actitud aparentemente desconcertante en el curso de los pocos años que separaban los acontecimientos, tiene una comunicación secreta y subterránea. La constituye el espíritu netamente español del individualismo y del localismo, que ante la caducidad del gobierno del rey reasume sus derechos a gobernarse y elegir a quien desea para que señale los nuevos rumbos.

Indudablemente en esos momentos García actuó dentro del grupo que Mitre caracterizó como centrista moderador, integrado en su mayor parte por los militares españoles que comandaban cuerpos de españoles constituidos a consecuencia de las invasiones inglesas y que habían perdido prestigio en el intentado golpe de estado del 1º de enero de 1809. Estos hombres, encabezados por Ruiz Huidobro, deseaban —como concepto general— un cambio en la figura o figuras gobernantes, pero con la entrada a los puestos de personas tranquilas, que no fueran expresión de extremismos ni de antiespañolismos. Un cambio que no provocara grandes perturbaciones y que al mismo tiempo aquietara las efervescencias de los criollos

deseosos de novedades y de independencia total, absoluta o relativa, pero independencia al fin.

Por ello, al leer el informe elevado a la consideración de la Junta al término de su expedición a las Salinas Grandes, hemos de notar sus constantes referencias a la necesidad de dar arraigo a los hombres en la tierra y su dura crítica a los falsos agricultores, "la polilla de nuestra campaña", como los ha de denominar.

También se ha de notar las duras críticas que se hacen a los ganaderos que sin orden ni concierto apacentaban sus rodeos de manera trashumante, creando confusión en los campos y, por último, las observaciones referidas a las caravanas de pulperos volantes que se desparramaban por la campaña en época de cosecha para cambiar los trigos por bebidas y prendas de vestir.

Estos elementos, en la mentalidad de García, eran perturbadores de la armonía interna que debía existir en un Estado moderno —para aquella época— donde la agricultura debía ser la madre de todas las riquezas y prosperidades.

Estas ideas fisiocráticas lo acercan teóricamente a Manuel Belgrano, aun cuando no ha de coincidir en lo político.

En la lectura de las obras de García se encuentran muy buenas observaciones sobre las condiciones de nuestra agricultura y ganadería entre 1810 y 1822, en que se cierra el ciclo de sus peregrinaciones por el interior de los campos. También encontramos juicios severos para las costumbres y modalidades de los indios. Para su mentalidad de español y blanco era inconcebible, por ejemplo, que una mujer adúltera pudiera ser asesinada por el esposo ofendido o que los distintos caciques y capitanejos

emprendieran guerras entre ellos a sangre y fuego por ofensas que a su criterio eran menudencias.

Sin querer demostrar que el autor carecía de conocimientos etnográficos es posible decir que en sus palabras hay, en reiteradas oportunidades, muchas confusiones en las designaciones de las parcialidades indias y que atribuye raíces raciales que estudios posteriores han demostrado ser equívocas.

Estas observaciones caben a todos los que en sus momentos, o en anteriores, escribieron sobre el tema, y más de uno, que ha sido tenido durante muchos años como lumbrera y fuente insospechable de informaciones, ha caído y destrozado ante los nuevos estudios científicos.

Por ello no es necesario recalcar las equivocaciones, pues García no fue etnólogo ni pretendió serlo. Como militar observó y escribió y como hombre calificó sus observaciones dentro de las escalas de valores en las que estaba educado y formado desde hacía muchos años.

En sus páginas hay dos valores realmente exaltables. Uno, el valor personal demostrado en cuanta ocasión se le presentó. Su fría presencia de ánimo sirvió para detener los avances de los indios que estaban dispuestos a degollarlo en más de una oportunidad. Los parlamentos sostenidos en las Salinas Grandes y en la expedición de 1822, son buenas pruebas de ello. Además, supo comprender bastante bien la idiosincrasia de los indios para saber discernir cuándo eran necesarias las caricias o los palos y también supo captar la buena voluntad de los caciques más representativos y de esta manera lograr los propósitos que llevaba.

El otro valor de sus escritos lo constituye la mirada certera sobre el valor ecológico de los campos que recorrió. Si nos tomamos el trabajo de seguir paso a paso el

diario de marcha de cualquiera de sus expediciones al interior, hemos de ver que cuando García manifiesta que estos o aquellos campos tienen tierra negra, o que contienen cardos o que las características generales los hacen propicios para manifestaciones agrícolas, tomado un mapa actual de las zonas de cultivos, tendremos casi una exacta coincidencia.

Lo mismo ocurre cuando hace referencias a las posibilidades de explotación ganadera, pues en la actualidad allí se encuentran grandes rodeos o grandes establecimientos de campo dedicados a esa tarea.

Sus condiciones de observador nato están reveladas en el trabajo que publicó de Angelis, referido a la navegación del Río III, pues además de estudiar las condiciones de navegabilidad del curso de agua, ha dejado señalado algunas circunstancias que el tiempo ha confirmado. En primer lugar indicó las posibilidades económicas de las explotaciones madereras; en segundo lugar, la convergencia de la zona productora hacia un puerto litoraleño que no fuera Buenos Aires, que a su criterio podría ser Santa Fe; en tercer lugar, la necesidad de una explotación racional de las riquezas naturales y de las que la labor del hombre podría introducir, y en cuarto lugar, la protección y el fomento que los buenos gobiernos debían dispensar a los que estuvieran interesados en realizar explotaciones en la zona estudiada.

Si analizamos desapasionadamente estas observaciones hemos de comprobar que las riquezas madereras de la zona fueron ampliamente explotadas sin que su producción encontrara muchas oposiciones en el mercado y que actualmente mucha vegetación menor está siendo utilizada por medios científicos e industriales modernos. El segundo punto, está confirmado ampliamente con el puerto

de Rosario, que reemplazó con largueza al de Santa Fe, tradicional punto de concentración para los productos que subían o bajaban por el río y para los que desde el norte se encaminaban hacia Buenos Aires. No debe olvidarse que para la época en que García escribió su trabajo aún era permanente el recuerdo de las riquezas almacenadas en el puerto de Santa Fe, propiedad de los jesuitas, distribuida hacia el interior, y que también allí se concentraban los productos que la orden jesuita almacenaba para su posterior distribución en los pueblos de sus reducciones.

El tercer punto ha quedado demostrado en demasía, especialmente al sur del Río III, en la voracidad que ha ido desmantelando los campos de su capa de humus. Ejemplo claro de ello fueron las plantaciones de maní sucesivas, sin intervalos de descanso. Además, un mapa de la erosión en los momentos actuales demuestra que hasta el centro de Córdoba se halla comprendido en ella. Esto es lo que sin utilizar lenguaje técnico o moderno intentó señalar el coronel García cuando advertía la necesidad de mantener moderación y armonía en las explotaciones.

El último aspecto debe ser aclarado. En los momentos en que García escribió su obra, la protección del gobierno consistía en la libertad más absoluta y la liberación de las cargas impositivas. En la actualidad, el fomento por parte del gobierno consiste en la planificación de las actividades económicas y, dentro de esta planificación, el proteccionismo y el otorgamiento de créditos. Hecha esta salvedad, podemos comprender mejor la intención del autor. En aquellos momentos toda intervención del Estado era considerada como perjudicial, pues las necesidades fiscales eran tan aplastantes que la mentalidad de ese momento estimaba que si el gobierno daba alguna facilidad de crédito o de ingreso al país de elementos que

no había o que hacían falta, valga por ejemplo, era para cobrar a la vuelta de pocos años fuertes contribuciones. Eran momentos de gravísimos apremios económicos del Estado, y como consecuencia eran necesarios los empréstitos forzosos, a lo que la mayoría de los comerciantes debían contribuir. Por ello la referencia de García a la necesidad de que el Estado protegiese las actividades comerciales en la zona para facilitar de esa manera la prosperidad, pero entendiendo que protección era liberalismo a ultranza.

El viaje a las Salinas Grandes: Dentro del marco general que constituyó el ordenamiento cotidiano de la vida colonial, el viaje a las Salinas Grandes era de importancia, pues representaba la provisión anual de la sal. Ésta era utilizada en la alimentación y en otros menesteres. Con el correr del tiempo, esos menesteres habrían de representar la importancia de la conservación del aprovisionamiento, desplazando en cantidad a las necesidades de la alimentación. También la ciudad y la campaña de Buenos Aires se proveían de sal, mediante los viajes esporádicos que se realizaban a la costa patagónica o por su introducción desde Europa.

Para que el lector tenga una idea de la importancia de las expediciones a las Salinas Grandes, damos a continuación una nómina sucinta de las que se realizaron entre 1740 y 1810, año en que se dispuso la salida del coronel García: Enero de 1740, agosto de 1744, febrero de 1745, agosto de 1746, agosto de 1747, agosto de 1750, setiembre de 1750, agosto de 1754, octubre de 1754, abril de 1757, diciembre de 1757, julio de 1758, setiembre de 1758, marzo de 1761, junio de 1761, marzo de 1763, agosto de 1763, agosto de 1765, febrero de 1766, setiembre de 1767, agos-

to de 1769, julio de 1771, agosto de 1773, febrero de 1774, julio de 1774, agosto de 1775, julio de 1776, enero de 1777, agosto de 1777, febrero de 1782, marzo de 1782, agosto de 1782, enero de 1783, agosto de 1783, enero de 1785, julio de 1786, agosto de 1786, julio de 1787, julio de 1788, agosto de 1789, marzo de 1790, octubre de 1791, octubre de 1793, agosto de 1798, diciembre de 1799, julio de 1800, agosto de 1802, agosto de 1803, julio de 1804, setiembre de 1805, setiembre de 1808.¹

La frecuencia de esos viajes estaba determinada muchas veces por los hechos de la política internacional, pues al interrumpirse las comunicaciones con la metrópoli, la provisión de sal europea se interrumpía y como consecuencia eran necesarias más incursiones al interior.

El viaje de 1810 tiene el fin normal de este tipo de excursiones, pero al par encerraba la necesidad de conocer el estado general de la campaña, por parte de las nuevas autoridades.

La distancia era de unos 600 kilómetros, pues las Salinas Grandes está situadas en la actual provincia de La Pampa y las marchas debían realizarse de acuerdo a la ubicación de las lagunas, para poder encontrar agua para hombres y animales. Por otra parte, el camino debía cruzar por campos que presentaran pastos en la mayor parte del año. Otra precaución necesaria, consistió en la presencia casi imprescindible del *lenguaraz lengua*, como también se le solía llamar, para poder realizar las conversaciones con los indios amigos o no que se presentaran en el camino.

El interés del gobierno, más que en cuestiones económicas, se centraba en el conocimiento de la situación con

¹ A.G.N. Sec. Colonia, Libros de Bandos 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8.

las parcialidades indias, para mantener la paz siempre inestable en la frontera interior, pues no debe dejarse de lado que, desde 1810, las nuevas autoridades se vieron abocadas a una larga y costosa guerra exterior. Por ello, la necesidad de mantener la paz con los indios y destinar las escasas fuerzas destacadas en los fuertes y fortines a otros destinos. Ello lo menciona claramente el coronel García en su viaje de 1822, indicando a continuación el estado de ruina general de los establecimientos de guerra, la inutilidad del armamento y la escasez de fuerzas destinadas a contener las atropelladas de los indios.

Para 1810 esta situación, sin llegar a ser floreciente, pasaba por discreta, pues si bien las palabras de García son de clara reprobación del estado general de las guardias y de los destacamentos militares que recorrió, es de recordar que relatos de viajeros o expedicionarios anteriores no difieren mucho en la descripción y en las apreciaciones.

En cuanto hace a la paz, es común que la mayoría de los relatores o historiadores, siguiendo el relato de Falkner, atribuyan la fecha de 1738 como indicadora de la ruptura de paz entre españoles e indios, olvidando que, antes de esa fecha, las autoridades españolas manifestaron muchos recelos y enojos por las incursiones que los indios realizaban sobre los establecimientos de campo existentes, y esto se constata leyendo las Actas del Extinguido Cabildo de Buenos Aires, publicadas a principio del siglo presente. Por otra parte, en el Archivo General de la Nación, sección Colonial, existen infinitos documentos que prueban hasta el cansancio las depredaciones de los indios y los castigos de los españoles, con anterioridad a esa fecha.

La paz no podía existir desde que los españoles venían

a conquistar. No es posible pretender ignorar que la penetración de los blancos se hacía sobre territorios que los indios entendían como pertenecientes a su usufructo y que las manadas de vacunos y yeguarizos eran bienes comunes a todos los hombres y no de exclusividad de los blancos. Esta disyuntiva del enfrentamiento se ha perdido en la medida que los investigadores, o los falsos estudiosos de los temas de nuestra historia, se han atiborrado de libros, sin haber concurrido con paciencia al Archivo General de la Nación para buscar el papel aparentemente perdido o ignorado y allí rastrear los hilos conductores del proceso.

En esas condiciones de estudio es muy fácil demostrar algunas ideas con citas de estudios ajenos, pero así no se llega al meollo de la cuestión. Además, y esto es necesario recalcarlo, las autoridades de todos los tiempos tuvieron intereses económicos y políticos en relación a la situación de *las pampas*. No podemos desconocer el permanente cuidado en mantener abierto un camino de comunicación con Chile, como tampoco podemos olvidar el ofrecimiento de los indios en 1806 y 1807, para pelear a los *casacas coloradas*, (ingleses), de la misma manera que es imposible olvidar las preocupaciones de las autoridades españolas con respecto a los blancos que abandonan los límites de la civilización para refugiarse en los toldos indios, pues constituían una amenaza a la paz, al comercio lícito, a la estabilidad interna de la sociedad, de acuerdo a los cánones en esos momentos vigentes.

Todo esto debe ser recordado para poder valorar con justicia la importancia del viaje del coronel don Pedro Andrés García hasta las Salinas, pues hasta el momento sólo se ha visto en ella, parcialidades, facetas que no abarcan la totalidad del problema.

Don Pedro Andrés García nació en las cercanías de Santander, en el año 1758. Estudió en un colegio religioso y a poco de haber cumplido 18 años llegó al río de la Plata, en la expedición mandada por don Pedro de Ceballos.

Actuó en la campaña de la Banda Oriental contra los portugueses y, terminada ésta, volvió a Buenos Aires. Allí se distinguió en las acciones militares de las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Esta actuación le valió ascenso militar y un premio en tierras, otorgados por Liniers.

Estuvo presente en la Semana de Mayo de 1810, del lado de las fuerzas que deseaban el cese de Cisneros, realizando después la expedición a que nos referimos. Terminada ésta, volvió a Buenos Aires, donde prestó servicios al gobierno en varios problemas y en 1815 fue hecho prisionero hasta 1816, como consecuencia de su actuación política. Ese año realizó una expedición al interior bonaerense para estudiar el establecimiento de una nueva línea de fronteras. Sus ideas sobre la necesidad de avanzar las fronteras interiores las manifestó nuevamente en 1819, en un memorial que presentó a las autoridades de entonces.

Las jornadas de 1820 fueron vividas por García como simpatizante del partido directorial y sus cartas sobre ellas aún quedan casi ignorados, constituyendo una magnífica exposición de los hechos, relatados en forma panorámica.

Al asumir Rodríguez la gobernación de Buenos Aires, García participó en la expedición de castigo llevada a la región de las sierras, y al año siguiente realizó, con muy pocos elementos, una entrada para lograr la paz con los indios.

Con posterioridad a estas actividades, vivió casi rele-

gado a la vida hogareña, salvo su participación como comprador de minas en el Alto Perú en nombre de capitales europeos y norteamericanos.

Falleció en Buenos Aires en abril de 1833.

Entre los trabajos dados a conocer sobre la vida de don Pedro Andrés García, pueden mencionarse el libro de Torre Revello, el Diccionario Biográfico Colonial de Enrique Udaondo, el de Yaben y el de Picirilli-Romay-Giannello.

Además de las obras incluidas en el presente tomo, García realizó una estadística de los pueblos de la campaña, con registro catastral de terrenos vacíos y ocupados; reconocimiento del río Las Conchas; un padrón general de los habitantes de la campaña de Buenos Aires, con apreciaciones sobre sus modos y ocupaciones de vida; un mapa de la provincia del Tucumán y otro del virreinato del río de la Plata.

En vida militó en los partidos centralistas y de mano fuerte. Vio con malas perspectivas los intentos republicanos y federalistas, simpatizó con Rosas y se opuso a la vida independiente de las provincias. Todo lo anterior no le impidió apreciar a las personas y a sus ideas de manera aislada con los valores correspondientes y logró que su trayectoria de vida fuera respetada y apreciada por la mayoría de los pobladores importantes de Buenos Aires, como lo expresa la nota necrológica que hemos mencionado anteriormente.

Observaciones a Las Salinas Grandes: En primer lugar hay que señalar que don Pedro Andrés García incurrió en todos los errores de apreciación en materia etnográfica que eran comunes en su época. Ejemplo es la reiteración de la palabra *pampa* para designar a todas las tribus.

En la memoria que elevó a las autoridades, indicó lo que a su criterio era la mejor manera de mantener las buenas relaciones con los indios, en líneas muy generales, y un plan de explotación de los campos reconocidos.

Sus ideas sobre la manera de asentar poblaciones prósperas, para terminar con la *polilla* y los delincuentes consistió en un asentamiento de núcleos, partiendo de la base de que el terreno debía ser entregado en propiedad, para que este incentivo provocara una reacción saludable en los habitantes y los hiciera interesarse en la defensa contra los ataques de los indios y en la prosperidad general acrecentando sus producciones.

Este plan fue puesto en práctica más de cien años después, con algunas variantes que no modificaron la estructura general.

En cuanto al Diario en sí, es necesario aclarar que en varias oportunidades se menciona a Luján y a la Guardia de Luján, debiendo aclarar al lector que la Guardia corresponde a la actual ciudad de Mercedes, pues en aquella época funcionaba allí un destacamento como avanzada contra los indios y la Villa de Luján era el asentamiento civil.

A lo largo de los días se van mencionando las lagunas en las que se hizo alto o se reconocieron. Muchas de ellas han desaparecido, como la laguna de los Paraguayos; otras han cambiado de nombre, como la laguna de la Blanca Grande, y otras subsisten, habiendo dado nombre a las poblaciones cercanas, como son la laguna de Palantelen y la del Bragado Grande.

Las indicaciones sobre las osamentas que se veían a la vera del camino señalan la intensidad de las expediciones a las Salinas y las dificultades que muchas veces se

debieron vencer. También cabe indicar que muchas veces los indios dejaban las osamentas a lo largo de los caminos usados por los españoles para disimular sus robos o para manifestar su osadía, como desafío a las autoridades.

DISCURSO PRELIMINAR

AL

VIAJE A SALINAS

Las *pampas* de Buenos Aires tuvieron en otros tiempos sus caravanas y romerías: no para visitar mosqueas, ni para hacer expiaciones, sino para empresas lucrativas, que llenaban las arcas del erario y suplían las necesidades públicas. Su objeto era proveer de sal a la población, extrayéndola de una gran laguna que yace al sur, en un paraje que estaba entonces en poder de los indios. Los virreyes, que dirigían estas operaciones, tenían que solicitar de los caciques el permiso de introducirse en su territorio, ofreciéndoles algún regalo para amansarlos.

Estas negociaciones, que se renovaban cada año, eran una de las tareas más ingratas del gobierno de Buenos Aires, cuya autoridad desconocían y ajaban esos indómitos moradores del desierto. Pero el Cabildo, que contaba entre sus recursos el producto de la venta exclusiva de la sal, se empeñaba en que no se desistiese de esta faena, a lo que condescendía el gobierno por la oportunidad que le procuraba de observar a los indios y de explorar su territorio.

Cuando se acercaba la época de estos viajes, que solían emprenderse al principiar el verano, se avisaba por bando el día de la salida y el punto de reunión para los que querían acompañarla. Este anuncio ponía en movimiento a la campaña, cuyos habitantes concurrían gustosos con sus carros y peones, no sólo por su utilidad sino para procurarse una diversión.

Estas expediciones ofrecían un espectáculo imponente, por el orden con que un numeroso convoy de carruajes y jinetes desfilaba en aquellas vastas soledades que se animaban con su presencia.

La que se efectuó en 1778, en tiempo del virrey Vértiz, constaba de 600 carretas, operadas con 12.000 bueyes y 2.600 caballos, y asistidas por cerca de 1.000 hombres, bajo la escolta de 400 soldados al mando de un maestre de campo. Este aparato de fuerza era el mejor arbitrio para contener a los indios, naturalmente inclinados a los acometimientos y al robo: y la falta de medios de represión expuso al autor del presente diario a grandes peligros, de que sólo pudo librarle su entereza.

La perplejidad que debía inspirarle lo azaroso de su posición, y la especie de sitio en que lo tenían los indios, no le impidieron de someter a una diligente investigación sus costumbres salvajes, y el hermoso país que habitaban; de todo habla con acierto, y estos detalles amenizan la narración y hacen sumamente interesante su lectura. Los más pequeños incidentes de la ruta, todos los pormenores de sus entrevistas con los caciques, están relatados con un noble y apreciable candor. La exageración y la mentira, que comúnmente forman el principal caudal de un viajero, no han manchado sus páginas, que a falta de otro mérito se recomendarían por la verdad con que están escritas.

Por estos arbitrios ha llegado el autor a dar a su diario una importancia que nunca tuvieron los de sus predecesores, ceñidos a llevar la cuenta material de los días que gastaban y de las leguas que recorrían, en un terreno más o menos cubierto de bosques o lagunas.

Al desempeño de esta comisión agregó el gobierno otra de mayor interés para la provincia y cuyo plan se halla trazado en el primer oficio de la *Junta Gubernativa* que hemos publicado. Se trataba de formar una estadística de los pueblos de la campaña, y de proyectar una nueva línea de frontera para garantir los vecinos y asegurar sus propiedades.

Causa ciertamente sorpresa el que, en el corto intervalo de 17 meses, en que se compilaron los trabajos de la expedición a Salinas, pudiese el coronel García adquirir tantos datos para contestar las preguntas del gobierno, y desenvolver en muy pocos renglones todas sus ideas: ideas originales, realzadas por un estilo fluido y brillante, en que se exhala una alma joven, una imaginación ardiente, un fondo de esperanzas, que es muy raro que dominen a una razón madura en una edad provecta.

Esta memoria, fruto de improbos trabajos y de largas meditaciones, quedó envuelta en el caos de los proyectos que en distintas épocas habían sido enviados a los gobernadores y virreyes, mucho más solícitos en pedirlos que en realizarlos. Sobre el mismo tema escribieron Pavón, Eguía, Ruiz, Villarino, Baigorri, Sá y Farías, los dos Viedma y el mismo Azara; sin que se hubiese dictado una sola medida para poner, cuando menos, a los pueblos de la campaña al cubierto de las incursiones de los bárbaros. Este cargo es injustificable, porque mantuvo al país en la vergonzosa dependencia de los indios, cuando pudo haberlos anonado.

No ha mucho que plantaban sus tolderías en las orillas del Salado, de donde amagaban hasta la misma capital. ¡Cuán distinta es su suerte actual! Rechazados por todas partes, tienen que dispersarse en el desierto, o buscar un abrigo en las fragosidades de la cordillera, abandonando para siempre esos campos que no podían transitarse sin peligro, y donde las poblaciones se establecen ahora a la sombra del pabellón argentino que flamea triunfante en las márgenes del río Negro y del Colorado.

Buenos Aires, noviembre de 1836

PEDRO DE ANGELIS

OFICIOS DEL GOBIERNO

I

La Junta superior gubernativa de Buenos Aires

La necesidad de arreglar las fortificaciones de nuestra frontera, y la influencia que debe tener este arreglo en la felicidad general que ocupa los desvelos de esta Junta, la han movido a conferir a V. S. la importante comisión de visitar todos los fuertes de nuestra frontera, averiguar su estado actual, y proponer los medios de su mejora, tanto por las variaciones que convengan en su situación, cuanto por las reformas que deban adoptarse en el sistema de su servicio: averiguar al mismo tiempo el estado de las poblaciones y ganados, los medios de reunirlos en pueblos, la legitimidad con que se ocupan los terrenos realengos, con todos los demás ramos anexos a la policía y mejora de nuestros campos: manifestando igualmente si los pueblos de la campaña tienen ejidos, y cómo se les podrá proporcionar arbitrando: cómo se podrán dar los terceros realengos con utilidad de la real hacienda, y sin las trabas que hasta ahora se han usado, con todo lo demás que le parezca a V. S. conducente a la mejora y felicidad de nuestras campañas.

En esta virtud espera la Junta se ponga V. S. en marcha

inmediatamente para el logro de tan importante objeto; llevando en su compañía dos oficiales de su entera confianza, y consagrando este servicio más al rey y a la Patria. En inteligencia que las reformas de fácil ejecución las comunicará desde aquellos mismos destinos, para que, con aprobación de la Junta, sea V. S. mismo el ejecutor de ellas.

Dios guarde a V. S. muchos años. Buenos Aires, 15 de junio de 1810.

CORNELIO DE SAAVEDRA

Dr. Mariano Moreno, Secretario

Señor coronel, don Pedro Andrés García.

II

Habiendo determinado esta Junta, de conformidad a propuesta del Excmo. Cabildo, se verifique en este año la acostumbrada expedición a Salinas, y publicándose el bando, para su notoriedad, con designación del día 4 de octubre próximo para su salida de Palantelem, ha nombrado a V. S. por comandante de ella: previniéndose con esta fecha al de la frontera el apronto de 50 milicianos armados, a sueldo, que deben escoltarla. Y lo aviso a V. S. con acuerdo de la misma Junta, para que en su inteligencia, y de haber nombrado dicho Cabildo por diputados a los regidores D. Manuel José de Ocampo y D. Andrés Domínguez, se presente V. S. en esta capital sin demorar, a tratar con ellos el punto de auxilios que le son peculiares, y recibir las últimas órdenes de esta superioridad.

Dios guarde a V. S. muchos años. Buenos Aires, 6 de setiembre de 1810.

CORNELIO DE SAAVEDRA

Dr. Mariano Moreno, Secretario

Señor coronel, don Pedro Andrés García.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

La memoria que tengo el honor de presentar a V. E. es un homenaje debido a la autoridad, y una manifestación de mi amor y respeto a la patria. V. E. se ha servido confiarme el arreglo de estas campañas, formación de pueblos, mejora de los ya formados, establecimientos de guardias fronterizas en donde convengan, y el fomento de todos los ramos de policía rural. Éste es el encargo más honroso que ha podido hacerse jamás a un ciudadano: de su acertado desempeño pende la prosperidad de la agricultura y de la población, el poder y la riqueza de la sociedad.

Es verdad que no corresponde a las fuerzas de uno solo, sino a los esfuerzos de muchas generaciones, el llevar a cabo una obra de tanta grandeza. Hay escollos que evitar, peligros que arrostrar y dificultades que vencer: pero todo desaparece cuando se nos presente la perspectiva risueña de la felicidad pública. Mil pueblos florecientes, en medio de los campos ahora desiertos, serán un monumento más glorioso que cuantos ha levantado la vanidad de los conquistadores. Millares de familias contentas, y rodeadas de la abundancia, entonarán him-

nos más honrosos al gobierno que las afamadas producciones de poetas aduladores.

¡Plugiese al cielo que el tiempo que me resta en la tarde de mi vida, fuese un sacrificio útil a un país que me alimenta desde mi primera juventud, y que me ha dado cuanto es capaz de hacer amable su existencia a un mortal! Si una fatalidad inevitable, o si la escasez de mis luces, no me permite esta honra, yo me consolaré a lo menos con haber hecho lo posible, y con manifestar a V. E. en el lenguaje de la verdad los males que pesan sobre nuestras campañas, la urgente necesidad de remediarlos, los medios de hacerlo, y cuantos bienes pueden resultarnos.

La feracidad de este suelo afortunado, las ventajas que ofrece su situación geográfica, y la reunión de todo cuanto puede linsojear los deseos naturales del hombre, parecen que destinaban a Buenos Aires para ser una de las primeras ciudades del Nuevo Mundo: pero contra el orden de la naturaleza la hemos visto casi en nuestros días desfallecer en la miseria, y entrar apenas en el rango de las ciudades subalternas.

La lucida expedición que trajo Mendoza, desapareció luego, ya por las luchas sangrientas con los querandíes, ya por la penuria de bastimentos, ya en fin porque se vio frustrado el principal objeto de su establecimiento, esto es, la fácil comunicación con las provincias y riquezas del Perú.

Sin embargo de que una venda espesa cegaba a todas las naciones europeas en el siglo xvi sobre sus verdaderos intereses, no dejó de traslucir el adelantado Torres de Vera cuán interesante era la población de Buenos Aires, y ordenó luego a Juan de Garay la reedificase a toda costa, como lo verificó el año de 1575. A la muerte de

este hombre digno de memoria, quedaron los pobladores dueños de grandes terrenos, cuya fertilidad podría haberlos colmado de abundancia y felicidad, si el gobierno hubiera sabido adoptar el sistema que convenía a sus verdaderos intereses. La adquisición de encomiendas y de nuevos terrenos entretuvo la ambición en los primeros años, y fomentó una guerra con los naturales, que se ha perpetuado hasta nuestros días.

Las tentativas de varias naciones europeas, principalmente las pretensiones de Portugal, hicieron conocer a la España que era forzoso velar más cuidadosamente sobre la conservación de estos países, mantener tropas en Buenos Aires y fomentar esta colonia. Pero al mismo tiempo la codicia de los monopolistas y la ignorancia de la ciencia económica habían cortado los canales de la circulación. Esta ciudad se vio reducida a los consumos de su guarnición, y a la miserable exportación de algún navío que manda Cádiz con licencias eventuales; o bien a las utilidades de los ganados que transportaba al Perú, y a las de un contrabando mezquino a que incitaba el comercio exclusivo de Lima en las provincias altas.

En el espacio de dos siglos habíanse extendido las familias por estas inmensas llanuras, y, dedicadas a una vida pastoril, se establecían sin orden en los campos, y, como los hijos de Noé, iban propagándose con sus rebaños por un mundo desierto. Aislados los hombres en sus haciendas, no se reunían sino cuando lo exigía la religión, o lo ordenaba la necesidad de la común defensa. Era forzoso, pues, que reducidos a este género de vida, adquiriesen unas costumbres salvajes, y que, desconociendo las necesidades del hombre civilizado, se resintiesen de la indolencia e ignorancia de sus bárbaros vecinos: que la agri-

cultura estuviese en el peor estado y la provincia en la miseria.

El buen rey D. Carlos III, rompiendo las antiguas trabas, dio más libertad al comercio nacional, erigió a esta ciudad en capital de un virreinato, abrió el comercio con el Perú, con los puertos habilitados de la península, las colonias españolas y extranjeras. La atracción de capital y los preciosos frutos que el comercio amontonó en ella de las provincias interiores, la hicieron prosperar con rapidez tan extraordinariamente, que en pocos años empieza ya a competir con las más florecientes de la América.

Mas si desde las elevadas torres de la ciudad echamos una ojeada sobre las campiñas que la rodean, será preciso confesar que su opulencia no es debida a la perfección de la agricultura, ni a los esfuerzos de la industria. En ella veremos un retrato de la ciudad de Idomeneo que nos describe el sabio Fenelón. Su grandeza y esplendor son efímeros, porque no estriban en la tierra, la única capaz de consolidar la felicidad de un Estado.

La revolución que ha causado naturalmente en la América el trastorno general de Europa, va a poner sus provincias en estado de desplegar cada una las riquezas de su respectivo suelo. ¿Y qué será de la nuestra, si dejamos en abandono nuestros campos, único tesoro que nos ha dado la Provindencia? Es preciso, pues, que nos apresuremos a ponerlos en aptitud de prosperar, o que desde ahora consintamos en volver a un estado de languidez y decadencia.

Si miramos atentamente el estado de nuestras campañas, advertiremos luego que las estancias y chacras se hallan mezcladas al presente: que un desorden general ha confundido las propiedades, y dado lugar a que el propietario esté siempre amenazado de las agresiones de sus vecinos o

destruido con pleitos interminables. Los ganados del hacendado talan las sementeras del labrador, y las diligencias de éste dispersan aquéllos. Hay una multitud de familias establecidas en terrenos realengos que ocupan a su arbitrio, o bien en los que arriendan por un ínfimo precio. Estas familias se dicen labradoras porque envuelven en la tierra una o dos fanegas de trigo al año; y son en la realidad la polilla de los labradores honrados y de los hacendados a cuyas expensas se mantienen. He aquí la exacta relación que hace de su modo de vivir un vecino de estas mismas campañas.

“Empiezan, dice, estos agricultores honorarios a arar por mayo, y concluyen en julio y aun agosto. ¿Y qué comen en este tiempo estos hombres sin recursos? Díganlo nuestros ganados. ¿Con qué alimentan sus vicios? Con los productos de aquéllos. ¿Y cuál es el resultado de una operación de cuatro meses? Haber arañado la tierra, que por mal cultivada, no produce ni aun el preciso necesario de una familia industriosa. Siembran, en fin, porque un vecino les prestó la semilla, y el día de la sementera hay bulla, embriaguez, puñaladas, etc.

”Estas sementeras en muchas partes deben cercarse; y para esto se unen algunos, y clavan en tierra cuatro palitroques, que, ayudados de torzales que hacen de la piel de nuestros toros, forman una barrera incapaz de resistir la embestida de un carnero. Resguardadas así sus mieses, las cuidan sus mujeres por el día, y ellos por la noche. Persiguen los ganados vecinos, los espantan, los hieren, y obligan al hacendado a trabajar un mes para reunir lo que un labrador de estos le dispersó en una noche. Destruyen nuestros caballos, pues en ellos hacen sus correrías nocturnas. En este orden continúan hasta el preciso tiempo de la siega, en que son más perjudiciales que nunca.

"Llega enero, y cruza por la campaña un enjambre de pulperías, llevando consigo el pábulo de todos los vicios; sus dueños los fomentan para ejercitar la usura: ponen juegos, donde los labradores de esta clase reciben cualquier dinero por sus trigos: venden a precios ínfimos sus cosechas, y el campesino honrado, que por sus cortos fondos necesita adelantamientos, se ve forzado a malbaratar por necesidad los que aquéllos por sus vicios: siendo el resultado, verse sin granos, y tal vez empeñados al fin de la cosecha. Éstos se llaman labradores, porque siembran todos los años, siendo en realidad vagos, mucho más perjudiciales que aquellos que por no tener ocupación llamamos tales."

Me he detenido particularmente en detallar las ocupaciones y costumbres de estas gentes, porque ellas forman una porción muy considerable de nuestra población rural. En el curato de Morón, que está casi a las puertas de la ciudad, se cuentan 622 familias, y acaso una tercera parte de ellas puede entrar en la clase de estos perniciosos labradores: y así de los demás partidos. ¿Y qué podremos esperar de unos hombres acostumbrados desde su infancia a los vicios y a la más destructora holgazanería? El labrador honrado y el útil hacendado no podrán prosperar mientras estén rodeados de semejantes enemigos.

Las más sabias leyes, las medidas más rigurosas de la policía, no obrarán jamás sobre una población esparcida en campos inmensos, y sobre unas familias que pueden mudar su domicilio con la misma facilidad que los árabes o los pampas. Es, pues, indispensable transformar estos hombres en ciudadanos virtuosos, aplicados e industriosos. Yo tengo la satisfacción de hablar con un gobierno que sabe bien que estos prodigios los hace frecuentemente la política, y por eso, sin detenerme un instante, voy a pro-

poner las medidas que me parecen más urgentes y necesarias. Estas se reducen a cuatro: Primera, mensura exacta de las tierras. Segunda, división y repartimiento de ellas. Tercera, formación de pequeñas poblaciones. Cuarta, seguridad de las fronteras, y líneas adonde deban fijarse.

Las mensuras generales de la campaña deben partir, a mi juicio, desde la plaza misma de la Victoria, siguiendo, para evitar perjuicios, el orden establecido por D. Juan de Garay. Para esta operación deben elegirse sujetos que, además de los conocimientos científicos, estén adornados de una integridad a toda prueba. Ellos han de ser infatigables, hasta que perfeccionen un plano topográfico, que señale exactamente los territorios de cada partido, sus límites y haciendas en él comprendidas: sus pueblos e iglesias, sus pastos comunes, aguadas y ejidos, con una razón estadística la más prolija.

Esta operación bien desempeñada aclarará luego las respectivas propiedades, pondrá al gobierno en estado de conocer cuáles son las tierras realengas, qué extensión ocupa su dueño, y a qué destina su propiedad. Éste será el documento solemne que asegure el patrimonio de nuestra común familia: sobre este plano es que V. E. va a plantear la grandeza y poder de la república. Así Numa sobre los campos incultos del Lacio dictó las leyes que hicieron de Roma la cabeza del mundo y el modelo de los imperios.

Conocido perfectamente el terreno, es necesario que se proceda a su división y repartimiento: esto es, a señalar las tierras que se destinan a la labranza y las que deben servir para la cría de ganados. Mientras la población de nuestra provincia y la perfección de nuestra agricultura, no hayan hecho variar completamente el estado de las cosas, siempre ha de ser forzoso mantener las estancias y fomentar la cría de ganados en los términos que hasta aquí.

Tiempo vendrá en que sobre una legua cuadrada se mantenga más ganado que hoy sobre tres; que su cría sea menos expuesta y más lucrosa. Pero mientras tanto no podemos menos que dejar este ramo, tan principal de nuestra riqueza, a merced de la suerte, y que su subsistencia sea tan incierta como la de los pastos en unos campos escasos de aguas. Mas para que esté menos aventurada, necesitan siempre los hacendados poseer grandes terrenos en que puedan extenderse libremente los ganados, con menos peligro de que se agoten las aguas, ni se consuman los pastos tan fácilmente.

Según este principio, las tierras más inmediatas a la ciudad serán las destinadas a la agricultura exclusivamente, y luego las que rodean los pueblos que se plantifiquen. No se permitirá en ellos estancia alguna, ni se criará en ellas más ganado mayor que el que los labradores necesitan para sus trabajos, o puedan guardar y mantener a pastoreo en sus campos y los comunes, con el auxilio de prados artificiales y sus cosechas de yerba, que, con la paja y el grano, repondrán para asegurarlos de las intemperies del invierno y sus arideces, de modo que jamás nos falten para las labranzas y acarreos, como ahora sucede.

Designado el lugar que se juzgue a propósito para población, deben deslindarse y señalarse luego los sitios para las casas; de modo que cada uno pueda tener un huerto, corral y habitación desahogada. Éstas formarán o contendrán una plaza, de la que arrancarán ocho calles espaciosas en la primera cuadra de sus respectivos frentes; y en las segundas, que contendrán cien varas cada una: se señalará asimismo el lugar para la iglesia, el cementerio, el hospital y la cárcel. Desde el centro mismo de la plaza de cada pueblo partirán las mensuras de las suertes de tierra de labor de su pertenencia: ordenando de tal modo las

cosas, que este punto sea cierto, y la mojonera común de su vecindario. En cada pueblo ha de dejarse sitio, no sólo para las casas de los labradores, sino también para las familias industriosas que sucesivamente han de ir estableciéndose en ellos, como necesarias.

Demarcado el pueblo, y divididas las suertes de tierras, es necesario llamar los pobladores. Como han de ser éstos los vecinos esparcidos por la campaña, creo oportuno se dividan en tres clases: primera, de propietarios; segunda, de arrendadores capaces de hacer los gastos primitivos de la labranza; tercera, la de los que no tienen facultades para ello, cuyas nociones suministrará desde luego la razón estadística de que hablé al principio.

Una ley general debe obligar a todos los habitantes de la segunda y tercera clase de la comarca a formar su habitación en el pueblo inmediato que se halla demarcado. Esto, es verdad, que parecerá duro a muchos de nuestros campestres, y aun algunos que presumen de filósofos lo creerán contrario a la libertad del hombre: pero si se reflexiona sobre ello ligeramente, pienso que no habrá un sensato que no convenga en la necesidad de esta medida. Sin reducir las familias a población, sucederá que no tocándose sus intereses sino en los poquísimos puntos que forman sus precisas necesidades, al menor movimiento quedarán separados y el cuerpo social destruido. El hombre aislado y reducido a sí mismo se hace salvaje y feroz, huve de todo trabajo que no sea el que necesita para buscar su alimento, y no acostumbrado a obedecer ni a sufrir dependencia, prefiere siempre los medios de violencia a los de dulzura, cuando pretende: y así más presto roba que pide. Se hace duro e insensible, y como está concentrado en sí, no es capaz de espíritu público, ni los resortes de la política pueden obrar sobre él. Es preciso, pues, que el

gobierno ponga los principios de adhesión que estas partes separadas necesitan, para formar una masa sólida y capaz de resistencia. ¿Y cómo podrá hacerlo, sino acercando los hombres unos a otros, y acostumbrándolos a ocurrir mutuamente a sus necesidades, poniendo en movimiento los deseos de gozar y sobresalir, de que inmediatamente proceden la emulación y aplicación que hacen florecer la agricultura, la industria y las costumbres?

Si las poblaciones facilitan estas ventajas, el comercio adquiere por ellas muchos grados de velocidad en sus cambios, cuya repetición y utilidades refluyen también en los progresos de aquéllos. La combinación de estos principios elementales de la felicidad pública, acercará el tiempo en que se vean ocupadas las tierras por tantos propietarios cuantos ellas admiten. Y entonces ¿podrá alguno calcular el grado de poder y de fuerza verdadera que tendría el Estado?

Los labradores, endurecidos con las intemperies, acostumbrados a una vida sencilla y frugal, noblemente orgullosos con el sentimiento de su propia fuerza, independientes de su propiedad, de la que sacan su subsistencia y su fortuna, serán los verdaderos ciudadanos, que no necesiten mendigar su mantenimiento del Estado, ni venderse bajamente a todo el que pueda darles un empleo o proporcionarles una renta. Su tierra, su hogar, su pueblo, he aquí los ídolos del labrador: en ellos verá la herencia de sus padres, la tumba de sus mayores y la cuna de sus hijos. Amarán siempre las leyes y el gobierno que le conserven objetos tan queridos. El hombre de patria se los recordará, y al primer riesgo serán sus defensores, tan valientes como incorruptibles. En una palabra, formar poblaciones, y fomentar en ellas la agricultura y la industria, es formar una patria a hombres que no la tienen. Esto ma-

nifiesta bien si está esencialmente unida la existencia del Estado al establecimiento de pueblos y leyes agrarias, que son indispensables para su prosperidad.

Pero si la triste condición humana obliga al gobierno a usar de su autoridad para impeler a los hombres hacia su propio bien aun antes que la experiencia se lo haga gustar, puede dulcificarse esta medida con el incentivo del interés y de la propiedad. Las poblaciones han de hacerse o sobre tierras de algún propietario, o sobre las realengas. En el primer caso, debe el gobierno comprar a justa tasación los sitios que se destinen para la traza del pueblo, y darlos en propiedad a los labradores que hayan de establecerse en las suertes de tierra demarcadas; brindando con igual presente a los demás artesanos y gentes de industria que quieran poblarse. Mas a fin de que el estímulo al trabajo sea mayor, no se conferirá el título de propiedad a ninguno hasta que haya formado su casa, y cercádola del mejor modo que le sea posible; para lo cual se les señalará un término correspondiente. Aunque no puedan desde luego darse las suertes de tierra en propiedad, esto puede suplirse ya por las leyes que favorezcan a los arrenderos, asegurándoles el goce de cuanto mejoren y trabajen en su hacienda, ya premiando con auxilios a los que más sobresalgan en la aplicación, para que puedan comprarla a su dueño, quien nunca podrá negarse a ello, ni valerse de la necesidad para sacrificar al labrador. Pues la ley, que hace sagrado su derecho de propiedad, sostiene a aquél contra las agresiones de la codicia.

Ni creo deba temerse que los propietarios se resientan de unas providencias que, bien lejos de perjudicarlos, van a dar a sus haciendas un valor que ahora no tienen, y que crecerá progresivamente en razón de las medidas mismas con que el gobierno esfuerce la aplicación de los colonos.

Nace con el hombre el deseo de dominar y poseer: tarda más el conocimiento de los medios que pueden extender la esfera de estas inclinaciones; mas una vez conocidos, se decide y los abraza con toda la ansiedad de las pasiones. Nada creo que será más fácil que hacer conocer a nuestros propietarios todas las ventajas que van a conseguir del establecimiento de colonos en sus campos, bajo un sistema como el presente: de manera que, tan lejos de oponerse a estas determinaciones, pretenderán con empeño la preferencia de sus tierras para pueblos.

En las tierras baldías no tendremos estas dificultades, y el gobierno presentará un aliciente más poderoso, con la donación de las suertes de tierra a los que llame a poblarlas: sacando al mismo tiempo todo el partido que le ofrece esta circunstancia para acelerar los progresos de la población y la labranza.

Establecidos los colonos, una policía sabia asegurará las propiedades, destruirá los vagos, perseguirá los delincuentes, romperá las trabas y pondrá en posesión tranquila de la libertad a todos los ciudadanos virtuosos. Pero los dos grandes objetos a que deben dirigirse luego los esfuerzos, son a la introducción de la moderna agricultura y a la atracción de colonos de todo el mundo, si es posible: ambos objetos son vastos, necesitan de tantas y tan acertadas operaciones, de tantos fondos, en fin de tanto saber y patriotismo, que se hace indispensable establecer para desempeñarlos una junta de mejoras o llámese sociedad patriótica, que vele noche y día sobre asuntos tan interesantes, siempre protegida con toda la fuerza del gobierno.

Yo creo que la sociedad podría escoger por modelo a la famosa de Dublín, que tiene la gloria de haber sido la primera que hizo conocer todo el precio de los bienes de la tierra en Inglaterra. Los notables del reino se empe-

ñaron, con toda la fogosidad de su carácter, en adelantar los progresos de la agricultura, hicieron un negocio propio a alentar e instruir al pueblo en este ramo, consagraron a este objeto su superfluo, destinado antes al lujo y a los vicios. Ellos mismos instruyen, solicitan y hacen dictar al gobierno cuantas leyes económicas aconseja necesarias la experiencia; y este espíritu, difundido por toda la nación, ha llevado al más alto grado de perfección la agricultura en Inglaterra.

Un movimiento semejante es el que debe dar el gobierno a la opinión de nuestros ciudadanos, que se resienten de los errores que, adoptados generalmente, han dirigido el sistema político de los estados europeos desde el descubrimiento del Nuevo Mundo. Es forzoso que se convenzan todos de que, como dice un sabio, el oro liquidado por el ardiente soplo de la humanidad entera, cuele y se huye de entre la criba de naciones ociosas que lo reciben de primera mano: que cuando se detiene, no es más que un metal de inútil peso; que jamás es riqueza, ni la representa si no por medio de la circulación; que no circula sino hacia los lugares que producen cosas útiles a las necesidades humanas; que no puede aumentarse en un país si no en razón del producto líquido que se saca de sus riquezas renacientes, y de la industria que las prepara y acomoda a los usos de la vida.

Que los sabios, los literatos, los celosos patriotas empleen los encantos de la elocuencia, la fuerza irresistible del raciocinio y de la convicción, para presentarnos a la agricultura como ella es en sí. Que los magistrados vean allí la conservadora de las sanas costumbres, de la inocencia y de la libertad; los propietarios, la regeneración eterna de sus riquezas; el comercio, sus almacenes; los pueblos, su subsistencia; los hombres en fin, la nodriza común que

los conduzca a fraternizar y participar juntos de sus dones.

Si estos principios, autorizados por un gobierno paternal, se difunden y vulgarizan, no es posible que dejen de electrizar a un pueblo que no perdona sacrificio cuando lo considera útil a su patria. Ya me parece que lo veo correr al fomento de la agricultura y de la industria, con el mismo entusiasmo con que ha volado siempre a ofrecer sus bienes y a sacrificar su vida por la seguridad común. Veo que en cada departamento se forman sociedades patrióticas, que llevan al seno de los campos las luces y los socorros a los desvalidos labradores: que los instruyen, no por medio de vanas teorías, sino con ejemplos prácticos; que los estimulan con los premios, con las distinciones y con los honores. Que otros Triptolemos forman nuevos instrumentos de labranza y enseñan su uso a los aplicados agricultores: que hacen brotar una multitud de plantas hasta ahora desconocidas; que mejoran las poblaciones, que plantifican la industria en ellas y proporcionan la educación civil y cristiana de las generaciones reproducidas. Que arrancan del seno de la ciudad multitud de familias que hoy vegetan ociosamente, y las establecen con utilidad en la campaña: que hacen derramar en ella mucha parte de los tesoros que ahora se estancan o se guardan para animar la industria del extranjero: que atraen, en fin, de todas partes la población, la abundancia y la felicidad.

A las sociedades, a los hombres de verdadero patriotismo, toca el cuidado de inspeccionar los detalles, proponer los proyectos útiles y dirigir las operaciones. El gobierno, no dando acceso jamás a ese espíritu entremetido que se mezcla en los intereses particulares de los súbditos bajo el pretexto del bien público, debe proteger sólo los esfuerzos con la sabiduría de las leyes que proporcionen al labrador el expendio de sus frutos con comodidad, y con

una ganancia módica, pero pronta y segura. Para ello es necesario facilitarles mercados inmediatos, en donde la concurrencia de compradores sea la que dé precio a sus frutos, y proporcione los contratos útiles a la clase agricultora y comerciante. En vano se derramarían tesoros en los campos, en vano se establecerían familias labradoras y se formarían leyes: todo permanecería en la inercia, si la utilidad no siguiese de inmediato a los trabajos. El comercio es el vehículo que introduce con sus ganancias la fecundidad y la vida en todas las clases laboriosas del Estado, pero él no puede prosperar sino obrando en libertad.

Supuesta la libre exportación al exterior de todo cuanto la tierra produzca o la industria prepare, para fomentar el comercio interior son muy necesarias las poblaciones, porque allí encuentra el traficante reunidos los granos y los frutos de muchos labradores, cuyos diversos intereses le proporcionan ventajas importantes, y se le disminuyen las demoras y los costos, que le ocasionaría la necesidad de vagar por las habitaciones dispersas de la campaña para vender y comprar. Los labradores, al mismo tiempo, con las noticias que adquieren en el trato y sociedad, saben apreciar sus granos, y no malbartarlos o perder ventas oportunas por ignorancia. Se ahorran los gastos de la conducción y los riesgos que corren en su transporte a largas distancias, como también el tiempo que en ello pierden y los perjuicios que nacen de la ausencia de sus campos.

Nadie ignora que la principal ventaja de la libertad del cultivo y del comercio de sus producciones, está en facilitar los cambios, sin los cuales los frutos no pueden tener su precio; de donde se infiere la necesidad de abrir la salida y facilitar los transportes y caminos al comercio. Todos los frutos que se ofrecen en concurrencia al consumo están cargados precisamente con los gastos de producción

y transporte: estos últimos no tienen otra base que el mismo artículo, y por consiguiente los gastos de transporte cargan sobre la producción. Así, pues, para que nuestros frutos se presenten más ventajosamente a la concurrencia, es preciso disminuir, cuanto sea posible, los de conducción.

De estos principios se deriva naturalmente la necesidad de mejorar los caminos, de facilitar la navegación y de construir canales; pero mientras llega el tiempo en que el Estado pueda emprender estas grandes obras, juzgo que son indispensables dos providencias. La primera, que facilite y fomente las máquinas que reducen el volumen de los frutos, y dejando la utilidad de la manufactura entre las familias industriosas, minoran los gastos de su transporte. La segunda, es la que mira a perfeccionar las máquinas que se emplean en las mismas conducciones, haciéndolas de forma que, admitiendo más carga, necesiten menos fuerzas y estén menos expuestas a romperse o desbaratarse.

Las medidas hasta aquí indicadas como necesarias serían inutilizadas en gran manera si no se atendiese inmediatamente, casi como objeto primordial, a la seguridad de las fronteras de indios infieles: de modo que el habitante de los campos no tema ver destrozadas sus posesiones por las invasiones inesperadas de un enemigo feroz, y pueda sin recelo entregarse a los útiles trabajos de su profesión: a este objeto se dirige inmediatamente la medida de adelantar las fronteras. Pocos son los que conocen en toda su extensión la importancia de esta obra, porque no hay muchos que se detengan a considerar los intereses verdaderos del país.

Asegurar para siempre nuestros campos de las incursiones devastadoras de sus bárbaros vecinos, hacer de ellos una misma familia con nosotros, extender nuestras pobla-

ciones hasta las faldas de la cordillera famosa de Chile, formar provincias ricas en las producciones de los tres reinos de la naturaleza, y dar un vuelo rápido a nuestro comercio, a nuestra industria, a nuestra agricultura, que lleven luego la opulencia a nuestra afortunada patria: hacernos verdaderamente independientes de las provincias del continente americano y de la Europa, por la posesión de las primeras riquezas de las naciones, he aquí los grandes objetos que se propuso este gobierno cuando me confió la comisión del arreglo de fronteras.

Echemos un velo sobre los errores que han ahogado por el espacio de tres siglos los grandes y preciosos frutos de una sabia y bien dirigida economía: convenzámonos solamente de nuestro estado presente, y de la necesidad de buscar entre nosotros las fuentes del poder y de la prosperidad, para no ser mañana miserables, débiles y pupilos quizá de nuestros mismos compañeros. Grabada esta verdad en nuestro seno, marchemos denodadamente hacia el objeto, si es que aspiramos a la gloria de restauradores de la patria.

Aquello que, cuando se trata de los primeros intereses del Estado, ciñen sus miras a pocos años, o adoptan a medias y temblando las medidas grandiosas que han de establecer la felicidad de las generaciones, los que proceden sin un plan determinado, que, empezándose a plantificar por ellos, haya de proseguirse constantemente por los que les sucedan: estos hombres pusilánimes y mezquinos hacen más daños al Estado, que los atrevidos que proyectan en grande, aun cuando yerran en sus cálculos.

Errado fue, y muy dañoso a la humanidad, el deseo de conquistar los indios salviaes a la bayoneta, y de hacerlos entrar en las privaciones de la sociedad, sin haberles formado necesidades, ni inspirado el gusto de nuestras como-

didades. Este plano, repito, sostenido con tesón, imposibilitaría quizá la civilización de aquellos hombres, pero no expondría el Estado a tantos males, como un sistema contrario, adoptado a medias y mal conducido.

Así el inveterado concierto hostil, sostenido por nuestros mayores contra las tribus de los pampas, hacía imposible su reducción: pero al menos establecía una barrera entre ellos y nuestros campestres que los tenía siempre en alarma, y a los indios, cuidadosos por el estado de guerra en que estábamos sin cesar. Desde el año de 89 se cambiaron felizmente las ideas, y proyectó el gobierno atraer por el comercio y buen trato a estos hombres feroces: pero, no habiéndose establecido un plan tan vasto como el objeto, ha sucedido que las fronteras se hallan desarmadas; que muchos de nuestros campestres, cuyas costumbres, como hemos dicho, no distan muchos grados de las de los salvajes, se han familiarizado con ellos, y atraídos por el deseo de vivir a sus anchas; o bien temerosos del castigo de sus delitos, se domicilian gustosamente entre los indios. Estos tráfugas, cuyo número es muy considerable y crece incesantemente, les instruyen en el uso de nuestras armas, e incitan a que ejecuten robos y se atrevan a hacer correrías en nuestras haciendas. ¡Cuánto no debemos temer de estos indios, acaudillados y dirigidos por nuestros mismos soldados!

Se presenta esta empresa con no pocas dificultades; pero entiendo que a la distancia tienen las cosas diversos aspectos que observadas de cerca. Todo está a nuestros alcances si empeñamos la constancia en el trabajo y estudiamos la moderación y prudencia con que debemos acordar y convenir con los indios salvajes, para obtener la posesión de los terrenos a que aspiramos, y establecer unas relaciones que los tengan en necesidad de nuestro trato, los afi-

cionen a la sociedad, y que quizá en la segunda generación formen con nosotros una sola familia, por los enlaces de la sangre. Éste debe ser el fruto de nuestras tareas, si la comisión se maneja con destreza por un jefe que sepa hacer servir a la miras políticas del Estado las numerosas tribus que infestan hoy esas inmensas campañas.

Las guardias de fronteras que tenemos, son ya casi totalmente inútiles, porque están las más en el centro de las poblaciones, por su estado ruinoso, por falta de armas y soldados, y porque no pueden ofender ni defenderse si son atacados: de modo que las haciendas y poblaciones avanzadas al enemigo, de 20 hasta 60 leguas al sur, están francas y sin reparo alguno.

En la estrecha faja que forman los ríos Paraná y Salado, no caben las poblaciones de nuestro labradores y hacendados. Se han visto precisadas las familias, contra lo estipulado en las paces celebradas con los pampas, a pasar los límites del río Salado: lo que debería mirarse por aquéllos como una manifiesta infracción y declaración de guerra. Pero, como la necesidad ha obligado a excederse por la propia conservación, y este exceso ha sido recíproco, resulta una tolerancia harto perjudicial por lo aventurado y expuesto de nuestras familias en campo enemigo, e indefensas para reparar las hostilidades que experimentan siempre que los indios se acuerdan de sus derechos, o sueñan hallarse ofendidos: cuyos motivos nos impelen poderosamente a emprender sin tardanza el adelanto de las fronteras sobre dos líneas precisas, para poder acudir a nuestra conservación y necesaria subsistencia.

La primera debe ser desde la confluencia al mar del río Colorado hasta el fuerte de San Rafael sobre el río Diamante, teniendo por punto central la laguna de Salinas. La segunda debe formarla la cordillera de los Andes, en

los pasos que franquea por Talca y frontera de San Carlos, apoyando su izquierda sobre las nacientes del río Negro de Patagones, y su derecha en el paso del Portillo: examinando además otros pasos intermediarios, si los hubiese, y guarneciéndolos del mejor modo posible. La configuración geográfica del terreno da a conocer la importancia de esta obra, y también que la naturaleza no da en los Andes unos límites indisputables, y que brindan a los de esta parte del norte con la posesión de tantos terrenos yerros, y de preciosidades inestimables, ya demasiado conocidas y ansiadas por los del sur.

Los costados del cuadro irregular que forman las dos líneas, quedan cubiertos por el este con las orillas del océano y río Negro; por el oeste, con la provincia de Cuyo; por el sur, con la cordillera de los Andes, y por el norte, con las provincias de Buenos Aires y Córdoba.

Luego que, en cumplimiento de las órdenes superiores, pude convencerme de la nulidad absoluta de las guardias, y de la necesidad de adelantarlas, creí indispensable reconocer las campañas que ocupan los indios, y tomar los posibles conocimientos de los lugares para situar bien las fronteras. A este fin propuse a la superioridad el conducir la expedición de Salinas, y hacer con este motivo las observaciones precisas para emprender esta obra jefe, demarcando facultativamente los terrenos, levantando sus planos, sin perder de vista las indagaciones más prolijas para calcular el número de sus habitantes, sus usos y costumbres, y cuanto más pudiese convenir al intento.

Marché en efecto el 21 de octubre del año pasado de 1810, y concluí la expedición el 22 de diciembre siguiente del mismo año, con las ocurrencias que señala el diario que acompaño. Uno de los primeros frutos de mis trabajos fue captar la voluntad de los caciques principales, Epu-

mur, Quinteleu y Victoriano, hermanos, y todos de razón despejada, de poder y de respeto entre las tribus vecinas. Su amistad, siempre constante, atrajo por convencimiento y ejemplo, a otros deudos, que unidos protegieron mi marcha de ida y vuelta contra las agresiones que intentaron hacerme otras naciones. Pude con la dulzura y buen trato prevenir favorablemente los ánimos de estos caciques y sus aliados, para que se prestasen voluntariamente a nuestros designios: ellos se han decidido con gusto a permitirnos la plantificación de poblaciones indicadas, y han ratificado su consentimiento personalmente ante este superior gobierno.

La benigna acogida que merecieron, y los dones con que se les remuneró generosamente, deiaron airosa la garantía que yo les di por escrito. Prendados de nuestras amistosas demostraciones, han celebrado varias juntas con los caciques comarcanos, para conferenciar con ellos la resolución que debían tomar acerca de nuestras pretensiones. Han puesto en obra varias de sus muchas supersticiones, para asegurar por ellas si convendría o no el establecimiento de nuestras poblaciones: en todas resultó un pronóstico feliz. Me han avisado con puntualidad de ello por un mensaie, expresando que les había ganado siempre, y que era ésta una señal segura de que yo les sería buen amigo y no los engañaría en los tratados: pero los más sensatos opinan que se forme un congreso o parlamento general, al cual sean convocados todos los caciques del sur y oeste para declararles abiertamente nuestras intenciones. Los amigos se muestran convencidos de la utilidad y ventajas que les ofrece este proyecto, y creo que el resultado de la conferencia será feliz: pero sea cual fuere, es absolutamente necesario plantificar el proyecto.

Resueltos una vez a ello, me persuaden los conocimien-

tos que yo he adquirido, que el cuartel general y primera población debe hacerse en las márgenes de la laguna de Salinas, o lo que es lo mismo, en el paraje nombrado los Manantiales, distante de ella menos de dos leguas. Tiene aguas saludables, abundancia de leña, prodigiosos pastos, y unos terrenos feraces en toda clase de granos, legumbres y cuanto es necesario a la vida humana; cuyas producciones me ha mostrado un indio araucano establecido allí, y que las cultiva para sustentarse, sin auxilio de útiles de labranza por carecer de ellos.

Esta situación está naturalmente defendida por el este con la laguna de la Sal; por el norte, con elevados médanos; por el sur, con el fuerte y población que haya de formarse. y por el oeste, por una laguna que forman los manantiales, y una barranca harto elevada: de modo que, a poca diligencia de arte, pueden asegurarse en circunferencias más de ocho leguas, para sostenerse contra la más atrevida y numerosa invasión de salvajes.

Desde este punto central deben partir las demás poblaciones, reconociendo antes detenidamente y con mucha exactitud los puntos más interesantes de la sierra de la Ventana, Guaminí, Volcán y río Colorado. Tomadas estas posiciones, quedarán cubiertas todas nuestras fronteras, y aseguradas, sólo con el respeto de las armas, de cualquiera tentativa hostil. La ventaja de estos puntos se conoce mejor considerando su situación geográfica. Hacia aquella parte el océano se interna en el continente, las sierras primeras se avanzan, introduciéndose hacia el oeste, y nuestros terrenos hasta la ciudad forman un gran seno: de manera que, estrechándose la tierra en aquellas gargantas, no pueden salir los indios con su presa de nuestros territorios, sin ser observados desde las guardias, y atacados en caso necesario, o contenidos al menos en sus

agresiones por las dificultades de escapar con los robos.

Como esta primera población debe ser el granero y almacén de las demás por algún tiempo, se establecerá en la estación de las siembras oportunas, para hacer las cosechas oportunamente: pues la distancia no permite la fácil conducción de víveres para un número tan crecido de tropas y pobladores.

Asentada la población de Salinas, mientras se examinan los puntos para establecer la línea del este, deben reconocerse las del oeste al mismo propósito, para buscar las localidades más ventajosas, a fin de avanzar las fronteras Carolina y Bebedero, dando así más amplitud a las provincias de Córdoba y Cuyo: de modo que formen dos diagonales fortificadas, y que sus comunicaciones aseguren las vastas poblaciones que deben quedar intermediarias, desde las actuales fronteras hasta las que se establezcan nuevamente. Desde ellas han de empezar a practicarse las operaciones para el establecimiento de la segunda línea.

Los terrenos que con ésta quedan asegurados, formarán con el tiempo una grande y poderosa provincia. Los valles, ríos, montes y minerales que encierran, anuncian desde luego que ella se aventajará bien presto a las demás. Si a los tesoros con que la enriqueció la naturaleza, si a la facilidad de sus exportaciones que ofrece su situación, se unen los brazos de las numerosas tribus que la pueblan, progresará con tanta rapidez, como ventajas ofrece la sanidad de su temperamento, la feracidad de sus terrenos, la abundancia de sus pastos, que manifiesta bien el número progresivo de ganado vacuno, caballar y lanar que hoy los cubren, y puede acrecentarse centuplicadamente.

Además de los metales preciosos, ofrecen estas sierras, tan antiguas como el mundo, una multitud de producciones inestimables, como los alumbres, el azufre, las sales, el

salitre y toda especie de semi-metales y fósiles. ¡Cuántos ramos de comercio, cuántos manantiales de riqueza, qué aumento a la masa y velocidad de los giros, que fomento a la agricultura, qué grandeza y poderío al Estado! Los ríos Negro y Colorado conducirán nuestros frutos hasta el océano, desde cuyos puntos podrán hacer nuestros bajeles sus útiles navegaciones a la Europa, al África, y al Asia y a las costas del sur y del norte de la América, con la facilidad que ofrece su situación geográfica. ¡Qué nuevas escenas no presentarán al mundo estos pueblos hoy nacientes y débiles, esas tribus de indios que apenas pueden contarse en la clase de hombres! Si la imaginación se abisma al meditar la grandeza de los destinos de estos ricos y preciosos países, a los individuos del gobierno debe alentar la gloria de que sus nombres formen un día las primeras líneas de la historia de estas naciones, y corran al través de los siglos, recibiendo el homenaje de la gratitud y del respeto que se tributa a los héroes.

Entre tanto los metales que ofrecen estos afortunados países, han despertado ya la codicia de los mineros de la otra parte de la cordillera, y para trabajar el cerro del Payen, son muy repetidas las instancias que hacen a sus naturales, que mezquinan y resisten por no ser inquietados y despojados quizá a viva fuerza, como lo recelan justamente. Nosotros, a favor de las luces de nuestro siglo, sabremos clasificar las riquezas y adoptar los medios que sean más análogos a las leyes eternas de la naturaleza. La labranza y la cría de ganados alimentarán en su cuna a nuestras poblaciones; la dulzura, la libertad y el conocimiento de nuevos placeres y de nuevas necesidades nos unirán a los indios. Después las demás riquezas harán crecer y robustecerán sucesivamente el cuerpo de esta nue-

va sociedad, hasta que llegue a su perfección y pueda desplegar todas sus fuerzas físicas y morales.

Conocida la grandeza del objeto y los medios de alcanzarlo, resta allanar las dificultades que se tocan en la ejecución, por las fuerzas que pueden presentar los indios, por el número de tropas que se necesitan y por los fondos con que ha de subvenirse a tan interesante obra. Los antiguos gobiernos percibían bien la necesidad de tomar las medidas que hoy se quieren adoptar: más cuando los lamentos de los infelices hacendados y labradores los estrechaban a remediar tantos males, tocaban dificultades insuperables en el sistema pesado de hacienda; y el genio fiscal, que era el que dirigía todas las operaciones, convertían las providencias ejecutivas en un pleito ordinario, y así corrieron los años sin emprenderse cosa alguna. Se creyó necesario una entrada general por los provincias de Cuyo, Córdoba y Buenos Aires, para exterminar, o a lo menos menguar mucho las familias de los indios. Esta operación no podía combinarse fácilmente, pues aunque lo resistían la humanidad y las leyes, no por eso se buscaron arbitrios que enjugasen las lágrimas de nuestros hacendados, y quedaron siempre sin cumplirse los votos de aquéllos que creían necesarias las poblaciones de Salinas, las Sierras y río Colorado, y sin efecto las reales órdenes que en diversos tiempos se expidieron a este propósito.

Por otra parte, una preocupación envejecida y transmitida sin examen, ha hecho formar a muchos ideas abultadas del poder de los indios, de su muchedumbre, y de la destreza con que juegan sus armas; y de este modo ha pasado por prudencia lo que en realidad es un miedo honestado. Pero cualquiera que sepa que estas gentes viven en tribus independientes, y por lo general enemigas unas de otras, no mirará tan temible su masa por grande que ella

sea. Los felices resultados de una tentativa los hace muy atrevidos, pero un castigo severo los escarmienta para muchos años: tenemos una prueba reciente en las fronteras de Mendoza en el año 1784, y en las nuestras por los de 89, en que asentaron paces que no han quebrantado hasta hoy, sin embargo de que hemos transgredido los límites del Salado. El carácter de estos indios es marcado por la ferocidad y la cobardía; válense siempre de la sorpresa y de la perfidia, y usan con crueldad de la victoria. Pero, cuando estos caminos les son cerrados por la vigilancia, y que un aparato militar respetable les impone, se apresuran a sacar partido y establecer relaciones amistosas, que conservan hasta que continuadas agresiones injustas los exasperen.

El número a que ascienden ya, por su libre reproducción, es muy respetable sin duda. El ocio en que viven los mantiene siempre miserables, y sus escaseces los precisan a robarse unos a otros, y todos se conspiran contra los hacendados españoles, en cuyos ganados libran su subsistencia; porque casi han aniquilado los caballos silvestres y otros animales de que se alimentaban. Esto prueba la necesidad de acudir pronto al remedio.

Hay entre estas tribus algunas que blasonan de su origen araucano: aunque se diferencian poco en el carácter común de los demás salvajes, tienen con todo alguna más aplicación a cierto género de labores, crías de ganado lanar y vacuno, con que hacen sus permutas y entretienen algún tanto la ociosidad, buscando nuestros frutos para hacer con ellos sus cambios. Estas inclinaciones son más decididas en los habitantes de las márgenes de la laguna de Salinas y campañas del oeste. Al contrario los pampas, propiamente dichos, en la carrera de Patagones, y también los que después siguen internados hasta la cor-

dillera de Valdivia, que llaman guilliches, son generalmente inquietos, invasores de las demás tribus y siempre dispuestos al robo y a la matanza.

Fue seguramente una casualidad muy feliz la de haber descubierto y adquirido relaciones con los tres hermanos caciques, situados en los puntos más interesantes, que son las primeras tolderías de las fronteras del oeste en la laguna de Salinas y paso de las cordilleras a Penes. La disposición que manifiestan para allanar con los doce caciques, sus deudos y confederados, la planificación de pobladores en aquellos puntos, aleja muchas dificultades, que sin esta favorable circunstancia deberían tocarse.

El gobierno ha oído de boca de estos mismos caciques las repetidas protestas de ser consecuentes en sus ofertas. No entremos ahora a investigar el derecho con que pueden hacerse las poblaciones y ocupar estos terrenos. Todos los hombres le tienen de la naturaleza para poblar y cultivar las tierras que les han de mantener. Los hombres en sociedad han establecido los suyos, y sin vulnerar aquel primer derecho, obligan a que han de avecindarse a las poblaciones que formaron, a cultivar las tierras que antes ocuparon, a que guarden un cierto orden que les afiance la tranquilidad de sus posesiones. Nosotros no podemos tener una garantía segura de las tribus salvajes: sus intereses están en contradicción con los nuestros. Ellos viven en el ocio y no conocen más derecho ni más ley que la fuerza para sustentarse del fruto de nuestros trabajos: así es que la conservación de nuestras vidas y propiedades parece que nos autoriza para defenderlas con un cordón bien situado de fronteras, y oponer una fuerza a otra.

Pero los indios amigos nos ahorran estas disputas. Si el infestar un país, o el poder de correrlo libremente, da un derecho de propiedad como el de Blasco Núñez de Balboa

en el mar del sur, nadie negará que los caciques podrán tratar libremente con nosotros y celebrar pactos valederos. Los caciques Quinteleu, Epumur y Victoriano nos ofrecen sus tierras, desean formalizar tratados, éstos no contendrán ninguna condición irritante, serán igualmente provechosos a los interesados. ¿Quién, pues, nos disputará la facultad de efectuarlos legítimamente? ¿Quién negará la justicia con que podemos rechazar las agresiones de cualquiera tribu que intente perturbarnos en el goce de los derechos adquiridos por un legítimo y solemne pacto con los caciques amigos? Nosotros desconocemos ese derecho que se dice de conquista, los indios no temerán verse esclavizados ni privados de sus bienes, de su tiempo y del fruto de su trabajo. El convencimiento de su propio bien será quien los decida a mezclarse con nosotros, y a entrar en nuestra sociedad: entonces participarán proporcionalmente de las cargas que sufrimos, así como gozarán de nuestras comodidades; y esta convención será perfectamente libre y espontánea.

Me persuado que no llegará el caso de usar de la fuerza, porque la dulzura y la sagacidad triunfarán del carácter feroz y suspicaz que manifiestan comúnmente, y que a veces ostentan con estudio por ver si sorprenden a quienes no los conocen. Desean con ardor muchos de nuestros artículos, y no será difícil que por el estímulo de algunos regalos los decidamos a entrar en contratas ventajosas. Como son naturalmente desconfiados e insubsistentes, es preciso que luego sin detención se proceda a ocupar los terrenos que nos cedan; y para esto se necesita una fuerza respetable que no sólo les imponga, sino que aleje toda esperanza de cometer con suceso una perfidia. Son idólatras de sus ganados y propiedades, pasan a la posteridad cualquiera injuria inferida a sus personas y a las de sus

hijos o deudos: jamás perdonan, y la venganza dura tanto como la existencia de las generaciones de agraviados y agresores. Por esta razón el gobierno debe poner el mayor cuidado en la elección de jefes y oficiales subalternos que se destinen a esta obra: al paso que la misma división de tribus y la perpetua enemistad en que viven, abren un camino fácil para conseguir los objetos que se proponen.

El interés, que los indios conocen y defienden, les hará entrar en sociedad, y se presentarán gustosos al servicio por el competente estipendio: cuando adviertan que las pieles de su caza, los tejidos ordinarios de su industria, los vellones exquisitos de ovejas tienen fácil expendio en cambio de los artículos de su lujo o de sus necesidades, se harán más aplicados, estimarán sus relaciones, y luego serán unos miembros útiles del Estado, que tendrán un mismo idioma, costumbres y religión que nosotros. Esta conducta, observada religiosamente, hará más conversiones que los misioneros de *propaganda*.

Para proceder con seguridad en la empresa son necesarios 1.000 hombres de tropas regladas, con la correspondiente artillería, que subsistirán en la frontera hasta que un igual número de pobladores les pueda subrogar. Éstos, cuya primera obligación será instruirse en el manejo de las armas, estarán regimentados, y servirán alternativamente por un corto estipendio. Como ellos deben ser propietarios y vecinos, defenderán más ahincadamente sus bienes, y serán los soldados mejores para este género de guerra.

Las conducciones de familias, tropas, útiles, armas, bajeles y cuanto más es necesario, estoy seguro que costará poco al erario, pues los hacendados y labradores de estas campañas, en quienes inmediatamente refluye el beneficio de su seguridad, los harán gratuitamente o con la mayor

equidad posible. Ellos desean con ardor ver realizada esta empresa, y muchos me han ofrecido generosamente todo cuanto pueden, por contribuir a un objeto tan interesante.

Los demás gastos cuantiosos de este ramo de poblaciones y su subsistencia pueden facilitarse con cargo de reintegro de los fondos que a este efecto, sin gravamen de la provincia y vecindario, se establezcan. Con esta consideración, además de las ya referidas, he propuesto la primera población y cuartel general de Salinas, porque desde ella han de ir adelantándose las demás, en proporción de los fondos y facultades que adquiriera, los cuales no dudo sean luego muy considerables.

Nada se presenta más fácil que pobladores, así de los que lo desean, que son muchas familias de la campaña, como de aquellas a quienes se les hace un bien en transplantarlas desde ella y la ciudad donde yacen en la miseria y sirven de pesada carga a la sociedad, sin producir cosa alguna.

Las provincias de Córdoba y Cuyo nos darán también pobladores, y cooperarán con nosotros, por el interés que tienen en establecer poblaciones y extender sus fronteras para asegurar sus campañas y las haciendas de sus vecinos: por último el mismo reino de Chile nos dará numerosas familias que vendrán gustosas a situarse en esta parte de su cordillera, siempre que el gobierno sepa presentarle el aliciente de una pronta y conocida utilidad.

Luego que se resuelva la ejecución de los obras indicadas, presentaré un presupuesto de los gastos que se juzguen necesarios, y además haré presente los medios que parezcan oportunos para establecer fondos que auxilien estas nuevas poblaciones, y formen las rentas suficientes para sostener todos los ramos de este objeto.

Yo debo poner fin a un discurso, demasiado largo, si su importancia fuese conocida de todos. Cualesquiera que sean los errores en que abunde, sin distraer del objeto, sólo servirán para manifestar mejor la necesidad de emplear los talentos de otros ciudadanos más ilustrados. De esta verdad estoy bien convencido, y por eso mis trabajos y mis esfuerzos más bien se dirigen a excitar su patriotismo que a señalar las reglas que deban adoptarse para llevar a su perfección esta obra. He empleado cuanta diligencia ha sido posible para dar el lleno a mi comisión, y no perdonaré fatiga que sea conducente a facilitar la planificación de un proyecto de primera necesidad.

No cesaré de repetir unas verdades que tanto interesan, ni de presentar por todos sus aspectos esta empresa. El árbol de la libertad e independencia civil que acaba de plantarse, es preciso que arraige mucho en la tierra: de otra manera los huracanes que le prepara el contraste de fuerzas extrañas, o de nuestras mismas pasiones, lo arrancarán de nuestro suelo. El mineral famoso del Potosí, desentrañado por el espacio de tres siglos con toda la avidez de la codicia, ha venido a ser un esqueleto de gigante: apenas queda de él una memoria de lo que fue. Los preciosos metales que vertía, y los del resto del Perú, van a desaparecer quizá de entre nosotros. Y ¿con qué llenaremos el vacío que dejan en nuestro comercio? ¿Qué agente substituiremos para que acelere nuestros giros y vivifique el estado?

Hagamos valer nuestras tierras: que la industria y el comercio tomen de ellas la materia de sus manufacturas y de sus cambios: busquemos acá también nuestros metales: abramos nuevos manantiales de verdaderas riquezas; de otra manera no puede haber población, no habrá poder, y destruido en su fondo el cuadro del Estado presen-

tará unos costados débiles, que cualquiera fuerza romperá fácilmente. La disolución del Estado, o la pronta regeneración de nuestra agricultura, ésta es la alternativa en que nos hallamos: ella es terrible, pero no menos cierta.

¡Jefes! ¡Magistrados! La Patria azorada con la idea de su próxima aniquilación, os tiende las manos desde el borde del precipicio. La generación presente y las venideras esperan de vosotros su subsistencia y su felicidad: si se la negáis, el grito de la desesperación, propagándose sucesivamente, llevará vuestro nombre cubierto de horror a la más remota prosteridad. Si tenéis la fortuna de llenar sus votos, la gratitud de todos los ciudadanos presentará vuestro gobierno como el emblema de la sabiduría y de la abundancia.

Buenos Aires, noviembre 26 de 1811

PEDRO ANDRÉS GARCÍA

PROSPECTO

Derrota y diario del viaje hecho a Salinas, a virtud de comisión que me confirió la Superioridad, con el mando de la expedición; practicando las observaciones de latitud y longitud, en los lugares más notables, el facultativo D. Francisco Mensura, con los demás reconocimientos de situaciones oportunas para poblaciones y cordón de fronteras, según las miras del gobierno y necesidad actual de ellas: pueblos o tolderías de los indios, sus habituales paraderos, sus cuantiosos acopios de ganados, el fin que en ellos se proponen: sus parcialidades, y acuerdos que han hecho para su conservación; división actual de opiniones entre los que se presentan a la capital como amigos sin serlo más que en cuanto guarda conformidad con sus tortuosas intenciones; y enemigos que los persiguen, con quienes están siempre en declarada guerra, sacrificándose mutuamente como lo he visto; siendo el nombre de ellos recíprocamente odioso a no poderse tolerar, ni contener inmediatamente que se avistan, según por menor lo expresará con puntualidad de hechos.

Frontera de Luján, octubre 22 de 1810

PEDRO ANDRÉS GARCÍA

lo expresará con puntualidad de los hechos.

contener inmediatamente que se veían, según por menor
que los ellos respectivamente edicio a no pudiese tolerar, in
eficaces mutuamente como lo he visto; siendo el nom-
bre, con quince cada siempre en decimada guerra, se-
con sus fortunas intenciones, y enemigos que los per-
enigos sin serlo más que en cuanto guarda conformidad
de opiniones entre los que se presentan a la capital como
los que han hecho para su conservación, división actual
el fin que en ellos se propone: sus particularidades, y acor-
lindas por donde, sus cuantiosos acopios de granos,
dal actual de estos pueblos o aldeas de los indios, sus
de los puntos, según los miras del gobierno y necesi-
mientos de situaciones oportunas para poblaciones y cor-
tados D. Francisco Alvarado, con los demás recursos
titud y longitud, en los lugares más notables, y espe-
de la capital, presentando los documentos de la
comisión por sus causas de conformidad con el artículo
nuestro y lista de los hechos, y el fin de
nuestro de otros indios, como se ve en el artículo
nuestro de los indios, como se ve en el artículo

Platón de Luján, octubre 22 de 1810

Primo Andrés García

VIAJE A SALINAS GRANDES

OCTUBRE 21 DE 1810

En este día mandé partir de la guardia a la tropa comandada, compuesta de 25 carretas, incluidos tres carruajes: lo que ejecutaron a la una de la tarde, conduciendo en ellas las municiones de 50 tiros para cada uno de los dos cañones de a dos que se me entregaron, y 2.000 cartuchos a bala para los 25 hombres de infantería, de que únicamente se componía esta escolta, con dos oficiales subalternos, todos del regimiento número 4; y 50 milicianos de caballería, sin más armas que lanza, la cual expresaron no sabían manejar; y se destinaron a los arcos de ganados y caballada, que pudo reunirse por vía de empréstito del vecindario, en falta de los del rey.

Luego que se pusieron en marcha las carretas, advertí la repugnancia de las milicias para seguir la expedición, por las cortas fuerzas; respecto a que comúnmente se han llevado en tales jornadas 500 hombres de armas, 4 y 6 cañones de batalla, con sus dotaciones respectivas, y una compañía de pardo milicianos, para el arreo y pastoreo de caballada y ganado de consumo: y principalmente, porque no se les auxiliaba con paga alguna. En cuyo día

les falicité de mi peculio 30 pesos, que entregué a su capitán D. Manuel de Represas, y una ración extraordinaria de tabaco negro, con que al parecer quedaron contentos: de que di cuenta al gobierno para su aprobación, pidiéndole al mismo tiempo armas para estos 50 hombres, por medio de un oficial que despaché al efecto a la capital.

La Guardia, capital de frontera y residencia del comandante general de ellas, que tenía orden de auxiliarme, se hallaba enteramente desprovista de cañones portátiles, armas y municiones, por haber marchado todas las guarniciones de ellas a la banda oriental del Paraná, y llevándose todos los armamentos que cada fuerte tenía, quedando estos servicios por las milicias, y el principal, sin más defensa que un cañón mal montado y casi inútil; y sólo eché mano de 8 esmeriles, que por inservibles se hallaban arrumbados, y empotrando los cañones en los pértigos de las carretas, para servirlos a mecha. Habiéndolos probado en ellas, se me franquearon por el comandante, y se proporcionaron 84 tiros para ellos a metralla, con el fin de auxiliar la defensa en un caso apurado: de que di parte, siguiendo la expedición, no obstante de no haberseme podido auxiliar con arma alguna, y haberse aprobado la paga anticipada a los 50 milicianos.

Para dar principio al viaje, mandé al facultativo formase el derrotero, con las observaciones correspondientes de latitud y longitud, según el meridiano de Buenos Aires, distancias, rumbos y vientos, dándome diariamente parte de sus operaciones, demarcando los lugares más notables que conviniesen, para poder instruir cumplidamente al superior gobierno, y para que formase el más seguro concepto en sus elevadas superiores miras: lo que empezó a ejecutar en este día.

Esta frontera principal y fuerte de su guardia, situado

en un bajo, y a la orilla oriental del río llamado de Luján, está detallado en un bañado o terreno pantanoso, que ha podido afirmarse algo con el frecuente piso: pero los dos baluartes o terraplenes que ha tenido, no pueden defender la población que le rodea por el este, sin destruirla, y por los demás rumbos tampoco se puede ofender al enemigo, sino a muy corta distancia.

En el día no se ve más que ruinas, así en los fosos y estacadas como en los baluartes y edificios, de adobe crudo y techos de paja casi inservibles, especialmente las cuadras de la tropa, y todo está igualmente ruinoso: debiendo al actual comandante algunos reparos en las habitaciones principales, para poderse alojar trabajosamente en ellas.

La capilla, que sirve de iglesia a la población, está igualmente ruinoso, parte ya rendida al suelo, parte apuntalada, y el resto sirve, esperando su total destrucción si no se repara.

La población que manifiesta haber tenido más de 300 vecinos, acaso hoy no alcanza a 100, y sus habitaciones se hallan en el mismo caso que el fuerte y la iglesia; de modo que su mayor auge lo debió a la eficacia de uno u otro comandante, que precisó a ponerse en población a las familias de los soldados casados de la guardia, y a los que iban a poblarse en chacras o estancias a sus inmediaciones; y llegó a dar 100 hombres auxiliares de 16 a 25 años en una alarma, sin violencia ni gravamen; porque un comandante tan político y militar, como lo fue D. Francisco de Balcarce, sabía calcular el mérito y adelanto de una población, auxiliando de su peculio a los mismos nuevos pobladores, y edificando casa particular, para acalorar al vecindario, estimulándolo a hacer plantíos, huertas de hortalizas, y otras económicas labores rurales, de que re-

portaban su comodidad y recompensa: teniéndolos en una civil, política y mercantil acción de sus frutos y labores con una entereza justificada, auxiliada de la fuerza armada, y distante de las parcialidades, confusión e ignorancia de un alcalde pedáneo, manejado tal vez por un charlatán que sólo se distingue de los otros en saber formar muy mal cuatro renglones, de que nacen la impunidad de los delitos, la multiplicidad de malévolos, la incivilidad, el desorden de las poblaciones, su ruina e indefensión de las campañas, hasta un estado lastimoso y expuesto, como él en que nos hallamos. De aquí la dispersión de poblaciones, el trato clandestino y perjudicial con los infieles, la ruina de las haciendas que les ayudaban a robar, sirviéndoles de guía para ello la asidua asistencia a sus toldos, para tener con ellos una brutal vida, y finalmente avecindarse con ellos, siguiendo sus costumbres y ritualidades de placeres, adiestrando a aquellos a hacer uso de todas armas, y a ser ya sus directores: en términos que no emprenden cosa alguna sin su consejo, a la manera que Achitofel a Absalon contra su padre. Concibo tan pronta y lamentable ruina de nuestros campos y poblaciones, que si no se pone pronto y suficiente remedio, seremos lastimosamente testigos de las desgracias, y acaso sus víctimas. A mí no me es permitido entrar en un pormenor de las causas que, como eficientes, han dado impulso a este desgraciado estado: pero creo que si no se remedian, llegaremos a igualarnos con nuestro padre el Adelantado Mendoza, sobre las márgenes del río de las Conchas. Con la notable diferencia, que aquellos mayores tenían en su favor la superioridad de las armas, que nosotros vamos perdiendo, porque éstos nos van ya igualando, y con empeño procuran adelantarse en el manejo de las de fuego, según se verá en el progreso de este viaje.

El vil y miserable interés de unos, la negligencia de otro, y la execrable maldad de los que dejó relacionados, han tenido adormecido al gobierno bajo de una piedad mal entendida y este que no ha podido, o no ha querido dar un movimiento de felicidad a la provincia, la tiene prostrada, yerma de poblaciones y haciendas, y en un estado agonizante.

Allá el profeta decía que estaba envuelta la tierra en la mayor desolación, porque ninguno meditaba las verdades en su corazón: yo diré a este propósito, que ninguno ha meditado en nuestra ruina, por no haber querido dirigir políticamente sus miras a la máxima de las atenciones, que es la conservación de esta tan cuantiosa parte del Estado. ¡Punible descuido! que con lágrimas de sangre llorarán nuestros hijos, tal vez maldiciendo la apatía de sus padres.

Es un engaño creer que los indios son pocos, porque no se nos presentan a la vista: son muchos, y aumentan diariamente las tribus con hombres cargados de delitos, diestros en toda clase de armas, y con los que, dominados de sus pasiones, les aumenta el número efectivo, acreciendo la multiplicación que es infinita por la poligamia.

Yo faltaría a mis deberes si dejase de presentar al gobierno estas observaciones, para que en ningún tiempo tenga de que arrepentirme por haber callado, y porque en el progreso del viaje he de probar con hechos todos mis asertos.

LUNES 22

En este día se me dio parte por el capitán de milicias haberse desertado en la noche anterior 4 soldados de su

compañía; el cabo de artillería, que igualmente se le había desertado un hombre; y el oficial encargado de la tropa de infantería, que se le había desertado otro. Por lo que inmediatamente monté a caballo con el resto de tropa y los dos cañones que conducían con avantrenes los 9 artilleros que quedaron, de los 10 que tenían de dotación, auxiliados de dos peones, y alcancé la tropa en el paraje nombrado el Durazno, donde se durmió, sin haberse hecho observación alguna astronómica.

El terreno que media desde la guardia hasta este punto, de poco más de 3 leguas, es feracísimo, firme y de excelentes pastos para los ganados, y escasos de aguadas: todo él es una población no interrumpida de chacras, en que se ven sembrados pequeños trigales muy frondosos, algunos ganados vacunos y caballares, con pocos puestos de haciendas, que todos deberían estar sujetos a población; porque cada una de estas poblaciones es un receptáculo de indios, y todos confidentes y aliados para los robos y extracciones que se hacen por un pequeño y mísero interés: además de estar expuesto en sus vidas y haciendas a cualquier desagrado de los mismos indios. De modo que, por la conservación de unos y por el desvío que debe hacerse de otros tal vez a seguros presidios, parece de necesidad la sujeción de todos a poblado seguro y civilidad; sin traer a consideración los demás motivos políticos y cristianos que obligan a ello.

Estas poblaciones, que deben tener alguna defensa militar según su mayor o menor número, convendría tuviesen un jefe militar que reuniese el mando político, para que por ahora, y mientras no reciban un incremento capaz de sostener separadamente por sus facultades y civilidad otra forma de gobierno, se reconociese principalmente la subordinación y seguridad de sus personas y propiedades,

por medio de un mando puramente militar, dependiente, según los partidos, de un sargento mayor de milicias, que con frecuencia los revistase, y esto sin pensión que los arredrase de sus casas y haciendas. Las ventajas que hace el orden militar al civil, para hacer respetables a las autoridades, no hay necesidad de demostrarlas por notorias: los delitos comunes quedan más prontamente corregidos, más breve desterrados los hombres perjudiciales, y más contraídos los labradores honrados, con la esperanza firme de no ser atacados en sus personas y propiedades como ahora lo están; sin contar con un día en que puedan decir: hoy no me violarán mi mujer, ni hijas, ni me las robarán, como frecuentemente lo hacen. El gobierno a un golpe de vista sabrá, por los estados que deben pasársele, con que hombres pueda contar en caso necesario, y teniendo una prolija estadística, de que deben darse formularios, también podrá administrar pronta y segura justicia al que se quejare de violencia y mal trato del jefe, sea en orden al servicio de armas, o sea en su peculiar manejo o conducta. Los sargentos mayores, que deberían ser como unos jueces intermediarios, y que deberían recorrer sus partidos y hacer frecuentes alardes, deberían tener un exacto conocimiento de todos, para informar al gobierno, para pedirles los auxilios necesarios y para proponer las ventajas que conviniesen en su partido, y celar de la educación pública a una con los párrocos, que deben tener el mayor peso de esta economía, sin olvidar la de agricultura: auxiliándola el gobierno en todas sus partes. De otro modo más presto veremos la ruina de nuestras campañas, y acabada la generación, que debe cultivarla, a mano de nuestros asesinos, de los indios y de la apostasía que diariamente se aumentan hasta un número prodigioso,

con intenciones crueles, como hombres desnaturalizados y feroces de hábito, según iré demostrando.

MARTES 23

En este día se caminó desde las 6 de la mañana hasta las 11; se hizo observación, y emprendida la marcha de la tarde, llegamos al paraje nombrado las Saladas, que es el fin de nuestras poblaciones, más internadas por este punto al infiel, y sobre una cañada, que según su profundidad y cauce, aunque extenso, manifiesta recibir muchas aguas en tiempo de ellas, por las que recibe de otras.

Los terrenos hasta esta cañada mejoran siempre a los anteriores en feracidad y firmeza de piso, con excelentes pastos. Aquí se miran los trigales más frondosos y totalmente limpios de malezas; las poblaciones son menos, y sumamente míseras, pero con numerosas familias, que hacen su principal negocio en quesos, para los que conservan gran número de vacas de leche, gallinas, poco ganado caballar, y escasas siembras de maíz.

Estas poblaciones son seguras posadas de los indios infieles que hacen tránsito a las guardias o a nuestros campos, unas veces de buena fe, y siempre que tengan proporción, de mala: y en tanto conservan buena correspondencia, en cuanto les interesa el volver; que en el caso contrario les roban lo que pueden, y hacen alarde de ello. Los fronterizos son muy frecuentes, por el interés de la compra del maíz de que hacen los indios mucho uso para comerlo en grano, o mal pisado, cocido en agua. Estos fronteros, que disfrutan confianzas entre éstos españoles, son los introductores de los indios de tierra adentro: casi todos son parientes, amigos y relacionados, y como todos

tienen innatos unos mismos vicios, que es el robo al español, y el asesinarlo, si impunemente pueden hacerlo, cometen todo género de atrocidad, y se retiran contando como victoria estos hechos. La clase de gentes aquí pobladas son poco menos feroces e inciviles que los mismos indios: de su roce y trato resultan las frecuentes clandestinas entradas en las primeras tolderías de nuestros compatriotas, llevándoles el aguardiente, la yerba y tabaco que ellos apetecen. Se entregan a la lascivia, y forman los proyectos de las extracciones y robos de haciendas, unas veces en unión con ellos, y otras proporcionándoles las haciendas en los puntos que conciertan, teniendo interés en ellas, de jergas, ponchos, lazos y pieles, con algunos caballos buenos de los muchos que tienen en sus tolderías, y que tanto halaga ese género de comercio a nuestros compatriotas, si de él resulta que tengan un buen recado y jergas, con excelente caballo.

Este es uno de los principales motivos de la destrucción de nuestra campañas, pero en mi concepto no el mayor, como después diré. Pero sí es el que puebla los campos infieles de apóstatas, porque estos mismos, más bien acomodados con la vida haragana y brutal de los indios, perspicaces para hacer los robos por sus conocimientos, fácilmente toman crédito entre ellos, se hacen de caudal a su modo, que consiste en yeguas, caballos, escuelas de plata, chapeados y algunas ropas, armas y abalorios, para comprar dos, tres y cuatro mujeres; contentando con aquellas especies a los padres y hermanos, que es en lo que únicamente consiste el casarse, y tantas veces, cuantas pueda hacer estas compras. En tanto extremo, que ya hoy es la voz preponderante la de esta clase de renegados, así por su número, como por su ventaja de armas en muchos: de que ya los caciques ancianos se

quejan, diciendo que, en cuanto a excesos que se cometen, la mayor parte son causados por los mismos cristianos, a quienes no pueden reducir con sus consejos.

Me he reservado explicar el principal motivo que ha causado el daño, que llevará a su fin las campañas si no se reforma, así en estas fronteras y capital, como en la de Córdoba, San Luis y Mendoza, de esta parte del norte de la cordillera de los Andes. Es, pues, el franco comercio con la capital y frontera, fomentado casi por determinado número de hombres, que sin reflexionar en el mal que hacen (aunque lo conocen) prefieren su particular y vil interés al general. Ya, pues, no se contentan con abrir unos contratos, además de usurarios, prohibidos; sino que, a pretexto de robos y extracciones de ganados, piden permiso para ir a hacer sus rescates a los mismos toldos, y esto se hace llevando carpetas cargadas de bebidas adulteradas, (he seguido el rastro de ellas hasta las mismas tolderías) llevándoles cuchillos, sables y espadas, que he visto muchos de ellos de todas clase, del rey y de particulares: uniformes de todos los regimientos de los últimos vestuarios, y ya he hallado entre ellos armas de fuego y el uso correspondiente. He aquí el mayor de los males, que exige pronto y ejecutivo remedio, y de que diré oportunamente lo que conceptúo necesario, para que el gobierno con mejores luces haga lo que estime conveniente.

MIÉRCOLES 24

Se prosiguió la marcha hasta el paraje nombrado Palantelen, habiéndose hecho observación a las 12 del día. El terreno que media de las Saladas al río Salado, y desde

éste a Palantelen, es árido y yermo de muchos pastos y escasa agua. Este río, que es una gran cañada salitral, en donde se resumen otras muchas cañadas en su largo curso hasta la confluencia en el mar, sólo tiene caudal de aguas cuando las lluvias son muy copiosas, que, satisfecha la tierra, rebosan, y acuden a las cañadas, y éstos al cauce principal, en cuyo caso llena el que tiene, que es muy ancho: pero, no resultando este accidente, queda seco y en partes pantanoso, nada aparente para poblaciones, y sí serán sus márgenes y el terreno intermediario, útiles para situar estancias y majadas de ovejas. Su piso es firme, y al presente sólo poblado de corzos y gamas en abundancia, que se abastecen de agua en algunas lagunas y bañados; pero que, cavando, se halla el agua somera en las más partes de este tránsito hasta Palantelen.

JUEVES 25

En este día marchamos hasta ponernos entre la laguna de Palantelen y los Cerrillos, así llamados, que son unas lomas o colinas elevadas suavemente sobre la planicie o superficie común plana: en cuyo punto, como señalado por el superior gobierno para la reunión de carretas, se hallaban 83 de varios destinos de la provincia. Reconocidas, y convocados los dueños y capataces a cuyo cargo estaban encargadas, se les proveyó de lanzas, y mandé se aprestasen a marchar, no obstante que el día era tempestuoso y de lluvia. A este fin hice formar la tropa, y le mandé dar la ración de yerba, sal, ají, tabaco y pan, hasta Salinas. No se hizo observación, por no permitirlo el tiempo, y se me dio noticias hallarse ya en la Cruz de Guerra algunas tropas más, y otras en camino para aquel

punto, esperando reunirse: por cuyo motivo suspendí el numerarlas, y el hacer las demás gestiones a su marcha, hasta que en aquel destino, con reconocimiento del estado de todas, de sus aperos y número, se formasen los estados respectivos, y partes correspondientes al superior gobierno y al Excmo. Cabildo, en la forma acostumbrada.

VIERNES 26

Este día amaneció despejado y el viento fresco, después de una lluvia tormentosa de la noche precedente, en que se dispersaron los ganados de consumo, la caballada y algunas boyadas, que imposibilitaron la pronta marcha. A las 8 de la mañana se me dio parte haberse desertado en la noche 10 soldados milicianos, y un cabo de los que estaban al cuidado de la caballada: por lo que no pudo seguirse el viaje por estos accidentes. Con este motivo pudo observarse en este día a las 12, y en la tarde se demarcó la laguna, y reconocí el paraje más a propósito para población, de las que parece necesario se formen para cubrir las actuales fronteras, y poblados fuera de ellas; y aun cuando se avancen a otros puntos más distantes, debe ésta ser por ahora una guardia de comunicación. Su situación es actualmente, entre las guardias establecidas, un punto central, porque dista de Rojas, Salto y Areco, con muy corta diferencia, lo mismo que de la guardia de Luján. Su situación es dominante, su falda surtida de manantiales, además de la hermosa laguna de agua permanente, por cuyos derrames sigue una cañada, que promete ser feraz en todo género de frutas y siembras que quiera hacerse.

Desde este lugar, por ser costumbre, pasé un recado

de atención; avisando de mi paso a Salinas, al cacique Lincon, el más limítrofe de nuestras fronteras, por medio de dos vecinos de la guardia, sus conocidos y amigos, el uno lenguaraz, de quienes separadamente hablaré al gobierno.

SÁBADO 27

En este día se emprendió la marcha, y a las 11 y media llegamos a las lagunas nombradas las Dos Hermanas, que se hallan casi unidas, pero debieron haberse dicho tres: pues son otras tantas las lagunas en todo semejantes y con abundancia de agua dulce. A las 12 se observó, y no hallamos en la latitud que se señala al fin. A las 2 de la tarde seguimos hasta las 6, que llegamos al Médano Partido, habiéndose dado parte en la mañana que se habían desertado en la noche precedente 3 soldados de infantería del regimiento número 4. El terreno caminado hoy es alternado de lomas y pequeños médanos o colinas, de mucho pasto, y pisos arenosos o menos consistente que el anterior, pero muy a propósito para estancias, y por sus dobleces, abrigado, al mismo tiempo que las multiplicadas cañadas fertilizan los pastos. El Médano Partido no es más que una pequeña y suave abra, que divide una loma; y a la parte de poniente, a corta distancia, se hallan dos lagunas de agua dulce abundante. Este sitio, que algún día será apetecible de los hacendados, hace ventajas a los demás para criar una numerosa hacienda de toda clase de ganados, y reconocidos los muchos senos, que no puede registrar la simple vista de un viajero, y que ofrecen sus mutiplicadas lomadas y cañadas, interesa más de lo que por sí se recomienda. En este tránsito o jornada

encontramos una partida de indios que se dirigía a las fronteras, con porción considerable de ganados para su venta. Éstos, luego que divisaron la expedición extraviaron camino a distancia larga: los exploradores se acercaron con diligencia a ellos, hasta alcanzarlos; los detuvieron, y dieron parte: de que enterado, les di orden para marchar, lo que verificaron al punto, volviendo a tomar el carril que habían abandonado; y yo terminé la marcha de este día en las lagunas indicadas, sin más novedad.

DOMINGO 28

. En este día se celebró misa, y a las 9 continuamos la marcha hasta las 11 y media, quedándonos a distancia de la Cruz de Guerra como legua y media, por ser exccsivo el calor, para continuarla a aquella hora, y no fatigar demasiado el ganado.

Aquí se presentó el primer indio, con recado del cacique Turuñan, expresándome que me esperaba en Salinas. Y a las 3 de la tarde nos pusimos en viaje para la Cruz de Guerra, a donde llegamos a las 6, en cuyo punto estaban ya reunidas el resto de tropas que forman la expedición; y entre ellas había una porción considerable de indios de la comarca para la novedad los más, y a tratar algunos con ganados, caballos y otras especies con que hacen sus permutas. El terreno caminado este día es falto de aguas, pero muy abundante de pastos, y bastante firme, aunque arenisco, mezclado con tierra negra, sin que en éste ni en los anteriores haya descubierto hormigas, desde el río Salado, como sucede comúnmente en los demás, hasta la capital

LUNES 29

En este día dispuse colocar los 9 esmeriles y cañones en estado conveniente para cualquiera necesaria defensa con la tropa que había quedado en dos tiendas de campaña; poniendo de las milicias doble custodia a las haciendas, y destinando patrullas que celasen sobre los indios que trataban, para impedirles la bebida de noche, prohibiendo a los pulperos o vivanderos su venta. Como a las 9 de la mañana, recibí recado del cacique Lincon, en que me daba parte había pasado noticia a los caciques comarcanos para venirse, y venir juntos: que le esperase en el punto en que me hallaba, y que al mismo tiempo le mandase algún aguardiente y yerba para él y sus gentes.

En el resto del día recibí otros varios mensajes de diferentes caciques, con las mismas pretensiones, por medio de los que decían ser sus hijos, y con miras de llegar al siguiente día al campamento. Entretanto se aumentaba prodigiosamente el número de indios espectadores y tratables, que ya se hallaban confundidos, peones, carretas y carreteros, con la poca tropa, siempre sobre las armas: procurando sí, mantener éstas y los cañones y esmeriles libres para cualquiera evento fatal que amagaban las borracheras de los indios. Quedaron sin embargo armadas de lanzas todas las carretas, y citados los carreteros para el siguiente día a concurrir a la comandancia con sus gentes, para oír y entender el bando de estilo, y orden de la marcha, y demás prevenciones necesarias. En la tarde de este día fueron muy repetidos los avisos de los indios caciques, y sus gentes que pedían permiso para entrar a tratar: que sus tratos son pedir aguardiente de regalo, o en cambio de algunas jergas y ponchos, y sin embargo de su multi-

tud, se pudo observar, sin que advirtiesen esta operación. Se continuó el día y la noche siempre sobre las armas, sufriendo infinitas impertinencias, por no tocar el extremo de desavenencia, esperando mejorarse con la presencia de los caciques, y con miras de marchar al siguiente día, luego que se reuniesen los hombres enviados a los toldos de Lincon.

MARTES 30

En este día, a la seña dada de un cañonazo, se reunieron los troperos y sus gentes para imponerse del bando que se publicó en los cuatro ángulos del campamento. Formada la tropa de infantería y caballería a son de caja en la forma ordinaria, con asistencia del comandante de la tropa y ayudante mayor, reducido su tenor a prohibir a los peones y tropas el mezclarse a beber, comer, ni dormir con los indios, para evitar riñas y robos recíprocos, que comúnmente se cometen por este motivo: ordenar a los vivanderos a que no vendiesen de noche cosa alguna a los indios, ni los alojasen en sus barracas, bajo las penas de privarles de hacer ulteriores ventas: que los peones obedeciesen y cumpliesen con sus respectivos cargos, pues al inobediente se les castigaría según sus excesos; haciéndoles culpa y cargo a los dueños y capataces si no daban parte, pues para su sujeción encontrarían siempre pronta la tropa en la guardia de prevención: que las tropas formarían en la marcha cuatro líneas de frente siempre unidas, con las haciendas a los costados; y que, en el caso de alguna invasión de los infieles, las dos líneas del centro se incluirían en las de los costados, frente y fondo formando un cuadrilongo, en el que se meterían las haciendas, y colocaría

la artillería y esmeriles, como estaba dispuesto para este caso. Y distribuida la gente, que reconociesen todos por segundo comandante de la expedición al teniente de ejército del regimiento número 4, D. José Ramón de Echavarría; por ayudante mayor, a D. Pedro Villegas, alférez del mismo regimiento, y por ayudante auxiliar, al capitán de milicias provisional, D. Ramón Morales: de que quedaron todos los individuos enterados. En seguida mandé reconocer el número de carretas de carga, de media carga, y carruajes de que se componía la expedición, su estado para poder caminar, número de bueyes repuestos y peones, para formar un estado y dar a la superioridad y excelentísimo Cabildo el parte de estilo: lo que se verificó con puntualidad. Y según él, se compone de 172 carretas de carga, 55 de media carga, y 7 carretones o carruajes de camino, con 2.027 bueyes y 520 caballos, que, inclusa la tropa, las conducen 407 hombres. Los efectos de la bebida en el indio son los comunes, pero con una violencia y desafuero extraño: recuerdan los agravios hechos a sus mayores y deudos, y se empeñan en vengarlos en aquel acto, de que nacen frecuentes pendencias entre sí, hiriéndose y matándose mutuamente a vista de sus caciques y padres, sin respeto a nadie, y muchas veces acometiéndolos. El español debe ser siempre un insensible espectador, sin auxiliar a nadie, aunque les vea hacer pedazos: porque en el momento que lo haga, el auxiliado y el contrario le acometen, improperándole. Es un acto de cobardía entre ellos reparar o quitar el golpe, y por lo mismo se hieren de muerte, y matan. El emborracharse es una de sus mayores felicidades, y los caciques dan el ejemplo: para esto observan una franqueza y generosidad muy particular. Un cacique no tomará sin la concurrencia de sus indios: es cosa muchas veces observada, que si no hay

más que un cigarro, todos han de fumar de él, pasándole de mano en mano, y así con los comestibles, en cuanto se presente. Para estos alardes, que por tales los tienen, vienen a su usanza todos pintados los rostros, de negro unos con lágrimas blancas en las mejillas, de colorado otros con lágrimas negras y párpados blanqueados, con plumajes y machetes, reservando las lanzas bien acicaladas, en una hasta de 6 varas de largo, con mucho plumaje en el gollete, en los toldos, para hacer el uso que convenga de ellas, según el resultado de los parlamentos. En el resto del día se fueron aprestando las cosas para marchar el de mañana, respecto a la demora de los caciques: y se nos enfermaron gravemente el padre capellán, y el lenguaraz Manuel Alanis, y se continuó la vigilancia sobre las armas, por el copioso número de indios que se iban aumentando.

MIÉRCOLES 31

En este día, siendo ya las 10 de la mañana, sin que aún pareciesen los caciques, dispuse marchar por la tarde para esperarlos al paso en los Monigotes, jornada precisa: pero a la una llegó chasque enviado por ellos, diciéndome que venían ya marchando. Salí a recibir al cacique Lincon, que venía con los caciques Medina, Cayumilla, Aucal y Gurupuento, a quienes se les atendió, haciéndoles una salva de 4 cañonazos que aprecian mucho: porque, además del placer que reciben en este agasajo, están persuadidos de que con este remedio se ahuyenta el diablo y las brujas, de quienes, según dicen, reciben muchos daños. A poco rato llegaron Clento, Turuñan y el hijo de Epumel, con más el anciano Oquiro. A todos se les obsequió con mate de azúcar, se les dio yerba, tabaco, pasas, aguardien-

te y galleta de pronto; y después entraron en sus parlamentos muy autorizados, manifestando que era un acto de su generosidad permitirnos el paso. Cada uno se decía principal de la tierra a vista del otro, concluyendo con ofertar su gente de auxilio, y pidiendo permiso para alojar en el campamento con sus gentes, y para tratar con los vivanderos. Se les señaló éste a la posible distancia, y concedió su petición: y desde el alojamiento eran frecuentes los mensajes de petición de aguardiente para ellos, para sus deudos y tolderías; y estas demandas crecían: en razón de su aumento de embriaguez, al principio con modo, y al fin con amenazas y de por fuerza, hasta que totalmente ebrios, los rendía el sueño o laxitud de nervios a no poderse mover. Los llantos, voces y alaridos duraron casi toda la noche; quedando libres los pocos, que en cada parcialidad velan sobre los demás, que después se emborrachan a su vez, y roban cuanto pueden a los demás: otro vicio que los domina extraordinariamente. En esta alternativa de cuidados se pasó el resto de la tarde y noche, deseando aclarase el día para emprender la marcha a los Monigotes, donde esperaba Epumur: pero como el último vale ha de ser también el último agasajo, restaba esta demora, que fue preciso vencer, sin que ocurriese más novedad.

1º DE NOVIEMBRE, JUEVES

En este día terminaron las demandas de los caciques, a los cuales se les agasajó con lo que pidieron, de manera que fuesen contentos, como al parecer lo fueron. Desde las 9 de la mañana hasta las 11 del día; y a las 12 y media, marché para el paraje nombrado los Monigotes,

adonde llegué a las 5 de la tarde con miras de adelantar la jornada. Pero repentinamente, y todo despavorido en un caballo en pelo, a todo galope me dio alcance el cacique Lincon, con uno de sus capitanejos de la misma suerte, manifestándome que, por haberme ido a visitar, le habían asaltado sus toldos y le habían muerto a su mujer y demás familia, y robado toda su hacienda, y que para perseguir a los ladrones y facinerosos, le franquease 30 soldados armados. A que contesté: que yo no tenía la tropa para vengar ajenos agravios: que no venía a declarar guerra a nadie, y sí sólo a hacer efectiva la expedición de mi cargo, y defenderme del que quiera hostilizarme, y por consiguiente no tenía facultades para ello, ni podía demorar mi viaje. A esta respuesta, dada con firmeza, aumentada con varias reflexiones de convencimiento, se alteró, y protestó perder la expedición; para lo cual iba a despachar correos a todos los caciques interiores, (como lo hizo) para que embarazasen la expedición y la asaltasen: dando a entender que iba a hacerse de su gente y demás de la comarca, sus aliados. Últimamente, como el lenguaraz de que me he valido Mateo Zurita, además de poseer el idioma con la mayor propiedad, según dicen los indios, conoce sus impertinencias y falsedades, y les habla con la misma entereza que se le manda, sin recelo ni temor, y no se confabula con ellos por ningún interés como otros; por cuya razón, y los oficios que otros habían hecho con Lincon, informándoles que Zurita era el que les hacía menguar los agasajos, y el que todo lo enredaba, creyó en esta ocasión que a él debía atribuir mi negativa, y en el último razonamiento trató de atropellarle a mi presencia, y también el capitanejo de su parcialidad: en cuyo lance me acerqué a él con una pistola amartillada, y separándose al momento, se retiraron los dos pretendientes

con otros varios indios de sus toldos que habían venido tras de él, repitiendo sí sus amenazas. Esta ocurrencia por fortuna la presenciaron varios enviados de otros caciques, que me pedían permiso para entrar a tratar a la manera que he dicho; y entre otros un hijo del cacique Epumur, inmediato vecino de Lincon, el cual no dudó desaprobar en el acto la conducta de aquél y desmentirle, y se ofreció a darme parte de cualesquiera novedad que advirtiese, avisándole a su padre: como en efecto lo realizó en aquella noche, expresando ser todo tramoya y falsedad, y que al siguiente día me impondría con su padre, que pasarían a verme, como encargado de ello por sus hermanos, los caciques Victoriano y Quinteleu. Pero entre tanto esto se comprobaba, y como debía esperar la realidad de las amenazas, me atrincheré con las 234 carretas, metí en el círculo que formé las haciendas, quedando en el centro los médanos de pequeña magnitud, que son los que tienen el nombre de Monigotes, para observar desde éstos los movimientos de los enemigos en el caso de atacarme. Todos quedamos sobre las armas, y a punto de batirnos, si fuese necesario, haciéndonos más penosa la noche, por haber sido tormentosa y de aguas. Como la expedición estaba escasa de toda clase de armas, corto el número de tropas, y éste minorado ya en una tercera parte de desertores, se me dio a entender que no debía seguir la expedición: pero como por una parte advertía que Lincon no tenía apoyo en su hecho, que acaso trataba de extraviarme a gente armada para tortuosos fines, y por otra era un desaire de las mismas armas que cedía en menos honor mío, dije que debía seguir, porque sería nuestra mayor ignominia huir sin ver los enemigos. Porque aunque, según el parte del capitán de milicias, en la noche precedente se habían desertado 3 hombres más de su com-

jaña, el hecho mismo de haber desertado por miedo, no sólo les hacía inútiles en el combate si no perjudiciales, porque ellos serían capaces con su cobardía de inspirarla a otros. Así terminaron el día y la noche tenebrosa sin otra particular novedad.

VIERNES 2

En este día se esperó al cacique Epumur, hasta las 10 de la mañana, en que llegó al campamento; y enterado de la ocurrencia de Lincon, dijo: que Lincon era a todos un hombre insoportable, por su mala conducta, sin más fuerza que la de su lengua. Que sería muy corta su existencia, aun entre los indios, por el odio que se había atraído de todos: que les hubiera hecho un gran servicio en haberlo muerto: que él era la causa de algunas incomodidades con los españoles, levantando especies, y como ya estaba conocido entre los caciques por un embustero, nadie creería sus chasquis, antes bien mirarían con mucha estimación el desprecio que yo había hecho de su petición. Que para acalorar los ánimos había difundido en la tierra, por noticias de algunos españoles, que éstos venían a poblar ciudades en el Guaminí, laguna del Monte, Salinas y otros parajes, para lo que se le había hablado en oposición: pero que muy distante de oponerse, lo hallaba por conveniente, así por el comercio recíproco que tendrían, remediando sus necesidades, como por la seguridad de otras naciones que los perseguían, como los ranqueles, guilliches y picuntos: pues a él le acababan de robar todas sus haciendas, hasta los vestuarios de sus mujeres, dejándolas totalmente desnudas. Que todos estaban en la mayor insubordinación, haciéndose desde niños caciques en el nombre, y con tan-

ta falta de sujeción, que era más celebrado aquel hijo que levantaba la mano a sus padres y los mataba. Que él había sido criado en las inmediaciones de Valdivia, donde se respetan los mayores, se reconoce la superioridad del gobierno y obedece al rey; donde había obispo y padres que trataban con amor a los indios; donde se levantaban cruces y hacían parlamentos, de cuyos acuerdos nunca se separaban. Que sería para los pampas el día más feliz aquel en que se realizase tal manera de gobierno y población. Que la laguna de Salinas no la había criado Dios para determinados hombres, sino para todos como parte de su mantenimiento, y lo mismo la tierra, pues era para los hombres y sus animales: y por lo tanto, si en este lugar yo quisiese hacer un palacio, lo podía hacer, y nadie podía impedírmelo. Y si su rey (así habló con mucho respeto), y si su rey quería hacer ciudades, le era muy gustoso, y debían serlo todos los que como él tuviesen muchos hijos: que así él, como sus hermanos Victoriano y Quinteleu, eran odiados, por este modo de pensar, de los caciques e indios haraganes que se mantenían de robo; especialmente por influencia de los muchos cristianos que hay entre ellos, que ya son tantos que se ven precisados a sufrirlos. Que para remedio de estos males que afligen la tierra, habían ido sus hermanos a la capital a tratar con el gobierno; y ahora pasaban a Chile con el mismo fin, y esperaban que lograsen el intento: quedando muy expuestas sus familias al sacrificio de los opositores, por no convenir con sus ideas de asaltar y robar las haciendas de las estancias de los españoles, como lo están haciendo por medio de los españoles que tienen en sus toldos, así estas correrías como otros pensamientos muy avanzados. Pero que estuviese cierto, que durante mi viaje nada me podría suceder, por estar a la mira sus hermanos esperándome en

Salinas, y tenían en el tránsito apostadas algunas de sus gentes para acompañarme, y entre otros un hermano, que me presentó en el acto: y por él por su parte me franqueaba a su hijo primogénito, y otros deudos, por tres jornadas, como lo verificó: quedando pronto a pasar cualesquiera chasquis al gobierno, si lo estimase necesario, como así lo realizó repetidamente. La entereza de este hombre en su parlamento, lo concertado y juicioso de su razonamiento, la viveza de sus ojos y rostro venerable, presentaban en él un verdadero descendiente del anciano Colocoló, que expresa nuestro Ercilla en su *Araucana*. Por todo esto, y su adhesión, captó este cacique la atención de todos los oficiales y tropa que presenciaron el razonamiento de este buen viejo; siendo tan particular este género y modo, que poseen todos sus hermanos y familia uno mismo, así en trato, como en honradez. Y esta comportación me movió a pedirle se encargase de las boyadas flacas: lo que hizo con toda fineza y esmero, hasta la vuelta del viaje.

En este mismo punto se me presentó un enviado del cacique Mencil, solicitando entrar a tratar. El enviado era un hijo del mismo cacique, y le acompañaba un lenguaraz, cuyo aspecto me dio la idea de que no era indio, aunque venía disfrazado en traje de tal, tiznada la cara. Antes que me hablase, le pregunté de pronto: ¿Cómo se llama usted? Y turbado me respondió: *José Antonio*. Éste, averigué después, ser un dragón desertor, que robó cierto dinero del rey, y una negra: y así es que en todos los parlamentos, si los mismos apóstatas no eran los enviados, eran los intérpretes.

Seguimos nuestro viaje hasta la laguna de las Ánimas, desconocida hasta ahora en los planos. Dista como tres cuartos de legua de la del Junco Chico, y cuatro leguas

de los Monigotes, sin que hubiese ocurrido más novedad en este día.

SÁBADO 3

Salimos de la laguna de las Ánimas y caminamos como 3 leguas, hasta las 11 y media; en este día se observó el sol, y a las 2 y media de la tarde marchamos hasta las 6 y media, que llegamos a una laguna desconocida, y sin nombre, y se le llamó laguna de la Concepción, que se halla a la parte sudeste, desviada del camino como 1000 varas, en cuyo sitio se pasó la noche. El camino de este día forma muchos senos, a causa de no poder seguir la línea recta; de que resulta acrecer la distancia de esta jornada. En ésta y las anteriores, los terrenos son planos, de abundantes pastos, y el piso arenisco. En esta jornada nos acompañó el hijo, y varios indios de la familia de Espumur, con los que al propio intento tenían anticipados Quinteleu y Victoriano, y los otros enviados de Mencal y Turuñan.

DOMINGO 4

En este día, después de haber oído misa, nos pusimos en marcha, y a las 11 y media paramos en frente de unas lagunas de poca profundidad, que se hallan al noroeste del camino. Son 5, casi encadenadas, y al suroeste: a distancia de éstas, como 3500 varas, hay otras 7 lagunas, todas de agua dulce, de bastante magnitud, y el terreno andado en este día tiene varias lomas de diversas elevación: por entre las primeras y segundas pasa el camino. A las primeras lagunas se les denominó las *Cinco Hermanas*, y a

las segundas, las *Siete Damas*: parecen todas, según la planicie en que se hallan, no ser de aguas permanentes. Los terrenos siguen areniscos y de mucho pasto, y a pequeñas distancias de este punto, hay varias tolderías de indios al este y oeste: pues de uno y otro rumbo se acercaban partidas de indios a hacer sus permutas. Se observó a las 11, y a las 3 de la tarde seguimos la marcha para la Cabeza del Buey, a donde llegamos a las 6 de ella. En este punto encontramos una laguna no distante del camino, a quien se le dio el nombre del Pasaje: dista como media legua de la Cabeza del Buey; es agua permanente, y su fondo piedra berroqueña, sus bordes de tosca: agua dulce, clara y la mejor que se ha bebido en el camino. Se presentó el hermano del cacique Aucal, quejándose de que Lincon había quitado el agasajo que se le había enviado a su padre, y éste pedía permiso para venir a tratar. En seguida llegaron varios enviados de los caciques de Salinas, manifestando que Lincon había despachado chasquis a todos los caciques de la comarca, poniéndolos en alarma, diciendo que por varios puntos iban los españoles a atacarlos, y a hacer poblaciones en la laguna del Monte, Guaminí, Salinas, y a matarlos. A estos indios se les procuró imponer de la maldad de Lincon y sus falsedades, las cuales persuadieron con más eficacia los indios amigos, como testigos presenciales de los hechos: con lo que se ausentaron, y quedaron desvanecidos sus temores, llevando a sus toldos la tranquilidad que había alterado el mensaje del caviloso y perverso Lincon.

LUNES 5

A las 6 de la mañana de este día nos pusimos en marcha,

y a las 11 llegamos a un médano de agua dulce. Al sudeste de este médano hay dos lagunas de bastante extensión. Estos médanos, que se componen de una porción de arena parda amontonada sobre la superficie, comúnmente tienen en sus entrañas grandes receptáculos de agua. Este terreno ya se manifiesta menos firme, más arenoso y, aunque cubierto de pastos, se percibe que en tiempo seco será escaso de ellos. En este día no pudo observarse por estar el tiempo nublado y de tormenta. A las 3 de la tarde, continuamos la marcha, hasta las 6,30 que paramos en terreno firme, inmediato a la cañada que llaman del Zapato, al oeste sudoeste de dicha laguna: y habiendo dispuesto trasnochar, marché con la avanzada a hacer la descubierta dos leguas. Como a la legua y media al noroeste, hay una laguna que derrama en la cañada el sobrante de sus aguas, y tiene de largo como 2000 varas: a esta laguna de agua dulce, por no conocersele nombre, se le puso el de Santa Clara. Más adelante de aquí, como a tres cuartos de legua, hay una loma o médano, que forma una figura cónica, con una vertiente de agua dulce, muy superior a las que se han encontrado, y se le puso el nombre de Médano del Carmen. A las 8 de la noche, habiendo hecho la descubierta, continuamos la marcha, y se hizo el rumbo más al oeste-sudoeste de dicho médano, como una legua y 2500 varas; donde se paró, como a las 10 de la noche, por haberse entorpecido la marcha con los atolladeros y malos pasos de la cañada. Ésta abunda en pastos, su planicie es pantanosa, interponiéndose algunas lomas de pisos, y pastos más fuertes.

MARTES 6

A las 7 de la mañana seguimos la marcha y al sud-sud-este dimos con una laguna que tiene de largo como tres cuartos de legua, y se halla situada al viril de la cañada. Se observó a las 12, y continuamos el viaje hasta las 6 de la tarde, que paramos en frente de otra laguna, a la que se dio el nombre de Mercedes. Al oeste-noroeste de ella, hay una loma o médano, con agua dulce, que forma la figura de un triángulo escaleno, y es el de mayor elevación: se le puso el nombre de médano Alto; debiendo entenderse que tanto al noroeste como al sudoeste del camino, hay muchas lomas, de mayor y menor elevación; de modo que toda esta jornada forma una superficie escapada o quebrada, su terreno arenoso, y los pastos rasos. La alternativa de médanos o lomas que contiene es un tejido que hace difícil distinguirlos con nombres particulares: esta jornada es sólo proveída de aguas, sin leña alguna, y pocos pastos fuertes, y yermos de indios, sin más ocurrencias en ella.

MIÉRCOLES 7

A las 6 y media de la mañana continuamos la marcha, y a las 11 y media llegamos al costado de una laguna a la que siguen 6 más, y se les puso el nombre de las lagunas Acordonadas: y aunque se procuró observar el sol, al tiempo de subir sobre nuestro cenit unas densas nubes impidieron realizar la operación. Se encontraron además 5 lagunas enlazadas al costado del sudeste, y 3 al del noroeste, que demuestran no ser permanentes. Hay también

lomas y médanos, algunas en figura de prismas, otras triangulares, y una entre las demás, de bastante altura, que forma la de un cilindro cortado oblicuamente. Estos médanos son de arena y tierra colorada, y sus pastos mejores que los anteriores. En este día se dio alta a 4 enfermos, y entraron 3, un sargento y 2 peones, según los partes que se me han dado. A las 2 y media de la tarde se prosiguió la marcha, y a las 6 y cuarto llegamos a la última laguna de las seis Acordonadas, que se hallan en otros derroteros, y se hicieron varias demarcaciones. La primera fue demarcar la Sierra de la Ventana: su medio al rumbo del sud, y la base o distancia de los dos extremos entre sí, el primero al sud, 10 grados sudeste; y el segundo sud, a 4 grados sudeste. Concluida esta operación, se demarcaron los ángulos que forman en su cumbre, que son cuatro cortados verticalmente, por la superficie plana o espacios que con ellos forma. Nos ha llovido un poco, y al ponerse el sol se hallaba todo el horizonte cargado. Se me dio parte haberse enfermado otro sargento. Recibí chasqui del cacique Quilapí, pidiendo permiso para hablarme, que le fue concedido. Se presentó con su gente armada de machetes y sables desenvainados, formados en batalla: se le mandó envainar las armas, y que entrase al campamento a pie como lo ejecutó. Este cacique manifestó en su parlamento que se le había informado que la expedición iba a formar ciudades en la laguna del Monte, Guaminí y Salinas, con miras de despojarlos de sus posesiones, con alusión a los avisos de Lincon y de los cristianos que entre ellos había, los cuales tomaron la voz en el parlamento, como suelen hacerlo. Se procuró disuadirles con las razones y reflexiones más adecuadas a desimpresionarles esta especie: y ya porque les hiciesen fuerza, o porque los indios amigos contribuyan con eficacia a ello, se serenaron,

hicieron algunos cambios, y se retiraron gratificados, muy contentos al parecer. Pero interiormente guardaban su doble proceder, ocultando la maldad de estar en aquella fecha parte de la indiada de esta tribu, haciendo el robo de 400 y más cabezas de ganado caballar y mular, como después se me avisó por uno de los caciques amigos, de que en su tiempo hablaré cuando se repita el desacato de Qui-lapí, hijo del cacique Lorenzo, bien conocido por sus excesos en estas fronteras.

JUEVES 8

Amaneció lloviendo este día, habiendo llovido antes la mayor parte de la noche, con el viento por el este-sudeste, y por esta causa no se emprendió la marcha hasta las 11 de la mañana; y a las 4 de la tarde llegamos a una laguna de pequeña extensión, que está al sud del camino, y no se halla en plano alguno: dista de la laguna del Monte como 2 leguas. Se encontraron varias lomas y quebradas a uno y otro lado del camino, con manantiales de agua dulce; y por lo referido no se pudo observar en este día. Las cañadas, lomas, médanos y terrenos que median, desde la del Zapato hasta este punto, son sumamente trabajosos para el tránsito de los carruajes, por lo pantanoso de los caminos, tembladerales y pisos blandos: de modo que, en atollándose una carreta, se sume inmediatamente hasta el lecho y se anega de agua. Pero pueden evitarse estas incomodidades, desechando los antiguos caminos, y tomando las faldas de las lomas que por uno y otro costado de esta molestísima y larga cañada hay hasta su fin, siguiéndola igualmente: además de las lagunas dichas, unos saladillos por derecha o izquierda que vienen a unirse al fin de ella

y forman un paso trabajosísimo por poca agua que tengan si no es tiempo seco, por la inconstancia del piso. Ya en la vuelta de este viaje se logró desviarse de muchos malos pasos, tomando las faldas y lomas que se reconocieron de mejor firmeza. Hoy se me dio parte haber 5 enfermos más.

VIERNES 9

A las 8 de la mañana seguimos la marcha, y a las 11 y cuarto llegamos a las inmediaciones de la laguna del Monte: esta laguna tiene un islote de montes como de 10 a 15 cuadras de frente, o lo que es lo mismo de 1500 a 2000 varas. Contiene frondosos y espesos árboles sin poderse reconocer qué clase de maderas, ni cuál sea su extensión o circunferencia, por hallarse circuido por todas partes de agua, por el gran caudal de ellas que le suministran el arroyo Guaminí y muchos otros derrames de la Sierra de la Ventana. Esta confluencia de aguas le da más de 3 a 4 leguas de largo, y según las lluvias, toma más extensión, porque se une con otras más al nordeste que forman otros derrames de la misma Sierra de la Ventana: y por la parte del sudoeste llega a enlazarse con la laguna que llaman de los Paraguayos, y entonces pasa de 7 leguas de longitud: en tiempo seco deja algunos pasos, desde el camino de nuestra derrota a la parte opuesta de la sierra. Es muy abundante de pescado, sus aguas son saladas, y a sus inmediaciones se encuentran pequeñas lagunas de agua dulce. En este día se demarcó nuevamente la Sierra de la Ventana y la de Guaminí, por ser el punto de mayor aproximación según nuestra derrota. De aquí se reconoce que dicha Sierra de la Ventana en su periferia o cumbre, y

término de mayor elevación, forma 15 quebradas, unas de mayor y otras de menor altura. Éstas son vértices de triángulos cortados entre sí: la base es verdaderamente rectilínea. En la jornada y derrota de este día se han reconocido, al rumbo de sud-sudeste, 3 lagunas de agua dulce y 2 al nor-noreste. A las 3 de la tarde nos pusimos en marcha, y llegamos al paraje nombrado el Junco Grande: antes de llegar, como 1000 varas al costado del nor-noreste del camino, encontramos una laguna muy abundante de delicada agua, a la que se puso el nombre de laguna Hermosa.

SÁBADO 10

A las 7 y media de la mañana nos pusimos en marcha hasta las 11 y media: a las 12 se observó junto a una laguna, que por no tener nombre se le llamó de Santa Rosa. La sierra del Guaminí quedaba al rumbo del sud 15° sudeste, y la de la Ventana al este, cuarta sudeste. A las 2 y media de la tarde marchamos, y a las 6 y media llegamos a la laguna de los Paraguayos, en donde, como a la distancia de 1000 varas para el sud, se hallaban 3 caciques con bastante número de indios formados en batalla, con una bandera blanca enarbolada en una chuza: desde cuyo punto mandaron un mensaje, pidiendo permiso para entrar a la salutación de costumbre, que se les concedió y recibió en el modo acostumbrado. Estos caciques eran Millapue, Joaquín Coronel y Leynín, parientes parciales y amigos de Victoriano y Quinteleu y encargados de proteger la expedición. Venían con recomendación de aquéllos, para que se le otorgase un día de trato a que fue preciso condescender, y obsequiarlos como a amigos y aliados, en la tarde de aquel día y noche. Manifestaron todos el gran

aprecio y respeto que tenían a Quinteleu, y que estaban enterados de las miras de aquél, cuyo sistema seguían. La impertinencia de la embriaguez fue grande en la gente; pero los caciques se mantuvieron serenos sin mezclarse en tales excesos, sufriendo los insultos de sus mismos indios en la tarde y noche de aquel día. Trajeron ganados y caballos a vender, de que se abasteció la armada necesitada, bien que a precios poco cómodos. Se me dio parte haberse dado alta a 4 enfermos, y haber entrado un peón mortalmente herido por haberle cogido una rueda de carreta que picaba: se confesó inmediatamente. La noche se pasó sobre las armas, para evitar desgracias y separar la mezcla de peones con los indios, lo que se consiguió sin novedad. También en este día se recibió enviado del cacique Antenu, pidiendo le esperase: pero se le contestó que no podía detenerse la marcha, por los muchos enfermos que llevaba la expedición; pero que si quería venir y entrar en la parada de mediodía, lo hiciese cuando gustase. Que por esta causa no podía mandarle al baqueano Leyva, y dos soldados o más que pedía para que le acompañasen.

DOMINGO 11

Continuando la embriaguez y acaloramiento de los indios que en sus pendencias reñían, hiriéndose bárbaramente, y siendo forzoso estar sobre las armas, no se pudo celebrar misa. Procuré abreviar la marcha, manifestando a los caciques el perjuicio de la demora, en que convinieron prontamente de buena voluntad: y haciendo al mismo tiempo retirar la peonada, que desde la tarde anterior había estado haciendo acopio de junco (de que abunda dicha laguna) para hacer las trojes de las carretas, quedó todo

pronto a las 4 de la tarde. A esta hora, a pesar de una tormenta furiosa de viento, truenos, lluvia y rayos, marchó la expedición, hasta alejarse de la laguna como legua y media. La tormenta venía por el sudoeste: pero, habiendo arreciado el viento por el sud, echó la fuerza de la tormenta al nord-nordoste; y como creció el aguacero sobre nuestra posición, y el viento seguía de la misma conformidad, fue necesario parar, y pasar una noche trabajosísima para sujetar las haciendas que dispersaba la tormenta. La gente fue igualmente necesario que se mantuviese a la intemperie, la más cruda que puede imaginarse.

LUNES 12

A las 6 de la mañana nos pusimos en marcha, y a las 11 y media paramos al frente de 3 lagunas de agua dulce, encadenadas al costado del sud, quedando otra más, hasta 7, hacia el norte. Unas y otras forman barrancas altas, y la mayor parte de ellas se comunican por unos arroyuelos que hacen los cauces de sus derrames. Las de la parte del sud son generalmente saladas, y las del costado del norte, dulces. Los bordes son en general de piedra y de tosca dura. A la parte del norte del camino se ven lomas y médanos de bastante elevación, y en éstos se encuentra por lo común muy buena agua. Los terrenos y pastos de esta situación son buenos, la superficie es plana, y es la razón porque están habitadas todas estas inmediaciones de toldos de indios, con crecido número de ganados vacunos, caballar y lanar. A las 3 de la tarde nos pusimos en marcha, y a las 5 y media llegamos a la laguna de los Patos, continuando el terreno en el mismo modo que el anterior. Descubrimos como a distancia de una legua un árbol, que

por hallarse sobre una loma, y ser cosa extraña, llamó la atención. Se reconoció ser un chañar espeso, desde cuyo punto por una cañada o bajo que se presenta a la vista, se descubrieron otros varios árboles, y a mayor distancia un bosque, que resultó ser parte del monte de la laguna de Salinas. Ya a sol puesto llegó un mensaje de parte del cacique Anteneu, pidiendo licencia para venir a tratar a las Salinas, que le fue otorgada. Se me dio parte haber salido o dado alta a dos enfermos en este día, y haber enfermado dos soldados y un peón, y no ocurrió más novedad que la de no haberse podido observar.

MARTES 13

A las 5 de la mañana se continuó la marcha, y a las 8 y media llegamos al borde de la laguna de Salinas, y se situaron las carretas en línea de circunvalación sobre ella, para disponer lo conveniente en orden a la carga y refacción de carretas. Reconocido el terreno más a propósito, mandé formar el campamento en el punto más dominante que presenta el cuadrilongo de la laguna, que es casi en su mitad, por el costado del norte corregido, apoyado sobre una barranca como de 20 varas de alto, y proveído de 2 manantiales de agua dulce. Allí se establecieron los 2 cañones al frente de la única entrada que franqueaba la línea formada de carretas, situadas las tiendas de campaña para la tropa y guardias de prevención, y a su retaguardia la demás tropa, para que, reunida, se hallase más pronta en todo acontecimiento. A las 10 de la mañana se presentó el cacique Antiman, y el cacique Caluqueo, con sus gentes armadas de armas cortas, pidiendo licencia para entrar a parlamento, a quienes se les otorgó y recibió, haciéndoles

su saludo de artillería. Manifestaron desde luego haber recibido mensajes del cacique Lincon, en que les avisaba de nuestra venida con miras de hostilizarlos y formar poblaciones. Se les hizo entender la falsedad de Lincon y su mala fe, comprobándola con las aserciones de los indios que habían presenciado la ocurrencia: quedaron al parecer satisfechos y procuraron hacer algunas permutas con sus tejidos y peleterías, y exigir las gratificaciones de estilo, de bebidas, yerba, tabaco y otras especies, que fue necesario darles con todo agasajo y sufrir sus embriagueces que continuaron por algunos días: hasta que fueron acercándose los indios ranqueles, que trataron en cargar de sal y retirarse, por no encontrarse con aquellos de quienes son enemigos. A las 7 de la tarde llegó un enviado del cacique Victoriano, averiguando nuestra llegada, pidiendo permiso para llegar al campamento al siguiente día; que le fue otorgado.

En este día, por estar nublado, no pudo observarse. Se me dio parte haber enfermado un hombre de resultas de un golpe que le dio un buey. Ha llovido algo, y el viento ha estado por sudeste. Todas las inmediaciones de la laguna están muy provistas de excelentes pastos y aguadas en varias lagunas dulces, en donde se pastorean las boyas y caballos: siempre a la vista, por no poderse alejar sin guardia respetable al paraje de los Manantiales, y porque los indios manifiestan no estar de paz, según han expresado Quinteleu y prevenido Victoriano, como amigo, recelosos de los muchos caciques que están inmediatos, a fin de precaver el robo de las haciendas y desgracias consiguientes. Con este motivo, por medio de los ayudantes, mandé comparecer a todos los troperos y capataces de carretas, a quienes impuse de esta novedad, y del doble cuidado que demandaba nuestra situación: y a fin de salir pronto de

aquel punto, asigné el perentorio tiempo de recomponer sus carretas y ponerlas prontas para la carga, que deberían ejecutar en el término de 8 días: de que fueron prevenidos para precaver los riesgos, y apresurar la salida de aquel destino.

MIÉRCOLES 14

A las 7 de la mañana mandé comparecer a los troperos para que reconociesen la laguna y viesen el medio de proporcionar la carga, sin embargo de hallarse tan llena, como nunca se había observado, por las muchas aguas del año, y haberle entrado un derrame de agua de otra laguna dulce no conocida: para lo cual cada uno sacaría las carretas que pudiese cargar al día, dejando las demás en la línea que formaban para estrechar las distancias en caso de invasión, y quedar siempre atrincherados: reponiendo las que se cargasen a su lugar, hasta que por este orden quedasen todos prontos. En lo cual convinieron, pero unánimemente expusieron que consideraban imposible sacar sal según la altura del agua: más sin embargo iban a hacer la prueba, y reconocer por diferentes puntos la dicha laguna. En efecto habiéndolo ejecutado, resultó que, después de muy mortificada y estropeada la gente, sólo se pudieron sacar como 6 fanegas de sal: cuyo reconocimiento inspiró una desconfianza de que en esta parte se rendiría inútil el viaje, sin embargo de que el mucho viento contribuía a formar olas, y estas estorbaban el trabajo, tanto o más que lo crecido de las aguas. Recibí chasqui del cacique Victoriano, anunciando su próxima llegada al campamento, que la ejecutó con su hermano Quinteleu, y los caciques Payllatur, Payllain, Guaquinil, Quilan y Mi-

llapue, que fueron recibidos en el modo ordinario. Todos por su orden hicieron su parlamento, y manifestaron las noticias que les habían comunicado, de venir la expedición con ánimo de hacer hostilidades y poblar la laguna y otros puntos; pero que los caciques Victoriano y Quinteleu habían tranquilizado sus ánimos, disipando los recelos, asegurando que ellos salían garantes de la paz y buena fe de los españoles, y que en efecto los habían creído, y estaban bien persuadidos de que no se les faltaría, ni tampoco invadiríamos con nuestras armas. No así lo creían otros caciques de la comarca, antes bien tenían por sospechosos a Quinteleu y Victoriano, por amigos de los españoles. En este estado el cacique Victoriano y Quinteleu expusieron que su amistad se extendía a permanecer en aquel destino mientras la expedición no retornase, para reparar cualquiera hostilidad que intentasen hacer los caciques ranqueles y demás descontentos; a cuyo fin tenían prontos 1000 indios, y pidieron estos dos hermanos alojar inmediatos al campamento: lo que les fue otorgado. Inmediatamente ordené se diese a la tropa ración de pan, tabaco y ají, que recibieron los oficiales por medio de sus sargentos. En este día se observó el sol, y resultó hallarse la laguna en 37 grados 14 minutos de latitud sur, situación o altura de polo del punto medio de ella: sin que en este día hubiese ocurrido más novedad.

JUEVES 15

En este día llegó un chasqui de los caciques ranqueles o del Monte, solicitando aguardiente, yerba y tabaco; y expresó que éstos y el cacique Carrupilun estaban opuestos a la expedición, y venían con ánimo de declarar la gue-

rra, para cuyo efecto tenían como 600 hombres armados de coletos, cotas de malla y lanzas, como a distancia de 2 leguas del campamento, en unos médanos altos: que la causa entre otras era el tener entendido que veníamos a hacer poblaciones en sus terrenos y a degollarlos. Enterado de la relación del chasqui, le disuadí de la equivocación en que estaban los caciques, y mandé al cacique Victoriano viniese, y se cerciorase de la ocurrencia: como en efecto lo hizo, y por sí mismo satisfizo al enviado, manifestándole que la expedición venía a cargar de sal, como lo acostumbrábamos a hacer de paz y buena amistad: que él estaba cierto de ello, y se mantenía en mi compañía para hacerlo entender a todos los indios; y para oponerse con sus gentes y armas, si alguno tenía el descomedimiento de injuriar la expedición, ni ofenderla en lo más leve: y que así se lo hiciese entender a los caciques que lo mandaban, si no querían como amigos venir a tratar. A esta generosa contestación de Victoriano añadí que en el momento me iba a poner sobre las armas, que no necesitaba de auxilio alguno, y que en el caso de querer pelear, no me movería de aquel punto donde los esperaba, y mandaría venir 2000 hombres armados de la frontera, y que no perdonaría vida de ningún ranquel ni de sus amigos; y que entonces verían cumplido y realizado lo que ahora no se imaginaban. En efecto mandé aprestar toda la gente, y que los dueños, capataces y peones de carretas se pusiesen sobre las armas, recogiendo las haciendas sobre la laguna, resguardada de la línea que formaba y amparaba la artillería. Este movimiento alarmó a los indios del campamento, y especialmente al cacique Victoriano y sus parciales, que vinieron muy cuidadosos a asegurarme de nuevo su amistad: y en consecuencia de ella les expuse, que retirasen sus familias para que ni se confundiesen con los

enemigos, ni sufriesen los estragos de la guerra, que eran consiguientes en el ardor de la batalla, si no se ponían anticipadamente en lugar determinado y cierto, sin separarse de él. Esta resolución dobló su empeño, y causó los buenos efectos de destacarse algunos indios respetables a prevenir a los caciques armados que desistiesen de su empresa y entrasen de paz, antes que aventurar el perder la tierra, por cuanto a ellos constaba la fuerza que yo había dejado en la frontera, quienes al menor aviso talarían los campos, y degollarían a todos los indios que faltaban a la buena fe, parlamentos hechos y paces ajustadas en la laguna, como constaba a algunos caciques que las habían presenciado. Estos razonamientos officiosos, sin duda arredraron a Carrupilun, motor de esta ocurrencia, y resolvieron con doble intención entrar al campamento sin lanzas, dejándolas en los médanos. El resultado fue mandar nuevos chasquis, diciendo que ellos acostumbraban hacer sus marchas con las armas, pero que si se les daba licencia, entrarían sin ellas a tratar: cuya respuesta fue con la misma firmeza que la anterior, mirando con desprecio sus amenazas, y que los esperaba con las armas en la mano. En efecto toda la noche estuvimos con la mayor vigilancia, haciendo candeladas para evitar una sorpresa, a favor de las nieblas, aumentadas con la tormenta y lluvia que sobrevino. Amaneció el 16 sin más novedad, que haberseme dado parte de la alta de 4 enfermos que tomaron las armas.

VIERNES 16

A las 8 de la mañana de este día llegó al campamento un chasqui del cacique Quinteleu, que en el día de su lle-

gada a la laguna se retiró a buscar su familia, avisando que había tenido noticia de las incomodidades sufridas con algunos caciques, pero que nos tranquilizásemos: que al momento se ponía en marcha, que aquietaría y conduciría al campamento a los caciques que se decían enemigos y les haría entender sus deberes. En efecto llegó como a las 2 de la tarde con los caciques ranqueles, menos Carrupilun, Curritipai, Coronado y otros, que aún quedaron renitentes y tercos en sus porfías. Se recibieron como a los demás, y dieron sus razones y parlamentos a presencia de todos los demás caciques que ya habían sido admitidos. Cada uno de ellos se panegirizó de un potentado y gran señor de aquel continente, dándose unos a otros exclusiva, sin ofenderse de ello, aunque privativamente se llamaban dueños de la laguna. A todo se dio su respectiva contestación: habló el último Quinteleu, y entre otras muchas cosas, con que atacó a los caciques, fue la última, que nadie exclusivamente tenía dominio sobre la laguna, que ésta era común, y que todos debían disfrutarla, que ningún cacique, sin cometer violencia y faltar a los tratados de paz con los españoles, podía incomodarlos: que él había ofrecido al Exmo. señor virrey y al Exmo. Cabildo hacer guardar estos tratados, y que la expedición no sería incomodada; y ésto lo había de cumplir y defender con su gente si fuese necesario, hasta cargar las carretas y conducir las a la misma capital. Que a ningún cacique ni sus gentes se estorba entrar a Buenos Aires, y a todos se les daba buen pasaporte, y por lo mismo faltando en este presente a su deber los indios, se exponían al enojo de los españoles, y a que tomasen las armas y los destruyesen. Por lo tanto creía que todos los caciques que estaban presentes convendrían con él: y en efecto convinieron, añadiendo cada uno razonamientos de su conformidad. En

este estado repuse, que yo no llevaba otra comisión que la de conducir la expedición, y cargarla de sal, guardando la mejor armonía y amistad con los caciques e indios, sin incomodar a nadie, y observar quiénes eran verdaderos amigos, y quiénes eran enemigos: no permitir que ninguno ultrajase a los españoles, en cuyo caso castigaría a los que se atreviesen. Que algunos caciques se habían propasado y esperaba sólo la reunión de todos para manifestarles y hacerles ver, que yo no quería emplear las armas si no contra los que me insultaban: y les hacía saber que a la más leve queja o insulto usaría de las armas, y daría cuenta al señor virrey para castigar la tierra, y que no me retiraría sin hacer los mayores estragos, abandonando la expedición por vengar los insultos y agravios. Que en este concepto contuviesen por vengar los insultos y agravios. Que en este concepto contuviesen a los que se oponían, pues mientras no viese acertada esta paz, no cargaría las carretas de sal, por estar más desembarazado para todo: que se retirasen a alojar a distancia del campamento con sus gentes. Todos atizaron estar tranquila la tierra, y me rogaron tratarse de cargar las carretas. Yo me resistía a ello, haciendo mérito de lo mismo que me era imposible practicar por el estado de la laguna, y los caciques Quillan, Payllatur y Quidenau se esforzaron sobremanera, y el último con tal extremo, que ofreció en rehenes y seguridad de su promesas, 4 hijos y su persona: pero yo diferí la contestación para el día 17, respecto a que ya era tarde y debían tratar de alojarse. En este estado se retiraron, menos Victoriano y Quinteleu que alojaron en la guardia de prevención, y continuaron suplicándome cargase las carretas, cierto de que nada me había de suceder. Y quedando la tropa y gente de armas en vela con las mismas

órdenes y prevenciones que la noche anterior, pasó ésta sin más novedad.

SÁBADO 17

En este día, como a las 8 de la mañana, llegó al campamento el cacique Currilipay acompañado de número considerable de indios, anunciando el pronto regreso del gran Carrupilun, y manifestando le saliese a recibir con respetable escolta para hacerle honores, como acostumbraban hacerle todos los comandantes de las expediciones. A que contesté, que le haría el recibimiento que a todos, si venía de amistad; y si venía de guerra, con las armas; que le mandaría un oficial y el lenguaraz para hacerlo así entender: y en efecto mandé 12 hombres y un sargento bien municionados, con el lenguaraz, a corta distancia del campamento y a la vista de él; quienes llegaron a su formación, y se manifestó incomodado, despreciando al lenguaraz, y usando en la contestación de un N. Lucero, puntano, muy sagaz y favorito del cacique, de las intenciones más dobles y el mayor facineroso y enemigo nuestro, muy respetado entre los indios por valiente. Se me avisó esta ocurrencia, y de la disposición de Carrupilun para chocar y hacer armas: pero al fin, sin aguardar otra respuesta, se acercó al parlamento, muy decorado con sus caciques *a latere*, y otros que salieron a recibirle, y considerable número de indios con machetes, sables y bolas, sin lanzas, porque las había dejado apostadas con gente en los médanos. Como todos los antecedentes eran de que este cacique quería burlarse de la expedición y asediarla como lo había hecho con otras, tenía toda la gente armada, en sus respectivos puntos, cargada a metralla la artillería y esmeri-

les, con mecha encendida, y a punto de defender ya de los que venían de nuevo, como de todos los demás que rodeaban el campamento, de los cuales muchos estaban secretamente complotados con Carrupilun para atacarnos. Su muchedumbre formaba un espectáculo harto respetable, y acercándose a la línea, esperó en ella a que fuese a introducirlo: lo que ejecuté a pie con los caciques amigos y 12 hombres armados, obligándole de este modo a que se apease, como lo ejecutó, y llegó a pie al campamento con los caciques, quedando su gente montada en la línea. Manifestó desde luego mucho orgullo e incomodidad, porque no se le hubiese mandado 50 hombres, y que no hubiera salido a recibirle como lo había pedido. Llegó al cuerpo de guardia con su acompañamiento, e hice despejar el lugar y doblar las centinelas, impuesto de sus acostumbradas desvergüenzas en otros parlamentos; con orden de asegurarlo en el caso de usar de sus armas o descomedirse. Él observó mi entereza, y al mismo tiempo el agasajo posible; pero no quiso que mi intérprete recibiese de él razonamiento alguno, manifestando su desconfianza: a que le contesté, que yo oiría del suyo y del mío sus propuestas y razones, porque tenía el mismo motivo de desconfiar de su lenguaraz, por no conocerlo, que el que manifestaba del mío, y que de este modo nos entenderíamos. Convino con ello, y dio principio a su razonamiento por la falta que se cometía contra su respeto y mando general de aquellas tierras, en no darle parte anticipadamente por el virrey, del envío de esta expedición: que la laguna era suya, la tierra dominada por él, y ninguno, sin ser repulsado violentamente, podía ir allí: que repetía que él era el señor, el virrey y el rey de todos los pampas. Y todos los caciques sus dependientes esforzaron estas últimas razones de una manera fuerte, a benefi-

cio de un pulmón de privilegio que le dio la naturaleza, en una estatura prócer y de aspecto imponente. Le contesté a todo: que yo no iba a disputarle su virreinato, ni la legitimidad de sus propiedades; que mi viaje era contráido a cargar la expedición de sal, en fuerza de una amistad asentada entre españoles y pampas, por virtud de lo cual en aquel mismo lugar se habían quebrado lanzas, y hecho las más solemnes amistades, bajo las cuales los indios de todos los caciques entraban diariamente en Buenos Aires, y en todas las fronteras sin ser robados, ni incomodados, antes sí muy regalados; que él mismo cabalmente había sido de los más beneficiados por el señor virrey, D. Santiago Liniers, que le regaló sombrero, uniforme y bastón de general, con otras muchas cosas de valor y estima, y no debía olvidar tan pronto esta prueba de amistad y buena fe, y por lo tanto era innecesario el aviso que echaba menos. En cuya inteligencia creían tener los españoles igual derecho o razón para hacer sus expediciones acostumbradas de sal en las pampas: que la laguna, como el Río de la Plata, cuando iban ellos a Buenos Aires, nos prestaban la sal y el agua, que Dios había criado para los hombres, y ninguno podía ponerles precio, ni privarlas a los demás hombres sin ofenderlos: que ya estaba cansado de oír estas reconvenciones por todos los demás caciques, llamados también dueños de la laguna, y por lo mismo no quería cargar hasta saber si eran firmes, y estaban en su fuerza aquellos tratados de paz, o se declaraba la guerra: en inteligencia que entonces daría aviso para que las tropas que estaban en las fronteras entrasen, y decidieran las armas lo que no podía conseguir la razón y sufrimiento: teniendo entendido que no le permitía alojar dentro del campamento, para evitar motivos de disgustos entre mis soldados y sus indios. A esta exposición, dada

con igual firmeza, depuso su altivez, mudó de tono y dijo: que quería ser amigo, y que le diese la mano derecha; pero que le diese alojamiento a mis inmediaciones: a que me negué, recordándole sus hechos en la penúltima expedición, en que desalojó al comandante de su carruaje, y se cometieron otras desatenciones, que causaron las embriagueces de sus indios y la suya, a términos de un rompimiento: y para evitar desgracias, convenía a él y a mí que se alojase a distancia, y lo serviría como amigo. Se allanó a todo, y me pidió aguardiente, pan, tabaco, pasas y carne para comer, expresándome que estaba en la mayor escasez, después de 8 días de camino por venir a saludarme, con otras muchas lisonjeras expresiones, de que abunda como hombre pérfido. Se retiró no muy distante, sin salir del campamento, con miras de preparármeme mejor golpe, según tenía acordado con los caciques Euquen, Milla, Coronado y otros que estaban apostados, y se le dieron a él y a sus gentes, 4 barriles de aguardiente, tabaco, yerba y demás a proporción, con lo que dio principio a sus embriagueces. Noté que los caciques Victoriano y Quinteleu se separaron de éste y de los demás sus parciales, y sólo Quilulef, cuñado de Quinteleu, asistió con todos los demás caciques al parlamento de Carrupilun. Es costumbre saludarse todos, siempre que se reúnen, refiriendo sus ocurrencias desde la última vez que se vieron; y llegando este turno a Quilulef, le reconvino a Carrupilun diciéndole que Quilulef, sus padres y abuelos, habían ocupado aquellas tierras, y ninguno se las había disputado, y le era muy extraño que el que ayer las había conocido, hoy las llamase suyas, y tratase así a los españoles, después de tener con ellos una paz útil y ventajosa: que Carrupilun tenía su antigua morada en los montes, y nunca en las pampas, y quería con los suyos perder a éstos, y exponer-

los al enojo de los españoles, etcétera. A esto contestó que lo que él decía y hacía era un beneficio a la tierra, porque los españoles era muy pícaros. Impuesto yo por el lenguaraz de su comportamiento, le hice entender, que no me gustaba aquel modo de producirse, y que me vería precisado a dar parte al virrey. A esto repuso que me sosegase, que él era mi amigo, y que les mandase más aguardiente para alegrarse con sus indios, con los cuales continuó su borrachera. En la tarde y noche de este día quedamos sobre las armas para contener los excesos de los indios, y sus repetidas molestias con amenazas, a que de ordinario los incita la bebida, hasta que enteramente caen y se entregan, único medio y tiempo en que se logra en tales casos de algún alivio. Los caciques Quinteleu y Victoriano, a diferencia de todos los demás, no se emborracharon, y pasaron toda la noche en vela, acompañándome como agitados de algún cuidado, y recorriendo el campamento en desconfianza, no tanto de Carrupilun, cuanto de los caciques apostados. A éstos los hacían observar con sus gentes, quienes daban cuenta de cualquiera movimiento hostil que hiciesen: en efecto, recibí frecuentes partes de no haber novedad, hasta que amaneció el día 18. Por no haber tenido efecto los proyectos acordados para este día y noche, como después referiré, fue necesario destinarlo al descanso, alternando los oficiales y tropas, excesivamente fatigados con la vigilia de 5 noches con sus días que llevábamos de campamento sobre la laguna; sin poder emprender el trabajo de un modo útil, por lo crecido de dicha laguna, y las muchas olas que formaba el viento: lo que tenía desalentada la gente, además de las zozobras que sufrían con las amenazas, altanería y robo de los indios.

DOMINGO 18

Amaneció sosegado el campamento, y los más de los indios incluso Carrupilun durmiendo sus embriagueces: el cacique Victoriano partió para su toldo a preparar su gente, pues tenía noticias más que fundadas de las intenciones de Carrupilun y caciques enemigos. A las 9 de la mañana, poco más, se acercó al cuerpo de guardia Carrupilun, y como en la noche precedente algunos indios ebrios se habían atrevido a incomodar los centinelas, y otros habían extraviado y robado 22 caballos, y despojado a un boyero del caballo y recado, tuve oportunidad, en virtud de estos hechos, para reconvenirle por la falta de cumplimiento a su palabra y amistad asegurada el día anterior. Manifestó un modo poco atento, y con aire de desprecio me dio a entender que callase y aguantase. A esto repliqué que tuviese entendido que a él y a sus indios, desde aquel momento, si no se comportaban de otra manera, les haría enseñar con las armas sus deberes: porque, si había creído burlarse de los españoles, éstos se harían respetar como acostumbraban y a él le constaba. Vio que los oficiales y demás gente de la armada se alteraron y entonces mudó de tono, y se sometió con bajeza: quedando más sosegado, cuando notó que todos guardaron silencio, luego que yo les previne no se movieran a cosa alguna por no ser tiempo. Las ideas de Carrupilun eran de disponer las cosas para que los indios sus confederados asaltasen en el día de hoy la expedición; y al intento él se había situado en el campamento con varios caciques y sus gentes, dejando a corta distancia la indiada armada, con los caciques Neuquén, Milla, Coronado y otros.

A las 6 de la tarde se me dio parte de un emisario de

Neuquén, que solicitaba entrar al campamento con su indiada, pero que antes le mandase un oficial con 50 hombres, 4 barriles de aguardiente, tabaco, yerba, pan y carne: que tuviese entendido que él era el rey y señor de la laguna, y de toda la tierra, a quien los demás caciques estaban subordinados con sus gentes; por cuya razón los comandantes de las expediciones le debían franquear su toldo, como siempre lo habían hecho. Este mensaje lo traía un mendocino apóstata, harto desvergonzado: y como ya estuviese con sobrado recelo y cuidado para precaver la intriga y acuerdo hecho entre los complotados, le respondí con incomodidad, que no quería mandar oficial ni tropa alguna, aguardiente, ni nada de lo que pedía: que si quería venir al campamento como los demás caciques que estaban en él, lo recibiría como a ellos; pero que si venía armado lo recibiría a cañonazos. Entonces el enviado me contestó con mucha arrogancia, que si no quería enviar a Neuquén lo que pedía, lo daría por fuerza.

En este acto me levanté y le dije que no le hacía quitar la vida en el momento, por darle tiempo a que fuese a avisar a su cacique que lo esperaba con las armas en la mano. Sin pérdida de tiempo se retiró; y yo mandé sigilosamente estrechar las distancias de las carretas, de modo que no quedase claro alguno en la línea: que todos se pusiesen sobre las armas: que estuviese pronta la artillería y esmeriles, con mecha en mano: que las haciendas se apoyasen sobre la laguna con mayor reserva y posible silencio, y se me diese parte de ejecutada esta precisa diligencia. Cité al cuerpo de guardia principal a todos los dueños y capataces de tropas con los vivanderos, como así lo ejecutaron antes de las 9 de la tarde, y teniéndolos presentes, les previne el riesgo que corría la expedición y nuestras personas, y la necesidad de defendernos en el

ataque, que ciertamente debíamos esperar en esta noche: que a prevención de todo, quedásemos montados: que la artillería y mosquetería estaba dispuesta para barrer a metralla la indiada alojada de la línea adentro, y que un cañón volante quedaría franco para impedir se acercase la indiada apostada en los médanos. Se distribuyeron las gentes armadas, se despacharon patrullas, y prevenidas las tropas de los puntos que debían ocupar, se formaron candeladas para no ser fácilmente sorprendidos, ni de los enemigos exteriores, ni de los interiores.

En este estado llegó el cacique Quinteleu, mandado venir por mí parte para enterarle de mi resolución y prevenirle que, a fin de que su familia y gente no se confundiesen con los demás indios enemigos, las situase enteramente separadas, y en uno de los varios puntos que ofrece la laguna, para precaverlos de los riesgos que podían tener en el caso de que se rompiesen los fuegos; porque mi gratitud y amistad a su buena fe y trato no permitían se le irrogase perjuicio alguno, ni a sus hermanos Victoriano, Quilulef y demás indios amigos, a quienes en el momento convenía se les avisase con el mayor sigilo, para no aventurar la suerte de esta acción, y precaverlos de las desgracias que suelen ser consiguientes. Quinteleu manifestó su agradecimiento, y me expuso que no convenía el retirar sus gentes, ni las de sus deudos y amigos, porque tenía resuelto morir antes que yo en el ataque, y que por momentos esperaba a su hermano Victoriano con su gente armada; y cuidase de aquietarme, porque no se atreverían a atacarme, aunque algunos caciques influidos de Carrupilun, lo deseaban e intentaban: pero que habiéndoseles separado los caciques Quilan y Pallatur, respetables por sus personas y fuerzas, no estaban en disposición de acometer sin ser derrotados.

Entretanto que esto pasaba en mi campamento, el cacique Neuquén y sus parciales, de acuerdo con Carrupilun, llamó a la indiada armada, y la puso en marcha con destino al campamento, para hacer la invasión: pero los indios recelosos acaso de nuestra vigilancia, o descontentos de tomar las armas, fueron desfilando, y llegó Neuquén a quedar solo con los caciques y pocas gentes para avanzar como se había propuesto, según repetidos avisos que tuve de un cautivo, que me los dio a favor de la noche, además de los espías puestos por Quinteleu.

Luego que amaneció, y observaron los indios amigos de Carrupilun nuestra posición y la suya, la línea formada, y a nuestra gente sobre las armas, llamaron la atención de aquel que agitado de sus delitos que vio descubiertos, se dirigió al cuerpo de guardia a preguntarme: ¿qué novedad era la que advertía? Le contesté que, sabiendo yo su mala fe e indigna correspondencia, había dispuesto que no hiciese por más tiempo burla de los españoles: que a él, y a los demás caciques sus amigos les había esperado con las armas toda la noche: y aunque podía haberle degollado a él y a todos los suyos, no había querido hacerlo a traición y ruinmente, cuando estaban durmiendo; que ahora era tiempo que fuese a tomar las armas; que era precisamente el día en que no había de quedar un español, o había de acabar con él, sus amigos y sus indios.

Esta resolución le sorprendió, tanto más, cuanto estaba él muy distante de creer que yo hubiese podido penetrar sus intenciones: entonces todo trémulo, y con las lágrimas en los ojos, negó sus hechos, y lo mismo sus parciales, anticipando cuantos avisos pudo a Neuquén para que desistiese del intento, y se aviniese a entrar al campamento sin armas, y disculpando sus avisos anteriores y amenazas, por el riesgo que corrían todos los que se hallaban en el

campamento, mucho más, estando a mi favor los hermanos Quinteleu, Victoriano, Quilulef y los caciques Quilan y Pallatur. Entre tanto procuró emplear hasta las 10 de la mañana en indemnizarse de los cargos, queriendo deslumbrarnos de mil maneras, porque posee una razón muy despejada, y una extraordinaria habilidad para persuadir y convencer, adornada de una muy estudiada lisonja.

A estas horas recibí chasque de Neuquén, manifestando sentimiento del disgusto que me había causado el supuesto petitorio a su nombre el día de ayer, en que no había tenido parte, y por consiguiente le admitiese entrar sin armas en el campamento a saludarme: a que contesté que entrase cuanto quisiese. A poco tiempo se presentó Neuquén a corta distancia del campamento, y formó su gente en batalla: permaneció inmóvil por grande rato, hasta que le pasé recado con un lenguaraz, para que me dijese cuáles eran sus miras, y en qué consistía la detención y formación que guardaba: y me contestó que como veía mi gente sobre las armas, no se atrevía a entrar. Entonces mandé desmontar con la rienda en la mano, con cuyo movimiento se acercó a la línea, y estando en ella mandé desmontarse, y entrase solo con cuatro de sus capitanejos, uno de los cuales le tomó de la mano por falta de vista.

Unas de las cosas más útiles para conciliar el respeto de los indios es jugar la artillería a su intermediación, por el terror que les infunde el estampido del cañón; porque conciben que en ello se les hace honor, y porque están persuadidos de que el estruendo ahuyenta al diablo. Por esta razón ordené al cabo de artillería, que al ponerse en paralelo con el cañón destinado a la salva, le diese fuego, como lo ejecutó: con tanta puntualidad que ni el cacique Neuquén ni Carrupilun, que estaban inmediatos, pudieron resistir, y ambos cayeron al suelo. Esta casualidad

produjo a un tiempo dos efectos: —risa y fuerza en nuestras tropas, que veían así arrollados a los dos caciques que tenían concepto de valientes entre las tribus de su mando, y a estas sorprendidas por haber creído al pronto que habían sido muertos: hasta que mejor desengañados por sí mismos, entendieron que era obsequio.

Concurrieron los 24 caciques al parlamento de Neuquén. Habló éste, disculpando su criminalidad, y convirtiendo en grandes y afectadas ofertas de amistad su venida, pues nunca lo habían hecho con expedición alguna, ni tratado con ningún español, por lo tanto no se hacía creíble que él viniese a molestarnos. Después de haberle oído a presencia de todos los caciques, le dije: que dos cosas debían quedar liquidadas en aquel momento: la primera castigado el comisario conductor, pues estaba presente; y la segunda, que se me dijese quién era el dueño y señor de la laguna y aquella tierra, porque todos alegaban una misma preferencia, y yo debía salir de esta duda, y hacerla presente al superior gobierno que me mandaba: pero ni Neuquén ni Carripilun respondieron cosa alguna.

Tomando la voz los ancianos, uno en pos de otro, a saber, los dos caciques Quilan y Pallatur, dijo éste: que ninguno tenía más derecho que otro a la laguna y a la sal de ella: que ésta era común a todos los hombres, como los pastos del campo a los animales: que las diversas naciones de indios, de una y otra parte de la cordillera y los españoles, podían venir a la laguna, y cargar la sal que quisiesen, sin que ninguno pudiese estorbarlo, sin ser injusto: pero que, además de esto, estaba ya acordado en un serio parlamento, en aquel mismo lugar, a que él entonces concurrió. Que jamás faltaría por su parte a ello, y defendería con sus gentes y armas esta determinación,

a la cual habían concurrido caciques muy respetables. Pero, por desgracia, veía que en estos tiempos todos se hacían caciques sin serlo, y que la causa de verse arruinado era la falta de sujeción en los indios, y los muchos cristianos que hoy había entre ellos, cuyo número se hacía ya respetable a los mismos indios por sus determinaciones, así en los consejos que les daban para resistir a los mismos españoles y su venida a estos campos, como para ir a maloquear o robar las haciendas de los españoles; y que esto sólo podría remediarse, situándose allí los mismos cristianos, como lo deseaban él y otros caciques, por la cuenta que les tenían para proveerse de muchas cosas de que carecían.

Lo mismo expresó Quillan, Quilulef, Victoriano, y otros; y aunque Carrupilun y Neuquén no contradijeron, tampoco se prestaron con claridad a más que a no impedir que la expedición cargase de sal, sin ser incomodada en cosa alguna. Últimamente, para aprovechar aquel momento de división y de temor, llamé la atención de todos, y dije: que en medio de la oposición que se manifestaba en sus opiniones y razonamientos, yo no quería cargar sal alguna, y que daría parte al señor virrey para enterarle de todo en el día, y que obraría según su determinación: pero que ciertamente les anunciaba que tendría un gran sentimiento cuando supiese que no se cumplían sus parlamentos, y era muy de temer me remitiese las tropas que están juntas en las guardias, con las órdenes más estrechas para castigar a los que se oponían; que en esta inteligencia no se quejasen después. Que les advertía que si algunas gentes de sus tolдерías me robaban caballos o ganado, como lo habían hecho, no aguardaría las órdenes del señor virrey, porque usaría de las armas.

Todos contestaron que no habría novedad, y que si

algún indio cometiese igual exceso lo matase sin recelo, que ellos no se agraviarían. Pero tomó la voz Quinteleu y los suyos para que no se demorase la carga de las carretas, que ellos ayudarían con sus gentes y auxiliarían la expedición hasta Buenos Aires. Le contesté, que me tomaría tiempo para resolverme, en vista de cuanto se me había faltado, y yo no debía creer sus ofertas; pero que tuviesen entendido que desde aquel día ya no se vendía aguardiente alguno, puesto que uno de los motivos que se daban para los descomedimientos de los indios era la embriaguez. Habiendo pasado el día sin poder tomar alimento alguno, a causa de las ocurrencias referidas, mandé que se retirasen de la línea, a excepción de los indios amigos, con quienes no se hizo novedad. Continuó la vigilancia necesaria sin dormir, y quedamos sobre las armas toda la noche hasta que amaneció, sin que en ella hubiese ocurrido alteración ni motivo de incomodidad por parte de los indios. El cacique Quinteleu se mantuvo en vela a mi lado toda la noche, haciendo observar por los suyos y los demás indios, que con frecuencia le daban parte de sus centinelas avanzadas.

LUNES 19

En este día di parte a la Excm. Junta Gubernativa de todas las ocurrencias de Carrupilun, y estado de asedio en que me consideré en los días 17 y 18; las medidas tomadas y resolución de defenderme y atacar a los indios si me embarazaban el regreso. Prohibí la venta de toda bebida a los indios. Llegó el cacique Victoriano, dejando su gente pronta y armada para que ocurriese con su aviso, y entonces saludó a Carrupilun, quien trató de despedirse

en aquel día e igualmente los más de los caciques de su parcialidad, exigiendo se les diese algunas bebidas, yerba, tabaco y otras especies, que fue necesario franquearles para salir de ellos sin agravio o descontento. Me pidieron todos les diese oficio de recomendación para poder presentarse en las guardias y al superior gobierno como amigos, en que no me detuve; dando parte igualmente a la Ecxma. Junta, manifestándole individualmente las circunstancias de cada uno para que sólo se atendiese a los amigos beneméritos, dando resguardo a los demás, y los motivos que me obligaban a darles dichos oficios.

Se presentó en este día el cacique Milba, hombre feroz de aspecto y de condición, quien con su gente acampó a distancia de nuestro real por no desarmarla, y vino con un lenguaraz indio, cuyo próximo arribo había anunciado Neuquén en el día anterior. A éste principalmente, y a Neuquén estaba encomendado el asalto; más mudó de lenguaje, en virtud de las ocurrencias referidas, y se despidió. Sin embargo hasta el siguiente día se veló mucho sobre las haciendas, por los frecuentes robos que se experimentaban entre ellos, bien que no se atrevieron asaltar a nuestros ganados de día; pero en la noche acometieron varios indios a algunos vivanderos. Fueron sentidos y perseguidos por las patrullas: prendieron a dos con los robos que habían hecho, e hirieron mortalmente a otro, conduciendo a los tres a la guardia de prevención, donde se les aseguró. El facultativo puso el mayor esmero en curar al herido, que entre otras había recibido una herida en el bajo vientre, y tenía las tripas fuera. Este cuidado se redobló cuando se supo que no tenía ingerencia en los robos, que era indio amigo, y que como tal apellidó en su defensa al cacique Valeriano para que no le ultimasen. La causa de su desgracia fue el haberse asustado y echado

al indio que dormía, cuando se dirigieron hacia él los soldados que perseguían a los ladrones. Esta ocurrencia puso en doble vigilancia al campamento: prevenidos los indios de ella, avivaron su retirada luego que amaneció, siendo el primero Carrupilun. Antes que se retirasen, dispuse que reconociesen a los indios ladrones, que se hallaban bien asegurados a la ruedas de una carreta, con las especies robadas, para que en ningún tiempo pudiera dudarse de la justicia de su prisión y castigo. Para esto hice convocar a los caciques, y ordené se mantuviese sobre las armas la expedición.

MARTES 20

Reconocidos los indios aprendidos, y también el herido y su estado, convinieron los caciques, a vista de sus declaraciones y delitos comprobados, en que yo les quitase la vida, o castigase como quisiese, pues podía hacerlo francamente. Que en atención a que ellos habían sido causantes de la desgracia del indio amigo, debían pagar con sus bienes las heridas del enfermo, o su muerte, a contentamiento de los parientes que hubiese en el campamento, avisando a los demás que tuviese en la tolдерía de donde procedía. En estas circunstancias me aproveché de sus mismas resoluciones, perdonándoles la vida, y dejándoles asegurados hasta la llegada de los parientes del herido, quienes dispondrían de él según sus usos y costumbres: de cuya resolución quedaron todos muy agradecidos, y los reos satisfechos de la fineza, contra el fallo de muerte que sus propios caciques habían dado.

Este accidente inopinado, unido a los antecedentes, dio un mérito extraordinario a la resolución, y alentó a

los españoles, que se consideraban como despreciados, y deseosos de emprender cualquiera acción que se presentase, por la que en efecto anhelaban, incitados de los despojos que podía prometerles la victoria, en las muchas alhajas de plata, monturas, caballos y tejidos que traen a esta especie de feria. Todo, por una especie de providencia, contribuyó a deslumbrarlos y hacerles perder el empeño de atacarnos, a pesar de su muchedumbre, y de nuestra escasa fuerza, que consistía en 21 hombres de fusil y 9 artilleros, de la que estaban bien instruidos desde el principio, y fue causa para que nos insultase Lincon. La firmeza en sostener la prohibición de vender bebidas, de la que todos hicieron mal agüero, contribuyó a persuadir a los indios que yo guardaba aún resentimientos por sus proceder, y que deseaba declararles la guerra al más leve delito. Para evitarlo, se fueron despidiendo uno en pos de otro con sus respectivas recomendaciones. Se retiraron todos los que seguían a Currupilun a los Médanos, distantes como legua y media, donde habían dejado sus armas.

Desembarazados en mucha parte del cuidado que daban estos caciques, y su muchedumbre de gentes de armas encoletadas, y algunos con cotas de acero, como también de su innumerable chusma, quedando más francos para atender al objeto de nuestro viaje. Por esta razón, y por la imposibilidad de poder sacar sal, se había omitido hasta hoy, y no por el motivo que había hecho entender a los indios. Llamé a los dueños de carretas y capataces, y les prefijé el tiempo de tres días para la carga, en atención a haber mejorado el tiempo y bajado las aguas, para extraer la sal con menos trabajo que antes. Hice que las carretas no entrasen a la laguna, que quedasen siempre en línea, en precaución de algún acometimiento de los

indios que nos observaban, sin moverse de los médanos referidos.

Entonces recibió un nuevo placer el cacique Quinteleu y sus hermanos, que hasta este punto dudaban de que cargase, recelándose de consiguiente un resultado funesto si el superior gobierno ordenaba las hostilidades que yo había anunciado. Animó y ofreció sus indios, para que auxiliasen y ayudasen a cargar, como en efecto lo hicieron, recibiendo de los interesados una pequeña gratificación: entonces finalmente desplegó este cacique todos los sentimientos honrados que le caracterizan, ofreciendo hacerme una muy circunstanciada relación del estado de la indiada, sus particulares acuerdos y establecidos proyectos para invadir a los españoles, y la nota que él, sus hermanos y deudos tenían contraída por no prestarse a sus sistemas, en términos de hallarse precisados a defender la tierra, y situarse a la parte opuesta de la cordillera, para reparar las desgracias que le amagaban en terrenos de la indiada chilena. Que luego iba a caminar su hermano Victoriano con sus gentes y después él y sus deudos.

En este estado, y siendo como las 11 del día, llegó al campamento el cacique Milla-Catreu, hijo de otro de este nombre, y por medio de un indio lenguaraz, me suplicó le diese, para él y sus gentes, una vaquillona para comer, porque había tres días que no tomaban alimento alguno. Le repuse, que yo era un viajero separado de mi patria, y que era muy extraño me pidiesen en lugar de darme: que yo estaba comprando a los indios para comer, y él podía hacer lo mismo. Me contestó que él no podía comprar, que le diese para comer una ternera, porque aunque su gente era mucha, unos tomarían la sangre, otro los menudos y el resto la carne, como con su padre, cacique principal, lo habían hecho muchas veces, en el mismo lugar

otros comandantes. Como el indio lenguaraz no poseía el español para poderse explicar, dio a entender que su cacique decía que mis soldados enlazasen y sirviesen la ternera: cosa que me pareció repugnante, y mucho más por el modo con que lo dijo: por ello me levanté airado, y le repuse, que con las armas nos entenderíamos.

El indio intérprete se esforzaba por darse a entender, y se dirigió al mío, diciendo que era falsa su aserción, porque el cacique decía que con sus soldados, esto es, con sus mocetones o sus indios, y no con mis soldados. Esto guardaba más conformidad con su primera súplica, y la hospitalidad exigía de mí le atendiese, cuando en su falta robarían más de lo que pedían. Mandé se les diese unas reses, que en efecto ellos enlazaron, llevaron a su alojamiento; cortando de ese modo el disgusto que había preparado la mala interpretación: en cuya precaución es necesario vivir advertido, para no incidir involuntariamente en cosas semejantes, ya por escasez de voces en el idioma, o ya por falta de posesión de éste y del español en los intérpretes. Este suceso acaloró demasiado a algunos de mis oficiales, que sin acordarse que les tocaba sólo obedecer, y no ingerirse en los gastos económicos, mucho menos cuando no faltaban las raciones, nos expusieron a un rompimiento por la incomodidad que recibían los indios con las repulsas, hasta que quedamos todos convencidos del verdadero sentido de las palabras.

Al mismo tiempo que el cacique Milla solicitaba este auxilio, sus gentes, que habían bajado a la laguna a cargar de sal, se encontraron con algunos indios pampas que estaban en igual diligencia. Es tal la oposición que hay entre éstos y los ranqueles que, siempre que se ven, se acometen para herirse, robarse y maltratarse, como aconteció en este caso; resultando varios heridos de los pam-

pas, y entre ellos, tres de gravedad, y después robados y despojados de sus haciendas. Vinieron después a poner la queja de estos hechos: ordené que se atendiesen sus heridas, y les hice entender que yo no era juez de sus causas, y que ellos vengasen sus agravios. Sin embargo, pregunté a Milla cuál era la causa de aquellas violencias. Y me contestó que era en venganza de otras que los pampas habían cometido con sus indios: que aún no estaban bien satisfechos, y podían agradecer a los españoles, bajo cuya sombra se atrevían a cargar de sal, el que no hubiesen sido degollados, como lo tenían bien merecido.

Se despidió este cacique como los demás, que le esperaban para deliberar sus respectivas marchas, después de robar lo que pudiesen, a favor de la inmediación al campamento y de su pública despedida. En efecto hubo mucho acuerdo sobre asaltar o no la expedición: pero como los caciques amigos permanecían siempre en él, desistieron del intento, y se contentaron con robarles sus ganados, de modo que a mucho los dejaron a pie y entre ellos a Turuñan, Victoriano y Quilulef. He observado constantemente, en el discurso de esta expedición, el genio y doble trato de estos hombres: ellos mezclan siempre la súplica con la amenaza, apoyando ésta con el número de lanzas que traen y suponen tener de reserva. Pero, como hace poco por la salud quien no se contiene con los excesos, y espera a la necesidad para aplicar el remedio, así es preciso mezclar desde luego en los razonamientos, la firmeza con la afabilidad, procurando dejar el uso de las armas para las últimas razones.

El cacique Neuquén, hombre mayor de 70 años, y a quien la vejez ha quitado los ojos sin ofenderle la cabeza, dejándole sólo el nombre de haber sido el más feroz y sanguinario, y tenido por ello el concepto del más valien-

te, quiso hacer vana ostentación de su antiguo respeto, y sufrió la mayor humillación en cambio de su arrogancia. El cacique Milla-Catreu, que venía en retaguardia de Neuquén, y cuya venida anunció éste, como concertados de antemano para acabar la expedición, cuando supo el éxito de sus confederados, se vio precisado a mudar de tono para conseguir su entrada, dejando la gente armada a más de una legua de distancia. El cacique Carrupilun, hombre audaz y de la más refinada malicia, que obraba con acuerdo de aquéllos y de veinte caciques más, se vio bajamente postrado, cuando se descubrieron sus intrigas. Neuquén y Milla nunca habían conocido españoles, sino en la lid: al primero dio mucho crédito el sangriento destroz de la tropa del canónigo D. N. Canas. A estos caciques los prefirieron los demás, para que, provocando con amenazas, emprendiesen el ataque, que debían auxiliar los que estaban adentro del campamento, dirigidos por Carrupilun.

La misma detención en resolver me hizo conocer el doblez y perfidia de Carrupilun y sus aliados. En estos casos, cuando insta la resolución, suele ser engañosa virtud la prudencia, que se equivoca con el miedo. Nunca debe cerrarse la puerta, es verdad, al consejo, pero alguna vez deben cerrarse los ojos a las dificultades, porque suelen parecer mayores desde lejos; y hay veces en que la demora en discurrir impide el ejecutar, cuya lentitud prepara a los enemigos y pierde las empresas. Tal me persuadí que era mi situación, y que, aprovechando los momentos, acaso desconcertaría las medidas combinadas para destruirme. Favoreció la prudencia mis intenciones de un modo admirable, pero juzgué que siempre debieran evitarse iguales lances, aumentando la fuerza, o excusando hacer expediciones semejantes.

Aquí se me ofrece observar que no sólo los extranjeros, desafectos a nuestra nación, tratan injustamente a los indios, como incapaces de razón, para dar desestimación y desprecio a nuestras obras, sino que también en las ciudades capitales de América se encuentran hombres de casi iguales sentimientos. En aquéllos hay un crasísimo error, fomentado por innata aversión que nos profesan: en éstos es una pública ignorancia. Ellos han admirado en otro tiempo, más que ahora, nuestros procedimientos, pero esto es efecto de la novedad, que es incompatible con la potencia de discurrir: porque la admiración no siempre supone ignorancia, ni debe llamarse tal la falta de noticia. Los indios tienen sagacidad, prontitud, disposiciones y ejecuciones muy oportunas, que saben hacer con destreza en los lances más apurados.

MIÉRCOLES 21

En este día se empeñaron con todo esfuerzo a cargar de sal los dueños y capataces de tropas y dueños de carretas; y se ha logrado que la tropa descanse algún tanto. Como a las 11 de él, llegó el cacique Oaquin, cuidadoso de nuestra expedición, por haber entendido que los indios ranqueles nos incomodaban, y con el objeto de proporcionarnos auxilio de sus gentes, como parcial amigo del cacique Quinteleu y deudo suyo: y a quien le merecíamos la fineza de haber interceptado varios robos de caballos, que de la expedición llevaban otros indios; pidiendo además circunstancias de los otros robos, por si convenía perseguir a los delincuentes. Este indio, cuyo carácter es moderado, sobrio y juicioso, se halló en la capital el día del ataque del general Whitelocke, y formó por él un con-

cepto el más alto de los españoles, por su fuerza y valor. Tuvo la prolijidad de recorrer las calles y plazas donde aún existían los cadáveres ingleses, y vio luego el acopio que de ellos se hizo para su entierro en distintos puntos de la ciudad. Como los cadáveres españoles fueron recogidos inmediatamente a las iglesias y conventos, creció más su espanto, y dio mérito a que fuese exagerando a los demás caciques, el valor y fuerza de los españoles, llegando su ponderación hasta asegurar que en una sola cuadra o manzana de 150 varas había contado más de 1.000 muertos; estrechando en consecuencia de este hecho a todos los demás indios a que se apresurasen a hacer paces con los españoles, porque seguramente acabarían con toda la indiada, si en contra de ellas tomaban las armas: y fue su aserción motivo para que todos viniesen a ofrecerse al gobierno con sus gentes para atacar a los *colorados*, que es como distinguen a los ingleses.

Interesa tanto esta noticia en boca de un indio, cuanto él es respetado de valiente entre los suyos, y de gran destreza, como que posee el uso de las armas de fuego, que le he visto hacer con arma suya propia; y si, como es presumible, se propaga entre los demás indios, ya por este conducto, ya por el de los muchos desertores que se hallan entre ellos, podrán bien presto, a favor de su muchedumbre, oponernos una fuerza terrible. Su anhelo por las armas de fuego es muy vivo: poseen las blancas y de todo género por el abuso de venderlas libremente nuestros traficantes. Por una espada o sable no repara en precios el indio, y la codicia hace olvidar al mercader lo que se debe a sí mismo y a la humanidad, infringiendo las leyes sin rebozo, todas cuantas veces pueden. Llegará tiempo, si castigos escarmentadores no evitan estos tratos, en que illoremos sin remedio la ruina que nos preparan las parti-

das que entran a las guardias y a la capital, y se arman incesantemente por medio de este comercio vicioso y ratero.

Se hace, pues, muy forzoso que se cele con la mejor vigilancia el número de armas, de caballos y demás especies que introducen y extraen las partidas de indios, como se practica en el reino de Chile. De cuchillos, dagas y toda suerte de arma corta, se proveen con la misma franqueza que los españoles: además, los indios araucanos fabrican machetes y moharras de lanza con bastante perfección, cuyos nombres conservan en sus idiomas, con la distinción de haber corrompido el de machete en *machito*; y es común este nombre al sable y a la espada. Nunca lo tercian al lado izquierdo, y aunque llevan cinturones: se lo afianzan de frente o por delante atravesado. Cuando se presentan en acción de guerra, le llevan colgando a la muñeca, en la mano con que juegan la lanza, para usar de él en falta de ésta, o cuando convenga.

Al ponerse el sol, llamé a todos los capataces y dueños de tropas, para prevenirles del último término que se les concedió para acabar de cargar, en atención de haber transcurrido el primero. En efecto, teniéndolos presentes, les dije: que con demasiado dolor veía que se hallaban dentro de la laguna muchas carretas sin cargar, y no pocas sin haber entrado a ella; que tuviesen entendido, que esto no me embarazaría la marcha, porque primero las haría volver vacías, que esperar más tiempo, ni dejarlas abandonadas. Que así por la creciente de la laguna, como por la incomodidad de los indios, había disimulado el retardo; pero, que faltando estos motivos, era extraño el desperdicio del tiempo que en algunas tropas se notaba, cuando otras habían ya cargado, y estaban a punto de caminar, porque habían cargado lo ordinario y no excesi-

vamente, hasta hacerse pedazos las carretas, como ya había sucedido, con tres: pues siendo el cargamento de 16 a 18 fanegas, cuando más, había quien las pusiese a 25 y 30. Que de esto resultaba el mayor atraso; porque sin duda, o no sabían calcular la carga, o los dominaba una codicia imprudente: pues contando cada fanega de 13 arrobas de peso en sal seca, en sal mojada excedía de 250 arrobas; y echarle un tercio más, era un despropósito intolerable que yo no podía permitir.

Últimamente, les manifesté que les concedía el día de mañana, 23, para acabar de cargar, con el fin de ejecutar la salida el 24, según lo tenía expuesto al superior gobierno. Además, debía hacerles presente que los indios no se habían ausentado a sus tolderías, y los teníamos de observación a corta distancia en los inmediatos médanos, desconfiados de nuestra demora: persuadidos por ella que tratábamos de hacer población, como les había insinuado el cacique Lincon y algunos de nuestros lenguaraces ocultos; y todos eran motivos que me estrechaban a no dilatar más nuestra marcha, y a precaver de los riesgos a la expedición de mi mando, cuyos víveres se agotan, y nos exponíamos a una total escasez en un viaje penoso con carretas recargadas.

Algunos troperos de considerable número de carretas, me expusieron o representaron su imposibilidad por haberseles enfermado muchos peones, a causa del alto del agua, y fortaleza de ésta, que les había causado muchas llagas y terribles acrimonias a la vista: por lo cual les sería imposible salir cargados en el día de mañana, pero que cumplirían con la orden. En vista de esta respuesta y allanamiento, persuadido de que se esforzarían, mandé que se retiraran, con ánimo de diferir un día o dos más, si fuese necesario, y de estrechar a los indios amigos, a

que auxiliasen la carga, gratificándolos, por medio del cacique Quinteleu, como me lo ofreció.

Una de las ventajas más considerables que pueden lograr las tropas de carretas, será cargar, de un almacén que se forme, la sal que les corresponda; por el ahorro del tiempo, por la seguridad de sus carruajes, por el menos peso en la sal seca, y por el retorno pronto: sobre lo cual expondré separadamente lo que convenga, para el caso de verificarse la necesaria población en este destino.

JUEVES 22

En este día se han despedido y marchado varios caciques amigos con sus gentes, muy satisfechos de nuestra amistad, trato y buen agasajo. Comparecieron los parientes del herido, y ajustaron con los agresores la cuita de las heridas si sanaba de ellas, y si moría igualmente; concertando en ambos casos el precio que deberían satisfacer: y me pidieron pusiese en libertad a los reos, y los entregase a su disposición, como lo ejecuté. Este día fue de calor bastante con el viento suave, por el oeste-nor-oeste, y que ha permitido cargar, sin que en él haya ocurrido particular novedad. Los indios se mantienen en los médanos, y han hecho varios robos de caballos en esta noche a los chilenos, hasta en cantidad de 70 caballos: y para cerciorarse, me pidieron permitiese pasar a reconocer las haciendas de la expedición con cuatro soldados, por si existían algunos entre ellas: lo que les otorgué, y quedaron satisfechos y agradecidos, al mismo tiempo que desengañados.

VIERNES 23

En este día entraron a la laguna todas las carretas que había fuera de ella, y salieron las que ya estaban cargadas: de las cuales, al repechar la barranca, se hizo pedazos una, por la excesiva carga; y las cuarenta restantes quedaron dentro ya, en términos de cargarlas y de salir temprano el 24. En este día se dio ración a la tropa para el viaje, y se procuró gratificar al cacique Victoriano que disponía ya su marcha, y algunos de los indios y deudos de su comitiva, entre los cuales había algunos caciques.

En llegando a este punto, todo indio manifiesta su carácter: quiere que se le gratifique privadamente, ocultando de sus hermanos, padres e hijos, cualquiera cosa que se les dé, y con la misma eficacia pide para los demás, cuanto se ha dado para él, creciendo su empeño en pedir, cuanto crece el número de los dones. Yo creo que la razón de esta conducta se deriva de que su autoridad entre los suyos es en razón de su generosidad: así he notado que todos piden al cacique cuanto tiene, con mucha franqueza; pero éstos se anticipan a dar antes que les pidan, y he observado muchas veces que no habiendo más que un cigarro, va pasando de unos a otros, participando de él todos, hasta que vuelve a manos del cacique.

Como para entablar sus molestas pretensiones, lo han de hacer por medio de los intérpretes, procuran tenerlos a la mano. El que me ha servido en esta expedición, Mateo Zurita, posee, según los indios, perfectamente su dialecto. Este lenguaraz ha hecho varios viajes de Chile a Buenos Aires por esta vía, desde la Concepción, y ha vuelto con estos caciques, quienes por esta razón tienen su mayor confianza en Zurita. Más sin embargo de toda estas anti-

guas relaciones de amistad, se vio tan sofocado con las majaderías y desconfianzas de estas gentes, que suponían a Zurita como causa para que no se les diesen mayores gratificaciones, que tomando sus avíos, se marchó diciendo que no volvía más, porque estaba cansado de sufrir desaires. Efectivamente se fue a esconder al monte, y descansó allí todo el día, previniéndome antes de esta determinación. Yo tomé ocasión para demostrarme incomodado del suceso, con lo que los indios acabaron sus peticiones, y se retiraron a sus inmediatos toldos.

SÁBADO 24

En este día, como a las 8 de la mañana, puse con el cacique Quinteleu, 8 soldados y el piloto, al paraje que llaman los *Manantiales*, al oeste de la laguna; y al cuarto de legua de dejar dicha laguna por el costado del oeste, e inmediatamente que se traspone una loma, se encuentra una cañada, y en ella una laguna de agua dulce, y a 2.000 varas de distancia de ésta, al mismo rumbo, otra de mayor caudal, y otra más adelante, que por una especie de cauce o arroyo se comunica con la anterior, en la abundancia de aguas. Continuando la cañada, como a 2.000 varas de distancia, al mismo rumbo, hay otra laguna que forma barrancas de tierra firme de bastante elevación; y las más altas que miran al nor-oeste, hacen su frente a diferentes médanos altos que, por la parte opuesta de la cañada, van formando un valle, de extensión de legua y media, desde las primeras lomas hasta la última laguna.

Este terreno es abundante de hermosos pastos, y en él ha habido costumbre de poner siempre las haciendas de las expediciones a Salinas. Pero a virtud de lo que, sobre

el riesgo de ser robadas sin doble guardia, podía suceder, según Quinteleu me expuso, no permití que fuese allí. Las lagunas referidas deben sus aguas a varios manantiales que corren desde el pie de los médanos. Son de muy excelente gusto, y en los que pude reconocer, hallé la yerba del berro en abundancia: puede a poca diligencia formarse un potrero, que asegure los ganados con los Médanos, Laguna de Salinas, barrancas altas del oeste, y la parte del sur, en que empieza el monte. Sobre este costado hay una abra a que subsigue una llanura de excelente piso y feracidad, según los ensayos de un indio, que tiene allí su toltería y haciendas. Este sitio está perfectamente indicado para establecer en él la población y el cuartel general. Está circuido de monte, desde el segundo hasta tocar el cuarto cuadrante. La descripción particular de este paraje de la laguna, y lo que importa ocuparlo, lo haré separadamente. En la tarde de este día repitió su visita el cacique Oaquin, conduciendo algunos animales de venta, con los que se surtieron algunas tropas.

En esta tarde se me presentaron cuatro troperos, para ponerse en marcha hasta la Laguna de los Patos, terreno trabajoso por ser el piso de arena movediza, y en cuyo tránsito acontecen frecuentes quebraduras y retardos: y a fin de llenar su deseo y de franquear el paso a los demás, accedí a su solicitud; con la precisa condición de darme parte de cualquiera novedad, destacando además en su escolta una partida de ocho soldados y un sargento. Entretanto, los demás troperos que se hallaban atracados, cargaron todas las carretas y las sacaron, quedando solamente 17. A las 10 de la noche se me dio parte haber llegado las tropas a la Laguna de los Patos, con algunas quebraduras, que estaban refaccionando, y que el resto de la expedición se aprontaba a salir mañana después de misa.

DOMINGO 25

En este día se celebró misa, que no habíamos logrado en los anteriores días por la multitud de indios que nos cerraban. Salieron de la laguna todas las carretas, y algunas tropas se van prolongando hasta la Laguna de los Patos, punto de reunión dado a toda la expedición, y diligencia al parecer precisa, para nivelar la carga, arreglar las carretas y haciendas, refaccionar los carruajes, cosa en que debe ponerse el mayor cuidado; porque debiendo ir todas reunidas, por la rotura de una se retardaban las jornadas. En este día ha marchado el cacique Quinteleu con su gente y familia, dejando en mi compañía a un hermano y varios indios, para que en caso de algún ataque de los indios mal contentos, le avisase; pues queda pronto con su gentes a este propósito: y además me franqueó los indios peones, que necesité para tirar el tren de artillería y arrear los ganados de servicio y consumo.

En prueba de su buena fe y verdadera amistad, y con el fin de mayor seguridad del tránsito, me ofreció mandar a su hijo, y un hermano del cacique Quilulef, luego que llegase a sus toldos; cuidadosos siempre de los indios de Carrupilun y sus parciales. Se despidió muy satisfecho del buen trato y amistad, con que se les ha obsequiado, manifestando su gratitud, y descubriéndome la noche antes la conspiración y acuerdo hecho por los caciques en general, así de la parte del oeste y norte como por los del sur y sur-este; de que hablaré separadamente para la mayor inteligencia del gobierno. A las 12 se observó el sol para el arreglo de los relojes y rectificación de las anteriores observaciones, y se halló la misma latitud observada en 57° y 14, punto medio de la área de la laguna de

Salinas, y costado del norte, sitio del campamento. No ha ocurrido novedad, y todos se aprestan a marchar contentos por ello, y por verse libres de indio en el campamento.

LUNES 26

A las 8 de la mañana, despejado todo el campamento, se dio orden a marcha, tocando la generala: y lo hicieron todos los troperos, a excepción de dos que se hallaban con dos carretas quebradas al tiempo de salir de la laguna, por excesivo número de fanegas cargadas en ellas. Por esto les fue preciso demorar hasta componerlas, porque una de ellas, al tiempo de caer, rompió un brazo y tres costillas a un peón, el cual, según el cirujano, está en peligro de muerte. Mientras el facultativo curaba al enfermo y los carreteros componían sus carretas, pasé con el piloto, dos oficiales y una partida, a reconocer la laguna en su circunferencia. No es fácil penetrar los espesos bosques que la circuyen, y así llegamos al término de su longitud, por el sur, pero distantes de su orilla.

Son muchas y repetidas las lomas y colinas que en toda esta distancia ofrece el terreno; las que dominan la laguna, y dan lugar a reconocerla francamente, y a sus montes vecinos. Abundan éstos de muchos y muy gruesos algarrobos, chañares, árboles llamados *sombra de toro*, muy espesos, cuya hoja es muy semejante al acebo. Hay otros muchos arbustos con fruta silvestre, que sazónada comen los indios: todo este monte en la circunferencia de la laguna, abunda de pastos de tomillo y canchalagua muy fina, y tan buena como la que dan los Andes. Hay otras muchas yerbas aromáticas, y flores no conocidas por mí. Abunda en tigres y leones este monte, y los demás inne-

diatos. Por el extremo del sur de esta laguna se ve a corta distancia, y aparece dominado el referido sitio de los Manantiales: se descubre una abra con excelentes vistas en un campo al oeste, hasta las barrancas altas de la tercera laguna, donde se halla una tolдерía, entre otras y el monte que corre más al oeste, que según me han explicado los indios, sigue sin más interrupción que algunas selvas y abras, por tres días de camino; pero que al día y medio se halla una colina que se extiende por algunas leguas. En ella se ven muchos vestigios de ladrillos y teja, de alguna antigua población, pues toda ella está abastecida de higueras, montes muy dilatados de duraznos, nogales, manzanos y otras frutas, adonde concurren todos los indios de la comarca, y sobra para abastecer a todos. En aquellos montes también se hallan ganados alzados, que a favor de la espesura, no han podido ser exterminados por los indios, quienes sólo logran los que pueden cazar en las aguadas, asechándolos cuando bajan a ellas. No existen ni una obscura tradición entre estos indios que nos dé indicios de la población que allí hubo, y de cuándo, o por qué razón se destruyó. Al fin de esta laguna, hacia el sur, se registra desde aquellas alturas un dilatado campo muy llano, al parecer muy abundante de pastos, y apenas al oriente se percibe con el anteojo una ceja de monte, que girando al sur-este llega a tocar con los cerros de Guaminí y Sierra de la Ventana, según pude informarme.

En este estado, y habiendo descubierto toda la extensión y circunferencia de la laguna con los montes que la circuyen, desde el costado del norte, cuarto y tercer cuadrante, que es por donde está casi impenetrable por tierra, y que estando baja de agua fácilmente se reconoce por su centro, siendo las doce, y ofreciendo el camino de la orilla, fuera de los montes, más de seis leguas, me retiré al

campamento. Hallé que el enfermo estaba mejor, y las carretas alistándose para marchar al siguiente día. Dejando allí la tropa destinada a la retaguardia, marché a la Laguna de los Patos, distante dos leguas del campamento. A pesar de los trabajos del camino, por el mal piso y desnivel de la carga, se reunieron todas, a la excepción de las tres mencionadas tropas, y pasando la laguna, se situaron en buen terreno para hacer sus refacciones. Tuve parte a las 11 de la noche del estado de las tropas atrasadas, y asimismo de la partida de vanguardia; y no habiendo novedad, determiné aguardar allí la reunión total al día siguiente. Di orden que cada uno de los troperos refaccionase sus carros, mientras llegasen los atrasados, y las boyadas tomaban algún descanso.

MARTES 27

Reunidos en este día todos los carreteros, incluso los que se hallaban atrasados, procuraron refaccionar para emprender la marcha el día de mañana temprano con algún aprovechamiento. Se acercó el cacique Quiluí a ofrecer algunos ganados para el abasto, que se le tomaron por mí y por algunos dueños de tropa. Los soles son excesivamente fuertes, y los vapores forman diariamente nubes tempestuosas, a lo cual podrá contribuir, además de los salitres y minerales de que abunda este paraje, el hallarse el sol al sur, 24° , 4; sin poder saber si en las demás estaciones del año se experimentarán turbonadas. El viento hasta las 6 de la tarde se fija al nor-oeste cuarta al norte, y después varía por momentos del segundo hasta el cuarto cuadrante. Este punto se halla a tres leguas de la Laguna de Salinas, con 5.884 varas más. El enfermo da esperanzas

de vida. No hay novedad en vanguardia ni retaguardia, según los partes.

MIÉRCOLES 28

A las 5 de la mañana nos pusimos en marcha, hasta las 11½ en que paramos; y a las 3½ proseguimos nuestro viaje, hasta las 6½ que llegamos a una laguna, distante de la de los Paraguayos como tres cuartos de legua; en cuya orilla paramos a hacer noche y esperar la reunión de toda la expedición, por el retardo de algunas carretas recargadas y por la boyada nueva. Todo lo cual debe siempre evitarse, para no tener penalidades muy considerables en tan dilatado viaje. En este punto recibí chasqui del cacique amigo Quiluí, avisándome que en la Laguna de los Paraguayos, o en la del Monte estaba dispuesto a salir con grande armada el cacique Antenau, y que caminase con cuidado.

A poco llegó el cacique Oaquin con su gente, expresándome que también venían los caciques Millapue y Antupan con sus gentes a visitarme; y me aseguró que Antenau no se propasaría, ni tendría descomedimiento alguno, pero que en caso contrario sabía que debía contar con él y sus parciales que nos acompañarían. A las 10 de la mañana avistamos la Sierra de la Ventana, hallándonos en distancia de las Salinas 7½ leguas, y a poco tiempo después, del Guaminí. El viento se ha mantenido por el oeste y sud sud-oeste, y estamos distantes de las Salinas 11 leguas, sin haber ocurrido más novedad en este día.

JUEVES 29

A las 8 de la mañana nos pusimos en marcha por la laguna llamada de los Paraguayos, a donde llegamos como a las 11, y mandé parar para que ensebasen las carretas, por ser terreno firme, y hacer tiempo a que se reuniesen las tropas atrasadas, como lo ejecutaron: manifestando esta detención a los caciques Oaquin, Millapué y demás como un obsequio, y al mismo tiempo el de haber condescendido con su súplica de tirar un cañonazo, para conseguir la salud a Millapué que estaba enfermo. Estas gentes creen que vienen todas las enfermedades del diablo, y que éste se ahuyenta con los tiros. Hicieron algunas permutas y ventas de varias reses de vacuno, caballar, con algunas ovejas y corderos, manifestando su agradecimiento. Pasaron la noche sin alteración ni novedad, y Oaquin me franqueó varios indios para que me auxiliasen, y a un hermano para que me acompañase y diese parte de cualquiera novedad que ocurriese con Antenau. El día se mantuvo bueno, con viento por el sud sud-oeste.

VIERNES 30

A las 3½ de la mañana se tocó generala, y a las 4½ estábamos marchando: paramos a las 10½, y a las 3 de la tarde proseguimos la marcha hasta las 6 de la misma, en que fue preciso parar para reunir las tropas, sin poder hacer más camino que cinco leguas, a causa de ser el terreno interrumpido de lomas, y ser forzoso poner muchas cuartas para repecharlas, y fatigarse mucho en ello la boyada. En este punto recibí chasqui del cacique Ante-

nau, harto comedido, previniéndome iba a salir al encuentro, al paraje nombrado por los indios *Guapalo*, y nosotros la Cabeza de la Cañada Larga: que traía 200 mocetones con el fin de hacer algún comercio, y que le mandase algunos soldados, y entre ellos a Leiva, vecino de la Guardia de Luján, su antiguo amigo.

Este cacique, aunque al paso por aquel mismo lugar a las Salinas, me hizo igual petición, no se la otorgué, previniéndole, como ahora, que saliese al camino y le recibiría. En efecto, intentó salir, y se lo impidió un fuerte temporal que experimentamos: por lo que me hizo expreso a la Laguna, quejándose de no haberle esperado, y pidiéndome de nuevo le mandase a Leiva: lo que no le otorgué, así por la distancia, como porque podía hacerme falta, atendida la escasez de los lenguaraces, y por otras circunstancias que me retraían de ello. Aquellos motivos, y las posteriores ocurrencias de la Laguna y Lincon, le hicieron prorrumpir en amenazas, y armarse para atacarme al paso. Con estos antecedentes tuve motivo de hacer un relato muy circunstanciado al comisario, que era un indio ladino, chileno, muy sagaz, y que, según colegí, dominaba a Antenau.

Procuré en primer lugar mandarle unos chifles de vino que me mandó pedir, y algunas otras cosas de supererogación: pero me interesé más en agasajar al cristiano chileno; y entonces le reconvine, haciéndole entender que, además de mis armas, venían para observar la conducta de Antenau, aquellos indios y caciques que me acompañaban, para tomar las armas de todos sus indios, y ultimar la toltería de Antenau al primer aviso. Además tenía en las fronteras más de 2.000 españoles, esperando mi aviso para entrar degollando, y acabar con Antenau, sus parientes y parciales: pues ya había yo dado parte de

su disposición, y sabía que había reunido en su toldería la indiada del sur y la tenía armada; pero que me importaba muy poco. Que así le dijese, que viniese cuando quisiese, que lo recibiría de amistad y sin armas como a los demás caciques: pero que si venía armado, sería haciéndole fuego y tratando de arruinarlo, sin que entretanto me moviera de aquel sitio hasta dejar sus toldos destruidos y también sus haciendas.

Me aseguró que nada había, y que aun cuando Antenau quisiese hacer uso de lanzas, él se lo impediría, y estaba cierto que sin su conocimiento no había de emprender cosa alguna. Esta aserción comprueba bien el ascendiente que los apóstatas tienen entre los indios y sus caciques. Éste debía tener tanto influjo como expresaba, así por su despejo como por su conocimiento de todos los partidos de nuestra campaña, en donde ha permanecido conchabado en varias estancias, hasta que diez años ha se casó en los toldos de Antenau. Partió, ofreciendo volver al siguiente día y cuando la expedición estuviese más inmediata a su vecindad para llevarse a Leiva, que le franqueé con el fin de que reconociese las fuerzas y cotejase las aserciones del enviado con la disposición de Antenau.

Además de los caciques seguían este día la expedición más de 300 indios, a hacer las permutas y cambios de ganados, tejidos y peleterías, cuya casualidad afirmó en parte las expresiones que de su amistad dije al comisario de Antenau; que se despidió al parecer contento y empeñoso de hacer real y efectiva su oferta de tranquilidad. Se me dio parte de haberse roto dos carretas; mandé hacer alto, lo que se ejecutó después de haber repasado el paralelo de la Sierra de Guaminí. El día ha sido de mucho viento por el sud-sud-oeste fresco. Según los

partes no hay novedad de indios que presente cuidado, pero como lo ofrece el indio Antenau, mandé que ocurriesen todos los maestros carpinteros para acelerar la compostura de las carretas rotas, a fin de que se reuniesen a sus respectivas filas: y ejecutado esto, se pasó la noche en vigilancia, hasta el siguiente día.

1º DE DICIEMBRE, SÁBADO

En este día no se pudo hacer viaje, por hallarse flojas y descompuestas muchas carretas, como porque el cacique Quilapí y sus gentes, que viven en estas inmediaciones, pidieron la detención de este día para hacer sus ventas y permutas. Por un peón se cometió un robo a un indio ebrio, de varias especies, de que se me puso demanda, y averiguada la cosa se encontraron las especies robadas, menos una manta, por la que fue necesario pagar ocho pesos y contentar al indio: al peón se le dio su penitencia, y lo mismo a un soldado que desamparó la guardia, y apareció sindicado de complicidad en el robo. En el día se me ha dado parte de haber tres enfermos más, de golpes y contusiones de carretas: de modo que nos hallamos con diez en el hospital. Se observó el sol a las 12, y nos hallamos en la latitud de $36^{\circ} 51$, que es casi la mitad o punto medio de la Sierra del Guaminí, pues está situada a los $36^{\circ} 50$, formando nueve quebradas y otras tantas llanuras, e igual número de ángulos, cuyas sierras forman escarpas. Al sur de nuestra situación se halla una laguna que tiene de largo legua y media, y la otra al norte. En esta mañana se formó una tormenta que pasó al nor-oeste, y habiéndose afirmado el viento al oeste sud-oeste, quedó el tiempo bueno, sin más novedad.

DOMINGO 2

En este día no se celebró misa por la mucha indiada infiel que se halla en nuestro campamento, así de las pertenencias de los caciques, como de las tolderías que tenemos a la vista con mucha inmediación, con crecido número de haciendas, divididas de las nuestras por sólo una pequeña laguna: siendo de notar, que los indios no han retirado sus ganados, sino antes obsequiado con leche y corderos a los que permití pasar a ellos, que fueron pocos. Las majadas de ovejas eran numerosas, y no pocas las demás haciendas, que de ordinario retiran con sólo la noticia de haber españoles en la campaña, como lo experimentamos en la ida: pero ahora dieron crédito a nuestras ofertas y buena fe con que se les trataba.

A las 4 de la mañana seguimos nuestra marcha, y a las 10 paramos hacia el centro e inmediación de la Laguna del Monte. A las 4 continuamos nuestro viaje: pero siendo el camino doblado, y forzoso que las carretas se sujetasen a sus líneas, apenas avanzamos una legua, quedándonos aquella noche casi al costado de dicha laguna. A las 4 de la tarde compareció un segundo emisario de Antenau, pidiéndome le mandase a Leiva, para salir con él al paraje citado de Guapalo, que en efecto le remití bien municionado e impuesto de lo que debía observar. Con lo que terminaron las ocurrencias de este día, sin más novedad que haberse despedido los caciques que estaban en el campamento al tiempo de nuestra marcha.

LUNES 3

A las 7 de la mañana nos pusimos en marcha, caminando hasta las 10 a la orilla de una pequeña laguna y un médano, siendo preciso parar con el solo viaje de una legua, por no haber agua sino a larga distancia, según el paso de carretas, y ahora muy pesada para aflijir a la boyada. A las 3 repetimos nuestro camino, y a distancia de 1000 varas de la Pascana se rompió una carreta, que fue preciso descargar para componerla, y de consiguiente hacer noche en aquel punto. El viento estuvo por el sud, y ya tarde se llamó al nor-oeste, sin haber ocurrido más novedad.

MARTES 4

A las 2 de la tarde, después de refaccionada y cargada la carreta y compuestas otras, continuamos nuestro viaje, caminando como tres leguas, hasta las 6½ que paramos en frente de seis lagunas al costado del norte, a cuyo punto llegó el soldado Leiva con otros individuos del cacique Antenau: expresando que el día de mañana nos esperaba en el punto indicado, con sus gentes sin lanzas; y pidió se le mandasen dos chifles de vino, yerba y tabaco para pasar la noche, todo lo que se le remitió con los indios acompañados de Leiva. Éste me informó con puntualidad de las observaciones que hizo en la toltería de Antenau. Se halla situada ésta a las márgenes de una famosa laguna que recibe sus aguas de un arroyo, de los muchos que vierten de las sierras de la Ventana y Guaminí, al este-sueste de nestra posición.

Advirtió que aquella toldería, a diferencia de otras, constaba de un número considerable de toldos, de muchas y crecidas familias, todos situados a las márgenes de la laguna, que tiene muy altas barrancas. Que sus alrededores eran agradables, y defendidos por la misma laguna que circuía la toldería, dejando apenas una corta entrada fácil de guardar. Advirtió dentro y fuera de la población muchas y lucidas haciendas de todas especies de ganados. Las indias son muy aplicadas a lavar y tejer las lanas de sus esquilmos, y los indios se entretienen en domar potros y ejercitarlos en la carrera; y al amanecer se poblaban las dilatadas márgenes de la laguna, de mujeres, niños y algunos mozos que se lavaban y bañaban, entreteniéndose luego en la pesca. El pez de que generalmente abunda, tanto ésta como las demás lagunas, es el bagre de todas especies. Observó finalmente tranquilidad en toda la indiada y que la que venía acompañando al cacique manifestaba estar de paz y contenta, sin que ocurriese otra novedad.

MIÉRCOLES 5

A las 7 de la mañana marchamos, y a las 11 paramos al nor-oeste de la cañada que llaman del Infiernillo, al pie de un médano, con agua dulce. Al poco tiempo recibí recado del cacique Antenau para entrar al campamento, en el que se le recibió como a los demás de su clase. Luego que se acercó, formó su gente en batalla con bastante ejecución: mandé al lenguaraz y a un sargento con 8 hombres, incluso Leiva, para que entrase Antenau, a quien hice toda atención. Manifestó en su razonamiento hartos despejo, y más comedimiento y atención que otros in-

dios; hallándose agraviado de las desgracias, por haber perdido toda su familia, y poco antes a su padre, cacique conocido, de respeto en la tierra, cuyos consejos conservaba para vivir en paz con todos, y nunca hacer la guerra sino en defensa: porque una larga experiencia le había acreditado, que los que buscan pependencias salen al fin descalabrados; y que por esto deseaba tener, y que todos tuviesen, paz con los españoles.

Le manifesté en contestación los deseos que los españoles tenían de igual correspondencia, que por su parte, jamás le faltaría, ni sería perturbada la tranquilidad que deseaba, como los indios cumpliesen con sus deberes, que él merecería el más alto concepto del gobierno, si contribuía con sus respetos a solidar la paz entre españoles e indios, como amigos y hermanos. A todo estuvo atento, y respondió que ya nada tenía mas que hablar; que estaba complacido de haberme visto y oído; y que esperaba verme en Buenos Aires, y perfeccionar ante el gobierno sus relaciones, para evitar incomodidades, remitiendo al tiempo la prueba de su palabra.

Ni en su modo ni en su razonamiento mostró la pesadez acostumbrada, y sin ser molesto en peticiones, llamó a sus gentes, y previniéndoles de no ser gravosos se retiró a alojarse, por el resto del día y noche, a las inmediaciones del campamento, desde donde pidió lo necesario, que se le dio con franqueza. Sus gentes trataron del mismo modo, y trajeron en venta una carga de bagres. El día se ha mantenido sereno; el viento por el sur-oeste fresco, sin haber ocurrido novedad,

JUEVES 6

A las cinco y media de la mañana continuamos el viaje, después de habernos despedido del cacique Antenau, haciendo hasta las 12 del día como dos leguas de camino por las muchas lomas. A las 19 recibí un chasqui del gobierno, en contestación al aviso que le di desde Salinas; en que me indicaba mandar un socorro de gente con el comandante general. Considerando que ya no era necesario, lo despaché al momento, haciéndolo así presente a fin de evitar gastos. El día ha sido de mucho calor, el viento ha estado sur-oeste, y a la tarde se llamó al sur-este bastante fresco, sin más novedad.

VIERNES 7

En este día no se ha podido caminar hasta las 5 de la tarde, por haberse descompuesto varias carretas: y no obstante de haberse determinado caminar toda la noche, no pudo hacerse más que legua y media de camino, parando a las 9 de la mañana, por haberse atollado dos carretas. El día ha estado templado, y el viento por el norte, sin más novedad.

SÁBADO 8

A las 9 de la mañana nos pusimos en marcha, hasta las 11, en que habiéndose atollado algunas carretas, paramos hasta las 4 de la tarde en que se sacaron. Emprendimos luego el viaje hasta las siete y media, en que hicimos alto a un costado de la Cañada del Zapato que, según se ha

reconocido, está con bastante agua, y de mal paso. Se me ha dado parte de haber caído tres enfermos de cuidado, dos milicianos y un peón, y se ha dado alta a dos. En la noche precedente se desertó a los indios el lenguaraz Manuel Alániz, cuya mala conducta me ha dado mucho que sentir: incomodando así con su perversidad, tanto a los indios como a los españoles; de modo que sus delitos le han obligado a ausentarse.

DOMINGO 9

A las 8 de la mañana nos pusimos en marcha, sin haberse dicho misa ayer ni hoy, por haberlo impedido la distancia de las carretas, y atención de composturas. A las once llegó el hijo del cacique Quinteleu con varios indios, para que nos acompañasen, según ofreció hacerlo en la laguna. Me manifestó que había retardado su viaje por asistir a una junta de caciques que se celebró después de nuestra salida de la laguna; en la que se embarazó la resolución que los indios enemigos tenían de avanzar a la expedición. Que había podido contenerlos, ofreciendo juntar sus gentes en caso de persistir en ello Carrupilun y sus parciales: pues aunque su hermano Victoriano había marchado a Chile, no necesitaba de él, ni los españoles de auxilio alguno para tomar una venganza que les pesara. Que me avisaba todo esto para inteligencia, y que marchase con cuidado: pues, aunque parecía haberse aquietado, recalcaba una falta de cumplimiento. Que al mismo tiempo avisase al gobierno, porque había protestado invadir y robar las fronteras; y que acababa de saber que los indios del cacique Quilapí le traían robadas sobre 400 cabezas de ganado de todas especies.

A las 3 de la tarde continuamos hasta las 5, en que llegamos al primer costado del sur-oeste de la Cañada del Zapato, en que estuvimos hasta las 8, por haber volcado una carreta y empantanándose otra, como también por esperar las atrasadas. El día ha sido de mucho sol, se ha aturbonado el tiempo, pero el viento se afirmó por el pampero, sin más novedad.

LUNES 10

A las 6 de la tarde nos pusimos en marcha, y a las 10 llegamos a un médano que se halla al este del que llaman del Soldado, como media legua, habiendo pasado lo más fragoso de la Cañada del Zapato: a las 10 de la mañana, a cuya hora se ardió el eje de una carreta, que se reparó luego y sin avería. En la tarde de este día mandé suspender la marcha, a fin de reunir las carretas, refaccionarlas y marchar con más actividad. A las 11 llegó un indio que había remitido a la superioridad desde la Cabeza del Buey, el cual me dio cuenta que dejaba reunidas muchas tropas en la Guardia de Luján. Esta noticia se difundió luego entre los indios, que la propagaban por señales de humo y por medio de chasquis que anunciaban novedad en la frontera. Este día ha sido de un calor extraordinario: el viento varió por todo el círculo de la aguja con aparato de tormenta, inclinándose hasta el este-sur-este, sin más novedad.

MARTES 11

En este día mandé suspender la marcha para hacer se compusiesen varias carretas, que en la extensión de 4 le-

guas se hallaban deterioradas y atrasadas. Han salido con 4 enfermos, y ha entrado uno al hospital. El viento ha estado fresco por el este y este-sur-este, sin más novedad.

MIÉRCOLES 12

A las cinco y media de la mañana nos pusimos en marcha, y a las 12 y media llegamos a parar al nor-oeste de la laguna de la Cabeza del Buey, como dos mil varas, en un médano que vierte agua dulce. Esta jornada ha sido aprovechada, pero me he visto precisado a suspender la marcha hasta el día siguiente, por haberse roto algunas carretas por la exorbitancia de su carga: y como cada día se van inutilizando más, he resuelto convocar a los tropeiros, y prevenirles que, si no reducen su carga a lo regular, dejaré abandonada en el campo la carreta que se rompa por excesiva carga; pues no es justo que la codicia de 18 ó 20 perjudique a más de 200, con las tropas y demás gente de la expedición, que corremos manifiesto riesgo, así por la falta de víveres y mancaje, como por los enemigos que nos observan, y escasez de agua en las travesías que nos restan: mucho más, cuando estábamos ciertos de que de nuestra posición hasta las fronteras no había llovido; en cuya atención esperaba se conformasen si llegaba el caso. Enterados todos, dijeron que estaban prontos a ejecutar cuanto se le mandase, pues quedaban convencidos de mis razones. Por este motivo les otorgué el día de hoy para recorrer más exactamente sus carretas y marchar el día de mañana.

El cacique Epumur ha enviado un chasqui con el objeto sólo de saber cuál era el motivo de tardarse la expedición: que si era por falta de bueyes o caballos, que él tenía

prontos y bien cuidados, los que se le habían dejado en guarda, y del mismo modo remitiría cuantos tenía suyos al primer aviso, sin perjuicio de mandar cuatro de sus mocetones para que enseñasen algunas aguadas. Le di las gracias, y dije que suspendiese la remisión de ganados hasta que tuviese el gusto de verle en la inmediación de sus toldos: pero que me aprovecharía de sus mocetones para facilitar a los troperos el conocimiento de las aguadas, por haber faltado las lagunas que solían surtir de agua. Hoy han salido con alta dos enfermos. El día es de mucho calor: el viento por el este y nor-este; por la tarde turbada, aunque de poco aparato, sin que haya ocurrido más novedad.

JUEVES 13

En toda la mañana de este día y la mayor parte de la tarde estuvimos sin marchar, esperando la reunión de las carretas a un solo punto; aprovechando la aguada, para que con ella, y los buenos pastos, se repusiesen los animales, con el objeto de caminar hasta las 9 de la noche, y luego seguir la trasnochada desde la salida de la luna. A las 10 de la mañana, despaché pliego a la superioridad, avisándole del estado de mi viaje. A las 4 de la tarde, ya a punto de caminar, se volcó una carreta al tiempo de en-sebar, y cogió a tres: a uno rompió un muslo y la cabeza, a otro tres costillas y al otro un brazo. Ha sido necesario confesarlos, ocurrir inmediatamente con medicinas; lo cual se ejecutó con puntualidad, y acomodándolos del mejor modo posible, se continuó la marcha.

El cacique Epumur mandó sus mozos, y avisó que la tierra estaba alterada, y el cuidado los tenía cruzando

sus patrullas por Palantelen, temerosos de que los españoles los venían a atacar: que estuviese cuidadoso hasta que nos viésemos, que mañana mandaría a su hijo. Que él había sido convocado a un parlamento referente a esta novedad, y no había querido concurrir, persuadido de que nada había, y cierto de que cualquiera novedad de los españoles podía tener su origen de noticias equivocadas, ocasionadas del primer movimiento del cacique Lincon. Que éste en persona había venido a su toldo a interesarlo para que le perdonase aquel hecho, como que lo había cometido con embriaguez, y esperaba de mí le otorgase esta gracia, y le recibiese sus mensajes, cuando a este fin me los mandase. El día ha estado muy nublado, y por lo mismo bueno. El viento por el sur-este; y es cuanto ha ocurrido, sin novedad según los partes.

VIERNES 14

Al romper el día paramos de nuestra trasnochada, y a las 8 y media nos pusimos otra vez en marcha: paramos a las 12, y a las 3 y media de la tarde proseguimos nuestro viaje. A las 7 y media llegamos a la laguna del Junco por el nor-este, hasta las 10 de la noche en que pienso emprender de nuevo la marcha. Hoy he recibido pliegos de la superioridad, contestación a los oficios que remití desde la Cruz de Guerra. También recibí mensaje del cacique Lincon, pidiendo se le dispensase su yerro, y que se le permitiera venir a la expedición a tratar. Le otorgué uno y otro, llegando en orden y como correspondía. El día ha estado de riguroso calor: viento escaso por el sur, y siguen los enfermos con conocida mejoría, sin que haya ocurrido otra novedad según los partes.

SÁBADO 15

En la trasnochada de esta noche, y camino hecho esta mañana, llegamos a las 10 al paraje nombrado los Monigotes, donde a poco rato vino a visitarme el cacique Epumur, su hijo y toda la familia. Allí nos dio las últimas pruebas de su amistad y honradez. Entregó toda la hacienda que se le había dejado en guarda, con sólo la falta de un buey que se murió el día que se le entregaron, y conservó el cuero y osamenta, que presentó a su dueño en comprobante. Se le satisfizo su trabajo, y gratificó del modo posible, manifestando quedar contento. Me dio puntual noticia del estado de la indiada: me ratificó cuanto me había mandado decir acerca de los parlamentos tenidos entre ellos, y la necesidad de caminar con cuidado hasta Palantelen, sin embargo del mucho miedo que tenía Lincon en vista del movimiento de tropas españolas en la frontera, receloso de que se dirigían a castigarle por las anteriores ocurrencias. Me pidió de nuevo olvidase las cosas de Lincon y le ofrecí hacerlo.

En estas circunstancias llegó mensaje de éste, insistiendo en que le permitiera entrar a hablarme a la Cruz de Guerra: lo cual le concedí a vista de Epumur. A las 3 de la tarde llegó al campamento Casimiro Leiva y su padre, que despaché a la frontera después de haber recibido a Antenau, y las contestaciones del gobierno referentes a lo ocurrido en Salinas. Por él supe el estado de nuestra frontera, además lo que me expresaba el comandante general de ella, y su retirada a Palantelen, a virtud de aviso que les comuniqué por el mismo Leiva, para evitar gastos: resultando de todo doblemente oportuna esta diligencia, y mayor el motivo de agradecimiento en los in-

dios de Epumur y Quinteleu, que acompañaron a Leiva y Casimiro su hijo. A las 5 de la tarde se despidió Epumur, y nos pusimos en marcha hasta las 11 de la noche, por haberse roto el eje de una carreta.

Al este del paraje de los Monigotes, como a legua y media y a sus márgenes, hay una tolдерía, la cual nos surtió de agua para la hacienda en esta jornada; y aunque la resistían los indios, se les contentó con cuatro reales. En este día ha sido fuerte el sol: el viento por el nor-este. Se halla atrasado en su tropa el capitán Morales, y la retaguardia al cargo del capitán D. Manuel de Represa le auxilia hasta la Cruz de Guerra, en donde hará alto para el descanso de la hacienda, reparo y reunión de las carretas.

DOMINGO 16

Habiendo continuado la marcha en esta noche, llegamos a las 3 de la mañana a la laguna de la Cruz de Guerra, donde hemos parado todo el día para que se compongan las carretas, y repongan los animales con los pastos y aguas, después de una tan larga travesía. Hice reseña de las carretas, y se halló que las tropas atrasadas eran las del capitán Morales, Juan Manuel Rodríguez y D. N. Lascano: aunque estas últimas en poca distancia, y la primera en los Monigotes, donde al tiempo de la marcha se detuvo para dar algún descanso a sus animales, que encargó particularmente al cacique Epumur. El capitán de retaguardia le instó a su marcha y se resistió diciendo, no necesitaba ya de convoy. Mandé gente de refuerzo, y orden para que sin más demora, estando refaccionadas las carretas, marchasen a reunirse. En esta tarde se ha presentado con su gente el cacique Lincon, muy sumiso y atento: se le

otorgó que alojase a poca distancia esta noche, y quedamos amigos. El viento ha estado por el oeste nor-oeste, sin haber ocurrido más novedad.

LUNES 17

Reunidas todas las tropas, nos pusimos todos en marcha a las 4 de la tarde, continuando como dos leguas, en donde permanecemos hasta las 3 de la mañana en que seguimos: cuya jornada han hecho todas las tropas de carretas, menos la de Morales, a quien despaché la tarde antes tres carpinteros, y orden de avisarme si necesitaba bueyes, para remitirlos con el aviso que me diese el capitán de retaguardia; quien me dio parte quedar todo remediado. El día ha estado de mucha calor y ardiente por el oeste nor-oeste, sin haber ocurrido más novedad.

MARTES 18

A las 3 y media seguimos nuestra marcha, y a las 10 y media paramos una legua más al nor-este que las lagunas nombradas las Hermanas. A las 3 de la tarde marchamos, y a las 6 y media llegamos al nor-este de la laguna de Palantelen, como 1.500 varas. En este día tuvimos la pérdida de una carreta del tropero Nicolás Villamayor, por una fuerte quemazón del campo que nos tomó en este tránsito, y de la cual no pudo separarse esta carreta, por haberse encajado en una vizcachera, huyendo del fuego que la alcanzó y redujo a cenizas: habiendo librado con la mayor felicidad las demás tropas de carretas, en fuerza de las más activas diligencias.

Este punto es el de reunión, y también del que se dividen los caminos para distintos partidos de esta campaña. Luego que llegaron las tropas, di orden para que cada uno pudiese marchar libremente a su destino, como algunos lo ejecutaron en aquella misma tarde. El camino desde la Cruz de Guerra hasta aquí es de rigurosa travesía; y habiéndose hallado aquella laguna seca, fue necesario pasasen las primeras a los Manantiales de Casco: pero luego se halló una laguna con agua abundante, como a legua y media al nor-este, del lado de Palantelen, en el camino del Fortín de Areco, de lo cual pasé aviso al resto de la expedición. El viento fuerte por el norte nor-oeste, sin más novedad que hallarse cerca la tropa de Morales, que mañana puede llegar a Palantelen.

Habiendo llegado a este sitio un religioso mercedario a pedir limosna de sal, se le dijo que aprovechase la de la carreta quebrada en las Dos Hermanas, lo que verificó.

MIÉRCOLES 19

Todo este día me mantuve parado en este punto de Palantelen, esperando la reunión de tropas atrasadas, a quienes, luego que iban llegando, se les comunicaba la orden de marchar libremente a los lugares de su procedencia. Asimismo despaché a los milicianos que de diferentes guardias habían seguido la expedición, según es costumbre, dejando las carretas armadas de lanzas: siendo del cargo de los mismos troperos entregarlas en la capital al tiempo de conducir la sal al Excmo. Cabildo.

En este día pasé oficio a la superioridad por medio del ayudante mayor de la expedición, de haberla disuelto en el punto dado por S. E., y que marchaba al siguiente día.

a la frontera, desde donde daría igualmente parte. Asimismo di permiso al cirujano y padre capellán para pasar a la guardia, y de allí a la capital. En este día recogimos una india, mayor de 30 años, que en la Cabeza del Buey se me presentó de noche, conducida por los indios amigos, a quienes rogó que la protegiesen contra los suyos que querían matarla, creyéndola hechicera y causa de las muertes y desgracias ocurridas últimamente en sus toldos por cuya razón la habían arrastrado, y dejándola en el campo, (trayendo aún en el pescuezo las señales del dogal): que había seguido la expedición por más de 15 días, manteniéndose con huevos de avestruz y yerba. Oída esta relación, la admití, e hice ocultar en una carreta, sin ser vista más que del peón, a fin de que no lo trasluciesen los indios y causase alboroto. En este punto son todos los indios muy celosos; bien que ella pidió ser cristiana y para poderla manifestar se le vistió del mejor modo posible: lo que causó mucha novedad a toda la expedición que ignoraba el caso.

A las 12 del día se formó una terrible tormenta por el oeste, y fijándose luego por el sur-sur-oeste, descargó en un fuerte aguacero, que duró hasta las 4 de la tarde; y a la oración quedó completamente despejado el horizonte. Por esta razón no pudieron reunirse las tropas atrasadas, hasta las 10 de la noche, en que recibí parte del capitán de retaguardia, de venir caminando sin novedad y de estar a tres leguas, refaccionadas enteramente las carretas.

JUEVES 20

A las 4 de la mañana pasé orden, y algunos auxilios al capitán de retaguardia con el sargento de infantería Pe-

ralta para que, luego que llegue a aquel destino, se retirase a su guardia del Salto, y me avisase de cualquiera ocurrencia que en el corto espacio que nos separaba pudiera haber. Me contestó el recibo de los auxilios de boca, y que estando a la distancia de una legua de mi campamento no me detuviese en marchar, que el lo haría en el mismo día, después que despachase a Morales, de que me daría prte. En efecto seguí mi viaje hasta las 8, que paré al nor-este de las lagunas de Calelian, por aprovechar de sus aguas para las haciendas. A las 2 de la tarde proseguimos nuestro viaje, hasta las 7, que hicimos alto al nor-oeste de la Cañada de Chivilcoy. El tiempo sereno, pero de excesiva calor. El viento por el norte hasta las 4 de la tarde, en que quedó calma, sin más novedad.

VIERNES 21

A las 10 de la noche anterior nos pusimos en marcha, y caminamos en toda ella, hasta las 10 del día siguiente, que paramos distante dos leguas de la Cañada de las Saladas, hacia el nor-este, donde estuvimos hasta las 2 y media de la tarde. Las carretas fueron a hacer alto en la Cañada del Durazno, y yo llegué a la Guardia de Luján, punto de mi salida, y principio de este viaje, como a las 9 de la noche, sin novedad, a los dos meses de mi partida.

SÁBADO 22

A las 10 del día llegaron las carretas y tren de artillería, con el resto de la tropa, y se entregaron en el almacén de ella los esmeriles y las municiones restantes, con la razón

de los deterioros y consumos. En el mismo día recibí del capitán D. Manuel de Represa, de haber llegado la retaguardia al punto de reunión, y marchado sin novedad todos a sus destinos. Con esto ha quedado concluida de todo punto la expedición sin desgracia; habiendo librado la vida los 48 enfermos de gravedad que hubo en el hospital. Siendo de notar que fue tan sumisa y obediente la gente de ella, que no hubo herida ni golpe que curar, por pendencia ni descomedimiento en todo el viaje. Tampoco hubo motivo particular de corregir ni compeler por la fuerza a entrar en sus deberes a ningún individuo, pues siempre fue suficiente, una ligera reconvención. Lo mismo sucedió con respecto a la tropa, cuyos oficiales se esmeraron más particularmente en conservar la disciplina: cuidando yo especialmente de que no les faltase bastimento fresco para hacer más tolerables sus fatigas, aún a costa de mi dinero, proporcionándoles cuantos auxilios me fueron dables en aquellos destinos. Entiendo, apoyado en la experiencia, que ningún jefe saldría desairado, manifestándose con entereza, modo y franqueza, aunque se encuentre en los lances más arriesgados.

Guardia de Luján, diciembre 22 de 1810

PEDRO ANDRÉS GARCÍA

Tabla de las latitudes, longitudes y distancias de los lugares de más consideración, en el camino hecho desde la Guardia de Luján hasta la Laguna de Salinas.

	<i>Latitud</i>	<i>Longitud</i>	<i>Leguas</i>	<i>Varas</i>
Guardia de Luján	34° 39'	1° 2'		
Distancia de dicha a la capital .			24	3,500
Cañada del Durazno	34° 47'	1° 33'		
Distancia de la Guardia a dicha cañada			3	285
Cañada de las Saladas	34° 52'	1° 43'		
Distancia a la anterior			3	100
Cañada de Chivilcoy	34° 58'	1° 51'		
Distancia de la anterior			3	620
Río Salado	35° 2'	1° 56'		
Distancia de Chivilcoy			4	334
Calilean	35° 6'	1° 58'		
Distancia al río Salado			2	114
Palantelen	35° 12'	2° 7'		
Distancia de Calilean			2	114
Médanos o Cerritos	35° 17'	2° 13'		
Distancia de Palantelen			2	87
Lagunas de Galván, o Tres Hermanas	35° 23'	2° 16'		
Distancia de los Médanos o Cerritos			1	5,320
Médano Partido	35° 31'	2° 23'		
Distancia de las Hermanas			3	4,000
Cruz de Guerra	35° 41'	2° 24'		
Distancia del Médano Partido ..			2	4,300
Los Monigotes	35° 45'	2° 29'		
Distancia de la Cruz de Guerra			2	5,123
Cabeza del Buey	36° 10'	2° 52'		
Distancia de los Monigotes			13	5,425
Cañada del Zapato	36° 26'	2° 52'		
Distancia de la Cabeza del Buey			7	5,425
Cañada Larga, primeras lagunas	36° 38'	3° 24'		
Distancia de la del Zapato			10	340
Laguna del Monte	36° 53'	3° 57'		
Distancia de la Cañada Larga ..			12	234
Laguna de los Paraguayos	36° 58'	4° 12'		
Distancia de la del Monte			9	238
Laguna de Salinas, su medio ...	37° 13'	4° 51'		
Distancia de los Paraguayos ...			13	5,428

DIARIO
DE LA
EXPEDICION DE 1822 A LOS CAMPOS DEL SUR

DE
BUENOS AIRES

DESDE
MORON HASTA LA SIERRA DE LA VENTANA

Al Mando del Coronel

D. PEDRO ANDRÉS GARCÍA

CON

*Las observaciones, descripciones y demás trabajos
científicos, ejecutados por el oficial de ingenieros*

D. JOSÉ MARÍA DE LOS REYES

BUENOS AIRES

IMPRENTA DEL ESTADO

1836

DIARIO
DE LA
EXPEDICION DE 1822 A LOS CAMPOS DEL SUR
DE
BUENOS AIRES

DE
MORON HASTA LA SIERRA DE LA VENTANA

Al mando del General

D. PEDRO ANDRÉS GARCÍA

CON

Las observaciones, descripciones y demás trabajos
científicos efectuados por el oficial de ingeniería

D. JOSÉ MARIA DE LOS REYES

BUENOS AIRES
IMPRESA DEL ESTADO

1830

EL MOMENTO EN QUE SE REALIZÓ LA EXPEDICIÓN

Los últimos días del triste año XX, mal llamado de la anarquía, trajeron a los pobladores de la ciudad y campaña de Buenos Aires el sosiego que hacía meses habían perdido.

La elección de Martín Rodríguez, la revolución que se hizo en su contra, las tratativas de paz con López y la casi total desaparición de las bandas armadas compuestas por blancos renegados e indios, habían quedado atrás. La provincia iniciaba una nueva etapa, que necesitaba fuera de progreso.

Las cifras de nuestro comercio exterior reflejan mejor que nada la profunda crisis que se vivió en aquellos días, pues el total de lo comerciado con el exterior —única fuente de ingresos importante— era la mitad de lo registrado en 1818 ó 1819. De esta manera se puede comprender que los deseos más importantes de las nuevas autoridades fuera establecer una paz que levantara las actividades comerciales en todos sus aspectos. Para ello necesitaban coordinar las acciones en todas las esferas, ya que la administración había quedado desquiciada por la sucesión de gobernantes, de la misma manera que las actividades del agro habían quedado reducidas por las guerras. Por ello Martín Rodríguez decidió cumplir un plan de

gobierno que llevara a todas las clases sociales la tranquilidad deseada. Como primera medida llamó a su ministerio a un hombre de reconocidos valores en el manejo de las cosas del gobierno y que era de la misma tendencia política del gobernador, don Manuel José García, para el ministerio de Hacienda. El ministerio de gobierno y Relaciones Exteriores fue ocupado interinamente por de Luca, que renunció al poco tiempo, siendo nombrado entonces Bernardino Rivadavia. Por eso es que en el oficio del gobierno al coronel don Pedro Andrés García no figure el nombre del ministro firmante, pues en el momento de darse a publicidad la obra, Rivadavia era un enemigo de Rosas, no así García, que le había servido incondicionalmente en los gobiernos inestables que se sucedieron entre 1829 a 1835.

La acción de estos dos ministros ha perdurado en el tiempo como un modelo de buenas intenciones, coincidiendo así con las del gobernador. Estas buenas intenciones de todas las personas establecidas en el mando superior de las cosas políticas no tuvieron mucha coincidencia con los hechos que se fueron desarrollando paulatinamente, pues de la misma manera en que Martín Rodríguez mandó acuchillar a los indios en su expedición al sur, Rivadavia dispuso el fracaso del Congreso reunido en Córdoba para intentar la unión nacional o decretó la inmovilidad de la tierra pública con miras a un empréstito internacional.

De todas maneras, en lo atingente a la labor del coronel García, es necesario destacar que el plan de aquietar a los indios estaba en las miras del gobierno, como una manera más de facilitar la expansión de los ganaderos, para de esta manera acrecentar el comercio exterior, basado --en

lo tocante a las ventas de nuestro país— en los productos derivados del vacuno.

Esta intención está clara en las mismas reflexiones del narrador, tanto en el Diario de marchas como en el Informe que le precede.

Por su parte, el resto de las provincias argentinas, fracasado el intento del Congreso en Córdoba, se habían retrotraído a sus respectivas esferas, como una manera de salvar el respiro y la vida de cada parcialidad. No había en esos momentos amenazas exteriores de invasiones y las luchas intestinas parecían haber terminado para siempre.

La misión del coronel García era la de estudiar la expansión de la frontera interior y lograr tratados de paz con los indios.

Ambos objetivos eran parte del plan del gobierno de acrecentar los ingresos fiscales emergentes del comercio exterior y para ello se dispuso el viaje.

Es de hacer notar, y en esto de Angelis ha sido muy certero al decirlo, que la escasez de medios materiales entregados fueron, más que escasez, pobreza.

En los momentos en que García se internó a los campos, Martín Rodríguez había perdido el apoyo político de Rosas, al no coincidir ambos en la metodología con los indios. El primero estaba convencido que la mano dura era la única política posible, mientras el segundo estaba convencido que los tratos amistosos habrían de dar más frutos. Además de esto, las miras políticas de ambos personajes estaban distantes de coincidir, pues Rodríguez, si bien ganadero y poseedor de muchas vacas, era partidario de una política económica de libre concurrencia, mientras que Rosas lo era del monopolio del mercado exportador. Ya en años anteriores —1816— había impuesto sus miras en

materia de abasto a la ciudad, pero es en esos momentos que entre Rosas y Rodríguez se marca una diferencia fundamental en la concepción política y económica.

Ambos coincidieron en que era un gobierno fuerte, en el sentido que impidiera y terminara con las manifestaciones reiterativas de asonadas políticas que perturbaban las actividades económicas, pero se separaron por la razón de que Rosas en esos momentos es partidario de la actividad ganadera tendiente a la industrialización. El saladero y por su intermedio el comercio exterior eran las miras de Rosas ganadero-industrial. Mientras tanto Rodríguez era la representación de la otra tendencia, que no aceptaba de buen grado la intervención directa del ganadero en las actividades del comercio exterior. Era M. Rodríguez ganadero. El resto de las actividades escapaba a sus miras como miembro de una clase social, en ese momento era la más importante del país, ya que estaba en condiciones de establecer las condiciones del trabajo interno para la producción de los productos derivados de la materia prima que eran los ganados.

Este sector de la clase ganadera estaba interesado en producir vacas, en expandir las cantidades de estancias dedicadas a la producción de vacas, pero se negaba a transformarse en industrializador de la misma materia prima que producía. Por ello es que Martín Rodríguez y la mayoría de los estancieros que luego fueron unitarios, no tuvieron nunca saladeros.

En contraposición a esta situación Rosas y el grupo que le seguía y sustentaba en las miras al comercio exterior, sostenía la necesidad de mantener la paz con los indios, no distraer fondos del erario en expediciones militares de resultado nunca cierto, y estimaba que los regalos que se podían hacer a las tribus eran más baratos que las guerras

de castigo. Además sostenía que los hombres utilizados en los ejércitos eran brazos que no se aplicaban a la producción industrial de los saladeros, por lo que la producción interna no podía aumentar en la medida que las necesidades y posibilidades económicas requerían.

Por otra parte Rosas y los Anchorena, que son sólo nombres para detectar una mentalidad, estaban convencidos de la necesidad de intervenir en el comercio exterior con la mayor cantidad posible de elementos, para que las exportaciones no fueran simples operaciones de compra-venta, sino prolongarlas hasta los confines que las vías comerciales tenían, activando sus intervenciones en las distintas etapas que comprendían.

La compra de barcos para el comercio exterior con América y Europa, la adquisición de la sal en las propias fuentes de producción como eran las Salinas grandes, la producción de forrajes en los campos para asegurar el alimento a los rodeos en las épocas de escasez o la permanente búsqueda de aguas, eran etapas obligadas en su concepción económica total.

Así, lentamente, estas dos mentalidades políticas y económicas se han de separar con el tiempo y han de dar lugar a las largas y crueles luchas entre unitarios y federales, sin beneficio para la Nación.

Dentro de ese marco general es que el coronel García cumplió la misión que se le encomendó y que habría de ser la última penetración que hizo a los campos del sur, pero no el último servicio a la tierra que amaba como de su nacimiento.

de cambio. Además, se debe tener en cuenta que los precios de los productos en los mercados no se ajustan a la producción industrial de los países, por lo que la producción interna no puede competir en igualdad de condiciones y posibilidades económicas con los extranjeros.

Por otra parte, los países de América Latina, que son los que más países de América Latina necesitan, están contrariados de la necesidad de intervenir en el comercio exterior con la mayor cantidad posible de elementos, para que las exportaciones no fueran siempre operaciones de compra y venta, sino que las exportaciones fueran también operaciones de venta.

Las etapas de la transformación de la compra de los países de América Latina y Europa, la adquisición de la sal en las propias fuentes de producción como en el caso de las salinas, la producción de los países de América Latina para exportar el alimento a los países en los que se consume a la vez que la producción de los países de América Latina en los que se consume en su propia producción económica total.

Así, finalmente, los países de América Latina y Europa, se han de separar con el tiempo y han de dar lugar a las salinas y a las salinas de los países de América Latina, sin haber sido países de América Latina.

Dentro de ese mismo grupo es el caso de Chile, que ha cumplido la misión que se le encomendó y que ha sido la de ser la última península que hizo a los países del sur, pero no el último país que se ha separado y se ha separado de su territorio.

En consecuencia, los países de América Latina y Europa, se han de separar con el tiempo y han de dar lugar a las salinas y a las salinas de los países de América Latina, sin haber sido países de América Latina.

DISCURSO PRELIMINAR

AL DIARIO DE LA EXPEDICIÓN A LA SIERRA DE LA VENTANA

Hemos sido generosos en franquear nuestras páginas a los trabajos inéditos del finado coronel D. Pedro Andrés García, porque en todos ellos resalta un talento de observación, fortificado por la experiencia, y una perseverancia, sostenida por el deseo de ser útil al país que había adoptado. Cuanto más se agolpaban las dificultades, tanto mayor era su ahinco, y más acerado el temple de su patriotismo. Penetrado de la necesidad de ensanchar los límites de esta provincia, se ofreció a entrar en relaciones amistosas con los indios, para estudiar su índole, ponderar sus recursos y adquirir un conocimiento práctico de los parajes que ocupaban.

Buenos Aires, cabeza entonces del vasto virreinato de este nombre, yacía en un rincón de las *pampas*, rodeada de unos pocos fuertes, que formaban como una línea de circunvalación a menos de treinta leguas de sus arrabales; y Chascomús, Luján y Salto marcaban los límites territoriales de una ciudad, cuya jurisdicción se extendía hasta el Desaguadero.

Tal era el estado de nuestra frontera en 1768, cuando

dejó el mando Bucareli, hombre activo, pero ocupado exclusivamente en dar cumplimiento a la cédula de expulsión de los jesuitas. En los últimos días de su administración, D. Manuel Pinazo, jefe del cuerpo de blandengues, notó la inseguridad de la campaña, y aconsejó que se ocupase Camarones, los manantiales de Casco y la laguna del Carpincho: pero los pilotos Pavón, Eguía y Ruiz, contestando al virrey Ceballos que les había encargado de elegir puntos a propósito para fuertes y poblaciones, opinaron que debía avanzarse hasta las lagunas de los Huesos, del Trigo y del Bragado Grande.

Estos proyectos que tendían a alejar los salvajes de las inmediaciones del Salado, fueron desechados por Vértiz, que se contentó con añadir a los fuertes existentes los de la guardia del Monte y de Rojas, interpolando entre ellos los fortines de Ranchos, Lobos, Navarro y Areco. La ineficacia de estos arbitrios se manifestó en la invasión de 1780, en que los indios penetraron por Luján, sin hacer caso de los elementos de defensa tan penosamente amontonados alrededor de nuestros establecimientos.

Entretanto se celebraban parlamentos con los caciques, para inducirlos a que dejaran pasar las expediciones que costeaba el Cabildo para cargar sal en la *laguna de Salinas*. El maestro de campo Pinazo,¹ el mismo de quien acabamos de hacer mención, dirigió tres de estas expediciones en el espacio de pocos años²; la última de ellas muy remarcable por haber proporcionado a D. Pablo Zizur la oportunidad de determinar astronómicamente varios puntos ignorados. Al mismo tiempo otros facultativos re-

¹ Este valiente oficial fue el alma de todas las empresas de esta clase que se proyectaron en su tiempo.

² En 1770, 1778 y 1786.

corrían la costa patagónica para reconocer sus puertos, y el gobierno tomaba medidas eficaces para establecer un camino militar entre Buenos Aires y el fuerte del Carmen en el río Negro.

Estos trabajos, que anunciaban el deseo de ensanchar el ámbito de la provincia, no alteraron el estado de sus fronteras, que en 1796 halló Azara reducidas a los estrechos límites que les fueron trazados por sus fundadores. Ni se hubiera ganado mucho con llevar a efecto el plan de este oficial, cuya línea de fuertes y poblaciones costeara tímidamente el Salado, desplegándose por ambos lados del desagüe del arroyo de las Flores; al norte, por las lagunas del Espejo, Palantelen, Tigre Tuerto y Carpincho, y al sur, por los manantiales de López, de Porongos y los altos de Troncoso, acabando en la isla Postrera³ por el paso de los Camarones. Pinazo, que en su edad avanzada tomó parte en la expedición, hizo notar la poca amplitud de esta línea: pero se desatendieron sus consejos, y las cosas quedaron en los términos indicados.

Entretanto eran perentorias las órdenes que se recibían de la metrópoli para abrir comunicaciones interiores con el reino de Chile. La guerra marítima, en que se hallaba empeñada España por efecto de su alianza con la Francia, le hacía recelar una interrupción con las colonias establecidas del otro lado del Cabo de Hornos; y hombres celosos e intrépidos se ofrecieron a explorar los puntos más retirados de la gran cordillera, que abrió sus flancos

³ Le hemos conservado el nombre que le da el Departamento Topográfico en sus mapas, a pesar de que se lea *Potrera* en el borrador original del de Azara, que forma parte de nuestra colección.

a Molina, a Cruz, y al más diligente de todos, Sourryère de Souillac.

Estas tentativas, que pertenecen a la última época del gobierno colonial, multiplicaron los puntos de contacto con los indígenas, cuya amistad se solicitaba con una templanza que rayaba en humillación. Los jefes de estas expediciones científicas, con un corto séquito y un copioso surtido de chucherías, entraban en conferencias con los caciques para atraerlos con los presentes, y captarlos con sus palabras. Esta actitud pacífica, si producía momentáneamente el efecto de amansarlos, los hacía también más exigentes e intratables, porque estos agasajos les parecían una prueba de debilidad del poder que los amagaba.

Los acontecimientos del año 10 cambiaron el aspecto de los negocios, y uno de los primeros cuidados de la Junta que se organizó entonces fue poner la campaña al abrigo de las incursiones de los bárbaros: con cuyo objeto hizo salir una expedición para Salinas, al mando del coronel García, con el encargo de proyectar un plan de defensa, fundado en los datos que le ministraría la inspección ocular del terreno, y la actitud de las tribus que lo ocupaban.

En una memoria, con que este oficial acompañó al gobierno el diario de su viaje⁴, insistió en la necesidad de ocupar las líneas del Colorado y del Negro, y de establecer un cuartel general en Salinas, para poblar sucesivamente las sierras de Guaminí, de la Ventana y del Volcán; y de trasladar más al sur las fronteras de Córdoba y Cuyo para ampliar la jurisdicción de estas provincias.

Este modo de resolver el problema era el más lato, y los sucesos posteriores han probado que era también el más prudente: pero las circunstancias del momento no se

⁴ Forma parte del capítulo titulado "Nuevo plan de fronteras" del presente volumen.

prestaban a la realización de este plan. Su autor, que abrigaba el convencimiento de ser el único que podía librarnos de la rapacidad de los bárbaros, volvió a proponerlo en 1814; y había logrado que se le autorizase para llevarlo a efecto, cuando la caída del gobierno lo envolvió en sus ruinas, y de la residencia de Morón fue arrastrado a los calabozos de la capital.

Restablecido poco después en su rango y prerrogativa, olvida el agravio recibido, los perjuicios que se le habían irrogado, y se ofrece a acometer la empresa, que formaba el objeto de sus anhelos, y que, según se expresa, le costaba cuarenta años de meditación.

Pero estos deseos fracasaban siempre en la inestabilidad de los gobiernos, y la escasez de recursos que se empezaba ya a sentir en el erario. Tal vez se hubieran olvidado en los trastornos del año 20, sin la grande invasión de los indios que se verificó poco después. La mala dirección que se dio a la campaña que se abrió bajo el mando del gobernador de la provincia, armó a los pampas, que el señor Rosas había logrado separar de la alianza de los ranqueles, y que no hubieran engrosado las filas de nuestros enemigos si, contra el consejo de este jefe, no hubiesen sido sorprendidos y acuchillados, en Chapaleufú. Este error del general Rodríguez costó a la provincia pérdidas considerables, y trajo los indios hasta 15 leguas de la capital.

El año siguiente se ordenó al coronel García que emprendiese el viaje, cuyo diario publicamos por primera vez. Su objeto debía ser, no sólo el ajustar paces con los indios, sino predisponerlos a favor de las nuevas poblaciones que se pensaba fomentar en el sur.

La exigüidad de los recursos que franqueó el gobierno para una empresa tan ardua, comprometió su buen éxito,

y puso en peligro la vida misma de los comisionados. El coronel García salió con una escolta de *catorce hombres y sesenta caballos*, para ir a tratar con los caciques de tres naciones belicosas,⁵ de las cuales, las dos primeras, en el parlamento celebrado el día 28 de abril, le presentaron una fuerza de 2.520 hombres de pelea, subdivididos en nueve divisiones; bien armados, bien montados, y formando *una hermosa y regular línea de parada*.⁶

La opinión del coronel García varió notablemente en este viaje. Su primer plan había sido reforzar el punto de Kakel, construir un fortín en Nahuel-Rucá, y avanzar las demás guardias en el orden siguiente: 1 La de Chascomús a la laguna del Sermón. 2 La de Ranchos a la de los Huesos. 3º La de San Miguel del Monte a la del Toro. 4º La de Lobos a la laguna Blanca, o a las Polvaderas.* 5º El Fortín de Navarro a la laguna del Trigo, o a la de Gómez. 6º La Guardia de Luján a la cañada de las Saladas; desde donde se inclinaría la línea hacia la laguna de los Leones, para juntarse al Fortín de Areco, Salto, Rojas y Mercedes, que quedaban inmóviles, por no tener poblaciones que cubrir en su frente.

Pero no tardó en conocer que la oblicuidad y las inflexiones de esta traza, tan prominente por un lado, y tan retirada por otro, hacían tanto más difícil su custodia, cuanto que el Salado, que la cortaba en el medio, en vez de ser una defensa presentaba un estorbo.

Redujo pues el problema a un postulado: a saber, que "la mejor línea de defensa es la que, siendo más corta, abraza y guarde la mayor extensión de terreno posible",

⁵ Los pampas, huilliches y ranqueles.

⁶ Son palabras del *Diario*.

* Barbarismo de polvareda.

y se decidió por la ocupación de las Sierras, aguardando una época más favorable para avanzar hasta el Colorado y el Negro.

Al resumir sus ideas, se preguntaba a sí mismo el coronel García *¿cuáles no serán los resultados de una combinación tan acertada, y cuál la gloria del que la lleve a efecto?* sin prever que esta gloria estaba reservada al genio emprendedor y perseverante del señor general Rosas. ¡Cuál no hubiera sido el júbilo de este respetable anciano al ver coronado tantos esfuerzos, y realizadas tantas esperanzas! . . . Pero la parca inexorable truncó el hilo de su existencia, cuando se preparaba a celebrar los triunfos del que desplegó primero el estandarte de la Patria en los desiertos del sur, y que en una sola campaña anonadó para siempre el poder salvaje de los bárbaros.

El coronel D. Pedro Andrés García falleció en Buenos Aires el día 21 de abril de 1833, en su avanzada edad de 75 años. Nació en Santillana, cerca de Santander, donde se educó en un colegio de esculapios, y pasó a América en la edad de las ilusiones y esperanzas. Adquirió gran renombre en las invasiones de los ingleses, en que con valor heroico peleó al frente de los *Montañeses*, y cuando el curso de los acontecimientos lo colocó en una situación más azarosa, teniendo que pronunciarse entre una patria que idolatraba, y los nuevos destinos que se preparaban en las colonias, se identificó con los de sus hijos, y obró, no con la hesitación de un tráfuga, sino con la firmeza que inspira el recuerdo de un acto magnánimo. Desde entonces fueron muy pocos los momentos que pasó en el descanso, acreditando sumo celo e inteligencia en todos los trabajos que le fueron encomendados.

A los que hemos mencionado, deben agregarse: 1) Un plan de contribuciones, que elevó al gobierno en 1811,

para la manutención de un ejército de 6000 hombres. 2) Una razón estadística de los partidos de campaña, con sus respectivos planos, indicando los terrenos baldíos y los poblados. 3) Un reconocimiento científico del caudal de aguas del río de las Conchas, de la fuerza de su corriente, de la elevación de sus barrancas, y de todo cuanto era necesario para establecer una fábrica de armas en sus inmediaciones. 4) Un padrón general de los habitantes de los partidos de campaña. 5) Un mapa topográfico, desde la provincia de Tucumán hasta el Desaguadero. 6) Otro de todas las provincias del antiguo virreinato de Buenos Aires, hasta el puente de *Apurimac*, en que se comprendía el reino de Chile, señalando los ríos navegables, etcétera.

Estos apuntes los hemos sacado de un cuaderno autógrafa, que nos ha sido franqueado por el señor doctor D. Tomás Manuel de Anchorena, a quien los que se interesan en el buen nombre del coronel García deben agradecer la conservación de estos títulos con que lo presentamos a la estimación pública.

Buenos Aires, marzo de 1837

PEDRO DE ANGELIS

EXPEDICIÓN
A LA
SIERRA DE LA VENTANA
OFICIO DEL GOBIERNO

Siendo uno de los objetos más interesantes de este gobierno, la seguridad y adelanto de las poblaciones y fronteras de la provincia, teniendo presente la dedicación de V. S. a este importante ramo, tiene por conveniente comisionarle al efecto, y espera que a la mayor brevedad se le presentará un plan correspondiente en que a su juicio crea el más oportuno por ahora a precaver las incursiones del enemigo infiel; sin perjuicio de ulteriores medidas, y pacificación y advenimientos, que sucesivamente prevendrá a V. S. el gobierno para su cumplimiento.

Buenos Aires, noviembre 15 de 1821.

(Firma del Ministro)

Al coronel D. Pedro Andrés García.

INFORME

Exmo. señor:

La comisión, después de haber reconocido varias piezas que en diversas épocas se tiraron, con objeto al adelanto de nuestras fronteras y seguridad de las campañas de la provincia contra las frecuentes invasiones con que la han mortificado y afligido los indios pampas; después también de haber dedicado la más diligente y madura meditación al desempeño de esta honrosa confianza, tiene el honor de presentar sus tareas a la atención de la superioridad de V. E.

Convertida a tan difícil examen, ella hubo de proceder en él con gran circunspección, para no aventurar el descubrimiento de la verdad en una materia en que los errores son de tan general y perniciosa influencia. Su exposición aparecerá con el carácter de sencillez y unidad que distingue la verdad de las opiniones, apoyada en el principio que presentan las leyes primitivas de la naturaleza y de la sociedad, tan general y fecundo, que envuelve en sí todas las consecuencias aplicables a su grande objeto.

Los extravíos de la razón y el celo, admitidos o tolerados sobre este particular, acaso han deslumbrado a los gobiernos precedentes, principalmente desde el año de

1740. Ellos no han podido provenir sino de supuestos falsos que hicieron lugar a falsas inducciones, o de hechos ciertos y constantes a la verdad, pero juzgados siniestra y equivocadamente. De unos y otros pudieran citarse muchos ejemplos, si la comisión no estuviese tan distante de censurarlos, como de seguirlos, y si dejase de creer que no son desconocidos a la penetración de V. E.

La comisión, señor Exmo., más convencida que nadie de lo mucho que falta a nuestra población, agricultura y ganadería, para llegar al grado de prosperidad a que puede ser elevada, que es el distinguido anhelo de V. E., lo está también de la decantada decadencia que, a ser cierta, supondría la caída de nuestro cultivo, desde un estado próspero y floreciente a otro de atraso y de desaliento. Pero, después de haber hecho muchas observaciones sobre la historia de la provincia, desde su origen de civilidad, y buscado en ella el estado progresivo de nuestra población y agricultura en sus diferentes épocas, puede asegurarse que en ninguna se ha encontrado tan extendida ni tan animada como en la presente.

La política errada de los españoles en querer sujetar los indios a la bayoneta, mantuvo al país en guerra abierta más de doscientos años: los males que con este motivo sobrevinieron a la provincia, haciéndola teatro de continuas y sangrientas batallas, bastan para probar que hasta la paz del año de 1790 ella no pudo gozar el cultivo, la estabilidad, ni gran fomento, a cuyo tiempo parece debe referirse la primera época de su felicidad. Es cierto que desde aquel punto la agricultura, protegida algún tanto por las leyes, y más perfeccionada por el progreso de las luces del siglo que ya empezaban a desplegarse, cuenta por primero, y acaso el único de sus mejores períodos, aquel tiempo.

Pero, al paso que la necesidad estrechaba a dar ensanche a la población ganadera y labradora, se cruzaban los obstáculos que paralizaban las más interesantes ideas: a la vez se sucedían las mezquinas con las extremadamente confiadas: aquéllas por lo común hijas de la pusilanimidad o cobardía, y éstas de una avanzada intolerante necedad: unas y otras nacidas de la ignorancia de la posición geográfica de los terrenos, número de habitantes indígenas, poder físico y moral que podían presentar en caso de atacarlos, como muchas veces se meditó.

Mientras que los gobiernos fluctuaban, sin poderse decidir en tal contraste de opiniones, por la medida que deberían adoptar, eran bien rápidas las irrupciones vándalas que cometían las poblaciones de nuestras campañas, cubriéndolas muchas veces de cadáveres, y menguando considerablemente sus familias: asesinando unas y cautivando otras.

Estas escenas, con lastimosas lamentaciones del pueblo, alarmaban por algunos días a las autoridades que indicaban querer prepararse a vindicarlas. Pero, o fuese que los recursos no podían proporcionarse con la premura que exigía el remedio; o, lo que parece más cierto, que la oscuridad e ineptitud de la medida presentaban justas desconfianzas del favorable éxito, quedando sin efecto, el mal multiplicaba las desgracias.

La comisión cree un deber de su desempeño presentar a V. E. con respetable libertad su opinión, apoyada en más de cuarenta años de observaciones en este particular: y así es que, cuando asienta que se propone no aventurar el descubrimiento de la verdad, en una materia en que los errores tienen tan perniciosa influencia, tiende sus miras a indicar los que a su juicio han retardado demasíadamente las ventajas que le han arrancado de las manos la apatía

e indolencia de aquellas personas a cuyo cargo se hallaba la dirección y seguridad de la provincia y sus habitantes.

No hay cosa que más impida los progresos de una república, que insistir en yerros antiguos, en especies mal averiguadas, o vulgaridades indignas de adoptarse.

La crítica, y el discernimiento que resulta del examen de las cosas sin preocupación, es el único norte que nos puede libertar de tales inconvenientes: parece, pues, que en nada ha de ponerse mayor ahinco que en no dejarse llevar como los rebaños, desatendiendo el camino que debe tomarse, por atender ciegamente al que suele seguirse.

La comisión deja asentado que tiene más de cuarenta años de observaciones sobre esta provincia, y puede añadir que ha reconocido sus costas, atravesado y cruzado por tierra la parte de los pampas, objeto de este informe: ha podido distinguir muy de cerca los muchos indígenas que la habitan, sus genios, usos y costumbres, y no puede lisonjearse que tenga los conocimientos necesarios para calcular, ni por aproximación, las medidas de una fuerza imponente para atacarlos con suceso feliz, aun cuando se considere justo hacerlo. Porque, viviendo en pequeñas tribus diseminadas en un mundo desierto, no es fácilmente averiguable su número; pero sí, no cabe duda, que en tratándose de defensa común, se reúnen, por la movilidad que tienen, con la velocidad del rayo, al punto donde les llama su defensa, con tal entusiasmo y ferocidad, que cargan sobre el cañón en el más activo fuego, hasta morir al pie de él: y acaso V. E. mismo ha presenciado alguna vez este atrevido hecho, con otros no menos respetables, en el manejo de sus armas y formación de batalla, bastante a mandar idea de su disposición guerrera para defender sus propiedades, de que son tan idólatras como vengativos; pues nunca perdonan el agravio, cuya venganza

reencargan a sus hijos cuando ellos no han podido tomarla.

La agricultura y ganadería en una nación puede ser considerada bajo dos grandes respectos, a saber: con relación a la prosperidad pública y a la felicidad individual. En el primer caso, es innegable que los grandes estados y señaladamente los que gozan de un fértil y extendido territorio, deben mirarlo como la primera fuente de su prosperidad, puesto que la población y la riqueza, primeros apoyos del poder nacional, penden más inmediatamente de ella, que de cualquiera de las demás profesiones lucrativas, y aún más que de todas juntas. En el segundo tampoco se podrá negar que la agricultura sea el medio más fácil, más seguro y entendido de aumentar el número de los individuos del Estado y la felicidad particular de cada uno: no sólo por la inmensa suma de trabajo que puede emplear en sus varios ramos y objetos, sino también por los que puede proporcionar a las demás profesiones que se emplean en el beneficio de sus productos.

Proteger la industria y el comercio, tal vez con daño y desaliento de la agricultura y ganadería, es tomar el camino al revés, o buscar la senda más larga, más torcida y más llena de riesgos y embarazos para llegar al fin. Si el comercio, la industria y la navegación son dependientes de la agricultura y ganadería, y éstas la cuna de los pueblos, la fuerza y la riqueza de ellos, ¿cómo puede mirarse con indiferencia su postergación, o casi abandono de las bases primeras del Estado? Todos los ramos a la vez sufragán, son necesarios y forman el todo de su respetabilidad que se les tributa a las naciones que las poseen.

Cuando la defensa del Estado es una pensión natural de todos sus miembros, no puede, es verdad, desconocer la agricultura y ganadería esta primitiva y sagrada obli-

gación, ni en manera alguna libertarse de ella los cultivadores: entonces corran en hora buena a las armas y cambien el arado y la azada por el fusil, tratándose de socorrer a la patria y defender su causa: pero nunca será justo que, en el mayor conflicto de sus afanosas tareas, abandonen sus hogares, haciendas y cultivos para surtir los talleres, los cuarteles y otros semejantes destinos, y acaso los asilos de la ociosidad, a que por esta causa se entregan. Parece sumamente necesario que, aclarando cuanto sea dable la legislación y la política en este particular, se alejen los sistemas parciales, los proyectos quiméricos, las opiniones absurdas y las máximas rateras, que tantas veces han convertido la autoridad pública, destinada a proteger y edificar, en instrumento de opresión y de ruina.

La comisión parece en parte haberse extraviado de su principal objeto, cuando ha discurrido sobre la importancia de esta porción del Estado más interesante, y cuando ha intentado demostrar que ella ha sido abatida y aun oprimida, hasta el estado de emigrar de sus hogares, y acogerse al último y miserable recurso de la mendicidad para alargar su vida.

Es verdad que el horroroso azote de la guerra civil de estos últimos tiempos ha cooperado a la devastación de nuestra campaña; la desmoralización que ella causa, la ha aumentado, y a su vez los indios, conducidos de su inclinación y seducidos de los invasores, han aumentado grados de ambición y ferocidad a la que poseían: ellos han traspasado los límites de sus antiguas correrías, y sobreponiéndose a nuestras tropas, las han atacado de frente, de una manera desusada por ellos en sus incursiones, y harto imponente a nuestros labradores y hacendados.

La atención repartida del gobierno a los diferentes puntos de la provincia, que imperiosamente llamaban sus cui-

dados y auxilios por mar y tierra, no le permitían una contracción tan asidua y eficaz como deseaba, y era necesario al reparo de la campaña, hasta que más desembarazado, asistió personalmente a ella.

Este conocimiento, que le presentó la marcha hasta la sierra, y que le proporcionó observar la animosidad de los indios, sus depravados intentos, la fertilidad de sus campos, las posiciones ventajosas para mantener una guerra devastadora sobre nuestras poblaciones, lo indefenso de éstas, y la absoluta necesidad de repararlas, ha sido precisamente el primer paso de felicidad, que presagia que la suerte futura de nuestras fronteras va necesariamente a tomar una marcha la más lisonjera y ventajosa a la provincia en el aumento de su población y primeras riquezas, con la seguridad de personas y propiedades: lo que no podía suceder jamás sin que el gobierno, rompiendo enérgicamente aquellas ataduras que siempre tuvieron ligados a sus antecesores, no hubiese tocado tan de cerca y prácticamente aquellas ataduras que siempre tuvieron ligados a por tantos años, cuando en estas materias vivían a merced de un informante tímido, o acaso cobarde, y de otro neciamente atrevido, sin todos los conocimientos de la geografía del país, y demás que se ha expuesto.

Así es que, teniéndose por un triunfo el avance de terrenos hechos por los años de 1778 y siguientes, por el cordón de fronteras que se estableció con las guarniciones del cuerpo de blandengues, compuesto de 700 hombres, se miró en seguridad la provincia, respecto a su anterior estado. Y aunque este cuerpo tuvo necesidad de batirse muchas veces parcialmente en la línea, para contener las irrupciones que repetían los bárbaros, sin embargo, el aumento de población que recibían las guardias y sus inmediaciones, ya le imponían y hacían menos osados, pero

no destemidos para impedir sus invasiones: y en una de éstas fue que, por la primera vez en el año de 1790, se trató de establecer paz y permitir a los caciques venir a la capital, y sus indios a las guardias.

El trato docilizó a algunos y acomodó a todos, hasta establecer sus artículos de comercio con peletería, plumas y otras pequeñeces de su rústica industria; tomando en cambio diferentes útiles, algunas ropas, tabaco y yerba, y especialmente bebidas; formando de algunos de estos artículos una absoluta necesidad, especialmente el tabaco y la yerba del Paraguay.

Esta recíproca comunicación determinó a algunos hacendados a establecer sus estancias al sud del Salado, a su riesgo, y a merced o tolerancia de los mismos indios, sufriendo unas veces sus rudas impertinencias, y otras sus robos y raterías, dejando nuestra línea de fronteras a retaguardia más de sesenta leguas. Sin embargo, algunos indios con este motivo se mantenían en las labores de campaña de peones en toda clase de trabajo, y otros en la ciudad y suburbios, prefiriendo la civilidad a la vida errante y salvaje. Mucho contribuyó el gobierno mismo, halagando con gratificaciones efímeras a los que se presentaban con el título de caciques, que se creían serlo sobre su palabra: porque esto era más fácil que averiguarlo, y todo contribuía a mantener una paz aparente, de la que siempre se reportaba mejor partido.

El avance de nuestras poblaciones a tanta distancia, sin poder ser observadas de la fuerza militar ni de la jurisdicción civil, produjo muchos excesos, difíciles hoy de reparar, y de que la comisión tratará más abajo, en orden a su minoración o exterminio.

Por lo expuesto en el artículo antecedente, resultaban casi en toda la línea de fronteras, inútiles las guardias,

por cuanto las poblaciones ya guardaban las fronteras, subrogándose aquéllas a éstas, bien que sin armas ni defensores.

La atención sobre la frontera de Portugal puso en la necesidad a este gobierno de mandar las tropas de caballería, casi únicas de la provincia, que eran los blandengues, a cubrir aquellas líneas, donde permanecieron mucho tiempo, y casi acabaron su número en aquel servicio y en la pérdida de Montevideo: resultando otra mayor, de la orfandad de sus familias, antes avecindadas en las guardias a que pertenecían, y sostenidas de los soldados que ordinariamente era cada uno un padre de familia, de que resultaba la seguridad del soldado en el servicio y el aumento de la población.

En el año 10 terminó de todo punto el resto de esta fuerza y armamento con que cubría sus fuertes, porque pasó íntegramente a la Banda Oriental, como necesaria allí. He aquí el último período de vida militar de las que fueron guardias, y que con dispendiosos gastos fueron establecidas en los años de 1778 y siguientes.

Aunque en el desconcierto general del sistema del antiguo gobierno y subrogación del nuevo, por virtud de la revolución para obtener la independencia, se hicieron indispensables muchos trastornos, y tocar necesidades extremas en toda línea y orden de cosas; sin embargo, la de fronteras se miró siempre con el cuidado que demandaba su peligrosa situación: pues en el año 10, entre los apuros y escases de tropas y auxilios, se formó una expedición, que marchó hasta la laguna de Salinas, más afianzada en la maña y política, que en las fuerzas y auxilios que la componían. El éxito, en efecto, correspondió a las esperanzas, y los indios mismos lo auxiliaron con sus personas

y cabalgaduras en su regreso, hasta la fortaleza de esta plaza.

Esta primera relación de amistad estuvo afianzada hasta el año de 15, y elevada a tal grado de armonía, que presentándose ante el gobierno doce caciques al adelanto de nuestras fronteras, se acordó precedería un parlamento general de los de su clase con el comisionado del gobierno, y encargado de este negocio, que estableciese, no sólo los puntos en que deberían construirse las guardias, sino también otros asuntos relativos a intereses particulares de los mismos caciques, a manera de los que disfrutaban en Chile los araucanos.

Aprestáronse los útiles que se creyeron más necesarios, y muchos fueron transportados al otro lado del Salado, y estando en marcha el comisionado, ocurrió una de las muchas oscilaciones que ha presentado el curso de nuestra revolución, y aunque en distancia de los mismos revolucionarios, se le comprende y aprende, haciéndole volver a la capital, para sepultarle en un calabozo bien asegurado de grillos, hasta que se le confina a una guardia, y al año se le repone de oficio a su empleo, pero no a su comisión.

Los indios extrañaron la falta de cumplimiento al término señalado: ocurrieron a averiguar el motivo, y se les dio por respuesta razones que no creyeron y que los preparó a la mayor desconfianza: la que manifestaron osadamente al gobierno, cuando pudieron entender que se trataba de formar a su frente nuevos establecimientos, a que abiertamente se opusieron; ya por la desconfianza en que se les había puesto, y ya también por las funestas ideas que les inspiraban nuestros tráfugas desertores que se habían refugiado a sus toldos, a quienes conservaban aún con armas, por la dirección que les daban para cometer robos y asesinatos sobre nuestras estancias.

Últimamente, ellos fueron seducidos por Carreras y Ramírez, y perpetraron horrorosos excesos, que hoy llora nuestra campaña, ya por sí, ya sirviendo de auxilio a aquellos malvados invasores. Estas ocurrencias les han dado causa a creer, que pueden hacernos frente, y a considerarse vencedores de los desarmados, como si lo hubiesen estado, a extender sus miras mucho más allá donde alcanza su vista, y finalmente, a creer que tienen un derecho a devastarnos.

Las ocurrencias en suma hasta aquí detalladas, referentes a nuestra población de campaña y fronteras, presentan la nulidad absoluta en que se hallan, la de no poderlas defender ni mantener, y que es de la mayor urgencia e interés poner nuestras poblaciones a cubierto del enemigo que las acecha, vigilante para extinguirlas.

Los puntos que hayan de formar esta línea, las fuerzas para mantenerla, los fondos de que subsistan sus guarniciones, son fecunda materia de opiniones, y divididas según el modo de ver de cada uno, no parecen fácilmente combinables: pero el tiempo la insta, y es necesario que el gobierno se decida con la posible brevedad, por el riesgo que ofrece la demora.

La que cree que contendría al enemigo un ataque, que lo alejase y pusiese al menos al otro lado de la Sierra, sin duda que no respeta su número y localidad, y que el desaire de verse batidos, si lo fuesen en sus terrenos natales, los empeña a sostener la guerra hasta verse exterminados: tampoco cuenta con la suerte de la guerra y sus funestas variedades, que a no corresponder una suerte favorable, era inevitable la ruina de la provincia.

La que discurre sobre formar en la Sierra del Tandil una población de villa, otra en la Laguna Blanca, y la última en la Cabeza del Buey, toca aún más inconvenientes en los ataques, formación del pueblo y su conservación:

dejando en flanco los costados al este y oeste de la primera y última. Y aunque es verdad que las dos opiniones a la vez tendrán su lugar, éste lo ha de graduar el tiempo, y ahora sería empezar por donde debe acabarse.

La que propone una línea o camino militar hasta Patagones, se halla en el propio caso, aunque más útil y afianzada sobre la costa del mar: pero a juicio de la comisión, tampoco debe emprenderse, y sólo cree preciso y absolutamente necesario el establecimiento de una línea sobre las estancias avanzadas al sud del Salado, cuya línea de longitud este-oeste, en que corren sus poblaciones hasta aquí toleradas por los indios, no puede llamarles la atención de un modo que traten de resistirlo.

La guardia de Kakelhuincul debe ser uno de los fuertes más equipados, ampliando sus líneas, y el depósito en que provisionalmente se acopien los útiles de éste y sus contiguos, hasta el punto de abrir los trabajos.

Esta guardia y población, con las que sigan al sud, deben ser auxiliadas de las poblaciones de rucas, el Tordillo y Montes Grandes, de que podría encargarse el comandante del mismo fortín, ampliando antes sus líneas, para que con seguridad pueda recibir más guarnición, y en que con este motivo puedan apoyarse y defenderse en caso necesario la milicia, vecindario y tropas de línea, en cualquiera accidente de guerra, invasión o sorpresa que cometan los indios.

Al costado izquierdo de esta guardia, y en la laguna Naquelrucá, debe formarse un fortín, que cubra el flanco que media a la sierra del Volcán, distante de este punto diez leguas al sudeste: por manera que Kakelhuincul distará de este fortín detallado trece leguas, que unidas a las anteriores de la laguna Rucá, resulta el Volcán veintitrés leguas: puntos los tres los más avanzados al sud y a la

frontera enemiga, y los más interesantes para las primeras y más cuantiosas haciendas de aquellos destinos.

No pudiendo guardar rectitud ni proporción de distancia la línea de fuertes que al costado derecho de Kakel debe seguirse, sin aventurar un choque con los indios, pues se acercarían demasiado a los arroyos en que tienen situados sus toldos y ganados, se forma oblicua, consultando las aguadas permanentes como de absoluta necesidad.

Debe seguir al frente de la guardia de Chascomús, y subrogarse ésta en la laguna del Sermón, ocho leguas de Kakel, y dieciocho al sud de Chascomús. Al frente de la guardia de Ranchos debe formarse otra en la laguna de los Huesos, distante nueve leguas de la del Sermón.

Por el mismo orden debe salir a su frente la guardia antigua del Monte, y situarse sobre la laguna del Toro, distante de aquélla dieciocho leguas, y de los Huesos diez leguas.

La de Lobos debe avanzar a la laguna Blanca, o si se quiere a las Polvaderas, distante de la antigua guardia dieciocho leguas, y nueve de la del Toro.

El fortín de Navarro sale a la laguna del Trigo, o laguna de Gómez, distante diez leguas de la Blanca y ocho de las Polvaderas.

La de Luján, a la cañada de las Saladas, doce leguas distante de las del Trigo y Gómez.

Esta línea, que promedia oblicua la frontera, corre desde el Volcán hasta el punto de los Leones, ochenta leguas, y el resto hasta Rojas desde el fortín de Areco, incluso Salto y Pergamino, que se encuentran hoy en frontera efectiva, por cuanto a su frente no hay hacienda alguna, por haber sido devastadas por los anarquistas y los indios, deben reponerse a su antigua fuerza en fuertes y guarniciones: así para que los vecinos que andan errantes vuel-

van a sus hogares y puedan vivir seguros en sus personas y bienes, como para que los hacendados y pueblos interiores afiancen igualmente su propiedad, y se dediquen con tranquilidad a sus labranzas y talleres, libres de las zozobras que hasta aquí han experimentado; pues llegará bien pronto el tiempo en que, avanzada la guardia del Salto a la laguna de Palantelén, distante igualmente del Salto que de la guardia de Luján, veinticinco leguas, cubra con una respetable guarnición aquellos dos puntos y terrenos feraces de invernadas, en que ordinariamente eran ocupados: formando otra más al oeste, sobre la laguna del Tigre tuerto, que deje a cubierto el Pargamino y Rojas, por ahora término de nuestra frontera al norte: hasta que formada una línea de demarcación que señale la división con Santa Fe, manifieste si el fortín de Mercedes deba o no salir a su frente al sud a la laguna del Milagro, para que deje en total seguridad la carrera del Perú y Chile.

La comisión cree, por los conocimientos que tiene de esta línea, por la que ocupan los indios más inmediatos, a lo largo, sobre los arroyos que descienden de la Sierra y su distancia, por el bañado inmenso, de difíciles pasos que nos divide, como depósito de todas las aguas de la misma Sierra, cuyo terreno es tan nivelado por la naturaleza que no se le percibe declive alguno, inútil para todo género de cultivo y haciendas; por todo esto, repite la comisión, que cree y le parece que esta especie de vallado fija unos límites inequívocos, que dejándolos sin alteración a la banda austral de él, no podrán los indios reclamar nuestras disposiciones como detentadoras de sus posesiones: pues tienen hasta ahora nuestros hacendados la ocupación que ellos han tolerado sin reclamación; haya sido o no con la doble mira de robarles, como lo han hecho, con repetición, perfidia y atrozmente,

La comisión se ve necesitada de circunscribirse, a pesar de sus deseos, a la propuesta línea de fortificación, siguiendo la máxima política de obrar según el estado y circunstancias de la provincia en el momento. Desea ciertamente que ella no esté reducida a tan escasos términos; pero toca como de bulto las dificultades que han de inutilizar otras medidas, que deben quedar pendientes para su ejecución, en seguida de ésta.

El transporte sólo de la antigua línea a la que nuevamente se detalla, ofrece en su ejecución no pocos tropiezos, no obstante a deber hacerse casi en el centro de nuestros recursos. ¿Cuánto más difícil sería establecerse fuera de ellos con las armas en las manos? Los terrenos por aridez, falta de montes, y las más veces de aguadas, son trabajosos aun a los escoteros, que miden las jornadas para auxiliarse. ¿Cómo se presentaría para vencerlos, un ejército que debería ir provisto, no para ocho ni quince días, sino para meses enteros? Era necesario arrastrar centenares de carruajes y miles de caballos, para atacar a un enemigo que siempre está en campo volante, y con más movilidad y destreza que los árabes: ellos burlarían los mejores planes, y pondrían en ridículo a sus autores, y después de haber llevado por los desiertos que los amparan, a un ejército sin vara de virtud que hiriese a las piedras para que brotasen agua, sin maná para su alimento, y sin nubes que interpusiesen sus sombras, para que les libertase de los rigores del sol, tendrían que sucumbir a la sed y al hambre, y finalmente a manos de sus enemigos. Señor Exmo., la comisión se persuade que no debe confundirse un golpe de mano que suele darse para escarmentar a un enemigo, con las medidas de una ocupación o conquista: aquél es una aventura o albur que se da a la suerte; y éstas, el resultado de una profunda meditación,

calculada sobre las fuerzas físicas y localidades del país, con otras muchas reflexiones y razones que van a la par para su logro.

Si sólo esta medida, que podrá acaso ser tenida por mezquina de algunos genios exaltados y celosos del aumento de la provincia, se pusiese en toda su evidencia, guarnecida la frontera de las fuerzas que demanda para su seguridad, y llegando a perfeccionarla, no sólo habríamos alejado para siempre el recelo de otras invasiones, sino que habríamos dado el paso más preciso y necesario para la total ocupación a que aspiramos, sin pérdida de un hombre, ni menoscabo de hacienda.

La comisión se atreve a decir que, perfeccionada hasta el punto que debe, ella sólo va a ser la riqueza y seguridad de la provincia, y capaz del mayor aumento de población que necesita, abriendo la mano a recibir y proteger a cuantos quieran venir a establecerse en ella, bajo la protección del gobierno.

Entre la antigua y nueva línea demarcada, se miden más de 1400 leguas cuadradas, terreno no sólo feraz, productivo y útil, sino que proporciona, una vez asegurado, el descubrimiento de otras riquezas efectivas y abandonadas, que la escasez de población no ha podido dar a luz ni reconocer con exactitud. Pero antes de explicar cuáles sean, cree la comisión hacer otras observaciones, para que el gobierno ajuste sus resoluciones del modo que estime por conveniente a la salud pública de la provincia y sus intereses.

Atendiendo al orgullo con que se presentan los indios, podrán mirar de mal ojo nuestra nueva línea, y aun tratarla de enervar a viva fuerza, para cuyo caso es necesario estar prevenidos y alarmados a su repulsa. Ellos no deben desconocer que la fuerza de nuestras poblaciones los va a

acercar a la pérdida de las faldas de la Sierra que ocupan, y este temor impulsarlos a tomar la medida de incursiones y ataques parciales de que ordinariamente usan: por lo tanto, dispuestos y armados los partidos, cuando hayan de dar principio a los obras, parece de necesidad que las obras se combinen y arreglen de modo que sean escarmentados en su primera tentativa.

Es de absoluta necesidad que nuestras poblaciones se extiendan, y que esta extensión sea correspondiente al objeto a que por ahora principalmente se dirigen, que es el de la labranza y ganadería. Para conservar la que tenemos, y más a la que aspiramos, debemos buscarla, si fuera preciso, con las armas en la mano, y mucho más pronto, si la solicitud de paces que ellos tienen interpuesta con el gobierno, se descubre ser llamada falsa, de que usan con frecuencia mientras algún interés particular no les mueve a ello; bien sea por temor de ser atacados de otros indios, o por carecer de comunicaciones que les faciliten los artículos, de que ya han formado necesidades que no pueden sobrellevar. Pero es preciso estar ciertos que jamás les anima un principio de buena fe ni desinteresado. Alguna vez se someten a una fuerza imponente, y se resignan al castigo si se les prende en el delito: y aunque se les perdone, su carácter innoble y desconfiado les precipita de nuevo a cometer excesos y bajezas horrorosas, sin que se exceptúen entre sí aun sus propios deudos. Como la vida salvaje los tiene siempre cubiertos de miserias, están a toda hora asechando el momento de robarse mutuamente; y por lo mismo no puede detener sus pasiones sino un motivo poderoso, como el de mirar su existencia en peligro.

La incertidumbre en que por el momento debe estar el gobierno acerca de la conducta ulterior de los indios, respecto a su propuesta de paces, ciertamente no puede de-

cidirle a tomar medidas de oposición: pero si en efecto continúa su propósito de conservar la paz, entre otras cosas, parece que el comisionado del gobierno, después de asentar la seguridad de la línea, sería muy conveniente que tratase de exigirles el acomodamiento de fortificar uno o dos puntos del camino militar sobre el frente del Volcán al otro lado de la Sierra, porque con ellos, y los que puedan formarse sobre el río Colorado y a las márgenes de la Bahía Blanca, quedarían enteramente dominados, y en precisión de abandonar las sierras y retirarse al oeste, o repasar el Colorado. Esto es indispensable que suceda; pero será de un modo que los comisionados o jefes de los destinos, lo presenten en más o menos tiempo, según los grados de su actividad en promoverlo.

No desconoce la comisión la necesidad que hay de sujetar a nuestras milicias a sus precisos deberes en los fuertes de fronteras, y de que han tenido origen muchas desgracias, sobrevenidas por el mal trato dado a los indios, cuando en ellas se han presentado con sus miserables artículos de comercio, procurando robárselos descaradamente y aun darles de golpes, herirlos y matar algunos. Estos hechos, que la comisión ha visto repetir, y aun castigado, han incendiado los ánimos de un modo terrible, provocándolos a la venganza: muchos y lastimosos hechos pudiera referir que más de una vez han comprometido la mejor armonía con el gobierno; y este desorden puede fácilmente remediarse, conviniendo con los indios en que sus arribos a las guardias sean a determinados puntos de la misma frontera, reservando sólo a los caciques el paso franco al gobierno, escoltados para su seguridad.

Nuestra campaña, harto desmoralizada por muchas causas que la han conducido a tal desgracia, principalmente las escaseces a que la han reducido las incursiones anár-

quicas, la multitud de desertores y otros delincuentes que abriga, presenta un motivo de atención muy particular sobre esta clase de hombres que la infestan, a más de una gran porción de familias indigentes que sirven de pesada carga al honrado labrador y útil hacendado, a quienes se les haría un bien en trasladarlos a aquellas nuevas poblaciones, dándoles propiedades que cultivasen, y útiles correspondientes: conduciéndoles, si fuese necesario por fuerza, a su fortuna, evitando su perdición y la de sus hijos; y a aquéllos persiguiéndolos eficazmente, hasta ponerlos en seguridad o exterminio, según sus delitos.

Este examen puede hacerse prolijo y exacto, formando una razón estadística de cada partido, cometida al vecino más proporcionado, y vicario de él, con responsabilidad en su inexactitud. Como en dicha razón debe constar todo vecino y habitante, su ejercicio, propiedades y proporciones de que se mantiene, el número de hijos, criados y peones, sus sexos y edades, no podría escapar ninguno a su vigilancia, y el gobierno podría muy en breve tener en su mano, y a un golpe de vista, la nota de cuántos fueren disponibles, en servicio y aumento de las nuevas poblaciones.

La policía de los partidos debería igualmente ser encargada a vecinos de las localidades, bajo los reglamentos que el gobierno les prescribiere: porque tratándose de la seguridad pública e individual, ninguno debe conocer y celar mejor a los vagos y malos vecinos, que sus propios convecinos.

Conducido el vecindario por los principios de liberalidad y en favor de sus intereses, no puede desconocer las bondades del gobierno y de la ley que lo protege.

La comisión es militar, y ha asentado que con respetable libertad dará su opinión, apoyada en la justicia y en sus

conocimientos. Éstos le han suministrado muchos motivos de observación para entender y persuadirse que, mientras no estén perfectamente deslindadas las atribuciones de las respectivas jurisdicciones, política y militar, no podrá hacerse el servicio, como corresponde a la tranquilidad y adelantamiento de los pueblos.

Señor, unas tenebrosas hábitos de despotismo militar han aniquilado el ánimo del vecindario de campaña, viéndose despojados violentamente de sus propiedades, ultrajadas sus personas de palabras y obras, y acaso arrastrados a una cárcel con pérdida total de sus bienes. Estas impresiones están aún muy vivas, y se resiente demasiado la provincia de estos tristes acontecimientos: porque algunos elevaron sus quejas, no merecieron más que el desprecio, y los demás ahogaron sus sentimientos para no multiplicar los padecimientos, llorando sus desgracias en el seno de sus familias.

Los gobiernos turbulentos que nos han precedido, no podían fijar, es verdad, un método que nivelase la justicia y conducta de los encargados que sabían eludir las quejas, y poner en peor condición al reclamante. La comisión fue encargada por una vez de inspeccionar las fronteras, y tuvo la desgracia de no encontrar en toda la línea más que uno sólo que llenase las intenciones del gobierno: todos los demás eran ciertamente criminales, pero a ninguno se removi6. Esta degradación de aquellos militares, propiamente de revolución, no puede mancillar el honor del cuerpo en general, a quien se debe, por sus heroicos sacrificios, la libertad e independencia del país.

La sabiduría y política del gobierno se persuadirá que este rasgo sólo tiene por objeto presentarle la necesidad que hay de inspirarle confianza y seguridad, sin embargo de la promulgación de las leyes que las afiancen.

Tanto más juzga precisa esta medida, cuanto que va a gravitar sobre el vecindario de la campaña todo el peso de esta obra. Cree la comisión que, sin esta política diestramente manejada, no se dará un paso de felicidad en la obra jefe de la provincia: porque, como decía un sabio de nuestro tiempo a un soberano, con referencia a asunto más elevado: *justo es señor, que el dueño de la casa mande en ella*. Y aunque es verdad que el gobierno, vigilante en su administración, no perdona fatiga, ni se permite descanso, sin embargo, debe partir sus fatigas y franquear confianzas, para dar vado a las penosas tareas de su administración: y ciertamente que ninguno están más bien indicados que los mismos interesados en su felicidad y seguridad, consultando al mismo tiempo la pública.

Los puntos que principalmente deben ser reforzados, como cardinales, son tres, a saber: laguna de la Naquelrucá, Kakelhuincul y el Volcán. Los demás, como fortines auxiliares, deben por lo mismo ser sus dimensiones proporcionadas, a este respecto, con una doble fuerza y amplitud, y todas equipadas de armamento, artillería, municiones respectivamente bien conservadas, y sus precisos repuestos, de que deben responder los jefes encargados, y sufrir con frecuencia la inspección que delegue la superioridad sobre el reconocimiento de todo, y de la tropa misma.

El adormecimiento y apatía en que ordinariamente quedan sumergidos los hombres con la paz, aun en las fronteras más expuestas a rompimientos, hace y causa el abandono de la disciplina, el de armas y municiones; y una triste experiencia ha demostrado y hecho tocar funestos resultados, provenientes acaso de que los jefes militares, más atentos a sus negocios particulares que a los deberes de su profesión y carrera, posponiendo aquéllos por ésta,

no calculan los daños que infieren: punto que merece estar muy observado del gobierno en precaución de semejantes males.

La fuerza efectiva de cada frontera principal, considera la comisión debe ser de 100 hombres de caballería veterana y algunos auxiliares de milicias, y los fortines de 50 hombres, por mitad de veteranos y milicias, y más, según las circunstancias lo exijan.

Si restablecida la caballería de blandengues, tuviese cada guardia su dotación, sería utilísimo que fuesen casados y arraigados en ella, dándoles el gobierno en propiedad un solar para establecer su casa, porque entonces crecería la población proporcionalmente, y el soldado defendería más ahincadamente su hogar, mujer e hijos, y jamás o rara vez se notaría deserción: y a la primera generación ya la reproducción del soldado, por sí sola, habría formado un pueblo agricultor y ganadero. Pero como en la seguridad de los hacendados y labradores de la comarca respectiva, el traficante que acude, llevando artículos de consumo en cambio de frutos y numerarios, viese un compensativo de su trabajo, procuraría también avecindarse, y lo mismo los artesanos, e insensiblemente se verían crecer y prosperar estas guardias con una rapidez increíble, hasta formarse en cada una de ellas poblaciones de la mayor consideración.

El labrador y hacendado sufren, y se han constituido hace muchos años, al pago del ramo de guerra, con destino a estos importantes establecimientos: y jamás han resistido otros gravámenes que con miras de auxiliarlos se han creído necesarios, aun cuando se hayan frustrado los objetos mismos de su invención. Ellos, siempre prontos con sus personas y haberes, han dejado en abandono éstos y sus familias, para correr a las armas en defensa de su

patria, hasta sacrificarse en la guerra; y hoy el gobierno necesita de sus brazos, de sus bienes, y de toda su concurrencia, para dar a la provincia toda la extensión y grandeza de que es susceptible: pues si esencialmente ha de gravarse esta privilegiada porción de ella, la justicia reclama imperiosamente que se desvíen, cuanto esté al alcance del gobierno, aquellos calamitosos tiempos, haciendo un lugar distinguido a sus méritos y servicios, los que es preciso que ahora presten a la importante atención de las nuevas poblaciones y a su seguridad.

La comisión está penetrada del sumo e importante interés que se promueve en esta medida a favor de la campaña, y que, conducida sabiamente por el gobierno a sus mayores ventajas y engrandecimiento, va a presentar el campo del Lacio, para dar a la provincia, como éste dio a Roma, toda la grandeza y poder que la hizo respetar del orbe conocido entonces, y proporcionalmente lo será aquélla en América.

Entre los muchos y extraordinarios privilegios con que agració la naturaleza a esta provincia es su localidad, por desgracia poco conocida de sus naturales. Por el norte la baña el majestuoso Río de la Plata, que se interna a más de setecientas leguas navegables, por diferentes provincias que atraviesa en su tránsito; mientras que por el sud la circuye el mar océano, por donde puede extraer todos los cuantiosos frutos que le produzca su cultivo: y a más le brinda con inmensas riquezas de la pesca y peletería de anfibios, que hoy hacen la fortuna de las naciones cultas que a nuestra vista se las llevan.

Son pocos conocidos, y nada frecuentados por nosotros, los puertos que se encuentran a la vuelta del cabo de San Antonio: como son, el Tuyú en el Cabo de Corrien-

tes, la bahía de San Andrés, la Bahía Blanca, la de San Blas, el río Colorado y el Negro.

Los terrenos bajos que presenta la costa del mar no han permitido, sin riesgo, hacer el reconocimiento de otros puertos y calas que necesariamente hay en la confluencia de los ríos Sauce Chico y Grande, y otros de menos caudal de aguas que descienden de las sierras: además de los que naturalmente tenga en su seno el mar, y descubrirán los frecuentes reconocimientos desde tierra, cuando estén pobladas y registradas por la caza y pesca de anfibios, que la curiosidad y especulación de los pobladores emprenderán tras de un interés a que los conducirá su codicia.

Muchos de estos terrenos están hoy infestados de gentes bandidas, abrigadas en los montes, que llaman de las islas del Tordillo y Monte Grande, desde cuyo asilo hacen sus incursiones a las vecindades, cometiendo grandes excesos, que deben quedar extinguidos, luego que las tres más avanzadas fronteras al sud se hallen establecidas, y con las fuerzas de sus dotaciones, para atacarlos con suceso feliz. La rigurosa policía que se establezca en todos los puntos de la campaña, hará que desaparezcan de ella hombres y aun familias tan inmorales y vagas, poniéndolas en sus deberes o en las seguridades convenientes.

Parece necesario fijar el orden de la empresa, y debiendo empezarse por las más necesarias, es sin duda de la mayor importancia graduar esta necesidad, la cual, aunque parezca indicada por la misma naturaleza de los estorbos, que se oponen a darle vado, no puede dejar de someterse a otras consideraciones, y principalmente a la mayor o menor extensión de su provecho: es decir, que entre dos caminos igualmente necesarios, aquél será digno de preferente atención, que ofrezca mayor utilidad y socorra a mayor número de individuos.

Entre las ventajas de situación que gozan las naciones, sin duda ninguna es comparable con la cercanía del mar, unidas por su medio a los más remotos continentes del mundo conocido. Al mismo tiempo que su industria es llamada a proveer una suma inmensa de necesidades, se extiende la esfera de sus esperanzas a la participación de todas las producciones de la tierra: y si se atiende al prodigioso adelantamiento en que está el arte de la navegación, parece que sólo la ignorancia o la pereza pueden privar a los pueblos de tantos y tan preciosos bienes.

Es verdad que semejante ventaja suele andar compensada con grandes dificultades; porque si de una parte la furia de aquel elemento amenaza a todas horas las poblaciones que se le acercan, por otra los altos precipios y las playas inclementes que le rodean, y que parecen destinados por la naturaleza para refrenarle o para señalar sus riesgos, dificultan su comunicación o la hacen intratable. ¿Pero quién no ve que en esta misma dificultad halla un nuevo estímulo el deseo del hombre, que llamado a proveer a su seguridad, o a extender la esfera de su interés, está como forzado continuamente a triunfar de tan poderosos obstáculos? Ello es que el engrandecimiento de las naciones, si no siempre, ha tenido muchas veces su origen en esta ventaja; y que ninguna que sepa aprovecharla, dejará de hallar en ella un principio de opulencia y prosperidad.

Esta provincia ha sido particularmente favorecida por la naturaleza, pues a más de las ventajas de su clima y suelo, tiene la de estar bañada por el mar y el gran Río de la Plata la mayor parte de su territorio, colocado, por decirlo así, sobre el mejor punto del océano: ella parece, que por sus puertos está llamada a comunicarse con toda la tierra; y si a esto se agrega la posesión de sus vastas y

fértiles campañas, no podremos desconocer que una particular providencia la destinó para un grande y glorioso objeto. ¿Cómo es, que en tan feliz situación podamos abandonar los medios más necesarios para llegar a aquel fin, ni desatender a sus puertos, sin los cuales es de todo vana e inútil aquella gran ventaja, cuya falta será siempre uno de los principales estorbos que más poderosamente retarden la prosperidad de nuestra agricultura?

La comisión no necesita recordar que este objeto tan recomendable con respecto a la industria, navegación y comercio, lo es mucho más respecto al cultivo. La industria sigue naturalmente a los consumidores y se sitúa a par de ellos, mientras el cultivo no puede buscar sus ventajas, sino esperarlas inmóvil. Por otra parte, si todas las provincias pueden ser industriales, no todas pueden ser cultivadoras, y es preciso que en unas abunden los frutos que escasean en las otras: es preciso que el sobrante de la primera acuda a socorrer las segundas; y sólo de este modo el sobrante de todas podrá alimentar aquel comercio activo que es el objeto de la ambición de los gobiernos y el fruto de sus meditaciones económicas y políticas.

Es últimamente necesario, si aspiramos a obtener todas aquellas ventajas, dar el último impulso a la agricultura y ganadería: pues cuando la circulación interior produzca la abundancia general, cuando haya abundado y abarataado las subsistencias, y por consiguiente la población, multiplicados los productos de la tierra y del trabajo, alimentado y avivado el comercio interior, entonces la misma superabundancia de frutos y manufacturas, que forzosamente resultará, nos llamará a hacer un gran comercio exterior, que clamará por este auxilio, sin el cual no puede ser conseguido.

Este punto podía dar a la comisión materia para hacer

muy extendidas reflexiones: más ella sólo se contentará con presentar una a la sabia ilustración del gobierno, que le parece sumamente importante, y de la mayor influencia sobre la mejor población, aumento de la agricultura, ganadería y labranza previniendo ya la navegación, comercio e industria a un mismo tiempo, que oportunamente irá adelantando, poniéndose en activa acción el resto de la provincia a su ejemplo.

La comisión está persuadida de que alguna vez los buenos ejemplos suelen ser perniciosos. Esto se prueba observando que los romanos emprendieron todos los caminos de su vasto imperio, llevándolos desde la plaza de Antonino en Roma hasta lo interior de Inglaterra, de una parte, y de la otra hasta la Palestina; tan firmes y magníficos, que sus grandes restos hasta hoy llenan de admiración al viajero observador: y las naciones modernas, queriendo imitarlos sin tener los mismos medios para ello, afligieron a los pueblos sin poderles comunicar tan grande beneficio. Sin embargo, esta regla admite excepción en favor de la provincia, y no puede haber inconveniente en la empresa, con tal que no se piense en grandes e inadoptables comunicaciones exteriores, hasta que hayan sido establecidas las poblaciones, su labranza y pastoreo, de un modo suficiente a promover la industria, navegación y comercio que ha de formar la marcha unida de sus ventajas y especulaciones, para llegar al término de su engrandecimiento.

Afortunadamente el gobierno empeña sus desvelos en remover los estorbos, proponiendo leyes, simplificando las administraciones, arreglando la policía y mala jurisprudencia mercantil; en fin, todo cuanto retarda el aumento y seguridad de nuestra común felicidad destruida y aniquilada por falta de estos principales elementos; buscando directamente los medios de arruinar nuestro cultivo y pobla-

ción, o por mejor decir, removiendo hasta los estorbos que la naturaleza opone a su prosperidad; bajo cuyos principios es de esperarse que la opinión misma cederá a la buena y útil enseñanza, como las tinieblas a la luz; bien que, para luchar con la naturaleza son necesarios grandes y poderosos esfuerzos, con extensos recursos, que no siempre están a la mano.

Cuando se considera de una parte los crecidos fondos que exigen las empresas, y de otra, que a las veces una sola es muy superior a la porción de rentas públicas que suelen destinarse a ella, parece más disculpable el desaliento con que se miran por los gobiernos: y como estos fondos, en último sentido, deben salir de la fortuna de los individuos, parece también como inevitable la alternativa, o de renunciar a la felicidad de muchas generaciones por no hacer infeliz a una sola o de oprimir a una sola para hacer felices a las demás. Sin embargo, es preciso confesar que el atraso muchas veces no proviene tanto de la insuficiencia de la renta pública, cuanto de la injusta preferencia que se da en su inversión a objetos menos enlazados con el bienestar de los pueblos o tal vez contrarios a su prosperidad.

Para demostrar esta proposición, bastaría considerar que la guerra forma el primer objeto de los gastos públicos, y aunque ninguna inversión sea más justa que la que se consagra a la seguridad y defensa de los pueblos, la historia acredita que para una guerra emprendida con este sublime fin, hay muchas que se empeñan con los innobles motivos de ambición y orgullo: y por consiguiente, privan de la abundancia y prosperidad, de que disfrutarían si hubiesen invertido sus fondos en adoptar y comprar, si fuese necesario, un sistema de paz, con preferencia a malbara-

tarlos en proyectos de vanidad, destrucción, y nulos en sus resultados.

La comisión se ha extraviado otra vez, arrebatada del ardiente celo y deseo que le anima por el bien de la provincia, discurriendo en su beneficio, y expresando las reflexiones que le han parecido se acercan más a nuestro estado civil y militar. Volviendo sobre sus pasos y al objeto principal de su encargo, que es la seguridad de fronteras, el aumento de la población, el cultivo y las haciendas pastoriles, cree deber añadir:

Que siendo el principal y más interesante punto el del Volcán, debe mirarse con preferente atención, en razón de su fortificación y fuerza efectiva; en la de hallarse más avanzado al enemigo; en la de tener la más apreciable localidad de la campaña, por sus hermosos pastos, campos y aguadas; y finalmente en la de estar vecino al mar, para progresar extraordinariamente por todas las proporciones que no tienen, ni pueden tener los otros, como más mediterráneos o centrales.

Entre los extraordinarios recursos que sabiamente ha propuesto el gobierno a la Honorable Representación, se ofrece la ley de retiro, que transmitida a la posteridad, señalará la época en que fue dictada, sin contradicción alguna, como la más memorable de nuestra revolución en honra de sus autores; de que no nos presentan modelo alguno las historias, tanto más digna de elogio al considerar la utilidad y ventajas públicas que pueden y deben sacarse de los mismos retirados.

Entre otras altas miras que el gobierno se ha propuesto, es igualmente loable la fundación de una ciudad, cuyo título perpetúe la memoria del benemérito ciudadano y general de los ejércitos de la Patria, D. Manuel Belgrano. Ciertamente que ninguno se presenta más adecuado, más

útil, ni más honorífico. No más adecuado, por la localidad y hermosura de que disfruta; no más útil, por las ventajas que le ofrecen la misma localidad y su férax terreno; no más honorífico, porque iban a formar este precioso monumento a la fama póstuma de aquel general y de una provincia, los mismos guerreros, y sus compañeros de armas, que después de haber regado con su sangre el campo de las victorias por salvar a la patria de los enemigos que la oprimían, sellaban su marcha gloriosa con la fundación de una ciudad, que pasando a los venideros, perpetuara un ejemplo, que acaso no se registrará en los anales de las naciones más cultas: y cuyas cenizas invitarán desde el sepulcro a sus hijos, a la continuación de aquella heroica carrera; al paso que las propiedades y posesiones que les quedasen en herencia, les recordarán incesantemente su deber hacia tan nobles objetos.

Invitados por el gobierno los oficiales reformados a tan noble empresa, dándoles de merced, como a fundadores, los solares para la fundación de sus casas, los terrenos de chacras para su labranza, y los de estancia para la cría de ganado, con las excepciones y privilegios de libertad de toda pensión y derechos en los frutos de sus cosechas, y aún en los de consumo, en la forma y tiempo que pareciese conveniente a su más pronto y eficaz progreso, sin duda que de esta medida reportaría la provincia incalculables beneficios, y el gobierno tendría el placer de recibir los respetos y homenajes que le tributarían, aún al través de los siglos, las generaciones venideras, bendiciendo la mano benéfica y laboriosa por todo lo que le debían.

Esta nueva población, que formaba el honor y el mérito de sus fundadores, a que unía la de capitalista, empezaba a brillar desde su cuna, desenrollando a la par de su

acrecentamiento un poder y facultades que no están concedidas a las demás, por no ser fácil reunir en un punto tales y tan singulares proporciones.

Ella como más avanzada iba a imponer a los enemigos, de quienes se haría tan temible como respetada, y no pudiendo resistir a la fuerza, mal de su grado habrían de ceder el campo que ocupan, y retirarse a mayor distancia, o tal vez repasar el río Colorado para refugiarse a las cordilleras de los Andes, término a que deben venir por un orden regular en la sucesión de los tiempos.

Esta disposición acercará más pronto la época en que debe formarse el camino militar arriba indicado, y la trasposición de los indios al sur de las sierras; quedando entonces a favor de nuestros hacendados libre la falda de éstas, que es toda la aspiración a que por ahora anhela nuestra población.

La comisión omite detallar el servicio de las guardias, pero no puede menos de observar, que las partidas descubridoras, que deben estar siempre en campaña, hagan su servicio de una a otra guardia, hasta el punto dado en que deban encontrarse o cambiar las tablillas que lleven, para acreditar haber llegado a él, y comunicarse recíprocamente las novedades que ocurran: porque si fuesen avanzados al sur podría suceder que los indios, puestos en observación, asechasen el momento de su retirada, para introducirse en nuestros campos, burlando aquel servicio, lo que no es tan fácil suceda cruzando de una a otra guardia.

Tampoco parece a la comisión debe ingerirse en los fondos y arbitrios con que han de emprenderse estas obras: porque estando nombrada una junta de hacendados, y

teniendo el gobierno tomado a su cargo estas disposiciones, fácilmente podrían contrariarse con los conocimientos y trabajos que ya tengan incoados, cualesquiera que fuesen las indicaciones de la comisión, que siempre ha sido de dictamen se forme un ramo con el cual se sufrague exclusivamente el adelanto de fronteras y poblaciones, asegurado o custodiado en la tesorería general, y administrado y distribuido en el servicio por orden del gobierno, a quien inmediatamente debe estar todo sujeto y dependiente, para evitar los deservicios que en otra forma se han experimentado, y de que son susceptibles.

La disciplina, subordinación y respeto en la tropa de línea y milicias, son la base en que se afianza la defensa y seguridad del Estado. Éstas deben ser observadas, y sus jefes, de comisiones superiores, que rigurosamente las inspeccionen, y si faltare esta exactitud, la obra no podrá llegar a su complemento y perfección.

Cuando estuviese encabezado y hecho el libro o censo de su vecindario, de modo que transmitiere a la posteridad no menos diligencia y actividad, y que sean en todo sentido sin mezquindad, ni escasez, consultando siempre su salubridad y plantas de la mejor arquitectura civil y militar: con especialidad en las que, como en el Volcán, desde luego pueden empezar a hacer edificios de fábrica, por la proporción de cal. Las delineaciones deberán preferirse de nor-este a sur-este, y al menos veinte varas de luz en sus calles, presentando antes al gobierno el plano respectivo para su aprobación, si la mereciese.

Las delineaciones de los fuertes y poblaciones requieren sin equivocación sus fundadores, en un libro maestro firmado de sus primeras autoridades y sellado, debería hacerse otro, firmado y sellado como el anterior, en que

constasen las mercedes que se les hacían, y repartos de tierras, con prohibición a los poseedores de su enajenación en el término de veinte años, con la precisión de poblarlo y cultivarlo. Y para arrancar antes de nacer el ruinoso semillero de pleitos en las ubicaciones de los terrenos, deberían éstos darse medidos y deslindados, de que debería ponerse constancia en el libro de mercedes, y conservar con él un plano topográfico en el archivo de su custodia, para aclarar todas las dudas que el transcurso de los tiempos presentan. De estos libros y planos deberían conservarse copias fieles en el archivo general de la provincia, y muy particularmente deberían asentarse los puntos de arranque, o mojonera común, que acaso serán los más ciertos, las plazas mayores de cada pueblo: señalando con la mayor exactitud del arte los rumbos a que corrían, con corrección de la brújula, y expresión puntual de su variación, porque ésta, está observado, se aumenta, y el transcurso de años hace tocar inconvenientes notables.

Los errores en que incidieron nuestros mayores nos marcan la senda que debemos seguir para evitarlos, y no dejar en herencia a nuestros hijos pleitos interminables, discordia y odiosidades, que llegan a destruir de todo punto las familias.

La comisión, en precaver estos riesgos, se haría molesta, si no temiera serlo ya en un informe, que por demasiado largo debe terminar. Cualesquiera que sean sus errores, cree que merecerán indulgencia ante la respetabilidad de V. E.; porque el ardiente deseo de la felicidad de la provincia, a quien tiene el honor de servir y de quien se halla tan beneficiada, en fuerza de la gratitud que le tributa, le impulsa a creer, que todo es poco y muy menguado en su obsequio.

Dios guarde a V. E. muchos años. Buenos Aires, noviembre 26 de 1821.

Excmo. señor.

PEDRO ANDRÉS GARCÍA

JOSÉ DE LA PEÑA Y ZAZUETA

Excmo. señor capitán general de la provincia.

DIARIO

La comisión, destinada a establecer las paces con las tribus de indios al sur, tiene la honra de presentar a V. E. el *Diario* de su viaje, hasta las faldas de la Sierra de la Ventana, su derrota, observaciones facultativas, planos y demás que ha puntualizado en cumplimiento de sus deberes. Luego que recibió la orden superior y se presentó a su cumplimiento, advirtió que el cacique Cayupilqui en su invitación hablaba con generalidad, sin determinar el número de caciques concurrentes, ni punto en que deberían reunirse éstos, para establecer los tratados a que aspiraban; sin cuyos previos requisitos y rehenes correspondientes, no sólo parecía vaga la propuesta, sino también inútil en el caso de no convenir los principales y acordar el punto de reunión, el cual debería ser en las primeras sierras o lagunas de Milla Lauquen: en inteligencia, que no pasaría más adelante, por lo avanzado de la estación, si, como expresamente pedían al coronel exponente, querían que fuese al asentamiento de la paz. El cacique Cayupilqui convino en volver a los toldos, acompañado de un intérprete, que por parte del gobierno asegurase a los de su clase la aceptación de S. E. a la propuesta de paz, y marchar a realizarla en su nombre. Dicho coronel partió en efecto: reunió todos los caciques pampas,

guilliches y ranqueles; y éstos, a virtud de lisonjeras promesas que les significó aquél, esperaban el momento de su llegada, cuyo falso supuesto de ofertas, cuando fue demostrado, puso en el mayor de los compromisos, y muy en riesgo de ser degollado con toda la comitiva de su cargo, al coronel, y también de que se separasen los ranqueles con miras de ejecutarlo, como se demostrará cuando se exprese esta ocurrencia.

Del mismo modo omitió manifestar que la reunión la habían acordado hacer en el Sauce Grande, esto es, al pie de la Sierra de la Ventana, sin exponer a los caciques, que la comisión sólo se había allanado a llegar a las primeras sierras y no a tan enorme distancia, en estación tan avanzada, y sin auxilios correspondientes a tan larga marcha; a más de los riesgos que debería recelar de entrar al centro de sus tolдерías, donde podía ser atacada a toda hora de unos hombres feroces que viven del robo y matan impunemente al forastero. A su vuelta manifestó Cayupilqui que todos los caciques estaban prontos a otorgar la paz, hasta el número de quince que nombró: que a la comisión la esperaban sus antiguos amigos con impaciencia, y que no se demorase la salida, quedando él en rehenes hasta la vuelta. El retorno de este cacique fue en febrero, y como más principalmente tenía por objeto esta comisión, reconocer facultativamente los terrenos, de cuya geografía estábamos absolutamente ignorantes en la mayor parte, convino en dar un oficial facultativo, de dos que le fueron pedidos, para levantar el plano y hacer otros reconocimientos científicos, si fuese posible, en medio de los riesgos que ofrecían estas operaciones, si llegasen a ser advertidas de los indios. Este oficial es D. José María Reyes, ayudante mayor de artillería e ingeniero.

No habiendo podido facilitar el gobierno más instru-

mentos que un teodolito y un nivel, fue preciso a la comisión proporcionar a su costa los que principalmente eran necesarios para obrar, demarcar y medir, con cuanto más se requiere y demandan semejantes operaciones, de cronómetros, estatales, planchetas, estuches, etcétera. En el resto de febrero se aprestó una escolta de caballería de catorce hombres, un sargento, y un oficial que debía mandarla y servir de ayudante; dos carretas, una carretilla y un coche con algunos víveres; yerba, tabaco y ropa hecha para los quince caciques; y por todo auxilio, para carruajes y soldados, sesenta caballos de los de servicio de plaza: a que se agregaban dos intérpretes, que también se pidieron al gobierno como indispensables para entenderse con los indios. El cacique Cayupilqui vino acompañado de catorce indios más, hijos, deudos y parientes de caciques (que ellos llaman *chasquis*)^a, para ratificar al gobierno la adhesión de sus comitentes a la paz, y al mismo tiempo afirmar la exposición del comisionado principal Cayupilqui, y que debían acompañar a la comisión en el viaje hasta los toldos, presididos del caciquillo o capitán *cona*, conocido por Antiguan. En efecto, ya dispuesto todo a punto de marchar, fueron recibidas las últimas órdenes del gobierno que señalan los documentos respectivos.

Partida de Buenos Aires, marzo 6 de 1822

El 6 de marzo salimos a las cinco de la tarde de Buenos

^a Chasquis, proviene del quicha y significa mensajero. En el araucó domado se indica *indios correos de a pie*; la castellанизación es chasque, con el mismo significado. Durante la colonia y la época inicial de nuestra independencia, chasque reemplazó en el uso a *propio*.

Aires, llevando en nuestra compañía a los catorce indios *chasquis* y al cacique Antiguan. A las seis, después de inexcusables demoras ocasionadas por el mal estado de los caminos en las salidas, salvaron los carruajes los muchos pantanos y atolladeros, que llegaron a inutilizar principalmente la carretilla. A las siete y media de la noche llegamos al pueblo de Morón, con el ayudante mayor Reyes, y la comitiva de indios y peones que se componía de veinte personas; donde hicimos alto para pasar la noche y reconocer el carruaje que se hallaba deteriorado. Reconocida el día 7 la carretilla, se vio no estar en estado de continuar el viaje, y fue forzoso remitirla a la ciudad para reponerla con otra, lo que se verificó el día 8.

El 9, partimos de Morón y llegamos a hacer noche en la Cañada de los Pozos, donde sobrevino un huracán y tempestad de truenos y lluvia, que nos demoró el viaje hasta las 11 de la mañana del 10, y a las 6 de la tarde arribamos al pueblo y guardia de Lobos, punto destinado a reunirse las carretas, escolta y demás carruajes, con los víveres y útiles que debían servir al viaje y cumplimiento de la comisión. El teniente de húsares y capitán graduado, D. Julián Montes, que debía acompañarnos, ya se hallaba en aquel punto con la escolta, e igualmente las carretas. Las autoridades, política y militar, prepararon alojamiento, lo más cómodo posible, y franquearon con el vecindario todos los auxilios que estaban a sus alcances, y era preciso acopiar, pagando sus valores.

Deseosos de dar principio a una obra jefe,^b de cuyos resultados se esperaban grandes ventajas para la provincia, con la nueva adquisición de feraces terrenos para su

^b Quiere significar una obra grande, importante.

extensión, y la principal de éstas, mejorar la geografía de aquellos hermosos campos, habitados hasta hoy de salvajes, por medio de los indicados reconocimientos, cuyas ventajas refluían en beneficio público, la comisión no pudo detenerse un momento en hacer presente a las autoridades de aquel partido le eran necesarios algunos auxilios de ganados y yeguas, que podrían suministrársele a justo precio por aquellos hacendados. En efecto, invitados por el juez respectivo, no trepidaron en franquearle hasta el número de setenta reses, que se creyeron suficientes, cien yeguas, algunos caballos, y ocho bueyes, con cargo de reintegro estos últimos. Las milicias se prestaron a hacer los apartes, y reunir en un punto estas haciendas, como lo verificaron en la mayor parte; y en su consecuencia estaba detallada la marcha de aquel punto para el día 14.

En medio de la agitación con que se trabajaba en estos aprestos, se recibió en la comandancia militar una orden circular que comunicaba la Inspección General, dando parte a todos los comandantes de fronteras para que vigilaran en la seguridad respectiva de ellas, poniéndose alerta contra una nueva invasión de los indios, que se sabía debía verificarse en el presente mes, al mando del cacique ranquel, Pablo, dirigidos por tráfugas, desertores y resto de chilenos de los de Carreras,^c que aún existían entre ellos. Ella, a la verdad, no dejó de sorprendernos, mucho más cuando estaba de por medio la buena fe tantas veces manifestada por los caciques en el pedimento reiterado de la comisión, para hacer una paz sólida y permanente

^c Se refiere a los restos de las tropas de José Miguel Carrera, derrotadas en las cercanías de la ciudad de Córdoba en 1821. Durante los episodios de 1820 estas tropas, reforzadas con indios, asolaron el norte de la Provincia de Buenos Aires.

con la provincia: a que se agregaban otras poderosas razones para no creer semejante movimiento ofensivo de aquel cacique, que tantas veces había instado por la quietud y armonía a que aspiraba, con los demás de su clase.

Aunque la comisión no había recibido comunicaciones oficiales sobre la materia, y creía inverosímil la especie, sin embargo, no creía deberse exponer a cargos ulteriores, respecto a la notoriedad de dicha orden circular, en un caso desgraciado. Por otra parte, la desconfianza de los vecinos de la campaña crecería, y la emigración a lo interior ya había acobardado a los peones que debían servir en los carruajes, y arreos de ganado y caballada. Pero, debiendo decidirse en falta de comunicaciones del gobierno, llamó al cacique Antiguan y a los demás indios de la comitiva, para imponerles de la novedad, y hacerles cargo de ella. Antiguan protestó a la comisión, bajo la buena fe que presidía a sus buenos servicios prestados a la provincia, que nada había ni podía haber contrario a ellos, y estaba pronto a responder con su cabeza: que cuando más, podría ser alboroto tramado o causado por alguna partida de ladrones, que no faltaban en todas partes, capaces de comprometer los mejores sentimientos.

Manifestó el que le ocupaba, con muchas y muy eficaces reflexiones; y ellas presentaron motivo a la comisión para hacerle entender que no podría dar un paso más en su marcha sin asegurar antes la certeza de esta novedad, y para ello se hacía necesario que el mismo cacique Antiguan, con uno de los intérpretes del gobierno, pasase a los toldos, reuniese los caciques y los hiciese sabedores del caso; previniéndoles que la comisión esperaba sus resultados en aquel punto. El cacique se prestó gustoso a la medida, y salió el día 14, acompañado de dos indios y el intérprete, habilitados de caballos, yerba, tabaco y otros

menesteres para el camino; ofreciendo volver a los quince días de su salida. De todo dio cuenta la comisión al gobierno en el acto instruidamente, solicitando su aprobación. A la verdad, parecía no haber un motivo para temer un movimiento ofensivo en masa de todas las tribus, ni aún parcial, como se indicaba de parte del cacique Pablo, por haber asentido y convenido éste con los demás en la invitación a la paz. A más de que los rehenes establecidos por preliminares de ella, las numerosas partidas de indios de comercio que existían en la capital, y los que acompañaban a la comisión, eran todas circunstancias que inclinaban a creer los retrajese de emprender una invasión que ponía en riesgo sus personas e intereses. La comisión adoptó aquella medida que creyó más prudente, y esperaba que ella sería aprobada del gobierno, por cuanto al mismo tiempo conciliaba la tranquilidad de las familias de los vecindarios de las guardias fronterizas, de los temores y sobresaltos que las afligían, recelando ser nuevamente víctimas de la ferocidad de los indios. De este modo se evitaron muchos males y perjuicios, que la sola emigración causaba a los partidos en el abandono de sus hogares y haciendas.

Manifestadas las causas que motivaron la demora, pasaremos a hacer un relato de los trabajos facultativos que emprendió la comisión como objeto principal de su encargo, hasta la vuelta del cacique Antiguan. Cualquiera cosa que ella trabajase en materias científicas, creía que sería de utilidad a la provincia, aún cuando no se tuviesen todas las proporciones que demanda aquella clase de operaciones. Se acordó levantar el plano topográfico del pueblo de San Salvador de Lobos^{ch} en que residíamos, y

^{ch} También llamado San Salvador de los Lobos, fue creado

determinar su latitud, aunque por lo pronto no se hiciese el cálculo de su longitud, pues él demandaba algún tiempo y más datos de los que teníamos. Contraídos a lo primero, ayudados de buenos instrumentos para ejecutarlo, se consiguió concluirlo en el término de cuatro días de asiduo trabajo, porque la premura del tiempo no permitía hacerlo más despacio, y las comodidades eran escasas para este género de ocupación. El método adoptado era seguramente el más sencillo, pronto, y más propio a la situación de aquel pueblo, y su resultado debía comprobarlo. En efecto, visto el curso de sus calles, corregida la aguja, medidos los ángulos formados por sus manzanas, determinados algunos puntos principales, recorridas con la toesa las diferentes manzanas de que se compone, para ver la población de cada una de ellas y determinar sus detalles, tomado en cada finca el nombre del propietario: observado al mismo tiempo el curso de una cañada y laguna que forma ésta, y pasa inmediata al pueblo, suministrándole agua para su consumo, con cuanto más se creyó conveniente; en toda esta operación, hecha con escurpulosidad y exactitud, manifestó la acertada adopción de su sencillez; de cuyo resultados nos prometimos sacar ventajas en las operaciones ulteriores.

Concluido el primer trabajo, se pasó en el momento a hacer el segundo, es decir, el de la latitud del lugar. Sabíamos que ésta se hallaba, hacía algún tiempo, observada por un respetable facultativo (D. Pedro Cerviño) en la

por acuerdo del Cabildo de Buenos Aires en 1752, sobre las márgenes de la laguna de los Lobos. Destruído por los indios, fue reconstruido en 1799, y al fortín militar que se construyó se le dio el nombre de San Salvador de los Lobos, pero persistió el nombre de Lobos, que es el actual.

expedición de fronteras mandada por D. Félix de Azara, con objeto de hacer observaciones científicas en el curso de ellas. Entre las muchas que hicimos, fue una la que trataba la comisión de determinar. No se dudaba de la exactitud de aquella operación, se respetaba su autor como sujeto conocido por sus talentos: se creía que una operación no complicada como aquélla, con mucha más razón habría dado un resultado exacto. La comisión no tenía aquél, e ignoraba cual era la observación hecha; pero pareciéndole muy propio de su objeto hacerlo, cuando tenía proporción para ello, para averiguar también si había alguna diferencia entre las dos observaciones, especialmente cuando de los mismos instrumentos que habían servido a aquel facultativo, franqueados por la viuda del mismo Cerviño —quintante y horizonte artificial— se iba a hacer uso en la nuestra. Todas estas circunstancias nos empeñaban a hacerlo con doble cuidado si fuese posible.

El día 21, preparado el horizonte con escrupulosidad, para hacer la observación por el planeta Marte, con los datos sacados de las tablas astronómicas, cuando pasase por el meridiano, dio por resultado, después de hechas las correcciones necesarias, $35^{\circ} 16' 2''$ de latitud austral. Parece que ambas operaciones fueron hechas con exactitud: aquélla queda comprobada por la de la comisión, y ésta con aquélla. La pequeña diferencia que se nota de $14''$ no se puede reputar por tal en una observación. Mil causas pudieron influir. La comisión cree fue seguramente un intervalo muy corto que se demoró en fijar la alidada, mientras se reconocía si el astro había llegado al punto *maximun* de su altura, y si bajaba sobre el horizonte. Esta pequeña diferencia es claro que provino de la causa antes manifestada, pero nada de esto influye en lo exacto de la observación, ni en su resultado. Es despreciable cualquier-

ra diferencia que en segundos pueda haber en una operación de esta clase. Los que conocen las causas que obran para considerarse como tal, juzgarán que cualquiera diferencia de esta naturaleza no es error. Lo es cuando alcanzan a minutos, aunque sea uno solo, y entonces se reputa como tal; pero cuando versa en segundos, cualquiera que sea su número, no se para la consideración, y sólo se cuida de anotar con exactitud la primera y segunda clase. Colocados en orden nuestros trabajos para su remisión al gobierno, no se verificó hasta poder acompañar algunos más de igual naturaleza, y sobre la estadística de diferentes partidos que la comisión trataba de averiguar, porque todos reunidos presentaban alguna utilidad y ventajas que podría reportar la provincia con estas obras; y la comisión en vista de ellas poder satisfacer al gobierno del empeño en su adelantamiento, y los deseos que la animaban en beneficio y prosperidad del país. Un vasto campo de operaciones presentaba esta campaña, en la que seguramente interesa conocer la multitud de hermosos terrenos, que una industria más activa sabría aprovechar, y sacar partido de las ventajas que prometen a la agricultura y mecanismo rural. De aquellas posiciones y puntos interesantes, se hallan muchos en nuestra provincia no conocidos hasta ahora, sino superficialmente. El curso del tiempo los descubrirá, y una agricultura más adelantada disfrutará de sus ventajas y comodidades, si antes, como es de esperar, no las saca el gobierno de la obscuridad y embolismo en que yacen, por medio de planos topográficos y estadísticas, que señalen sus bondades, para aplicar con conocimiento y fruto los auxilios y medidas de que son susceptibles, y hacer la felicidad de sus habitantes, y en general de la provincia. La comisión habría deseado desempeñar estos objetos tan dignos como benéficos al interés público;

y por entonces hubo de contraer su atención y ocuparse de los que más se recomendaban. El tiempo era corto: los emisarios debían regresar en breve, como lo prometieron; pero la laguna de Lobos se llevaba la atención de la comisión con preferencia, para un exacto reconocimiento de ella y formación de su plano. A la verdad merecía todo este trabajo, su hermosura, posición, calidad de su terreno, magnitud, pastos, aguada, etcétera. Demora dos leguas al sur del pueblo, y demandaba una operación de esta naturaleza. Dos días consecutivos sobre sus márgenes precisos fueron necesarios para concluir aquella trabajosa operación. Con suma dificultad se reconoció su fondo por medio de la sonda; y otras calidades que la adornan, entre éstas la abundancia de pescado: teniendo por último el placer de agregar este trabajo importante a los demás para su remisión al gobierno.

Situada la laguna en un hermoso terreno desnivelado, y rodeada de preciosas colinas por el norte y este, siendo el nivel de estas sobremanera superior al de la laguna; por el sur y oeste se advierte una gran planicie horizontal que se eleva suavemente sobre su nivel. Esta bella campaña está cubierta de poblaciones, ganadería y labranza. Su terreno en general es fértil y su cultivo laborioso y abundante. Las colinas que rodean la laguna por el este tuvieron en otro tiempo situado el Fortín de Lobos, cuyas ruinas aún subsisten. Por esta parte como por el sur se hallan poblaciones de pingües ganadería, y varios de estos establecimientos son bien conocidos por su riqueza, y forman una parte muy principal de la provincia.

La laguna provee de agua a las muchas haciendas de aquellos establecimientos vecinos. Ella es permanente en su caudal, y aquellas reportan esta ventaja que es sumamente interesante a la agricultura y ganadería, porque los

hacendados no sufren en tiempos de seca las pérdidas de ganados que son susceptibles, faltándoles aquel elemento preciso a sus sostén.

Generalmente en toda la circunferencia de la laguna, tiene barrancas altas, menos por el oeste, por la igualdad de su nivel con el del terreno o superficie común. Sus aguas se extienden y forman un gran bañado por toda la campaña en tiempo de lluvias, pero cuando no las hay se reúnen como un centro, formando horizonte a la vista del observador, colocado en un punto cualquiera de su circunferencia. Ésta tiene 11.139 varas, resultado sacado después de levantado su plano: su profundidad es generalmente de 30 a 40 varas de la orilla, de una y media a dos varas: más adentro de tres y media a cuatro; su fondo de arena; y en su centro se encuentra alguna loma especial en la mayor profundidad. Ésta además tiene una cañada por el sur-este que aumenta sus aguas considerablemente por su cauce. Élla corre por un encadenamiento de lagunas y bañados algunas leguas al mismo rumbo, y más en las cercanías del Salado. No da paso generalmente en todo su curso por ser pantanoso, solamente en su embocadura o confluencia. En la laguna trafican los prácticos o baqueanos por uno que conocen y tienen bien marcado, bastante ancho y malo, por ser parte de la laguna, es decir, que para pasarla, se hace necesario atravesar 200 a 220 varas de agua. El piso es sumamente blando e imposible por ello de acercarse tres a cuatro varas de su orilla: su profundidad no es constante. Lo reconocido es de una a tres varas en las partes abordables de su ancho de seis a siete varas, y en partes forma el cauce un canal profundo, con una corriente rápida, y ésta es en proporción al acrecentamiento de sus aguas. Éstos son salobres, y un poco menos las de la laguna; pero para el ganado

útiles en extremo: de ellas se proveen, como se ha dicho, los establecimientos vecinos. Por el norte aumenta sus aguas del mismo modo una pequeña cañada, que al fin de catorce a veinte cuadras de curso, desagua en ella. Ésta se forma de un bañado pequeño: sucesivamente va aumentando su cauce con otros más que se le reúnen. No forma laguna en su curso; pero las mismas calidades que constituyen aquélla, se verifican en ésta. No da paso por la calidad de su terreno pantanoso hasta doce a catorce cuadras de su embocadura. Un cauce caudaloso de aguas, con mayor profundidad que la otra, la hace inaccesible, y para pasarla es preciso costearla hasta su nacimiento, y entonces se presenta un dilatado bañado bastante penoso por su anchura, pero sin peligro de mal paso: su ancho es de siete a ocho varas, y su profundidad en disminución desde su embocadura hasta su vertiente, y la mayor es de dos, o dos y media brazas. El cauce de este bañado es limpio, y se encuentra en él aquella cantidad de maciegas en su interior, como generalmente sucede en las cañadas. Otras varias calidades hacen recomendable este interesante punto, y es sensible que la industria de nuestros hacendados, situados en las cercanías de una posición tan ventajosa, no progrese como pudiera.

La comisión creyó podía emprender otros trabajos en puntos no menos interesantes que aquéllos, aunque distantes de su actual posición; pero temía no fuesen infructuosos, porque aguardaba por momentos los emisarios. Para evitarlo se dispuso enviar una partida de soldados con un intérprete y un baqueano, para que, avanzando hasta el río de las Flores, reconociesen el paso de éste, bastante dificultoso para carruajes, igualmente el del Salado y Saladillo, y otros embarazos que presentan los grandes bañados que se interponen; observando al mismo tiem-

po cualquiera movimiento del enemigo infiel, y el regreso de la partida remitida en comisión a los toldos, cuya demora ofrecía tantas dudas sobre la conducta de los indios; especialmente con los varios movimientos ofensivos, anunciados con frecuencia por circulares comunicadas de las mismas guardias fronteras. Todas las circunstancias inclinaban a creer que la demora procedía de aquellas ocurrencias, y que debía la comisión prepararse a una defensiva, avanzando partidas con aquel objeto. Esta medida, que fue tomada de acuerdo con las autoridades territoriales, que conocían muy bien sus ventajas y la conveniencia general que resultaba de esta determinación, hasta que oportunamente se dictase en caso necesario por la superioridad la que hubiese de asegurar sus personas y fortunas, fue conciliatoria de la tranquilidad del vecindario, que, agradecido por el esfuerzo arriesgado de la comisión, y por el interés que se tomaba en la propiedad y seguridad de la provincia, no sabía como manifestar su gratitud, especialmente desde que vio salir la tropa, mencionada completamente de artículos de boca y guerra.

Allanado este obstáculo, creyó la comisión que mientras surtía el efecto a que dirigía sus miras, podía hacer el esfuerzo premeditado sin ser infructuoso. Considero que el plano topográfico del pueblo del Monte^d y su laguna podría ser interesante; mayormente cuando no existía un documento de esta naturaleza, y aquella guardia y pobla-

^d Se formó sobre la base del puesto militar allí instalado para detener las incursiones de los indios. La planta urbana data de 1780. Los nombres que se le dieron fueron sucesivamente Guardia del Monte, Guardia de la Laguna, Guardia de San Miguel del Monte Galgano y Guardia del Pago de la Matanza. Ver E. Sánchez Zinny, *La Guardia de San Miguel del Monte*, Buenos Aires, 1933.

ción se habían extendido y adelantado considerablemente y de su hermosa laguna y otras adyacentes no se tenía ningún conocimiento particular. Esto demandaba a toda costa un reconocimiento con toda la exactitud posible, y al efecto marchó a aquel destino, distante ocho y media leguas al este de este pueblo, el facultativo, ayudante mayor D. José María Reyes, con los instrumentos y comitiva necesarios para aquellas operaciones, y con los recaudos respectivos para las autoridades de la misma guardia y pueblo, con objeto de que le proporcionasen los auxilios que necesitase para evacuar con prontitud los trabajos de su encargo: como así lo ejecutaron con puntualidad los sujetos principales, dándole además todos los conocimientos precisos sobre las propiedades y límites del partido, requisito necesario para la formación y organización del trabajo. Del mismo método observado en el trabajo anterior se hizo uso para éste. La laguna demandaba otro distinto, como que la calidad de la operación era diferente por su naturaleza. Para ello se adoptó el método general que en casos iguales se hace necesario. Una base exactamente medida, proporcional a su extensión, grandes miras o *jalones*, colocados en los puntos remarcables de su circunferencia, se hacían precisos para levantar el plano: la mensura de los ángulos, formados por estos distintos puntos sobre la base, daba por resultado la verdadera posición de aquéllos, que, junto a un reconocimiento de toda ella, eran suficientes para la conclusión de la operación.

Era además indispensable reconocer otra laguna llamada de las Perdices, unida por un pequeño arroyuelo, fácil de ejecutar, después de conocida la posición de muchos puntos que tenía en sus inmediaciones. Ellos servían de base, y las miras colocadas en sus puntos más remarcables daban su verdadera figura y extensión. Al mismo

tiempo se determinaba la posición de los establecimientos vecinos a la laguna: muchos de éstos se hallaban situados en sus inmediaciones, y algunos de consideración por su riqueza en ganadería. Determinada, pues, la verdadera posición del pueblo y laguna en cuatro días de trabajo consecutivo, y reunidos los datos para formar una memoria estadística del partido, no hubo detención de un momento: especialmente cuando en el mismo día la partida observadora avisaba haber encontrado más allá del Salado a los indios, remitidos a los toldos, de vuelta de su comisión, y que al siguiente debían regresar unidos al punto de su partida, esto es, al pueblo de Lobos.

Habiendo sido favorables los resultados de los emisarios y celebrado con salvas y general regocijo, al ver desmentidos los rumores esparcidos por toda la campaña, que habían perturbado su tranquilidad, de que se hablará después; siendo necesario aprestarse a la marcha, la comisión trató de reunir sus trabajos, y hacer la remisión de ellos al gobierno, antes de su partida o al mismo tiempo: entretanto, no puede dispensarse de hacer una descripción del pueblo y laguna que dieron motivo a sus tareas.

Se hace forzoso considerar: Primero, la verdadera situación y circunstancias que constituyen la laguna, y es fácil en seguida conocer la del pueblo y establecimientos en varios puntos de su circunferencia, pues que ésta está descripta, y aquéllos son relativos a ella, y deben considerarse así. Describir este punto interesante y calidades que le constituyen, es sumamente sencillo. Ellas son semejantes a las del otro anterior, pero sin embargo tiene otras que le distinguen. La laguna es menor que la de Lobos: su circunferencia es de 10.421 varas, 712 varas menos que aquélla. La calidad de sus aguas es potable, aunque algo salada: su fondo arena en todas partes, barrancosa por to-

da su circunferencia, excepto por el oeste y oeste-sur-oeste, donde su nivel tiene muy poca elevación sobre sus aguas: por los demás rumbos tienen sus barrancas de diez a catorce pies de altura sobre el nivel del agua. La gran planicie de la campaña del este y sur es horizontal, su plano y su nivel elevado sobre la superficie de la laguna: ella es limpia, y no se encuentra ninguna maciega en su extensión. La campaña del oeste es hermosísima y pintoresca, pero su nivel diferente de aquélla. El terreno de sus campos es fértil, y su cultivo abundante. Sus pastos fuertes, aunque mezclados con el cardo, que abunda demasiado. Sus horizontes se ven cubiertos por todas partes de ganados de todas especies, pertenecientes a los establecimientos limítrofes. Estos terrenos, cuyos límites confinan con las márgenes de la laguna, en ninguna ocasión son votos por los ganados pues encuentran en ellos las ventajas de pastos y aguas; y los muchos senos que forma la posición de dicha laguna con la unión de la otra (la de las Perdices) de casi igual magnitud, sirven a los propietarios para tener como encerradas sus haciendas; y de este modo han prosperado sobremanera aquellos establecimientos, que ciertamente forman la riqueza de aquel partido.

Por el oeste-sur-oeste rompe el gran caudal de agua de esta laguna, por un brazo encajonado y caudaloso, cuando salen de madre, y de un centro de unión más elevado. Estas aguas forman, como a treinta varas de la laguna principal, otra de igual magnitud, pero sin las calidades que constituyen a aquella (las Perdices), o más propiamente bañado, sin formar barranca ninguna, que se extiende al sur, de que se forman otros bañados y pequeñas lagunas, y por un encadenamiento sucesivo, ya de bañados, ya de pequeñas lagunas, desagua en el Salado, cerca de la laguna de las Flores. Sus aguas son iguales en cali-

dad a la laguna de donde toman su origen. Su interior está lleno de maciegas, junco, duraznillo, etcétera, su fondo es lama, su sonda la de un bañado; y generalmente se observó en su reconocimiento igualdad en ella, esto es, de cuatro a cinco pies de agua en su centro: en sus orillas de dos a tres. Sus campiñas, por el sur y este, tienen las mismas calidades que las ya descritas en fertilidad y pastos. Las poblaciones de ganadería disminuyen hacia el sur: se hallan, sin embargo, algunas de mucha consideración, limítrofes al Salado. La gran laguna aumenta sus aguas, y puede decirse se forma principalmente por las de una gran cañada, llamada del Totoral, que viene del norte y corre al sur: su origen se halla de doce a trece leguas de su confluencia en la laguna: desde aquel punto viene recibiendo de varias cañadas un caudal considerable de aguas, que deposita en una laguna de 500 varas de la principal, con quien pasa a unirse. Su ancho en la embocadura excede a 400 varas, disminuyendo éste hacia el norte. En su curso forma varios bañados, poblados de juncos unos, y de totoras otros; y en toda ella abundan las maciegas que embarazan el paso. Su piso es pantanoso, y en las inmediaciones de su confluencia franquea paso, negándolo en su curso por lo pantanosos que son sus bañados. Su fondo en su desagüe es de tres a cuatro pies, y su paso, aunque poblado de juncos, no es expuesto ni dificultoso. La calidad de los terrenos que riega es igual al descrito: sus pastos fuertes, y sus tierras vegetales. En su orilla o inmediaciones se encuentran muchos establecimientos de ganadería y labranza, que forman la riqueza del partido. Además recibe la laguna las aguas de una pequeña cañada por el sur-este, que toma su origen a dos millas de aquel rumbo: su cauce es corto, su ancho tres varas, pantanosa, pero de paso en todo su curso.

El pueblo o guardia se halla situado al norte sobre las márgenes de la laguna, en una colina que se extiende al sur hasta las barrancas de aquélla, prolongándose en disminución al este hasta las orillas de la Cañada del Totoral. La población se halla situada en esta colina y fuera de ella. Ésta se extiende sobre la costa de aquélla y de la laguna al oeste: tiene por límite al sur la ribera barrancosa de ésta, al este las márgenes de aquélla, al norte una espaciosa y horizontal campaña, y al oeste otra de igual naturaleza, limitada al sur por la ribera dicha de la laguna. La población tiene de extensión este-oeste diez cuerdas; de norte a sur siete: éstas tienen ochenta varas de largo y ocho de ancho. Las calles corren este-norte-este a oeste-sur-oeste, y de norte-norte-oeste a sur-sur-este. El fuerte se halla situado sobre la ribera de la laguna: su circunferencia es de una cuadra cuadrada. Tiene dos pequeños baluartes o explanadas circulares en los ángulos del norte y sur del cuadro: en ambos hay una pieza de artillería de fierro del calibre de a 4, montada en cureña de costa. Toda esta fortificación es inútil, ni puede llamarse tal en cualquier caso de defensa, pues no podría hacerse uso de las piezas, o si se hiciese, sería infructuoso. Ninguna dotación se halla allí de repuesto para su servicio: tampoco artillero alguno que las gobierne, y en un estado ruinoso sus montajes, sin provisión de cartuchos, estopines, cuerda mecha, atacadores, etcétera.

En este estado miserable aparece hoy esta guardia, y así, y aún más, todas las demás en las fronteras, sin foso ni estacada regular en alguno de estos puntos para defenderse, o al menos ponerse a cubierto el vecindario con sus propiedades de un enemigo encarnizado y constante en sus incursiones, de cuyo resultado aún se lamentan todos. ¿Y de este modo se podrán contar seguras las pro-

piedades que constituyen la riqueza del país, y cuyos conatos deben ser preservarlas de las funestas lecciones que nos han dado constantemente nuestros invasores? No. ¿Seremos y continuaremos infelices? ¿La desolación, el terror y la miseria las habremos de ver siempre pintadas en nuestros campos, y que las hogueras voraces sustituyan a las pingües poblaciones que hacían la felicidad de la provincia? Esta inercia y los males que ella puede originar reclaman pronto remedio. Es ciertamente lamentable la suerte de nuestros establecimientos en el sur. Algunos se conservan sin haber sido arrasados de los bárbaros, porque por fortuna sus incursiones las han hecho sin combinación, y sobre los establecimientos de las fronteras del oeste principalmente y con repetición; siendo este partido, y algunos otros inmediatos, los que experimentaron menos desgracias. No obstante, los establecimientos al otro lado del Salado, cercano a los montes de aquélla, fueron arrasados sin quedar muestra de haber existido.

No se encuentra en esta población nada interesante: ranchos de paja, la mayor parte de ellos cubiertos con los bosques o montes de duraznos, que en cada finca hay. En cada manzana o cuadra, comúnmente se hallan dos o tres poblaciones; y aún en las más cercanas al centro no todas se hallan pobladas. Se encuentran muchas propiedades de construcción de material y techos de paja. Este modo de techar, aunque demanda renovaciones, es cómodo por su menos costo y por encontrarse en abundancia la paja de diversas calidades. Los montes, que forman a la vista un bosque de todo el pueblo, suministran a los propietarios muchas ventajas por ser este ramo escaso en la campaña. En las calles de su interior no se disfruta vista agradable por la multitud de árboles que privan la de la campiña y laguna, y aún de la ribera al sur de la población.

No se puede dar una vista más deliciosa y pintoresca. Su horizonte, por todas partes de hermosas praderías, cubiertas de ganados de todas especies, cuyas imágenes apenas se perciben a la simple vista, entretienen al observador agradablemente. Un número prodigioso de rebaños de ganados vacunos, lanares y caballares, de la pertenencia de los establecimientos vecinos, presentan una perspectiva risueña. La situación del pueblo es el punto mejor que se encuentra en toda su extensión, y aunque domina a aquella campiña, metido entre sus bosques, le privan de la mejor vista. El monumento más marcante que le adorna es su capilla, toda hecha de ladrillo cocido, y el adorno interior, lo mejor que se encuentra en todos los pueblos de la frontera. Se omite detallar otros pormenores, que pueden verse en la pieza número 2, relativa a la estadística de aquel pueblo: ella suministra los conocimientos de su población, producciones, número de hacendados, labradores, límites, etcétera.

Concluido el trabajo, según queda relacionado, en el partido de la guardia de San Miguel del Monte, se reunió la comisión sin pérdida de instante en el de Lobos, donde acababan de arribar los indios emisarios, y duplicada comitiva que les acompañaba en clase de *chasquis*; y de todas las ocurrencias de su misión hicieron una exacta relación, de que inmediatamente se dio cuenta al gobierno; remitiendo al intérprete para que la expusiese a viva voz, si se creía necesario: al mismo tiempo que se recomendaba al cacique Antiguan, por la eficacia de su diligencia, y cuánto había trabajado con los demás de su clase por la paz, exponiendo su vida por haber quedado a pie en la ida, en falta de caballos. El resultado de su misión hará ver cuán acreedores se hicieron estos emisarios a una recompensa por sus distinguidos servicios.

La comisión, apremiada de la estación para emprender su marcha a las sierras por una parte, y ejecutada por otra de ordenar los trabajos hechos en la manera y demostración facultativa que correspondía, aprovechaba todos los momentos del día y aún de la noche a este efecto; sin descuidar la reunión de reses, caballos, bueyes y demás que debían servir al viaje. Pero mientras se realizaban todas estas disposiciones previas a la marcha, la comisión referirá el retazo de los emisarios e intérprete, con las particulares ocurrencias en su ida, estada y vuelta de los toldos, y se colegirá de ella, que entre la bárbara desconfianza, característica en el indio, y la ambición de poseer lo ajeno, zozobra y se quebranta la buena fe; y ésta se hace para ellos insignificante en el momento que crean convenirles romperla, aun cuando sacrifiquen los rehenes y personas más allegadas, y entre ellos de estimación y opinión singular.

El cacique Antiguan con su comitiva e intérprete salió el 14, como se ha dicho, en activa diligencia de pasar a las tolderías y averiguar ciertamente la verdad sobre las incursiones parciales que se hacían en nuestras fronteras del norte. Su empeño le hizo acelerar la marcha; pero a los cinco días se les rindieron los caballos, y siguió con ellos cansados, hasta quedar totalmente a pie. Siguió así, hasta que afortunadamente topó con una de las muchas partidas avanzadas que tenían puestas los indios, temerosos de ser atacados por el gobierno, según avisos que se les había dado. Con este motivo fueron auxiliados de todo lo necesario, hasta ser transportados al mismo toldo de Antiguan, que llegó bastante enfermo a los nueve días de viaje. Dio aviso a todos los caciques, y los invitó a tener una entrevista, y conferenciar sobre los motivos de su misión y resolución última de todos juntos, para comu-

nicarla al gobierno, con quien quedaba comprometido de hacerlo: urgiendo más esta pronta medida, cuando que de ella dependía la existencia del cacique Cayupilqui, que de acuerdo con todos los de su clase, se hallaba prestado con Antiguan a quedar en rehenes, mientras se hiciese la paz que ellos habían pedido.

Reunido un número considerable de caciques pampas, guilliches y ranqueles^e en los toldos de Antiguan, éste expuso a la reunión el objeto y causas de su mensaje, cuyo interesante motivo le había impulsado a emprender tan molesto y desagradable viaje, en virtud del irregular procedimiento de los indios, para desmentirlo si no era cierto: y si tenía algo de verdad ¿por qué se quería sacrificar a Cayupilqui, a él y a los muchos indios que se hallaban en Buenos Aires?

Los caciques Pablo, Calimacú y Ancafilú, con algún otro de los principales, manifestaron su opinión; y se altercó en ella la mayor parte de la noche en que se tuvo la sesión. Antiguan les dio en cara con su proceder; protestó que vengaría la sangre de Cayupilqui y de las demás víctimas que resultasen de esta felonía, procediendo contra sus autores. Dijo que el gobierno de Buenos Aires había creído de buena fe la paz que se le había pedido: había igualmente accedido a la solicitud hecha para que viniese en su nombre a asentarla el coronel D. Pedro Andrés García, el cual quedaba ya en la frontera, esperando la confirmación de esta novedad, para seguir su marcha o retirarse. Últimamente exigió una contestación categórica. asegurando la mejor buena fe por parte del gobierno; pero que temiesen los resultados, porque ya no existían

^e Remitimos al lector a lo referido sobre las parcialidades indias en nuestro trabajo sobre la *Descripción*, de Falkner.

Carreras ni Ramírez que los habían comprometido, faltándoles a todo lo que les habían ofrecido; y que hoy el gobierno, libre de aquellos enemigos, aplicaría todas sus fuerzas para destruirlos, y lo conseguiría bien presto. Entonces los caciques disidentes expresaron que por muchos conductos habían sido informados de que el gobierno trataba de sorprenderlos y atacarlos: que por lo tanto creían deberse poner en armas, y que ciertamente lo habrían hecho, si él no hubiese llegado. Adujo Antiguan otros muchos razonamientos de conveniencia e interés. Les demostró los males de la guerra; la pérdida de su comercio; la de muchos artículos de consumo entre ellos, que ya se habían hecho como de primera necesidad; la inquietud y continua agitación en que vivían, huyendo de unos y temiendo de otros. Sin embargo, uno u otro de los ranqueles manifestó su descontento, como motores de los movimientos anunciados, y cuyas partidas habían invadido por el norte nuestros campos. Acto continuo tomó la palabra el cacique Neclueque, conocido por el *Platero*, manifestó razones que creía poderosa para aceptar la paz, e impuso en tono amenazante a todo aquel que fuese de contraria opinión.

El cacique principal y más antiguo, Lincon, que había sido mero espectador de la discusión hasta entonces sostenida, siendo el más adicto a la paz propuesta, habló enérgicamente, y dirigiendo su alocución a los disidentes, les dijo: "Que el que no estuviese por la opinión de la paz antes convenida, y pedida al gobierno de Buenos Aires, se retirase en el instante de aquella reunión con todos los suyos: que pusiesen en ejecución sus planes hostiles contra la provincia, que ellos también pondrían los suyos para escarmentar a la facción agresora y a hacer una paz sólida y permanente, que les proporcionase un perpetuo

sosiego a sus familias, que hacía algún tiempo no disfrutaban por causa de los malvados que en el momento el encargado Antiguan regresaría a dar cuenta al gobierno de lo resuelto, y conducir a la comisión que se mantenía detenida en la guardia de Lobos”.

A virtud de este último razonamiento accedieron los disidentes, aparentando entrar todos en la paz, que quedó sancionada: y determinando que cualquiera que dijese que el gobierno pretendía sorprenderlos o atacarlos, por este mero hecho debía ser muerto como perturbador de la paz; y Antiguan debería marchar inmediatamente con un enviado de cada cacique principal, que saludase al coronel comisionado y le acompañase en su viaje, dando de este modo más fuerza a la seguridad de su oferta y decisión: cuya conferencia había presenciado el intérprete del gobierno, que la ha referido de conformidad con el emisario Antiguan.

El 19 de abril estuvo de vuelta la guardia, a los diez y nueve días de haber salido de ella con catorce indios, parientes e inmediatos deudos de los caciques a los fines expresados, con otras varias partidas de comercio que pasaron a esta capital. La comisión, según deja expuesto, dio cuenta puntual al gobierno, y no se ocupó de otra cosa que del arreglo y organización de sus trabajos, y de preparar los auxilios de su marcha por unos desiertos de todo desprovistos, a más de la penosa empresa que dificultaba más, el avance de la estación de invierno. Hubiera sido culpable en todo tiempo si se hubiese hecho indiferente a unos reclamos que por su conducto debían llegar a oído de la superioridad. Ellos exigían que tomase una parte activa, para evitar los males que su negligencia podía haber ocasionado. Cumplía con un deber que le imponía la humanidad, para cruzar de un solo golpe la avaricia de

algunos hombres, cuyas miras tendían a la destrucción de nuestra naciente labranza, posponiéndola a sus intereses privados. Grandes males debían originarse, cuando se paralizaba por algún tiempo el curso de la agricultura en un país que sin ella jamás progresará. Ésta es la que constituye la verdadera riqueza de las naciones: si se aniquila o trata de destruir, decae la industria: sin ésta, la ruina de los estados es inevitable.

En todos los partidos de la campaña resonaba los clamores de los infieles labradores y ganaderos. Se había formado una liga de propietarios para arrojar a aquéllos de sus hogares, con varios pretextos que daban colorido a la injusticia, y que eran el velo que la cubría. Estos hombres, ocupados de una escomunal[†] ambición, procuraban eludir las más activas medidas del gobierno; y la ley, que prescribe la protección de las propiedades, la hacían servir a sus intereses, sobreponiendo éstos al celo de aquél, mientras que entregado a sus meditaciones benéficas, formaban los planes más útiles de conveniencia general para la provincia. Pero el interés particular los entorpece, alejando todo aquello que estaba en oposición, con perjuicio notable de la causa común.

El número de esta clase perjudicial, por desgracia, se aumenta en nuestra campaña; y seguramente la destruiría, arrojando de sus poblaciones a la clase productora, labradora y ganadera, en la que está refundido este trabajo, prevaleciéndose al intento de una ley publicada con un más noble fin.

Cuando el gobierno hizo conocer al país sus verdaderos intereses, y las riquezas que en ella se encerraban, hemos visto desprenderse de la capital un enjambre de

[†] Debe decir descomunal.

especuladores y ganaderos, abarcar con sus fondos considerable extensión de terrenos; la mayor parte de éstos, poblados de antiguo tiempo, y aún defendido de los indios por sus poseedores, sin ser propietarios. Y he aquí que por la codicia de aquéllos se han visto repentinamente hechos sus colonos; y por último, arrojados de sus hogares con sus familias y haberes, atacados con combinaciones judiciales las más fuertes, para ejecutarlos al desalojo. ¡Qué injusticia y qué despotismo! ^g

No podía la comisión ser insensible al llegar a sus oídos estos clamores. No podía disimularlo sin dar cuenta al gobierno, prefiriendo los intereses particulares a la ruina de tantos miserables. No: ella llenó este sagrado deber, instruyendo sobre el particular y pidiendo un corto remedio a tan grave mal. En la sencilla exposición hecha a la superioridad, la comisión no habló del abuso que se hizo del candor e ignorancia de los que tenían mejor derecho por su antigua posesión a una moderada composición. Tampoco del silencio que generalmente se ha guardado de este legal impedimento por los denunciante en sus adquisiciones, ni de los reclamos desatendidos de muchos en las posesiones judiciales: sólo contrajo su atención a hacer respetuosamente presente, se sirviese dispensar la protección y amparo a estas familias y a sus intereses, porque en otra forma iban a ser víctima de la miseria; perdiendo la provincia los brazos agricultores ya formados,

^g Estos conceptos son permanentes en García, que ya los enunció en su informe sobre la campaña en ocasión de su viaje a las Salinas. Lo importante son sus palabras condenatorias del *enjambré de especuladores y ganaderos*, pues sostenía los beneficios de la agricultura. Coincide con Belgrano al sustentar ideas fisiócratas.

sin otro recurso que el de la mendicidad, que no podrían soportar con resignación, ni dejar de sentir del modo más vivo la indiferencia con que se mirasen sus ruinas. Por último, la comisión expuso que estos desgraciados tocaban ya la raya de la desesperación; y no tanto se empeñaban en permanecer en sus hogares, como en procurar terrenos donde mudarse, aunque a costa de graves atrasos y quebrantos en sus haciendas y poblaciones. Que entre éstos se contaban gran número de labradores, y muchos hacendados de mil, dos mil y tres mil cabezas de ganado, y a más los lanares, caballares y de cerda. Que era consecuencia necesaria de este despojo la mengua considerable de nuestras cosechas de granos: pues los propietarios no podían sustituirla, en muchos años. Que creía oportuna una medida que acomodase a unos y aquietase a otros, contraída a prevenir, por medio de una circular a los propietarios, que en el término de un año no innovasen, ni perturbasen a los situados en sus terrenos, dentro del cual procuraría el mismo gobierno proporcionarles otros en que pudiesen retirarse con sus ganados. En comprobación de lo expuesto, también añadió la comisión, que sólo en el terreno llamado la Cañada del Toro, debían desalojarse más de ochenta de estos labradores; siendo muy probable que de los demás destinos, en sólo el partido de Lobos ascendiese y aun excediese el número de ciento cincuenta, y enteramente imposible que pudiera llenarse este *déficit* de brazos labradores.

La medida propuesta parecía cortar los males, y dejar preparados pobladores voluntarios para los nuevos destinos que meditaba establecer el gobierno, como absolutamente necesario a la extensión de la provincia. Igualmente se persuadía la comisión, que el gobierno no tendría el pormenor de estas ocurrencias, y que era sumamente in-

interesante la conservación de los primeros brazos del Estado. Bajo de estos conceptos, que creyó oportuno analizarlas a la superioridad, para que hiciese de ellas el uso que creyese conveniente. A la verdad podría esta materia extenderse; pero las páginas de este diario no permiten hacerlo: él se contrae solamente al objeto principal de su tendencia. Si, se dirá, que el gobierno recibió con agrado las comunicaciones y trabajos facultativos que se le remitieron, y la parte activa que había tomado en favor de los débiles, añadiendo que proveería de oportuno remedio, como lo hizo y consta del Registro Oficial. Encargó también a la comisión que prosiguiese esta misma marcha, pues en ella servía al país y complacía sobremane-
ra a las miras que el gobierno se proponía; no dudando que continuaría, hasta concluir la obra que había emprendido; siendo ciertamente uno de los objetos más dignos en que debía ocuparse.

Después de reunidos los auxilios, calculados según el tiempo que debíamos emplear en el viaje, y con respecto a la comitiva, aumentada doblemente con la de indios, la comisión creyó no deberse detener un momento.

Día 11 de abril. Se emprendió la marcha, llevando los carruajes que van expresados, con ocho hombres auxiliares para el arreo de ganados y un baqueano que nos señalase los pasos únicos que franquean de menos riesgo los ríos Salado, Saladillo y Flores. En este día se cumplieron los deseos de la comisión. Ansiaba ver el resultado, despreciando el peligro que por todas partes se le anunciaba: anhelaba poner en planta sus reducidos conocimientos en beneficio del país, que la honraba con un encargo de tanta importancia. Los descubrimientos y adelantamientos que podrían hacerse en el viaje en una campaña desierta, fértil y llena de hermosuras, era la idea constante que nos

ocupaba: por ella estábamos prontos a sacrificar nuestra existencia, como se transmitiesen a la luz los conocimientos que adquiriésemos: el poder ser autores de alguno era lo que deseábamos, y esto nos compensaría al mérito que se creyese habíamos contraído: que se adelantase la geografía de este país, confusamente conocido en su interior, era el objeto más digno y más importante a que se nos destinaba: nuestras facultades y proporciones eran muy escasas; pero nuestra constancia y aplicación todo lo vencía: el riesgo era inminente, pero lo despreciábamos, como se lograse el objeto que nos proponíamos.

Rompimos la marcha, pues, descubriendo un horizonte con una hermosa perspectiva: un verde risueño y agradable le señoreaba, cubierto de poblaciones de labranza y ganadería, crecidos rodeos que pastaban alrededor de ellas, establecimientos de hombres industriosos cargados de una dilatada familia; ésta es la población de todo este partido, y por esta razón se le considera como el granero de la provincia, y el más industrial y poblado de todos los demás de nuestra campaña. Su suelo fértil procura a sus habitantes grandes cosechas, y la reproducción es admirable por su feracidad: en ellos se hallan labradores de crecidas siembras, y sus establecimientos se hallan a tres y cuatro leguas al sur del pueblo: los más australes arriban hasta la costa del Salado, adonde hizo alto la comitiva para emprender la marcha al día siguiente.

El rumbo sur cuarto oeste fue constante desde nuestra salida, con algunas pequeñas variaciones, ocasionadas por las tortuosidades del camino, pero de poca consideración: se hicieron cuatro y media leguas de jornada hasta la estancia de un labrador, nombrado Aráoz, tres cuartos de leguas antes de llegar al Salado, uno de los principales en el partido. No hubo entorpecimiento en la marcha, por

lo llano del terreno y fácil de transitarse hasta este punto: él es bastante seco, y en él se encuentran muy pocas lagunas, pero las que tiene le suministran por su magnitud el agua suficiente para sus haciendas. Algunos bañados se hallan con poca agua antes de llegar a aquel establecimiento; pero en la estación del invierno la mayor parte de este campo se inunda, no obstante que su nivel es el más elevado de todas las campañas vecinas, y superior al de la población: él va disminuyendo naturalmente hacia el Salado, como centro o depósito de todas las aguas que bañan la campaña del sur.

Día 12. A las 8 de la mañana rompimos la marcha, con un día claro y hermoso: brisa suave norte-oeste. El rumbo desde la salida fue sur cuarto oeste con algunas pequeñas variaciones: los baqueanos nos condujeron al paso del río Salado, por un camino seco, sólido, terreno elevado: algunas pequeñas cañadas se encontraron al salir de la parada, pero de poca consideración: al aproximarnos a las márgenes de aquel río, veíamos todo el horizonte cubierto de montes, al parecer poblaciones de labranza solamente, pues ganados no se veían por ninguna parte. Un aspecto bastante triste presentaba toda esta campaña, aunque por todas direcciones llena de bosques de durazno de los antiguos establecimientos. Pero muy poco tardó el desimpresionarnos de nuestra ilusión. ¡Ah!... Al acercarnos a ellos no encontramos sino vestigios de que un día existieron. Los bárbaros, en sus últimas y sangrientas incursiones, asolaron todos los situados en ésta y la otra parte del río, en este partido. Al aproximarnos descubrimos las ruinas de aquellas pequeñas poblaciones de los labradores que un día servían de abrigo a su indigencia, y que el fuego devorador había consumido: sólo existían tristes y ensangrentados restos de algunos árboles: ras-

trojos destruidos o pequeñas sementeras quemadas, que servían de sustento a las familias de un labrador honrado que allí moraba. Descubrimos más: vimos aún sus cadáveres, cuyos esqueletos servían de alimento a los pájaros y fieras, al lado de los restos de un arado con el que hacía menos penosa su existencia. Por otra parte se encontraban huesos de cadáveres asesinados por el bárbaro, entre los arbustos y lagunas que la sorpresa les hacía ganar para defenderse: allí perécían, y aún más, llevando a la tumba el desconsuelo de ver arrastrada por los asesinos su mujer e hijos, los que se libraban de ser envueltos en las ruinas que el fuego consumía. Este cuadro, a la verdad lastimoso, no dejaba de conmovernos: formaba en nuestra imaginación ideas tristes, que correspondían al espectáculo que mirábamos: sentíamos la necesidad de que estos males se reparasen, aun cuando no fuese más que custodiar los que aún existían expuestos a sufrir la misma suerte cuando el incursor quisiese hacerlo: sentíamos la necesidad de que su custodia no se abandonase a manos de milicianos, que miraban con indolencia la pérdida que ellos mismos sufrían: preferían una fuga vergonzosa antes que socorrer al labrador anciano que perecía y a quien cautivaban sus familias, siendo partes ellos mismos en esta pérdida, pues era su propia sangre. Muchos sucesos semejantes nos han dado a conocer la desmoralización de la milicia en general de nuestra campaña, llegando a un estado más degradante la de la frontera: a la vista de un bárbaro enemigo despreciable, huyen y abandonan sus hogares, dejándolos entrar al pillaje. Multiplicados sucesos, repetimos, nos han demostrado el estado miserable de nuestros paisanos en la pelea con unos constantes desoladores de bienes y familias, y vemos cuán inútiles han de ser los esfuerzos que se premediten con ellos. Hemos visto emplearse el castigo que

merecía la indolencia y cobardía de estos hombres, sin que haya producido efecto. Pero el castigo ¿qué efecto puede hacer en una clase de hombres que no defienden sus hogares, ni precaven la ruina de sus hijos y mujeres? No hay moralidad ni amor al suelo que los alimenta, y faltando esta calidades que deben revestir al ciudadano, no se pueden esperar acciones que los califiquen de amantes a su país.

Dejando a retaguardia este espectáculo afligente, nos dirigimos al paso del río, el que efectuamos a las 9 de la mañana: los carruajes pasaron sin tropiezo ninguno, a pesar que tuvieron que vencer a la entrada un bañado pantanoso, que acababa en la ribera: tenía muy poco cauce, que no pasaba de cuatro pies, y su ancho no sobresalía de 32 a 35 pies: su fondo de barro y lama, pero sin pantano: su curso rápido: su ascenso y descenso fácil: sin barrancas en más de media legua de su curso, siendo solamente una cañada, que el conjunto de aguas que recibe le hacen formar mayor cauce en su curso de oeste un cuarto norte a este un cuarto sud, no saliendo de la esfera de ella. El conjunto de arroyos que le entran en su curso al este le forman un cauce considerable, y en el invierno no da vado en ninguna parte. Los vecinos, establecidos en sus riberas, cuidan tener para el tráfico, una canoa que sirve para los transeúntes; y aun su paso en ésta, en la estación de las aguas, es peligroso: el ancho del río en esta época es constante, hasta que disminuyen aquéllas: en todo su curso pasa de 800 a 900 pies, y su cauce es profundo. Efectuado éste, entramos en una planicie elevada sobremanera a la de la ribera septentrional: un horizonte, hermoso y nivelado, se presentaba lleno de pequeños establecimientos de labranza, que nuevamente se habían repoblado, confiados en la próxima paz que debía efectuarse con los infieles:

algunas sementeras que comenzaban a trabajarse y preparativos para una siembra considerable se hacían por algunos labradores de fondos. El terreno favorecía sus empresas, y confiados en su feracidad, se exponían a ser víctimas, no obstante que con alguna más seguridad o confianza, por las ocurrencias que observaban, de ver establecida una paz duradera con la Comisión que el gobierno destinaba al efecto. Transitando por este mismo terreno, dejamos en menos de media hora a retaguardia las últimas poblaciones: a las dos leguas del paso del río, con el mismo rumbo, encontramos una laguna a la izquierda de la marcha, llamada de Biznagal, distante del camino seis a seis y media cuabras. Reconocida, vimos ser de excelente agua, formada de manantiales, al pie de un médano de poca elevación, situado al noreste de su ribera: su circunferencia pasaba de 2000 pies: limpio su interior: su fondo arena, y cinco a seis pies de agua en su centro, siendo menos en sus orillas. En esta alegre posición parece, según noticias, hubo un establecimiento, que fue destruido y abandonado de su poblador por temor de los bárbaros. Continuando nuestra marcha por el mismo terreno, aún más elevado desde esta laguna para adelante que el anterior, desde ella hasta el Salado, arribamos a las tres de la tarde a la laguna llamada de Espejo, seis leguas del punto de salida, y del Salado cinco y cuarto, con el objeto de pasar allí la noche para refrescar las cabalgaduras, y seguir la marcha al día siguiente. Desde la laguna del Biznagal, no se encontró nada particular: hermosos pastizales de cuatro a cinco pies de altura; terreno seco y elevado, aunque gredoso en partes, y que generalmente se componía de tierra negra y vegetal: plantas ningunas: menos cañadas ni aguadas, hasta esta laguna en donde paramos, la que describiremos.

Se halla situada al pie de dos médanos o colinas, de más de 25 pies de elevación cada una, formada de un bañado y manantiales que vierten de éstos: su agua regular: los médanos se hallan situados al sud respecto a la circunferencia de ella, la que pasa de 4000 pies, extendiéndose al noreste, por un bañado del que se forma principalmente: su longitud pasa de 1000 pies, y su latitud de 400: su cauce profundo, y aun en sus orillas tiene doce a catorce pies: su interior lleno de junco y duraznillo: su fondo lama y barro: los pastos de su circunferencia fuertes y hermosos: la posición de los médanos bastante agradable: desde ellos se descubre toda la planicie que la rodea, a más de tres cuartos de legua de diámetro. Algunos otros se descubrían al noreste prolongándose al norte-noroeste, pero de menos elevación: leña muy escasa, siendo necesario hacer fuego con estiércol, que se encuentra en abundancia, de las muchas tropas de hacienda chúcaras que se hallan desparradas en todo aquel campo, de las robadas por los bárbaros en la frontera. A las 5 de la tarde tuvimos una brisa noroeste que desterró los mosquitos que nos importunaban, y los que ya empezaban a encontrarse en la campaña.

Día 13. Claro y hermoso: calma por la mañana, a la tarde brisa fuerte del segundo cuadrante o rumbo sureste. A las 6 de la mañana, nos pusimos en marcha con rumbo sur directo: los carruajes salieron más temprano para avanzar todo lo posible: con este rumbo caminamos media legua, al cabo de la que encontramos con el arroyo Saladillo, cuyo origen aún no es bien conocido; el que, según informes de personas inteligentes, desagua en el río Salado, distante del lugar en donde las riberas del de las Flores desembocan en el mismo tres cuartos de legua al Noroeste: en su paso, llamado de las Toscas, observamos corría de noroeste a Sureste; su cauce no excedía de tres

pies: su agua salada más que la del primero en donde vierte: su ancho 7 a 8 varas, generalmente en más de media legua de lo reconocido: su fondo tosca, del mismo modo en la mayor parte de él, y en otras de arena; sin barrancas en ninguna parte; pastos fuertes en sus inmediaciones: su corriente rápida, más veloz que la del Salado,¹ y su ancho constante. Se halla en él pescado de pequeña magnitud, siendo el bagre negro, de un pie de largo, el que más se encuentra: el terreno transitado hasta el paso de este arroyo, es de la misma naturaleza que el descrito en la jornada pasada: el nivel del anterior igual: los pastos elevados y fuertes, tierra negra, con la diferencia de encontrarse algunas flores silvestres que podrían lucir en un jardín, y variedad de yerbas.

Efectuado el paso del arroyo sin tropiezo, seguimos la marcha por el mismo rumbo, pero por terreno enteramente diferente del anterior. A los tres cuartos de legua de haber transitado, encontramos con una laguna a la derecha del camino, distante de éste como 40 toesas: su circunferencia de 100 a 110 toesas; agua buena y mucho junco en su interior. Desde este punto hasta la laguna llamada de las Polvaderas, distante 2 y tres cuartos leguas, el terreno es diferente del anterior: en todo el tránsito de esta distancia se encuentran multitud de médanos y colinas que forman

¹ En el paso del arroyo Saladillo se observó la velocidad de la corriente de sus aguas, por un cuerpo colocado en su superficie, y una distancia medida en su ribera en pies del país. El cuerpo arrojado desde un extremo de ella recorrió en 20" de tiempo 48 pies o 16 varas, lo que hace en 1' 48 varas, y en 1^h 2,880 varas. En el Salado recorrió el cuerpo, en los 20" de tiempo, 42 pies o 14 varas, en 1' 42 varas, y en 1^h 2,520, de donde resulta esta razón: que la velocidad del primero es a la del segundo, como 8 a 7.

una perspectiva hermosa, creciendo sin interrupción hasta las cercanías de la laguna por la derecha del camino: su nivel es constantemente variado por estos médanos. El terreno es sólido, y la tierra negra y dura: los pastos cortos y fuertes en la llanura, y en las faldas y superficies de aquéllos es mucho menos; se halla mezclado con piedras, aunque se encuentran pocas en las alturas.

A las 10,15 de la mañana arribamos a la laguna de las Polvaderas, con rumbo sur, distante de la de Espejo 4 y un cuarto leguas: su posición merece describirse. Su dimensión es de noroeste a sureste de 550 varas, y de noreste a suroeste de 711 varas: su figura rectangular, su agua exquisita, limpia en su interior: su fondo arena y tosca, su profundidad constante de 4 a 6 pies en su centro, disminuyendo alternativamente en sus orillas: barrancosa en la costa del este y en las demás que forma el rectángulo. Su nivel es poco menos elevado que el de su superficie, y el de aquélla mucho más que el de las demás: se encuentra el pescado nombrado *bagre negro*, de un pie de largo, en abundancia; sus pastos en los terrenos inmediatos son elevados y hermosos, y la tierra negra y vegetal. Al oeste, a distancia de 1200 varas, se ven varios médanos de arena que presentan una agradable perspectiva, de más de 12 varas de elevación: en su superficie se forma un pozo, o más bien una pequeña laguna, de 140 varas de circunferencia, formada de las aguas detenidas en aquella superficie, rodeada por todos sus lados por los mismos médanos. En ellos no se encuentra piedra; pero escabrosos en su acceso por hallarse llenos de variedades de espinas que lo hacen penoso, sin embargo de ser sus faldas extensas: el agua de la pequeña laguna que contiene en su interior, es algo salobre y bastante sucia; llena de junco y paja toda ella, conteniendo muy poca agua. Esta posición

interesante llamó la atención de la comisión, y durante su demora en ella, desde las 10 del día hasta las 6 de la mañana del día siguiente, se ocupó en levantar un plano, haciéndolo de modo que nuestros indios amigos no lo apercibiesen. Esta operación fue tanto más trabajosa, cuanto que el terreno más aparente para medir la base estaba a la vista del campamento, y cualquiera operación que allí se hiciese debían verla, de modo que fue menester con sumo trabajo cargar los instrumentos y medirla en un paraje retirado y oculto, a donde se proporcionase descubrir los principales puntos: cuya operación se logró sin dar a sospechar a nuestros cosacos, quienes celosos de sus terrenos, y maliciosos de lo mismo que ejecutábamos, vigilaban y procuraban descubrirnos, lo que nos hubiera sido bastante funesto. El indio *cona*, que capitaneaba la partida de los guiadores, tenía sus sospechas que lo tenían sobresaltado, desde el momento que por descuido nuestro nos observó en la Guardia de Lobos con el quintante en la mano, tomando una altura, lo que lo asustó, y le hizo afirmar que llevábamos el *gualicho*. Esto mismo le confirmó lo que en Buenos Aires le habían dicho, que iba en la comisión, para hacer los tratados, un oficial, que llevaba un anteojo *con que se veía todo el mundo*: esto le aumentó sus recelos, y procurábamos no hacerle traslucir ninguna operación, cuando él o algunos de los suyos se hallase presente.

Día 14. Nos pusimos en marcha a las 7,30 de la mañana, con un hermosísimo día: brisa suave del noroeste, rumbo sur cuarta este. Con este rumbo hicimos alto a las 10,30 de la mañana en la costa de un bañado, distante del punto de salida cuatro y media leguas, cuyo paso costó demasiado a los carruajes: lo que ejecutado, se hizo alto en la

parte opuesta para dar descanso a las cabalgaduras y seguir inmediatamente. El bañado no era extenso: su ancho no pasaba de 200 toesas; la mayor parte pantanoso, el terreno transitado era bajo y nivelado, su tierra negra y húmeda, los pastos regulares y todo él abundante de caza, principalmente de perdices que abundan asombrosamente: leña de cardo se halla también con abundancia. A las 2,30 de la tarde, después de haber descansado nuestras cabalgaduras, nos pusimos en marcha: el viento cambió al noreste y hasta las 5 siguió la brisa fuerte, y el tiempo parecía descomponerse y prepararse una furiosa tormenta. A las 5,30 hicimos alto en la costa de una pequeña laguna, distante del bañado 3 y un cuarto leguas y 7 y tres cuartos del punto de salida. El rumbo en esta media jornada fue variable, pero sin salir del tercer cuadrante, siendo más general el sur y el oeste por las infinitas sinuosidades que hacía el camino, y también por librarnos de los bañados. El terreno era el mismo y de la misma naturaleza que el anterior descrito: la circunferencia de la laguna no pasaba de 150 toesas, el agua regular, y llena de pajonal y junco en su interior. A las 6 de la tarde calmó el viento del primer cuadrante, y parecía que una tormenta furiosa iba a descargar sobre nosotros: desde las 8 de la noche hasta las 6 de la mañana reinando calma, llovió incesantemente, quedando nuestras tiendas y nosotros empapados, y en malísima disposición para seguir la marcha al día siguiente.

Día 15. Amaneció lloviendo hasta las siete de la mañana, reinando calma. A esta hora sopló una brisa del sur, que despejó en algún tanto el horizonte. A las 7,30 nos pusimos en marcha, y a las 12 arribamos a la costa de una laguna, a la derecha del camino, distante 4 y media

leguas del punto de salida, en donde hicimos alto para seguir la marcha después de mediodía, refrescado que hubiesen las cabalgaduras. En el rumbo hubo muchas variaciones, y las más notables de las singladuras fueron tres: la primera, desde la salida, con rumbo sur-suroeste, con el cual se hicieron dos leguas: la segunda al suroeste, se caminó una, y la tercera al suroeste cuarto sur, en una y media legua, que hacen las cuatro y media avanzadas. La laguna en donde se hizo alto con este último rumbo suroeste cuarto sur es de figura circular, su diámetro 40 toesas, su agua buena, su ribera casi inabordable, por formarse toda ella de pantanos, y su interior lleno de lo mismo: su profundidad no excedía de dos pies, y en su centro llena de duraznillo, de que se proveen los transeúntes. El terreno es hermosísimo, su planicie horizontal, su superficie muy elevada, la tierra negra y vegetal, los pastos altos y hermosos, abundancia de caza de todo él, y principalmente de perdices, que con ellas se puede mantener un ejército desprovisto de víveres en estos desiertos: variedad de flores y plantas; y en fin, un país o campiña deliciósima. A las 2,30 de la tarde seguimos la marcha, después que se hizo mediodía con rumbo sur directo, brisa fuerte noroeste, y por terreno diferente del descrito, se hizo una y media legua de jornada, hasta arribar a la costa de un bañado, en donde se hizo alto, para pasar allí la noche; pues las cabalgaduras no podían llegar aquella tarde misma al paso del arroyo de las Flores, por ser necesario atravesar bañados de alguna distancia y dificultosos. A una cuadra distante de la parada, sobre la derecha, se halla una laguna de figura irregular, de más de 400 varas de circunferencia, formada por un bañado que la rodea por todas partes, el cual se extiende y forma muchas más al oeste, cuyas aguas vierten en el río de las Flores, pró-

ximo de este punto. Desde la salida del mediodía hasta la parada, transitamos por un terreno, aunque horizontal, pero muy bajo y de un nivel muy inferior al anterior: los pastos, la tierra y todo lo demás era de un bañado que en tiempo de lluvia sería inaccesible, y aún entonces se formaba de barro hasta las inmediaciones del otro en donde paramos. Advertimos que en esta pequeña distancia se encontraba aún más caza que en todo lo transitado: la perdiz y la mulita abundaba con exceso en todo el campo, y nuestra comitiva se proveyó con profusión, lo mismo que el avestruz, gama y venado, animal indígena que abunda con extremo. Pasamos la noche sufriendo una grande helada, y perseguidos por un enjambre de mosquitos que no nos dejaban descansar.

Día 16. Claro y hermoso: viento norte, 42° noroeste. A las 8 de la mañana nos pusimos en marcha con rumbo sur-suroeste 12° oeste, no verificándolo más temprano por haber precedido un reconocimiento que los baqueanos hicieron hasta el paso del Río las Flores, con el objeto de vadear los pasos de muchos bañados que se hallan desde el punto de la parada hasta aquél. Desde aquella hora hasta las 12, caminamos la mayor parte del camino por bañados dificultosos de transitarse con carruaje, hasta el otro lado del río, en donde hicimos alto: el rumbo sur-suroeste 12° oeste, con que salimos. Se caminaron 2 y media leguas por un bañado formado por dos cañadas; la primera que nace desde el punto de salida, y corre de noreste a suroeste, la que se extiende por el camino, hasta unirse por medio del mismo a otra que corre al rumbo dicho, distante dos leguas de ella. De esta última aún se esparcen sus aguas más adelante, como tres cuartos de legua, o menos, desde donde comienza un grande albardón

de buen terreno, hasta el paso de las Flores, de 1 y media legua de extensión al rumbo andado, formando una gran planicie, hermosa y horizontal por los tres cuadrantes: de buenos pastos, tierra negra y vegetal, abundante de yerbas medicinales y flores odoríficas, ciervos, gamos, avestruces, liebres, mulitas, perdices, y toda clase de aves de caza que allí se encuentra, haciéndose más abundante en la ribera del río: estas aguas, que forman estos bañados, desembocan en el arroyo de las Flores, siguiendo el rumbo dicho: su nivel es superior al resto del camino, y disminuye repentinamente como 4000 varas del paso, formando una planicie horizontal por donde corre el río. A las 12 lo pasamos, no dando mucho trabajo a los carruajes, aunque sus barrancas son elevadas; pero los transeúntes naturales lo han allanado un poco con su tráfico continuo, en donde puede pasar cualquier clase de rodado, y al que le dan el nombre de Paso de las Toscas: sus barrancas pasan en todo su curso de diez a once pies de altura. En su paso se observa que el río corre de oeste 22° sur al norte 38° este: su paso es de tosca: su agua colorada, densa y salada, mucho más que la del nombrado Salado: su profundidad no excedía de 2 y medio pies a 3: su velocidad no era constante, por la diferencia de nivel que se halla en su plan; pero en varios lugares donde se observó, recorría un cuerpo colocado en su superficie, un espacio de 50 pies en $28''$, y en otros parajes más o menos, pero en lo general la distancia calculada: la tierra de sus contornos es grada: su ancho es 42 pies generalmente; en él se halla pescado bagre en abundancia, y su cauce limpio sin maciegas, ni aun en sus barrancas. Efectuado el paso, se hizo alto en la ribera austral para descansar las cabalgaduras y despachar a una partida de milicianos que se nos franqueó por el coronel del regimiento de campaña residente en Lo-

bos, para que nos condujesen el ganado, y caballada hasta este punto, desde el cual debían regresar incontinentemente a nuestra llegada. En efecto, en el mismo día se les despachó, gratificándolos la comisión, y con oficios de agradecimientos a su jefe: al mismo tiempo, el capitán *cona* hizo presente a la comisión que algunos indios que nos acompañaban, estaban destinados y encargados de sus correspondientes caciques, que en el momento de nuestro arribo a este punto debían adelantarse a dar cuenta a ellos del lugar en que nos hallábamos, y de acuerdo con la comisión, nuestro compañero determinó que al día siguiente saldrían dos chasques, el primero hijo del cacique principal Avouné, y el otro para el cacique Lincon. A petición del *cona*, se les proveyó de yerba y tabaco para su viaje hasta los toldos; pidiendo al mismo tiempo se les obsequiase a los caciques con los mismos artículos, y con especialidad a su hermano el cacique Huilletrur y demás, quedando preparados los enviados para marcharse al día siguiente.²

² Durante la parada en la ribera austral del río, se nos comunicó por el baqueano que a poca distancia al este se encontraba un arroyo, nombrado *Tapalken*, que desemboca en el de las Flores, y que se decía trae su origen de la Sierra. En el momento, aprovechándonos de esta noticia interesante, partió el oficial ingeniero a su reconocimiento. En efecto, a $2\frac{1}{4}$ leguas, siguiendo el curso del río al este, encontramos su desembocadura en él. Su cauce era de 10 a 12 pies: su ancho de 40 a 45 pies; sin barrancas, con la forma de una cañada, y grandes pajonales en sus orillas: la velocidad de su corriente estaba en razón con la del río, de 6 a 9: es decir, que la misma cantidad de 50 pies fue recorrida en 36" de tiempo, o en 1' 110 pies, y en 1^h 6.600 pies o 2.200 varas.

El terreno que observamos en parte de su curso, reconocido al SE 20° S, era muy húmedo, o más bien bañado: su nivel

Día 17. Amaneció nublado: brisa fuerte sur 10° este: parecía que una tempestad, que se formaba al sur, debía descargar muy pronto. A las 8 calmó la brisa, y en el momento cubrió el horizonte la niebla que impedía seguir la marcha, porque los baqueanos, con la tormenta y este inconveniente, temían perderse. A las 8,30 despejó en algún tanto, y la tormenta variaba de rumbo, lo que nos determinó a seguir la marcha, la que se efectuó a esta misma hora con rumbo sur 12° suroeste, por un terreno elevado, horizontal y duro: a la hora de jornada siguió el viento anterior con mayor fuerza, despejando enteramente la niebla, apareciendo nublada la atmósfera. A las 12 hicimos alto en la margen de un pequeño juncal a la izquierda del camino, para descansar y seguir la marcha después de mediodía, distante del arroyo 4 y media leguas al rumbo dicho. El juncal, o pequeña laguna, no excedía de 200 varas de circunferencia: su agua mala, e inabordable por los pantanos que lo rodean: a las 9,30 elegimos la marcha, siempre con el viento sur en cara, el que a las 2 despejó enteramente el horizonte: a las 6,15 de la tarde y a 4 y media leguas de la parada de mediodía, hicimos alto en la margen de una hermosa laguna, llamada por los indios de *Nulquiñeu*. Antes de llegar a ella, como a 35 cuadras de distancia, se encontró un hermoso lago de más de 1300 varas de circunferencia: buena agua, bastante profundidad, llena de junco en su centro, situado en un terreno elevado, abundante de leña de duraznillo y biznaga en sus márgenes. La de la laguna de *Nulquiñeu* es mayor, y sus calidades la hacen más recomendable: ella

casi el mismo de las aguas del arroyo, y todo el campo es inundado por éstas. En los pajonales de sus riberas se encontró una inmensa tropa de tigres y leopardos,

pasa de 1400 varas, de buena agua: llena 2 tercera parte de ella de junco y duraznillo: su interior barro y casi toda sin barrancas: su profundidad no excede de 3 a 4 pies: su agua colorada y dulce: abundante de maciegas de pajonal en sus orillas: una parte de ella, que mira al primer cuadrante, está cubierta de un monte de hinojo y biznaga, de donde se proveen los transeúntes a la ida y vuelta con los artículos de su comercio: en ella ha habido poblaciones o tolдерías, las que se retiraron en el año pasado, cuando fueron atacados por la expedición del oeste. En este espeso monte, que tiene más de 300 varas de circunferencia, encontramos animales feroces, como tigres, leopardos, etcétera, que se abrigaban dentro de él: se halla situado en la parte más elevada de su circunferencia, en terreno duro y sin pasto, ni yerba alguna. En la jornada se caminaron 9 leguas, al rumbo sur 12° suroeste que fue constante desde el paso del río hasta la parada, efectuada a las 6,30 de la tarde: el terreno transitado era nivelado, y su horizonte se perdía sin diferencia ninguna: sus pastos fuertes y altos, su tierra negra, abundante de yerbas y flores silvestres: cubiertos de gamos, ciervos, avestruces, caza, etc. Este terreno por lo transitado era enteramente diferente del norte de las Flores: su nivel, la calidad de las tierras, los pastos, las yerbas, las flores, y aun las aguas, lo distinguen de aquél: en las 9 leguas transitadas, no se encontró una sola vara de bañado.

Los indios destinados para enviados, marcharon como buenos baqueanos al rayar el día, dando siempre fuego al campo sin interrupción, a poca distancia que andaban; telégrafo adoptado por todos para comunicarse sus novedades, y hacer saber el lugar en donde se hallan.^h Pasamos

^h Era costumbre de los indios incendiar pequeños matojos

la noche sufriendo una fuerte helada, que cayó desde las 7 de ella hasta las 7 del día siguiente.

Día 18. Claro y frío: brisa suave sur: la niebla cubría el horizonte, haciendo un frío extraordinario. A las 11 vimos el sol, que despejó y calmó el frío: a esta hora nos pusimos en marcha con rumbo sur 4° sur-suroeste: a la 1 y media legua se cambió de rumbo al sur-suroeste a las 12,15 de la tarde, y se caminaron con él tres cuarto de legua: a las 2 se cambió nuevamente al suroeste, con el que se caminaron 1 y un cuarto, a donde se hizo alto en la orilla de una laguna llena de juncos, a la derecha del camino. Estas variaciones tuvieron efecto a causa de no encontrarse aguada para hacer la parada, transitando por un terreno seco, duro y elevado, semejante en sus calidades al descrito en el diario anterior. Su nivel el mismo y sin interrupciones: sus pastos iguales: abundante de caza, y al mismo tiempo de mosquitos y tábanos, que con el sol hacían insufrible la marcha, y fastidiaban a las cabalgaduras. De esta plaga abundan estas campañas despobladas, y desde nuestra salida hasta este lugar la hemos encontrado, pero con mayor abundancia en la parte opuesta de la ribera de las Flores. Esta plaga se destruye o gana los pajonales, en donde se abrigan, desde las 5 o menos, de la tarde; cuando la brisa continua del tercer cuadrante reina en aquella hora, y sucede la helada o fuerte rocío, que obliga a cualquier viajero a arroparse y guarecerse de las tiendas, para hacer más llevadero los trabajos de la marcha, por un país desabrigado y expuesto a la más cru-

de pastos, pero no quemar todo el campo como indica el autor. Solamente incendiaban los campos cuando estaban en acción guerrera o de caza. Respecto al leopardo que menciona, es un error, pues corresponde al puma.

da intemperie. Esta operación nos veíamos obligados a ejecutarla, siendo enteramente imposible proseguir la jornada con la luna por este inconveniente, al que no resistirían las mejores cabalgaduras. La laguna en donde se hizo alto, se componía toda ella de junco, y era pantanosa en sus márgenes: su agua regular, su circunferencia de más de 200 varas, y abundante de buenos pastos en más de 6 cuadras de radio, tomada como centro de una circunferencia. En ella pasamos la noche, sufriendo la helada que imposibilitaba que la jornada del día siguiente se iniciase temprano, hasta que el sol no tuviese 40° a 45° de elevación sobre el horizonte.

Día 19. Amaneció nublado, amenazando agua, aunque con brisa fuerte oeste 20° noroeste que parecía debe pasar pronto: a las 6,15 de la mañana nos pusimos con rumbo sur-suroeste. A la partida nos advirtió nuestro amigo y baqueano *cona*, que más adelante no se encontraría leña, ni tal vez agua, y que se cargase toda la que se pudiese, por si acaso no se encontraba: lo que así se efectuó. Se observó por la mañana, a las 6,30 al rumbo sur 10° suroeste, dos mogotes de la sierra, los que a la simple vista eran imperceptibles, mezclados con el nublado y cerrazón de la mañana, y la distancia en que se hallaban de más de 18 leguas. Informados de los naturales, nos dijeron que era la llamada *Sierra de Curacó*; ¹ que los dos mogotes que se divisaban pertenecían a esa misma sierra, y que algunas leguas más adelante veríamos más claramente su encadenamiento con otra, llamada *Sierra Amarilla*, que quedaba más al sur. Seguimos la marcha con el rumbo

¹ Curacó, de cura, peñasco y có, agua. Agua del peñasco. En este caso corresponde traducir sierras con agua o que tienen agua.

dicho, y el día no aclaraba, calmando la brisa del oeste y preparándose para llover, lo que nos impedía cada vez más que, al aproximarnos a la sierra, fuésemos descubriendo sus ramificaciones y sus vistas. A las 10 se hizo alto en la costa de una pequeña laguna llena de maciegas, a la derecha del camino, distante 3 y un cuarto leguas del punto de salida: allí se hizo alto, con el objeto de descansar, y caminar después de mediodía: el juncal con agua no pasaba en circunferencia de 150 varas, lleno de barro y mala agua. A la 1^h 10' seguimos la marcha con rumbo sur 12° sureste, y desde esta misma hora comenzó a llover incessantemente: pero a pesar de esto seguimos hasta completar la jornada: a la 1 y media legua de camino con este rumbo, se cambió al rumbo sur 35° sureste para encontrar aguada y pastos regulares para hacer la parada. Con él se caminó 1 y media legua, en donde se halló una laguna pequeña, como de 50 varas de circunferencia, con un depósito de agua llovediza y buena, en donde se hizo alto. El agua seguía a las 4 de la tarde en que se paró, y permanecía cerrado el horizonte: deseábamos que cuanto antes se aclarase, para descubrir las vistas de las sierras por donde debíamos pasar.

El terreno transitado en esta jornada, era nivelado y horizontal, sin diferencias ninguna: buenos pastos y elevados; caza abundante; tierra negra sólida y vegetal; abundante de yerbas y flores campestres, aunque sin aguadas permanentes mucha parte de su extensión.

Día 20. Nublado, calma: brisa muy suave del noroeste; a las 7,30 vimos el sol, y en el momento volvió a nublarse. A las 6 nos pusimos en marcha con rumbo sur-suroeste, descubriendo con bastante claridad las sierras de Limahuida y Curacó, demorando el mogote de la primera al rumbo

sur 12° sureste, y la segunda al rumbo sur-suroeste. El cerro de la de Curacó era de mayor elevación que los que se veían de la otra, no obstante que aún no se descubrían con claridad por el día aturbonado, y aguardábamos a la parada para determinar su perspectiva de un punto fijo, y con mayor claridad si se despejaba el horizonte. Seguimos la marcha con el rumbo dicho, guiados por el *cona*, quien a media legua de distancia a vanguardia, recorría todos los lugares en donde se encontraba aguada o lagunas capaces de hacer la parada; guiando y descubriendo al ingeniero, uno de los de la comisión, para reconocerlos de un modo que no diese que sospechar, así se lograba que la comisión averiguase las particularidades del terreno. A las 10 de la mañana se hizo alto en la margen de una laguna pequeña, a la izquierda del camino, llena de maciegas y buen agua, 4 leguas distante del punto de salida: en el rumbo hubo variación: con el de la salida se caminó 1 y un cuarto de legua: con el rumbo sur 16° suroeste, 1 y tres cuartos de legua, y con rumbo sur 12° suroeste, 1 legua. Desde este punto observábamos las sierras con alguna claridad; ellas son hermosas, aunque de poca elevación: presentan una perspectiva agradable, formando las dos ramificaciones un seno o abra, al que nos dirigimos. Ellas son ramificaciones de las primeras, Volcán, Tandil, etc., ya descubiertas, pero éstas no se encontraban en ninguna carta, y nos sorprendimos cuando con el rumbo andado encontramos estas sierras, pues creíamos que el encadenamiento primero de las dichas no continuase al noroeste como se descubría, formando con ellas una unión subversiva, reunido aquéllas su origen o su principio. Al pasar por ellas, determinamos observar la latitud, para de este modo fijar su verdadera posición y el curso de sus continuas ramificaciones, que se prolongaban al noroeste por la de Cu-

racó en donde concluyan, y en donde se halla el nacimiento del río las Flores. Estas sierras o primera cadena, se introducen a las pampas del noroeste, comenzando desde el paralelo de los 37° , y concluyendo en el de los $36^{\circ} 30'$ en su prolongación al occidente. Deseábamos acercarnos hasta su paso, para hacer allí la observación, de manera de no ser vistos por nuestros indios que nos espiaban.

A la 1^{h} y $8''$ seguimos la marcha, con rumbo sur 8° suroeste, a una laguna pequeña que nuestro baqueano nos indicó se hallaría a poca distancia y muy inmediata a la sierra: en efecto, a 1 y tres cuartos de legua con aquel rumbo la encontramos, en la que se hizo alto, por hallarse las cabalgaduras fatigadas, y encontrar allí leña y agua buena, capaz de proveernos de ambos artículos, y continuar al día siguiente el camino; siendo al mismo tiempo lugar propio para la observación que tratábamos de hacer. El punto en que nos hallábamos de parada era el mejor para aquélla, situado en medio del seno formado por las ramificaciones de las sierras del Curacó y Amarilla. Con cautela se hicieron descargar los baúles en donde venían colocados los instrumentos de observación, y se dejaron preparados para la noche, de modo que ni el *cona*, ni sus compañeros lo trasluciesen. La tarde se hallaba despejada y hermosa, el sol se puso a las 5^{h} y $26'$ de la tarde, y desde el punto de parada se sacó la perspectiva de las sierras, que se nos presentaban a los rumbos en donde hemos dicho demoraban.

La parte de terreno transitado, desde la salida del mediodía, era de la misma naturaleza que los anteriores descritos: algunas diferencias de nivel se observaban por su aproximación a las faldas de la sierra: la tierra era gredosa y arenisca, y se hallaban algunas piedras en el tránsito: los pastos cortos, y no tan fuertes como los anteriores;

abundando la caza de ciervos, gamos y liebres, más que en los campos del norte.

El oficial ingeniero de la comisión, a su salida de la capital no perdió los instantes que se le presentaban para adquirir todos aquellos conocimientos y datos que sirviesen para hacer más apreciable de las ciencias las observaciones que practicase en el curso de su comisión, como se verá más adelante en sus trabajos. Reunió todos los datos de las tablas astronómicas y del almanaque náutico, para aprovechar la feliz oportunidad que se presentaba de determinar por observaciones científicas los puntos principales de un terreno desconocido y lleno de preciosidades, que debían aumentar los conocimientos geográficos de esta parte interesante de la América meridional, cuyo viaje debía reputarse como necesario y urgente; y al mismo tiempo esperar de él los mejores conocimientos en el vasto campo que nos presentaba una naturaleza virgen.

El oficial ingeniero no perdía la oportunidad que se ofrecía de hacer las observaciones, ocultándolas a los bárbaros que nos acompañaban, y que no dejaban burlar su vigilancia, mayormente cuando se hallaban con prevención para tenerla. Una operación delicada como ésta no permitía que se hiciese sin las comodidades que son necesarias, mayormente cuando se observaba con horizonte artificial. Los inteligentes en estas operaciones de la geodesia conocerán cuánto es el mérito que se contrae en hacer una observación entre gente desconfiada que a la sola vista del quintante o sextante temblaban y concebían supersticiones funestas para el observador. No solamente veíamos pintado el peligro en nuestro viaje, al ejecutar aquellas operaciones, sino que ni el reloj se podía sacar a luz delante de alguno de ellos: mucho menos la aguja, que era necesaria para determinar el rumbo de la jornada, sus va-

riaciones, y los objetos que se descubrían sobre el horizonte. Pero a pesar de esto, la comisión trabajó sin temor, engañando algunas veces, cuando éramos vistos, a los indios con dádivas e insinuaciones que aquietasen su ánimo exaltado.¹

Así pues, la noche del día 20 nuestros indios dormían desde la 6,30, habiendo llegado fatigados de lo penoso por la jornada: con esta oportunidad, y a tientas, se preparó el horizonte artificial, en una mesa colocada en un plano nivelado, y el quintante pronto y corregido para hacer la observación detrás de una de las tiendas de campaña: la noche estaba serena por fortuna, y el horizonte no sufría ningún movimiento. Los datos para las observaciones sacados de los almanaques, era para hacerlas con el planeta Marte, con el mismo que hemos dicho se observó en el pueblo de Lobos. Por ellos sabíamos que el día 20 debía pasar por el meridiano a las 7,53 de la noche³ y a las 7,15

¹ Las reiteradas referencias del autor sobre el temor que los indios manifestaban ante los objetos utilizados para los trabajos científicos, no eran solamente por el temor al gualicho, sino también a la persistente resistencia por la creencia que con esos aparatos se apoderaban de sus tierras y que los blancos habrían de ocuparlas, desalojándolos para siempre. Esto se ha de repetir a lo largo de los años y muy especialmente cuando Alsina despachó al ingeniero Melchet a realizar el relevamiento de los campos situados entre Carhué y Puán. El temor de los indios era también el temor ante lo desconocido y son muy sabidos los sustos y temblores que tuvieron ante un espejo que reflejaba su propia imagen.

³ Este planeta en defecto de la luna era el único por el que debía observarse, y el que veíamos en esta parte de América: por el sol no podía hacerse sin ser vistos. En aquel mes no veíamos la luna, pero los conocimientos sacados de las tablas nos facilitaban hacerla por el planeta.

estuvimos aguardándolo, con el cronómetro arreglado por una altura meridiana desde nuestra salida: en el curso del viaje no fue posible tomar otra para arreglarlo nuevamente y así hicimos uso de él en el estado en que se hallaba cuando salimos. En el momento de pasar por el meridiano el astro observado, se determinó su altura, y el cronómetro dio las 7,55, 2' más que lo que señalaban las tablas, lo que prueba que el reloj había variado desde el 11 hasta el 20, 2'. La altura observada fue de $73^{\circ} 34' 10''$: hechas las correcciones precisas para las observaciones con horizonte artificial, dio por resultado $36^{\circ} 45' 10''$ de latitud austral, y por la longitud $54^{\circ} 13'$ al occidente del meridiano de Cádiz, calculada por el estado del cronómetro y la diferencia de longitud contraída en el viaje. Hecha esta importante operación, tratamos de completarla, levantando a todo riesgo el plano del paso de las sierras; punto interesante y que presentaba una hermosa perspectiva. En efecto, habiéndose cargado con sigilo los instrumentos, se dejaron prontos los necesarios para hacer la última operación, y que debían transportarse a caballo al lugar adonde debía medirse la base, para determinar los puntos más remarcables desde ella, midiéndola primeramente en un lugar oculto. Pasamos la noche, en la que cayó una fuerte helada, deseando amaneciese para dar principio a la obra proyectada.

Día 21. Hermoso y claro: brisa fuerte suroeste. A las 5,45 seguimos la marcha con rumbo sur 20° suroeste, llevando consigo la leña y agua que pudo cargarse, según advertencia de nuestro baqueano, pues no se encontraría sino a nueve o diez leguas. A las 10,15 se hizo alto en la orilla de un juncal con agua, pero mala, y muy poca, que ni las cabalgaduras podían tomarla, haciéndose uso de la

que se había cargado, y también de la leña, por no hallarla. Este punto se halla a cuatro leguas de la salida: la circunferencia del juncal no excede de 170 varas, y es muy probable que en tiempo de aguas esté lleno de ella.

Acordado con el oficial ingeniero el levantamiento del plano del paso de la sierra, dispuso éste que los instrumentos que debían servir⁴ para la operación, y que al efecto se habían dejado prontos, cargasen con ellos los soldados de la escolta y lo acompañasen hasta el punto en donde debía medirse la base. Esta operación se ejecutó cuando habían marchado con todo el tráfago el capitán *cona* y los suyos, quedándose la partida con los instrumentos tapados a retaguardia, hasta dejar que avanzasen terreno los carruajes, traspasasen la sierra y nos dejaran libre el seno para trabajar sin ser vistos. Se hallan situados dos senos⁵ en la medianía del paso, en cuyas faldas, o antes de ellas, debía medirse la base, por hallarse centrales, y poder descubrir con facilidad todas las elevaciones o puntos principales de ambas sierras, que forman la abra o seno. Ayudado de los asistentes, el ingeniero midió la base a distancia de 500 toesas de las faldas de los cerros, en un terreno elevado, horizontal y nivelado, desde cuyas extremidades se podían medir los ángulos formados por ella, con los puntos que debían formar el plano. Medida la base de 1100 varas al rumbo este cuarto sur, oeste cuarto norte se logró determinar los diferentes mogotes de ambas sierras, que daban su verdadera posición, y la situación de unos con respecto a otros. Concluida esta operación, se procedió a tomar los detalles particulares, que desde las extremidades de la base era dificultoso tenerlos.

⁴ El teodolito, nivel, toesas, cuerdas, jalones, mesas, etc., etc.

⁵ Los que se describirán más adelante.

Se logró efectuar esta operación, con sumo trabajo, aunque sin toda la exactitud que su delicadeza demandaba, y aquel grado de perfección de que es susceptible esta clase de trabajos. Porque, aun cuando los instrumentos y útiles precisos, hubiesen sido tan exactos como era necesario, la premura del tiempo, el sobresalto en que trabajábamos de ser vistos, la prisa que nos dábamos, y las pocas manos que nos ayudaban, todo nos impedía de proceder, aunque quisiésemos, con mayor exactitud. Sin embargo, la comisión puso todos los medios que estaban a sus alcances, para obtener un resultado satisfactorio, y que sirviese de base a ulteriores observaciones.

En los detalles particulares describiremos algunas de importancia, tomadas en la sierra. Los dos senos que hemos dicho, situados en el centro de la abra, se hallan de tal modo colocados con relación a los demás, que guardados éstos, ningún transeúnte podría pasar por la abra. Los dos cerros son dos conos truncados, el primero que se halla al sureste del paso, y más cercano a la sierra Limahuida, tiene 40 varas,⁶ y el segundo situado al noroeste, próximo a la sierra de Curacó, 32 varas de altura: sus faldas se unen, formando un arco cóncavo, cuya cuerda tiene 1178 varas, que es la distancia a que se halla uno de otro, hasta sus cúspides. La meseta del primero, o corte del cono, tiene de diámetro 196 varas, la del segundo 228 varas, formando ambas una circunferencia regular. La circunferencia de la base del primero o del cono, tiene 1168 varas, la del segundo, 1369 varas.⁷ Por lo calculado, se ve que la altura del primero excede la del segundo en 8 varas, y que la circunferencia de las bases, la segunda

⁶ Medidos trigonométricamente con el teodolito.

⁷ Calculado geométricamente.

excede a la de la primera en 200 varas: por lo demás sus figuras son semejantes, y su posición hermosísima.⁸ La meseta del primero es impenetrable, formada toda ella de piedra pedernal: una sola pequeña abertura al noreste sirve para introducirse. La del segundo es accesible por el noroeste, siendo lo contrario por las escabrosidades en los demás rumbos.

En las sierras se hallan algunos mogotes inaccesibles y elevados. El principal de la sierra de Limahuida, situado al sureste del paso, tiene 65 varas de elevación, y sobresalen sus picos a la perspectiva de ella. Las demás de esta sierra no pudieron medirse por la premura del tiempo: pero todos los demás que forman la ramificación, son colinas de 20 a 25 varas de altura. En la ramificación de la sierra de Curacó se hallan dos bastantes elevados, y son los primeros que se perciben a distancia de 10 a 12 leguas. El primero, situado al norte 15° noreste, tiene 89 varas de elevación: el segundo al mismo rumbo, 74 varas, distante uno de otro más de 1500 varas.

Esta posición interesante debe mirarse como tal, y ser al mismo tiempo útiles los conocimientos que sobre ella se hayan adquirido, para aprovecharla con datos seguros de lo que en ella se encierra, y las ventajas que de ella se puedan sacar, principalmente para el establecimiento de una fortificación o de un punto militar. Desde el principio de las sierras en el Volcán, hasta las faldas de la de Cairú,⁹ es decir, desde los 37° hasta los 35° de latitud austral, no se halla un punto más interesante ni más ventajoso para

⁸ Sus figuras son semejantes a dos tazas volcadas, siendo el asiento de ellas la figura de las mismas mesetas o cúspides de los cerros, o el corte superior del cono.

⁹ En donde se pierden sus límites, en la pampa del O.

una fortificación.¹⁰ Su construcción sería fácil, pronta y poco costosa. Dos baterías colocadas en los cerros descritos, guardarían la entrada y salida de este paso, surtidas de un par de piezas de artillería en cada una: los materiales allí se encuentran, la piedra, y la cal de conchilla, fácil de hacerse, o por tapias, que son más usuales en nuestras obras de fortificación.

Concluida la operación, condujimos, sin ser vistos, todos los instrumentos para acomodarlos en la carretilla que los conducía, la que al efecto se hizo demorar a doce o trece cuabras de los cerros al sud, siguiendo con ella hasta una laguna, cuatro leguas del punto de salida, al sur 15° suroeste, en donde se hallaba acampada la comitiva, desde las 10.15 de la mañana, aguardándonos para seguir adelante. Luego que llegamos, fatigados del trabajo, nos propusimos descansar, y al mismo tiempo no dar a conocer a los indios, en nuestro semblante y acciones, que acabábamos de efectuar alguna operación oculta que les causase celos, o diese a sospechar, en su modo de juzgar, o en su barbarie, se hacían cosas sin que ellos las supiesen. La laguna era un juncal con poca agua, de 120 varas de circunferencia poligonal, llena de barro y casi toda ella seca.

Se observó en esta parada la variación de la aguja, de

¹⁰ En la expedición del año 20, mandada por el señor gobernador, reconocimos en ella todas las sierras, desde el Volcán hasta la llamada de la Tinta o de Limahuida; y a la verdad, no hemos hallado un paraje más ventajoso y agradable. La carta general demuestra la situación de él con respecto a aquellas; es decir, aquella misma sierra que formando una ramificación corre al NO de la primera, y concluye perdiéndose en pequeñas colinas, como hemos dicho, en la pampa, en donde la pasamos: pues dos a tres leguas al NO del paso, allí concluye en la nombrada *Cairú*.

17° 10', para trabajar con mayor exactitud el plano levantado.

Después de mediodía nos pusimos en marcha, a la 1,15 de la tarde, con rumbo sur 10° suroeste, por un campo hermoso, llano y horizontal. Los calores del sol se dejaban sentir en la llanura: con este rumbo caminamos dos leguas, y en seguida nuestro baqueano tiró al sur-suroeste 15° oeste, con el que se caminaron dos leguas más; y hallándose fatigadas las cabalgaduras, se determinó hacer alto a las 4,30 de la tarde, en la orilla de un juncal, a la derecha del camino, distante de la salida del mediodía cuatro leguas, es decir, ocho leguas de jornada, y en línea recta siete y media por lo calculado. El juncal tiene 200 varas de circunferencia regular: de agua buena, accesible por todas partes, y llena de junco, biznaga y duraznillo en su centro: del que nos surtimos de leña, que no se encontraba desde el principio de la jornada. Las calidades del terreno transitado son las mejores que puedan encontrarse en los vastos campos que habitan estas tribus. Los campos inmediatos, a una y media o dos leguas de las primeras sierras al norte o al sur, son deliciosísimos, y a propósito para la labranza y cría de ganados: posiciones ventajosas para establecimientos, aguas las mejores de los arroyos que descenden de las sierras, abras, colinas y llanuras para poblaciones, y demás en esta clase de terreno, que si fuese cultivado, nos daría producciones exquisitas que de él se podrían sacar con abundancia. Fácil es citar otras comarcas, en donde, semejante la naturaleza, se disfruta de abundantes cosechas de todos granos en la labranza de la agricultura. Ventajas incalculables, repetimos, conseguiríamos si fuésemos poseedores de ellos. En ningún punto con más comodidad y utilidad se podrían establecer fortines o reductos, fortificados ellos mismos por la naturaleza, y

guardados por muy corta guarnición, que con los diferentes puntos que tenemos allí, en una línea bien concertada de defensa, tal vez ocuparían un lugar en ella.

Pasamos la noche con comodidad, calmando la brisa del suroeste a las seis, la que no cesó en toda la mañana y tarde, recibiendo una lluvia que descargó fuertemente a la noche. No dejábamos de tener algún pequeño sobresalto por nuestros compañeros, que maliciosos de nuestra conducta por la mañana, murmuraban de ella toda la noche, según informes del intérprete. A las tres de la tarde vimos una partida de jinetes al noroeste, que se dirigía hacia nosotros. El capitán *cona*, y uno de los suyos picaron y salieron a su encuentro: a media legua de haber avanzado se reunieron con otros indios paisanos que venían de regreso de la frontera, y temerosos que fuese alguna partida de cristianos armados, trataron de reconocerla para dar cuenta; pues, por el recelo de ser invadidos, reconocían el campo diariamente. Supieron por el *cona* que era la comisión que iba a tratar de paces, y contentos con verla tan cercana a sus poblaciones, se retiraron a llevar primero la nueva de aquel encuentro a sus camaradas, pegando fuego al campo,¹¹ y marcando su camino para ser visto y seguir sus huellas por el mejor terreno.

¹¹ Este telégrafo, adoptado entre todas las tribus, es útil para ellos por la facilidad con que se comunican, y al mismo tiempo para los campos que continuamente queman. Además de disminuir las maciegas elevadas que cubren el horizonte al observador, aumenta la salubridad de la tierra y de los pastos, que vuelven a criarse, desparramándose todas aquellas partículas o cenizas, llevadas por el viento en toda la campaña vecina a la quemazón. Ellas aumentan con sus cales la feracidad del terreno, y el ganado que allí se cría disfruta de esta ventaja prodigiosamente.

Temerosos, como hemos dicho, de ser invadidas todas sus poblaciones situadas en la sierra pasada, es decir, desde el Volcán hasta el Cairú, fueron abandonadas por sus dueños; entre ellos el célebre cacique Ancafilú y Pichiloncoy se retiraron a la vista de la segunda sierra de la Ventana. Las poblaciones las desampararon poco antes del paso de de la comisión por la sierra, pues se encontraban aún claros en donde habían existido. El cacique Ancafilú fue el primero que abandonó la suya, situado con su tribu en las márgenes del arroyo Chapaleofú, cerca de las faldas del Tandil, cuando fue sorprendido y acuchillado en la expedición del año 20 (en donde nos hallamos), hasta cerca de la Ventana, adonde permanece al presente.^k

Día 22. Claro y hermoso: brisa fuerte sureste. A las 5,30 de la mañana nos pusimos en marcha antes de salir el sol, con rumbo sur-suroeste 10° suroeste, con un frío y helada intolerable, que esparcida en los pastos hacía dificultoso el transitar a caballo por su altura. Se cargó toda el agua y leña que se pudo, por aviso de los baqueanos, que temerosos de no encontrarla, hicieron la prevención. A las 11,30 hicimos alto en la margen de un juncal seco con leña, 5 y tres cuartos leguas de la salida. En el rumbo hubo variaciones para buscar el agua con que refrigerar a las cabalgaduras y hacer la parada. Las dos primeras leguas se hicieron con el rumbo de la salida, sur-suroeste 10° suroeste; las dos siguientes, con rumbo sur-suroeste 15° suroeste, y el resto de 1 y tres cuartos legua,

^k Esta expedición ordenada por Martín Rodríguez utilizó la mano dura para desalojar a los indios y constituyó un motivo más del alejamiento entre Rosas y el gobernador. En el Archivo Funes hay una carta de éste pidiendo consejo para evitar la ruptura total.

con rumbo suroeste. La escasez de agua en el juncal hizo que los peones de la comitiva hiciesen una excavación para encontrarla, pero fue en vano: cavaron más de una toesa cuadrada, y no dieron sino con duros terrones de piedra arenisca, que inutilizó el trabajo hecho. Este descubrimiento, y otros muchos, nos confirmaron en que todo el terreno, desde el paralelo de los $36^{\circ} 30'$ de latitud hasta el de los $37^{\circ} 30'$ de latitud austral, es de piedra en su interior, a distancia de 1 y medio a 2 pies. Esta observación fue hecha por Zizur en su viaje a Patagones, abrazando menos terreno en su cálculo. Las excavaciones continuas en nuestra marcha nos demostraron que su aserto era exacto. Después de mediodía, y después de haber desesperado de encontrar agua para las cabalgaduras, que en todo el día no habían tomado, arribó a nuestro campo el *cona*, de vuelta de buscarla y que avergonzado, se había adelantado a ver si la descubría. Éste nos dijo, que a 1 y cuarto legua de distancia se hallaba una hermosa laguna, en donde teníamos buena parada, agua y pastos suficientes para los animales. Con este aviso seguimos adelante a la 1,15 de la tarde, con rumbo sur-suroeste 10° suroeste. A las 2,45 arribamos a la laguna, a la izquierda del camino, donde hicimos alto. Se dio agua a la caballada y bueyes, y pasamos la noche con comodidad. A las 8 calmó la brisa sureste, que en toda la tarde siguió sin interrupción.

En la noche, después que todos los indios dormían, el oficial ingeniero, no desperdiciando el momento que se le proporcionaba para trabajar, empezó a hacer el borrador del plano levantado hacía dos días, según el cuaderno de datos que llevaba. Estando para concluirlo, encerrado en la tienda de campaña, con un farol, dos instrumentos y el plano sobre una mesa, abre repentinamente la puerta y entra el indio *cona* desnudo. El bárbaro, sorprendido al

ver los instrumentos, la aguja, el plano, las líneas, etc., preguntó ¿qué era aquello? (por el dibujo), el ingeniero le contestó, que era una pintura que había en Buenos Aires. Entonces repuso, sonriéndose, que era *muy vale*,¹² y se retiró a su rancho. Esta visita imprevista no dejó de sorprendernos, pero en aquel momento lo primero que procuramos fue cubrir el agua de demarcar con un papel, para que no pudiese verla y le causase sorpresa, o creyese que llevábamos *gualicho*, o cosa mala. Antes de retirarse, le convidamos a cenar, lo que aceptó con su semblante grave, pero con agrado. La figura de este pampa, a pesar de su ceño, es hermosa y severa, sus facciones toscas y bien hechas, su talla alta, corpulento y bien proporcionado.¹³ Guardado todo para no exponernos a un segundo chasco, vino el indio, y cenamos con él: se despidió por segunda vez, y se fue a dormir.

Día 23. Nublado y calma. A las 6 nos pusimos en marcha hacia las primeras tolderías, que según el baqueano *cona* distaban una jornada de la parada, con rumbo sur-suroeste 5° suroeste. Antes de partir supimos que un peón había descubierto una hermosa laguna, habiéndose apartado del camino. El oficial ingeniero en el momento se puso a caballo, y con el descubridor y algunos instrumentos, marchó a reconocerla. A la una y media legua de marcha al oeste-suroeste se encontró con ella, transitando por un terreno bajo, húmedo y lleno de cuevas de vizcachas, leones, etc.: los pastos elevados, y la tierra negra y blanda. La laguna era hermosa, llamada por los naturales de Milli-Lauquen; y el oficial ingeniero, haciendo un reconocimiento momentáneo y pronto, no tuvo más lugar que para

¹² Señal de aprobación.

¹³ Su caricatura y de otros fueron sacadas por el ingeniero.

medir una pequeña base con una aguja de demarcación, y determinar su circunferencia y su figura con toda la exactitud que daba el instrumento, provisto de dos pinolas. El terreno en donde se hallaba era sumamente bajo, y en ninguna parte de su circunferencia tenía barrancas. Su figura era irregular, y su ámbito de 9227 varas, por lo calculado en la determinación de algunos puntos más remarcables. En la parte que mira al noreste, se halla un junco o hinojal, que forma un bosque, y también en otros lugares. En su centro encontramos y determinamos un albardón de tierra, o islote, de figura irregular, lleno de maciegas, en donde había inmensidad de patos y caza de todas clases: su circunferencia era de 192 varas: su agua un poco salobre, pero potable. En este paraje, según noticias, habitaba una numerosa toltería, la que había sido abandonada. En nuestro reconocimiento, aún hallamos algunos parajes que demostraban habían sido habitados. Concluida nuestra operación, se retiró el oficial ingeniero a reunirse con la comisión que, desde las 6, había avanzado terreno durante este trabajo, cortando el campo al sur, para encontrar el camino que habían llevado. A la 1 y cuarta legua encontró con él, y siguiendo por la huella de los carruajes se reunió. A las 10 despejó el horizonte, y vimos el sol, con brisa fuerte del suroeste.

A esta hora nuestro compañero *cona* dio parte a la comisión que ocho indios jóvenes, parientes de otros tantos caciques, y a nombre de ellos, venían a felicitarla. El lugar del aviso no era propio para recibirlos, y a media legua más adelante se hizo alto, para cumplimentarlos, a las 4 y media leguas de la salida. Los comisionados, después de esta ceremonia, dijeron al coronel enviado que los caciques principales Lincon, Avouné y otros de segunda clase, los enviaban a felicitar a la comisión por su feliz

viaje hasta aquel punto: que suplicaban los caciques que apresurase sus marchas, pues lo deseaban para entablar la paz que tanto anhelaban. Que marchase segura que no sufriría ningún daño, ni menos ultraje alguno de las tribus: añadiendo los comisionados que el cacique principal Lincon no tendría el gusto de abrazar a su antiguo amigo el coronel comisionado, hasta pasado cuatro días que eran necesarios para reunirse y conferenciar con todos los caciques, destinar el lugar en donde debían ser los tratados, y día en que debía reunirse para ello: y que, mientras se tomaba esta determinación, la comisión podía hacer alto, y aguardar el aviso en la primera laguna y toldos que se encontraren, o casa del capitán *cona*, quien se hallaba encargado de hospedarla.

La comisión dio las gracias a los enviados, por las buenas intenciones con que procedían los caciques, y la buena fe con que la hospedaban: dijo que haría todo lo posible para que los tratados de paz se celebrasen cuanto antes, para ver de este modo unidos a sus hermanos, y ver acabada para siempre esa guerra desoladora que los había destruido y afligido por tanto tiempo: que aguardaría el resultado de la reunión que trataba el cacique Lincon, y que marcharía incontinentemente a los toldos del capitán *cona* a aguardar allí la determinación que tomasen. Los comisionados fueron regalados con yerba, tabaco, azúcar, etcétera, y se marcharon juntos con la comisión, que por no haber allí agua ni leña, siguió más adelante para encontrarla, o si era posible, llegar hasta los toldos del capitán *cona*, que según él, poco distaban del lugar de la conferencia. A las 3¼ leguas, con el mismo rumbo sur-sur-oeste 5° sur-oeste¹⁴, se viró al oeste

¹⁴ A distancia se encontraron dos médanos bastante elevados, de 40 pies de altura, desde donde descubrimos la laguna

sur-oeste, a encontrar con una laguna en donde podíamos parar, y al otro día llegar a las tolderías, porque los bueyes y caballos se hallaban fatigados e imposibilitados para seguir adelante. La laguna era pequeña, y más bien un bañado: su circunferencia no excedía de 200 varas: su agua buena y leña en abundancia. Pasamos allí la noche, en la que sufrimos la helada que cayó en toda ella. Nuestro baqueano se marchó antes de la parada, a su casa, distante $1\frac{1}{2}$ leguas al sur a prepararse para hospedar la comisión al día siguiente.¹⁵

Día 24. Nublado, calma: amaneció garuando. A las $8\frac{1}{2}$ salió el sol, con brisa templada del sur-este. A esta hora nos pusimos en marcha con rumbo sur cuarta oeste; y a las diez de la mañana llegamos a una laguna hermosa en donde hicimos alto, $\frac{1}{2}$ legua de la salida. En esta jornada se vio sobre el horizonte la hermosa y elevada Sierra de la Ventana, demorando los mogotes que se veían, el primero al sur-oeste, y el segundo al oeste-sur-oeste. El primero se elevaba sobre el horizonte más que el segundo: el más elevado pertenecía a la Ventana, y el segundo a otra sierra unida a la primera, llamada de Guaminí. La cerrazón de la mañana, con la niebla que aún no se había

al OSO, en donde paramos. Se apercibieron también los toldos y otras poblaciones de indios, cubiertas de ganados de toda clase. La más abundante y rica de todas era una, que desde el mismo lugar se descubría al E, de un indio capitán, llamado Catrillur, que según noticia posee más de 10.000 cabezas de ganado de toda clase.

¹⁵ Las observaciones sobre el terreno avanzado en esta jornada son, tierra negra, blanda y arenisca; buenos pastos; el campo seco y horizontal por todas partes: algunas diferencias de nivel más allá de los médanos al SSE, formadas por algunas colinas de poca elevación.

despejado, no permitía ver con más claridad las sierras unidas a la Ventana, que prolongándose al norte-oeste, forman la segunda cadena o ramificación de sierras, todas perpendiculares a la costa del mar. Aguardábamos con impaciencia se despejase el horizonte para verla con más claridad. En la laguna de la parada encontramos situados en su circunferencia al sur-oeste, algunos toldos, pertenecientes al cacique Huilletrur, y al capitán Antiguan, o *cona*. La laguna en donde paramos es de 1.300 pies de circunferencia: agua salada, limpia en su centro, sin barrancas, situada en un terreno bajo y húmedo; tierra negra blanda y arenisca, buenos pastos. Los toldos situados en su circunferencia eran diez: más al sur 10° sur-este como a 12 cuadras, se hallaba otra pequeña laguna, en donde se hallan situados los toldos de Antiguan, que son cuatro. Al este 10° sur-este se halla otra pequeña laguna a 6 cuadras de distancia; todas en un terreno bajo y húmedo, que en tiempo de invierno debe ser inhabitable, o transformarse en un bañado.

Después de haber parado la comisión, marchó a felicitar al amigo y compañero Antiguan a sus toldos: llegamos a ellos y encontramos al *cona*, su mujer, hijos y una caterva de indios, chinas y muchachos que a la novedad se habían reunido. *Madama* Antiguan nos convidó con asiento¹⁶, teniendo al efecto preparado una tipa tapada con un *quillango* que debía servir de asiento al señor coronel comisionado, y todos los demás adonde hemos dicho. Al efecto, *madama* invitó con mate al señor coronel¹⁷, y en seguida

¹⁶ No se crea que silla o cosa que se parezca, sino en el suelo, mezclado con la inmundicia. Más adelante hablaremos de las habitaciones y costumbres de estos bárbaros.

¹⁷ El mate que ellos usan es correspondiente a su miseria:

al oficial ingeniero y demás que lo acompañaban, los que por no desairar a los invitantes, tomaron el que les tocó por turno. Acabada esta operación, nos invitaron con un asado de cordero que también habían preparado: este obsequio es para ellos el mayor que pueden hacer, y la carne que más aprecian. El asado nos lo presentaron semi-crudo, que es del modo que ellos lo comen, y nosotros concluimos tomando unos cuantos bocados, y nos preparamos para retirarnos. Al efectuarlo, despidiéndonos de *madama*, rodeados de multitud de indios y muchachos, llegaron hacia los toldos algunos jinetes, y entre ellos el cacique Huilletrur, a cumplimentar a la comisión: fueron recibidos por el señor coronel con demostraciones de cariño ¹⁸. El cacique apeándose del caballo y dando la mano

un cuerno de vaca de un pie de largo es en el que sacian este vicio que los domina. La asquerosidad de él, y el modo con que lo sirven, es más bien para estremecer al que lo mira que para tomarlo. Una olla llena de inmundicia sirve para calentar el agua: el cuerno sucio y lleno de polvo de yerba, mezclado con esta agua, es el mate. La bombilla asquerosa jamás se limpia, y ella sirve hasta que no quedan sino los pedazos. Concluida el agua, se echa otra vez sobre la yerba misma, y es el segundo mate: esta operación se repite tantas veces cuantas sean necesarias, para que la yerba no tenga jugo ninguno, y entonces lo que queda se lo mascan. Esta es la operación de que se sirven: la yerba gruesa la muelen y también los palos, y esto es lo mismo para ellos.

¹⁸ El capitán *cona* no cesó de hacer tirar tiros a los soldados de la escolta, desde nuestra llegada a su casa: del mismo modo fue recibido su hermano el cacique Huilletrur. Esta ceremonia para ellos es del más alto aprecio, y a cada instante la pedían y era menester contemplarlos. El cacique, su hijo y varios particulares que lo acompañaban venían en buenos caballos adornados con chapeados, estribos, espuelas de plata y buenos aperos; pintadas las caras, pies y brazos de diversos colores:

al coronel, dijo a éste por medio del intérprete: que no extrañase que antes no hubiese salido a recibirlo y felicitarlo: que él, y demás compañeros caciques, tenían órdenes expresas de los demás principales, de no apersonarse ninguno a la comisión, hasta que se decidiese a dónde debían hacerse los tratados, y día en que cada uno debía reunirse con su tribu para hacer la paz: pero que creía que, hallándose la comisión en su casa, era un deber suyo hospedarla, hasta que pasase más adelante, o al punto en que se hiciesen los tratados. El comisionado contestó, dándoles las gracias, y reiterándole su afecto, con el placer de haberlo conocido por primera vez: que no podía dejar de ser agradecido a los favores hechos a la comisión por su hermano el capitán *cona*, y que este motivo le había impulsado a llegar a su casa, antes que haberlo hecho a las demás de los caciques; pues se hallaba persuadido que sería disimulable este paso, mayormente cuando sabía que el haberlo hecho con algunos caciques antes de la reunión, hubiera causado celos y desconfianzas de los caciques principales y de los demás: y que así se reservaba, para el día de la reunión, abrazar a todos sus amigos y hermanos, entablando una paz sólida y permanente. El cacique Huilletrur, y los que lo acompañaban, se despidieron de la comisión, y se marcharon a sus casas. Nosotros incontinenti hicimos lo mismo, marchándonos a nuestro campo, en la orilla de la laguna principal.

Pasado un cuarto de hora, arribaron a él *madama* Antiguan, sus hijos e hijas, multitud de chinos, chinas y muchachos, a pagarnos la visita: estos impertinentes no se

las chinas, chinos y muchachos del mismo modo. Esta ceremonia la usan en tiempo de guerra o en un día de fiesta entre ellos, o en las reuniones públicas,

retiraron hasta las 6 de la tarde, después de habernos molestado con petulancias continuas: a esta hora se despidieron, marchándose, bien recompensados de la visita que habían hecho. A esta misma hora arribó un chasque de los caciques Lincon y Avouné, avisando a la comisión que el primero llegaría al día siguiente de concluir la suya, de prevenir a todos los caciques para la reunión general, y que lo felicitaban por su feliz arribo; debiendo ambos dentro de dos días arribar a este punto y abrazarlo, en prueba de amistad antigua que le profesaban. Los chasques comisionados por despedida, presentaron grandes bolsas de yerba y azúcar para que fuesen llenas, pues así lo pedían los caciques, sus señores; fueron complacidos en su pedimento, añadiendo el señor coronel que agradecía los recuerdos amistosos de sus hermanos; que anhelaba por el día en que se efectuase la reunión, para reiterarles de nuevo su amor y antigua amistad que les profesaba. Se marcharon contentos, llevando el presente para sus caciques.

Día 25. Claro y despejado, pero muy frío: brisa suave del sur-este: toda la noche anterior heló¹⁹. A las 11 empezaron a reunirse en nuestro campo todos los indios y chinas de las poblaciones vecinas, que con interés de las dádivas que su petulancia podía sacar, no quedaba uno solo en sus toldos; así es que a esta hora teníamos alrededor de nuestras tiendas y carruajes, más de 1.500 de ambos sexos, que nos aturdían, pidiéndonos por un lado yerba, tabaco, azúcar, por otro jugando a la baraja, por otro al

¹⁹ Por observación hecha en todo nuestro viaje, hemos visto que en los meses de marzo y abril, las heladas son diarias y fuertes, y que el temperamento ha sido constante, aun variando 2 y 3 grados de latitud austral.

dado, armando con estos corrillos gran bulla y confusión. A las 12 vimos se presentaba al frente del campo multitud de jinetes, formando una línea en ala, de ciento y tantos: aproximándose, descubrimos que se veía algún personaje que presidía aquella comitiva: el aire de gravedad y de importancia que se daba en su marcha, nos hacía creer esto mismo. A cuatro cuadras del campo, hizo alto toda ella, mandando un indio ayudante intérprete a hablar con el coronel comisionado. La misión se reducía a que dicho señor saliese a recibirlo a la distancia en que se hallaba; que tenía que comunicarle asuntos interesantes. El comisionado con alguna repugnancia se preparaba a salir, pero el personaje y demás se aproximaban, hasta que a media cuadra de nuestro campo, hizo alto y allí nos dirigimos ²⁰. Averiguando el nombre de este cacique, se nos dijo por el intérprete se llamaba Ancaliguen. El coronel comisionado, después de haber llegado a la presencia de aquel indio, le dio la mano con señales de amistad: el bárbaro con tono y aire imponente la dio, y al mismo tiempo hizo que la diera a otros dos personajes al parecer, que se hallaban formados sobre su derecha ²¹. Concluida esta ceremonia, tomó la palabra el cacique, y dijo por medio del intérprete: que felicitaba a la comisión por su feliz arribo

²⁰ El señor coronel, el ingeniero y el intérprete.

²¹ Averiguados después los nombres de estos dos corifeos, supimos que el uno se llamaba Califiau, hijo del célebre cacique Carritipay; y el segundo Triguin, ambos caciques de segunda clase. El último capitaneaba en la acción dada en las faldas del monte Tandil, el año 20, una división que cargó sobre el centro de la línea, y fue el primero que montó al elevado cerro Maguita, en donde sorprendió y degolló a dos milicianos, que hallándose de vigía en su cima, y cansados con esta centinela, fueron postrados por el sueño.

hasta aquel punto, y por el objeto que la conducía: que este placer y el de conocer al comisionado por primera vez le era muy agradable, porque veía que los habitantes de aquel país iban a disfrutar de los placeres de una paz permanente, que vería realizada muy pronto, y que coadyuvaría con toda su opinión y respeto a que así fuese lo más pronto posible: que su misión a su vista era con consentimiento y aprobación de los caciques Lincon y Avouné, y que su objeto principal era prevenirle de parte de ellos, que éste no era el lugar en donde debían celebrarse los tratados, y sí una laguna distante 1½ legua, que al objeto se había elegido, y a donde debía dirigirse para la reunión general.

Toda esta conferencia se tenía ante toda la comitiva del personaje, y la multitud que se hallaba reunida antes de su llegada a nuestro campo, a más de la que se reunió a la novedad, de los establecimientos vecinos, la que había formado un círculo a nuestras personas, tan limitado, que no podíamos darnos vuelta. El cacique hizo apartar a la muchedumbre, y continuó su discurso, dirigiéndose al comisionado: añadiendo, que uno de los encargos especiales que traía en su comisión era que, no hallándose satisfechos algunos caciques e indios de la buena fe que presidía en los tratados con esta comisión, y desconfiados que bajo la capa de paz se tramase algún movimiento ofensivo contra ellos, era menester que tomasen medidas y precauciones para no ser sorprendidos: que se les había dicho que la comisión venía escoltada con mucha gente armada, y por consiguiente era necesario reconocer el número de los que la componían, para dar cuenta a las tribus, y al mismo tiempo satisfacerse, y satisfacer a su comitiva y demás. El coronel comisionado contestó, entre la bulla de la turbamulta que pedía a grandes voces que querían ver a la gente ar-

mada que venía, y que saliesen; repitiendo, *salgan, salgan*, a gritos y algazaras. El cacique impuso silencio y oyó la contestación del comisionado, que se reducía a manifestarle el gusto y placer que sentía al verlo interesado en la paz que todos deseaban, y que cuanto antes partiría al lugar que se le destinaba para celebrar la unión que anhelaba, y para concluir unos tratados que asegurarían para siempre la paz: que esos temores que manifestaban algunos caciques e indios eran infundados, pues bien pronto se desengañaría él y su comitiva, que el número de hombres que escoltaba la comisión no era temible, y mucho menos incapaz de traicionar la buena fe de sus tratados, y que el comisionado había expuesto su existencia, arriesgándose a emprender una marcha y una comisión, con grave daño de su salud y edad, solamente porque sus hermanos los caciques, lo habían solicitado con el gobierno repetidas veces, como el único capaz por su opinión de entablar los tratados de paz: que esta conducta bien clara y manifiesta, estaba en contradicción con los recelos y desconfianzas que expresaban algunas tribus; y por fin, que verían el número de la comitiva, y se desengañarían. Al efecto se mandó se formasen en frente del campo, y delante del cacique, la escolta, peones, etcétera: y efectuado esto, contó el cacique uno por uno, comenzando por el comisionado hasta el último peón, el número de treinta y tantos. Concluido este escrutinio, hecho por la mayor parte de su comitiva, habló el cacique con tono airado, y dirigiéndose a los suyos, les dijo: que ya veían el número de los que venían a hacer la paz: que no debían tener ninguna desconfianza: y en seguida dijo al comisionado, que no temiese ningún ultraje de las tribus; que con toda confianza marchase a la laguna destinada, que todo el mundo lo recibiría con los brazos abiertos, como a su bienhechor. Concluyó su discurso pi-

diendo yerba, tabaco, pasas, etc., de lo mejor que hubiese; lo que al momento se le mandó dar, y al mismo tiempo a los personajes que lo acompañaban ²². En seguida se despidieron y se marcharon, dejándonos aún multitud de corrillos y circos de juego, que nos mortificaban sobremanera, y con tanta petulancia, que era menester evitar su vista para librarse de ellos.

Estos corrillos se formaban por todas partes, conforme se llegaban los aficionados, y se aumentaba la bulla en proporción de la pérdida o ganancia que hacían con las apuestas.

En unos observamos que jugaban al dado, y en otros a la baraja: en los primeros manejaban con suma destreza y orden cuatro dados, no pulidamente contruidos ni cuadrados, pero sí con sus caras y señales de suerte y pierde, marcadas con puntos. A ellos jugaban una especie de moneda adoptada en el juego, (unas pequeñas argollitas amarillas, como sortijas) que cada una tenía su valor determinado, en cierta especie, y un cierto número de ellas determinaba su valor y entonces el que las perdía la entregaba, ya en un caballo, ya un chapeado o espuelas, estribos, etc., que antes de empezar el juego apostaban. En los dos observamos al mismo tiempo, que jugaban con destreza,

²² En este caso toda la multitud de malvados y asesinos desertores que la acompañaban, se daban un aire de importancia, y se desdeñaban hablar, y entrar en conversación con ninguno de la comitiva: todos ellos vestidos como bárbaros, y su mayor gala en el caballo: ninguno de los que vimos dejaba de tener sus espuelas, estribos y chapeado de plata. A todos estos tráfugas, que hacían alarde de presentarse e insultar, era menester contemplarlos y regalarlos, porque de lo contrario hubiera sido muy mala política, y nos hubiéramos expuesto a grandes peligros.

ya al monte, paro y otros juegos conocidos, pero con más generalidad el llamado *tenderete*, que lo usan mucho y lo prefieren a todos los demás: a él, como a los otros, se descamisan y juegan todo lo que tienen, con las argollas o equivalentes al valor de una especie. Este sistema lo adoptan por cómodo, pues cuando se reúnen en las ferias no pueden cargar ni arriar las telas y bestias destinadas al juego, y sí aquella moneda que, perdida, el acreedor o ganador ocurre o va en persona a recibirse de su ganancia. Muchas veces algunos se hacían dueños de la escasa fortuna de un pequeño rodeo de vacas, y las pocas telas que tenía para sustento, quedándose reducido a la mendicidad, y por consiguiente sin tener como alimentar a su familia²³. Es una de las pasiones o vicios que más predomina a estos bárbaros, y lo excesivo de él es lastimoso cuando no respetan para sacrificarle lo más sagrado, cual es, la vida de su mujer e hijos; porque faltándoles el sustento ninguno se lo facilita. El egoísmo ha llegado a tal grado que asombra, y por consiguiente da a conocer el estado de barbarie en que se hallan sumergidos. Más adelante hablaremos de esto, aclarándolo con datos y observaciones, que no dejan duda ninguna de su miseria.¹

²³ Hemos sido testigos de casos de igual naturaleza en las reuniones o ferias que tuvieron en el tiempo de nuestra comisión.

¹ Es necesario señalar que las observaciones del autor, si bien tomadas *in viso*, no penetran en lo hondo del problema. Los indios que tenían tratos con los cristianos para mantener las paces eran la escoria de la indiada, como lo ha señalado acertadamente Milcíades Alejo Vignati, en uno de sus trabajos. Por ello no debe asombrar al lector la descripción de la degradación observada, pues los indios que conoció el coronel García estaban corrompidos por su contacto con los blancos. Es sabido

A las 5 de la tarde se retiraron todos reunidos a sus casas, quedándose en nuestro campo a dormir algunos, con objeto de jugar y robar lo que pudiesen. En esta noche heló, reinando un frío excesivo.

Por la mañana observamos en medio de la confusión y desorden de los reunidos, a la hermosa *Sierra de la Ventana*, que con claridad del horizonte se distinguía toda su ramificación, y principalmente el mogote elevado que lleva aquel nombre. Este demoraba de nuestra posición al rumbo oeste 20° sur-oeste, y el segundo, o del *Guaminí*, al rumbo oeste 5° norte-oeste, prolongándose éste por una sucesión de mogotes hasta el norte-oeste, en donde se pierde en colinas en la vasta pampa por donde pasa el camino a Salinas, que sigue hasta las fronteras de la provincia de Cuyo. Todas estas sierras son por consiguiente casi perpendiculares a la costa del mar, y paralelas a la primera ramificación. Deseábamos aproximarnos a ellas para adquirir conocimientos de su verdadera situación y particularidades, y al mismo tiempo para reconocer algu-

sociológicamente, que individuos de un estadio de evolución inferior, al tener contacto con individuos de un estadio superior, aceptan y adoptan de éstos lo menos evolucionado, que en la mayoría de las veces son los vicios. Casi nunca los inferiores adoptan las condiciones superiores o más evolucionadas del estadio superior. Por ello la reiteración en los relatos de indios o con ellos, de sus aficiones al juego, la bebida y las trampas en los tratos, pues son manifestaciones de los blancos, pero como aspectos negativos. Sin embargo, la aceptación por parte de los menos evolucionados de estas condiciones, se hace como signo de adelanto, o sea, cambiado de significado. Los indios que jugaban a los naipes, aceptaban el juego como una asimilación de su parte de una parte del estadio superior, sin comprender que era negativo el resultado de su práctica.

nos arroyos que de ellas descienden, y que generalmente oíamos nombrar a los indios.

Día 26. Nublado, y calma. A las 8 salió el sol con brisa del sur-este, la que despejó el horizonte. Desde esta hora se comenzaron a reunir los mismos corrillos del día anterior, con la misma confusión y desorden. Entre varios indios, que se habían quedado en nuestro campo a dormir, de los del día anterior, se presentó uno al señor coronel comisionado, el que, antes de apersonarse, había hablado largamente toda la noche con el intérprete, imponiéndole de su misión, para que éste lo hiciese al día siguiente con el comisionado. En efecto, él se presentó acompañado de éste, el que dio cuenta al señor coronel, que por la narración que le había hecho el indio, era enviado por el cacique Neclueque a dar cuenta a la comisión, que sabía que los caciques ranqueles no querían hacer la paz con ella, porque se hallaban imbuidos por la multitud de tráfugas desertores que ellos abrigan, los que se valían de cuentos para alucinarlos y discordarlos, y al efecto habían hecho creer a todos ellos que los presentes que la comisión llevaba para regalarlos después de hechas las paces, estaban todos envenenados y cargados del *gualicho* o cosa mala, para hacerlos víctimas de la buena fe con que se prestaban a tratar, y que así no creyesen en tal comisión enviada con miras siniestras por el gobierno de Buenos Aires para engañarlos, mientras tanto que se preparaban para hacer una expedición contra ellos; y que lo que convenía era no hacer la paz, y mantenerse en guerra abierta como hasta entonces. Concluida la relación del intérprete, dijo el indio que su cacique lo felicitaba, deseando que llegase el día que se verificase la reunión general para entablar duraderas relaciones de

amistad, que afianzasen para siempre la paz: y que dicho cacique añadía a su mensaje, que los desertores que se abrigan entre los disidentes eran veintisiete, la mayor parte chilenos, restos de la división de Carreras, capitaneados por un oficial nombrado Curado, también chileno. El comisionado pidió por último, yerba, tabaco, azúcar, etc. para su cacique, lo que al momento se le satisfizo; y también se le contestó al mensaje de su cacique, disuadiéndole de la creencia de semejantes mentiras, e invitándole a la paz, mediando con sus respetos y opinión, para que los disidentes, si acaso hubieren, entrasen en tratados, y les asegurara por su parte la falsedad de los chilenos que les habían introducido los tráfugas. Se marchó con esta respuesta el enviado, muy contento, y cargado de regalos para su señor.

Toda la mañana lo pasamos rodeados de los corrillos de juego, y recibiendo visitas que nos hacían algunos indios principales, entre ellos uno que vimos se llegó a saludarnos, venía muy bien vestido, y con un excelente apero, adornado con un chapeado completo de plata. Su figura no era despreciable, y su tez era blanca: no dijo su nombre, ni los indios concurrentes a quienes preguntamos, tampoco lo sabían, por lo que creímos que no fuese principal, ni cacique, sino uno de los muchos que han robado largamente en las incursiones en la provincia, y vienen a lucir en sus tierras la presa. A las 12,30 del día arribó un chasque del cacique Lincon, el que venía acompañado de una multitud considerable, y entre ellos el capitán *cona*. Éste, después de muchas ceremonias, antes de entrar a manifestar su embajada, dijo: que su cacique saludaba a la comisión con todo aquel respeto que le merecía su carácter: que en aquel mismo día acababa de llegar de concluir felizmente la suya: que de ella se esperaban buenos resul-

tados, con haber reducido a hacer la paz a muchos que no la querían: que un día hermoso y lleno de delicias se esperaba, en el que se unirían para siempre con lazos indisolubles todas las tribus con la provincia de Buenos Aires, con unos tratados permanentes, que muy pronto y con buen resultado se harían; y que así esperaba que sin pérdida de instantes se pusiese en marcha para la laguna que se había destinado, sirviéndole de guía el mismo chasque, a la que al día siguiente se reuniría él y todos los caciques, con sus tribus, a celebrar los tratados: que deseaba llegase ese momento para abrazar a su antiguo amigo, y renovar la amistad que en el año 10 contrajo, en su viaje a Salinas: que no se sorprendiese de las ceremonias y demostraciones, y maniobras que se harían en la reunión, por las divisiones que debían asistir armadas, según el régimen que en estos casos se usa. Concluida la misión del chasque, contestó el coronel comisionado, que era grande el placer que sentía al ver próximo el día de la unión general, en que iba a abrazar a sus amigos y hermanos: que sentía la necesidad que se efectuase cuanto antes, pues ni su salud, ni el mal estado de los carruajes y cabalgaduras permitía que la estación del invierno lo tomase en la campaña, ni tampoco demorase demasiado. En seguida de esta contestación, se mandó cargar los equipajes y poner todo pronto para marchar al lugar destinado.

A las 4 de la tarde nos pusimos en marcha, llevando un numeroso acompañamiento de indios, por delante, por detrás y por los flancos, multitud de chinas y muchachos con grande bulla y alboroto, mezclado entre ellos el fiel Antiguan, haciendo cabeza a los vivas de paz, que a cada instante se prorrumpían por la muchedumbre. Con rumbo oeste-sur-oeste, inclinándonos por algunas sinuosidades del camino al oeste cuarto sur, arribamos a la laguna a

las 4,30 de la tarde, distante $1\frac{3}{4}$ leguas de la anterior. En el camino se encontraron dos lagunas pequeñas: la primera a una legua de la salida, sobre la derecha del camino, de 150 varas de circunferencia: buena agua, buenos pastos, sin barrancas, en un terreno sumamente húmedo, y con 4 toldos situados en su circunferencia: la segunda a 6 cuabras de ésta más adelante, de 55 varas de circunferencia, ambas regulares, y con las mismas calidades: con diferencia que ésta estaba llena de juncas y duraznillo, y en la misma calidad de terreno. En la que se hizo alto, encontramos buena proporción para hacer una parada con comodidad: en magnitud es de 500 y más varas de circunferencia, bastante regular, de rica agua, con bastante leña de duraznillo en su centro, con buenos pastos en sus cercanías, sin barrancas y abordable por todas partes, aunque situada en un terreno demasiado húmedo, que con muy poca diferencia era un bañado. En su circunferencia se hallan situados más de ocho toldos de población, y a más se encontró pescado bagre en abundancia. En la parte de su circunferencia que mira al oeste-sur-oeste, nos acampamos, formando un pequeño campo, atrincherado circularmente con los carruajes, para impedir que ninguno pudiera entrar dentro del círculo a caballo ni aun a pie, para no sufrir el mismo desorden de corrillos de juego, y confusión que anteriormente. En él pasamos la noche con comodidad, no obstante que con algún recelo, fuese positiva la noticia dada por el cacique Neclueque, y que por consiguiente se entorpeciese el éxito de la comisión.

Día 27. Nublado, calma: a las 8 vimos el sol, y en seguida tuvimos un día claro y despejado, con una pequeña brisa que se levantó a las 10 del norte-oeste. Debiéndose

celebrar en este día la reunión general, nos dispusimos para preservarnos de la confusión y desorden, que con la multitud de concurrentes habría: atrincheramos al pequeño campo o circuito en que estábamos para no ser atropellado, ni exponernos a ningún ultraje de tanto facineroso, debiendo entrar a él solamente los caciques, para tratar y hacerlo con alguna formalidad, como creíamos; pero nos engañamos. Pasemos a los sucesos de este día, demasiado tristes y peligrosos.

A las 10 de la mañana arribó un chasque del cacique Lincon en que avisaba que dentro de pocos momentos arribaba con su tribu, y que al mismo tiempo que él, arribarían los demás con sus gentes; que se estuviese pronto, y no nos sorprendiésemos de las operaciones que debían hacer en esta reunión. A las 12 del día se presentaron al sur-oeste de la laguna, como a 10 cuadras de ella, 200 y más jinetes, formado en batalla en ala, algo desordenados, con el cacique Lincon; los que se aproximaron, conservando esta formación, paso a paso y con marcha majestuosa al son de cornetas y bocinas, hasta dos cuadras del campo, en donde hicieron alto. En seguida de esta ceremonia prorrumpieron en grande alboroto, desordenándose la línea, corriendo o dando cargas en grupos con sable en mano y lanza,²⁴ tirando cortes y lanzazos al aire a diestro y siniestro: dando vueltas a toda carrera circularmente alrededor del cacique que se hallaba en el medio,

²⁴ Los de esta división traían más de 60 sables, y el resto, lanzas, holas y un pequeño machete o daga que todos cargan, y es el arma más general entre ellos. La lanza la cargan pocos, porque no es tan general como vulgarmente se dice. En la división de que hablamos, 24 solamente las tenían, y en la observación hecha sobre toda la línea, diremos su número más adelante.

presenciando este ensayo guerrero de su tribu. Algunos de los jinetes que acompañaban al jefe de la división, se presentaron con los caballos enjaezados, con cuentas, cascabeles y campanillas; encoletados con una túnica de cuero perfectamente hecha, como una saya, y con sombrero de cuero, formando un solideo con su grande ala semejante al de un fraile, de seis a siete cueros de fondo, lo mismo que los coletos: con la diferencia que éstos son tan blandos y dóciles como una seda, porque lo benefician de tal modo, que los ponen en este estado, y aquéllos tan duros como una piedra, que un sable no les penetra, ni tampoco a los primeros una bala de fusil a distancia de media cuadra, por observación hecha anteriormente con uno semejante, en la campaña del año 21 al sur.¹¹ Estos personajes o ayudantes de órdenes, traían además su sable de latón cada uno, sus pistolas aunque inútiles, las lanzas, bolas y puñales, los que se apersonaron al comisionado a saludarlo de parte de su cacique. A las 12,30 se presentaron, cubriendo el horizonte por todas partes, líneas de batalla en ala, que abrazaban una extensión considerable de terreno, y presentaban a la vista del observador un aspecto imponente y pintoresco. A la 1 llegaron a tres

¹¹ Esta indicación sobre los coletos, corresponde a las armaduras que los indios usaban y si bien coinciden en los términos generales con las observaciones de don Luis de la Cruz, sobre su uso y confección, difieren fundamentalmente sobre su uso, pues éste dice que el que se ponía una de ellas quedaba imposibilitado de moverse. Por su parte la descripción de García es en el sentido de que permite su uso. También es interesante la observación sobre la dureza que presentaban ante un tiro de fusil a media cuadra, pues esta afirmación ha sido tomada para asegurar que el disparo a quemarropa no lo atravesaba.

cuadras del campo, lo cercaron e hicieron alto: su marcha, desde que se presentaron, fue pausada y majestuosa: al son de cornetas de cuerno y caña que manejaban algunos indios en cada división, y cada una de ellas con sus caciques a la cabeza, con mucho orden en la formación, sin dar voces.^m

Esta uniformidad nos asombraba, y al mismo tiempo el alineamiento y silencio que guardaban, presentando el aspecto de escuadrones disciplinados, con sus sables y lanzas en asalto y guardia. Esta primera perspectiva nos hizo conocer el carácter guerrero y militar a que tiende directamente el genio de estos bárbaros, y que el mismo los conduce a un adelantamiento que tal vez nos será funesto. Veíamos con dolor a estas líneas, cargadas con sables de latón, y multitud de armas blancas, y aún de chispas, que por su barbarie no las sabían aprovechar, y que habían sido adquiridas en los infinitos combates y guerrillas, en que han atemorizado a nuestras milicias de campaña, y veíamos aun más, algunos uniformes y gorras de nuestros soldados, adquiridos del mismo modo, con multitud de carabinas y tercerolas inútiles, que por lujo o insulto las cargaban a la espalda, para que les viésemos, y hacernos entender, y ver por nuestros propios ojos, el estado preponderante en que se hallaban, así en fuerza como en instrumentos de defensa, y maniobras de caballería, aunque brutales, dirigidas solamente por su genio,

^m Esta modalidad en las formaciones de parada o de combate eran recientes, pues ningún relator de la vida y los combates de los indios ha hecho mención al uso de cornetas y mucho menos a las formaciones regulares. Esto fue introducido entre los indios por los blancos renegados y por los desertores de los ejércitos. De esta manera la acción guerrera resultaba mucho más eficaz.

o por cosas semejantes que han visto²⁵. En esta posición, las divisiones al parecer aguardaban órdenes del cacique principal, que se hallaba con su gente formado del mismo modo; y en efecto, no tardó poco en que vimos salir de su división dos encoletados, que le servían, como hemos dicho, de ayudantes. Éstos se dirigieron a la división de Avouné, uno de los caciques principales, y su misión la repitieron dos veces al mismo, hasta que su división se puso en marcha, que se hallaba al sur-este de la laguna, como a dos cuadras de la primera, y de las más próximas a ella. La marcha con que rompió fue a gran carrera, con gritos de alegría, y con las mismas ceremonias que lo hizo la primera; no cesando de dar estas cargas hasta que dio tres veces vuelta la línea de la primera división que se hallaba formada, y que se conservaba en este orden mientras que la otra concluyó su ceremonia, la que en seguida de este acto, pasó a formar en batalla, a continuación de la primera, y al mismo frente. Incontinenti de este acto marcharon los mismos ayudantes a practicar igual diligencia con la tercera división, que se hallaba formada al este de la laguna como a dos cuadras, y después de una larga

²⁵ Esta formación en batalla no era nueva a nuestra vista: de este mismo modo se presentaron a batirnos en las faldas del monte Tandil, el año 20, aunque en mucho menor número del que ahora. Allí vimos por nuestros ojos capitanear esta formación a varios tráfugas y desertores, que con ellos se arrojaron sobre nuestra pequeña línea.

Ahora no sucedía así: las divisiones las conducían los mismos caciques, y les hacían guardar aquel mismo orden, sin embargo de que en cada una de ellas vimos un número considerable de hombres vestidos y acomodados a sus costumbres. El número de estos lo diremos más adelante, por el cálculo de todas las divisiones, hecho en la reunión de este día.

parla con el cacique Anepan, que la mandaba, hizo ésta la misma evolución que la anterior. La cuarta división del cacique Pichiloncoy; la quinta del cacique Ancaliguen y otros; la sexta de los caciques Llaqueleu, Huilletrur, Antiguan y otros; la séptima de los caciques Chañabilú, Chañapan, Neculpichuy, Trignin; la octava, de los caciques Cachul, Catriel y otros; la novena, de los caciques huilliches, Nigiñite, Quiñifoló, Pichincurá, y las que se hallaban formadas en la circunferencia de la laguna, pasaron a formar en batalla, haciendo antes las mismas evoluciones que las otras, antes de practicar esta última; hasta que formaron una hermosa y regular línea en orden de parada, y con el mayor silencio, que hacían guardar los jefes de cada una de las divisiones, y por consiguiente la alineación con la primera división que formaba la cabeza. Concluida la formación de la línea, los dos caciques principales, Lincon y Avouné, mandaron formar un círculo a toda ella, lo que se efectuó sin alboroto, pero desordenadamente, porque a pesar del silencio y buena disposición con que lo hacían, no podían ejecutarlo, y para hacerlo era menester que el desorden presidiese la maniobra. Formado el círculo, todos los caciques se metieron dentro de él, y tuvieron una larga parla de más de dos horas, acerca de los tratados que se iban a celebrar nuevamente, y al mismo tiempo, acordar con el pueblo las bases que debían presidir, y si debían celebrarlos por sí solos, sin la reunión de los ranqueles, cuando se dudaba de la buena fe de éstos, no obstante que muchos querían tratar. El cacique Lincon dijo en la reunión, que los tratados no debían efectuarse sin la asistencia de los ranqueles, pues que cualquiera que fuesen los que se hiciesen, serían efímeros si con aquéllos no se contaba: que se aguardase a que se reuniesen, ya todos o algunos, que entonces se harían con

más formalidad, y todos disfrutarían de los presentes que el gobierno les hacía por medio de la comisión: y que hacer lo contrario traería mala consecuencia a ellos mismos, porque se renovarí el rencor que se tenían, y a la comisión, que había dado un paso tan precipitado, sabiendo que aquellas tribus son las más fuertes, y con las que principalmente debía hacerse una liga. La franqueza con que este bravo y elocuente cacique habló en la reunión, no pudo menos que chocar con el orgullo y disposición de sus compañeros, que se manifestaron contrarios a esta opinión. El interés particular, más bien que el deseo que demostraban por la paz, era el que obraba en este caso: los cortos artículos que la comisión llevaba para obsequiarlos era tales, que para los reunidos no alcanzaban, y cada uno de ellos se creía dueño y poseedor de todo, y no querían que otros disfrutasen: esta lista premeditada que todos formaron, chocó igualmente al desinterés y buena fe del cacique Lincon. Él sostuvo su opinión hasta el último extremo contra el cacique Avouné, y demás de los reunidos, que querían celebrarlas incontinenti, y que después de canjeados los tratados con ellos, como una tribu diferente e independiente de los ranqueles, la comisión marchase a celebrarlos con los caciques que de esta tribu quisiesen. El cacique Lincon conocía demasiado por su experiencia la codicia e interés de sus paisanos: él sostenía aquella opinión, porque la creía conciliatoria con los dos partidos siempre opuestos, y al mismo tiempo libraba a la comisión de los riesgos que esta medida podía haberle ocasionado. Él sabía que, efectuándose en esta reunión las conferencias, íbamos poco más o menos a ser saqueados, y por consiguiente cuando se celebrase la segunda con los otros, no podríamos llenar las miras del gobierno y de la comisión, y ésta se expondría a un desai-

re, a una ruina inevitable, si aquéllos traslucían que la comisión había obsequiado a sus enemigos, con las especies que para todos se destinaban, para celebrar una paz con la provincia. Esta opinión juiciosa del cacique Lincon, vertida en la reunión, hubo de costarle el sacrificio de su existencia: su conocido amor al orden, las consideraciones que había merecido de las autoridades del país, y su opinión entre todas las tribus, aumentaban los celos y envidia de los demás caciques, y principalmente del principal Avouné, joven orgulloso y aspirante, hermano y sucesor del célebre Carritipay. El pueblo, que se hallaba reunido y presenciaba su discurso, no pudo menos que seguir la opinión de los caciques, y lo insultaba a grandes voces e invitaba y mandaba que ella fuese seguida. El respeto del viejo cacique contenía estos insultos, reprendiéndolos voz en cuello, y haciendo ver a sus compañeros que el paso que iban a dar, traería funestos resultados. Todos despreciaron sus consejos, excepto algunos viejos caciques octogenarios y sus tribus pequeñas; pero fueron arrastrados por la opinión tenaz de la fuerza principal, que ordenó incontinenti, de acuerdo con Lincon, que el comisionado se presentase a la reunión, para conferenciar y comunicarle la medida que se había sancionado.

A las 2 de la tarde recibimos la orden de apersonarnos delante de los caciques, y desde luego marchamos, el comisionado, el ingeniero y el intérprete, hacia ellos, que distaban seis cuadras de nuestro campo al sur-este. En seguida a esta orden el cacique Lincon se dirigió a comunicarnosla, y tras él se desordenó enteramente toda la línea o círculo en donde se había tenido la parla. Este desorden comenzó en derrota: unos a dar carreras con gritos, bulla y confusión, y otros se dirigían del mismo modo a nuestro campo: en él se armó una terrible zambra;

todos pedían, todos gritaban, y clamaban por tabaco, yerba, etcétera. Rompieron por último el pequeño círculo que lo rodeaba, y no quedó uno de los petulantes que no fuese satisfecho: indios, chinas y muchachos, pasaban de 1.500 los que nos rodeaban en él, fuera de la turba considerable que se hallaba en el campo, en correrías.

El cacique Lincon, al comunicar la noticia al comisionado, lo estrechó fuertemente, a pesar de la incomodidad y disgusto con que venía: él mismo nos condujo a los reunidos, mezclados entre la multitud de jinetes, que a la novedad de vernos, lo acompañaban, y nos llevaban con gran bulla y desorden, todos armados y en guardia como en procesión, al parecer al sacrificio. Arribamos al lugar en donde se hallaban los caciques: mandaron ordenar sus gentes, y formar un círculo, y en él entramos: los caciques se apearon de sus caballos, y formados en tierra, cada uno nos abrazó y dio la mano, saludándonos cariñosamente. Hicieron descender a varios jinetes que se hallaban entre la multitud, para que sirviesen de intérpretes en compañía del nuestro, la mayor parte de ellos desertores. Uno de ellos, después de haber hablado el cacique Avouné, dijo al señor coronel comisionado, que aquel cacique por su parte y a nombre de los reunidos, felicitaba a la comisión, demostrando la sensación que les causaba, el ver próximo el feliz instante en que se reunirían para siempre con sus hermanos los cristianos, por medio de unos tratados que asegurarían la paz, pues que conocían las ventajas de ésta, y la destrucción que la guerra les había causado por tanto tiempo: que en aquella reunión habían determinado los caciques, que se celebrarían los tratados con las tribus, pampa y huilliches, y que la comisión pasaría, concluidos éstos, a entablarlo con los ranqueles, pues que de este modo se evitaban los celos de aquéllos,

y no se renovarían el antiguo rencor que le profesaban: que los tratados se efectuarían al día siguiente, para cuyo efecto se reunirían separadamente con el comisionado. Dicho señor contestó por medio del intérprete, felicitando del mismo modo a sus hermanos: que solamente por haberlo ellos solicitado para hacer la paz, podía haberlo hecho, sacrificando su salud en una estación peligrosa: que la comisión no creyó haber llegado a un punto tan avanzado, pues solamente se le dijo que hasta las sierras de Curacó sería el viaje, y allí se reunirían: que el mal estado de los carruajes y cabalgaduras no permitía internarse más; pero para que estuviesen convencidos de la disposición que asistía a la comisión para entablar la paz, aun con aquéllos que la despreciaban, marcharía a conferenciar con ellos al punto que se le destinase.

Los caciques oyeron con agrado la relación de la comisión, no obstante que ella se opuso fuertemente pasar adelante: pero era menester obedecer a todos ellos que lo mandaban, y al pueblo que a grandes voces lo pedía. El cacique Lincon apoyaba la opinión de la comisión, y con demasiada arrogancia reprendía al cacique Avouné, el más tenaz de todos, y al pueblo que lo pedía. En estas parlas todos hablaban, unos reñían, otros contestaban y reprendían, y nadie se entendía: los parciales del cacique abogaban por su opinión, y los otros, por la de sus jefes: de modo que hubo de armarse una gresca a balazos, sable y lanza, que nos hubiera costado muy caro. Pero lo que sucedió fue que el pueblo incomodado contra Lincon y sus parciales, arremetieron algunos atrevidos contra él y los suyos: en la confusión el bravo cacique no se turbaba, y a todos atendía con su espada en mano, y causaba respeto a los desertores, que eran los que capitaneaban estos insultos, con un objeto diferente: no directamente contra

el cacique, sino para que fuésemos envueltos en sus contiendas, y disponer francamente de la yerba, tabaco, etc., porque anhelaban, a más del odio con que nos miraban. Sus intenciones fueron conocidas: el círculo que formaba la plebe a caballo era reducido, y en estas disputas lo redujeron tanto, que apenas cabíamos de pie, sofocándonos de tal modo en la multitud de 3.000 y más caballos en desorden, que nuestras voces no se oían, ni por consiguiente la voz de los caciques, que trataban de aquietar sus tribus, y evitar la lid desigual que amenazaba. El lance fue apurado, en él creímos ser envueltos, y quedar entre las patas de los caballos.

Contenido el desorden, nos dieron satisfacción todos los caciques, reiterando su amistad y buena fe: partimos a nuestro campo, y con nosotros todos ellos a tomar mates, y conferenciar sobre lo que debía practicarse al día siguiente.

Toda la línea en desorden se vino a nuestro campo con sus caciques. Su objeto era conocido: disfrutar de los obsequios que debían hacerse a sus caciques, y espiar la oportunidad que se les presentase para adquirir alguna cosa contra la voluntad de su dueño. A los caciques se les tenía preparado los instrumentos en que debían tomar los mates, y que cargasen una dosis de yerba que saciase la buena disposición con que lo tomaban.²⁶ Sentados en

²⁶ Los mates que se les tenía preparados para este caso, eran algunos cuernos de 1½ pie de largo, y algunos jarros que se habían llevado, de lata, de un tamaño casi igual al de los primeros. En estos cabía una libra de yerba con su parte de azúcar correspondiente, la que, después de consumida el agua, se la echaban al cuello, y repetían la misma dosis cuantas veces se les daba. A todos se les satisfizo con este obsequio, a más de las buenas bolsas que al efecto traían preparadas para

tierra, formando un gran círculo se regocijaban, acomodando los presentes provisionales que se les hacía, en las mantas, ponchos y bolsas, entablando la parla mezclada con la risa y algazara, o más bien confusión y desorden; porque no hay acto por formal que sea en donde no mezclen estas dos calidades propias de su genio. En estas ocupaciones pasaron toda la tarde hasta que anocheció, y se marcharon todos los caciques a sus campamentos, que habían formado las divisiones cerca del nuestro en las mismas riberas de la laguna. La comisión tuvo que ceder todo el poco ganado que había conducido, para que pasasen la noche: la cesión fue a impulso de ver arrebatarlo sin permiso a los mismos que se hospedaban. El bravo y constante Antiguan contuvo en esta ocasión los excesos que se cometían por algunos, que no tenían las mejores intenciones, en nuestras cabalgaduras y comestibles, que los arrancaban casi forzosamente a nuestros peones. Antiguan, respetado entre todos por su opinión y valor, castigó a algunos de estos facinerosos que conducían la presa. Él se distinguió en esta ocasión, y sus servicios fueron muy recomendables, a más de los que lo habían hecho acreedor a las consideraciones que la comisión le dispensaba. Se distinguió igualmente en las conferencias de la reunión, secundando la opinión del viejo cacique, y sosteniéndola con su espada y arrogancia en su parla, a los que se dirigía.

proveerlas con diferentes especies. A más de esto esperaban que en el reparto de los artículos que ocupaban toda su atención, les tocase una parte considerable, que los proveyese por algún tiempo. Sabíamos positivamente que en ellas nos veríamos apurados, porque se puede asegurar que no hay bárbaros en lo descubierto en quienes reine más la codicia, petulancia e interés, como en estos indígenas.

El cacique Lincon, después de haber tenido una corta conferencia con el comisionado, dejó a sus compañeros y se marchó a sus toldos con los suyos, para tratar cuando se efectuase la segunda conferencia con los ranqueles. Este desprecio que hizo de los demás, les hizo conocer el desaire que les había hecho, y por consiguiente el poco interés que tomaba en sus tratados, y en los presentes que se le podía hacer. La comisión no dudó un momento de la impaciencia, desinterés y buena fe que caracterizaba a este buen viejo; ella se propuso tratar con él largamente, después que se concluyese este primer compromiso, atrayéndolo con mejor agrado, y hacerle conocer cuán justificada era su conducta, y el alto aprecio que con ella se había granjeado en la comisión, y que sería recomendable ante la autoridad de la provincia. Mientras tanto, era menester que ella siguiese el torrente de la opinión de los que componían el mayor número, y tenían la principal fuerza. La comisión encontraba en el orgullo natural de las tribus pampas y huilliches una razón para que hubiesen dado aquel paso no uniforme. Los primeros componían una tribu diferente de los ranqueles y sus constantes enemigos²⁷; y su orgullo no podía sobreponerse a la unifor-

²⁷ La enemistad la conservan mientras no hacen causa común para robar en las fronteras. En este caso son amenazados para la coalización por los ranqueles: ellos acceden, ya por temor, o ya por la buena disposición que les acompaña para el pillaje. En estas coalizaciones al fin de la fiesta salen perdiendo, porque *el lobo grande se come al chico*. Los ranqueles, que han cobrado una superioridad incomparable sobre los pampas, en la lid, se han hecho mucho más temibles, por las continuas cargas que les hacen sobre sus propiedades, ya en armonía, o ya cuando se unen para robar. El número de estos equilibra el valor y genio más guerrero de aquéllos, de quienes hablaremos.

midad del pacto, cuando mediaba una enemistad que solamente la desprecian en una liga general, ya para robar como hemos dicho, o ya para defender su país cuando es invadido. No por esto desconocíamos que este acto chocaría igualmente con los ranqueles, y al mismo fin que se propuso el cacique Lincon en llevar adelante su opinión, porque veía presidir en el acto más formal que se podía presentar, el interés que obraba con más fuerza que ninguna otra cosa, y que habiendo uniformidad, ni aquéllos podían quejarse, ni la comisión padecer ningún desaire, ni mucho menos dejarse de hacer unos tratados con mejores bases. Ambas razones pesaban en el concepto de la comisión, pero ella contaba que, aunque fuesen agotadas las especies que debían repartirse para ambas tribus, en el segundo pacto con la otra tribu, el cacique Lincon saldría garante del paso que las otras habían dado, y en este caso, aún cuando no se consiguiese un feliz resultado en los tratados, se conseguía aumentar e influirles más y más el odio y disposición, para un choque entre ambas.

La tribu huilliches, aun no se había reunido toda, y se aguardaba un mayor número con sus caciques principales, para el día siguiente. La división que había llegado, deseaba del modo que fuese establecer sus relaciones con la comisión y marcharse. Esta tribu es respetada de las demás, por su carácter guerrero; y por la respetabilidad de sus fuerzas, jamás ha entrado en coalización con ninguna para el pillaje: cuando lo hizo fue sola, sin auxilio de ninguna el año 20, en las costas del Cabo San Antonio y montes vecinos, destruyendo las poblaciones, y llevándose cuanto ganado y familias encontraron, y desde entonces han habitado pacíficamente las costas del mar, desde el paralelo de los 37° de latitud austral, hasta los 41°, es decir: desde la Sierra del Volcán, hasta el establecimiento

del río Negro en la costa patagónica. Los puntos en donde habitan las mayores poblaciones, son las costas boreal y austral del Colorado: las costas de los ríos Sauce Grande y Chico, Saladillo, Charameco y Malepundejo, y riberas de la Bahía Blanca, y su población se asegura ser la más considerable de las tribus, y su fuerza militar respetada. Con ellos no intervienen los ranqueles ni pampas, sólo sí para el comercio con el establecimiento del río Negro, el que muy poco visitan, dejándoles a ellos el tráfico exclusivo por su aproximación a él. Los caciques Nigiñelé, Quiñifoló y Pichincurá, que mandaban la división de esta tribu, no se mezclaron en ninguna de las grescas que se suscitaron en la reunión, y su indiferencia dio a conocer la buena fe y disposición con que deseaban entrar en tratados. Ellos participaron de los obsequios que se hizo a los demás, y se acamparon cerca de nuestro campo para reunirse al día siguiente.ⁿ

A pesar de la confusión y desorden que reinaba en este día, la comisión no perdía un instante en adquirir conocimientos geográficos y estadísticos del terreno y pobla-

ⁿ La ubicación geográfica que hace de los huilliches es una de las mejores que se conocen. Lamentablemente, algunos estudiosos del tema parecen ignorarla, pero los más serios, aun cuando no la nombran en sus trabajos, la indican, basados en otros trabajos de cronistas o relatores y también en sus propias investigaciones de campo.

El autor indica la rivalidad de los huilliches y los pampas, manifestando que los primeros habían adquirido superioridad guerrera. También corresponde señalar que los pampas se habían ido desplazando paulatinamente de su antiguo habitat por las presiones de los otros indios que llegaban desde la cordillera. Además, los pampas estaban en proceso de decadencia demográfica, por lo que la cantidad de lanzas que podían poner en pie de guerra era cada vez más escasa,

ción. El oficial ingeniero buscaba la ocasión de hacerlo, evadiéndose de las reuniones, ya calculando el número de las divisiones, y observando algunas particularidades que se encontraban en ellas, o ya recorriendo el campo a 1½ y 2 leguas hacia todas direcciones, para observar lo que se encontrase en el terreno. En estas indagaciones, se adelantó todo lo que se pudo en conocimiento. Daremos el cálculo hecho de las divisiones reunidas en este día, el número de las armas de toda clase, y el de sus caciques: él se ha hecho, ya contando algunas fracciones, ya calculando por aproximación o adquiriendo informes de los desertores, que con sumo cuidado tratábamos de indagar. Esta fuerza podemos decir es la disponible, y la mayor que puede poner la tribu de los pampas en caso de defensa. Para esta reunión no quedó una de las tolde-rías que no acudiese a la formación; y en este caso menor sería el número que presentasen en aquél, no obstante que para defender el país y propiedades hasta las mujeres cierran las líneas, y las defienden como varones.

Hombres

La 1ª división, del cacique Lincon	200
La 2ª ídem, del cacique Avouné	180
La 3ª ídem, del cacique Anepan	260
La 4ª ídem, del cacique Pichiloncoy	296
La 5ª ídem, del íd. Ancaliguen y otros	300
La 6ª ídem, del íd. Llangueleu, y otros	140
La 7ª ídem, del íd. Chañabilú, y otros	450
La 8ª ídem, de los íd. Cachul, Catriel	364
La 9ª ídem, de los caciques Huilliches	400
Fuerza que componía la línea ²⁸	2.520

²⁸ En esta fuerza se hallan incluidos los desertores. Por los

Chinas, y muchachos de ambos sexos que se hallaban exparcidos por el campamento	650
Total de la reunión	3.240

El número de armas blancas y de chispa es el siguiente:

	<i>Lanzas</i>	<i>Sables</i>	<i>Tercerolas</i>	<i>Bola y Daga</i>
La 1ª división ...	24	36	3	137
La 2ª ídem	14	31	5 ²⁹	130
La 3ª ídem	19	15	13	214
La 4ª ídem	29	10	1	256
La 5ª ídem	32	10	1	258
La 6ª ídem	15	3	1	122
La 7ª ídem	37	17	11	385
La 8ª ídem	20	23	3	318
La 9ª ídem	56	14	5	325
Total del armamento	246	159	41	2.144

Por lo dicho se ve que solamente una quinta parte de los reunidos, o de los que formaban la línea, venían armados de lanza, sable, y algunas armas de fuego, y el resto de bolas y puñales, que es el arma más general, y que no hay

que vimos, en cada división su número total pasa de cincuenta. No era fácil distinguirlos por el color: acostumbrados a la vida salvaje, sus figuras son las mismas que las de los indígenas.

²⁹ En las tercerolas se hallaban comprendidas algunas pistolas y trabucos que se encontraron, pero todos inútiles, excepto algunas pistolas que cargaban los desertores.

uno que no la cargue. El mismo cálculo hicimos en la campaña del año 20 con la fuerza que se nos presentó, aunque un tercio menos de la que se ve, según consta del diario presentado al gobierno, cuando se le incluyó una carta de la marcha de la expedición y descubrimientos que en ella se hicieron.

Los caciques que se reunieron fueron los siguientes:

<i>Ulmenes, o principales</i>	Lincon	Neculpichuy	} pampas
	Avouné	Pitrí	
	Pichiloncoy	Califiau	
	Anepan	Ancaliguen	
	Cachul	Llangueleu	
	Epuan	Huilletrur	
	Chañabilú	Catrill	
	Chañapan	Trignin	
	Curunaquel	Amenaguel ³⁰	
	Tacuman		

³⁰ El cacique Ancafilú, uno de los de esta tribu, y los de los principales por su antigüedad, fuerzas militares y valor acreditado en sus correrías, no se reunió a los tratados, a pesar de haber sido invitado por todos los caciques, y repetidas veces por los principales o *ulmenes*, a quienes no quiso obedecer.

La causa de esta conducta nos era desde antes de emprender esta comisión, bien conocida: este resultado lo esperábamos por los antecedentes que teníamos que era uno de los opuestos para hacer la paz, y confabulado con el cacique ranquel Pablo, que era el más tenaz, y el principal de los disidentes. Sabíamos que éste se oponía a entrar nuevamente en la liga, y era regular que aquél siguiese su opinión y no adhiriese, hasta que no entrase este último en relaciones. Ancafilú conservaba, y conserva aún, un odio irreconciliable contra la Provincia, desde la expedición del año 20, como uno de los que fueron atacados

Capitanejos o conas	{ Antiguan Catrillan, y diez más, cuyos nombres nos son desconocidos.
Huilliches	{ Niguiñilé, Quinifoló, Pichincurá. ³¹

En los reconocimientos que se practicaron en este día y el anterior, se encontraron algunas lagunas y poblaciones de indios en ellas. Tan vasto era el horizonte que por todas partes se nos presentaba para observar, que no era posible que abrazásemos un trabajo superior a las proporciones que teníamos. Sabíamos que la comisión debía seguir adelante, por el rumbo oeste-sur-oeste, hasta la Sierra de la Ventana, que a la vista de esta posición demoraba al mismo rumbo, y por consiguiente debíamos descubrir todo lo que se encontrase en la ruta. Por el rumbo norte-oeste se nos presentaba una vasta pampa, por donde aún no se había descubierto nada, hasta el paralelo del camino de Salinas conocido por varios viajeros. Por el sur-este se nos presentaba una planicie inmensa, limitada por las costas del Atlántico: por ella uno sólo había viajado, y de este viaje no tenemos noticias exactas; aun cuando hubiésemos querido practicar reconocimientos por ambos

y sorprendidos en sus tolderías, en las riberas del arroyo Chapalcofú, y el que hizo la guerra de intrigas por vengarse de la sorpresa, y había jurado no cesar en sus proyectos hasta que así lo consiguiese. Esta conducta conocida hubiera estado en contradicción con cualquier paso que hubiese dado en unión de sus compañeros, a quienes trataba de disuadir a que no admitiesen la Comisión, e hiciesen la guerra a la Provincia.

³¹ La división que entró en la reunión había salido primero que la fuerza principal.

rumbos, no podíamos separarnos a una lejana distancia de la comisión: pero creímos que por esta razón, no dejarían de ser interesantes las observaciones que se hiciesen en las inmediaciones de nuestras paradas y marchas. Así recorriendo el campo del sur-este, descubrimos la primera laguna $1\frac{1}{4}$ legua al sur 20° sur-este, en donde tenía su población el cacique Llangueleu. Su magnitud era de 320 varas de circunferencia, su agua regular, su profundidad de cuatro a siete pies, su fondo arena y tosca, limpia en toda su extensión, sin barrancas por ninguna parte y accesible, buenos pastos en sus cercanías. El número de toldos situados en sus riberas eran 10, y su población se calculaba de 200 personas, de las que 50 a 60 hombres capaces de llevar armas.

La observación constante que habíamos hecho era, que en cada toldo o gruta de salvajes habitaban 20, 22 y hasta 25 personas de todos sexos. En muchos vimos cuatro y seis matrimonios, todos mezclados con dos y tres hijos cada uno, fuera de la inmensa cantidad de mujeres y niños cautivos que se encuentran en las poblaciones, y que sirven de esclavos³². En esta última, se encontraron cuatro mujeres y seis niños.

La segunda laguna que se encontró, fue dos leguas al sur 5° sur-este, en donde tiene sus tolderías el cacique Avouné. Su magnitud es mayor que la anterior, y pasa de 500 varas de circunferencia: su agua buena, su profundidad de siete a ocho pies, su fondo tosca y lama, su centro lleno de junco y paja, hermosos pastos en sus alrededores.

³² Iremos progresivamente dando el número de los infieles conforme se calcule en las poblaciones que se encuentren, y a más un cálculo aproximativo de las noticias que hemos adquirido sobre este punto.

al este de ella, como a $1\frac{1}{2}$ cuadra de distancia, se hallan dos médanos de 15 a 2 pies de elevación: sus faldas se extienden hasta la ribera de la laguna: se halla alguna piedra en sus cimas. En la ribera de la laguna se hallaban 16 a 20 toldos, y su población pasa de 450 personas, de las que cuentan 150 y tantos hombres capaces de llevar armas. En esta población se encontraron tres mujeres blancas y 5 niños.

La tercera laguna se halla al sur 10° sur-sur-oeste distante dos leguas: su magnitud es menor que la anterior, y su circunferencia pasa de 400 varas: su agua buena, su profundidad de cuatro, tres y dos pies, su fondo barro y lama, su interior lleno de pajonales, accesible por todas partes y sin barrancas: los pastos de sus cercanías, fuertes y elevados. En sus orillas se encuentran 21 toldos, pertenecientes al cacique Ancaliguen, y su población llega a 500 personas: en ella hay cerca de 180 hombres, y el número de mujeres y niños cautivos pasa de diez.

Se nos aseguró que en la pampa, o llanura del sur-este, se hallaban algunas lagunas de magnitud y con poblaciones: nosotros no podíamos separarnos de la comisión, ni menos internarnos demasiado, y sin baqueanos. El terreno descubierto, y sus lagunas, deliciosas: la perspectiva que presenta al sur-oeste la vasta planicie al sur-este de la Ventana, es hermosa; ella se extiende hasta las riberas del río Sauce por el sur-oeste; por el oeste la sierra, y por sur-este la costa del océano. No se encuentra diferencia ninguna de nivel a la vista sobre su horizonte: en él se observa con mayor abundancia la caza de gamos, ciervos, avestruces, liebres, mulitas, etc. y algunos rodeos considerables de ganado de las poblaciones vecinas, la mayor parte marcado: la tierra es húmeda, negra y dura, y los pastos fuertes y elevados.

Por el noroeste se nos informó no se hallaban algunas ni poblaciones hasta una distancia considerable, e inmediatas al camino de las Salinas. Por lo poco transitado hacia este rumbo, observamos en la campaña que el terreno era muy blando y húmedo, los pastos variables en su fortaleza y altura, algunos bañados cortos, o pequeños juncuales, el nivel parecía ir en disminución hacia el noroeste, y las aguas sepultarse en su planicie, en alguna gran cañada o lago. Los naturales nos informaron repetidas veces que se encontraban grandes cañadas y bañados intransitables, y seguramente debía ser así, porque al mismo rumbo, y a algunas leguas, se encuentra cerca de la ruta para Salinas, la gran Cañada Larga, llamada así, porque se extiende muchas leguas, y su paso es peligroso a los transeúntes.

A las 6 de la tarde de este día, se levantó una brisa fuerte del oeste-norte-oeste, que parecía amenazante. A las 7 calmó y se nubló la noche con semblante de llover toda ella. A las 8 tuvimos brisa del oeste, que despejó la turbonada.

Día 28. Despejado y ventoso: brisa fuerte del tercer cuadrante. Al rayar el día nos pusimos en movimiento, para recibir a los que debían reunirse a hacer los tratados, y disponerles los presentes que debían hacérseles después de ellos con método y orden, para no ser envueltos en la confusión, que sabíamos positivamente debía armarse, aunque reinase el mayor orden en las reparticiones. A las 8 de la mañana ya estaba el campo rodeado de toda la turba del día anterior, redoblando sus peticiones acostumbradas. A las 10 del día se empezaron a reunir todos los caciques que se hallaban dispersos fuera del campo, en donde sus divisiones se habían alojado, y que temerosos

del tiempo se marcharon a las poblaciones vecinas a pasar la noche con su comodidad. A las 11 se hallaban todos reunidos, y sus divisiones a la vista: si en el día anterior hubo algún orden preliminar en la formación de una línea de batalla, en éste no hubo cosa que se pareciese, sino un desorden completo, ocasionado por la misma reunión. Las consecuencias de esto son bien claras: el robo, el insulto por tantos facinerosos que nadie los reprendía, y por último el desorden, nos ponían en una posición dificultosa, que solamente la paciencia y política con que nos manejábamos, podía habernos hecho superar aquellos trabajos.

Los caciques reunidos, presididos por el *pulmen*, o principal Avouné, fueron los mismos que el día anterior. Principiaron los tratados con los intérpretes correspondientes, y el comisionado, quien les dirigió un convincente razonamiento a todos, acerca de las ventajas que la paz les proporcionaba, y la necesidad que ellos tenían de celebrarla por medio de un pacto solemne y duradero con la provincia: que estaba conocido muy bien que la guerra no llevaba consigo sino la desolación y la muerte: que la razón y la justicia clamaban por que cesase este mal desolador, que les privaba de la sociedad y lazos que debían unirles con sus hermanos por medio del comercio recíproco: que éste cesaba en el momento que empezaba aquélla, y por consiguiente desesperaban con la privación de los artículos que han constituido sus primeras necesidades, y que la habitud se los ha hecho apreciables, y sin los que sería penosa su existencia, privados de este auxilio en los desiertos: que los tratados, o bases de éstos, no se quebrantaban del modo que lo habían hecho otras veces con pactos diferentes: que el gobierno de la provincia, a invitación de todos ellos, había remitido la comisión que trataba, conociendo que el estado actual de las circuns-

tancias no podía permanecer, pues que era necesario o entablar la paz, o que el gobierno supiese la opinión de las tribus, para de este modo poner los medios de ataque y defensa de la frontera, y privar las continuas incursiones que la desolaban: que las propuestas que el gobierno les hacía, para cimentar desde luego la unión, la comisión las explanaría según la opinión que sobre lo principal manifestasen los caciques reunidos, y por último que deseaba oírla, para entrar al objeto principal.

En esta situación el pueblo oía la relación que el intérprete hacía del discurso del comisionado, y a grandes voces pedían la paz, interrumpiendo continuamente el orden que había reinado hasta entonces. Hecho guardar silencio, contestó al comisionado el cacique principal Avou-né por medio del intérprete, que los deseos de todas las tribus, aucas y tehuelcha^ñ era celebrar la paz con la provincia, para cuyo efecto habían suplicado al gobierno la remisión del comisionado: que sus intenciones eran bien conocidas, que anhelaban el sosiego y la tranquilidad, y el comercio legal que les producía grandes ventajas: que por esta opinión estaban todos: que los tratados se harían bajo ciertas bases que propondrían a la comisión, y que si las conseguían, jamás se quebrantarían: que ellas debían cimentar la unión de un modo inmutable, que jamás ellos lo habían hecho, que los cristianos siempre habían sido

^ñ El autor menciona tehuelcha, pero debió decir tehuelches. El nombre de aucas, corresponde a una designación originada en los primeros momentos de la llegada de los españoles con la expedición de Mendoza, para designar a los indios provenientes del interior de la tierra, distinguiéndolos de los provenientes de las islas o del norte, rumbo Paraná arriba. Los aucas son los verdaderos pampas.

los primeros en romper la guerra, presididos por hombres díscolos y ambiciosos, que no podían mirarlos con indiferencia poseedores de sus terrenos y haciendas; o que de no, se recorriese la historia de las guerras anteriores, y se verían cuán injustas fueron, sin que ellos jamás hubiesen hecho otra que defender sus propiedades, y el suelo que la naturaleza les dio para sustentarlos y habitarlos: que esto era muy justo, y la razón lo aconsejaba, para no ver a sus familias y propiedades ser la saña y venganza de los usurpadores: que ellos habían conocido que jamás podrían vivir tranquilos, porque eran poseedores de un país que la ambición había de suscitar pretexto para arrancárselos.

El cacique descendió por último a buscar el origen de las guerras pasadas, haciendo uso de la tradición comunicada por sus mayores, como un misterio o costumbre, a que no deben faltar los que gobiernan a sus presuntos herederos, y éstos a las demás generaciones de su familia. El cacique, con tono majestuoso y semblante airado, siguió su razonamiento cansado, echándose a rodar en el vasto océano de la historia bélica de su tribu con los cristianos, desde tiempos muy remotos: concluyendo por último, que si sus paisanos habían invadido y robado las poblaciones de la frontera repetidas veces, había sido en justa represalia de las usurpaciones de terrenos, y violaciones continuas de sus propiedades e intereses: y que el comisionado y ellos entrarían desde luego a establecer las bases o principios de los tratados.

No había concluido el orador de la reunión, cuando toda ella se alarmó al oír las palabras "usurpaciones de terrenos, y violaciones continuas de sus propiedades." Entonces cada uno hablaba a voces a la reunión de sus caciques, haciendo presente las épocas en que habían sufrido

aquella clase de tropelías: en estos recuerdos, tristes para su imaginación exaltada, se enfurecían de tal modo, que pedían a grandes voces que se reparasen aquellos males y pérdidas, castigándose. Un viejo de talla gigantesca, de los más elocuentes, que hablaba y sobresalía en sus quejas a todos los demás, dijo que él había sido dueño y poseedor de una parte considerable de terreno en las costas del Salado, en el rincón llamado del Toro, y que de allí lo habían arrojado los cristianos, con graves perjuicios de sus intereses, y expuesto a perecer de indigencia en países extraños; pidiendo por último que se le devolviese. Otro dijo al mismo tiempo, que cerca de la guardia de Kakelhuin cul había tenido su establecimiento, y que había tenido que emigrar a una larga distancia, para librarse de las tropelías que sufría de los cristianos. Una multitud de ellos redobló estas mismas quejas, porque les parecía que había llegado el caso de pagarles cuanto habían perdido, y que en los tratados debía acordarse para su indemnización. Los gritos y el desorden se dejaban entender por todas partes, mezclados con la cólera y venganza que habían excitado en ellos aquellas memorias tristes: hasta que los caciques tuvieron que hacer guardar otra vez el silencio para continuar en el pacto. Se descendió en seguida a artículos y cosas particulares que debían estipularse, después que el comisionado desvaneció toda la pesada relación del cacique, sobre el origen de las guerras pasadas, y les hizo ver que las circunstancias en que se hallaba la provincia eran diferentes de las que habían estado en gobierno anteriores, y que si se habían en aquel tiempo precipitado sobre su país, había sido a impulsos de las mismas tropelías que ellos habían cometido sobre nuestros establecimientos: concluyendo por último, apartándose de una cuestión majadera, con maldecir a todos

aquellos que habían sido el origen de las desgracias que lamentaban, y que desde aquel momento se olvidarían para siempre tan funestos recuerdos, y entrarían a entablar una unión que jamás se disolvería. Todos al oír estas expresiones prorrumplieron contentos que se entrase a tratar, y se olvidase lo anterior. Admitida pues esta base, que no fue otorgada sino después de muchas razones de convencimiento por lo demostrado anteriormente, se trató de asentar el libre comercio y seguridad de las tribus de indios contratantes con la provincia: y aunque se procuró esforzar que el comercio se hiciese por tres distintos puntos de la frontera, se negaron a ello, replicando que la amistad acababa de establecer, no podía sufrir las limitaciones indicadas, y que todas las guardias de frontera debían ser francas.

Se procuró indicar el advenimiento que el año de 15 habían prestado los caciques principales para el adelanto de nuestras fronteras, especialmente para asegurar la comunicación con el establecimiento de patagones, y defender las costas de las invasiones que se recelaban por el gobierno de otras naciones que intentaban ocupar el país, atacando igualmente a ellos como a la provincia, refiriendo muy por menor el acuerdo que con el gobierno hicieron a este efecto; y se repuso a la comisión, que no sólo no convenían en eso, sino que expresamente pedían se retirase la tropa que había en Patagones, y que además en el término de un año se retirasen todas las estancias y familias situadas al sur del Salado, terrenos que eran de su particular ocupación, y de que se les había desalojado, avanzando la nueva guardia de Kakelhuincul con miras de poner otras que no tolerarían.

Esta reclamación se esforzó tan acaloradamente, que no dejaron arbitrio al comisionado para dar evasión a la so-

licitud, que el de responder que el término de un año era corto: que no estaba en el límite de sus facultades prestarse llanamente, y que daría cuenta a su gobierno, para que enterado, resolviese la indicada pretensión. Acto continuo, procuraron exigir les otorgase la comisión a nombre del gobierno, no sólo la entrada franca, sino también los precios a que debían dárseles los efectos de sus permutas, por cuanto observaban una alteración tan subida en cortejo con los años anteriores, que parecían dedicarse todos a sacrificarlos. Creyeron que sería conveniente la variación de corrales y corraleros, y también pidieron la supresión de unos, y la habilitación de otros, y fueron discutiendo tan favorablemente en su beneficio, que desde la Sierra de la Ventana querían imponer la ley a los comerciantes con ellos en la capital; reclamando además una seguridad de sus personas e intereses, que más bien aparecerían sirvientes de ellos los negociantes, tropas que pretendían de custodia, y el gobierno mismo, que contratantes libres en este caso. La comisión creyó hallarse en el caso que le señala el artículo nono de sus instrucciones, acerca de hacerles entender que entre las partes contratantes continuarían del mismo modo la amistad y la paz existente, procurando del mejor modo posible terminar el presente tratado y retirarse: porque no siendo fácil garantizar ninguna proposición que por ellos se aceptase, y conociendo por otra parte que procedían con miras dobles, aparentando amistad que no tenían miras de guardar, y que su íntimo deseo era sacrificar la comisión, o al menos detenerla, era forzoso atemperar a las circunstancias, sacando la única ventaja que se propuso la comisión, y aún el gobierno, de reconocer sus intenciones, sus fuerzas físicas, sus campañas, la población de las diferentes tribus, la estadística en general y su industria, con menos dudas

y oscuridad que la que hasta aquí teníamos: convencida la comisión de que una fuerza imponente, o medidas correspondientes, podrían hacer que abatiesen el orgullo con que se creían sobrepuestos a las nuestras.

Siguió la algazara y alegría en celebración de lo estipulado, y duró más de una hora el desorden, con las petulancias acostumbradas: en el momento se ordenó se bajase de las carretas la yerba y tabaco que hubiese, reservando una tercera parte para los que se debían reunir más adelante. Se formaron todos los caciques, para que cada uno recibiese su parte en aquellas especies, como en otros artículos que se les llevaba al efecto, haciéndose los pequeños lotes para cada uno igualmente, excepto el principal.

El pueblo rodeaba o formaba barrera a este espectáculo, agradable a su vista, y ciertamente veíamos que la barrera era peligrosa, porque eran los primeros que pedían, e impedían que se hiciese cosa en orden. Se repartió todo lo que se les llevaba, pero su petulancia no se contentaba con lo que a cada uno le había tocado, sino que codiciaban lo poco que había quedado de reserva; y estas aspiraciones con mal tono, queriendo violar el lugar del depósito. Dos horas se pasaron en estas reparticiones desordenadas, y fue menester que el cacique principal aquietase los tumultos que se preparaban para chocar, ya que con sus mismos compañeros que habían participado más, o desigualmente, ya con el repartidor de las especies, o con el comisionado, quien procuraba por su parte quedase todo transado, recompensando o añadiendo a los que no habían tomado igual parte, y despacharlos. A los caciques se les obsequió lo mejor que se pudo, pero de los muchos que había, querían que todo se les diese, y no pasase nada la comisión adelante para sus enemigos. Tanta fue la imprudencia de estos nombres, que fue menester darles la

mayor parte de lo reservado, segunda vez. En seguida, la plebe volvía a secundar sus caciques, y a todos era menester agradarlos: a estos últimos los capitaneaban los desertores, que el deseo de hacer mal hacía que molestasen con tanta impertinencia. Ninguna razón, por formal que fuese, de las muchas que les hacía el comisionado, bastaba para calmarlos, hasta que los caciques los hicieron retirar a sus respectivos campos, quejándose de lo poco que les había tocado.

A las 4 de la tarde, después que muchas divisiones se habían marchado con sus caciques a sus toldos, y concluido sus pactos particulares con la comisión, arribó una de huilliches, a cuatro cuadras del campo: a esta distancia hizo alto, y después de esta ceremonia, formada en batalla en ala, se desordenó completamente en correrías alrededor del cacique que la mandaba, llamado Llampilcó, conocido con el nombre del *Cacique Negro*.^o La división hizo alto segunda vez, y sus caciques arribaron a nuestro campo a felicitar y saludar a la comisión. Ésta los recibió con todo el agrado y demostraciones de cariño que su buena disposición y sincera amistad exigía. El principal, o Llampilcó, después de un largo razonamiento, reducido a los tratados que su tribu deseaba entablar con la comisión, y las relaciones de su comercio recíproco, dijo que no había podido arribar a la par de la otra división que se había hallado en los tratados y reunión general, porque la distancia en que se hallaba no se lo había permitido: que había sabido las cuestiones que se habían suscitado

^o Este nombre es tradicional en los relatos de viajeros, ya que distintas parcialidades aparecen, en épocas distintas, con un cacique de ese nombre. Posiblemente la designación de *negro* para los indios tuviera el significado de muy valiente,

acerca de la forma cómo se debía celebrar la reunión: que hubiera sentido a la verdad, hallarse en ella, porque su opinión la hubiese sostenido con su fuerza, y no hubiese permitido se violentase el dictamen de la comisión y del cacique Lincon, por hombres cuyo espíritu e interés eran conocidos: que su tribu jamás se había unido con ellos en sus coalizaciones generales, porque conocía su carácter ambicioso y falso: que el interés era el que obraba en sus tratos, y no se encontraba ninguno en donde no se conociese este espíritu, y que no solamente con los extranjeros, sino con los mismos suyos: que a la tribu tehuelcha jamás se le imputarían estas calidades degradantes, ni menos esos robos y tropelías cometidas en la frontera: que lo que deseaban era un pacto serio, porque se asegurase la tranquilidad y posesión del comercio, y se acabasen esas épocas tristes que los habían degradado, y hecho sufrir pérdidas irreparables en sus propiedades y familias: que a parte de su tribu y a él se les había despojado por un derecho injusto, de los terrenos que antes habitaban, desde el cabo San Antonio o rincón del Tuyú, hasta las faldas del monte Volcán, y principalmente al que habitaba la laguna de los Camarones,^p grandes y chicos: que estas pérdidas las habían sufrido por no mezclarse en cuestiones, que más les hubiesen hecho perder que lo que podían haber conseguido, prefiriendo retirarse a vivir a las riberas del Colorado en paz, sin que nadie perturbase su tranquilidad, ni menos fuesen violadas sus propiedades: que desde esta época, una vez sola capitaneó su gente en una correría, porque no tenían como sustentar a sus familias; pero que

^p Estos campos llamados del Rincón del Tuyú o de los Camarones fueron ocupados por Rosas y los Anchorena, aproximadamente en la época que señala el cacique.

nunca se unió con los incursores continuos, ni menos cometió ninguna atrocidad con las poblaciones de la costa a donde arribó, y solamente llevó una tropa de ganado a sus establecimientos: que con toda franqueza confesaba esta acción, ni tendría por qué temer, cuando en ellos se encontraba tal vez un derecho para hacerlo. Concluyó con que la paz era lo que deseaba entablar con la comisión, sin poner ninguna condición, ni menos ningún interés en un pacto de donde les provenían ventajas incalculables: que al día siguiente se marcharía con su división, llevando este lauro incomparable, que haría la felicidad de sus familias y un porvenir tranquilo en el seno de ellas ³³.

El señor coronel felicitó al cacique Llampilcó, por la sinceridad y franqueza de su trato, y las buenas disposiciones de su tribu, hacia la unión y felicidad futura que la paz les proporcionaba, y el desinterés que manifestaban en su pacto tan solemne, y al mismo tiempo la franqueza con que se ofrecían a socorrer y proteger la comisión en su marcha a los segundos toldos con los caciques disidentes: que esta conducta sería recomendada, lo mismo la que habían guardado hasta entonces, y que la comisión no podía menos de quedar agradecida. En el momento se le hizo dar algunos regalos a él y sus cuatro compañeros más que lo acompañaban, con más abundancia que en lo repartido a los otros, con lo que se retiraron a acamparse, para marchar al día siguiente.

La fuerza de esta división se componía de 420 hombres

³³ Concluyó su parla el cacique, ofreciéndose él y su tribu a la Comisión, para protegerla en su marcha hacia los ranqueles: que se hallaba pronto para socorrerla en el momento que supiese se le infería un ultraje: que en este caso le mandase un chasque, dándole cuenta de cualquier evento, para ponerse en marcha.

todos huilliches, de hermosa talla y bien puestos a caballo: el mejor escuadrón de caballería no presentaba una perspectiva más respetable que estos bravos guerreros: de medio cuerpo arriba desnudo, con sus turbantes de cuero o sombreros de lo mismo, con plumajes: los rostros pintados de negro y colorado, y la mayor parte armados de lanza: su talla es ciertamente respetable, y la historia del descubrimiento de la costa patagónica por los españoles pone en los indígenas esta cualidad que los asombró, y les hizo parecer que eran gigantes como lo dice la historia. Esta misma tribu es aquélla, aunque ha degenerado mucho de los patagones, en que se hallan hombres de tallas extraordinarias.^a El cacique Llampilcó es hombre de siete pies y más, y otros muchos bizarros que vimos en la línea, le sobrepasaban o igualaban.

El número de lanzas eran 100, que tenía la línea	
El de armas de chispa ..	2
El de sables	10
El resto de bola y puñal.	308
Total	420

Desertores u hombres blancos no vimos ninguno, ni menos mujeres en la línea. Los caciques que venían en ella, fueron los siguientes:

^a El autor comete el error de confundir a los huilliches con los patagones, pues étnicamente son dos razas distintas. Posiblemente el error radique al confundir el habitat de los primeros —márgenes del Colorado— como resultado de migraciones desde la Patagonia hacia el norte.

Principal. Llampilcó, o *Cacique Negro*.

Caciques	{	Canilié
		Sebastián
		Churlaquin
		Napoló

La primera división de éstos, a las órdenes del cacique Nigiñilé, se marchó a las 12 del día con otros varios a sus tolderías. El cacique Avouné se presentó antes de retirarse a sus toldos a comunicar al comisionado que al día siguiente debía tener una corta conferencia antes que siguiese más adelante, para efectuar la segunda reunión, como antes se había acordado en los tratados, y que al efecto se había dispuesto que los caciques Pichiloncov, Llanqueleu, Chañabilú, Huilletrur, debían acompañarla hasta que aquella reunión se hubiese efectuado. Se marchó con su gente, quedándose en nuestro campo los caciques, que debían acompañarnos al día siguiente.

Observamos en la reunión de los caciques y el pueblo para los tratados con la comisión, el poder que en estos actos ejerce la voz viva de este último sobre las decisiones del pacto, y su opinión es seguida y obedecida de sus caciques, o de lo contrario se hacen obedecer de un modo hostil, vengándose en el acto del que no obedece: no valiendo en estos casos el poder que ejercen en el trato doméstico de su gobierno interior. Éste es mixto de democracia y aristocracia. La primera la ponen en planta en casos de igual naturaleza al anterior, es decir, en reuniones públicas, en pactos o tratados, en donde pende o se expone la seguridad del país, el interés o promoción de una guerra con otra tribu o nación, o en asuntos de su dogma, o misterios de su vida o religión doméstica: el segundo lo

ejercen sus caciques en el gobierno interior de su tribu, en donde mandan despóticamente, y disponen de las personas y de las cosas como unos sultanes, y son obedecidos como un rey en la costa de Berberia. En la guerra no sucede esto, ni hay uniformidad en este respeto u obediencia. En unos casos, como en funciones públicas, cuando se presentan con carácter guerrero, obedecen a sus jefes; pero cuando hay que pelear con enemigos, cesa aquélla, y la voluntad particular de cada uno lo conduce o lo precipita hacia su contrario, para lucir el primero su valor sin obedecer las voces y órdenes de sus caciques. Casos de la misma naturaleza hemos visto, en que un gran grupo de estos bravos debía cargar a una línea, y hacerlo uno solo, primero que sus compañeros, y pelear contra todos, y perecer por último, siendo efímero su valor.

Día 29. Claro y despejado, muy frío por haber helado fuertemente la noche anterior: el viento del sur-oeste seguía con fuerza. A las 8 de la mañana se despidieron los caciques huilliches, Llampilcó y sus compañeros, para marcharse con su división. El cacique Avouné tuvo una corta conferencia con el comisionado, sobre algunos objetos particulares, relativos a la entrega general que debía hacerse, después de hechas las paces, de las cautivas que se hallaban entre las tribus pampas, y que todos los caciques que habían entrado en tratados, tenían en sus poblaciones, como un paso, sin el que todo lo pactado sería efímero, y que el gobierno no podría mirarlo sino como tal, y nada se habría hecho, si ellos por su parte no lo acordaban: pues de lo contrario era una conducta que probaba no existía buena fe ninguna. Que ellos habían visto que todos los suyos, que se hallaban en Buenos Aires, habían sido entregados por el gobierno en el momento que los

habían reclamado, y que las bases del pacto hecho debían rolar sobre este principio. El cacique contestó con una frialdad que hacía conocer la poca gana que él y sus compañeros tenían de hacerlo, sino a costa de una suma que se les pagase por cada una de ellas: contestó que hablaría con los demás caciques, y que al retorno de la comisión daría cuenta de lo acordado.

Después de haber desalojado nuestro campo toda la multitud de los reunidos, y marchándose cada división a sus establecimientos, se mandó preparar todo como para marchar adelante, a las tolderías del cacique Lincon, si no había algún impedimento. A las 9,45 nos poníamos en marcha, cuando arribó el cacique Lincon y más de cincuenta de su gente, y un intérprete del cacique principal Neclueque, enviado para tratar algunos asuntos con la comisión. Nosotros seguimos la marcha a nuestro destino, y allí se determinó volviesen para conferenciar, tanto con el intérprete como con el cacique, a cuya casa íbamos a hospedarnos. La marcha la rompimos con rumbo oeste, y a las 3½ leguas hicimos alto, en la margen austral de la laguna en donde habita el cacique Lincon, a las 12.30 del día.

El rumbo oeste con que salimos, no fue constante, por las sinuosidades del camino y del terreno, en donde se encontraban muchas diferencias de nivel. Desde la salida empezamos a transitar por un campo desigual, duro, pastos cortos: multitud de pequeños médanos que al oeste se nos presentaban, hacían dificultosa la marcha con los carruajes: multitud de piedras en las cuchillas manifestaban la aproximación a las faldas de la sierra; y por consiguiente, la solidez del terreno y la calidad de sus tierras lo daban a conocer. Agua no se encontraba por ninguna dirección: el terreno presentaba una perspectiva agradable, aunque

al oeste se presentasen algunas desigualdades: al nor-oeste y sur-oeste veíamos una planicie inmensa sin límites, y al frente la hermosa Sierra de la Ventana, cuya vista atraía al observador a descubrir particularidades, y observarla con atención. A su vista no podíamos menos que deponer el peligro que nuestros deseos llevarían consigo. Anhelábamos aproximarnos para reconocerla, y arrostrar cualquier riesgo que se nos hubiese presentado, mientras que el señor coronel comisionado, por una parte, cumplía con los objetos de su comisión: allí más que en ninguna parte los había, por el enjambre de poblaciones que se hallan situadas en toda ella, y arroyos que descienden, formando una población no interrumpida de establecimientos de ganadería de todas clases, como al punto más lejano, en donde las creen capaces de preservarlas de cualquiera invasión que se les haga, y que la temen e insisten en sus desconfianzas; y así es que todas las poblaciones se hallan en la vista, y en la segunda cadena de la sierra habiendo desalojado la primera por temor.

A dos leguas de marcha, con el rumbo dicho, se encontró una pequeña laguna sobre la derecha de la ruta, con tres ranchos o toldos en sus orillas, que disfrutaban de la buena agua y de los pastizales de sus cercanías, para sus pequeños rodeos de ganados. Ella no tenía 100 varas de circunferencia, y su profundidad no excedía de 4 pies: su fondo lama y barro, y accesible por todas sus partes: llena de junco en su centro, y abundante de leña de cardo en sus alrededores.

En la parada encontramos una hermosa laguna, en cuyas márgenes tiene sus ranchos o toldos el cacique Lincon. La posición es interesante, y lo es mucho más la risueña perspectiva que, desde una legua antes de arribar a ella

se descubre de un horizonte pintoresco, y de una campiña descubierta y adornada, en el que se paseaban grandes rodeos de haciendas, pertenecientes a los habitantes de ella. El tránsito por esta campiña lo hicimos, apartando la inmensa cantidad de ganados que de todas clase se presentaban sobre la marcha, a la novedad de los objetos, tal vez los primeros que por aquellos campos habían transitado.

A la entrada a la laguna se descubre una planicie, cuya superficie se halla en un nivel muy inferior a la transitada, y rodeada de médanos por todas direcciones, formando en ella una circunferencia de más de $1\frac{1}{4}$ legua, con intervalos o abras formados por ellos mismos: sus alturas no se elevan más que 36 hasta 60 pies sobre el nivel del terreno y sus faldas encadenadas, unos con otros cierran enteramente el círculo. En el centro de estos se halla la laguna formada de la recopilación de todas las aguas que vierten, o descienden desde las alturas: al rumbo oeste de ella, los médanos forman una abra de más de 1.200 varas, originando una pequeña planicie, en donde se extienden las aguas de la laguna, y sin formar cauce, un bañado algo pantanoso, que se extiende más de 300 varas fuera de la circunferencia de aquéllos. Al rumbo norte-este se forma del mismo modo una pequeña abra de 100 y más varas, por donde entramos a las poblaciones, que se prolongan circularmente sobre las orillas de la laguna y falda de los médanos. Al rumbo sur se halla un gran médano más elevado que todos, desde cuya altura se descubre toda la vasta planicie y la cadena de sierras, desde la Ventana hasta el Guaminí, con mucha claridad, como que no dista cinco leguas de la primera: su altura no excedía de 60 pies y sus faldas no son extensas. Al norte los médanos forman una agradable perspectiva: unos y otros se

encadenan a una distancia de 200 y más pies de interrupción: esta uniformidad y la de sus alturas, forman unas barreras que desde el norte-oeste hasta norte-este, no se interrumpe, abrigando las poblaciones o cabañas de los habitantes de las brisas del primer y segundo cuadrante, que son insufribles en las llanuras. El frío excesivo de éstas, y de los aires del elevado monte cercano, harían inhabitables sus cercanías, si la naturaleza no hubiese favorecido este delicioso país, formando esas diferencias remarcables en su superficie, esas desigualdades y esos elevados pastos y maciegas en donde se abrigan de las intemperies del invierno y en los rigores del estío.

La laguna presenta un horizonte limitado, por las alturas que se distinguen confusamente desde las riberas opuestas: su circunferencia no pasa tangente a las faltas de las colinas, pero en la estación de las aguas sucede así. En los meses de abril y mayo que la observamos, su circunferencia no excedía de 2.250 varas, quedando un espacio considerable de ella hasta las alturas. Su cauce no era constante: en lo reconocido hallamos 6, 7 y hasta 9 pies, y en 40 y 50 varas de las riberas, 2, 2½, aumentando al centro progresivamente: su fondo barro y arena, en su centro se encuentran algunos cortos juncas; sus aguas no son muy buenas, porque el terreno es salitroso, aunque se forman de la lluvia: se hallan algunos pescados, bagres en abundancia, pero muy pequeños. En todo el círculo de esta posición interesante no hay pastos, solamente muy cortos, y éstos consumidos por el tráfico de las mismas poblaciones: fuera de él se encuentran elevados y hermosos, en donde se esparcen los rodeos considerables que hemos visto, más que en todas las demás posiciones de estos indígenas, y la mayor parte marcado. En las alturas, y en todo el campo vecino a ellas fuera del círculo, se en-

cuentran muchas piedras porosas y arenisas, blancas la mayor parte, semejantes al yeso y piedra-cal, fáciles de beneficiar.

Desde el médano principal, al sur de la laguna, demoraba el mogote elevado, llamado de la Ventana, al rumbo sur-oeste, prolongándose sus faldas y encadenamientos sucesivos con otros menores hasta el rumbo oeste-sur-oeste, donde se hallan otros menos elevados que el primero, llamado de Curumualá, demorando de la misma posición rumbo oeste 16° oeste-sur-oeste, y prolongando sus encadenamientos con otros de la misma altura y menores hasta el oeste, en donde empiezan a parecer los de la elevada sierra Guaminí, los que forman una abra extensa con la de Curumualá. Los mogotes o puntos más elevados de aquellas demoran desde el oeste hasta los rumbos 10° norte-oeste, perdiéndose sus límites en pequeñas colinas, que insensiblemente disminuyen hasta quedar al mismo nivel de la pampa, o desierto inmenso del norte-oeste. Las perspectivas de todas ellas fueron sacadas al instante proporcionalmente a la distancia en que nos hallábamos. Procuramos, durante este día de parada, hacer alguna observación a mediodía, pero fue en vano, porque la catterva que nos rodeaba lo impedía: procuramos salir con el quintante, una plancha de madera, y el horizonte artificial, a una distancia en donde no pudiésemos ser vistos, pero todo fue en vano, lo mismo que de noche: esto lo poníamos en práctica todas las noches, pero no se apartaba la multitud de nuestro campo, ya jugando hasta media noche a los dados y naipes, o acompañándonos, aunque no quisiésemos, mientras no dormíamos.

La población de ese punto, en donde se hallaban 25 a 30 toldos, no pasaba de 500 almas, de las que 150 hombres capaces de tomar armas. Cautivos encontramos 10, seis

varones pequeños, y cuatro mujeres blancas, fuera de otra población que se nos aseguró estaba al sur-oeste, como media legua, la que determinamos reconocer al día siguiente. En la parada, hasta donde nos acompañó el cacique Lincon, los suyos y el intérprete cacique Neclueque, nos felicitaron, dicho cacique, todo su pueblo, *madama* Lincon y el cacique Epuan, quien tiene su pequeña población unida a la del primero, y bajo la dirección y orden de éste. A todos los cumplimentantes se les obsequió. El intérprete felicitó a la comisión de parte de su cacique, que éste se hallaba impuesto de todo lo acaecido a la comisión desde su salida de la frontera, y sus últimos sucesos con los caciques pampas en su reunión: que se hallaba informado por el cacique Lincon de todo lo ocurrido, que él estaba pronto a entrar en tratados, que la comisión debía acercarse hacia sus tolderías en las faldas de la Ventana, adonde estaban citados los caciques ranqueles para reunirse los que quisiesen entrar en tratados, y que probablemente se reunirían la mayor parte que estaban invitados, no obstante que entre ellos habían muchos desertores que se oponían al pacto; pero que mediaría para que los consejos de éstos no influyesen en nada sobre las disposiciones de los caciques: que le suplicaba al comisionado que le remitiese al intérprete de la comisión con el enviado, para tener el gusto de ver a uno de sus antiguos amigos, y manifestarle el estado de los caciques ranqueles, para que pudiesen pasar adelante con mayor seguridad, sin embargo de que podía hacerlo sin ningún temor.

La misión fue recibida con agrado por el señor coronel, quien accedió a la demanda o remisión del intérprete, remitiéndoles algunos regalos que se le tenían destinados. Se le contestó que por lo que tocaba pasar adelante, era imposible, por el mal estado de los carruajes y cabalga-

duras, y que sus achaques no le daban lugar para internarse más en una estación que le sería dificultoso poder volver en los rigores de las aguas: que consultaría con el cacique Lincon y resolvería. Se despidió el intérprete, obsequiado, y el nuestro con otros chasques que el mismo cacique había hecho a otros de la misma clase, para la reunión que debía celebrarse.

Pasamos sosegados todo el día. El gobierno interior de esta pequeña tribu y su organización son enteramente diferentes de las demás: no se alborotó en toda el día, ni hubo el más pequeño desorden en nuestro campo. La voz del viejo cacique, era allí respetada como un oráculo, y su conducta con esta población, era la de un padre de familia que se desvelaba en la educación y felicidad de sus hijos, haciendo una recíproca unión y enlace de unos con otros. Toda la población es una misma familia, y sus bienes comunes a todos.

Día 30. Despejado y muy ventoso³⁴: brisa fuerte del tercer cuadrante o sur-oeste: amaneció el horizonte cubierto de helada: nuestras tiendas de campaña no resistieron, a pesar de ser fuertes: se pasó toda la nieve al lado interior, y por consiguiente el terreno circunscripto en su circunsferencia, apareció lo mismo que el resto del campo. Seguidamente no hemos visto ni sufrido una helada mayor, ni una noche más cruel, pero no dejamos de sorprendernos al observar a los habitantes de esta pequeña población, principalmente al sexo femenino, que al rayar el día saliesen de sus habitaciones a bañarse a las riberas de la laguna. La madre de familia, más diligente que el varón, salía con todos sus hijos y criados a este

³⁴ Calma a la noche desde las 6 hasta las 10; brisa del O hasta las 12.

ejercicio, que generalmente se practica todos los días, aun en los más crueles del invierno: no había pasado media hora, cuando ya veíamos sobre la laguna a todas las gentes de la población en el baño, y los esposos y la juventud, aún recreándose en la ociosidad y holgazanía en sus inmundas habitaciones.^r Nos sorprendió igualmente que a la par de las indígenas, en quienes no era extraño esta costumbre, lo hiciesen algunas jóvenes cautivas que servían de esclavas. Este acto a la verdad lo presenciábamos, y observamos que no lo ejecutaban forzosamente, sino que en fuerza de la costumbre, encontraban en él un rato de placer; no obstante que en una joven bien parecida que sufría esta suerte, le era insoportable este duro trance que forzosamente se lo hacían ejecutar. Ella, al parecer, como otras que la acompañaban en su desgracia, eran de buena cuna, y educada ciertamente en una vida bien diferente. ¡Cuán sensible, cuán lastimoso nos era ser fríos espectadores de la desgracia de estas infelices, víctimas de la miseria, sin poder correr a su socorro! Ellas lo imploraron varias veces, para que legalmente propendiésemos, por medio del pacto con los caciques sus amos, a sustraerlas de esta dura esclavitud; pero a pesar de los repetidos esfuerzos que hizo la comisión, para practicar esta diligencia, su resultado fue ninguno o insignificante. Cada amo de una de estas víctimas se creía tener en ellas un tesoro, que ciertamente contaba con él, afianzando su tenacidad en no ceder a ningún trato que no fuese una suma, o especies equivalentes que pidiesen: los caciques en esta parte no podían determinar nada, porque hasta la viola-

^r Esta costumbre de bañarse diariamente ha quedado muy bien reflejada por Murster, en su libro *Vida entre los Patagones*.

ción de la propiedad de sus súbditos no llega su poder: mucho menos cuando ellos eran interesados, y ponían todos los medios de su genio, para sustraerse de entrar en tratados sobre una materia que era contraria a sus intereses, y que de su generosidad nada iban a conseguir, sino perder sus tesoros infructuosamente, consiguiendo de este modo aparentar una paz más o menos efímera, porque no podría llamarse tal, si no accedían a un sinnúmero de ilegalidades que se reclamaban por la comisión, para conseguir un resultado que, si no era el más firme, era por entonces el que se deseaba; y de lo contrario dar cuenta de lo acaecido, y hacer ver que la voz de paz aislada, sin entrar en pactos por ambas partes, era un acto ilegal, e insignificante, que no haría más que aumentar la mala fe, y que su resultado sería una quiebra inevitable.

Mientras tanto, ¡qué dolor! Si los parientes y deudos inmediatos de estas desgraciadas no podían disponer de la suma necesaria para su rescate, debían permanecer en la miseria: muchas de ellas no los tenían, porque habían perecido a manos de sus opresores: otras, aunque los tuviesen, eran por su estado o ejercicio unos aldeanos o labradores que jamás en el resto de su existencia podían adquirir una suma tal. Se veían por último desamparadas de todo auxilio; violado su pudor con el trato más bárbaro que en sociedad de hordas puede presentarse, y sufriendo la vida más cruel que la naturaleza puede ofrecer.

Nuestra sensibilidad, al presenciar este cuadro lastimoso y aflictivo, no podía menos que pagar el justo tributo a la naturaleza: nos convencía al mismo tiempo de la necesidad de una medida capaz de cortar este mal que nos aniquilará, si pronto no acudimos al remedio: nuestra población fronteriza dentro de poco desaparecerá, lo mismo que nuestras poblaciones de industria, y servirán para

aumentar la suya, como lo hemos visto, y privarnos de los brazos industriosos que forman la riqueza de nuestro país. Las guardias del Salto, Rojas, Pergamino, Areco, Luján, Navarro, etcétera, hasta las costas del mar del sur, las hemos visto en otro tiempo encerrar establecimientos pingües, y una población correspondiente a su industria: y ahora ¿qué vemos? Vemos la primera arruinada y desolada, por tierra sus edificios, muertos sus habitantes a manos de sus enemigos o infieles, y cautivas sus familias y sus bienes: la segunda y tercera han corrido la misma suerte repetidas veces, quedando sus campos y poblaciones desoladas, sustituidas por nuevos pobladores: las demás las hemos visto, que a las que no han sorprendido y arrasado, han robado y cautivado las familias de su campaña, quedando toda la línea de frontera, excepto la guardia del Monte, en un estado deplorable: atrasada considerablemente la población, perdida la industria, y aumentada la de los indios, acrecentando su poder y su espíritu militar para repetir estas escenas.

Estas observaciones deben suministrar al gobierno los conocimientos precisos para tomar una medida acertada, o al menos darle a conocer el carácter de las tribus vecinas, para incitarle a poner todos los medios que le aconseje la prudencia, para que aquel enjambre de víctimas vuelva a disfrutar de la educación que recibieron de sus padres, en su suelo natal, y bendiga a la mano bienhechora que las libertó del cautiverio. ¡Cuán dulce y placentera deberá ser la sensación que cause a la autoridad que cumpla con este sagrado deber como padre de su pueblo, y como el único en donde se hallan los recursos que éste le ha confiado! Estos males no se ignoran, y creemos que el gobierno, que tan sabiamente ha dado impulso a nuestra civilización y prosperidad, no descuidará este obje-

to interesante, y afiance de este modo el engrandecimiento de nuestro país y su futura felicidad.

Pasemos a lo ocurrido en este día. El cacique Lincon, nuestro hospedario y amigo, que así se había declarado, interesándose por nuestro feliz éxito, no perdía un momento para comunicarnos las noticias o medidas que se debían tomar. Por la mañana se llegó a nuestro campo, y después de saludar a la comisión, hizo presente que parte de los chasques que había enviado el cacique Neclueque no habían marchado, y que habían tomado la determinación de comunicarle que hiciese todo el esfuerzo posible para que la comisión no pasase más adelante de este destino, pues que el señor coronel se hallaba enfermo, los carruajes en mal estado, y las cabalgaduras del mismo modo: y que así invitase a los que debían reunirse, que lo hiciesen en este punto, que no había diferencia ninguna en que así lo efectuasen, evitando de este modo algunos malos pasos e incomodidades a la comisión. El viejo cacique exhortó e impuso del mismo modo a todos los caciques, para que lo hiciesen con los demás caciques de la reunión: su diligencia y buena disposición nos hacía creer que de su hombría de bien no había que dudar, y que teníamos en todo trance un defensor constante, que pondría todos los recursos de su fuerza y opinión para no faltar a los principios de su conducta con la comisión. A pesar de los recuerdos que el cacique Neclueque había hecho por medio de sus chasques a la comisión, no estábamos enteramente persuadidos cuál era su opinión ni su carácter, ni su posición, ni influencia con los caciques ranqueles, ni con las tribus aucases y huilliches; y por consiguiente, aun cuando manifestase buenos deseos en sus embajadas de hacer paces, esto no era suficiente, si no influía en su opinión y respetos para que los disidentes

entrasen en liga. Por su posición veíamos que podía ser interesante entrar en amistad con él, porque vulgarmente oíamos nombrarle con respeto y confianza entre todos. Desde nuestra salida de la frontera, por las noticias y anécdotas que habíamos oído de este cacique, habíamos formado de él algún concepto. Pero estábamos persuadidos de que no sería un paso infructuoso entrar en tratados, aunque insignificantes, para explorar su carácter, y entrar en relaciones más íntimas. Al mismo tiempo, aunque había algunos obstáculos en pasar adelante, por no saber el punto adonde debíamos dirigirnos, creíamos que era ya mucho llegar a reconocer el terreno y la hermosa Sierra de la Ventana, que demoraba muy próxima a nuestra situación, y que buscando las ocasiones el oficial ingeniero de internarse, como lo deseaba con anhelo, pudiésemos agregar todos esos reconocimientos a nuestras cartas, y a la geografía de este país principalmente el de un punto que nunca había sido observado científicamente.

Estos deseos nos hacían sentir la necesidad de avanzar, aunque sufriésemos algunos trabajos, prefiriendo el adelantamiento de los conocimientos topográficos a todo otro atraso que pudiese ocasionarnos. El cacique Lincon no había prometido que, en caso de seguir adelante, no nos abandonaría, ni menos los caciques aucases, aunque se hallaban destinados para acompañarnos, y representar su tribu durante los pactos celebrados con sus vecinos los ranqueles. El cacique Neclueque no pertenecía, según las indagaciones que hacíamos, ni a los aucases, ni ranqueles, mucho menos a los huilliches porque habita en puntos muy distantes, en donde se nos aseguró tenía su residencia. No pertenecía a los primeros, porque ocupaba el terreno de los segundos, ni pertenecía a éstos, porque sus antiguos predecesores eran de la primera tribu, hasta el último

nombrado Callmegue, hermano suyo, que murió en una de las incursiones en la frontera de Navarro, y a quien sucedió como el mayor de los hermanos de los que existen. Sus relaciones con ambas son continuas, y en los pactos, incursiones o tratados, es consultado por las dos, sin pertenecer a ninguna.

Por la mañana, mientras el cacique Lincon visitó nuestro campo, se procedió al renacimiento de una laguna, que se nos informó había a una o dos millas de esta posición, al sur-oeste. En efecto a 16 cuabras por este rumbo la encontramos, con un baqueano que nos condujo a ella. Su magnitud no excedía de 400 varas de circunferencia: su profundidad diez y doce pies en su centro, disminuyendo hasta $4\frac{1}{2}$ y progresivamente en sus crillas: buena agua, fondo de arena y tosca, limpia en todo su interior, algunas pequeñas barrancas de dos y tres pies de altura; situada en un terreno sólido y elevado a la planicie descrita, con pastos abundantes, en un terreno desigual, y tierra negra y muy seca.

En la circunferencia de la laguna se hallan algunos ranchos o toldos de algunos indios, pertenecientes a la misma jurisdicción del cacique Lincon. El número de habitaciones era seis, y su población de 100 y más personas: entre ellas tres mujeres jóvenes cautivas de 16 a 18 años, y un jovencito de seis años. El número de la población no pasa de 600, en los que se cuentan 200 hombres capaces de llevar armas. El de cautivas ya lo hemos expresado, y seguramente se nos aseguró que se había ocultado mucho a la noticia de nuestra llegada a sus poblaciones. Las demás divisiones que se reunieron y tenían sus poblaciones a 10, 12 y 14 leguas, no conducían a ninguno de estos desgraciados; y su número, o total en esta tribu no se pudo calcular. El cacique Ancafilú sabíamos que tenía en

sus toldos algunos más, y también de los demás caciques. La tribu de los ranqueles sabíamos positivamente era en donde existía el mayor número como los que habían asolado la frontera del oeste y concluido con su población: los que en el comercio interno de una tribu con otra, habían procurado canjear a sus vecinos los pampas sus cautivos chilenos o araucanos por sus cautivos de la provincia de Buenos Aires: y en efecto este comercio se había hecho tan activamente, que los esclavos que generalmente tenían, eran araucanos, quedándoles algún número de prisioneros para hacer su comercio con más lucro. Muchos habían entrado por el canje, porque su vecindad con la frontera, y las proporciones que podrían tener para fuggarse, como estaba sucediendo, les hacía perder en el momento su presa: otros no solamente por esta razón, sino porque con la llegada de la comisión temían que se los hiciesen entregar forzosamente, después de concluidas las paces. Los ranqueles, que generalmente estaban en guerra con sus vecinos los araucanos, tenía cautivos o prisioneros de éstos, o ya esclavos comprados a los mismos en su comercio con los Andes, que provenían de las guerras interiores de las tribus araucanas, y los prisioneros pasaban a manos distintas en cambio de especies con las que hacían su comercio los primeros. Éstos, temerosos, por la misma razón que tenían los otros, de la fuga de sus esclavos a su país, proponían y efectuaban el canje por nuestras cautivas; las que no podían escaparse de su poder por la distancia en que se hallaban, y para hacerlo, tenían que arrostrar grandes peligros. Ellos sabían que distaban de entrar en pactos con la provincia, para tener que entregarlas, y aún cuando así lo efectuasen, jamás entregarían sus presas como lo hacían los pampas, según lo hemos dicho más arriba.

Día 1º de mayo ³⁵. Despejado y hermoso: viento fuerte del norte-oeste: por la mañana, aún no había aparecido el sol sobre el horizonte, y ya se hallaban sobre el lago las familias de los indígenas, recreándose en el baño. La mañana era muy fría: la helada aún existía sobre el campo, la de la laguna estaba escarchada: pero la naturaleza de estos vivientes, acostumbrada a esta operación diaria, vencía estos obstáculos de la estación, que nos aparecían intolerables. Nos ocupamos por la mañana hasta mediodía, en reconocer la campaña vecina, y nada encontramos de particular, sino las calidades descritas.

Permanecemos en este punto, aguardando los chasques enviados al cacique Neclueque el día anterior, y cuya contestación debía determinar nuestra marcha al punto de reunión que se indicase. El día siguiente de su salida, se nos aseguró volverían con la contestación, porque no distaban mucho las poblaciones de dicho cacique, 7 ½ leguas al oeste-sur-oeste, habiendo que atravesar algunos arroyos y malos pasos, hasta llegar a ella.

La mañana estaba hermosa, y despejado el horizonte, lo que nos facilitaba distinguir con más claridad el hermoso monte vecino. A la vista el mogote principal parecía ser muy elevado: sobrepasaba a otro de alguna elevación en mucha altura: antes de ver sus faldas, se descubrían otros que impedían observar sus cimas o mogotes, sino a una altura algo elevada. Éste se mostraba a una distancia de 25 a 30 leguas: su figura es semejante a la del mogote principal del Tandil, pero más elevado que éste: se distin-

³⁵ La noche de este día la pasamos sosegadamente con nuestros vecinos: heló fuertemente desde las 7 de la noche, hasta por la mañana del día siguiente: por la tarde sopló la brisa del tercer cuadrante, y a las 9 calmó.

gue a 18 ó 20 leguas sobre el horizonte, estando despejado: su vista no está impedida por ningún otro objeto: su perspectiva es majestuosa, y por su aislamiento en un campo tan dilatado, parece mucho mayor de lo que es realmente.³⁶

¡Tal es el efecto admirable de estas obras de la naturaleza, en medio de una pampa al parecer sin límites, y tal es la sorpresa que causa al observador, cuando son vistas a una lejana distancia por primera vez en un país desierto: semejante a un océano, en donde vaga como un bajel, sin más auxilio que los que le proporciona la casualidad! La casualidad ciertamente es la que conduce al viajero a encontrar un pequeño lago en donde refrigerarse de la pesada jornada y de los calores del sol, y es igualmente la que lo ampara en estas soledades, cuyo cielo es benigno, y que por las variaciones de la atmósfera no deja de ser delicioso en ciertas épocas, y digno de ser habitado. Que nuestra población e industria se pongan al frente de los obstáculos que presenta este vasto desierto, y su naturaleza virgen dará a este país una nueva existencia en América.

Aguardando la contestación en nuestro campo de los chasques enviados, corrió a las 4 de la tarde una noticia vaga, que no dejó de sorprendernos, poniéndonos en largas vacilaciones: ella era que el intérprete, enviado a pe-

³⁶ En la campaña del año 20 lo reconocimos, lo mismo que los arroyos, que de él descienden: su altura no la medimos, porque la marcha del ejército en donde íbamos no lo permitía, ni teníamos instrumentos con qué hacerlo. Pero se demuestran algunas particularidades de él en la carta de la marcha de la expedición que se presentó al gobierno entonces. En la nuevamente construida de toda la provincia, que igualmente se ha presentado, se demuestra su perspectiva.

tición del cacique Neclueque, había sido asesinado por éste, estando borracho él y su gente. Estas voces eran solamente las que se esparcieron y llegaron a nuestros oídos. A las 5 salimos de esta nueva con la llegada de uno de los chasques enviados el día anterior por el cacique Lincon: éste, después de haber recibido el mensaje que le traían, vino a nuestro campo a dar cuenta al señor coronel comisionado de lo ocurrido. Dijo que la noticia que poco antes había corrido era incierta, pues era obra de hombres conocidos por sus malas intenciones, que rodeaban a la comisión por sus fines particulares, y que no debíamos prestar oídos a sus insinuaciones, ni consejos: que por desgracia esta clase de gente se había introducido y tolerado en su país, cuya felicidad y tranquilidad turbaban continuamente: que eran los principales motores de los movimientos e incursiones que se habían hecho, y que procuraban se hiciesen, porque no tenían nada que perder. Que el cacique Neclueque no era capaz de cometer un crimen de esta naturaleza: que era verdad que se habían embriagado en sus tolderías, y que en este caso no era extraño que se cometiese un crimen tal, pues que se habían visto casos semejantes: que el intérprete debía llegar esa misma tarde o al día siguiente: que el cacique Neclueque había recibido con placer los recuerdos de la comisión, y se había impuesto de todo lo ocurrido, que repetía a la comisión que el interés general exigía que ella avanzase un día más de camino hacia sus tolderías, para concluir con más brevedad los tratados, y aproximarse a las principales tribus ranqueles, porque esto en nada podía influir en perjuicio, ni menos en atraso de ella. El cacique Lincon, en vista del mensaje, invitó a la comisión a seguir un día más de camino adelante, y que él la acompañaría con alguna gente y los caciques destinados para

el efecto. Que a cinco o seis leguas para la sierra se encontraban algunos arroyos y buenas paradas, y que allí podía hacerse alto: que él y su gente no la dejarían hasta su vuelta de los Patos, no permitiendo que se le llegase a inferir ningún ultraje. El señor coronel adhirió incontinenti a marchar el día siguiente, hasta el punto que se había acordado.³⁷

Día 2. Claro y despejado, brisa suave y fresca del norte-oeste. Por la mañana nos preparamos para marchar al punto dicho: aguardamos al cacique Lincon para partir: éste, a las 11,30 de la mañana nos invitó a hacerlo. En efecto, a esta hora lo ejecutamos, llevando un lucido acompañamiento de toda la población, hasta las mujeres, que seguían a sus caciques, el que despidió a poca distancia toda la multitud a sus habitaciones, siguiendo solamente él, los cuatro caciques pampas y algunos sirvientes. La marcha la rompimos con rumbo oeste, 20 grados sur-oeste; y a $1/3$ de legua encontramos la misma laguna reconocida el día 30. En ella encontramos lo mismo que se describió, con la diferencia que se habían aumentado dos toldos o ranchos en la orilla de la laguna, cuyos dueños, escasos de agua, se habían venido a alojar a ella. Esto es muy general, y continuamente se secan los lagos, y sus habitantes tienen que cargar sus viviendas, y arrear sus tropas de ganado, hasta encontrar otro, en donde vuelven a domiciliarse: de modo, que sus poblaciones no son constantes en un mismo punto. En la estación del estío tienen que abandonar todas sus campañas, y abrigarse en las faldas de la Sierra de la Ventana, en donde se hallan buenas agua-

³⁷ Pasamos la noche tranquilamente, siguió en todo el día el viento fuerte del cuarto cuadrante, heló toda la noche, y desde las 6 calmó.

das; y en la siguiente se retornan a sus terrenos o posesiones, aunque todo el país es común a sus indígenas para habitarlo, y sólo guardan algún respeto a las fronteras o límites de las tribus vecinas; porque de lo contrario, sucederían largas contiendas, que acabarían por una guerra, como ha sucedido muchas veces.

Con el rumbo dicho seguimos la marcha, hasta las 5,15 de la tarde, por un campo delicioso, elevado, y lleno de sinuosidades, semejante al resto de la campaña ya descrita. En ésta sus calidades eran diferentes, los pasos más cortos, la tierra seca, negra y dura, el terreno lleno de diferencias de nivel, y muy seco, algunas colinas de poca elevación, y muchas piedras en todo el tránsito, por la aproximación a la sierra. A esta hora, y a 4½ leguas del punto de salida, comenzó a aumentar de belleza, la perspectiva risueña y agradable de la campaña: la mañana estaba fresca, serena y despejada, el campo iba variando sucesivamente, y a los pastizales y dureza de la tierra, sustituía una verde campiña, y una tierra más blanda y vegetal, con diversidad de plantas, yerbas y flores deliciosas, que aumentaban la belleza del país. En él paseaban cuantiosos rodeos de ganado vacuno, caballar y lanar, y el horizonte aparecía al rumbo oeste 10° sur-oeste, cubierto de estas especies, envueltas confusamente en una corta niebla que por ese mismo rumbo se había levantado: a poca distancia que caminamos, distinguimos poblaciones en una vasta llanura de un nivel muy inferior a la que habíamos cruzado, mezcladas en la perspectiva con inmensos rodeos que a sus cercanías pastoreaban. A las 5,15 de la tarde, cuando el sol llegaba a su ocaso, arribamos a la ribera de un arroyuelo, en cuyas orillas se encontraban muchas poblaciones de indígenas, que a la noticia salían de sus casas a recibirnos, y cercaban nuestro coche con

saludos y vivas de alegría. En la ribera hicimos alto, entre las poblaciones que a derecha e izquierda se prolongaban sobre el curso de ella, y lo mismo los hermosos rodeos, descansando al lado de las habitaciones de sus dueños. Tuvimos en este momento unos instantes deleitosos al ver la mansedumbre y humildad de las mujeres y juventud indígena, que a nuestra arribada nos recibían con demostraciones de cariño y de paz, e igualmente al presenciar los atractivos de la naturaleza que a nuestra vista se presentaban por todas partes. El monte vecino demostraba al rumbo sur 10° sur-oeste dos y medias leguas, y podíamos desde luego admirar su perspectiva. Suspendimos por entonces nuestras observaciones, deseando descansar de nuestra pesada jornada, para comenzar al día siguiente a hacer algunos reconocimientos, y a dar algunas descripciones particulares de este país encantador.

El cacique Lincon y sus compañeros, después de haber hecho alto, dejaron a la comisión en aquel punto, que era hasta donde la conducían, porque de allí no pasarían más adelante: y aun cuando quisiesen obligarla, ellos no lo permitirían. La comisión aprobó su dictamen, y se resolvió que se avisase al cacique Neclueque el punto a donde se determinaba la reunión.

El arroyo en donde hicimos alto se llama en el idioma auca, *Quetro-eique*, o arroyo cortado. Informándonos de sus vertientes y su curso, se nos aseguró que nacía en la Sierra de la Ventana y desaguaba al norte-oeste, perdiéndose en bañados y médanos de arena que se encuentran por donde hace su curso, ocultando su cauce en ciertos parajes. Corre de sur-oeste a norte-este, serpenteando mucho para buscar el nivel del terreno, que es sumamente quebrado, formando muchas sinuosidades particulares, por entre lomadas y médanos: su cauce no excede en todo su

curso de cinco a ocho pies: su latitud es siempre de 20 a 24 pies: su fondo lama y zarca, siendo casi imposible vadearle por el tejido de berros que se forma bajo de su superficie. Su agua es un néctar: dorados y bagres se encuentran en abundancia, de $1\frac{1}{2}$ a dos pies de largo.

En sus riberas tiene constantemente barrancas de siete, cinco a cuatro pies de altura, cubiertas de maciegas y pajonales elevados; su superficie es limpia, pero su paso dificultoso, por la razón indicada. Un punto solamente de su lecho es conocido para el tráfico de los habitantes, y éste se efectúa casi a nado: el fondo barro, y su latitud, mayor que en todas partes. La velocidad del curso de sus aguas fue calculada del mismo modo que la de los ríos de las Flores, Salado y Saladillo: el resultado de la operación fue que en 10" de tiempo recorrió un espacio de 16 pies del país, o en 1' de tiempo 96 pies, o 32 varas, lo que equivale a 5.760 pies o 1.920 varas en una hora: de donde resulta, que la velocidad de sus aguas está en una razón inferior a la del Salado, Saladillo y las Flores, en donde se ha hecho el mismo cálculo: es decir, en razón de ocho a siete, a seis, y a cinco comparativamente.

Estas cortas noticias que procuramos adquirir sin ser vistos, no bastan a dar un conocimiento, ya de su origen, ya de su desagüe, y variaciones sucesivas que formen su cauce, ni menos de las poblaciones que se hallen en su costa. Se nos aseguró igualmente, que a una y dos leguas se encontraban algunos otros arroyos, que corrían casi paralelamente al descubierto, y descendían de la misma sierra: igualmente, que al nacimiento o vertiente del río Sauce Grande y Sauce Chico no se hallaban muy distantes de nuestra posición, siendo la sierra origen de muchos arroyos; con otras particularidades no descubiertas por

ningún facultativo. El único que ha transitado³⁸ este país, y dado algunas noticias de él, nada ha dicho del arroyo *Quetro-eique*, cuyo conocimiento es debido a nuestra comisión, ni menos de otros que corren más al oeste de éste. En ninguna carta, de las pocas que conocemos de este país, se encuentran estos puntos remarcables, ni tampoco se halla determinada la verdadera posición de la sierra. Su curso y ramificaciones así como las vertientes y desagües de los ríos Sauce, fueron fijados arbitrariamente por otro piloto que viajó a Patagones. Los desagües de estos ríos, en la costa del mar del sur, y algunos otros de la planicie del sur-este antes de arribar al monte cercano, son trazados por un reconocimiento hecho recientemente de la bahía Blanca en donde desembocan.

Estos ríos, así como sus orígenes, se hallan determinados con más exactitud en algunos reconocimientos particulares, que en ninguna carta formal del país. Las desembocaduras, descubiertas en el reconocimiento de la bahía, han sido determinadas por algunos marinos ingleses, y sus nacimientos, en algunos derroteros poco exactos de viajes terrestres: aunque no queda duda ninguna que se forman de las aguas de la sierra; pero esto no basta. Nosotros nos ocupamos, desde que arribamos a este destino, de dar principio a reconocimientos que aclarasen y quitasen el velo que tanto tiempo había encubierto la geografía de este país, con el objeto de perfeccionar la carta que nos proponíamos formar, reuniendo los mejores trabajos científicos.

Día 3. Nublado y calma, brisa fuerte del sur-este. A las 12

³⁸ D. Pablo Zizur, en su viaje a Patagones, pasó de nuestra parada o situación, como media legua más al sur, y atravesó el pequeño Andes, dando solamente algunas descripciones de los ríos Sauce Grande y Chico, y de las calidades de las tierras.

del día vimos el sol, la niebla y cerrazón de la mañana lo habían impedido hasta entonces: en el momento volvió a toldarse, amenazando lluvia, impidiéndonos de este modo el ver la sierra y el hacer algunos reconocimientos, no obstante que la niebla nos hubiera favorecido para que no fuésemos visto cuando los practicásemos; siendo indispensable internarnos por entre las mismas poblaciones de indios, solos y sin baqueanos, guiándonos solamente con la aguja, para no perdernos a la vuelta con la densidad de la niebla. El objeto principal que nos conducía, era averiguar los orígenes de los arroyos, y reconocerlos hasta donde fuese posible, y después de esta difícil operación, observar las alturas y detalles particulares de la sierra, avanzando hasta donde las circunstancias nos permitiesen, para trabajar con mejor éxito. Por la mañana dispusimos todo para emprender el viaje, llevando tres o cuatro soldados, que cargasen ocultamente los instrumentos que pudiesen ser necesarios para la práctica de las operaciones en el terreno.

Aguardábamos antes de partir algún resultado del cacique Neclueque, en contestación a los chasques que se le habían enviado, y al intérprete mismo, que aún no había llegado; para saber de este modo la última resolución de la invitación últimamente hecha por dicho cacique a todos los ranqueles de la misma clase, porque nuestros trabajos no se podían efectuar si había algún movimiento, o miras siniestras que descubriesen los disidentes contra la comisión: mayormente cuando el cacique Lincon por la mañana, al saludar a la comisión, le participó que sabía extraordinariamente que los caciques ranqueles manifestaban ideas hostiles contra la provincia y comisión, que no querían reunirse a tratados y sí continuar la guerra. Que opinaba se aguardase sosegadamente al intér-

prete, y con la contestación del cacique y la narración de éste, determinar lo que debía hacerse. En efecto, a las 12 del día llegó el intérprete, y habló al coronel comisionado, dándole cuenta de lo ocurrido, diciendo: que había tenido una conferencia favorable con el cacique: que la comisión no dudase un momento de su sinceridad y buena fe: que era el primero que gustoso se presentaría a entablar una negociación, sosteniendo otros principios que los que se habían puesto en planta en la primera reunión por hombres que presidían estas tribus, y que habían sido tal vez los que ocasionaban la morosa o dificultosa transacción con la tribu ranquel; porque tan solamente los intereses particulares se habían dejado entrever, desatendiendo la felicidad de su país, y los intereses generales de su pueblo. Que el cacique le había suplicado hiciese todo esto presente a la comisión, y que le participase igualmente los hechos que había presenciado él mismo, y su conducta con los caciques disidentes. El intérprete añadió que durante su morada, había sido testigo de varios chasques que había enviado a todos los caciques, principalmente a los *ulmenes*, o principales, Pablo, Calimacuy, Joaquín, Antenau, Grenamon, etc., para que se reuniesen al pacto en el punto donde la comisión había hecho alto: que había sido desairado otras tantas veces en sus invitaciones, contestando con razones vagas e inconducentes que alegaban para no asistir, y que en los preliminares para el pacto en cuestión se habían recordado ciertos ofrecimientos que el gobierno les había hecho. Que el uno era una promesa, que por conducto del capitanejo en rehenes se les había comunicado, sentándose como un principio que jamás se quebrantaría, y como base de lo que debía practicarse: él era que el gobierno debía remitir, como presente, por la comisión, 50 aperos com-

pletos con espuelas, estribos y demás avíos de plata, a más de otros tantos sombreros finos, casacas y espadas con guarniciones de lo mismo; y que sabían lo contrario: es decir, que la comisión decía que no llevaba semejante especies, ni menos cosas equivalentes. Que por esta razón, y por otras infinitas que ocultaban, no querían hacer pacto alguno, pues que la conducta que el gobierno les presentaba eran lazos y trampas, que al fin si se mostraban incautos, se enredarían en ellos, y el resultado sería manifiesto. Mayormente cuando sabían por sujetos de Buenos Aires, que a eso tendían las miras del gobierno, y que su conducta lo manifestaba claramente. A más de que, ¿por qué la comisión había observado esa conducta desfavorable hacia ellos en los primeros pactos con sus vecinos los pampas, distribuyendo los artículos y especies diferentes de lo tratado anteriormente, que había remitido el gobierno para obsequiar a todos igualmente, cuando se realizase la reunión? ¿Que por qué tampoco los caciques pampas la observaron y avaramente se repartieron a manos llenas lo que a todos pertenecía? ¿Y por qué al mismo tiempo la comisión no los hizo responsables de su conducta, y de los resultados que prácticamente producía, y las desavenencias que ulteriormente podría ocasionar? Concluyó el intérprete por último, diciendo que éstas eran las contestaciones que repetidas veces habían dado; añadiéndole al cacique invitante, que los caciques ranqueles no querían hacer un papel triste, ni menos recibir los restos despreciables que sus enemigos les enviaban, y que la comisión conducía para entablar una negociación: que ellos se decidían a no admitirla, poniendo en planta los recursos que de su negativa eran consiguientes, es decir, una guerra interminable. Añadió, que el cacique Neclueque se hallaba sumamente disgustado con la conducta

que observaban los disidentes, y la poca justicia con que calumniaban al gobierno, y los procedimientos íntegros y justificados de la comisión, durante los negocios que habían tenido lugar en los sucesos con la primera tribu. Su opinión estaba cimentada en otros principios, y que haciendo justicia al gobierno y a ella, se presentaría al día siguiente con los caciques sus compañeros y sus gentes a felicitarla, y a entablar los mejores y más duraderos principios de una paz, que sellaría su felicidad futura, y haría honor a la comisión, despreciando esos viles pretextos, tan injustos como siniestros y cavilosos que se alegaban para no entrar en tratados.

Con esta contestación y estos principios, fácil era tomar una resolución: pero la oferta del cacique era menester que fuese correspondida del mismo modo y con la misma franqueza que su corresponsal lo hacía, y al efecto se hacía preciso demorarnos en aquel destino, hasta aguardar la reunión de éste y demás que quisiesen hacerlo. Mientras tanto el oficial ingeniero de la comisión, que escuchó esta narración hasta llegar a su resultado, aprovechando la oportunidad, marchó ³⁹ sin pérdida de instantes al objeto que se proponía, con los cuatro soldados armados y municionados, por lo que podía ofrecerse en el curso de sus operaciones, internándose a campos incógnitos y llenos de enemigos por cualquier parte que se echase la vista.

Analizaremos sucintamente los principios vertidos por los disidentes, en justificación de su conducta, o como argumentos y razones poderosas que daban para persistir en sus planes. Mirados bajo el punto de vista en que de-

³⁹ A las 12.30 del día siempre cerrado.

ben analizarse, estaban de acuerdo con sus ulteriores miras, las que han manifestado desde el principio del siglo pasado: es decir, que siempre han fundado su conveniencia, su prosperidad y su incremento, en principios que ciertamente harían nuestra ruina y desgracia. Jamás se han acomodado a otros que no han sido el robo y el pillaje, ejercidos constantemente sobre nuestras poblaciones fronterizas, y que les han proporcionado fortunas, y procurado, a costa de los pobladores de aquella parte de la campaña, su engrandecimiento y un considerable aumento en sus ganados de toda clase, en especies, en cautivas o esclavas: sin que les costase más que presentarse a nuestros paisanos, enmascarados, las caras pintadas, y armados con una caña y piedras: agregándose a esta pantomima un poco de valor característico y emprender, calidad conocida en todo indígena, y principalmente en esta tribu, que tiene un genio más guerrero que las demás limítrofes.

Esta conducta, ventajosa para ellos, los ha enriquecido a costa nuestra, desde tiempos atrás: así, si la abandonasen serían unos incautos, porque ¿qué males han experimentado en sus incursiones a nuestra frontera? ¿Qué pérdidas, qué escarmientos, qué matanzas o carnicerías se han hecho con ellos en las distintas épocas en que han desplegado sus miserables líneas a la vista de nuestros milicianos? ¿Qué detrimento, qué cautiverio han sufrido sus bienes y sus familias, en las empresas que nuestros milicianos o tropas que han custodiado la frontera han intentado sobre sus campos y poblaciones? ¿Cuántas veces han invadido y se han retirado sin presas, haciendo conocer a los dueños de ellas, lo necesario que es guardarlas mejor, y los medios que deben ponerse en planta para librarse de las funestas y continuas lecciones que les ha dado la experiencia? ¿Cuántas veces? Pero para qué recordar tris-

tes memorias, que echarían una luz sombría sobre los trabajos mencionados en esta memoria. Bastan estas indicaciones para hacer conocer cuál es el objeto y el fin que se proponen nuestros rivales. Ellos conocen bien que geográficamente, por su situación, se hallan garantidos de todo lo funesto o desgraciado que puede sobrevenirles: ellos no ignoran la imposibilidad de nuestros recursos, para poner en ejecución la empresa de buscarlos en sus mismas guaridas, e indemnizarnos de lo mucho que nos han arrebatado, y rescatar los esclavos que han usurpado a nuestra población industriosa. Lo conocen, no hay duda, pero llegará tiempo en que nuestros recursos prosperen: entonces sentirán el peso de nuestra venganza, y empezará una época diferente de aquella en donde encontraron tanto placer en asaltarnos impúnemente. Llegará época en que tengan que ir a mendigar el sustento y acampar sus tristes chozas en las faldas de los altos Andes, y llorando la suerte de sus mujeres e hijos, maldigan la conducta que por tanto tiempo observaron contra el país que les hizo dulce su existencia, y les proporcionó los medios y los artículos más preciosos para hacerla más llevadera con la reciprocidad del trato. No hacemos estas reflexiones con la esperanza de retraerlos de sus designios, sino para dar una idea del carácter de estos hombres y de los principios que reglan su conducta.

Los pretextos que alegaron para no entrar en tratados con la comisión, no merecen la pena de rebatirlos, porque ellos mismos se impugnan. Los pretextos o razones... ¿qué razones? La primera, la oferta del gobierno es falsa, y nunca ha existido, ni menos pudo ser hecha al capitanejo en rehenes, como éste mismo lo aseguró a nuestro retorno. La segunda, que la conducta del gobierno hacia ellos los impulsaba a no adherir a ninguna invitación o

pacto. ¿Qué conducta? ¿Adónde están las tropelías, los insultos, asesinatos, y robos, autorizados por la autoridad, para tildarle? Se dirá que se han cometido algunos en la campaña, principalmente en la frontera, por sus jueces o comandantes de ellas, cuando pacíficamente han traficado: pero ésta no es razón para culpar a la autoridad, y clasificar de pérfida e inconsecuente su conducta.

No entraremos a analizar los hechos que motivaron esos insultos, que sabemos han sufrido por el paisanaje o comandantes, no por autorización del gobierno, sino por un espíritu de venganza; cuando, después de una invasión, en donde habían cometido hechos horrorosos, aparecían con mucha frescura a comerciar precisamente al mismo punto en donde impúnemente perpetraron esas atrocidades; en donde aún humeaba la sangre de las víctimas que habían inmolado, y en donde existían las ruinas de las habitaciones que el fuego había consumido. Si entonces un deudo, o un infeliz labrador o hacendado, a quien habían dejado en la miseria, a más de haberle muerto un hermano o hijo, y haberle cautivado su familia, cometió un hecho tal, ¡cómo se le puede reconvenir! En este caso, si mil tropelías, de cualquier naturaleza que fuesen, se hubiesen cometido con estos asesinos, debían tolerarse; porque los ultrajes que pueden haber sufrido, han debido ser inferiores a los que nos han prodigado.

La tercera, es la conducta de la comisión observada con las tribus pampas, perjudicándolos en el reparto de los intereses, o especies comunes a todos. Basta los hechos que hemos relatado para comprobar nuestra conducta en los tratados, y desvanecer este cargo.

La cuarta y quinta son resultados de la anterior: rebatida aquélla, quedan impugnadas éstas, porque los pasos que dio la comisión fueron a consecuencia de la ratera

conducta de ellos, como se hace manifiesto en los diarios de aquellos días, y en las reuniones que se celebraron. Queda, pues, demostrado que sus cargos eran infundados, y que ocultan miras siniestras, y un objeto depravado y falaz, que sólo sirven para dar a conocer más a fondo el carácter de estos traidores, y el modo como deben ser tratados. Pasaremos a lo reconocido.

El oficial ingeniero, desde las 12 del día hasta las 5 de la tarde en que volvió al campo, hizo las observaciones siguientes: Habiendo penetrado al interior de la sierra, hasta las faldas del mogote de la Ventana, siguiendo el curso de la ribera horizontal del arroyo *Ouetro-eique* hasta su origen, lo efectuó al cabo de $3\frac{1}{2}$ leguas que caminó por el rumbo sur 8° sur-oeste. Las vertientes se encontraron en las faldas del mogote de la Ventana, entre una pequeña abra que tiene otros, para entrar en una pequeña planicie en donde se elevaba el monte principal, confundiendo sus cúspides con la cerrazón de la mañana. Antes de subir sus faldas era necesario atravesar dos pequeñas cañadas o fuentes, que por el norte-oeste y sur 12° sur-este se unían al entrar por la pequeña abra, y formaban ambos el cauce del arroyo, que no excedía de $1\frac{1}{2}$ varas, en grosándose progresivamente con las vertientes de otros pequeños cerros que formaban la entrada de la planicie, en donde señoreaba aisladamente el de la Ventana. El cauce del arroyuelo se ensanchaba hasta ocho a nueve varas, disminuyendo al mismo tiempo su velocidad, hasta llegar al punto de nuestra parada en donde se calculó la que allí llevaba. Marcado exactamente el rumbo y las distancias, pasó el ingeniero a reconocer todo aquel seno, rodeado de cerros menos elevados que el principal, alrededor del cual formaban una figura circular, cuyo centro común era el cerro. Puso en planta la mensura de una

base para levantar el plano de toda aquella superficie interesante, pero la densidad de la niebla no permitía descubrir los puntos principales que debían cerrar el área, a pesar de haberla reconocido. Toda ella forma una abra, de donde nace el arroyo descubierto, de 500 pies de ancho: de allí al norte-oeste sigue un encadenamiento de colinas y cerros, de 300 y 350 pies de elevación, que cambiando de dirección en su curso a 2.000 pies, siguen al oeste, disminuyendo sus alturas, hasta perderse a 1.000 y tantos pies en pequeñas colinas, formando una abra considerable de más de 1.500 pies. Siguiendo al sur-este se vuelven a encontrar algunos cerros unidos por sus faldas al principal, de la misma altura, y aun mayores de 900 pies, que corren circularmente hasta la abra, en donde se origina el arroyo. Recorrido este círculo, no distinguíamos por la parte septentrional de su límite la sierra de Curumualá, unida a ella por medio de una abra, que forman algunas colinas, y la separan de la principal. Sus diferentes mogotes elevados no se apercibían desde aquella posición, mucho menos los del Guaminí que se une al Curumualá por un encadenamiento sucesivo.

Al recorrer el terreno que hemos descrito, no encontramos otros arroyos, como se nos decía, que corren paralelamente al descubierto: nos figuramos entonces que sus vertientes tenían origen en el Curumualá, que se prolongaba más de una legua al norte-oeste, hasta unirse con la última ramificación que se pierde en la llanura —el Guaminí: Se nos aseguró igualmente por los mismos indígenas, que en la Sierra de la Ventana se hallaban las vertientes de los ríos Sauces: éstas no las encontramos, pero se nos dijo por los desertores e indios, que se hallaban en la parte austral del cerro de la Ventana, y de allí corrían hasta las costas de la Bahía Blanca, en donde desagua.

Mucho menos encontramos las del Sauce Chico, que se hallan en el Curumualá. Ambos arroyos pasó un facultativo en su viaje a Patagones, es decir, hacia la parte meridional de la sierra, dejando el curso a la derecha, como lo describe en su diario, y dando como positivo el punto que indicamos por su origen.

A las 2 de la tarde, cuando parecía que despejaba el horizonte, y se descubrían las cimas del monte principal, nos dispusimos a medir su altura trigonométricamente. Ella resultó, después de haber hecho el cálculo por logaritmos, y resuelto los triángulos, de 2.500 pies sobre el nivel general del terreno. Su altura es imponente, su perspectiva majestuosa, y lúgubre todo el terreno que domina su elevación, y en donde se halla situado: él es totalmente desnivelado y lleno de piedras, y de una magnitud excesiva en las faldas y cimas de los cerros. La parte medida era accesible hasta 150 varas, pero a una mayor elevación forma despeñaderos de piedra, elevándose perpendicularmente hasta completar su altura, y formando algunos mogotes en su misma cima; pero de menor altura que el superior, el cual es perpendicular sobre su base, formada sobre la cúspide de los inferiores. Antes de arribar a la parte innaccesible, se forma una gran meseta de más de 190 pies de circunferencia, con aguadas de las lluvias, que forman un depósito en un pequeño pozo. En toda la superficie del cerro, no se encuentran pastos, sino piedra pedernal y común, y aun algunos minerales, como se asegura que lo es el armazón del cerro.

No sería extraño que esta cadena o ramificación de los Andes encerrase estos metales, siendo una masa homogénea a aquellos que los producen. Cuando se nos presentaban aquellas particularidades a nuestra vista, anhelábamos tener un caudal mayor de conocimientos, principal-

mente en la química, para poder analizar con más propiedad, y dar una descripción más exacta de las bellezas de aquel suelo. Bástenos indicarnos, aunque no las analicemos: llegará otra época en que genios más felices que el nuestro, sepan aprovecharse de estas indicaciones, y corran a descubrirlas, para llenar el vacío de los que, teniendo proporción, no lo hicieron. Pero los motivos que nos impidieron de llenar todos los objetos de nuestra comisión, no fueron solamente los que hemos alegado, aunque nuestra capacidad era bien limitada, por las circunstancias aflictivas que nos rodeaban, y los peligros a que nos exponíamos.

Siguiendo nuestra descripción, se verá cuán interesante hubiese sido haber hecho una observación astronómica en la falda de aquel monte, y reconocer el lugar que ocupaba en el continente americano: pero desgraciadamente no vimos el sol en todo el día que tuvimos proporción de ejecutarla sin ser vistos, reservándonos hacerlo en la costa del arroyo, si se nos ofrecía la oportunidad. Hasta las 3 de la tarde no despejó la niebla, y a esta hora apareció el horizonte cerrado y nublado, amenazando una fuerte turbonada. Entonces nos resolvimos retirarnos, costeando si era posible la sierra, hasta el Curumualá, para descubrir el origen de dos arroyos que se nos informó de allí nacían. A $\frac{3}{4}$ de legua que anduvimos, encontramos, entre la abra de la Ventana y el Curumualá, el de uno, llamado *inglés-mahuida*, o arroyo del *Inglés*, por haber sido asesinado un extranjero en tiempos atrás por los ranqueles. Su origen era una pequeña cañada, que corría por medio de la abra, recibiendo algunas aguas de unos cerros, de los boreales del círculo de la sierra desierta. Siguiendo más adelante, como a $\frac{1}{3}$ de legua, encontramos el de otro, formado en la misma abra, y recibiendo las aguas

de algunos cerros poco elevados, que rodeaban el encadenamiento del Curumualá, distante al oeste $1\frac{2}{3}$ legua, cuyas aguas formaban un pequeño cauce de $2\frac{1}{4}$ varas. El primero lo reconocimos hasta $1\frac{1}{2}$ legua en su curso, casi al mismo rumbo sur-oeste a norte-este que el anterior *Quetro-eique*: su cauce se aumentaba considerablemente hasta 7 a 8 varas, y sus calidades eran las mismas, sin ninguna diferencia de las descubiertas en el primero. La velocidad de sus aguas estaba en una razón de 6 a 5: es decir, que su velocidad era mayor que el anterior, y en 1' de tiempo recorría 110 pies, o 6.600 pies, o 2.200 varas en 1h. cuando en el mismo tiempo el otro no recorría sino 1.920 pies. El tercero, nombrado *Maltoleufú*, (*arroyo blanco*) lo reconocimos igualmente hasta $\frac{1}{3}$ de legua, y parecía apartarse considerablemente del segundo: es decir, de rumbo sur-oeste a rumbo norte-este 18° norte. En lo poco reconocido encontramos precisamente las mismas calidades que los otros dos, pero en la velocidad diferían. Éste recorría en 1' de tiempo 102 pies, o 6.120, pies o 2040 varas en 1h.: es decir, que sus velocidades se hallaban en la proporción de 5 la del primero, 6 la del segundo, y $5\frac{1}{2}$ la del tercero.

Este último no lo reconocimos más extensamente, porque en sus riberas divisamos un enjambre de poblaciones pertenecientes al cacique Neclueque: el segundo lo hicimos hasta donde encontramos otra multitud de toldos pertenecientes al cacique Necul, hermano del anterior, y sentíamos sobre todo no reconocerlos todo lo que fuese posible, para averiguar sus desagües, o el depósito de sus cauces, al parecer considerable, hacia el rumbo a que todos se dirigían: no quedando duda que sería en algún gran lago o en algún bañado, que era lo más probable, y lo que se nos aseguró. Las calidades del terreno eran bue-

nos pastizales poco elevados, tierra dura, negra y vegetal, diversidad de flores y de yerbas, caza abundante, y de toda especie.

En la sierra ⁴⁰ se encontraron grandes tropas de guanacos, liebres, gamos, avestruces, etc., y para la caza de los primeros los naturales usan bolas, en que ponen su lujo particular, preparándolas de un modo industrial. Entre los arroyos y las poblaciones se descubrieron inmensos rodeos de ganado de todas especies, no pudiendo hacerse su cálculo por no haberlo visto sino a distancia de algunas cuadras: cubrían el horizonte, y pastoreaban alrededor de las poblaciones. Nos reservamos reconocerlos en la reunión que debía realizarse al día siguiente, conforme lo ofrecieron.

Mientras tanto nos lisonjamos haber agregado este conjunto de noticias a las existentes para aumentar los datos de la geografía de este país, y perfeccionar la carta general que nos propusimos trabajar ⁴¹: dando a conocer al mismo tiempo que cualquier trabajo de esa naturaleza que se emprendiese, debe ser interesante, porque se hace en un país del que se tienen ideas vagas manifestándolo los mapas que hasta ahora hemos visto, en que se encuentran errores notables.

En todas las cartas se echan menos esas posiciones interesantes, es decir, la primera cadena de los pequeños Andes, formada desde el Volcán hasta el cerro del Cairú en donde concluye; dejándose ver en su lugar una vasta

⁴⁰ En la parte occidental de la sierra se encuentran montes de chañar, mistol y algarrobo, de cuyos frutos se proveen los naturales y consumen en abundancia.

⁴¹ Ésta, como lo hemos dicho, ha sido presentada al gobierno, y existe en su poder.

pampa en vez de una serranía que la atraviesa. Lo que hemos encontrado representado en su verdadera posición son el Volcán y el Tandil, pero no la continuación del encadenamiento de sierras que atraviesa el desierto, corriendo más de 30 leguas al norte-oeste. En otras ni aun se hallan indicadas, y sólo se encuentran encadenadas las dos primeras, corriendo a rumbo diferente de lo que es realmente, y sin formar entre ambas esa abra inmensa de 12 a 14 leguas. Éstas, podemos decir sin vanidad, quedaron determinadas en la expedición que hicimos el año 21, aumentando con nuestros reconocimientos la parte geográfica de aquellos parajes. La segunda cadena de los Andes (la Ventana) se halla igualmente mal representada, corriendo a un rumbo diferente del que sigue: ni tampoco están determinados otros puntos de ella, como el Curumualá, el Guaminí y los arroyos que de ellos descenden, contentándose con anotar la posición del primero vagamente, como lo han hecho con el Tandil.

La única carta en donde se hallan representados los dos puntos principales de ambas cordilleras, es la de la provincia que construyeron los marinos españoles Bausá y Espinosa, por orden de unos de los virreyes. En ella se encuentra el mejor monumento de los trabajos científicos de nuestros antepasados: pero es incompleta toda la parte de este país, porque hasta entonces muy pocos, o ninguno había viajado por él: siéndolo sí la parte interior de la provincia, rectificada últimamente por los trabajos científicos de Cerviño en la expedición de Azara, y por reconocimientos que después se han hecho. Esta carta la conservamos como una obra preciosa, y nos hemos propuesto sacar ventajas, aprovechando sus datos para formar una obra completa del interior de nuestra provincia y pampas del sur, hasta el establecimiento del

río Negro, aunque no se extiende sino hasta el cabo Corrientes, prolongándose por el meridiano de los 38° de latitud hasta la Ventana y Guaminí. Pero un acopio de los mejores trabajos de la costa patagónica, los viajes terrestres, y los nuestros, nos darán por resultado una obra completa, que si no llega al grado de exactitud que estos trabajos demandan, al menos hará conocer el país que habitamos, y lo que él encierra.

De nuestra provincia no tenemos más carta que ésta, es decir, del terreno comprendido entre la ribera del Salado, el arroyo del Medio, el Paraná y las costas del río de la Plata: y aunque en el año 20 se practicó un reconocimiento, esto no pasó de la esfera de un ensayo, pues se hizo a la ligera, con la aguja y las noticias vulgares de las distancias que dieron los paisanos o vecinos. Sin embargo se juntó un caudal de detalles y de circunstancias que no dejan de ser útiles, pero con la condición de no darles más confianza que la de un simple reconocimiento, no obstante que fue ejecutado por un ingeniero que trabajó en aquel año, y dirigió un pequeño departamento que se estableció a sus órdenes en esta ciudad.

Seguiremos los sucesos de la comisión y sus trabajos. La tarde continuó nublada, y a las 5 comenzó a llover, no cesando hasta las 10, en que sopló una brisa fuerte del sur-oeste, y calmó. No se vió en toda la noche el planeta Marte, que había servido de base a nuestras observaciones.

Día 4. Claro y despejado, brisa fuerte del sur-oeste. A las 10 comenzó a nublarse, y permaneció de este modo hasta las 3 de la tarde, en que despejó, soplando una brisa del primer cuadrante o norte-oeste. Por la mañana aguardábamos el resultado de la oferta que el cacique Neclueque había hecho, de venir a nuestro campo con su pequeña tribu a tener una corta conferencia.

A las 2 llegó un indio o chasque, avisando al señor coronel García que no extrañase si en aquel día no llegase a una hora competente para tratar, porque tal vez arribaría de noche, por lo dificultoso de reunir su gente, y de que otros caciques amigos lo hiciesen, porque demoraban algo retirados de su población, adonde le había dado orden que se reuniesen. A las 12 arribaron otros chasques, avisando que se ponía en marcha. A las 4 de la tarde presentó una línea como de 400 hombres, a cuatro cuadras de la ribera opuesta del arroyo, formados en ala, y armados mucha parte de ellos, de lanza. Con alguna confusión, y su gritería acostumbrada, atravesaron el arroyo, y se acamparon a una cuadra a la izquierda de nuestro campo, y allí se dispusieron a pasar la noche. El cacique avisó al señor coronel que hasta el día no daría principio a sus conferencias, por ser ya tarde para efectuarlo. A su proximación se le hizo una salva por la escolta, a petición del cacique Lincon, ceremonia de mucho aprecio para ellos. Al momento de efectuarse se repitió la gritería por más de 150 indios que se hallaban a caballo en nuestro campo, y que habían llegado antes que el cacique a los toldos cercanos, y establecido sus corrillos de juego de dado, semejante a los que habíamos presenciado en la primera reunión. No dudábamos, por el aspecto que presentaba ésta, sufriríamos las mismas incomodidades, y tal vez mayores, porque habíamos observado muchos hombres blancos entre sus líneas, la mayor parte compuestas de ranqueles, que se habían unido con algunos caciques de segunda clase a las gentes de Neclueque, y que habían venido, con la capa de tratar solamente por ver el partido que sacaban de la reunión: y además, como no los distinguíamos por el color, no sabíamos si eran de la tribu amiga de Neclueque, o de los ranqueles enemigos. La

turba de este cacique es compuesta de éstos y de pampas: pero en este caso, los mismos disidentes que se habían negado a tratar, enviaban sus gentes a observar y lucrar si podían, a todo trance, lo que la proporción les presentase.

El número de los reunidos se aumentaba considerablemente, conforme iban acudiendo de sus toldos, y al día siguiente nos esperaba un rato pesado, porque pronosticamos su resultado con la primera experiencia. Los caciques pampas Lincon, Pichiloncoy, etcétera, que nos acompañaban, vieron precisamente que no era la pequeña tribu del cacique Neclueque la que se había reunido, y que la que se presentaba era de disidentes, cuya reunión la efectuaban con siniestra intención. Mas nos dijeron que estando ellos presentes, nada debía temer la comisión: que ellos harían que la respetasen, y que esperaban igualmente que el cacique Neclueque no faltaría a sus principios y a los buenos sentimientos que había desplegado en sus mensajes a la comisión. En los sucesos de la reunión del día siguiente se verá la conducta de éste, en nada diferente de la de los disidentes y de los de la primera entrevista.

La cadena de los Andes se veía claramente desde nuestra posición, y su perspectiva era agradable. El cerro de la Ventana demoraba al sur 18° sur-oeste, prolongando sus ramificaciones hasta los 40° sur-oeste. El Curumualá demoraba al rumbo sur 60° oeste, extendiéndose hasta los 80° : el Guaminí se prolongaba hasta los 30° al rumbo oeste 10° norte oeste. La segunda sierra, o las cimas del Curumualá, forman un seno en la Ventana y Guaminí, es decir que se hallan más al occidente que las otras dos, y así lo demuestra su perspectiva, apareciendo las elevaciones del primero y el último sobre el horizonte, y ocultándose confusamente en el primero y el último sobre el horizonte, y ocultándose

confusamente en el centro las cimas elevadas del segundo. Toda la cadena corre de norte-norte-oeste a sur-sur-este, y es un error notabilísimo representarla en las cartas de este a oeste, lo mismo que el Tandil.

Logramos en este día tomar la latitud de la posición en que nos hallábamos, por nuestro planeta, y al mismo tiempo averiguar la variación de la aguja. El método de que nos valimos fue el más sencillo, adoptado por las circunstancias: un pequeño tratado náutico de Cedillo lo indica sucintamente. Las sombras de los hilos que se hallan sobre la rosa de la aguja de demarcación, son los que dan el resultado, tomando dos alturas correspondientes por la mañana y la tarde. Si las sombras que marca el punto de intersección de ellas, y que señala los grados en la roseta, son ambas de distinta especie, esto es, por la mañana señala un cierto número de grados al noroeste y por la tarde al noreste sobre una misma altura, réstese una de otra: del residuo sáquese la mitad, y ésta será la variación de la parte de la cantidad menor: pero si dichas cantidades fuesen iguales, no habrá variación alguna. Es decir, si el punto de intersección de los hilos de la roseta señala por la mañana, sobre una misma altura 30° noreste, y a la tarde otros $30'$, la diferencia será cero y la variación ninguna. Así por este método encontramos la que nos propusimos, y dio $18^{\circ} 30'$ por variación.

Ella nos parecía excesiva, pero ejecutada la operación distintas veces, y aun rectificada por una meridiana que construimos, dio repetidas veces los mismos grados con diferencia de minutos, cuyo término medio de todos los resultados son los que se indican. Al principio creímos que tuviese parte o influyese directamente en el exceso la atracción magnética de las partes metálicas del monte cercano:

pero a pocos días la repetimos 8 leguas más distante y dio el mismo resultado. La variación que habíamos observado en las primeras sierras fue $17^{\circ} 10'$, y en otra, en la laguna de las Polvaredas, $16^{\circ} 30'$, y el incremento hasta $18^{\circ} 30'$ nos hacía notar que era mayor, mientras más nos internábamos y aumentábamos de latitud: esta razón no es constante, y en otras observaciones que hemos hecho nos ha dado resultados diferentes, como lo expresaremos con los que obtuvimos a nuestra vuelta. En Buenos Aires se han observado en distintas épocas las variaciones de la aguja, por los agrimensores en sus mensuras de terrenos, y siempre se han encontrado diferentes resultados.

En 1813 fue observado ser de $12\frac{1}{2}^{\circ}$ este, y en 1708 de $16^{\circ} 45'$ este: de donde resulta que en 105 años se ha acercado la aguja al meridiano $2' 30''$ al año. Otras observaciones se han hecho, y de su comparación resulta el mismo aumento progresivo: así las variaciones no son constantes en todos los países.

El pequeño censo de las poblaciones que se hallan situadas en los arroyos y faldas de las sierras lo daremos más adelante, lo mismo que la latitud observada; es decir, en el diario siguiente.

La noche calmó y heló fuertemente. En toda ella tuvimos grandes alborotos de la familia que teníamos acampada cerca de nuestro campo: una pequeña partida que había arribado de esta ciudad, los había provisto de aguardiente, y a poco rato ya estaban borrachos con síntomas que no son de despreciar, y que se anuncian bajo los más alarmantes auspicios. El efecto que los licores causan en la naturaleza y máquina de estos hombres lo analizaremos en la memoria sobre sus costumbres, en donde indicaremos

los resultados y hechos particulares a que los precipita el frenesí que los causa.

El cacique, jefe de los reunidos, impedía que su gente nos incomodase: él por esta vez no había querido acompañarlos en sus festines, por consideraciones y por no desmerecer en el concepto de la comisión mientras tratase con ella: pero se engañó miserablemente: la perdió muy pronto y no pudo menos de descubrir su interés y avaricia, y la ratera conducta que manifestó en el reparto: o más bien violación que hizo de las especies que se distribuyeron, obligando a la comisión a sacrificarse por contentarlo, y a hacer demostraciones que nunca debió haber hecho, con un ambicioso usurpador y lleno de perversas intenciones, cubiertas artificiosamente con la capa de moderación y buenos sentimientos que había manifestado para engañarla. Su reunión no era tan sólo con el objeto de hacer paces, sino para apoderarse de lo que pudiese y obligar a la comisión a desnudarse para saciar su codicia infernal y la de la turba de ladrones que lo acompañaban con iguales o peores intenciones que las de su jefe.

Día 5. Claro y despejado: viento fuerte del sudoeste: la helada desapareció a las 9.30 del horizonte que lo cubría: los aires saludables que corrían de la sierra hacían deliciosa nuestra posición, aumentada con la riqueza de las aguas o néctares de sus arroyos. Por la mañana se armó nuevamente el desorden de la gente acampada y de la demás turba que se había reunido en nuestro campo para pedir de todo lo que veían, gritar y armar confusión; para buscar las conveniencias o resultados que podía hallar, como objeto principal de su reunión.

A las 9.30 hizo el cacique reunir toda su gente a caballo desalojando nuestra posición, la que rodeaban con petu-

lancia y desorden, robando lo que podían. Establecida la línea a dos cuadras del campo, se formó un círculo desordenado: a esta ceremonia se les hizo una descarga con la escolta a petición del cacique Lincon, y después de ella se desordenaron, prorrumpiendo en gritería, con cargas a sable en mano y lanzando cortes al aire para asesinar al *gualicho* que se había interpolado en sus líneas, huyendo de la descarga que le habían hecho. El *gualicho* es un ser imaginario o genio del mal que creen que los persigue y causa todos los males que les sobrevienen: enfermedades, muertes, robos y desgracias; para evitar que se cumplan, cuando sienten síntomas de una próxima desgracia, o de un enfermo que está en peligro, se arman todos los parientes de él, con todas las armas a cuestas que tienen, montados en sus mejores caballos, llenos de cascabeles, cuentas y cascajos que metan ruido, y pintadas las caras, lo mismo que los jinetes, encoletados y con todas las insignias de guerra, prorrumpen en gritería y cargas, corriendo a diestra y siniestra hasta que concluyen dar vuelta a todo el toldo o rancho que habita el enfermo. Cuando éste les dice de adentro que ha sentido alguna mejoría, entonces es cuando creen que su operación de perseguir al genio maligno, origen de todo aquel daño, ha surtido efecto, es decir que ha huido; y en este caso el enfermo deja de sentir la influencia de su aproximación: esta operación la repiten cuantas veces se empeora, o dice que se ha acercado de nuevo el *gualicho* o *hucasbe*, y vuelto a sentir los mismos síntomas. En el momento de la descarga el *gualicho* que perseguían era el estruendo que los asustó, y hasta que aquél cesó de causar en sus sentidos el efecto común no cesaron de correrlo, y entonces creyeron que había desaparecido, porque calmó la impresión. En

general, *gualicho* llaman al genio del mal que origina las desgracias, y un fusil, cañón o arma cualquiera dicen que trae el *gualicho* porque causan un efecto semejante y que ningún otro genio produce.

Formado, como hemos dicho, el círculo de los reunidos con todos sus caciques, llegó una división de 150 hombres huilliches con sus ceremonias acostumbradas, y antes de entrar a la reunión se incorporaron a los demás: éstos no se habían podido juntar en la primera conferencia con los suyos, porque habitaban las riberas más occidentales del Colorado. Los caciques, nuestros compañeros, se incorporaron en la reunión y conferenciaron más de una hora sobre los objetos de que se había ocupado la comisión al paso por sus tribus, y las reconvenciones por los sucesos de entonces que les hacía el cacique Neclueque, no en favor de la comisión sino en su conveniencia, diciéndoles que los habían perjudicado con haberse repartido más de lo que les correspondía. Los caciques contestaron defendiendo su opinión, la del cacique Lincon y la de la comisión, rebatiendo con energía los sentimientos que expresaba el cacique, no semejantes a los que antes había manifestado. Concluida la parla dieron orden para que el coronel comisionado marchase a la reunión, y al momento lo ejecutó en coche con el oficial ingeniero. Llegado que hubimos, hicimos alto y tardamos más de una hora en descender, mientras concluyeron sus parlas. Entramos en el círculo, donde se hallaban 20 y más caciques y capitanejos, presididos por el indio cacique principal, quien cumplimentó a la comisión, y ésta a todos abrazó y les dio la mano en señal de amistad. El cacique manifestó al coronel comisionado el vivo placer que sentía al conocerlo y respetarlo, como un hombre de opinión, tributada por su difunto her-

mano el cacique Calhueque y sus antepasados: siendo un deber suyo tributársela, lo mismo que a su gobierno.

El comisionado satisfizo por su parte a los cumplimientos hipócritas de este joven perspicaz, astuto y lleno de una fogosidad, característica de su juventud y su genio. Él volvió a tomar la palabra, e hizo un elocuente razonamiento, que descubría su viveza y disposición: manifestó de un modo imponente el origen de sus calamidades, las guerras pasadas y sus motores, las muertes o incursiones ocasionadas por la conducta de los gobiernos, la pérdida de su hermano, el cacique Calhueque, en Navarro; las trope-lías y vejaciones que continuamente sufrían los indios tran-seúntes; la conducta que se observaba, que tendía siempre a esclavizarlos y subyugarlos; los cuentos y enredos que les habían introducido y que los habían impulsado muchas veces a cometer actos violentos. Que se hallaban recelosos de la fuerza que se había mandado a Patagones: pues ¿cuál era su objeto, sino el de procurar invadirlos con una fuerza considerable como la que se habían remitido a aquel punto? Que en la reunión estaban algunos de su tribu que habían sido robados y ultrajados por el comandante de Navarro y acababan de arribar a pie, habiendo salvado de los que los perseguían para asesinarlos: que se observase aquel acto y se vería si era digno que ellos hiciesen lo mismo y ejecutasen las incursiones: que de esto tenían la culpa los cristianos, así como de las resultas que su conducta ocasionaba.

Interrumpieron la palabra del cacique los mismos indios que acababan de arribar del suceso referido, pidiendo venganza, clamando por sus intereses que habían perdido, que se les remunerase o ellos tomarían su partido. El comisionado trató de aquietar los ánimos exaltados de los expo-

nentes porque pronosticábamos por sus semblantes cuál sería el fin de aquella fiesta: calmándolos y ofreciéndoles castigar al delincuente y remunerarles todo lo perdido. Contestó a todos los cargos del cacique, a más de los que repitió en consonancia de principios con los disidentes, sobre la plata y especies importantes de aperos, etc., etc., que hemos dicho. A esto se hacían fuertes cargos a la comisión hasta dudar de su buena fe, y añadiendo que sabían lo contrario, pues que se encubrían en los carruajes encajonadas aquellas especies que se les diese todo al momento, pues que no eran menos que los primeros, que recibieron con más generosidad de la comisión la mayor parte de lo mismo. Fueron desvanecidas todas estas imposturas, calmando a todos con la promesa de darles lo que había, desengañándoles de lo que se les había insinuado; y que, viendo lo que se llevaba, tributasen más honor a la comisión: que jamás se hubiese expuesto a ser desairada si hubiese sabido que existía tal oferta: que ella era incierta y que el mismo gobierno le desmentiría esta especie ⁴².

⁴² Se les satisfizo del objeto de la fuerza de Patagones, y su número, que solamente eran 50 negros, destinados a guardar aquel punto, pues trataban de invadirlo las naciones extrañas, y entonces resultábales una ruina inevitable, porque querían, según se decía, ponerles guardias en la sierra de la Ventana. Con este pretexto, que dio la comisión para salir de aquel apuro, calmó a los oyentes; pero, permaneciendo en sus desconfianzas, preguntaron en seguida si el número era considerable: se les contestó que solamente 50 negros. A esto de negros o *tapangú*, que ellos llaman, prorrumpieron en risa al oír el color, porque los desprecian en alto grado, y los miran como una clase de hombres inferiores a los demás, y por consiguiente incapaces de batirse con ellos y de hacer grandes acciones. Los pocos que tienen, que han robado de las fronteras, les sirven de esclavos y los tratan con rigor.

Pidieron el cacique y el pueblo a grandes voces se les diese lo que había en las carretas, y en el acto se les hizo venir la yerba, tabaco, mantas, ponchos, sombreros y de todo lo que había. En este momento se armó el desorden: el cacique repartía a los suyos todo lo que se había llevado, y las reparticiones se concluyeron, tomando cada uno a la fuerza lo que quería, desobedeciéndole, armándose una pelotera y confusión, unos a pie y otros a caballo, que nadie se entendía; expuestos nosotros allí a que cualquiera nos hubiese descuartizado para repartirnos también. El cacique calmó y aquietó a su tribu: pidió más, se le contestó que no había: replicó sabía lo contrario y entonces, por temor a una tropelía, se ordenó a un pobre pulpero que nos acompañaba y que llevaba un poco de yerba y mantas, las entregase: vinieron, y en el momento no quedó señal de haber existido tales cosas. Gritaban: *a las carretas, a las carretas*, que allí había más, y todos a ellas se dirigían. Entonces tomamos la determinación de ampararnos de nuestro campo y defender allí hasta el último trance nuestras propiedades: no tanto éstas, sino por el temor que, saqueando las carretas y nuestros equipajes que allí existían, encontrasen con las cajas de instrumentos de matemáticas que llevábamos en una carretilla. Y entonces, a la vista de estos objetos, ¿qué ilusión, qué celos y qué asombro no les hubiese causado? ¿Y cuál hubiera sido la suerte que hubiésemos corrido? Acudimos prontamente a poner remedio a nuestra inminente ruina, si así lo ejecutaban: la escolta se puso sobre las armas cuidando la carretilla y carretas, y nuestro viejo cacique Lincon y demás que nos acompañaban, a la par de nosotros, aguardábamos por momentos emprender una lucha nada igual: su número excedía de 1.500 y nuestra comitiva no pasaba de 40. Al-

gunos atrevidos dieron principio a sus proyectos y el primero recibió en recompensa, del bravo cacique amigo, una estocada que dio con él en tierra: segundó otra al que seguía al primero y que huyó herido y acometiendo después a otros que querían efectuarlo, calmó con su presencia a estos asesinos que, temerosos de la saña y elocuencia del viejo cacique, desampararon sus puestos y se retiraron bramando de cólera contra su vencedor.

El cacique Neclueque, que había presenciado esta guerrilla, se determinó con mucha calma a aquietar y reunir a su gente furiosa. No puso mucho de su parte en hacerlo, y demostró algunas ganas de que se hubiesen realizado los planes de sus compañeros de armas, y los principios que desplegó este avaro, orgulloso y miserable, fueron los mismos o peores que los que manifestaron sus corresponsales los ranqueles. Los demás caciques o capitanejos capitaneaban o influían en sus camaradas a que lo hiciesen, porque a todos les tocaba parte de presa: pero se engañaban estos viles; el crimen que cometían no iba recompensado con el botín, y entonces hubieran visto su temeridad.

Con estos hechos resta pues algo que añadir. ¿No son suficientes para probar hasta la evidencia, la falacia y mala fe de estas hordas de hombres bárbaros? No hay tal vez sino uno solo que tenga sensibilidad, y aquellas cualidades que constituyen a los seres racionales y los distingue de los que no lo son. El buen viejo se acreditó en esta ocasión, e hizo conocer que había hombres entre los salvajes, no con los principios y fiereza que los caracteriza sino con los de amistad, fidelidad y buenos sentimientos. No queda pues duda que será efímero cualquier esfuerzo que se haga para entablar paces y pactos de amistad: lo que debe convencernos de la necesidad de poner en planta todos

nuestros recursos para castigar su audacia y refrenar su osadía: de lo contrario estaremos sufriendo insultos con impunidad, que no harán más que aumentar su desenfreno, para incitarlos a cometer más crímenes, que nos asolen y aumenten su preponderancia, que dentro de uno o dos lustros todos en masa tal vez no seamos capaces de contener y evitar que carguen con toda la población.

La turba se retiró con su cacique a las 5 de la tarde a acampar en la ribera del arroyo, quedándose aún en nuestros campos algunos corrillos de los más pacíficos.

Prometió el cacique tener una conferencia más tarde con la comisión, dejando sosegada su gente para que nadie pudiese turbarnos y hablar sobre lo ocurrido. En efecto, a las 8 de la noche se apareció en nuestra tienda, manifestó cuánto le había sido sensible la conducta de su gente en la reunión: que él no había podido evitarla. Su semblante demostraba que no se hallaba convencido todavía ni menos saciada su codicia, dirigiendo su entrevista más bien a que lo satisficieran que a satisfacer. Fue menester mucha paciencia y política para manejarse en aquella corta conferencia, en donde descubrió más su genio y talento este joven. El señor coronel comisionado le hizo algunos presentes lucidos para atraer y desimpresionar a este tímido enemigo: entre ellos fue un sable de parada que apreció sobremanera, y su espíritu ambicioso se tranquilizó por entonces. Se trató en seguida sobre las bases del pacto, objeto de la reunión celebrada particularmente: no se consiguió se expresase de un modo terminante sobre las indicaciones que se hicieron en los primeros tratados con respecto a cautivas, terrenos, comercio, etc. Sobre cautivas le habló con calor el coronel comisionado, impulsado por algunos paisanos labradores que acompañaban la comisión

y cuyas hijas y mujeres estaban en poder de los indios: a pesar de haberlo hecho estos infelices con él anteriormente, ofreciendo condiciones que cumplirían hasta rescatarlas⁴³. Ni la comisión ni estos infelices consiguieron una respuesta definitiva de este cacique, que se contentó con asegurar que al día siguiente lo haría, consultando a otros compañeros suyos a quienes pertenecían igualmente. Nada obraron en el ánimo de este hombre las protestas que el coronel comisionado le hacía, saliendo garante del cumplimiento de las ofertas de los interesados, si ellos no las cumplían en ciertos plazos que se señalasen: nada se consiguió en favor de esos desgraciados. Quería que en el momento, o cuando quisiesen rescatarlos, le llevasen en especies una cantidad de 700 a 800 pesos: pero, sin embargo, dijo que contestaría. Se marchó muy contento a su campo y más sosegado con los presentes que se le hicieron: prosiguió el festín de aguardiente y el campo fue una continua gritería toda la noche, con peleas entre ellos, robándose unos a otros, etcétera.

El pequeño cálculo que presentamos del número de los reunidos y de la población de los arroyos no incluye toda la que no observamos en las faldas del Curumualá, Guaminí y lagunas del noroeste; se puede decir que de la primera fue hecho con alguna exactitud, pero de la segunda tal vez no, porque las poblaciones se extendían por las

⁴³ Al partir de la frontera, en nuestra compañía, todos estos aldeanos y labradores en busca de sus familias, salieron del supuesto que debían ser entregados sin interés ninguno, como un acto natural del mismo pacto que se celebrase. Se engañaron, y se volvieron con la nueva de que era menester trabajar todo el resto de su existencia para acopiar la suma que por valor de ellos se les exigía.

costas de los arroyos, y éstos no fueron reconocidos sino a una corta distancia de cada uno: es decir, lo que se pudo sin que fuésemos vistos. Daremos solamente en esta parte lo que vimos.

Por noticias de desertores o indígenas sabemos que la población es inmensa y no interrumpida por toda la costa o faldas de la sierra hasta Salinas, incluso los ríos Guaminís que desaguan en la laguna de San Lucas, los que se hallan poblados por la tribu ranquel.

El número de los reunidos pasaba de 1.300 hombres, según el total que formaban las divisiones siguientes:

	Hombres	Sables	Lanzas, etc.
La del cacique Neclueque .	300	18	100
La del íd. ranquel Culeclen	320	19	50
La del íd. íd. Salomón ...	100	3	25
La del íd. íd. Necul	120	3	32
La del íd. íd. Llangretaun .	380	16	54
La de los huilliches, cuyo nombre del cacique no se conoce	150	16	62
	1.370	56	323

En el primer arroyo *Quetro-eique* se encuentran 24 toldos, y su población se calcula de 400 almas, hombres capaces de llevar armas 92. En el segundo Malloleufú se hallaban situados ⁴⁴ en ambas riberas del arroyo 28 toldos,

⁴⁴ En el primero y segundo arroyo se hallan estas poblaciones, pertenecientes a los caciques hermanos Neclueque y Necul, y en el tercero las del primero y las del cacique Salomón,

y su población se calcula de 560 almas, en las que hay 120 hombres capaces de llevar armas. En el tercero, *Inglés mahuida* se cuentan las tolderías del cacique Neclueque y otros: en ambas riberas se encuentran 59 toldos, y su población se compone de 1200 almas, de las que 290 hombres en estado de hacer la guerra. El número de ganados es considerable, ellos se multiplican más allá de todo cálculo, abandonados a ellos mismos; porque aun cuando es manso y continuamente en rodeo, sus amos no los consumen, porque aprecian más la carne de potro que la de esta especie. Lo mismo sucede con el caballar y lanar.

La observación que se hizo de la latitud en el punto de parada en el arroyo *Quetro-eique*, dio por resultado, hecho el cálculo de latitud, $37^{\circ} 50'$ latitud austral, $56^{\circ} 20'$ longitud occidental del meridiano de Cádiz, o $16' 10''$ de diferencia de longitud occidental del meridiano de Buenos Aires, como punto de partida, y a cuyo meridiano se refieren las diferencias de latitud y longitud contraídas durante el viaje, conforme se expresan en el estado general al fin de esta obra.

En algunas cartas hemos visto representada la Sierra de la Ventana en los $37^{\circ} 55'$: pero como nuestra observación no fue hecha en la falda del cerro, y sí a 5 y media millas más al oriente, en la costa del arroyo, la diferencia de $5'$ es precisamente en lo que influye la distancia en millas que se ha dicho había de un punto a otro, y entonces sólo resultan $28''$ de diferencia: a no ser que la distancia no haya sido bien calculada, como es probable que así sea. La longitud es la misma, con la diferencia de $48''$, de la que se establece en las cartas que están construidas con respecto al meridiano de Londres, al que se halla arreglado el de Buenos Aires que rige las longitudes de los de-

más puntos del interior del sud, es en la esférica de Espinosa y Bausá, trazada por el meridiano de Cádiz, que regula la longitud de Buenos Aires.⁴⁵

Día 6. Claro, brisa fuerte del sudoeste, frío. Por la mañana volvimos al mismo alboroto: toda la gente del día anterior la tuvimos en nuestro campo, redoblando sus esfuerzos para salir ganando. En este día descubrieron más el velo de su piratería, dándose cada uno de ellos a adquirir lo ajeno contra la voluntad de su dueño: procuraban hacerlo a todas luces; lo veíamos, pero teníamos que hacernos ciegos, porque no eran aquellos momentos para reclamaciones ni quiebras de lanzas. Era insufrible la presencia de esta horda desenfrenada.

Se invitó al cacique y demás capitanejos a tener una corta conferencia para concluir algo de lo que había pendiente, y emprender nuestra retirada, si podíamos. Reunidos, tuvimos una corta parla con ellos, en la que se suscitaron largas altercaciones sobre los mismos objetos que habían tenido lugar el día anterior, relativo a la plata encajonada que se les tenía guardada y no se les repartía. Los capitanejos, que acompañaban al cacique en cuestión, eran los que interrumpían y renovaban las peticiones sobre la *cócora* guardada. En estas altercaciones se pasaron más de dos horas: se entró en composición, pero la composición era con preliminares de conveniencia para los contratantes. El cacique, presidente, no se contentaba aún con lo que había arrancado, sino que hacía propuestas para lo futuro, y éstas las renovaba cada uno de los que le oían, obligando la comisión a que así lo cumpliese a su llegada a Buenos Aires. Querían que se les remitiesen, si posible

⁴⁵ El día siguiente, ventoso y frío. A las 6 de la tarde calmó, y a las 7 empezó a helar.

era, las mismas promesas supuestas, a más de los infinitos encargos que cada uno hacía particularmente: de modo que, todas las entradas de la provincia de un año, no eran suficientes para remitir lo que pedían a la vuelta de la comisión, si se había de cumplir lo que exigían.

Entretanto se actuaba en estas cuestiones de pedir de boca, la gente buscaba la ocasión, ya por las carretas, ya por nuestras tiendas, de conseguir alguna cosa. Por conclusión volvieron a fijar precios a todos los artículos de consumo que compraban en la frontera y en la ciudad, como a la yerba, tabaco, azúcar, etc., poniéndolos a su antojo, y que así se les vendiese en lo sucesivo, como base de la paz: y también sobre las condiciones que debían ponerse a los corraleros, o casas en donde paran y depositan sus efectos, para la seguridad de éstos y de los intereses que continuamente perdían en la capital y en la frontera; en fin los mismos reclamos que en la primera conferencia hicieron los otros. A todos los caciques y capitanejos se les dio patente de paz, para que pudiesen arribar libremente a cualquier punto de la frontera que quisiesen, con recomendaciones particulares, para evitar cualquiera hostilidad que se intentase.

Se dispuso todo para emprender en el momento la retirada a la población del amigo Lincon. A las 2 de la tarde nos despedimos de todos ellos, y rompimos la marcha. Toda la reunión se fue igualmente con su cacique, pero no sin dejar de cometer alguna tropelía para no faltar a sus principios. No habíamos avanzado 6 y media cuadras del arroyo cuando arribó desnudo a nuestro alcance un pobre miliciano, que con interés de hablar con el cacique que iba en retirada, había pasado el arroyo para proponerle nuevamente el rescate de un hijo que tenía en su poder. Antes de arribar a él, lo abordaron tres de los que se reti-

raban con su señor, lo desnudaron completamente, y escapó, amenazándoles que daría parte al cacique: contestaron *que lo hiciese, y entonces perdería más: que se retirase, pues le tendría más cuenta*. El miliciano nos abordó desnudo, dando parte de lo acaecido, y siguió conformándose por no haber perdido más.

Si con nosotros se contuvieron de algún ultraje, fue porque velaban en nuestra seguridad el viejo cacique Lincon y el cacique ranquel Quirusepe, a quien la antigua amistad con el comisionado le indujo a abandonar su casa, al oeste de la sierra, con el objeto de hablarle y prestarle los auxilios que su sincera amistad le ofrecía, sirviéndole con sus respetos y crédito para influir en la paz con los disidentes. No habían acudido con su gente, porque ninguno de su tribu lo había hecho: pero su opinión era conocida. Vino acompañado con su mujer e hijos, y éstos fueron obsequiados por la comisión del mejor modo posible: desde el 2 hasta el 6 inclusive nos acompañó, y a nuestra despedida se retiró con su familia, ofreciendo a la comisión algunos indios de su tribu que la custodiasen hasta las fronteras. Este hombre singular, y tal vez el más racional entre todos los que habitan este país ha estado infinitas veces en esta ciudad: su genio, carácter y amabilidad lo hacen apreciable y digno de habitar en otra sociedad más ilustrada. Se viste como cualquier otro hombre; su figura y fisonomía no indican que es indígena, sino un paisano decente: al mismo tiempo que su ceño es amable, es también respetable: su rango es cacique de los principales ranqueles, compañero del célebre Quintileu que fue asesinado por sus compañeros por haber coadyuvado a las empresas de Carreras, cuando éste se refugió bajo de su protección, y demoró algún tiempo en la Sierra de la Ventana. Este amable sujeto jamás ha invadido, ni menos

prestado su consentimiento y auxilios a sus compañeros, que constantemente lo han hecho.

Con rumbo este-noreste rompimos la marcha, y con él hicimos las 4 y media leguas hasta los toldos del cacique Lincon, en donde hicimos alto a las 7 de la noche. Nos acampamos en el lugar anterior, y pasamos la noche con tranquilidad.⁴⁶

Permanecemos en este punto desde el 6 hasta el 15. Daremos las causas de esta demora y demás sucesos.

El 7⁴⁷ estuvimos aguardando al intérprete de la comisión, que el cacique Neclueque se había llevado consigo para tratar particularmente con él, antes que emprendiésemos la retirada. La comisión obsequió al desinteresado viejo hospedario, para afianzar más su amistad: aunque no había necesidad de hacerle presente, porque su opinión era bastante conocida por la comisión, pues le había dado pruebas que la confirmaban en el buen concepto que siempre había formado de él.

Repetimos la observación de la variación de la aguja y la latitud del lugar, porque hubo proporción de hacerla: la primera resultó $18^{\circ} 55' 25''$, mayor que la observada en la sierra, y en la latitud, menor: por lo que repetimos lo que aseguramos anteriormente, que las variaciones de la aguja no son constantes; que en menos latitud es mayor que cuando ésta se aumenta, y viceversa: aunque la práctica de otras muchas observadas nos había manifestado lo contra-

⁴⁶ A las 8 se toldó la noche, cambiándose el viento al segundo cuadrante. En el momento se preparó para llover, pero a las 10 cambió al cuarto cuadrante y despejó.

⁴⁷ Claro, calmo, heló fuertemente en la noche del 6; a las 10 sopló una brisa suave del sudeste. A las 2 calmó, y a las 7 de la noche comenzó a helar copiosamente.

rio, que, cuanto más se aumenta de latitud, tanto mayor es la variación; pero el caso anterior nos manifiesta lo contrario, y lo mismo otras observaciones.

En el establecimiento de Río Negro la variación es 17' en la latitud de 41°, y en la Sierra de la Ventana es 18' 30'', en los 37° 50', lo que prueba la razón anterior.

La latitud resultó ⁴⁸ de 37° 43' 12" austral, y 15' 1" de longitud occidental del meridiano de Buenos Aires.

El día 8 ⁴⁹ aún no había llegado el intérprete para marchar. En la retirada debíamos conferenciar con el cacique Avouné sobre la respuesta que quedó en dar a la comisión a su vuelta, sobre las cautivas que tenía en su poder: aunque creíamos que la contestación sería la misma que dio el cacique Neclueque (que fue ninguna), después que se ofreció hacerlo el día que se trató sobre el particular. Su objeto sabíamos que era desentenderse de tratar este punto definitivamente, no entregarlas legítimamente por medio del pacto, sino por su contingente correspondiente. Tenemos a la vista la razón de las cantidades que han pedido por el rescate de mujeres e hijos: ellas ascienden a 400 y 600 pesos (al que más favor le hicieron), no precisamente en dinero, sino en varios artículos que hacen un contingente igual a aquella suma. Estos y otros infelices aldeanos y labradores de la campaña, que han visto la precisa condición que se les pone para conseguir sus familias, han perdido la esperanza de rescatarlas.

Los que no acompañaban, desesperados igualmente de no haber conseguido sus deudos en la segunda conferencia, en donde creyeron que el cacique contratante operase de

⁴⁸ Observada en la ribera austral de la laguna.

⁴⁹ Claro, ventoso, viento del tercer cuadrante, u OSO. A las 3 calmó y se nubló; a las 6 despejó y a las 7 comenzó a helar.

un modo análogo a los principios que había manifestado, porque lo creyeron de buena fe, trataban tal vez de sacrificar su existencia, antes que dar vuelta y dejar en poder de los bárbaros sus caras prendas, objetos de sus afanes, que derramando arroyos de lágrimas, se despedían de sus esposos, rindiendo sus débiles brazos a sus cuellos; y pronunciaban el postrer adiós, quedando desmayadas en el suelo: los hijos abrazados de sus padres, era preciso que sus verdugos los arrancasen de sus brazos, para prolongar su cautiverio, en donde recibían todo género de vejaciones y mal trato. Era un cuadro lastimoso el que presentaban estos infelices al darse el último adiós. ¡Cuántas escenas se nos presentaron muchas veces, a las que no pudimos menos que rendirles el justo tributo que la naturaleza prescribe a la sensibilidad de los hombres! ¡Cuán aflictivos momentos, por nuestra desgracia, presenciarnos, al ver esclavizada por la población indígena a la usurpada en la nuestra! Jóvenes hermosas de 15 a 20 años de edad, mujeres ancianas de 40 a 50, y criaturas de ambos sexos de dos a ocho años: las primeras arrastrando su hermosura e inocencia en miserables jergas, que por todo socorro les daban sus opresores, a quienes servían de esclavas en los serrallos⁵⁰. Las segundas, despreciadas por su vejez, servían en el interior de las inmundas habitaciones de sus señores, y eran tratadas con más rigor. La tercera clase era tratada del mismo modo: los muy jovencitos olvidaban su idioma natal, y aprendían el que le enseñaban en

⁵⁰ La poligamia tiene lugar entre estos indígenas. Es permitido a cada indio tener las mujeres que pueda mantener. Las cautivas sirven de esclavas, pero entran también en el número de sus mujeres. El adulterio es castigado con la última pena, si se prueba infraganti.

su nueva educación, sirviendo de esclavos a sus amos, y las jovencitas, a las mujeres de sus señores, hasta que se hallasen en edad de aumentar el número de aquéllas.

El 9⁵¹ aún no aparecía el intérprete: teníamos todo preparado para marchar, y habíamos desistido de tener entrevista con ningún cacique; aguardábamos solamente la oportunidad de marchar, evitando toda demora, pues que no hacíamos más que perder el tiempo inútilmente. Pero parecía que no solamente se empeñaban en conseguirlo, sino que recibiésemos peores ratos aún que los que hasta entonces nos habían mortificado.

El viejo cacique se presentó a nuestro campo a las 10 de la mañana, con el semblante alterado, y un chasque que había llegado del cacique Neclueque: hizo llamar al intérprete, y dijo a la comisión: que en consonancia con los principios que había manifestado, no podía menos que exaltarse al comunicar la noticia que por medio de aquel chasque le participaba el cacique Neclueque. Que los caciques ranqueles disidentes, combinados todos, habían determinado reunir sus fuerzas y formar divisiones, para hacer una incursión a la frontera y atacar a la comisión, y vengarse de los procedimientos del gobierno y de los de ella misma: que al efecto habían marchado las divisiones cada una a su objeto particular: que unas se dirigían a las guardias del Salto, Rojas y Pergamino, y otras a cortar la retirada de la comisión; y que al efecto se hallaban apostadas en varios puntos del tránsito que debía hacer: que las quemazones de la campaña, y los humos que al norte se veían, manifestaban como telégrafo, que las divisiones iban pasando de la sierra para efectuar sus planes. Que la co-

⁵¹ Despejado, brisa suave del oeste. A las 12 viento sur, a las 6 calmó y a las 8 heló,

misión no siguiese más adelante por ningún motivo: que hiciese chasques al gobierno con oficios, dando cuenta de lo acaecido, y pidiendo auxilio: que mientras tanto ella permaneciese en su casa: que él y los suyos la defenderían, si fuese atacada por los disidentes a costa de su existencia; que si los ranqueles eran muchos en su número, ellos eran pocos, pero valientes: que les harían conocer que no eran menos guerreros que sus rivales, y que el cacique Lincon sabía ser consecuente en su amistad indisoluble con el gobierno y la comisión. Que él, como cacique principal de las tribus pampas, harían convocar a todos sus caciques y les ordenaría que se preparasen para defendernos con sus fuerzas, demostrando sus principios y amistad que habían proclamado no hacía mucho tiempo en la reunión general: que él y su gente velarían desde aquel momento sobre su seguridad. En efecto, el bravo cacique se puso en precaución: mandó chasques a todos los caciques para que al día siguiente se reuniesen en su casa, y determinasen lo que debía observarse: es decir, quiénes debían remitirse de chasques, el número de tropa que debía pedirse de auxilio, y cómo y hasta dónde debía conducirse; y mientras tanto, los auxilios que debían prestarse por todos, si eran invadidos sus territorios contra la comisión por los disidentes. Nosotros nos pusimos en precaución en nuestro pequeño campo, atrincherándonos con nuestros carruajes.

Esta noticia, lejos de sorprendernos y causarnos agitación, la recibimos con serenidad, a pesar del peligro; porque la pronosticábamos anteriormente como un resultado de la conducta que habían manifestado, principalmente con la comisión, y porque veíamos demorar su ejecución, esperándolos a la retirada. Ellos no hubiesen surtido efecto, porque era de esperar que, ignorantes de sus movimien-

tos, nos hubiésemos puesto en marcha sin auxilio ninguno: pero sabiendo lo contrario, nunca creímos que por venganza hubiesen de abrir una guerra con la tribu aliada, lo que les hubiese originado muchos males: esperábamos por consiguiente, que desistirían de su empresa cuando supiesen el amparo y protección que nos dispensaban los caciques adictos a ella. Así la comisión se propuso dar cuenta al gobierno de todo lo acaecido, desde su llegada hasta lo ocurrido en la fecha, como lo efectuó, esperando el resultado de la reunión del día siguiente, para dar cuenta igualmente de lo resuelto por ella en orden a los mismos asuntos, y disposiciones que se diesesen para la forma de remitir los oficios.

El oficio número 1, que se tenía preparado, en donde se daba cuenta desde los primeros acontecimientos del 24 de abril hasta la fecha, estuvo pronto para remitirlo, y el número 2, que igualmente se remitiría, debía encerrar las disposiciones de la reunión que se iba a efectuar.

El intérprete de la comisión arribó a las 5 de la tarde, y confirmó la noticia remitida segunda vez por el cacique Neclueque. El cacique Lincon tuvo su gente toda la noche sobre las armas en número de 300 hombres, y a cada momento mandaba órdenes a nuestro campo para que se hiciesen salvas y descargas. Estas peticiones extravagantes eran cosa de risa: pero era menester agradecerlas.

La caballadas y ganados de la población, y los nuestros, se pusieron en movimiento a la novedad de la explosión: se armó una confusión horrorosa en toda la población, a la bulla y disparadas de algunos millares de caballos, yeguas, etcétera. La nuestra se hubiera perdido toda, si antes de hacer la descarga no la hubiesen custodiado. Todo el día, y a cada instante volvía a repetir sus insinuaciones

el cacique. Es imponderable el placer que sentía al oír un tiro de fusil o de cañón.

El 10⁵² por la mañana, se reunieron algunos caciques de los convocados, y el principal, Avouné, para tener la conferencia. Éste se presentó a la comisión, y le manifestó el disgusto que tenía al observar la mala fe de los ranqueles, y al ver demorada su retirada: que ellos iban a tomar una determinación para que fuesen infructuosos sus esfuerzos. A las 10 se reunieron los caciques siguientes: Lincon, Pichiloncoy, Ancaliguen, Chanabilú, Neculpichuí, Pitrí, Avouné, Huilletrur, Llanqueleu, Chanapan, Epuan, Califiau, y cinco o seis capitanejos.

Presididos por el primero, dio cuenta éste a la asamblea de todo lo acaecido, invitándolos con arrogancia a poner un pronto remedio. y cumplir con los hechos lo que de palabra se habían asegurado tantas veces. Acordaron unánimemente que se remitiesen dos chasques al gobierno por la comisión, con una relación circunstanciada de lo ocurrido, pidiendo auxilio de 200 hombres; que permaneciese mientras tanto en la posición en que se hallaba: que los dos caciques partirían el 12, porque era menester que se proveyesen de víveres para el viaje: que el uno traería la contestación del gobierno con lo resuelto, y el otro conduciría la fuerza hasta un cierto punto que la comisión eligiese; hacia el cual marcharía escoltada por un cierto número de hombres que cada cacique daría, para completar un número imponente a cualquiera fuerza enemiga que se hallase apostada en el camino. Que previniese la comisión al gobierno que se cuidase, de que las partidas que traficaban en la frontera no fuesen confundidas con las

⁵² Claro y calmo, caluroso. A las 3 de la tarde brisa suave del oeste, a las 8 calmó y heló.

enemigas, y que se advirtiese al cacique en rehenes, Cayupilquí, que las reconociese, y si se encontraban algunas enemigas, se ordenase su prisión, que ellos estaban igualmente prontos a la primera señal a prestar sus auxilios.

Concluida la conferencia arribó un chasque de los caciques huilliches, que habían entablado relaciones con la comisión, y consecuentes a ellas, ofrecían cooperar con sus fuerzas a mantener el orden. La comisión les agradeció sus recuerdos, dejando la contestación a la asamblea. Dijeron que estuviesen alerta para acudir a la primera orden que se les comunicase. La comisión reiteró sus agradecimientos a las buenas disposiciones y sentimientos que todos los caciques habían desplegado en esta ocasión. Los oficios quedaron preparados para cuando los chasques saliesen.

Al día siguiente 11⁵³ el cacique Lincon comunicó a la comisión que iba a remitir un chasque al cacique Neclueque, dándole cuenta del resultado de la asamblea, y que, si aprobaba lo resuelto, podía prestar el auxilio que creyese por su parte ser suficiente: para que, reunido al que él daría y los demás de su departamento, la comisión marchase bien escoltada, sin necesidad de pedir auxilio, ni de remitir chasques que causarían una demora considerable. Que la comisión, guiada por buenos haqueanos, extraviaría camino por diferente rumbo del que había traído, para burlar de este modo la astucia de los enemigos, y salir a otro punto más a la costa de la frontera, pues que se repetía que los enemigos se dirigían a atacar a Navarro, Lobos y Areco, y que retirándonos a la guardia del

⁵³ Amaneció nublado, calmo. A las 8.30 comenzó a llover fuertemente hasta las 4.30 de la tarde, que calmó; brisa suave del este-noreste; a las 7 despejó.

Monte no habría nada que temer. Con el resultado de la misión que esperamos al día siguiente, creímos ponernos en movimiento, aunque no muy fiados en la custodia prometida.

El día 12⁵⁴ por la mañana llegó aviso del cacique Pichiloncoy, que se hallaba muy malo de hemorragias de sangre: que esto le impedía poder acompañar y auxiliar a la comisión; que supiese que era amigo del gobierno y de la paz: que tendría la satisfacción de visitar a la comisión en Buenos Aires cuando se mejorase. Mandó pedir un remedio para su mal, y teniendo las funestas consecuencias que de su aplicación podían haber resultado, nos abstuvimos de remitírselo. El chasque era un hermano suyo, y éste debía llevar consigo al cacique principal, Lincon, para presenciar la enfermedad y su muerte, que según sus pronósticos estaba cerca, y para que a su vista se le aplicasen los remedios, y se ejecutasen otros misterios que en estos casos acostumbran. El cacique se marchó a las 10, despidiéndose de la comisión y llevándose consigo una escolta de 4 soldados con armas y municiones, para escopetear al *gualicho* en casa del enfermo. Prometió volver a la noche, no obstante que los toldos del cacique enfermo se hallaban 5 ½ leguas al este, situados en una hermosa laguna⁵⁵. Lo acompañó nuestro Antiguan, el que

⁵⁴ Claro y hermoso, brisa fría del sudeste. A las 12.30 calmó, y a las 7 comenzó a helar.

⁵⁵ La laguna tiene de circunferencia 590 pies, su agua es regular, llena de barrancas en toda su circunferencia, su fondo de lama y zarza y de 5 a 9 pies: abundante de caza, buenos pastos en toda su circunferencia. En ella se hallan 16 toldos con 320 personas, de las que sólo 100 son hombres: se nos aseguró que tenía otra pequeña población hacia el mismo rumbo, como a media legua.

había permanecido con nosotros desde que supo el movimiento de los enemigos: en la reunión habló a todos los caciques con energía, a favor de la comisión; y con el chasque, que se le remitió al cacique Neclueque, le mandó decir que sabía el mal concepto que había formado de la comisión en asunto a las alhajas de plata, etcétera, que le imputaban se usurpaba, por no entregárselas: que si quería informarse a fondo hablase con él que le desengañaría, para que otra vez tuviese más política, y no fuese embustero: que él había acompañado a la comisión, y que sabía todos los artículos que se habían embarcado para la expedición, y que no había descubierto jamás esa mina que suponían.

Tuvimos un gran placer en tener este bravo amigo en nuestra compañía: él protestó a la comisión, que no la había acompañado en su viaje a los ranqueles por la enfermedad de su mujer y otros inconvenientes que había tenido, pero que su hermano el cacique Huilletrur lo había hecho en su defecto.

A las 4 de la tarde arribó el chasque enviado, con la contestación del cacique Neclueque: nuestro protector no estaba por recibirla, pero el chasque informó a la comisión que el cacique Neclueque aprobaba por su parte todo lo obrado en la reunión: que se había hallado sobresaltado en los sucesos acaecidos, temeroso de la suerte que correría la comisión: ⁵⁶ pero que al saber se hallaba hospedada por el cacique Lincon, se había calmado. Que no tuviese

⁵⁶ Cuán diferente es la lógica de este hipócrita a la distancia que cara a cara! ¡Malvado!... Pretendía que la comisión permaneciese en la primera opinión que se había formado antes de conocer sus trampas y falacidad. Aunque ahora procediese de buena fe, le convenía hacerlo así contra sus sentimientos.

cuidado ninguno, que sabía positivamente que las divisiones que habían salido a hacer incursiones, se dirigían a la frontera: y que la que se había dirigido a hostilizar a la comisión, había mudado de plan, dirigiéndose a la guardia de Navarro: que en todo el camino no había novedad ninguna: que algunas partidas de su gente arribarían al día siguiente para acompañarla: que se hallaban demoradas a causa de lo anunciado, pero que todas irían con sus artículos de comercio a acompañarla: que el cacique Lincon la auxiliase, y lo mismo todos los demás, no haciendo demorarla más tiempo. Otros avisos justificaron este aserto, que al principio dudábamos que encerrase un ápice de verdad: pero nos desengañamos, que por esta vez había hablado la verdad, a pesar suyo, este hipócrita; y ciertamente lo contrario hubiese sido, si sus intereses no le hubiesen impulsado a hablar de este modo. Las partidas de comercio que prometió mandar, cargaban precisamente sus efectos, que tenía necesidad de mandar a la permuta a la frontera.

El 13⁵⁷ arribó a las 11 del día Lincon: se dio cuenta de lo ocurrido, y resolvió tomar las medidas de precaución para efectuar nuestra retirada en virtud de la respuesta del cacique Neclueque: al efecto, impartió órdenes de convocatoria para una reunión a todos los caciques, dando cuenta de lo comunicado por el cacique Neclueque, y que nosotros nos pondríamos en marcha el 15, hacia la laguna en donde tuvimos los primeros tratados, y recibir el auxilio que allí reunidos los convocados acordasen prestar, mandados por sus capitanes o indios parientes o principales; a lo que accedió la comisión de conformidad.

⁵⁷ Ventoso y húmedo, viento fresco del sudoeste. A las 4 de la tarde calmó, y a las 7 heló.

A las 12 llegó otro chasque del cacique Necleque, ratificando lo que anunció en el primero: que los ranqueles no tenían miras hostiles contra la comisión: que su principal objeto era atacar la frontera del Pergamino y Areco, a donde se dirigían capitaneados por desertores y trásfugas de Carreras, a las órdenes de un tal Curado chileno, capitán de una compañía de la división de este. El cacique remitió al coronel comisionado un sable que éste le había hecho presente, porque era de vaina y puño amarillo, puesto que no podían usar nada de oro, sino de plata, y que en consecuencia le remitiese otro de este metal. Extrañamos este paso, y mucho más que luchase el fanatismo y credulidad de estos hombres contra el interés, que por observaciones constantes habíamos creído era la pasión más dominante que los caracterizaba. El sable era lucido, y despreciarlo por conformarse a los hábitos de sus padres, nos hacía conocer que eran los mismos hombres de ahora 300 años, que inmolaban víctimas en las hogueras, cuando faltaban de cumplir los misterios que todos juntos no forman un dogma: sabemos positivamente que aún se inmolan las adúlteras, los asesinos, etcétera^s. A cualquier cosa dorada o de oro le atribuyen ciertas supersticiones de un mal agüero que aquel metal lleva consigo, y le desprecian por esta razón, mirándolo como el

^s La inmolación o muerte de los que trasgredían las disposiciones de sus códigos, era el último extremo del castigo, pues antes de ello se podía pagar la deuda en dinero —metales— o especies si los deudos del muerto u ofendido así lo aceptaban. En el caso de las mujeres adúlteras, podían ser muertas por el marido ofendido, siempre que tuvieran el consentimiento de los parientes de su mujer. En caso contrario, podía ser repudiada, pero no muerta, y si así procedía, los deudos de la adúltera asesinada tenían derecho a matar al marido.

ínfimo de los metales. La plata no: todos los indígenas la cargan en los adornos, chapeados y espuelas, en sus caballos: y cualquiera cosa de este metal es apreciada por ellos. La causa y origen de esta distinción no sabemos de donde proviene. Otra particularidad se nos refirió por uno de los soldados de la escolta que acompañó al cacique Lincon a los toldos del cacique enfermo Pichiloncoy; que habiéndose hecho la misma ceremonia que a todos los enfermos se hace, para espantar al genio del mal o *gualicho* que se halla a las inmediaciones del doliente, como lo hemos explicado anteriormente, no surtió efecto por más que cortaron, lanzaron y corrieron todo el día; mucho menos los tiros y descargas que se tiraron por los soldados: y hallándose malo el enfermo, consultaron al médico *Machis*, o agorero (como ellos llaman) a indagar con sus inspiraciones quién había tenido la culpa, o cuál era la causa que el *gualicho* se hubiese acercado a sus habitaciones, y puesto en aquel estado a su cacique. El agorero dijo que los cristianos que habían llegado, eran los que lo habían traído, y que éstos tenían la culpa de su muerte. Nos explicaremos: la suma de todo mal es conocido; el motor de esta causa es el que se ignora, y es el que se trata de averiguar, porque creen que es el que ha influido en hacer aquel estrago.

Los sacerdotes, o *Machis*, son los encargados de descubrir este misterio, y generalmente son los hombres o mujeres más ancianas y de más opinión entre el vulgo. A su arbitrio queda decir *fulano* o *sutano* tiene la culpa y entonces todos los parientes y vasallos se arman, y lo asesinan o lo queman, haciendo lo mismo con sus mujeres, hijos y ganados o haciendas que tenga. Si por casualidad hay algún indio mal visto o más pobre, o algún otro que haya tenido alguna desavenencia con el difunto, ése es el

que padece la pena irremediablemente. Con el cacique en cuestión había habido un antecedente que venía a propósito para el pronóstico del indio *Machí*. Este cacique la noche del 3 había tomado una furiosa tranca con los caciques sus compañeros y los indios del cacique Neclueque: se mojó en seguida, y resultó la enfermedad mortal. Bastante enfermo se retiró a sus toldos desde esta posición: la enfermedad se agravó progresivamente, hasta que lo puso en aquel estado. El aguardiente era regalo de un pequeño barril de dos frascos que la comisión había hecho al cacique Neclueque, y de éste era el que había recibido el cacique enfermo: con estos antecedentes el *Machí* dijo que los cristianos habían traído el *gualicho*, y que ellos todos eran causa de la muerte, que por instantes se aguardaba. Felizmente el cacique no murió con la aplicación de varios remedios que le hicieron los soldados de la escolta apurados con el dictamen del *Machí*, y temerosos que se muriese, y se llevase a debido efecto la ejecución de la hoguera, inventaron cuanto remedio había para salvarle. Por fortuna nuestra uno dio con la tecla, que hizo bostezar al cacique en cuestión, porque en aquel caso cuando se trataba de hoguera, discurrían como unos sabios los remedios que pudieran ser aplicables a la enfermedad. Se mejoró el hombre, y nosotros nos libertamos de ser quemados sin remisión. ¡Qué bárbaros! Hubiera sido ciertamente un caso particular, y un fin memorable el de la comisión del sur, al cabo de sus tareas y trabajos, ser quemados por la inquisición de las tribus de indios. Se hubiera llevado a debido efecto la sentencia, si muere el doliente, porque sabemos de otros casos particulares, en donde han asesinado y quemado a los que los infernales *Machis* les han dado la gana de acriminar. Uno, ciertamente particular, acaeció el año pasado a la muerte del cacique Calueque,

hermano del célebre Neclueque. Lo explicaremos en la memoria sobre las costumbres, religión, etcétera, que seguirá a esta obra.

La mujer más antigua del cacique Pichiloncoy debía ser enterrada viva con su marido, porque es costumbre que los caciques que mueren, lleven una mujer, todos sus bienes, haciendas, armas, alhajas, etcétera: la razón es, porque creen que el hombre que deja de existir en este mundo, va a existir a otro imaginario, y para que no lo pase solo, le dan la mujer, y todos sus demás bienes, para que transmigren a otro país en donde van a existir segunda vez: creen como uno de los dogmas más respetables de su creencia, *la transmigración de las almas*.

La china, mujer de Pichiloncoy, ya se había preparado para hacer este viaje con su marido, y acomodado todo su equipaje para su marcha. ¡Oh costumbres bárbaras, azote de los hombres y de la prosperidad de los países!

Por esta razón la población de estas tribus no se presenta con su incremento proporcional, que desde la conquista debía haber inundado esta vasta región, y cuyas consecuencias nos hubieran sido fatales. La práctica de esas costumbres horrorosas es la causa del decrecimiento de su población. Por un cálculo prudente, en una población de 10.000 almas que reproduce 1.500 al año, entre estas hordas mueren más de 1.200, quedando solamente 300 de aumento; de donde resulta que al cabo de 38 a 40 años se duplica la población. Esta causa no es el único obstáculo a su progreso; la guerra los asola entre sí en las contiendas civiles, a más de las exteriores, en donde continuamente sufren algunas pérdidas en sus incursiones. Es verdad que su población la han aumentado con la nuestra, una duodécima parte más de la que tienen: pero este aumento les dura muy poco, la vida diferente y mortifi-

cada que sufren los cautivos, los hace sucumbir bajo el peso de los trabajos, o fugan, cuando ellos no los enajenan en el comercio interior de esta clase de esclavos. En el día conservan muchos, pero éste es un censo casual, y fácil de desaparecer.

Si con este lento progreso en su población, sentimos la influencia funesta de sus insursiones^t ¿cuáles serían los males que experimentaríamos, si su población no fuese interrumpida por aquel mal devorador, y que por fortuna de la humanidad tiene lugar en sus sociedades? Las costumbres en todas las tribus son las mismas, y observándolas con rigor, todas sufren el azote de su preocupación. El ranquel y huilliche, con genio e idioma de distinta especie, profesan unas mismas costumbres, y se nos asegura que entre los segundos hace más estragos la observancia de sus prácticas que en las demás, por la austeridad con que lo hacen, con relación a su índole y vida doméstica.

El 14⁵⁸ se despachó con el chasque, que aún no había salido, la contestación al cacique Neclueque: que la comisión agradecía la parte e interés que había tomado en favor de ella, como una prueba que garantía su conducta de toda calumnia, y un acto consecuente a la pactado: que los disidentes serían castigados por el gobierno, prohibiéndoles su tráfico y comercio con la provincia: que éstos los habían de obligar a hacer la paz, y que entonces se la negarían, y que les pesaría aún más haber persistido en su tenacidad, poniéndose toda la gente en armas para castigarlos: que si observaban con él una conducta análoga a sus sentimientos, los despreciase, y si quería vengarse.

^t Debe decir incursiones.

⁵⁸ Despejado y claro, brisa fuerte del noroeste. A las 6 de la tarde calmó, y a las 7.30 empezó a helar.

pidiese auxilio a la provincia: que ésta se los franquearía, consecuente a la amistad que reinaba: que ya era tiempo que desplegasen su energía, y pusiesen todos sus recursos en planta, para vengarse de sus enemigos que habían talado sus campos repetidas veces, robando impúnemente sus haciendas: que recordasen los motivos que tenían para no ser indulgentes con sus enemigos, y que obrasen en unión; y resolviendo darles un golpe, lo comunicasen al gobierno para que les prestase los auxilios que pidiesen. Se agregó, que se le remitirían todos los encargos que había hecho incontinenti a la llegada de la comisión.

Se dispuso todo para emprender nuestra retirada, deferiendo la reunión a la laguna, en donde debíamos pasar hasta el 16.

La pacífica gente de esta población, que nos había hospedado mejor que ninguna, no nos incomodó en lo más mínimo todo el tiempo de nuestra morada, como lo habían hecho otras bien gobernadas.

Observamos en nuestras paradas en las poblaciones, que los naturales se ejercitaban en algunos juegos gimnásticos, como la caza a caballo de ciervos, gamos, etcétera, la lucha, las carreras, el *pilmatum*, juego particular que merece describirse.

El *pilmatum* es un juego semejante a la lucha: para presentarse a la palestra, se desnudan ocho o diez jóvenes los más gallardos y más aguerridos en ella, forman bandos de cuatro y cinco de parte a parte: describen una circunferencia de cuatro varas de radio, marcándola con rayas o lazos para no traspasarla. En el centro se colocan los lidiadores, formados ambos partidos a $\frac{1}{2}$ vara, cara a cara. Uno de ellos tiene una pelota en la mano: éste la arroja con violencia sobre el cuerpo de su contrario: éste la recibe, y la dirige sobre otro enemigo, distinto de él que

se la dirigió primero; éste la recibe, y con fuerza la arroja sobre otro del partido opuesto: así es que este continuo movimiento para no perder la pelota, lo ejecutan de un modo pronto y ágil: cuando recibe uno el golpe en cualquier parte del cuerpo, corresponde al mismo o a otro del partido opuesto con igual tiro: si alguno no acierta al contrario, pierde cierto número de tantos: y si no corresponde con la pelota al recibir el golpe, o la deja caer en tierra, pierde igualmente cierto número de tantos: si alguno traspasa el límite descrito, pierde igualmente un número determinado; y un cierto número de pérdidas completa una partida, a la que juegan intereses de ambas partes. Si la pelota cae acaso en tierra, lidian luchando para tomarla primero ambos partidos, porque ganan una corta cantidad de puntos: en estas luchas arrancan con las uñas, que al propósito se las dejan crecer, algunos pedazos de carne de los contrarios para conseguir la pelota. Era ciertamente singular la perspectiva de este juego: la hermosura de la juventud lidiadora, su agilidad, destreza y viveza, proporcionaba un rato de diversión. El partido que gana recibe su premio en especial de plata, telas u otras cosas que apuestan; y recibe por conclusión música y festejos de los mirones. La música que gastan son flautas de cañas, arcos de cerdas con cascabeles, en forma de violines; y para la pelea, trompas de cuerpo, y bocina sed tonos tristes.

La comisión dio cuenta de lo acaecido por otro oficio al gobierno, desde lo resuelto por la junta hasta lo nuevamente acordado, con noticia del día de su marcha, y de no haber necesidad del auxilio que en el primero se pedía. Todos estos oficios los teníamos detenidos hasta tener oportunidad de remitirlos.

El 15⁵⁹, a las 12 del día, nos pusimos en marcha a la laguna llamada de los Tratados, por haber sido allí la primera reunión general. El cacique Lincon y toda su tol-dería nos acompañaron cerca de media legua. Su cacique y demás se retiraron a sus casas, ofreciendo éste arribar al día siguiente a nuestra parada para acordar, con los que se reuniesen, el auxilio que debía acompañarla, que allí se dispondría de la comisión por última vez. Mientras tanto, toda la población nos abordaba para despedirse, y deseándonos un viaje feliz se retiraban, llenándonos de adioses.

Con rumbo este cuarto sur, caminamos 3 ½ leguas, hasta las 4 de la tarde, en que paramos en la misma posición anterior. En las márgenes de la laguna, en que antes existían cuatro toldos, a nuestra vuelta encontramos veintidós. La población del cacique Ancaliguen se había trasladado de la posición que ocupaba, por haberse secado la laguna en cuyas riberas habitaba.

Al día siguiente⁶⁰, aguardábamos los caciques que debían reunirse para determinar nuestra partida. Mientras tanto, teníamos en nuestro campo toda la turba de indios y mujeres de las poblaciones vecinas, con sus acostumbradas petulancias. Nuestros víveres ya estaban en mala situación para obsequiar: los recursos se habían concluido.

A las 11 se reunieron en nuestro campo todos los caciques invitados que asistieron a la reunión anterior, presididos por el cacique Lincon. Hubo felicitaciones, y en

⁵⁹ Claro y frío, brisa fuerte del nor-noreste. A las 7 de la noche calmó, y a las 8 comenzó a helar.

⁶⁰ Nublado y ventoso, por la mañana viento fuerte y del este. A las 4 brisa suave del noroeste, que despejó la turbonada: a las 8 heló.

seguida el cacique Avouné habló en nombre de sus compañeros, sobre algunos puntos particulares que el día de la reunión no habían tenido ocasión de considerarlos. Que no podía menos que repetir sus solicitudes tantas veces indicadas en las anteriores juntas, sobre el buen trato que demandaban en la frontera y capital para sus indios.

Recordó el cacique los robos, insultos, etcétera, que decía habían recibido repetidas veces por los comandantes y paisanos. Se remontó al siglo pasado para comprobar con antecedentes la causa u origen de este mal. Hizo ver con los mismos sucesos el mal estado de la policía de la frontera, quedándose las partidas de tráfico muchas veces sin tener como efectuar su retirada, por la pérdida de sus cabalgaduras, y muchas más las que tenían que vender sus efectos, no a los precios corrientes, sino al que la codicia de los comandantes o corraleros les imponían, sacrificando de este modo los intereses, cuando no experimentaban mayores males: que pedían a la comisión hiciese esto presente al gobierno, y se estableciese el orden en este ramo, sastigando a los delincuentes. Que exigían igualmente que sus chasques o enviados no fuesen detenidos tanto tiempo sin poder hablar al gobierno cuando arribasen con embajadas: que este desprecio que hacían de ellos querían que se reformase, y se les tratase como a amigos; más que estas demoras los perjudicaba en sus intereses: que repetían segunda vez, como base de lo pactado, que todas las estancias y poblaciones que estuvieren situadas al otro lado del Salado, se retirasen, en el término de un año, a la parte opuesta, dejando todo el terreno a sus poseedores (la tribu pampa): que este acto sellaría una paz duradera: que de lo contrario sería inevitable el rompimiento de la guerra, si no se cumplía lo pactado en el término prefijado.

Esto mismo se acordó en los artículos estipulados en

la reunión general, como lo dijimos. ¿Puede acaso tener lugar esta petición? ... Es menester que nos convenzamos y conozcamos lo que debemos hacer.

Convinieron los reunidos en seguida, que auxiliarían, cada uno con una pequeña partida, o algunos indios de los parientes de cada cacique, para que la acompañasen, no siendo necesario más auxilio, porque no había necesidad de él: que el camino estaba bueno, y que debíamos dirigirnos a la guardia del Monte, extraviando rutas por precaución: que los indios de los otros caciques no se reunirían hasta dos o tres días, porque tenían que prepararse para el viaje: que en este intermedio adelantásemos camino, y que nos alcanzarían. Así se resolvió, y marchar al día siguiente a los toldos del capitán *cona* a aguardarlos, y de allí partir sin detenernos.

El cacique Lincon reiteró de nuevo su amistad con sus brazos en el cuello del comisionado. Su sensibilidad se dejó ver en este acto: dijo por último, "que había completado la obra de protección que desde el principio se había propuesto: que sentía un placer interno que lo lisonjeaba, haber servido a un amigo antiguo, y a la provincia con su amistad: que ésta era la causa que lo impulsaba a jamás abandonar esta lisonjera idea". Se despidió el buen viejo, lanzando sus últimas miradas sobre los objetos que habían ocupado su atención, y lo habían desvelado todo el tiempo que les sirvió de custodia. Los demás caciques se despidieron con sus gentes y se marcharon.

En la reunión arribaron dos chasques de los Andes. Éstos venían a dar cuenta en nombre del cacique araucano, Victoriano, a todos los caciques de estas comarcas, de un triunfo que había conseguido sobre un partido rival suyo: que la guerra civil hacía estragos entre los mismos indígenas, y que dicho cacique estaba victorioso: que ha-

bía trabado una batalla con 4.000 hombres por ambas partes, y que había salido vencedor; que había conseguido entablar el orden, e invitaba a todas estas tribus a que hiciesen las paces con la provincia.

En el mismo día se puso otro oficio, dando cuenta al gobierno de lo acordado en la reunión, y del día que debíamos partir.

El 17 ⁶¹ a las 9.30 nos pusimos en marcha a la laguna y toldos del cacique Antiguan, con rumbo este 4° norte: hicimos 1 2/3 leguas de jornada e hicimos alto en los toldos del cacique *cona*. Fuimos bien hospedados. En el momento de parar, se nos acercó toda la población vecina al pedimento de sus vicios acostumbrados.

El capitán *cona* por despedida fue obsequiado, lo mismo que el cacique Huilletrur, su hermano. Ambos ofrecieron que sus hijos y hermanos acompañarían a la comisión hasta la capital. El capitán *cona*, complacido de ver de vuelta a la comisión, por la que había hecho tantos esfuerzos, y por cuyo feliz éxito se hallaba interesado por conseguir afianzar su opinión, y para que sus servicios reputados como tales, le mereciesen una recompensa, no podía menos en su visita que halagarla, y corresponder de un modo amistoso a las consideraciones que ella le había dispensado. Invitó a la comisión a comer en su toldo. La comisión aceptó la oferta y pasamos a él: a pocos minutos que allí estuvimos, nos retiramos.

El pequeño *ambigú* era más bien para no mirarlo que para el objeto a que se le destinaba: el desaseo y el mal olor de la miserable choza la hacían más bien una habita-

⁶¹ Nublado, calmo: la mañana parecía amenazar agua, el día se mantuvo cerrado y no llovió. A las 9 de la noche despejó, con brisa del sudoeste.

ción de animales feroces que de hombres, por más salvajes que fuesen. La disposición de los platos y el asado que nos presentaron eran asquerosos, y la inmundicia en que estábamos no nos permitía quedarnos allí más tiempo. Por no desairar a la buena disposición y sentimientos del invitante, y de *madama* Antiguan, tomamos lo muy preciso para que no pudiese causarnos una enfermedad. Nos retiramos, y quedaron contentos.

En el toldo había más de 30 personas que allí habitaban: ocho o diez jóvenes en rueda, jugando el dado y naipes, y las mujeres que preparaban las comidas y los asados para ellos. Es inexplicable la holgazanería y repugnancia al trabajo de estos hombres. Las mujeres son las que desempeñan sus obligaciones, a mas de cumplir con las cargas que una dilatada familia les impone.

Las comidas son en extremo asquerosas:⁶² éstas las disponen para sus esposos las mujeres: ellas, como lo hemos dicho, llevan consigo los trabajos más fuertes y dificultoso de su sexo. El varón, holgazán, acostumbrado a que le ensillen el caballo, le maten el ganado para comer, le den todo hecho, no piensa en buscar medios de industria para entretener su familia. Algunos vimos que se ejercitaban en tejidos, y las mujeres en disponer la lana, tejer cosas ordinarias, y siempre entretenidas con labores. Los ranqueles no son de la misma especie que la tribu pampa. El varón, aunque igual al otro, no reposa en la holgazanería: las telas son su principal entretenimiento, con más finura y gusto que los demás. Las mujeres hacen lo mismo, y en

⁶² La carne la comen cruda cuando no tienen fuego, porque la leña es escasa; la sangre la beben como agua en el momento que matan una res: las presas interiores más asquerosas y despreciables las comen del mismo modo.

su vida doméstica ejercitan los pesados trabajos de la otra tribu. Ninguna de ellas llega al grado de civilización e industria de los araucanos. Sus telas finas las introducen a estos en cambio de ganados, y aun de las suyas mismas. El ranquel parece haberle heredado (como familia que de ellos recibe su origen) el valor y la constancia para la lucha, pero no sus virtudes, que los hacían recomendables en medio de su estado salvaje. El pampa, raza que recibe su origen, al parecer, del occidente de los Andes, se halla más adulterado en sus costumbres que el anterior. No tienen las virtudes ni el valor extraordinario de los primeros, ni la constancia de los segundos. Son guerreros por naturaleza, pero no valientes con orgullo como sus antepasados, y sus vecinos. Amigos del robo más que los otros, avaros sin cotejo, audaces y orgullosos en su suelo, hipócritas y humildes en el ajeno, piratas en el comercio, y desconfiados sin iguales. Los ranqueles con muy corta diferencia tienen las mismas cualidades: más guerreros y sanguinarios, y de su valor hacen fe sus acciones; ambiciosos, orgullosos e hipócritas como sus vecinos los aucaces: constantes en la pelea y en sus opiniones, hacen alarde de cometer acciones horrorosas, y en la mezcla se distinguen por su intrepidez: desafían en la lid mano a mano a sus adversarios, y se desdeñan batirse con menor número que sus fuerzas, a no ser que sean batidos. Gallardos y ágiles en el caballo, y de tallas regulares, desnudos y pintados hasta medio cuerpo, se presentan en las líneas con sus densos cabellos extendidos, que hace más imponente y respetable su figura.

Los aucaces no ejercen esas acciones particulares de valor, pero son guerreros, aunque no en igual grado. Se presentan del mismo modo, y aun podemos asegurar que son más ágiles y poseen mejor el caballo que todas las

tribus: son más sanguinarios que los ranqueles, porque son más cobardes: cargan y cubren sus líneas con sus mujeres e hijos en estado de cargar la lanza. En ellas sufren los contrastes a la par; y la mujer amable y sencilla (cualidad natural de este sexo) es sacrificada a sus caprichos. Las ranquelas son amables, y sus esposos no tienen esas costumbres impropias que es tan común en los aucases. Estas dos castas traen su origen de los araucanos: su idioma y costumbres son las mismas, sin embargo de que el primero se halla algo adulterado.^u

Los huilliches, tribu de distinta especie, son hombres con cualidades diferentes de las otras dos. Éstos no descienden de aquéllos, y sí de los patagones: su talla es aventajada, su tez más negra, su figura más noble. Habitan el país que más atrás se ha descrito: son ágiles y bien hechos, manejan el caballo en igual grado que los aucases, son guerreros e infatigables en la lucha, valientes con honor, no cometen esas acciones degradantes, que afean a los demás: hospitalarios y afables, constantes en sus amistades, amables en su vida doméstica, hombres de bien, legales en sus tratos, e industriosos más que todos. Sobremanera orgullosos en la lid, pero virtuosos, dan cuartel al rendido: poco avaros y nada desconfiados, su buena fe la ostentan en todas partes. En la lucha se presentan del mismo modo que los otros, pero con turbantes llenos de

^u Étnicamente, el coronel García ha encontrado algunas diferencias entre las distintas tribus, pero comete el error de decir que aucases y ranqueles son de origen araucano. Los aucas son pampas, los únicos pampas verdaderos. Los huilliches y ranqueles son araucanos, pero no puros, sino muy mezclados en sus diversas parcialidades. Para una mayor ilustración del lector remitimos a las anotaciones sobre *Descripción de la Patagonia*, de Falkner.

plumas; cargan las mismas armas, se pintan el rostro, y el aspecto de sus facciones es el más imponente. Sus mujeres tienen las mismas calidades que sus varones. Su idioma es diferente del de las demás tribus, sin ninguna diferencia de los patagones: sus costumbres son idénticas a las de las demás naciones.

El 18⁶³ a las 9.30 nos pusimos en retirada, despidiéndonos de toda la multitud que antes de partir nos rodeaba. Nuestro amigo Antiguan se dispuso a acompañarnos hasta las primeras sierras, y de allí retirarse. Llevábamos con nosotros una comitiva de 100 personas con los indios parientes que cada cacique había reunido, con artículos de comercio, y que debían ir en nuestra compañía. Un indio baqueano nos guiaba hacia la guardia del Monte. Con rumbo este 30° norte-este rompimos la marcha: a la 1 y cuarto leguas encontramos una laguna como de 900 varas de circunferencia, llena de junco, buena agua, y de 5 a 7 pies de profundidad: fondo lama y barro, su nivel poco menor que el del terreno. Más al sur-este de ella, como una milla, se halla otra pequeña de 300 varas de circunferencia, con las mismas cualidades que la anterior: ambas están cubiertas de elevadas maciegas y pastizales en todos sus alrededores. En la primera contamos 15 a 16 toldos, en la segunda 5, pertenecientes al cacique Neculpichuí y Chañapan, los que al paso saludaron a la comisión por despedida.

La población de ambas lagunas se calcula de 300 a 350 personas, de las que solamente 80 a 90 hombres. Con el mismo rumbo, y a 2 y cuarto de leguas del punto de salida, se encontró otra a la derecha del camino, como a

⁶³ Nublado, calmo. A las 10 hubo brisa fuerte del noroeste y comenzó a llover hasta las 8, que despejó y heló.

media milla, de 350 varas de circunferencia: buena agua, llena de junco y sucia, fondo lama y barro, y dos o tres pies de agua; en sus orillas se hallan cinco toldos pertenecientes al cacique Catrillan; el nivel de la laguna es el mismo que el del terreno. La población no pasa de 80 almas, y de ellas 12 o 14 hombres. En sus cercanías se hallan algunos médanos, los mismos que pasamos antes a nuestra arribada. En sus inmediaciones se encontraban algunos rodeos considerables, y su número puede ser calculado de 12 a 16.000 cabezas de ganado vacuno. El caballar y lanar pasa de 8.000, pertenecientes al mismo.

A esta distancia viramos al rumbo este 48° norte, y en esta dirección caminamos una legua, en donde encontramos una laguna sobre la izquierda del camino, como de 250 varas de circunferencia: su nivel es el del terreno, agua salobre, fondo barro y lama, dos a cuatro pies de agua, buenos pastos a sus alrededores: a $2/3$ de legua y con rumbo este 38° norte, que avanzamos de esta laguna, adelante, se encontró otra hermosa: su magnitud una milla de circunferencia, figura irregular, buena agua, fondo lama y arena, cuatro a cinco pies de profundidad, limpia y pasto cortos en sus inmediaciones: el terreno blando y tierra negra y húmeda. Con rumbo este 39° norte seguimos la marcha, y a 2 y cuarto leguas de esta laguna hicimos alto a las 6.30, en un pequeño monte de cardos sin aguada; pero advertidos por el indio baqueano, se había cargado la que se pudo en la laguna anterior. Desde el momento de la salida hasta la parada llovió: se hicieron 6 y cuarto de leguas de jornada, que resultan en línea recta 5 y tres cuarto, desde los toldos del indio Antiguan hasta la parada.

El terreno transitado en esta jornada era bastante húmedo y horizontal, sin ninguna diferencia de nivel: la

tierra húmeda, negra y vegetal, abundante de plantas y flores: pastos cortos y buenos, leña de cardo bastante, la caza de ciervos, gamos, liebres y avestruces se multiplicaba a nuestra vista sobre el horizonte: la de mulitas, zorros, conejos, cuises, caranchos, peludos, zorrinos y perdices, cubrían la campaña, y el viajero no encuentra otras especies sobre su marcha que esta prodigiosa multiplicidad, que en los desiertos sirven para el sostén de los transeúntes y de los indígenas. De los cueros beneficiados de zorrinos, zorros y liebres, forman grandes mantas, cuyo vello les sirve para abrigarse de los rigores del país que habitan: los benefician de tal modo, que este artículo es apreciable en todas partes, y en los estrados se sirven de ellos. En su idioma los nominan *quillanqús*, y todos trabajan en este ramo, ya por su uso, o ya para acopios que permutan a la frontera.

El 19⁶⁴ a las 8 de la mañana, rompiendo la helada que cubría el campo, nos pusimos en marcha: transitando por un campo horizontal y quemado. A las 3 $\frac{1}{4}$ de leguas del punto de salida, y con rumbo norte 25° este, se encontró a la izquierda del camino como tres cuadras, una laguna de 600 varas de circunferencia; con barranca, agua regular, fondo barro y lama, dos y tres pies de profundidad, cubierta su ribera de mostaza y duraznillo. Aquí se cargó agua, porque más adelante se nos advirtió que no se encontraría. A las 2 $\frac{3}{4}$ de leguas de este punto con rumbo norte 18° norte-este encontramos la huella o camino que llevábamos a la ida. El objeto que se proponía el baqueano al tomar el antiguo camino era pasar por el

⁶⁴ Nublado y calmo: se mantuvo de este modo. A las 10 de la mañana despejó, con brisa fuerte del noroeste. A las 7 calmó y heló.

misimo paso de la sierra, y allí dirigirnos a la guardia del Monte. Nuestro objeto era ciertamente diferente: pasar la sierra por otro punto más oriental y reconocerla, porque en ésta ya lo habíamos hecho. De aquí que hubiésemos perdido mucho camino, si así lo hubiésemos querido efectuar y no hubo otro remedio que seguir adelante. Desde el punto en que encontramos la huella, transitamos por ella 2 y media leguas, haciendo alto a las 5 de la tarde, por el mal estado de las cabalgaduras, fatigadas de la jornada.

No se encontró agua en la parada, pero la habíamos cargado. A $\frac{3}{4}$ de legua más adelante de la parada, se encontraba un pequeño juncal, en donde la habíamos hecho a la ida, y cavado algunos pozos igualmente. Hicimos de jornada $7\frac{3}{4}$ de leguas, que en línea recta resultan $7\frac{1}{6}$.

El terreno transitado era en parte tierra negra y blanda, y en otras dura y gredosa, y la mayor parte de esta clase, y quemado recientemente. Las mismas circunstancias del transitado en el día anterior se reproducen en éste, respecto a caza y pastos, con la diferencia de ser más seco por su aproximación a la sierra. Ésta la vimos desde la parada. El mogote principal de Limahuida, o *Sierra Amarilla* demora de nuestra posición al norte 65° este, prolongando sus encadenamientos hasta el norte 50° este. Los dos cerros llamados de la Comisión del Sur, demoraban al norte 35° este. La sierra del Curaco, al norte 15° este, prolongando sus encadenamientos hasta el norte 5° oeste.

El 20⁶⁵ a las 8.15 horas rompimos la marcha por sobre la helada que cubría el campo: la cerrazón de la niebla impedía ver la sierra próxima. Partimos con rumbo norte-es-

⁶⁵ Cerrado y muy frío; la niebla no despejó el horizonte hasta las 11.30, que vimos el sol. A las 3.30 brisa fuerte del cuarto cuadrante.

te, siguiendo la misma huella transitada: por ella hicimos 2 y media leguas de jornada, y a esta distancia la dejamos, siguiendo por el mismo rumbo a pasar por la abra de la sierra, a la derecha de los dos cerros, dejando la huella antes citadas a la izquierda de ellos. A media legua de haberla abandonado, arribamos a una pequeña laguna llena de junco, la mayor parte seco: tenía alguna agua, la suficiente para que las cabalgaduras pudiesen refrigerarse, para seguir adelante y arribar al río Barrancas, en su nacimiento en la sierra de Limahuida, el que no distaba mucho de la laguna. Ésta tenía como 700 varas de circunferencia, y en un nivel igual al del terreno, cubierta de juncales y maciegas, y sin agua: era un terreno húmedo y tierra negra, blanda y vegetal: bastante leña de duraznillo y cardo se encontraba en sus alrededores.

A las 12 seguimos la marcha con el mismo rumbo, y a las tres leguas arribamos a la ribera occidental del arroyo Barrancas, el que pasamos, e hicimos alto en la ribera opuesta para pasar allí la noche. El terreno transitado en la jornada ha sido diferente en partes: las 2 y media leguas primeras, hasta la laguna descrita, fueron por un suelo blando, húmedo, tierra gredosa y pastos cortos: las tres restantes más próximas a la sierra, de calidad diferente, buenos pastos, terreno sólido, tierra negra, dura y gredosa arenisca. En la primera distancia el terreno era horizontal, y en la segunda lleno de sinuosidades y diferencias de nivel, y muy seco. En el arroyo Barrancas no fueron descritas algunas observaciones que hemos hecho a nuestra vuelta.

La premura del tiempo, cuando levantamos el plano de este paraje, no nos permitió dar algunos detalles particulares de él. En él se expresan sus vertientes, cursos, si-

nuosidades, etcétera, que fueron entonces determinadas. Ahora añadiremos una descripción más detallada.

Nace de la parte occidental de la sierra Lima-huida, o *Sierra Amarilla*, allá donde su ramificación parece que se pierde en el desierto occidental. Una pequeña fuente es su origen, y ésta se aumenta progresivamente hasta formar un cauce de seis a siete varas de ancho: corre desde su origen de sur-oeste a norte-este, con corta diferencia, paralelamente a la ramificación de la sierra de donde nace, serpenteando por sus faldas, y formando sinuosidades pintorescas en todo el curso, por un terreno bastante quebrado, al pie de los montes que forman el seno. Pasa entre barrancas de cuatro a ocho pies de altura, con algunas maciegas en sus bordes: su terreno duro, la tierra colorada y gredosa, pastos cortos y regulares, su agua exquisita, y cubierta de zarzas en su superficie, su profundidad $4\frac{1}{2}$ a 7 pies; su piso tosca y lama: no da vado en todo su curso, sino en ciertas partes conocidas por los indígenas transeúntes, y el punto principal es por donde lo efectuamos: la velocidad de sus aguas fue reconocida: en 20" de tiempo recorría un cuerpo el espacio de 32 pies, en un minuto 96 pies; lo que equivale en 1 hora a 5.760 pies o 1.920 varas: su velocidad estaba, con muy corta diferencia, en la misma razón que las de los arroyos de la Sierra de la Ventana.

La velocidad de las aguas de este arroyo, reconocida en su desembocadura al de las Flores, fue calculada en 2.340 varas en una hora. Resulta, pues, una diferencia de la observada en su origen, de 420 varas menor que aquélla, recorriendo en este punto 1.920 varas en una hora. Esta diferencia proviene de la más o menos diferencia de nivel de la superficie del terreno que recorre, y del caudal de aguas que se precipitan. Parecía natural que en su ori-

gen fuera mayor la velocidad del cuerpo arrojado en su superficie, pero el resultado demuestra lo contrario: es decir, que el nivel del terreno que más abajo recorre, antes de su desembocadura, es más elevado y de más sinuosidad en su superficie.

Este arroyo, por informaciones contestes de los baqueanos e indios, es el que se llama *Tapalquen*, que desagua en el arroyo de las Flores, y cuya desembocadura fue reconocida a nuestro paso por dicho arroyo, distante dos leguas al norte-este de él. La dirección de su curso es aquel mismo rumbo, y antes de desagua en aquel arroyo se pierde en cañadas o bañados, y en forma de tal desagua, transitando por anegadizos y grandes cañadas que se le unen, y forman un cauce extenso que aumenta considerablemente el de las Flores.

Con estos datos, fácil era determinarlo, y tener unas noticias bastante exactas desde su origen hasta su desagüe. En la carta general se hallan determinados ambos extremos y lo reconocido, quedando la parte intermedia trazada, y que manifiesta no haberlo sido.

Se nos aseguró que más adelante se le unía otro arroyo, que nace de la parte elevada y más oriental de la Sierra Amarilla, el que debíamos pasar al día siguiente de la parada ⁶⁶. En la ribera de este arroyo demoraban los dos cerros llamados de la Comisión, al oeste-norte-oeste como un milla. El de la Sierra de Curacú al norte-oeste, prolongando sus ramificaciones hasta el norte-norte-oeste: el mogote, o cerro principal de la Sierra Amarilla al este-sur-este, extendiéndose al sur-este y al norte-este un pequeño mo-

⁶⁶ Se hizo 5 leguas y media de jornada sin ninguna diferencia de lo transitado, lo que resulta por el cálculo en línea recta,

gote, al que llaman los naturales Pichimahuida, o *Sierra Pequeña*.

El 21⁶⁷ a las 8 nos pusimos en marcha con rumbo norte-este. La mañana estaba fría y cerrada. Con este rumbo costeamos el arroyo Barrancas, y determinamos sus diferentes sinuosidades, y demás detalles de su curso. A las 3¼ de leguas que avanzamos, sorteando el arroyo, encontramos con los mogotes de la sierra llamada Pichimahuida: pasamos, dejándola a la derecha, como media cuadra por sus faldas. Los dos pequeños mogotes que la forman, y a cuyas faldas pasa el arroyo, son de figura irregular, y de poca elevación: el primero tiene 115 pies de altura, y el segundo 157: el primero se halla con el segundo, enfilados ambos al norte-este: del uno al otro hay más de 1.000 varas: ambos se unen por sus faldas, formando un arco cóncavo: el primero es accesible por todas partes, y tiene en su pequeña cima algunas piedras de gran magnitud, y por todas sus faldas exparcidas otras menores: el segundo es accesible por algunos puntos, y en los demás escabroso, y de un acceso muy difícil. En su cima o meseta, como de 50 varas, de figura irregular, se encuentra agua, depósito de las lluvias que se conservan en una pequeña fuente: en toda su superficie, se encuentran igualmente piedras de mucha magnitud: en sus superficies no hay pastos: una sola yerba es la que cubre la de todos estos montes, así como el de la Ventana, llamada *yerba de la piedra*, la que tiene algunas aplicaciones en la medicina.

Desde las cimas o alturas de ellos se disfruta una pinto-

⁶⁷ Cerrado, frío y calmo. A las 8 despejó, y en el momento volvió. A las 11 vimos por segunda vez el sol. La helada que cubría el campo no se disipó hasta las 12.30. A las 4 brisa fuerte del noroeste. A las 8 heló.

resca perspectiva de todo el seno, y de las sierras. En el mismo paralelo de su situación, se halla un pequeño morro a la ribera opuesta del arroyo, transitando este por medio de la pequeña sierra y de aquel tiene de altura 29 pies, y todo él inaccesible, compuesto de piedra viva, que forma un torreón cilíndrico: el diámetro de su base es casi igual al de su cúspide: tiene éste 14 pies, dista del cauce del río como 400 varas, situado en un terreno desnivelado y lleno de sinuosidades, las que fenecen a muy poca distancia de su plano: lo mismo sucede con Pichi-mahuida. De la cima del mogote principal de ésta, demoraba la parte más elevada de la de Lima-huida al sur-sur-este: los cerros de la Comisión al oeste-sur-oeste: la parte principal de la de Curacó al oeste. Desde esta altura se descubrió un mogote al oeste-norte-oeste, en seguida de la parte más boreal de esta última sierra, bastante confusamente sobre el horizonte, al que los naturales dan el nombre del Cairú:⁶⁸ su elevación no parecía exceder a las demás. A su pie se extiende la hermosa Laguna Blanca⁶⁹.

En la falda de la sierra Lima-huida se encontraron algunos cadáveres, medios enterrados, al parecer de indígenas, y algunas otras sepulturas que demostraban la existencia de otros muchos. No pudimos averiguar, de los naturales que nos escoltaban, cuál era el motivo de encontrarse allí aquellos cadáveres. Uno de ellos, bastante racional, nos informó que hacía algún tiempo que aquellos

⁶⁸ Véase la carta general.

⁶⁹ Hasta este punto arribó la expedición, que se dirigió a este rumbo el año 21, mandada por los coroneles Ortegüera y Madrid: desde él retrocedieron hasta la frontera, según noticias que nos han dado los indígenas, observadores constantes de sus operaciones.

cuerpos habían sido sepultados: que antes de la expedición del año 21, cuando los naturales habitaban estas comarcas, era aquel lugar enterratorio de los indios, y que así había quedado, habiendo sido abandonado por los poseedores de aquel país, que de aquel modo honraban las cenizas de los que morían, preservando sus cadáveres de ser alimento de las fieras. La información no dejó de hacernos conocer un acto de humanidad, y una costumbre piadosa, a pesar de encontrarse en ellos varias otras que no debieran oírse sino con horror. Esta costumbre la conservan desde tiempos atrás. En la Sierra de la Ventana, en una de sus concavidades intransitables, está uno de estos depósitos o enterratorios: no lo vimos, ni tampoco sabíamos el lugar.^v

Una legua más adelante de la sierra Pichima-huida, con el mismo rumbo, hicimos alto en la ribera del arroyo que costábamos, a $4\frac{1}{4}$ de leguas de la salida, con objeto de descansar y seguir adelante.

A las 2.30 de la tarde seguimos con el mismo rumbo, y a $1\frac{1}{2}$ leguas encontramos una cañada que corriendo de sur-este a norte-oeste, desagua en el arroyo al cabo de cuatro a cinco cuabras de curso con un cauce pequeño. A media legua en seguida se encontró sobre la costa del arroyo una laguna de 6.000 varas de circunferencia: buena agua, llena de junco, su nivel el del terreno: accesible por todas partes, y en un terreno húmedo: su profundidad no excedía de cuatro a seis pies, su fondo lama y barro, alguna leña en sus alrededores y buenos pastizales. A media legua, en seguida, se encontró un juncal de las

^v Para una información detallada sobre las costumbres de los indios de enterrar los cadáveres, remitimos al lector a los trabajos del doctor Vignati sobre el tema.

mismas calidades que el anterior, y de igual magnitud. De éste, a media legua adelante, hicimos alto en la costa del arroyo, y con el mismo rumbo, con objeto de pasar allí la noche. Se hicieron 7 leguas y media de jornada en línea recta.

Las calidades del terreno transitado han sido diferentes. En la distancia, desde el punto de salida hasta la sierra Pichimahuida, es de una calidad, semejante al descrito anteriormente: desnivelado y duro, tierra gredosa y seca, pastos cortos y regulares. En la otra, desde la pequeña sierra hasta la parada, fue diferente: pastos cortos y regulares, tierra negra, blanda y húmeda, terreno horizontal y sin sinuosidades, húmedo y muy blando. En tiempo de aguas debe ser un bañado intransitable. El arroyo no forma barrancas, y su nivel es igual al del terreno. Sus aguas salen de su centro, y se exparcan por la campiña.

Al fin de la jornada vimos sobre el horizonte, cuando se hallaba más despejado, un mogote que demoraba a mucha distancia y más allá de la sierra Lima-huida, en donde se pierde su ramificación en el oriente, y parece que se acaba la cadena de sierras, que forman una abra con este otro monte elevado. Demoraba al sur de la parada: los naturales la nombran Sierra de Huellucal, y se nos asegura, (a más de haberla reconocido un sujeto respetable) que el arroyo Azul nace de este morro, corriendo paralelamente al nombrado Torralñelu, Chapaleofú y Tandil, reconocidos en la expedición que se efectuó el año 20.

Todos corren de este modo, hasta sepultarse en el vasto bañado o estero que, paralelamente al curso del Salado, se forma al sur, a 16 y 20 leguas de distancia.

El 22 ⁷⁰ nos pusimos en marcha a las 9.30 de la mañana,

⁷⁰ Cerrado, frío y calmo: la helada y la cerrazón no se disi-

a pesar de la densa niebla que cubría el horizonte. Abrimos la jornada con rumbo norte-este, costeadando siempre el arroyo Barrancas. A $2\frac{1}{2}$ leguas con este rumbo encontramos tres lagunas de diferentes magnitudes: la primera de las tres formaba un triángulo rectángulo, unidas por un bañado: su agua salobre, llena de juncos accesible por varias partes: cuatro y cinco pies de profundidad: su fondo lama y barro; alguna leña de duraznillo en sus alrededores: situadas en un terreno húmedo, o más bien bañado: crecidas maciegas las rodean.

La mayor, que forma el vértice del triángulo, y que se halla a la derecha del camino, tiene 450 varas de circunferencia, las otras dos, situadas a la izquierda, son de 360 a 380 varas. Su nivel es el del terreno. Distan unas de otras de 1 y media a 2 cuadas, encadenadas por algunas fuentes de buena agua. A la media legua más adelante se encontró otra de 400 varas de circunferencia, y con las mismas calidades que las anteriores, sin ninguna diferencia. A un cuarto de legua más adelante, y con el rumbo anterior, apartándonos más de dos millas del arroyo que costeábamos, encontramos otro que parecía unírsele a muy poca distancia.

Mientras la comitiva de la comisión seguía adelante, nos dirigimos siguiendo su curso al sur, a averiguar si era positivo que sus vertientes se hallaban en la Sierra Amarilla, en la parte más oriental de ella. Reconocimos $3\frac{1}{2}$ leguas, no quedando duda de su origen, comprobándose las noticias que el indio baqueano nos aseguró. Retrocedimos por la misma ribera al norte para reconocer su desagüe. En efecto, $1\frac{1}{4}$ legua del paso, siguiendo su

paron hasta las 11.30; a las 3 brisa suave del sudeste. A las 5 calmó, y a las 7 comenzó a helar.

curso al norte 5° noreste, se encontró en el arroyo, aumentado considerablemente su cauce. A este arroyo se le da el nombre de *Quetro-leufú* (o arroyo pantanoso), corre de sur 5° suroeste a norte 5° noreste, su agua buena, su nivel el del terreno, serpenteando en forma de cañada, sin barrancas: la latitud de su cauce ocho a diez varas, su profundidad cuatro a cinco pies, sus riberas cubiertas de una maciega, su fondo barro y alguna zarza, en su paso pantanoso y no accesible; por esta razón en otros puntos la velocidad de su corriente se encontró menor que la del anterior: en 20" de tiempo recorrió un cuerpo el espacio de 25 pies, cuando el otro en igual tiempo recorrió 32 pies, hallándose sus velocidades en la razón de 5 a 4 comparativamente. El terreno por donde corre es más bien un bañado: a nuestro tránsito, a pesar de la seca que había agotado las lagunas de todo el país, las costas de este arroyo eran intransitables: terreno húmedo y blando, tierra negra y pantanosa: su cauce aumenta el descrito anteriormente: ambos, desde su punto de unión, forman el río conocido con el nombre de *Tapalquen*, que desagua en el de las Flores, cuya desembocadura, como hemos dicho, fue reconocida al paso por dicho arroyo.

A dos leguas del paso del arroyo, se hizo alto en la margen de una cañada, con el objeto de pasar allí la noche: desde el arroyo viramos al este 25° noreste: a cuatro cuadras del paso con este rumbo se encontró el camino que desde aquél comienza para la Guardia del Monte, trillado y frecuentado por los indígenas en su tráfico a esta guardia y otras más al sur. Se hicieron seis leguas de jornada, y en línea recta 5 y tres cuartas, por un campo malísimo desde el punto de salida. La seca de la estación nos favorecía, de lo contrario era intransitable este terreno con carruajes. La tierra o barro (porque todo era con corta

diferencia un bañado) negro, a un cuarto de profundidad se encontraba greda: los pastos cortos y malos; en parte se encontraban maciegas elevadas, como en las orillas del arroyo, cañadas, etc. En la cañada donde hicimos alto, pasaban los pajonales de dos varas en sus orillas: tenía siete a nueve varas de ancho, y su cauce, de cuatro a cinco pies de profundidad, sucio y pantanoso. Su curso de este-sureste oeste-noroeste manifestaba desaguar en el arroyo Tapalquen, y en efecto, reconocido, siguiendo su curso al oeste-noroeste, encontramos el arroyo y su desembocadura: sus riberas eran intransitables por los pajonales y pantanos.

Los indios que los diferentes caciques prometieron, se nos reunieron en los días anteriores de marcha, llevando un acompañamiento lucido. El capitán *cona* lo hizo hasta la sierra de Lima-huida, y de allí se retiró a su casa con demostraciones de agradecimiento y cariño hacia la comisión.

El 23 ⁷¹ a las 8 de la mañana nos pusimos en marcha por el camino encontrado. A dos leguas con rumbo este 25° noreste, se abandonó el camino que habíamos encontrado: la razón que dio el indio baqueano para ello fue, que por dicho camino se hallaban muy malos pasos para los carruajes, y que daba algunas vueltas, lo que nos haría retardar el viaje, y peligrarían los rodados. Abandonado el camino viramos al este 55° norte y a 1 y tres cuartos legua de haber cortado el campo por elevados pastizales que dificultaban abrir la huella, y al mismo tiempo fatigaban a las bestias de tiro, encontramos una cañada de seis a

⁷¹ Cerrado y calmo, algo frío, no heló la noche anterior pero la cerrazón seguía a causa de los bañados y lagunas, que elevaban sus vapores y eclipsaban el horizonte. A las 12 despejó. A las 4 brisa fuerte del noroeste, y a las 7 heló.

siete varas de latitud, llena de agua y con tres a cuatro pies de profundidad, sucia y cubierta de maciegas en sus bordes: corría este-sureste a oeste-noroeste: su origen se hallaba a una milla al primer rumbo. Se formaba de unos juncales o bañado, que se extendía por toda la pampa y la hacían intransitable: su desagüe lo hallamos a tres millas al segundo rumbo, bañado inaccesible, lleno de juncales y pajonales, que presentaba la perspectiva de un abismo en donde se sepultaba todo el que osaba abordarlo. El se esparcía por toda la campaña y se comunicaba con el opuesto por la cañada, la que costó gran trabajo abordarla por sus pantanos. Siguiendo el mismo rumbo y a 1 y cuarta legua encontramos otra de las mismas calidades que la anterior, corriendo paralelamente a ella: se formaba a cuatro cuadras de su paso, a la derecha de un pequeño bañado, y entra, a media cuadra del mismo a la izquierda, en una laguna de seis a siete cuadras de circunferencia; llena de junco, mala agua, lo mismo que toda la de las cañadas, e inaccesible por todas partes. Una legua más adelante, transitando por un albardón, y con rumbo noreste, encontramos una cañada con bastante agua, corrida paralelamente y al mismo rumbo que las anteriores; su latitud excedía de siete varas; su origen provenía de un gran bañado, que costeábamos, a nuestra derecha, como media legua, y al parecer sin límites, formando lagunas y cañadas como todas las que hemos pasado, que desaguan en otro gran bañado que corría paralelamente al de la derecha, formando un encadenamiento de lagunas y juncales sin interrupción. El camino pasaba por un albardón, como una milla de distancia entre ambos. A tres cuartos de legua, con el mismo rumbo y por el mismo albardón, se encontró una laguna, a la derecha del camino como una cuadra; su circunferencia 1000 varas, llena de junco, buena

agua, accesible por todas partes: cinco a seis pies de fondo, con barro y lama: su nivel el del terreno, alguna leña en su circunferencia: en sus alrededores buenos pastizales y cortos en partes.

Aquí se hizo alto a las 5,30 de la tarde, a las 7 y media leguas de jornada, 6 y tres cuarto en línea recta, por un campo lleno de agua, o más bien un bañado, excepto las dos últimas leguas de la jornada, en que se encontró el albardón ya indicado. Los pastos cortos y buenos, largos en las riberas de las cañadas y bañados: tierra a barro negro: a la media vara de profundidad gredoso. Este terreno en la estación de las aguas sería peligroso transitarlo: en la que no lo era, y aun reinando una seca general que había agotado todo el desierto, en esta parte se encontraba en abundancia: en los diferentes malos pasos que nos presentó, costó vencer sus obstáculos.

En esta altura se despacharon todas las comunicaciones pendientes, que aún no se habían remitido, desde el número 1 hasta el número 5, que era el de remisión y de la posición en que nos hallábamos en aquella fecha. Un indio intérprete, que pasaba con una partida de comercio, y un miliciano de nuestra comitiva, eran los conductores.

El 24 ⁷² a las 7,30 de la mañana nos pusimos en marcha, con rumbo noreste 5° este por diferente terreno que el anterior, por el mismo albardón, pero más firme y seco. A los tres cuartos de legua de tránsito, se encontraron a la izquierda del camino como a media cuadra, dos juncuales con buena agua: el primero, mayor de 500 varas de circunferencia, era accesible: profundidad cuatro a cinco pies,

⁷² Claro y hermoso. La mañana amaneció templada. A las 10 brisa suave del noreste. A las 3 de la tarde cambió al cuadrante opuesto al noroeste. A las 7 calmó y heló.

fondo barro y lama, y su nivel el del terreno; el segundo de 200 varas, de las mismas calidades que el anterior. A media legua más adelante se encontró un pozo de cuatro varas de diámetro, a una cuadra del camino, con buena agua, y de una profundidad de cuatro a cinco varas: en sus cercanías se encontraba leña de duraznillo y cardo. Él parecía obra de los transeúntes que paran en un lugar cualquiera de la marcha, para descansar de las jornadas.

A una legua más adelante de este pozo se encontraron dos lagunas, separadas del camino como dos cuadras, y una de otra 100 a 150 varas: la primera de 350 varas de circunferencia; la segunda de 220 varas, ambas pantanosas; la mayor un poco menos que la segunda; las dos de regular agua, la segunda llena de junco, la primera limpia, ambas de cinco a seis pies de profundidad: fondo lama y barro; y abundantes de leña en la campaña adyacente, como generalmente se encuentra en toda la planicie en abundancia. A media legua adelante hicimos alto, para que refrigerasen las cabalgaduras, en la margen de un juncal a la izquierda del camino como media cuadra de él: su circunferencia pasaba de 280 varas, sucio, pero de buena agua, accesible y de un nivel igual al del terreno: de tres a cuatro pies de agua, fondo lama y barro. A la una de la tarde seguimos la marcha con el mismo rumbo, y a una milla que avanzamos, encontramos una laguna a la izquierda del camino, como un cuarto de cuadra de 900 a 950 varas de circunferencia: limpia, buena agua, fondo barro y tosca, de cuatro a seis pies de profundidad, sin maciegas, algunas barrancas de 1 y medio pies, con elevados pastizales en sus bordes. Avanzando con el rumbo de la salida, hicimos alto en la ribera de un juncal, tres leguas de la laguna anterior, a las cinco de la tarde, para pasar allí la noche. El juncal tenía buena agua, como de 260 va-

ras de circunferencia, sin barrancas, pantanoso pero accesible y limpio; bastante leña en sus alrededores y buenos pastizales elevados, y situados en un terreno duro y seco. Se hicieron 8 y media leguas de jornada y 8 solamente según el cálculo, por las pequeñas sinuosidades del camino que encontramos segunda vez.

El terreno transitado ha sido mejor que el del día anterior: desde la salida, las tres primeras leguas fue por un albardón seco, duro y buenos pastos, tierra negra y blanda, nivelado y elevado sobre el terreno de los flancos: a una milla a ambos rumbos se encontraba una planicie de nivel más inferior, que se extendía por todo el cuadrante y camino por el rumbo opuesto: ambos bañados inaccesibles por todas partes. Desde las primeras lagunas hasta la segunda varió un poco la tierra: negra, húmeda y gredosa, menos firme el piso, blando y algo desnivelado, pastos cortos y regulares, pocas maciegas, pero elevados pajonales en la ribera de las lagunas. El resto del campo hasta la parada era de la especie de la primera parte, pero siempre a nuestros flancos los bañados. Este es el gran estero que casi paralelamente al Salado corre más adelante: en él desaguan todos los arroyos que descenden de la sierra, menos los últimos descubiertos que lo verifican en las Flores. Este gran bañado se extiende hasta las costas del mar, formando bañados, cañadas, arroyos, lagos, etc., a una distancia casi constante del Salado al sur: como se ha expresado anteriormente, su origen es desde el arroyo Quetro-leufú, y su desagüe en los montes de la costa del sur.

El 25⁷³ a las 7 de la mañana, rompimos la marcha dis-

⁷³ Despejado y hermoso, calmo por la mañana. A las 12 brisa suave del noreste. A las 7 calmó, y a las 8 comenzó a helar.

frutando de su serenidad. Con rumbo noreste abrimos la jornada, y con él a dos leguas que anduvimos se encontró una laguna de 270 varas de circunferencia: agua regular, accesible por todas partes, fondo barro y lama, cinco a seis pies de agua, limpia con bastante leña, y buenos pastos en sus alrededores. Una y media legua más adelante se encontró otra a la derecha del camino, de 290 varas de circunferencia, y de las mismas calidades que la anterior. Un cuarto de legua en seguida otra a la derecha del camino de 200 varas de circunferencia, y de las mismas calidades que las anteriores. En frente y en la misma latitud, a la izquierda del camino, se halla otra laguna como de 690 pies de circunferencia, buena agua, las demás calidades que las descritas: un cuarto de legua en seguida: otro juncal a la derecha de 380 varas de circunferencia, sucio e inaccesible: buena agua y con bastante leña. Todas estas lagunas y juncas en su nivel igual, y situados en terreno húmedo y blando. Avanzando una legua, encontramos con el mismo rumbo otra laguna hermosa y de figura regular, de 700 a 800 varas de circunferencia, rica agua, de cuatro a cinco pies de cauce: arena y tosca su piso: limpia y sin maciegas. En la misma latitud y a la derecha del camino, se halla un juncal casi seco de 400 varas de circunferencia, y en el mismo nivel que el terreno.

A una legua más adelante se hizo alto, en la ribera de otro juncal, para que refrigerasen las bestias y seguir la marcha, distante 5 y cuarto leguas de la salida: tenía buena agua, limpio, bastante pantanoso: de 300 varas de circunferencia, y de tres pies de fondo.

A las 2,30 de la tarde seguimos la jornada. y a una legua con rumbo norte 38° noreste encontramos el arroyo nombrado de Romero, por llamarse así su descubridor: lo pasamos a cuatro cuadras de sus vertientes, corre de sur a

norte, y desagua en el río las Flores siguiendo el segundo rumbo: fueron reconocidas en el momento sus vertientes: ellas quedaban a la distancia que hemos dicho: tenían su origen en el gran bañado que costeábamos: se formaban de cuatro lagunas que originaba aquél, unidas por el mismo bañado: cada una tenía 250 a 260 varas de circunferencia. Todas encierran un espacio de 1.000 y más varas de circunferencia: inaccesibles por todas partes: buenas aguas, llenas de juncas y pajonales: de ellas nacen cuatro fuentes cristalinas que se unen a 50 varas, y forman el pequeño cauce del arroyo: éste se aumenta progresivamente, y a media legua de su origen forma uno de 20 varas. En su paso no excedía de cinco varas; su agua delicada: su piso barro y concha: su profundidad cinco y nueve pies en todo su curso reconocido. En su ribera se encuentra una prodigiosa cantidad de caracoles y conchas, que forman una perspectiva deliciosa: aumentándose su cauce, se aumenta su latitud; y sus pajonales y maciegas elevadas que le bordean, lo hacen impracticable. A media legua de su paso, siguiendo su curso al norte, no da vado, y su tránsito es peligroso por los pajonales, y el cauce pantanoso y considerable; a más del enjambre de leopardos y tigres que habitan sus riberas: corre por un campo, como hemos dicho, húmedo e inaccesible: no forma barrancas: su agua algo colorada, pero buena. La velocidad de su corriente se encontró que en 30" recorrió un cuerpo el espacio de 40 pies, y en 1' 80, o 26 varas y media. En el paso, al sur reconocimos sus vertientes, como lo hemos explicado: al norte reconocimos dos leguas, a pesar de lo peligroso que era este reconocimiento. El desagüe en las Flores a cinco leguas de su origen, y a tres leguas de la desembocadura de éste en el Salado, siguiendo su curso al suroeste.

A media legua del paso, con rumbo norte 28° noreste,

encontramos tres juncuales, pasando el camino por medio de ellos; dos a la derecha, y uno a la izquierda: sus ámbitos eran iguales con corta diferencia: no excedían de 500 varas cada uno: inaccesibles y de buena agua. A media legua en seguida, transitando por un bañado, aunque bastante seco, encontramos con un cañadón pantanoso, formado del gran bañado, a un cuarto de legua del camino y que se pierde en el otro a media milla a la izquierda: algunos juncuales son su origen, confundidos con el bañado, y otros a la izquierda son su depósito. El cauce de la cañada era de 4 a 6 varas, pantanoso, sucio y lleno de maciega, con 2 y medio a 3 pies de agua. A una legua de ésta se halló otra de las mismas calidades, formada por el mismo bañado, y que desagua en el opuesto.

Facilitado el paso con algún trabajo, hicimos alto en la ribera opuesta a las 5 de la tarde, y a ocho leguas de jornada o a 7 y media en línea recta.

El terreno transitado al principio de la jornada ha sido en partes duro, y de una tierra negra y sólida con pastos quemados: el resto un bañado continuo, con algunos cortos retazos de albardón, pastos quemados en partes, y elevadas maciegas y pastizales en el bañado, lagunas y cañadas.

En la parada encontramos un baqueano de la Guardia del Monte, que con una partida de paisanos había salido a la caza de nutrias en las lagunas. El baqueano prometió guiarnos al día siguiente hasta la Guardia, porque dijo que se encontraban malos pasos en el resto de la jornada para arribar a ella.

El 26 ⁷⁴ a las 7 empezamos a caminar con dirección al

⁷⁴ Despejado y hermoso, calmo: a las 10 brisa suave del noroeste: a las 12 calmó por segunda vez: a las 3 de la tarde volvió la brisa al mismo cuadrante, y a las 7 calmó.

Salado, que según el baqueano no distaba mucho del punto de salida. Con rumbo norte 10° noreste rompimos la marcha, y a media legua encontramos un bañado o cañadón que atravesaba el camino, formado del bañado de la derecha: desaguaba a la izquierda, ambos distaban una milla o menos del camino. A 1 y tres cuartos legua, con el mismo rumbo, encontramos una laguna a la izquierda del camino, limpia, de buena agua, y de 400 varas de circunferencia, de 2 a 4 pies de cauce. A una legua en seguida, entramos en un gran bañado, obra del principal. Transitamos por agua más de una legua, a la derecha encontramos grandes juncas, y a la izquierda lo mismo. En este bañado se volcó un carruaje, y fue menester parar para levantarlo.

Desde este punto, cuatro leguas hacia el Salado, fue constantemente por bañados, con más o menos aguas y lagunas, que en ambos flancos formaba el estero principal. Seguimos por agua, y a las 5 de la tarde arribamos al Salado, después de fatigas y trabajos que en esta jornada tuvimos. El paso lo ejecutamos con alguna dificultad, por lo pantanoso de él: tenía de ancho de 50 a 70 varas; su profundidad de 4 a 5 pies: a nuestra izquierda del paso formaba la gran laguna, llamada de las Flores. El río forma aquí un golfo, y sale en seguida formando un cauce al este.

Del paso, a media legua a la izquierda, se halla este depósito que se extiende por toda la campaña: tiene más de 3 y media millas de circunferencia, y su profundidad y demás cualidades no pudieron reconocerse por ser ya tarde. En la ribera opuesta hicimos alto para continuar al día siguiente hasta la Guardia, cuyas poblaciones ya se distinguían.

En efecto el 27 ⁷⁵ nos pusimos en marcha, con rumbo norte 5° noreste hasta la Guardia, a la que arribamos con este rumbo, distante cinco leguas del paso del río, transitando por diferente terreno que el anterior, y por entre las poblaciones de ganadería y labranza, que cubrían la campaña, cuyos pobladores salían a recibirnos. Las autoridades y demás personas de la Guardia nos recibieron del mismo modo, y nos hospedaron a medida de nuestro deseo.

El 28 se pasó oficio de nuestra llegada al gobierno, debiendo marchar al día siguiente. El oficial ingeniero, durante este día de parada, tuvo proporción de poner en orden sus trabajos, para arribar con todo pronto a la capital para su presentación al gobierno, y para que viese el fruto de una comisión peligrosa, en que si no consiguió entablar una paz como se deseaba, consiguió llenar su objeto principal, por el que anhelaban los amantes de las ciencias y de la prosperidad del país.

El 29 permanecemos en la misma Guardia. El 30 salimos para la capital, y el 1º de junio arribamos a ella.

La comisión del sur concluye el cuadro de sus observaciones, habiéndolo presentado con toda la exactitud que ha estado al alcance de la esfera limitada de sus conocimientos. Al encargársele de esta delicada y peligrosa comisión, veía los inconvenientes que en ella había para llenar los objetos que la autoridad se había propuesto. Sin embargo, se lisonjea de haber cumplido con el deber que se le impuso, dando a conocer un país inculto, desierto, y muy poco recorrido por los viajeros; que por su situación geográfica, y las bellezas de su suelo, está destinado a formar un apéndice importante al territorio de la provincia.

⁷⁵ Calmo y cerrado. A las 10 brisa suave del noroeste, y a las 12 brisa del mismo cuadrante. A las 5 calmó.

Cuando se desarrollen sus fuerzas, y se llegue a subordinar las hordas salvajes que amagan ahora nuestras poblaciones, entonces estos campos yermos e incultos, se cubrirán de establecimientos que ensancharán los límites de nuestra provincia. Un clima benigno, un suelo feraz y extenso convidarán al hombre industrioso, y le retribuirán con usura sus sacrificios y trabajos. Tal vez no sea distante la época de este gran paso en la carrera de nuestros adelantos! Sólo así conseguirá el país afianzar sus propiedades, estableciendo una línea permanente, que las defienda de los amagos del enemigo infiel.

La comisión, al emprender sus trabajos, advirtió la falta de instrumentos para las operaciones físicas y astronómicas, aunque para las de geodesia se les dieron los que pudieron proporcionarse. Uno solo destinado a la práctica de estas complicadas operaciones, no podía llenar todos los objetos que se ofrecían a un tiempo. Los reconocimientos de esta naturaleza se fundan en las observaciones matemáticas y físicas, y en sus descripciones debían ligarse ambos ramos. Mientras que se conseguía efectuar una observación astronómica, o una operación geodésica, no se ponía atención a la temperatura, ni se medían las alturas barométricas por falta de instrumentos. Teníamos por consiguiente que dejar este vacío en el cuadro de las observaciones, y contraernos a la calidad de las aguas, tierras, pastos y demás producciones: y a estos detalles importantes sobre la naturaleza del terreno, procurábamos agregar otros estadísticos, combinando las noticias e indagaciones con el cálculo: llenando por último la serie de nuestras observaciones, con los actos de la comisión en sus relaciones con las tribus contratantes.

La precipitación con que se procuraron los instrumentos a nuestra partida, y la ninguna esperanza de hallar los ne-

cesarios para las observaciones en los distintos ramos que abrazaba la esfera de trabajos que debíamos emprender, nos hizo salir sin este auxilio preciso para adquirir los conocimientos físicos de aquel territorio. Los que conseguimos, fueron proporcionados por el departamento de Ciencias Exactas, y apenas bastaban para las operaciones geodésicas. La comisión se procuró unos cuantos más para las observaciones astronómicas: operaciones indispensables, para determinar la verdadera situación de los puntos más interesantes, que sobre la marcha se encontraban, y de otros muchos que se reconocieron: principalmente en el paso de la primera cadena de sierras, y en los trabajos que se emprendieron en la segunda. Los de geodesia fueron de suma utilidad para el levantamiento de los planos que merecían la atención de detallarse, y para las operaciones ulteriores que se efectuasen. Sirvieron al mismo tiempo para determinar la altura de los cerros principales de ambas cadenas.

Concluida y ordenada la serie de nuestros trabajos, co-
tejamos los viajes que por distintos rumbos habían practicado algunos facultativos, a más de los descubrimientos que se hicieron en la expedición del año 20. Los viajes de la costa patagónica; las observaciones astronómicas hechas en el interior de la provincia, en sus poblaciones principales, y en la costa oriental y occidental del río de la Plata, y otros muchos reconocimientos modernos, con los más exactos de la provincia, fueron consultados para la formación de un mapa general, hasta el establecimiento del Río Negro en la costa patagónica, y el interior del país del sur habitado por los bárbaros; el que tuvimos el honor de presentar a la autoridad, como el primer monumento de esta naturaleza hecho en el país, y como el fruto de nuestra asidua contracción, que podía servir de base a un trabajo

más formal sobre nuestra geografía; consiguiendo por este medio esparcir la luz sobre los ulteriores proyectos de invasión en el desierto. Introducir una luz, dijimos, porque estamos firmemente convencidos de que sin estos preliminares todo será efímero, y su ejecución acarreará tal vez funestos resultados a la causa general, si se acometiese una empresa en un territorio no conocido. Recórrase la carta de aquel país, que hemos presentado, cotéjese con las que hemos tenido a la vista, búsquense las que existen, y se verá la notable diferencia entre la primera y las otras.

La primera cadena de los Andes, que corre más de 50 leguas al noroeste desde el cerro del Volcán, en la costa del Atlántico, atraviesa la vasta pampa, hasta el paralelo de la Guardia Luján. La segunda, desde el cerro de la Ventana, a 22 leguas del océano, en la altura de la Bahía Blanca, corre paralelamente a la primera, a 60 leguas de distancia, hasta la vista de la laguna de Salinas, y atraviesa el desierto por más de 25 leguas. Ni una ni otra se encuentran en las cartas anteriores; y si se ignora hasta este grado la geografía de aquel país, ¿a qué aventurarnos a grandes operaciones?

No es extraño que se haya hablado y escrito tanto sobre un proyecto de línea de defensa permanente: creemos que los que lo han hecho, al abrir la carta desistirán de las ideas que tenían entonces. Sobre esta materia existen infinitos dictámenes con opiniones encontradas, que no sirven más que para aumentar la confusión. La casualidad nos condujo por la parte más importante de reconocer. ¡Feliz casualidad! Ella nos ha proporcionado determinar con la exactitud posible los límites de aquellas cadenas en el occidente, sin dejar de reconocer con certeza su ramificación al oriente.

El gobierno, deseoso de poner una barrera a las conti-

nuas incursiones de los bárbaros, premedita el establecimiento de una línea de defensa permanente; establecida bajo la protección de un cuerpo respetable, que opere, mientras se efectúan los trabajos previos de aquellos establecimientos. Con la carta geográfica en la mano no será difícil hacerlo con acierto, y elegir la posición más ventajosa, llevando por máxima en la elección "que la línea de defensa más corta abrace y guarde la mayor extensión de terreno posible." Las ventajas que resultan de esta combinación no es menester detallarlas. Si a esto se añade la buena calidad del terreno que se ocupe, no habrá más que desear en el país donde se establezca. Todo proyecto que no lleve por base este principio, sólo originará males y pérdidas.

Se trata de custodiar las propiedades de nuestra campaña del sur y oeste, y de dar mayor extensión a la provincia, imposibilitando las invasiones de los bárbaros, sin dejar impune su arrojo. Esto consagra dos principios: el primero, la buena elección de una línea que llene aquel objeto, y el segundo, la organización de una fuerza suficiente. Si nos contraemos al primero, podemos asegurar que se llena el fin principal en la empresa que se propone. Si a lo segundo, no podremos garantizar el resultado, porque ignoramos la fuerza veterana con que se cuenta para la custodia y defensa de la línea.

Todos los proyectos, repetimos, han sido cimentados en nociones erróneas del terreno, y con relación a él vemos trazadas líneas de defensa, que lejos de defendernos, son incapaces de evitar la ruina de las poblaciones que se sitúan a su abrigo. Otros, por su extensión y el poco terreno que avanzan, hacen improductiva esta empresa.

Ya es tiempo que se obre en grande, y con mayor utilidad en beneficio del país: consultar la seguridad de las

propiedades, y el engrandecimiento del territorio, es a lo que se debe propender. Se pueden proyectar líneas de defensa que concilian ambas cosas; pero es menester que el esfuerzo que se haga corresponda a los recursos de que pueda disponer la provincia. Todo lo que salga de esta esfera presentará graves inconvenientes en su ejecución.

Las operaciones militares, que se emprendan con este objeto, deben llevar por base los mismos principios. El establecimiento de la línea de defensa, es en lo que se ocupa la autoridad, y es la obra por que clama la campaña, y los que representan la riqueza del país. El gobierno sabemos se prepara para la ejecución de sus premeditados planes. Estos no deben ocultarse a los hombres pensadores, y que aman la felicidad de su suelo. Si fuesen secretos, desmentirían la liberalidad con que el gobierno abrió su marcha pública, y la confianza que los ciudadanos depositaron en sus manos. La comisión, lejos de impugnarlos, hará conocer la justicia con que hace sus observaciones. Ella no se atrevería a hacerlo, si un conocimiento práctico del teatro de las operaciones no le hubiera persuadido de que podía vertir sus opiniones sin contrariar las miras de la autoridad, y más bien secundándolas. No hará más que indicar el método que en su ejecución debe observarse, conciliando todos los principios anexos a ella: es decir, la situación que debe ocupar la nueva línea de frontera. Marchando de acuerdo con el proyecto para que no se frustren los esfuerzos de un gobierno que analizaremos los principios fundamentales en que estriba, arrancó al país del estado ruinoso a que lo condujeron las pasiones.

El objeto principal que se propone el gobierno, en la abertura de la próxima campaña, es la formación de dos fuertes o poblaciones fortificadas: el primero en la Sierra

del Volcán, y el segundo en las faldas del Tandil. Ignoramos cuál sea la prolongación de la línea que debe servir de base a estos establecimientos. Estas poblaciones son precisamente los puntos fundamentales más adecuados, más útiles y más hermosos que se pueden elegir para la formación de un camino militar, que abra la comunicación con el establecimiento en el Río Negro, y sirvan de bases a una línea defensiva o de frontera.

Establecidos estos fuertes, y el centro de los recursos en ellos para las operaciones ulteriores, la línea de defensa continuará prolongándose sucesivamente y sin dificultades. Mas ignoramos cuál es el rumbo y el terreno que ocupe, o si se reduce solamente a un camino militar. Creemos que éste debería formar un objeto secundario. La comisión está persuadida de que con los últimos descubrimientos que ha hecho en su viaje, puede aventurarse a detallar los puntos de la fortificación permanente. Desde el cerro del Volcán, origen de la cadena de sierras que atraviesan la pampa al noroeste, y corren más de 50 leguas hasta el paralelo de la Guardia de Luján, concluyendo en el cerro llamado Cairú, el terreno presenta una barrera que, guarnecida con algunas fortificaciones, aumentaría el territorio de la provincia con más de 2000 leguas cuadradas, y custodiaría toda la frontera hasta el paralelo de aquella guardia, y aún la de Rojas.

Elegidos en la cadena de estas posiciones interesantes, los más propios para el establecimiento de estos fuertes, arribaríamos hasta el Cairú, cerro el más occidental y límite de la sierra, donde es de indispensable necesidad la construcción de un gran fuerte. La razón es, porque una fuerza disponible en este punto, impediría las incursiones continuas que los ranqueles hacen a la frontera del oeste,

y cubriría el importante camino de Salinas, distante siete leguas al noroeste, por donde transitan los invasores.

Las fortificaciones que deben ocupar la cadena de sierras desde el Volcán, creemos que deberían ser seis. La primera, en donde se piensa establecer la del Volcán: la segunda en el arroyo Torrolñelú en la Sierra del Tandil: la tercera en el arroyo Azul, en la Sierra de la Tinta: la cuarta en la abra de la sierra Huellucalé: la quinta en el arroyo Barrancas, en la abra de la sierra Amarilla y Curacó, y la sexta en la ribera del río las Flores, en el cerro Cairú. La primera posición es un elevado cerro con algunos encadenamientos, que a poca distancia al este se pierden en una grande abra, vertiendo a cuatro leguas las aguas en varios arroyos, que desaguan en la costa del mar. Este punto interesante tiene las ventajas de un puerto próximo, en donde la caza de peletería y de lobos haría aumentar considerablemente la población. La segunda, distante de la primera 19 leguas, tiene por intermedio con la anterior, una abra que ambos cerros forman, de 13 y un cuarto leguas, en donde se levanta el monte Tandil, prolongándose seis leguas más hasta el arroyo Torrol. De este delicioso monte descenden los arroyos Tandil, Chapaleofú y Torrol, de ricas aguas, formando senos y diferencias de nivel, que harían progresar los establecimientos de ganadería y labranza, y fomentaría un pueblo el más hermoso en toda la cadena. La tercera dista de la segunda seis leguas, teniendo por intermedio una barrera inaccesible de morros escarpados: encadenamiento que desde el Tandil sigue al Noroeste, formando arroyos que descenden por terrenos fértiles y pintorescos.

De esta sierra, nombrada *la Tinta* por los naturales, nace el caudaloso arroyo Azul, donde debe situarse el pueblo, teniendo a su derecha una abra, por donde transitan a la

frontera las tribus huilliche y pampa, en sus incursiones y comercio. La cuarta, situada en la abra de la sierra de Huellucal, cubrirá igualmente el paso por ella de las mismas tribus, en un terreno de la misma naturaleza que los demás: dista de la anterior 6 y media leguas, siendo en esta parte la sierra menos elevada, y sin aguadas permanentes, pero con algunas estacionales. La quinta, situada en las riberas del arroyo Barrancas en la Sierra Amarilla, cubrirá la abra entre esta sierra y la de Curacó, camino frecuentado por las mismas tribus: dista de la anterior $6\frac{3}{4}$ leguas, en un terreno delicioso, como se describe en el reconocimiento que efectuamos a su paso. Este gran seno está guardado por los dos cerros, llamados de la *Comisión*, que harían inaccesible este paso. De esta sierra nacen los arroyos Quetro-leufú y Barrancas, fertilizan su suelo y aumentan las delicias de su clima. El comercio de las tribus se haría más directamente, y su población sería muy frecuentada. La sexta, situada en la ribera del río las Flores, en las faldas del cerro Cairú, sería una población interesante por su comercio con Salinas, y con las tribus ranqueles, que conducirían a ella directamente sus artículos de consumo. Dista de la anterior 8 y media leguas, teniendo intermedia la sierra elevada de Curacó, con aguadas permanentes, y con la misma calidad de terrenos para los progresos de la agricultura. Nacen estas aguadas de algunas lagunas, y entre ellas la principal, llamada *Blanca*, dista $1\frac{1}{2}$ leguas al este del río las Flores. Esta población disfrutará de tantas comodidades y proporciones para ser un pueblo rico, como la del Volcán, cuando la industria progrese, y la hidráulica ordene las fuentes que se encuentran en aquel país para el transporte de sus producciones, hasta el interior de la provincia. El río las Flores, capaz de ser navegado, conduci-

ría los frutos al río Salado, y éste al de la Plata y a los pueblos interiores.

Las guardias de Rojas, Salto y Pergamino pueden ser atacadas por una invasión, aunque con dificultad si se establece un acantonamiento en el Cairú, por razones que hemos aducido. Sin embargo, si el proyecto ha de llevarse a cabo, deberían fortificarse aquellas guardias, o avanzarlas hasta el sur del Salado, a las lagunas de Palantelen, Cerro Colorado, o a otras posiciones que se crean ventajosas.

De la remoción de estas tres poblaciones resultarían muchas ventajas: no precisamente para librarlas de una invasión, porque fortificadas en donde existen, lo están sino porque se abrazaría una extensión de terreno hermoso, y útil para la labranza y los establecimientos de ganadería; a más de poder combinar con más facilidad cualquiera operación militar, con el acantonamiento del Cairú, por su aproximación en cualquiera posición donde se sitúen en la parte austral de aquel río: en cuyo caso nada habría que recelar.

Las poblaciones que deben guardarse y fortificarse con más anhelo, son la primera y sexta, siéndolo igualmente la segunda y quinta, porque los límites de la línea están más expuestos a ser flanqueados por una invasión. Entre la primera y la segunda, en la abra que las intermedia, es de absoluta necesidad la formación de un reducto o vigía, capaz de avisar cualquier movimiento a las guardias colaterales en caso de invasión. En los demás puntos no los consideramos necesario, porque están en menores distancias.

La línea que hemos proyectado está precisamente sujeta a los principios anteriores: con seis fortificaciones se guar-

da perfectamente una extensión considerable de terreno, se cubren las propiedades de once poblaciones, se evitan las continuas incursiones de los bárbaros, se abraza la parte más interesante de su territorio, y por último se establece con facilidad un camino militar por la costa del océano hasta el río Negro, empezando desde el Volcán, y asegurando sus mejores posiciones.

Establecida esta línea, un segundo esfuerzo, que no costará tanto como el primero, nos asegurará la posesión de todo el país que habitan los salvajes, obligándolos a retirarse a las faldas más occidentales del Colorado y Negro. El camino militar los rechazará de las costas del Quequén, Claramelo, Saladillo, Malepundejo, de ambos Sauces, del Colorado y Negro. Las tribus estacionadas en la Sierra de la Ventana, cercadas por todas partes, nos abandonarían esa segunda cadena de montes, para buscar un abrigo en las riberas del Diamante o del Neuquén, y tal vez en los Andes. Entonces ¿cuáles no serían los resultados de una combinación tan acertada? ¿Y cuál la gloria del que la llevase a efecto?

No descenderemos a los pormenores de la ejecución, ni detallaremos la fuerza que debe obrar. Dos regimientos de caballería y los esfuerzos de la milicia nos parecen suficientes para la custodia permanente de la línea: y para su construcción, los inteligentes formarán los presupuestos. Nosotros no hemos hecho más que indicar el camino, valiéndonos de los conocimientos de aquel país, y combinando los principios fundamentales de las obras de esta naturaleza.

Pero estamos persuadidos de que, antes de practicarse los trabajos al abrigo de una fuerza imponente, deben ha-

cerse por oficiales geógrafos reconocimientos parciales de toda la cadena para elegir las posiciones de los pueblos.

La comisión concluye, habiendo tenido el honor de expresar su opinión en consonancia con los principios que la han conducido. El engrandecimiento y la felicidad del país han sido su norte. Si sus esfuerzos pueden cooperar a ellos, será éste su premio, y de no, cederá esta gloria a genios más felices que llenen con más acierto esta tarea.

Buenos Aires, febrero 3 de 1823

PEDRO ANDRÉS GARCÍA

JOSÉ MARÍA DE LOS REYES

ÍNDICE

Coronel Pedro Andrés García: <i>Memoria sobre la navegación del Tercero y otros ríos que confluyen al Paraná</i>	7
Discurso preliminar al proyecto de navegación del Tercero (9). Navegación del Tercero (13). Río Tercero (16). Provincia de Santa Fe (23). Tucumán y otra provincia a su frente (39). Colección de viajes y expediciones a los campos de Buenos Aires y a las costas de la Patagonia (53).	
<i>Diario del padre José Cardiel en su viaje a Buenos Aires hasta el Vulcán y Arroyo de la Ascensión</i>	59
Advertencia (63).	
<i>Diario de Jorge Barne, piloto del bergantín "San Martín" en el viaje que hizo desde Buenos Aires al Puerto de San Julián el año 1752</i>	66
1752 (68). 1753 (73).	
<i>Relación que ha hecho el indio paraguayo nombrado Hilario Tapary, que se quedó en el Puerto de San Julián, desde donde se vino por tierra a Buenos Aires</i>	94
<i>Observaciones extraídas de los viajes que al Estrecho de Magallanes, han ejecutado en diferentes años los almirantes y capitanes Olivares de Noort, Simón de Cordes, Jorge Spilberg, Francisco Drake, Juan Childer, Tomás Candish, Juan Narborough; y noticias</i>	

<i>adquiridas en las expediciones ejecutadas desde esta isla por los franceses con la fragata "Águila"</i>	102
Calidades y condiciones más características de los indios pampas y audaces (140).	
Pedro Pablo Pavón: <i>Diario con los rumbos, distancias, pastos, bañados y otras particularidades notadas en el reconocimiento del campo y sierras</i>	145
<i>Extracto resumido de lo que ha ocurrido en la expedición del descubrimiento de la Bahía sin Fondo, en la costa patagónica</i>	166
<i>Expedición que en 1778 marchó al campo del enemigo, reconociéndolo hasta llegar a Salinas</i>	171
Custodio Sá y Farías: <i>Informe sobre el Puerto de San José</i>	177
<i>Segundo informe de D. Custodio Sá y Farías sobre el Puerto de San José</i>	183
Diego de las Casas y Ventura Echeverría: <i>Noticia de los caciques o capitanes Tehuelches y Pampas</i>	194
José Francisco de Amigorena: <i>Diario de la expedición contra los indios bárbaros tehuelches</i>	203
Basilio Villarino: <i>Informe sobre los puertos de la costa patagónica</i>	220
Virrey Vértiz: <i>Informe para que se abandonen los establecimientos de la costa patagónica</i>	229
Coronel Pedro Andrés García: <i>Diario de un viaje a Salinas Grandes</i>	239
Importancia de los trabajos de don Pedro Andrés García (241). Discurso preliminar al Viaje a Salinas (255). Oficios del gobierno (259). Prospecto (293). Viaje a Salinas Grandes (295).	

Coronel Pedro Andrés García: *Diario de la expedición de 1822 a los campos del Sur de Buenos Aires, desde Morón hasta la Sierra de la Ventana* 393

El momento en que se realizó la expedición (395). Discurso preliminar al diario de la Expedición a la Sierra de la Ventana (401). Expedición a la Sierra de la Ventana. Oficio del gobierno (409). Informe (411). Diario (445).

Este libro fue compuesto y armado en
LINOTIPIA PONTALTI, Fraga 49/53 e impreso
en los Talleres Gráficos GARAMOND S. C. A.,
Cabrera 3856, Bs. Aires, en diciembre de 1969.

1
712h.

053883

ALGUNAS OBRAS
DE NUESTRO FONDO

J. B. Alberdi
LA REVOLUCIÓN DEL 80

A. Alonso Piñeiro
HISTORIA DEL GENERAL
VIAMONTE Y SU ÉPOCA

Jaime Cañas
QUÉ HICIERON
LOS AGENTES SECRETOS
EN EL RÍO DE LA PLATA

Alfredo Ebelot
RECUERDOS Y RELATOS
DE LA GUERRA
DE FRONTERAS

Pedro Inchauspe
REIVINDICACIÓN DEL GAUCHO

Boleslao Levin
COMO FUE LA
INMIGRACIÓN JUDÍA

R. Ortega Peña y
E. L. Duhalde
FACUNDO Y LA MONTONERA

E. Ramírez Juárez
LA CONQUISTA DEL DESIERTO

José María Rosa
LA CAÍDA DE ROSAS

B. Scalabrini Ortiz
POLÍTICA BRITÁNICA
EN EL RÍO DE LA PLATA

Miguel A. Scenna
COMO FUERON LAS RELACIONES
ARGENTINO-NORTEAMERICANAS

Lily Sosa de Newton
LAVALLE
DORREGO
EL GENERAL PAZ

EDITORIAL PLUS ULTRA
Corrientes 569, 1º Buenos Aires

EDITORIAL PLUS ULTRA

